

NOVELA

DE

Yucayas

MA

240

98



(2.)



MA  
240

MA 240

984

NOVELAS  
EXEMPLARES,  
Y AMOROSAS,  
DE DOÑA MARIA  
DE ZAYAS Y SOTOMAYOR,  
NATURAL DE MADRID.

PRIMERA, Y SEGUNDA PARTE.

CORREGIDAS, Y ENMENDADAS  
en esta ultima Impresion.



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

---

MADRID: En la Imprenta de Don PEDRO MARIN.  
Año de 1786.

NOVELA  
EXEMPLAR  
Y AMOROSAS  
DE DON AMAR  
DE ZAYAS Y SOTOMAYOR  
NATURAL DE MADRID  
PRIMERA, Y SEGUNDA PARTE  
CORRECCION Y EMENDADAS  
en esta nueva edicion



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.



México: En la Imprenta de Don Pedro Martín,  
Año de 1773.

*TABLA DE LAS NOVELAS DE LA  
primera parte.*

	Introduccion.	pag. 1.
1	Aventurarse perdiendo.	5.
2	La burlada Aminta.	35.
3	El Castigo de la Miseria.	61.
4	El Prevenido Engañado.	87.
5	La Fuerza del Amor.	119.
6	El Desengaño amado, y premio de la Virtud.	133.
7	Al fin se paga todo.	156.
8	El Imposible vencido.	175.
9	El Juez de su Causa.	196.
10	El Jardin engañoso.	213.

*TABLA DE LOS SARAOS DE LA  
segunda parte.*

	Introduccion.	Pag. 226.
1	La Esclava de su Amante.	233.
2	La mas infame Venganza.	268.
3	La inocencia castigada.	291.
4	El Verdugo de su Esposa.	329.
5	Tarde llega el Desengaño.	340.
6	Amar solo por vencer.	365.
7	Mal presagio casar lexos.	398.
8	El Traydor contra su Sangre.	423.
9	La Perseguida triunfante.	448.
10	Estragos que causa el Vicio.	502.

IN-



TABLA DE LAS NOVELAS DE LA

primera parte.

Pág. 1.	Introducción.	1
2.	Avvenimeos pariendo.	2
3.	La partida Amira.	3
4.	El Castillo de la Misericordia.	4
5.	El Povedor Escogido.	5
6.	La Torra del Amor.	6
7.	El Desempeño amado, y premio de la Virtud.	7
8.	Al fin se paga todo.	8
9.	El Inquilino vendido.	9
10.	El Juiz de la Causa.	10
11.	El Juiz engañoso.	11

TABLA DE LOS SARRIENS DE LA

segunda parte.

Pág. 200.	Introducción.	200
201.	La Esclava de su Amante.	201
202.	La mas infame Venganza.	202
203.	La inocencia castigada.	203
204.	El Verdugo de su Esposa.	204
205.	Tarde llega el Desempeño.	205
206.	Amor solo por vicio.	206
207.	Mal presagio para los dos.	207
208.	El Traidor contra su Sangre.	208
209.	La Perseguida triunfante.	209
210.	Estados que causa el Vicio.	210





## INTRODUCCION.

**U**ntaronse á entretener á Lisis, hermoso milagro de la naturaleza, y prodigioso asombro de esta Corte (á quien unas atrevidas quartanas tenían rendidas sus hermosas prendas) la hermosa Lisarda, la discreta Matilde, la graciosa Nise, y la sabia Filis, todas nobles, ricas, hermosas, y amigas, una tarde de las cortas de Diciembre, quando los yelos, y terribles nieves dan causa á guardar las casas, y gozar de los prevenidos braseros, que en competencia del mes de Julio, quieren hacer tiro á las cantimploras, y lisongear las Damas, para que no echen menos el prado, el rio, y las demás holguras, que en Madrid se usan. Pues como fuese tan cerca de Navidad, tiempo alegre, y digno de solemnizarse con fiestas, juegos, y burlas, habiendo gastado la tarde en honestos, y regocijados coloquios, porque Lisis, con la agradable conversacion de sus amigas no sintiese el enfadoso mal, concertaron entre sí un sarao, entretenimiento para la noche buena, y los demás dias de Pasqua: combidando para este efecto á Don Juan, Caballero mo-

zo, galan, rico, y bien entendido, primo de Nise, y querido dueño de la voluntad de Lisis, á quien pensaba ella entregar, en legitimo matrimonio, las hermosas prendas de que el Cieló la habia hecho gracia, si bien Don Juan aficionado á Lisarda, prima de Lisis, á quien deseaba para dueño, negaba á Lisis la justa correspondencia de su amor, sintiendo la hermosa Dama el tener á los ojos la causa de sus zelos, y haber de fingir agradable risa en el semblante, quando el alma, llorando mortales sospechas habia dado motivo á su mal, y ocasion á su tristeza, y mas viendo que Lisarda, contenta, como estimada, sobervia, como querida, y falsa, como competidora; en todas ocasiones llevaba lo mejor de la amorosa competencia. Combidado Don Juan á la fiesta, y agradecido por principal de ella, á petición de las Damas se acompañó de Don Alvaro, D. Miguel, Don Alonso, y Don Lope, en nada inferiores á Don Juan, por ser todos en nobleza, gala, y bienes de fortuna iguales, y conformes, y todos aficionados á entretener el tiempo, discreta, y regocijadamente; juntos pues todos en un

A

mis-

mismo acuerdo, dieron á la bella Lisis la presidencia de este gustoso entretenimiento, pidiendole que ordenase á cada uno lo que se habia de hacer; la qual, escusandose como enferma, viendose importunada de sus amigas, substituyendo á su madre en su lugar, que era una noble, y discreta señora, á quien el enemigo comun de las vidas, quitó su amado esposo, se salió de la sala, obligacion en que sus amigas la habian puesto. Laura, que este es el nombre de la madre de Lisis, repartió en esta forma la entretenida fiesta: A Lisis su hija, que como enferma, se escusaba, y era razon, dió cargo de prevenir de Musicos la fiesta; y para que fuese mas gustosa, mandó expresamente, que les diese las letras, y romances que en todas cinco noches se hubiesen de cantar. A Lisarda su sobrina, y á la hermosa Matilde, mandó que despues de inventar una ayrosa mascara, en que ellas, y las otras Damas, con los Caballeros, mostrasen su gala, donayre, destreza, y bazaría, la primera noche, despues de haber danzado. Y porque los Caballeros no se quexasen de que las Damas se les alcanzaban con la preeminencia, mezclando á los unos con los otros, salió la segunda noche por Don Alvaro, y Don Alonso. La tercera, á Nise, y Filis. La quarta, á D. Miguel, y Don Lope. Y la quinta,

y ultima noche, á la misma Laura, y que la acompañase Don Juan: feneciendo la Pasqua con una grandiosa cena, que quiso Lisis, como la principal de la fiesta, dar á los Caballeros, y Damas, para la qual combidaron á los padres de los Caballeros, y á las madres de las Damas, por ser todas ellas sin padres, y éstos sin madres, que la muerte no dexa á los mortales los gustos cumplidos. Lisis, á quien tocaba dar principio á la fiesta, hizo buscar dos Musicos los mas diestros que pudieron hallarse, para que acompañasen con sus voces, la angelica suya, que con este favor, quiso engrandecerla. Quedaron avisados, que al recogerse el dia, y descoger la noche el negro manto, luto bien merecido por el rubicundo señor de Delfos, que por dar á los Indios los alegres dias, daba á nuestro Emissferio, con su ausencia, obscuras sombras, se juntasen todos, para solemnizar la noche buena, con el concertado entretenimiento, en el quarto de la hermosa Lisis, en una sala, que aderezada de unos costosos paños Flamencos, cuyos boscajes, flores, y arboledas parecian las selvas de Arcadia, ó los pensiles huertos de Babilonia. Coronaba la sala un rico estrado con almohadas de terciopelo verde, á quien las borlas, y guarniciones de plata, hermo-seaban sobre manera: haciendo com-

NOVELA PRIMERA.

AVENTURARSE PERDIENDO.

EL nombre, hermosísimas Damas, y nobles Caballeros de mi maravilla es, aventurarse perdiendo; porque en el discurso de ella vereis, como para ser una muger desdichada, quando su estrella inclina á serlo, no bastan exemplos, ni escarmientos: si bien, servirá el oírlo de aviso, para que no se arrojen al mar de sus desenfrenados deseos; fiadas en la barquilla de su flaqueza, temiendo que en él se aneguen, no solo las flacas fuerzas de las mugeres, sino los claros, y heroycos entendimientos de los hombres, cuyos engaños es razon que se teman, como se verá en mi maravilla, que es la siguiente.

Por entre las asperas peñas de Monserrate, suma, y grandeza del poder de Dios, y milagrosa admiracion de las excelencias de su Divina Madre, donde se ven en Divinos Mysterios, efectos de sus misericordias, pues sustenta en el ayre la punta de un empinado monte, á quien han desamparado los demás, sin mas ayuda que la que le da el Cielo, que no es la de menos consideracion; el milagroso, y sagrado Templo, tan adornado de riquezas, como de maravillas: tantos son los mi-

lagros que hay en él, y el mayor de todos, aquel verdadero Retrato de la Serenisima Reyna de los Angeles, y Señora nuestra. Despues de haberla adorado, ofreciendole el alma llena de devotos afectos, y mirado con atencion aquellas grandiosas paredes, cubiertas de mortajas, y muletas, con otras infinitas insignias de su poder, subía Fabio illustre hijo de la noble Villa de Madrid, lustre, y adorno de su grandeza, pues con su excelente entendimiento, y conocida nobleza, amable condicion, y gallarda presencia, la adorna, y enriquece tanto, como qualquiera de sus valerosos Fundadores, y de quien ella, como madre, se precia mucho. Llevaba este virtuoso mancebo, por tan asperas malezas, deseos piadosos de ver en ellas las devotas celdas, y penitentes Monges, que han muerto al mundo, por vivir para el cielo. Despues de haber visitado algunas, y recibido sustento para el alma, y cuerpo, y considerando la santidad de sus moradores, pues obligan con ella á los fugitivos paxarillos, á venir á sus manos, á comer las migajas que les ofrecen. Caminando á lo mas remoto del monte, por



ver la nombrada cueva, que llaman de San Anton; así por ser la mas aspera, como prodigiosa, respecto de las cosas que allí se ven, tanto de las penitencias de los que la habitan, como de los asombros que les hacen los demonios; que se puede decir, que salen de ellas con tanta calificación de espíritu, que cada uno por sí, es un San Anton. Cansado de subir por una estrecha senda, respecto de no dar lugar su aspereza á ir de otro modo, que á pie, y haber dexado en el Convento la mula, y un criado que le acompañaba, se sentó á la margen de un pequeño arroyuelo, que derramando sus perlas entre menudas yervejillas, descolgandose con sosegado rumor de una hermosa fuente, que en lo alto del monte goza regalado asiento, pareciendo allí fabricada, mas por manos de Angeles, que de hombres, para recreo de los Santos Hermitaños, que en él habitan; cuya musica, y cristalina risa, ya que no la veian los ojos, no dexaba de agradar á los oídos. Y como el caminar á pie, el calor del Sol, y la aspereza del camino le quitasen parte del animoso brio, quiso recobrar allí el perdido aliento. Apenas dió vida á su cansada respiracion, quando llegó á sus oídos una voz muy suave, que en baxos acen-  
tos mostraba no estar muy lexos el dueño. La qual tan baxa, co-

mo triste, por servirle de instrumento la humilde corriente, y pensando que nadie la escuchaba, cantó así:

*Quién pensára que mi amor,  
descarmentado en mis males,  
cansado de mis desdichas,  
no hubiera muerto cobarde?*

*Quién le vió escapar buyendo  
de ingraticudes tan grandes,  
que crea, que en nuevas penas  
buelva de nuevo á enlazarme?*

*Mal hayan de mis finezas  
tan descubiertas verdades,  
y mal haya quien llamó  
á las mugeres mudables.*

*Quando de tus sinrazones,  
pudiera Celio quejarme,  
quiere amor que no te olvide,  
quiere amor que mas te ame.*

*Desde que sale la Aurora,  
hasta que el Sol va á bañarse  
al mar de las playas Indias,  
lloro firme, y siento amante.*

*Buelve á salir, y me halla  
repassando mis pesares,  
sintiendo tus sinrazones,  
lloorando tus libertades.*

*Bien conozco que me canso,  
sufriendo penas en valde,  
que lagrimas en ausencia,  
nucuestan mucho, y poco valen.*

*Vine á estos montes buyendo,  
de que ingrato me maltrates;  
pero mas firme te adoro,  
que en mí es sustento el amarte.*

*De tu vida me libré,  
pero no pude librar-me  
de un pensamiento enemigo,  
de una voluntad constante.*

*Quien*

*Quien vió cercado el Castillo,  
 quien vió combatida Nave,  
 quien vió cautivo en Argél,  
 tal estoy, y sin mudarme.  
 Mas, pues, te elegí por dueño,  
 matadme penas, matadme;  
 pues por lo menos dirán,  
 murió, pero sin mudarse.  
 Ay bien sentidos males,  
 poderosos seréis para matarme,  
 mas no podeis hacer  
 que amor se acabe.*

Con tanto gusto escuchaba Fabio la lastimosa voz, y bien sentidas quejas, que aunque el dueño de ellas no era el mas diestro que hubiese oído, casi le pesó de que acabase tan presto. El gusto, el tiempo, el lugar, y la montaña le daban deseo de que pasára adelante, y si algo le consoló el no hacerlo, fue el pensar que estaba en parte que podria presto con la vista dar gusto al alma, como con la voz habia dado aliento à los oídos; pues quando la causa fuera mas humilde, oír cantar en un monte, le era de no pequeño alivio, para quien no esperaba sino el ahullido de alguna bestia fiera. En fin Fabio, alentado mas que antes, prosiguió su camino en descubrimiento del dueño de la voz que habia oído, pareciendole no estar en tal parte sin causa, llevandole enternecido, y lastimado, oír quejas en tan aspera parte. Notable piedad, y generosa accion

enternecerse de la pasion agena. Iba Fabio tan deseoso de hablar al lastimado Musico, que no hay quien sepa encarecerlo: y porque no se escondiese, iba con todo el silencio posible. Siguiendo en fin por la margen de la cinta de cristal, buscando su hermoso nacimiento, pareciendole que sería el lugar que atesoraba la joya, que á su parecer buscaba con alguna sospecha de lo mismo que era; y no se engañó, porque acabando de subir á un pradillo, que en lo alto del monte estaba, morada solo para la casta Diana, ó para alguna desesperada criatura, al qual hacia por una parte espaldas una blanca peña, de donde salia un grueso pedazo de cristal, sabroso sustento de las flores, verdes romeros, y graciosos tomillos, vió recostado en ellos un mozo, que al parecer su edad estaba en la primera de sus años, vestido sobre un calzon pardo, una blanca, y erizada piel de algun cordero, su zurrón, y cayado junto à sí, y con sus abarcas, y montera. Apenas le vió, quando conoció ser el dueño de los cantados versos, porque le pareció estar suspenso, y triste llorando las pasiones que habia cantado. Y si no le desengañára á Fabio la voz que habia oído, creyera ser figura desconocida, hecha por adorno de la fuente, tan inmobil le tenian sus cuydados. Tenia un nudo hecho



de sus blancas manos, tales que pudieran dar envidia á la nieve, si ella de corrida no hubiera desamparado la montaña. Si su rostro se la daba al Sol; digalo la poca ofensa que le hacian sus rayos, pues no les habia concedido tomar posesion en su belleza, ni exercer la comision que tienen contra la hermosura. Tenia esparcidas por entre las olorosas yervas, una manada de ovejas: mas por dar motivo á su trage, que por el cuydado que mostraba tener con ellas, porque mas eran terceras de traerle perdido. Era la suspension del hermoso mozo tal, que dió lugar á Fabio de llegarse tan cerca, que pudo notar que las doradas flores del rostro desdecian al trage, porque á ser hombre, ya debia dorar la boca el tierno vello; y para ser muger era el lugar tan peligroso, que casi dudó lo mismo que veía; mas viendose en parte, que casi el mismo engaño le culpaba de poco atrevido; se llegó mas cerca, y le saludó con mucha cortesía. A la qual el embelgado zagal bolvió en sí, con un ay tan lastimoso, que parecia ser el ultimo de su vida; y como aún no le habia la montaña quitado la cortesía, viendo á Fabio, levantóse, haciendosela con discretas caricias, preguntandole de su venida por tal parte. A lo qual Fabio, despues de agradecer sus corteses razones, satisfizo de esta

suerte: Yo soy un Caballero de Madrid, vine á negocios importantes á Barcelona, y como les di fin, y era fuerza bolver á mi Patria, no quise ponerlo en execucion, hasta ver el milagroso Templo de Monserrate. Visité devoto, y quise piadoso, ver las Hermitas que hay en esta montaña. Y estando descansando entre esos olorosos tomillos, oí tu lastimosa voz, que me suspendió el gusto, y animó el deseo, por ver el dueño de tan bien sentidas quejas, conociendo en ellas que padeces firme, y lloras mal pagado; y viendo en tu rostro, y en tu presencia, que tu ser no es lo que muestra tu trage, porque ni viene el rostro con el vestido, ni las palabras con lo que procuras dar á entender, te he buscado, y hallo que tu rostro desmiente á todo, pues en la edad pasas de muchacho, y en las pocas señales de tu barba, no muestras ser hombre; por lo qual te quiero pedir en cortesía, me saques de esta duda, asegurandote primero, que si soy parte para tu remedio, no lo dexes por imposibles que lo estorven, ni me envíes desconsolado, que sentiré mucho hallar una muger en tal parte, y con ese trage, y no saber la causa de su destierro, y asimismo no procurarle remedio. Atento escuchaba el mozo al discreto Fabio, dexando de quando en quando caer unas cansadas perlas,

las, que con lento paso buscaban por centro el suelo. Y como lo vio callar, y que aguardaba respuesta, le dixo: No debe querer el Cielo, Señor Caballero, que mis pasiones estén ocultas, ó porque haya quien me las ayude á padecer, ó porque se debe de acercar el fin de mi cansada vida, y pretende que queden por exemplo, y escarmiento á las gentes; pues quando creí que solo Dios, y estas peñas me escuchaban, te guió á tí, llevado de tu devocion, á esta parte, para que oyese mis lastimas, y pasiones, que son tantas, y venidas por tan varios caminos, que tengo por cierto que te haré mas favor en callarlas, que en decirlas, por no darte que sentir; demás de que es tan larga mi historia, que perderás tiempo si te quedas á escucharla. Antes, replicó Fabio, me has puesto en tanto cuydado, y deseo de saberla, que si me pensase quedar hecho salvage á morir entre estas peñas, mientras estuviere en ellas, no he de dexarte, hasta que me la digas, y te saque si puedo, de esa vida, que si podré, á lo que en tí miro, pues á quien tiene tanta discrecion, no será dificultoso persuadirle, que escoga mas descansada, y menos peligrosa vida, pues no la tiene segura, respecto de las fieras que por aquí se crian, y de los Vandoleros que en esta montaña hay; que si acaso tienen de

tu hermosura el conocimiento que yo, de creer es, que no estimarán tu persona con el respeto que yo la estimo: pues si es así, dixo el mozo, sientate, señor, y oye lo que hasta ahora no ha sabido nadie de mí, y estima el fiar de tu discrecion, y entendimiento, cosas tan prodigiosas, y no sucedidas, sino á quien nació para extremo de desventura, que no hago poco, sin conocerte, supuesto, que de saber quien soy corre peligro la opinion de muchos deudos nobles que tengo, y mi vida con ellos, pues es fuerza, que por vengarse me la quiten. Agradeció Fabio, lo mejor que supo, y supo bien, el quererle hacer archivo de sus secretos, y asegurandole, despues de haverle dicho su nombre, de su peligro, y sentandose juntos, cerca de la fuente, empezó el hermoso zagal su historia, de esta suerte: Mi nombre, discreto Fabio, es Jacinta, que no se engañaron tus ojos en mi conocimiento; mi patria Baeza, noble Ciudad de la Andalucia, mis padres nobles, y mi hacienda bastante á sustentar la opinion de su nobleza. Nacimos en casa de mi padre, un hermano, y yo, él para tristeza suya, y yo para su deshonra, tal es la flaqueza en que las mugeres somos criadas, pues no se puede fiar á nuestro valor nada, porque tenemos ojos, que á nacer ciegos, menos

sucesos hubiera visto el Mundo, que al fin vivieramos seguras de engaños. Faltó mi padre al mejor tiempo, que no fue pequeña falta, pues su compañía, gobierno, y vigilancia fuera mas importante á mi honestidad, que no los descuydos de mi padre, que no le tuvo en mirar por mí, y darme estado (yerro notable de los que aguardan á que sus hijas le tomen sin gusto) queria el mio á mi hermano ternisimamente, y esto era solo su desvelo, sin que se le diese yo en cosa ninguna: no se qué era su pensamiento, pues habia hacienda bastante para todo lo que quisiera emprender. Diez y seis años tenia yo, quando una noche, estando durmiendo, soñaba que iba por un bosque amenisimo, en cuya espesura, hallé un hombre tan galan, que me pareció (ay de mí y cómo hice despierta experiencia de ello) no haberlo visto en mi vida tal; trahia cubierto el rostro con el cabo de un feruelo leonado, con pasamanos, y alamares de plata. Paréme á mirarle, agradada del talle, y deseosa de ver si el rostro conformaba con él: con ayroso atrevimiento llegué á quitarle el rebozo, y apenas lo hice, quando sacando una daga, me dió un golpe tan cruel por el corazon, que me obligó el dolor á dar voces, á las quales acudieron mis criadas, y despertandome del

pesado sueño, me hallé sin la vida del que me hizo tal agravio, la mas apasionada que puedas pensar, porque su retrato se quedó estampado en mi memoria, de suerte, que en largo tiempo no se apartó de ella. Deseaba yo, noble Fabio, hallar para dueño un hombre de su talle, y gallardia, y trahíame tan fuera de mí esta imaginacion, que le pintaba en ella, y despues razonaba con él, de suerte, que á pocos lances me hallé enamorada, sin saber de quién; y me puedes creer que si fue Narciso moreno, Narciso era el que ví. Perdi con estos pensamientos el sueño, y la comida, y tras esto el color de mi rostro, dando lugar á la mayor tristeza que en mi vida tuve; tanto que casi todos reparaban en mi mudanza. Quién vió, Fabio, amar una sombra, pues aunque se cuenta de muchos que han amado cosas increíbles, y monstruosas, por lo menos tenian forma á quien querer. Disculpa tiene conmigo Pigmaleon, que adoró la imagen, que despues Jupiter le animó; y el Mancebo de Athenas, y los que amaron el arbol, y el Delfin; mas yo que no amaba sino una sombra, y fantasia; qué sentirá de mí el mundo? Quién duda que no creerá lo que digo, y si lo cree, me llamará loca? Pues doyte mi palabra, á ley de noble, que ni en esto, ni en lo demás que te dixere, adelanté nada mas de la

ver-



verdad. Las consideraciones que hacía, las reprehensiones que me daba, creeme que eran muchas; y asimismo que miraba con atención los mas galanes mozos de mi patria, con deseo de aficionarme de alguno, que me librase de mi cuydado, mas todo paraba en bolverme á querer á mi amante soñado, no hallando en ninguno la gallardía que en aquel. Llegó á tanto mi amor, que me acuerdo, que hice á mi adorada sombra unos versos, que si no te cansases de oírlos te los diré, que aunque son de muger, tanto mas grandeza, porque á los hombres no es justo perdonarles los yerros que hicieron en ellos. pues estan adornando, y purificando con arte, y estudio; mas una muger, que solo se vale de su natural, quién duda, que merece disculpa en lo malo, y alabanza en lo bueno? Di hermosa Jacinta tus versos, dixo Fabio, que serán para mí de mucho gusto, porque aunque los se hacer con algun acierto, préciome tan poco de ellos, que te juro, que siempre me parecen mejor los agenos, que los míos. Pues si asi es, replicó Jacinta, mientras duráre mi historia, no he menester pedirte licencia para decir los que hicieron á proposito; y asi digo que los que hice, son estos:

*Yo adoro lo que no veo,  
y no veo lo que adoro,*

*de mi amor la causa ignoro,  
y ballar la causa deseo:  
mi confuso devaneo  
quién le acertará á entender;  
pues sin ver vengo á querer  
por sola imaginacion,  
inclinando mi aficion  
á un ser, que no tiene ser.*

*Que enamore una pintura,  
no será milagro nuevo,  
que aunque tal amor no apruebo,  
ya en efecto es hermosura:  
mas amar á una figura,  
que acaso el alma fingió,  
nadie tal locura vió;  
porque pensar que he de ballar  
causa que está por criar,  
quién tal milagro pidió?*

*La herida del corazon  
vierte sangre, mas no muero;  
la muerte con gusto espero,  
por acabar mi pasion:  
de estado fuera razon,  
quando no muero, dormir;  
mas cómo puedo pedir  
vida, ni muerte á un sugeto,  
que no tuvo de perfecto,  
mas ser, que saber herir?*

*Dame Cielo, si has criado,  
aqueste ser, que deseo,  
de mi voluntad empleo,  
y antes que nacido, amado;  
mas qué pide un desdiebado,  
quando sin suerte nació?*

*Porque á quién le sucedió,  
de amor milagro tan feo,  
que le ocupase el deseo  
amante, que en sueños vió?*

Quién pensára Fabio, que había de ser el Cielo tan liberal en dar-

darme aún lo que no le pedi? Porque como deseaba imposibles no se atrevia mi libertad á tanto, sino fue en estos versos, que fue mas gala, que peticion. Mas quando uno ha de ser desdichado, tambien el Cielo permite su desdicha. Vivía en mi mismo Lugar un Caballero, natural de Sevilla, del nobilísimo linage de los Ponces de Leon, apellido tan conocido, como calificado, que habiendo hecho en su tierra algunas travesuras de mozo, se desnaturalizó de ella, y casó en Baeza con una Señora su igual, en quien tuvo tres hijos, la mayor, y menor hembras, y el de enmedio varon. La mayor casó en Granada, y con la mas pequeña entretenia la soledad, y ausencia de Don Felix, que este era el nombre del gallardo hijo, que deseando que luciese en el valor, y valentia de sus ilustres antecesores, seguia la guerra, dando ocasion con sus valerosos hechos, á que sus deudos, que eran muchos, y nobles, como lo publican las excelentes casas de los Duques de Arcos, y Condes de Baylen, le conociesen por rama de su descendencia. Llegó este noble Caballero á la florida edad de veinte y quatro años, y habiendo alcanzado por sus manos una vándera, y despues de habersela servido tres años en Flandes, dió la buelta á España, para pretender sus acrecentamientos;

y mientras en la Corte se disponian, por mano de sus deudos, se fue á ver á sus padres, que habia dias que no los habia visto, y que vivian con este deseo. Llegó Don Felix á Baeza, al tiempo que yo, sobre tarde, ocupaba un balcon, entretenida en mis pensamientos: y siendo forzoso haber de pasar por delante de mi casa, por ser la suya en la misma calle, pude, dexando mis imaginaciones, poner los ojos en las galas, criados, y gentil presencia, y deteniendome en ella mas de lo justo, vi tal gallardía en él, que querertela significar, fuera alargar esta historia, y mi tormento. Vi en efecto el mismo dueño de mi sueño, y aún de mi alma, porque sino era él, no soy yo la misma Jacinta, que le vió, y le amó mas que á la misma vida que poseo. No conocia yo á Don Felix, ni él á mí, respecto de que quando fue á la guerra quedé tan niña, que era imposible acordarme, aunque su hermana Doña Isabel, y yo eramos muy amigas. Miró Don Felix al balcon, viendo que solos mis ojos hacian fiesta á su venida, y hallando amor, ocasion, y tiempo, executó en él el golpe de su dorada saeta, que en mí ya era escusado su trabajo, por tenerlo hecho. Y así de paso me dixo: Tal, ó ya será mia, ó yo perderé la vida. Quiso el alma decir: ya lo soy, mas la verguenza fue tan gran-



grande como el amor, á quien pedí con hartas sumisiones, y humildades, me diese ocasion, y ventura, pues me habia dado causa. No dexó Don Felix perder ninguna de las que la fortuna le dió á las manos; y fue la primera, que habiendome Doña Isabel avisado de la venida de su hermano, fue fuerza el visitarla, en cuya visita me dió Don Felix en los ojos, á conocer su amor tan á las claras, que pudiera yo darle albricias de mi suerte; y como yo le amaba, no pude negarle en tal ocasion las justas correspondencias. Y con esto le di ocasion para pasear mi calle de dia, y de noche, al son de una guitarra con la dulce voz, y algunos versos, en que era diestro, darme mejor á conocer su voluntad. Acuerdome Fabio, que la primera vez que le hablé á solas por una rexa, me dió causa este Soneto:

*Amar el dia, aborrecer el dia,  
llamar la noche, y despreciarla luego,  
temer el fuego, y acercarse al fuego,  
tener á un tiempo pena, y alegria.*

*Estar juntos valor, y cobardia,  
el desprecio cruel, y el blando ruego,  
tener valiente entendimiento ciego,  
atada la razon, libre osadia.*

*Buscar lugar en q̄ alterar los males,  
y no querer del mal hacer mudanza,  
desear sin saber qué se desea.*

*Tener el gusto, y el disgusto iguales,  
y todo el bien librado en la esperanza,  
si aquesto no es amor, no sé qué sea.*

Dispuesta tenia amor mi perdicion, y así me iba poniendo los lazos en que me enredase, y los hoyos donde cayese; porque hallando la ocasion que yo misma buscaba, desde que oí la musica me baxé á un aposento baxo de un criado de mi padre, llamado Sarabia, mas codicioso que leal, donde me era facil hablar, por tener una rexa baxa, tanto, que no era dificil tomar las manos. Y viendo á Don Felix cerca, le dixé: Si tan acertadamente amais, como lo decís, dichosa será la Dama que mereciere vuestra voluntad. Bien sabeis vos, Señora mia, respondió Don Felix, de mis ojos, de mis deseos, y de mis cuydados, que siempre manifiestan mi dulce perdicion, que sé mejor querer, que decirlo; que vos sepais que habeis de ser mi dueño mientras tuviere vida, es lo que procuro, y no acreditar-me, ni por buen Poeta, ni mejor Musico. Y pareceos, repliqué yo, que me estará bien creer eso que vos decís? Sí, respondió mi amante, porque hasta dexar quererse, y querer al que ha de ser su marido, tiene licencia una Dama. Pues quién me asegura á mí que vos lo habeis de ser? Le torné á decir: Mi amor, dixo Don Felix, y esta mano, que si la quereis en prendas de mi palabra, no será cobarde aunque le cueste á su dueño la vida. Quién se viera rogada con lo mismo que desea,

sea, amigo Fabio, ó qué muger despreció jamás la ocasion de casarse, y mas del mismo que ama, que no acepta luego qualquier partido, pues no hay tal cebo para en que pique la perdicion de una muger que este; y así no quise poner en condicion mi dicha, que por tal la tuve, y tendré siempre que trayga á la memoria este dia. Y sacando la mano por la rexa, tomé la que me ofrecia mi dueño, diciendo: Ya no es tiempo Señor Don Felix, de buscar desdenes á fuerza de engaños, ni encubrir voluntades á costa de resistencias, suspiros, y lagrimas; yo os quiero, no tan solo desde el dia que os ví, sino antes; y para que no os tengan confuso mis palabras, os diré cosas que espanten; y luego le conté todo lo que te he dicho de mi sueño. No hacia Don Felix, mientras yo le decia estas novedades, para él, y para quantos lo oyen, sino besarme la mano, que tenia en las suyas, como en agradecimiento de mis penas; en cuya gloria nos cogiera el dia, y aun el de oy, si no hubiera llegado nuestro amor á mas atrevimiento. Despedimonos con mil ternezas, quedando muy asentada nuestra voluntad, y con proposito de vernos todas las noches en la misma parte; venciendo con oro el imposible del criado, y con mi atrevimiento el poder llegar alli, respecto de haber de

pasar por delante de la cama de mi padre, y hermano, para salir de mi aposento. Visitabame muy á menudo Doña Isabel, obligandola á esto, despues de su amistad, el dar gusto á su hermano, y servirle de fiel tercera á su amor. En este sabroso estado, estaba el nuestro, sin tratar Don Felix de bolver por entonces á Italia, quando entre las demás á quien rindió su gallarda presencia, que eran casi todas las de la Ciudad, fue una prima suya, llamada Doña Adriana, la mas hermosa que en toda aquella tierra se hallaba. Era esta Señora hija de una hermana de su padre de Don Felix, que como he dicho, era de Sevilla, y tenia quatro hermanas; las quales por muerte de su padre habia trahido á Baeza, poniendo las dos menores en Religion. Allí mismo se casó la que se seguia trás ellas, quedandose la mayor sin querer tomar estado, con esta hermana, ya viuda, á quien habia quedado, para heredera de mas de cinquenta mil ducados, esta sola hija, á la qual amaba, como puedes pensar, siendo sola, y tan hermosa como te he dicho. Pues como Doña Adriana gozase muy á menudo de la conversacion de D. Felix, respecto del parentesco, le empezó á querer con tanto extremo, que no pudo ser mas, como verás en lo que sucedió. Conocia D. Felix el amor de su querida prima, y como tenia tan lle-

na

na el alma del mio, disimulaba quanto podia, escusandose el darle ocasion á perderse mas de lo que estaba; y asi quantas muestras Doña Adriana le daba de su voluntad, con un descuido desdeñoso se hacia desentendido. Tu vieron, pues, tanta fuerza con ella estos desdeños, que vencida de su amor, combatida de ellos, dió consigo en la cama, dando á los Medicos muy poca seguridad de su vida: porque demás de no comer, ni aun dormir, no queria que se le hiciese ningun remedio. Con que tenia puesta á su madre en la mayor tristeza del mundo, que como discreta, dió en pensar si seria alguna aficion el mal de su hija; y con este pensamiento, obligando con ruegos á una criada de quien Doña Adriana se fiaba, supo el caso, y quiso como cuerda, ponerle remedio. Llamó á su sobrino, y habiendole dado á entender con lagrimas, la pena que tenia del mal de su hija, y la causa que la tenia en tal estado; le pidió apretadamente, que fuese su marido, pues en toda Baeza no hallaria casamiento mas rico; que ella alcanzaria de su hermano, que lo tuviese por bien. No quiso Don Felix ser causa de la muerte de su prima, ni dar con una desabrida respuesta, pena á su tia. En esta conformidad le dixo, fiado en el tiempo que habia de pasar en venir la dispensacion, que lo tra-

tase con su padre, que como él quisiese, lo tendria por bien. Y entrando á ver á su prima, le llenó el alma de esperanzas, mostrando su contento en su mejoría, acudiendo á menudo á su casa, que asi se lo pedia su tia; con que Doña Adriana cobró entera salud. Faltaba Don Felix á mis visitas, por acudir á las de su prima; y yo desesperada, maltrataba mis ojos, y culpaba su lealtad. Y una noche, que quise satisfacer mis zelos, y que por escusar murmuraciones de los vecinos, habia facilitado con Sarabia el entrar dentro, viendo mis lagrimas, mis queexas, y sentimientos, como amante firme, inculpable en mis sospechas, me dió cuenta de todo lo que con su prima pasaba; enamorado, mas no cuerdo; porque si hasta alli eran solos temores los mios, desde aquel punto fueron zelos declarados. Y con una colera de muger zelosa, que no lo pondero poco, le dixé, que no me hablase en su vida, si no le decia á su prima que era mi esposo, y que no lo habia de ser suyo. Quise con este enojo irme á mi aposento, y no lo consintió mi amante; mas amoroso, y humilde, me prometió que no pasaria el dia que aguardaba, sin obedecerme; que ya lo hubiera hecho, si no fuera por guardarme el justo decoro. Y habiendome dado nuevamente palabra delante del secretario de mis libertades,



des, le di posesion de mi alma, y cuerpo, pareciendome que asi le tendria mas seguro. Pasó la noche mas aprisa que nunca, porque habia de seguirle el dia de mis desdichas; para cuya mañana habia determinado el Medico, que Doña Adriana, tomando un acerado jarave, saliese á hacer exercicio por el campo, porque como no podia verse el mal del alma, juzgaba por la pérdida color, que era opilaciones. Y para este tiempo, llevaba tambien mi esposo, librado el desengaño de su amor, y satisfaccion de mis zelos, porque como un hombre no tiene mas de un cuerpo, y un alma, aunque tenga muchos deseos, no puede acudir á lo uno, sin hacer falta á lo otro; y la pasada noche Don Felix, por haberla tenido conmigo, habia faltado á su prima: y lo mas cierto es, que la fortuna, que guiaba las cosas mas á su gusto, que á mi provecho, ordenó que Doña Adriana madrugase á tomar su acerada bebida, y saliendo en compañía de su tia, y criadas, la primera estacion, que hizo, fue á casa de su primo, y entrando en ella con alegría de todos, que le daban como á un Sol, en parabien de su venida, y salud, se fue con Doña Isabel al quarto de su hermano, que estaba reposando lo que habia perdido de sueño en sus amorosos empleos, y le em-

pezó delante de su hermana á pedirle cuenta de haber faltado la noche pasada; á quien D. Felix no satisfizo, mas desengañó de suerte, que en pocas palabras le dió á entender, que se cansaba en vano, porque demás de tener puesta su voluntad en mí, estaba ya desposado conmigo, y prendas de por medio, que si no era faltandole la vida, era imposible que faltasen. Cubrió estas razones un desmayo los ojos de Doña Adriana, que fue fuerza sacarla de alli, y llevarla á la cama de su prima, la qual buelta en sí, disimulando quanto pudo las lagrimas, se despidió de ella, respondiendo á los consuelos que Doña Isabel le daba, con grandisima sequedad, y despejo. Llegó á su casa, donde en venganza de su desprecio, hizo la mayor cueldad que se ha visto, consigo misma, con su primo, y conmigo; ó zelos, qué no hareis, y mas si os apoderais de pecho de muger! En lo que dió principio á su furiosa rabia, fue en escribir á mi padre un papel, dandole cuenta de lo que pasaba, diciendole que velase, y tuviese cuenta con su casa, que habia quien le quitaba el honor; y con esto aguardó la mañana, que tomando su pitima, y dando el papel á un criado, que le llevase á mi padre, ya con el manto puesto, para salir á hacer exercicio, se llegó á su madre algo mas enternecida, que

que su cruel corazón le daba lugar, y le dixo: Madre mia, al campo voy, si bolviere, Dios lo sabe. Por su vida, señora, que me abrace, por si no la bolviere á ver. Calla Adriana, dixo alterada su madre, no digas tales disparates, sino es que tienes gusto de acabarme la vida; por qué no me has de bolver á ver, si ya estás tan buena, que há muchos dias que no te he visto mejor? Vete hija mia con Dios, y no aguardes á que entre el Sol. Por qué vuesa merced no me quiere abrazar? replicó Doña Adriana: y bolviendo (preñados de lagrimas los ojos) las espaldas, llegó á la puerta de la calle, y apenas salió por ella, y dió dos pasos, quando arrojando un lastimoso ay, se dexó caer en el suelo. Acudió su tia, sus criadas, y su madre, que venia tras ella, y pensando que era desmayo, la llevaron á la camilla, llamando al Medico, para que hiciese las diligencias posibles, mas no hubo ninguna bastante, por ser su desmayo eterno; y declarando que era muerta, la desnudaron para amortajarla, hundiendose la casa á gritos; y apenas la desabotonaron el jubon que llevaba puesto, quando entre sus hermosos pechos, le hallaron un papel que ella misma escribia á su madre, en que le decia, que ella propria se habia quitado la vida con solimán, que habia echado

en el jarave; porque mas queria morir, que ver á su ingrato primo en brazos de otra. Quien á este punto viera á la triste de su madre, de creer es, que se le partiera el corazón por medio de dolor, porque ya de traspasada, no podia llorar, y mas quando vieron que despues de frio el cuerpo se puso muy hinchada, y negra; porque no solo consideraba el ver muerta á su hija, sino el haber sido desesperadamente; y asi puedes considerar Fabio, qual estaria su casa, y la Ciudad, y yo que en compañía de Doña Isabel, fui á ver este espectáculo, inocente, y descuydada de lo que estaba ordenado contra mí, aunque confusa de ser yo la causa de tal suceso, porque ya sabia por un papel de mi esposo lo que habia pasado con ella. No se halló al entierro Don Felix, por no irritar al Cielo en venganza de su crueldad, aunque yo le eché á sentimiento. Enterraron á la desgraciada, y malograda Dama, facilitando su riqueza, y calidad, los imposibles que pudiera haber, habiendose ella muerto por sus manos. Y con esto yo me torné á mi casa, deseando la noche para ver á Don Felix, que apenas eran las nueve, quando me avisó, como ya estaba en su aposento (pluguiera á Dios le durára su pesar, y no viniera) aunque á mi parecer se disponia mejor el verle, que otras noches, porque mi

B

pa-



padre ya que estaba avisado por el papel de Doña Adriana, se acostó mas temprano, haciendo recoger á mi hermano, y la demás gente, y yo hice lo mismo, por mas disimulacion, dando lugar á mi padre, que ayudado de sus desvelos, á pesar de su cuydado, se durmió tan pesadamente, que le duró el sueño hasta las quatro de la mañana. Yo, como le ví dormido, me levanté, y descalza, con solo un faldellin, me fui á los brazos de mi esposo, y en ellos procuré quitarle con caricias, y ruegos, el pesar que tenia, tratándole con admiraciones el suceso de Doña Adriana. Estaba Sarabia asentado en la escalera, por espia de mis travesuras, á tiempo que mi padre despavorido despertó, y levantándose fue á mi cama, y como no me hallase, tomó un pistolete, y su espada, y llamando á mi hermano, le dió cuenta del caso; mas no pudieron hacerlo con tanto silencio, que una perrilla que habia en casa, no avisase con voces á mi criado, el qual escuchando atento, oyó pasos, llegó á nosotros, y nos dixo, que si queriamos vivir, le siguiésemos, porque eramos sentidos. Hicimoslo asi, aunque muy turbados, y antes que mi padre tuviese lugar de baxar la escalera, ya los tres estábamos en la calle, y la puerta cerrada por defuera, que esta astucia me enseñó mi

necesidad. Considerame Fabio, con solo un faldellin de damasco, y descalza, porque de esta suerte habia baxado la escalera, á verme con mi deseado dueño, el qual con la mayor prisa que pudo me llevó al Convento donde estaban sus tias, siendo ya de dia: llamó á la Porteria, y entrando dentro al torno, dándoles cuenta del suceso, en menos de una hora me hallé detrás de una rexa, llena de lagrimas, y cercada de confusion, aunque D. Felix me alentaba quanto podia, y sus tias me consolaban, asegurándome todas el buen suceso, pues pasada la colera, tendria mi padre por bien el casamiento. Y por si le quisiesen pedir á Don Felix el escalamiento de la casa, se quedó retrabido él, y Sarabia en el mismo Monasterio, en una sala, que para su estancia mandaron aderezar sus tias, desde donde avisó á su padre, y hermana el suceso de sus amores. Su padre, que ya por las señas se imaginaba que me queria, y no le pesaba de ello, por conocer que en Baeza no podria su hijo hallar mas principal, ni rico casamiento, pareciéndole que todo vendria á parar en ser mi marido, fue luego á verme en compañía de Doña Isabel, que proveído de vestidos, y joyas, que supliesen la falta de las mias, mientras se hacian otras, llegó donde yo estaba, dándome mil con-

consuelos ; y esperanzas. Esto pasaba por mí , mientras mi padre , ofendido de accion tan escandalosa , como era haberme salido de su casa ; si bien lo fuera mas , si yo aguardára su furia , pues por lo menos me costaría la vida , remitió su venganza á sus manos ( accion noble ) sin querer por la justicia hacer ninguna diligencia , ni mas alboroto , ni mas sentimiento , que si no le hubiera faltado la mejor joya de su casa , y la mejor prenda de su honra. Y con este proposito honrado , puso espías á Don Felix , de suerte , que hasta sus intentos no se encubrian. Y antes de muchos dias , halló la ocasion que buscaba , aunque con tan poca suerte , como las demás , por estar hasta entonces la fortuna de parte de Don Felix , el qual una noche cansado ya de su resolución , y estando cierto que yo estaba recogida en mi celda con sus fias , que me querian como hija , viniendo con dineros la facilidad de un mozo , que tenía las llaves de la puerta de la casa , le pidió que le dexase salir , que queria llegar hasta la de su padre , que no estaba lexos , que luego daría la vuelta : hizolo el poco fiel guardador previniendole su peligro ; y él facilitandolo todo , lleno de armas , y galas salió , y apenas puso los pies en la calle , quando dieron con él mi padre , y hermano , las espadas desnudas , que

hechos vigilantes espías de su opinion , no dormian , sino á las puertas del Convento. Era mi hermano muy atrevido , quanto Don Felix prudente , causa para que á la primera ida , y venida de las espadas , le atravesó Don Felix la suya por el pecho , y sin tener lugar , ni aun de llamar á Dios , cayó en el suelo de todo punto muerto. El mozo que tenía las llaves , como aún no habia cerrado la puerta , por ser todo en un instante , recogió á D. Felix antes que mi padre , ni la Justicia pudiesen hacer las diligencias que les tocaba. Vino el dia , supose el caso , dióse sepultura al malogrado , y yo ignorante del caso , salí á un locutorio á ver á Dona Isabel , que me estaba aguardando llena de lagrimas , y sentimientos , porque pensaba ella , siendo yo muger de su hermano , serlo del mio , á quien amó tiernamente. Previnome del suceso , y de la ausencia que Don Felix queria hacer de Baeza , y de toda España , porque se decía que el Corregidor trataba de sacarle de la Iglesia mientras venia un Alcalde de la Corte , por quien se habia enviado á toda prisa. Considera Fabio , mis lagrimas , con tan tristes nuevas , que fue mucho no costarme la vida , y mas viendo que aquella misma noche habia de ser la partida de mi querido dueño á Flandes , refugio de delinquentes , y

seguro de desdichados; como lo hizo, dexando orden en mi regalo, y cuydado á su padre de amansar las partes, y negociar su buelta. Con esto, por una puerta falsa, que se mandaba por la estancia de las Monjas, y no se abria, sino con licencia del Vicario, y Abadesa, salió dexandome en los brazos de su tia, casi muerta, donde me trasladó de los suyos, por no aguardar á mas ternezas, tomando el camino de Barcelona, donde estaban las Galeras que habian trahido las compañías, que para la expulsion de los Moriscos habia mandado venir la Magestad de Felipe Tercero, y aguardaban al Excelentissimo Don Pedro Fernandez de Castro, Conde de Lermos, que iba á ser Virrey, y Capitan General del Reyno de Napoles. Supo mi padre la ausencia de Don Felix, y como discreto, trazó, ya que no se podia vengar de él, hacerlo de mí. Y la primera traza que para esto dió, fue tomar los caminos, para que ni á su padre, ni á mí viesesen cartas, tomándolas todas, y no fue mal acuerdo, pues así sabia el camino que llevaba, que los Caballeros de la calidad de mi padre, en todas partes tienen amigos á quien cometer su venganza. Pasaron veinte dias de ausencia, pareciendome á mí veinte mil años, sin haber tenido nuevas de mi ausente. Y un dia

que estaba conmigo mi suegro, y cuñado, entró un cartero, y dió á mi suegro una carta, diciendo ser de Barcelona, que con lo que despues supe, habia sido echada en el correo, decia así:

*Mucho siento haber de ser el primero que dé á v. m. tan malas nuevas, mas aunque quisiera escusarme, no es justo dexar de acudir á mi amistad, y obligacion. Anoche, saliendo el Alferrez D. Felix Ponce de Leon, su hijo de v. m. de una casa de juego, sin saber quién, ni cómo, le dieron de puñaladas, sin darle lugar, ni aun de imaginar quién fuese el agresor. Esta mañana le enterramos, y luego despacho ésta para que v. m. lo sepa, á quien consuele nuestro Señor, y dé la vida que sus servidores deseamos. A Sarabia pasará conmigo á Napoles, si v. m. no manda otra cosa. Barcelona 20. de Junio.*

El Capitan Diego de Mesa.

Ay Fabio, y qué nuevas! No quiero traher á la memoria mis extremos, basta decir que las creí, por ser este Capitan muy amigo de Don Felix, con quien él tenia correspondencia, y á quien pensaba seguir en este viage; y pues las creí, por esto podrás conjeturar mi sentimiento, y lagrimas. No quieras saber mas, sino que sin hacer mas informacion, otro dia tomé el habito de Religiosa, y conmigo, para consolarme, y acompañarme Doña Isabel, que me quería ternisimamente.



mente. Ve prevenido, discreto Fabio, de que mi padre fue el que hizo este engaño, y escribió esta carta; y como cogia todas las que venian, porque Don Felix, como llegó á Barcelona, halló embarcado al Virrey, y sin tener lugar de escribir, mas que quatro renglones, avisando de como ese dia partian las Galeras, se embarcó, y con él Sarabia, que no le habia querido dexar, temeroso de su peligro: pedia que le escribiesemos á Napoles, donde pensaba llegar, y desde allí dar la buelta á Flandes. Pues como su padre, y yo no recibimos esa carta, pues en su lugar vino la de su muerte, y la tuviesemos por cierta, no escribimos mas, ni hicimos mas diligencia, que cumplido el año, hacer Doña Isabel, y yo nuestra profesion con mucho gusto, particularmente en mí, pareciendome que faltando Don Felix, no quedaba en el mundo quien me mereciese. A un mes de mi profesion, murió mi padre, dexandome heredera de quatro mil ducados de renta, los quales no me pudo quitar, por no tener hijos, que aunque tenia enojo, en aquel punto, acudió á su obligacion. Estos gastaba yo largamente en cosas del Convento; y así era señora de él, sin que se hiciese en todo mas que mi gusto. Don Felix llegó á Napoles, y no hallando cartas allí, como pensó,

enojado de mi descuido, sin querer escribir, viendo que se partian cinco compañías á Flandes, y que en una de ellas le habian buuelto á dar la vadera, se partió, y en Bruselas, para desapasionarse de mis cuidados, dió los suyos á Damas, y juegos en que se divirtió, de manera, que en seis años, no se acordó de España, ni de la triste Jacinta que habia dexado en ella: pluguiera á Dios se estuviera hasta hoy, y me hubiera dexado en mi quietud, sin haberme sujetado á tantas desdichas; pues para traerme á ellas, al cabo de este tiempo, trayendo á la memoria sus obligaciones, dió la buelta á España, donde entrando al anochecer, sin ir á la casa de sus padres, se fue derecho al Convento, y llegando al torno, á tiempo que querian cerrarle, preguntó por Doña Jacinta, diciendo, que la trahia unas cartas de Flandes: era tornera una de sus tias, y deseosa de saber lo que me queria, pareciendome novedad que me buscasse nadie fuera de su padre de Don Felix, que era la visita que yo siempre tenia, se apartó un poco, y llegando luego, preguntó quién buscaba á Doña Jacinta, que yo soy? Ese engaño no á mí, dixo Don Felix, que el Soldado que me dió la carta, me dió tambien á conocer su voz. Viendo la sutileza la mensagera, á toda dili-

gencia me envió á llamar por saber tales enigmas, y como llegué preguntando quién me buscaba, y conociese Don Felix mi voz, se llegó, diciendo: Era tiempo, Jacinta mia, de verte? O Fabio, y qué voz para mí, ahora parece que la escucho, y siento lo que sentí en aquel punto! Asi como conocí en la habla á Don Felix, no quieras mas de que considerando en un punto las falsas nuevas de su muerte, mi estado, y la imposibilidad de gozarle, despertando mi amor, que habia estado durmiendo, dí un grito, formando en él un ay, tan lastimoso, como triste, y dí conmigo en el suelo, con un desmayo tan cruel, que me duró tres dias, estar como muerta, y aunque los Medicos declaraban que tenia vida, por mas remedios que se hacian, no podian bolverme en mí. Recogióse Don Felix á una quadra dentro de la sala, que debió de ser la misma en que primero estuvo, donde vió á su hermana, porque habia en ella una rexa donde nos hablamos, de quien supo lo hasta allí sucedido, que viendo que estaba profesada, fue milagro no perder la vida. Encargóle el cuydado de mi salud, y el secreto de su venida, porque no queria que la supiese su padre, que ya su madre era muerta. Yo bolví del desmayo, mejoré del mal; porque guardaba el Cielo mi vida para

mas desdichas, y salí á ver á D. Felix. Llotamos los dos, y concertamos de que Sarabia fuese á Roma por licencia para casarnos, pues la primera palabra era la valedera. Mientras yo juntaba dineros que llevase, pasaron quince dias, en cuyo tiempo bolvimos á vivir amor, y las persuaciones de Don Felix á tener la fuerza que siempre habian tenido, y mi flaqueza á rendirse. Y pareciendonos que el Breve del Papa estaba seguro; fiandonos en la palabra dada, antes de la profesion, dí orden de haber la llave de la puerta falsa, por donde salió Don Felix para ir á Flandes, la qual le dí á mi amante, hallandose mas glorioso que con un Reyno. O caso atroz, y riguroso! Pues todas, ó las mas noches entraba á dormir conmigo; era facil, por haber una celda que yo habia labrado de aquella parte. Quando considero esto, no me admiro Fabio, de las desdichas que me siguen, y antes alabo, y engrandezco el amor, y misericordia de Dios en no enviar un rayo contra nosotros. En este tiempo se partió Sarabia á Roma, quedandose Don Felix escondido, con determinacion de que no se supiese que estaba allí, hasta que el Breve viniese. Pues como Sarabia llegó á Roma, y presentó los papeles, y un memorial que llevaba para dar á su Santidad, en el qual se daba cuenta

ta de toda la substancia del negocio, y como entraba en el Convento; caso tan riguroso á sus oídos, que mandó el Papa, que pena de excomunion mayor *latæ sententiæ*, pareciese Don Felix ante su Tribunal, donde sabiendo el caso mas por entero daria la dispensacion, dando por ella quatro mil ducados. Pues quando aguardabamos el buen suceso, llegó Sarabia con estas nuevas: empecé á sentir con mayores extremos el ausentarse Don Felix, temiendo sus descuydos; el qual con la misma pena me pidió que me saliese del Convento, y fuese con él á Roma, y que juntos alcanzariamos mas facilmente la licencia para casarnos. Dixolo á una muger que amaba, que fue facilitar el caso, porque la siguiente noche tomando yo cantidad de dineros, y joyas que tenia, dexando escrita una carta á Doña Isabel, y dexandole el cuydado, y gobierno de mi hacienda, me puse en poder de Don Felix, que en tres mulas que tenia Sarabia prevenidas, quando llegó el dia, ya estabamos bien apartados de Baeza, y en otros doce nos hallamos en Valencia, y tomando una salva, con harto riesgo de las vidas, y mil trabajos, llegamos á Civitavieja, y en ella tomamos tietra, y un coche en que llegamos á Roma. Tenia Don Felix amistad con el Embaxador de España, y algunos Car-

denales, que habian estado en la Ciudad de Baeza, con cuyo favor nos atrevimos á echarnos á los pies de su Santidad, el qual mirando nuestro negocio con piedad, nos absolvió; mandando que dieseamos dos mil ducados al Hospital Real de España que hay en Roma; y luego nos despachó con condicion, y en penitencia del pecado, que no nos juntasemos en un año, y si lo hiciesemos, quedase la pena, y castigo reservado á él mismo. Estuvimos en Roma visitando aquellos Santuarios, y confesandonos generalmente, en cuyo intermedio supo Don Felix, como la Condesa de Galves Doña Leonor de Portugal, se embarcaba, para venir á Zaragoza, de donde habian hecho á Don Diego Pimentel, su marido, Virrey. Y pareciendole buena ocasion para venir á España, y á nuestra tierra á descansar, me traxo á Nápoles, y acomodó por via del Marques de Santa Cruz, con las Dinias de la Condesa, y él se llegó á la tropa de los acompañantes. Tuvo la fortuna el fin que se sabe, porque forzados de una tormenta, nos obligó á venir por tierra; bastaba yo Fabio venir allí. Finalmente mi Esposo, y yo venimos á Madrid, y en ella me llevó á casa de una deuda suya, viuda, y que tenia una hija, tan Dama como hermosa, y tan discreta como gallarda, donde qui-



so que estuviere, respecto de haber de estar apartados lo que faltaba del año. El presentó los papeles de sus servicios en el Consejo de Guerra, pidiendo una compañía, pareciendole que con título de Capitan, y nuestra hacienda seria Rey en Baeza, premisas ciertas de su pretension. Habia salido orden de su Magestad, que todos los Soldados pretendientes fuesen á servirle á la Mamora, que á la buelta les haria mercedes, y como Don Felix, respecto de haber servido tan bien le honrasen para esta ocasion, con el deseado cargo de Capitan, no le dexaron sus honrados pensamientos acudir á las obligaciones de mi amor. Y asi un dia que se vió conmigo delante sus parientas, me dixo: Amada Jacinta, ya sabes en la ocasion que estoy, que no solo á los Caballeros obliga, mas á los humildes, si nacieron con honra; esta empresa, no puede durar mucho tiempo, y caso que dure mas de lo que ahora imagino, como un hombre tenga lo que ama consigo, y no le falte una posada honrada, vivir en Argél, ó en Constantinopla, todo es vivir, pues el amor hace los campos Ciudades, las chozas Palacios. Digote esto, porque mi ausencia no se escusa, por tan justos respetos, que si los atropellase, daria mucho que decir. Tan honrosa causa disculpa de

amor, si quieres dar ese nombre á mi partida. La confianza que tengo de tí me escusa el llevarte, que si no fuera esto, me animára á que en mi compañía empezáras á padecer de nuevo, ó ya viendome á mí cercado de trabajos, ó llegando ocasion de morir juntos. Mas será Dios servido, que en sosegandose estas revoluciones, y yo tenga lugar de venir á gozarte, ó por lo menos, enviar por tí donde me emplee en servirte, que bien sé la deuda en que estoy á tu valor, y voluntad; mi esposa eres, siete meses nos faltan para poder yo libremente tenerte por mí. La honra, y acrecentamiento que yo tuviere es tuya. Ten por bien, señora mia, esta jornada, pues ahorrará con esto parte del pesar que has de tener, y yo tengo. En casa de mí tia quedas, y con la deuda de ser quien eres. Lo necesario para tu regalo, no te ha de faltar. A mi padre, y hermano dexo escrito, dandoles cuenta de mis sucesos, á tí vendrán las cartas, y dineros. Con esto, y las tuyas tendré mas ánimo en las ocasiones, y mas esperanzas de bolverte á ver. Yo me he de partir esta tarde, que no he querido hasta este punto decirte nada. Por tu vida, y la mia, que mostrando en esta ocasion el valor que en las demás has tenido, escuses el sentimiento, y no me niegues la licencia que te pido. Con un mar de lagri-

grimas en mis ojos escuché ser discreto Fabio á mi D. Felix, pareciendome en aquel punto mas galan, y mas amoroso, y mi amor mayor que nunca; habiale de perder, qué mucho que para atormentarme urdiese mi mala suerte esta cautela? Queriale responder, y no me daba lugar la passion, y en este tiempo consideré que tenia razon en lo que decia: y asi le dixé con muy turbadas palabras, que mis ojos respondian por mí, pues que ellos hacian tal sentimiento, pasando entre los dos palabras amorosas, mas para aumentar la pena, que considerarla. Llegó la hora en que le habia de perder para siempre: partióse al fin Don Felix, y quedé como el que ha perdido el juicio, porque ni podia llorar, ni hablar, ni oír los consuelos que me daban Doña Guiomar, y su madre que me decian mil cosas, y consuelos para desembelesarme. Finalmente me costó la pérdida de mi dueño tres meses de enfermedad, que estuve ya para desamparar la vida. Pluguiera al Cielo que me hiciera este bien; mas cuándo le reciben los desdichados, ni aun de quien tiene tantos qué dar? En todo este tiempo no tuve cartas de Don Felix, y aunque pudieran consolarme las de su padre, y hermana, que alegres de saber el fin de tantas desdichas, y prevenidas de mil regalos, y dineros, que me da-

ban el parabien, pidiendome, que en bolviendo Don Felix, tratásemos de irnos á descansar en su compañía, no era posible que hinchasen el vacío de mi cuydada voluntad, la qual me daba mil sospechas de mi desdicha; porque tengo para mí, que no hay mas ciertos Astrologos que los amantes. Mas habian pasado de quatro meses que pasaba esta vida, quando una noche, que parece que el sueño se habia apoderado mas de mí que otras (porque como la fortuna me dió á D. Felix en sueños, quiso quitarmele de la misma suerte) soñaba que recibia una carta suya, y una caxa, que parecia traer algunas joyas, é yendole á abrir, hallé dentro la cabeza de mi esposo. Considera, Fabio, que fueron los gritos, y las voces que dí tan grandes, despertando con tantas lagrimas, congojas, y ansias, que parecia que se me acababa la vida; ya desmayandome, y ya tornando en mí, á puras voces que me daba Doña Guiomar, y agua que me echaban en el rostro. Contéles el sueño, y ella, y su madre, y las criadas, no osaban apartarse de mí por el temor con que estaba, pareciendome que á todas partes que bolvia la cabeza, veía la de Don Felix. Hasta que se llegó la mañana, que determinaron llevarme á mi Confesor, para que me confesase, por ser Sacerdote muy bien

en-

entendido, y Theologo. Al tiempo de salir de mi casa, oí una voz, aunque las demás no la oyeron. Muerto es, sin duda, Don Felix. Con tales agüeros, puedes creer, que no hallé consuelo en el Confesor, ni le tenia en cosa criada. Pasé así algunos dias, al cabo de los quales vinieron las nuevas de lo que sucedió en la Mamora, y con ellas la relacion de los que en ella se ahogaron, viniendo casi en los primeros D. Felix. De aqui algunos dias llegó Sarabia, que fue la nueva mas cierta, lo qual contó, como yendo á tomár puerto las naves, en competencia unas de otras, dos de ellas se hicieron pedazos, y se fueron á pique, sin poderse salvar de los que iban en ellas, ni tan solo un hombre. En una de estas iba Don Felix, armado de unas armas dobles, causa de que cayendo en el mar, no bolvió á parecer mas; echó algunos fuera, él no fue visto; así acabó la vida en tan desgraciada ocasion, el mas galan mozo que tuvo la Andalucía, porque á treinta años acompañaban las mas gallardas partes que pudo formar la naturaleza. Cansarte en contar mi sentimiento, mis ansias, mi llanto, seria pagarte mal el gusto con que me escuchas, solo te digo, que en tres años, ni supe qué fue alegría, ni salud. Supieron su padre, y hermana el suceso, trataron de llevarme, y restituirme á mi Con-

vento; mas yo, aunque sentia con tantas veras la muerte de mi esposo, no lo acepté, por no bolver á los ojos de mis deudos sin su amparo; ni menos con las Monjas, respecto de haber sido causa de su escandalo; demás que mi poca salud no me daba lugar de ponerme en camino, ni bolver de nuevo á sufrir la carga de la Religion; antes di orden que Sarabia, á quien ya tenia por compañero en mis fortunas se fuese á gobernár mi hacienda, y yo quedé en compañía de Doña Guiomar, y su madre, que me tenian en lugar de hija; y no hacian mucho, pues gastaba con ella toda mi renta. Aconsejabanme algunas amigas que me casase, mas yo no hallaba otro Don Felix que satisfaciese mis ojos, ni hinchase el vacío de mi corazon, aunque no lo estaba de su memoria, ni mis compañeras quisieran que le hallára, mas para mi desdicha le halló amor, que quizá estaba agraviado de mi descuido. Visitaba á Doña Guiomar un mancebo noble, rico, y galan, cuyo nombre es Celio, tan cuerdo, como falso, pues sabia amar quando queria, y olvidar quando le daba gusto; porque en él las virtudes, y los engaños están como los ramilletes de Madrid, mezclados ya los olorosos claveles, como hermosas mosquetas, con las flores campesinas, sin olor, ni virtud ninguna. Hablaba bien,



bien, y escribía mejor, siendo tan diestro en amar, como en aborrecer. Este mancebo que digo, en mucho tiempo que entró en mi casa, jamás se le conoció designio ninguno, porque con llaneza, y amistad entretenía la conversacion; siendo tal vez el mas puntual en prevenirme consuelos á mi tristeza, unas veces jugando con Doña Guiomar, y otras diciendo algunos versos, en que era muy diestro. Pasaba el tiempo, teniendo en todo lo que intentaba, mas acierto que yo quisiera. Igualmente nos alababa; sin ofender á ninguna nos queria; ya engrandecida la doncella; ya encarecida la viuda; y como yo tambien hacia versos, competia conmigo en ellos, admirandole, no el que yo les compusiese; pues no es milagro en una muger, cuya alma es la misma que la del hombre, ó porque naturaleza quiso hacer esa maravilla, ó porque los hombres no se desvaneciesen, siendo ellos solos los que gozan de sus grandezas, sino porque los hacia con algun acierto. Jamas miré á Celio para amarle, aunque nunca procuré aborrecerle, porque si me agradaba de sus gracias, temia sus despejos, de que él mismo nos daba noticia; particularmente un dia, que nos contó como era querido de una Dama, y que la aborrecia con las mismas vevas que le amaba, gloriandose de las sinrazones, con

que la pagaba mil ternezás. Quién pensára, Fabio, que esto despertára mi cuydado, no para amarle, sino para mirarle con mas atencion que fuera justo? De mirar su gallardía, renació en mí un poco de deseo, y con desear, se empezaron á enjugar mis ojos, y fui cobrando salud porque la memoria empezó á divertirse tanto, que del todo le vine á querer, sí bien callaba mi amor, por no parecer liviana, hasta que él mismo traxo la ocasion por los cabellos, y fue pedirme, que hiciera un Soneto á una Dama, que mirandose á un espejo, dió en él el Sol, y la deslumbró. Y yo aprovechandome de ella, hice este Soneto.

*En el claro cristal del desengaño  
se miraba Jacinta descuydado,  
contenta de no amar sin ser amada,  
viendo su bien en el ageno daño.*

*Mira de los amantes el engaño,  
la voluntad, por firme, despreciada,  
y de haberla tenido, esturmentada,  
huye de amor el proceder extraño.*

*Celio sol de esta edad, casi envidioso,  
de ver la libertad con que vivia,  
esenta de ofrecer á amor despojos.*

*Galan, discreto, amante, y dadiovo,  
reflexos que animaron su osadia,  
dió en el espejo, y deslumbró los ojos.*

*Sintió dulces enojos,  
y apartando el cristal, dixo piadosa,  
por no haber visto á Celio fui animosa.*

*T aunque llegue á abrazarme,  
no pienso de sus rayos apartarme.*

Re-

Recibió Celio con tanto gusto este papel, que pensé, que ya mi ventura era cierta: y no fue, sino que á nadie le pesa de estar querido; alabó su ventura, encareció su suerte, agradeció mi amor, dando muestras del suyo, y dandome á entender, que me le tenia desde el dia que me vió, solemnizó la traza de darle á entender el mio, y finalmente armó lazos en que acabase de caer, solemnizando en un romance mi hermosura, y su suerte. Ay de mí! Que quando considero las estratagemas con que los hombres rinden las mugeres, digo, que todos son traydores, y el amor guerra, y batalla campal, donde el amor combate á sangre, y fuego al honor; Alcayde de la fortaleza del alma. De mí te digo, Fabio, que aunque ciega, y mas cautiva á esta voluntad, no dexo conocer lo que he perdido por ella; pues quando no sea sino por haber dexado de ser cuerda, queriendo á quien me aborrece, basta este conocimiento para tenerme arrepentida, si durase este proposito. En fin Celio, es el mas sabio, para engañar, que yo he visto, porque supo dar tal color de verdadero á su amor, que le creyera no solo una muger que sabia la verdad de un hombre que se preció de tratarla, sino á las mas astutas, y matreras. Sus visitas eran continuas, porque mañana, y

tarde estaba en mi casa, tanto, que sus amigos llegaron á conocer (en verle negar á su conversacion) que la tenia con persona que la merecia, en particular uno de su nombre, con quien la conservó mas que con ninguno, y á quien contaba sus empleos, que segun me dixo el mismo Celio, me tenia lástima, y le rogaba no me hablase, si me habia de dar el pago que á otras. Sus papeles eran tantos, que fueron bastantes á bolverme loca. Sus regalos tan en tiempo, que parecia tener de su mano los movimientos del Cielo. Yo simple, ignorante de estas traiciones, no hacia sino aumentar amor sobre amor, y sí bien se le tuve siempre, con proposito de hacerle mi esposo, que de otra manera, antes me dexára morir, que darle á entender mi voluntad; y en ello entendí hacerle harto favor. Celio no debia de pensar esto, segun pareció, aunque no ignoraba lo que ganára en tal casamiento; mas yo con mi engaño estaba tan contenta en ser suya, que ya de todo punto no me acordaba de Don Felix, solo en Celio estaban empleados mis sentidos, sí bien temerosa de su amor, porque desde que le empecé á querer, temí perderle: y para asegurarme de este temor, un dia, que le ví mas galan, y mas amante, le conté mi pensamiento, diciendole, que si como tenia quatro mil

mil

mil ducados de renta, tuviera todas las riquezas del mundo, de todas las hiciera señor. Seguía Celio las letras, y en ellas tenía mas acierto, que yo ventura, con lo que cortó á mi pretension la cabeza, diciendo, que él habia gastado sus años en estudios de letras divinas, con proposito de ordenarse de Sacerdote, y que en eso tenían puesto sus padres los ojos, fuera de haber sido esta su voluntad; y que supuesto esto, que le mandase otras cosas de mi gusto, que no siendo esta, las demás haria, aunque fuese perder la vida: y que en razon de asegurarme de perderle, me daba su fé, y palabra de amarme mientras durase la que tenía. Lo que sentí en ver defraudadas mis esperanzas, confirmandose en todo mis temores, y rezelos, pues siendo quien soy, no era justo querer, sino era al que habia de ser mi legitimo marido, y respecto de esto habia de tener sin nuestra amistad, dieron lagrimas mis ojos, y mas viendo á Celio tan cruel, que en lugar de enjugarlas, pues no podia ignorar que nacia de amor, se levantó, y se fue, dexandome bañada en ellas, y asi estuve toda aquella noche, y otro dia, hasta que allá á la tarde vino Celio á disculparse, con tanta tibieza, que en lugar de enjugarlas, las aumentó. Esta fue la primera ingratitud que Celio usó conmigo, y como

á una siguen muchas, empezó á descuydarse de mi amor, de suerte, que ya no me via, sino de tarde en tarde, ni respondía á mis papeles, siendo otras veces objeto de su alabanza. A estas tibiezas daba por disculpa, sus ocupaciones, y amigos, y con ellas ocasion á mis tristezas, y desasiegos, tanto, que ya las amigas, que adoraban mis donayres, y entretenimientos, huían de mí, viendome con tanto disgusto. Acompañó su desamor con darme zelos. Visitaba Damas, y decia lo que era lo peor, con que irritando mi colera, y ocasionando mi furor, empecé á ganar en su opinion nombre de mal acondicionada; y como su amor fue fingido, antes de seis meses se halló tan libre de él, como si nunca le hubiera tenido, y como ingrato á mis obligaciones, dió en visitar á una Dama libre, y de las que tratan de tomar placer, y dineros, y hallóse tan bien con esta amistad, porque no le recelaba, ni apretaria, que no se le dió nada que yo lo supiese, ni hacia caso de las quejas que yo le daba por escrito, y de palabra, las veces que venía, que eran pocas. Supe el caso por una criada mia, que le siguió, y supo los pasos en que andaba. Escribí á la muger un papel, pidiendole no le dexase entrar en su casa. Lo que resultó de eso, fue no venir mas



á la mia, por darse mas enteramente á la otra. Yo triste, y desesperada, se me pasaban los dias, y las noches llorando: mas para qué te canso en estas cosas, pues con decir que cerró los ojos á todo, basta.

Fue fuerza en medio de estos sucesos irse á Salamanca: y por no bolver á verme, se quedó allí aquel año. Lo que en esto sentí, te lo dirá este trage, y este monte, donde siendo yo quien sabes, me has hallado. A pocos dias que estaba en Salamanca, supe que andaba de amores, por nuevo, por galan, y cortesano; cuyas nuevas sentí tanto, que pensé perder el juicio. Escribíle unas cartas, no tuve respuesta. En fin me determiné ir á aquella famosa Ciudad, y procurar con caricias bolver á su gracia; y ya que no estorvase sus amores, por lo menos llevaba determinacion de quitarme la vida. Mira, Fabio, en qué ocasiones se vió mi opinion; mas qué no hará una muger zelosa? Comunique mi pensamiento con Doña Guiomar, con quien descansaba, viendo que estaba resuelta, no quiso dexarme partir sola. Entraba en casa un Gentil-hombre, cuya amistad, y llaneza era de hermano, al qual rogó Doña Guiomar, y su madre, que me acompañase: El lo aceptó, y alquilando dos mulas, salimos de Madrid bien prevenidos de joyas, y dineros. Y como yo

sé tan poco de caminos, porque los que habia andado en compañía de Don Felix, habian sido con mas recato; en lugar de tomar el camino de Salamanca, el traydor que me acompañaba tomó el de Barcelona, y antes de llegar á ella media luega, me quitó quanto llevaba, y con las mulas se bolvió por do habia venido. Quedé en el campo sola, y desesperada, con intento de hacer un disparate. En fin, á pie empecé á caminar, hasta que salí del monte al camino real, donde hallé gente, á quien pregunté, qué tanto estaba de allí Salamanca? De que se rieron; respondiome, que mas cerca estaba de Barcelona, en lo que ví el engaño del traydor, que por robarme me traxo allí. Animéme, y á pie llegué á Barcelona, donde vendiendo una sortixilla de hasta diez ducados, que por descuido me quedó en el dedo, compré este vestido, y me corté el cabello. De esta suerte vine á Monserrate, donde estuve tres dias, pidiendo á aquella Santa Imagen me ayudase, y favoreciese en mis trabajos, y llegando á pedir á los padres me diesen algo que poder comer, me preguntaron, si queria servir de zagal, para traher al monte este ganado: Yo, viendo tan buena ocasion, para que Celio, ni nadie sepa de mí, y yo pueda llorar mis desdichas, acepté el partido,

don-

donde ha quatro meses que estoy, con proposito de no bolver eternamente donde nadie me vea. Esta es la ocasion de mis desdichadas quejas, que te dieron motivo á buscarme: en estas ocasiones me ha puesto amor, y en ellas pienso acabar mi vida. Atento habia estado Fabio á las razones de Jacinta, y viendo que habia dado fin, la respondió asi: Por no cortar el hilo, discreta Jacinta, á tus lastimosos sucesos, tan bien sentidos, como bien dichos, no he querido decirte, hasta que les dieses fin, que soy Fabio, el amigo de Celio, que dixiste que estaba tan lastimado de tu empleo, quanto deseoso de conocerte. Con tales colores has pintado su retrato, que quando yo no supiera sus desdichas, y por ellas conociese, desde que le nombraste, que eras el dueño de las que yo tengo tan sentidas como tú, conociera luego tan ingrato amante, á quien no culpo, por ser esa su condicion, y tan sujeto á ella, que jamás en esto se valió de su entendimiento para poder vencerle: muchas prendas le he conocido, y á todas ha dado ese mismo pago, y tenido esa misma correspondencia. De lo que puedo asegurarte, despues de decirte, que pienso que su estrella le inclina á querer donde es aborrecido, y aborrecer donde le quieren, es que siempre oí en su boca tus alabanzas, y en su

veneracion tu personal, tratando de tí con aquel respeto que mereces. Señal de que te estima, y si tú le quisieras menos de lo que le has querido, ó no lo mostráras, por lo menos, ni tú estuvieras tan quejosa, ni él hubiera sido tan ingrato: mas ya no tiene remedio, porque si amas á Celio con intencion de hacerle tu dueño, como de ser quien eres, creo, y de tu discrecion siempre presumí, ya es imposible; porque él tenia ya las puertas cerradas á esas pretensiones, y á cualesquiera que sean de esta calidad, por tener ya Ordenes, impedimento para casarse, como sabes. Para su condicion, solo este estado le conviene, porque imaginó, que si tuviera muger propria, á puros rigores, y desdenes la matára, por no poder sufrir estar siempre en una misma parte, ni gozar una misma cosa. Pues que quieras, forzada de tu amor, lograrle de otra suerte, no lo consentirá el ser Christiana, tu nobleza, y opinion, que será desdecir mucho de ella; pues no es justo que ni el padre de Don Felix, ni su hermano, tus deudos, y el Monasterio donde estuviste, y fuiste tanto tiempo Religiosa, sepan de tí esa flaqueza, que imposible será encubrirse: y estar aqui donde estás, peligro de ser conocida de los Vandoleiros de esta montaña, y de la gente, que para visitar estas santas Her-

Hermitas la pasan, ni es decente, ni seguro, pues como yo te conocí, lo podrán hacer los demás. Tu hacienda está perdida, tus deudos, y los de tu muerto esposo, confusos, y quizá sospechando de tí mayores males de los que tú piensas, ciega con la desesperacion de tu amor, y la pasion de tus zelos, tanto, que no das lugar al entendimiento para que te aconseje. Yo que miro las cosas sin pasion, te suplico, que consideres, y pienses, que no me he de apartar de aqui, sin llevarte conmigo, porque de lo contrario, entendiera, que el Cielo me habia de pedir cuenta de tu vida, pues esto sin mas interés que el de la obligacion en que me has puesto, con decirme tu historia, y descubrirme tus pensamientos, la que tengo á ser quien soy, y la que debo á Celio mi amigo, del qual pienso llevar muchos agradecimientos, si tengo suerte de apartarte de este intento, tan contrario á tu honor, y fama, porque no me quiero persuadir á que te aborrece tanto, que no estime tu sosiego, tu vida, y tu honra tanto como la suya. Esto te obligue, Jacinta hermosa, á desviarte de semejante designio. Vamos á la Corte, donde en un Monasterio principal de ella, estarás mas conforme á quien eres; y si acaso allí te saliese ocasion de casarte, hacienda tienes con que poder ha-

cerio, y discrecion para olvidar con las caricias verdaderas de tu legitimo esposo, las falsas, y tibias de tu amante; y si olvidandole, y conociendo las desdichas que has pasado, y las malas correspondencias de los hombres, tomases estado de Religiosa, pues ya sabes que es el mas perfecto, tanto mas gusto darias á los que te conocemos. Ea bella Jacinta, vamos al Convento, que se viene la noche, y entregarás á los Frayles sus corderos, porque mañana, poniendote en tu trage, pues ese no es decente á lo que mereces, recibirás una criada que te acompañe, y alquilarémos un coche en que bolver á Madrid, que desde hoy, con tu licencia, quiero que corra solo por mi cuenta tu opinion, y agradecerme á mí mismo el ser la causa de tu remedio. Y si no puedes vivir sin Celio, yo haré que Celio te visite, trocando al amor imperfecto en amor de hermano. Y mientras con esto entretienes tu amorosa pasion, querrá el Cielo que mudes de intento, y te envíe el remedio que yo deseo, al qual ayudaré, como si fueras mi hermana, y como tal irás en mi compañía. Con estos brazos, noble, y discreto Fabio (replicó Jacinta, llenos los ojos de lagrimas, enlazandolos al cuello del bien entendido mancebo) quiero, si no pagar, agradecer la merced que me haces; y pues el Cielo



lo te traxo á tal tiempo por estos montes inhabitables, quiero pensar, que no me tiene olvidada, iré contigo mas contenta de lo que piensas, y te obedeceré en todo lo que de mí quisieres ordenar, y no haré mucho, pues todo es tan á provecho mio. La entrada en el Monasterio acepto, solo en lo que no podré obedecerte, será en tomar uno, ni otro estado, si no se muda mi voluntad, porque para admitir esposo, me lo estorva mi amor, y para ser de Dios, amo á Celio; porque aunque es la ganancia diferente, para dar la voluntad á tan Divino Esposo, es justo que esté muy bien libre, y desocupada. Bien sé lo que gano por lo que pierdo, que es el Cielo, ó el Infierno, que tal es de mis pasiones; mas no fuera verdadero mi amor, si no me costára tanto. Hacienda tengo, bien podré estarme en el estado que poseo, sin mudarme de él. Soy Fenix de amor, quise á Don Felix, hasta que me le quitó la muerte, quiero, y querré á Celio, hasta que ella triunfe de mi vida. Y si tú haces que Celio me vea, con esto estoy contenta, porque como yo le vea, eso me basta, aunque sé, que ni me ha de agradecer esta fineza, esta voluntad, ni este amor, mas aventuraréme perdiendo; pues, ni él dexará de ser tan ingrato, como yo firme, ni yo tan desdichada como he sido, mas por lo menos

comerá el alma el gusto de su vista, á pesar de sus despegos, y lealtades. Con esto se levantaron, y dieron la vuelta á la Santa Iglesia, donde reposaron aquella noche, y otro dia partieron á Barcelona, donde mudaron Jacinta de trage, y tomando un coche, y una criada, dieron la vuelta á la Corte, donde hoy vive en un Monasterio de ella, tan contenta, que le parece que no tiene mas bien que desear, ni mas gusto que pedir. Tiene consigo á Doña Guiomar, porque murió su madre, y antes de su muerte le pidió la amparase hasta casarse, de quien supe esta historia, para que la pusiese en este libro por maravilla, que lo es, y suceso tan verdadero; porque á no ser los nombres de todos supuestos, fueran de muchos conocidos.

Con tanto donayre, y agrado contó la hermosa Lisarda esta maravilla, que colgados los oyentes de sus dulces razones, y prodigiosa historia, quisieran que durára toda la noche, y así conformes, y de un parecer comenzaron á alabarla, y darle las gracias de favor tan señalado, y mas Don Juan, que como amante se despeñaba en sus alabanzas, dándole á Lisis con cada una la muerte, tanto que por estorvarlo tomando la guitarra, que sobre la cama tenia, llorando el alma, quando cantaba el cuerpo,

C

hi-

hizo señas à los Musicos, los quales atajaron á Don Juan las alabanzas, y á Lisis el pesar de oír- las con este Soneto.

*No desmaya mi amor con vuestro olvido,  
 Porque es Gigante armado de firmeza,  
 No os canseis con tratarle con tibieza,  
 Pues no le habeis de ver jamás vencido.  
 Sois mientras mas ingrato, mas querido,  
 Que amar por solo amar, es gran fineza;  
 Sin premio sirvo, y tengo por riqueza,  
 Lo que suelen llamar tiempo perdido.  
 Si mis ojos en lagrimas bañados,  
 Quizá viendo otros ojos mas queridos,  
 Se niegan á sí mismos el reposo,  
 Les digo, amigos, fuisteis desdichados;  
 Y pues no sois llamados, y escogidos,  
 Amar por solo amar es premio honroso.*

Pocos hubo en la sala, que no entendieron que los versos cantados por la bella Lisis se dedicaron al desden con que Don Juan premiaba su amor, aficionado á Lisarda, y naturalmente les pesó de ver tan mal pagada la voluntad de la Dama, y á Don Juan tan ciego, que no estimase tan noble casamiento; porque aunque Lisarda era deuda de Lisis, y en la nobleza, y hermosura, iguales, le aventajaba en las riquezas. Quien mas reparó en la pasión de Lisis fue Don Diego, amigo de Don Juan, que sabía la voluntad de Lisis, y despegos de Don Juan, por haberle contado la Dama sus deseos, y viendo ser tan honestos, que no pasaban los limites de la vergüenza, propuso pedirle á Don Juan licencia para servirle, y tratar su

casamiento. Y así, por principio comenzó á engrandecer, ya los versos, ya la voz, y Lisis, ó agradecida, ó falsa, quizá con deseos de venganza, comenzó á estimar la merced que le hacia, con cuyo favor Don Diego pidió licencia para que la ultima noche de la fiesta, sus criados representasen algunos entremeses, y bayles, y darles la cena á todos los convidados; y concedida, tan contento, como Don Juan enfadado de su atrevimiento, dió lugar á Matilde, para contar su maravilla; la qual habiendo trocado con Lisarda, empezó así: Ya que la bella Lisarda ha probado en su maravilla la firmeza de las mugeres, cifrada en las desdichas de Jacinta, razon será, que siguiendo yo su estilo en la mia, á lo que estamos obligadas, que es á no dexarnos engañar de las

las invenciones de los hombres, ó ya que como flacas, y mal entendidas caygamos en sus engaños, saber buscar la venganza,

pues la mancha del honor solo sale con sangre del que le ofendió. El caso sucedió en esta Corte, y empieza asi.

## NOVELA SEGUNDA.

### LA BURLADA AMINTA, Y VENGANZA DEL HONOR.

**FUE** el Capitan D. Pedro (cuyo apellido por justos respetos se calla) natural de la Ciudad de Vitoria, una de las principales de Vizcaya, por su amenidad, grandeza, y nobleza que en sí cria. Desde sus tiernos años se inclinó á las armas, exercicio usado entre nobles. Gastó la flor de su mocedad en la guerra, si se puede decir gastar, sirviendo á su Rey con tanto valor, por cuyo bien empleado trabajo alcanzó del Catolico, y prudente Don Felipe Segundo honrosos cargos en ella, hasta que pidiendo su noble exercicio el merecido premio de sus servicios, el Christiano Rey Don Felipe Tercero honró su persona con un Abito de Santiago, y seis mil ducados de renta, librados en la Encomienda del mismo Abito. Casó en Segovia (ilustre Ciudad de Castilla, tan adornada de edificios, como de grandeza de Caballeros, enriquecida de Mercaderes, que con sus tratos estienden su nombre, hasta las mas remotas Provincias de Italia) con una Dama

igual en nobleza, y bienes de fortuna. De este matrimonio tuvo un hijo, el qual llegando á los años de discrecion, heredando los nobles, y alentados respetos, y pensamientos de su padre, á imitacion suya, y codicioso de sus hazañas, quiso mostrar su mocedad en mostrar su valor, y grangear algunas de las que á su padre sobraban, y asi con gusto suyo, y una vandera, cuyo suplimiento alcanzaron los meritos de su padre, pasó á Italia á servir á su Rey en la famosa guerra que tenia con el Duque de Saboya. Tenia el Capitan Don Pedro un hermano, que por ser mayor, gozaba el Mayorazgo de su padres, que no era de los peores de su tierra, y por heredera la mas bella hija que en toda aquella Provincia se hallaba. Era Aminta de catorce años, quando á la puerta de los de su padre llamó la muerte, cruel fiscal de las vidas. Y sintiendo el Christiano Caballero, mas que la partida de este mundo, el dexar su hermosa hija, sin mas amparo que el del



Cielo, pues aunque le quedaba bastante hacienda para casar noblemente, viendola quedar sin madre que la gobernase, y enseñase, era para su corazón nuevo tormento, aunque la virtud de su hija le animaba, y viendo que sin remedio se llegaba el fin de su vida, hizo su testamento, y dexando á su hija por dueño de todo, nombró á su hermano por testamentario, y cumplidor de su alma, suplicandole por una carta, que antes de su muerte escribió, tomase á su cargo el remediar, y casar á su sobrina, pidiendole encarecidamente la emplease en quien la mereciese. Y hecho esto durmió el último sueño, rindiendo el alma á su Criador, y el cuerpo á la tierra: recibió el Capitan la Carta de su hermano, solemnizando con lagrimas las ternezas de ella, y pareciendole que estaria mejor su sobrina en su compañía, y en el amparo, y crianza de su muger, se partió para ella, con acuerdo de los dos, de que estaria bien empleada en su hijo, pareciendole, y era bien, que no podia emplearla mejor. Llegóse el Capitan á su tierra, y despues de estar en ella algunos dias, acomodando, y poniendo en orden la hacienda, dexando en su administracion un Mayordomo fiel que la gobernase, dió la vuelta á Segovia; entró en ella la hermosa Aminta, sí bien en el nu-

blado del luto, para ser su Sol, su asombro, su admiracion, dando á las Damas envidia, y á los galanes deseos, con tal extremo, que en pocos dias se llenó la Ciudad de su fama; no teniendose por dichoso quien no la habia visto; alabando cada uno lo que mas en ella estimaba: unos la hermosura, otros la discrecion; éste la riqueza, y el otro la virtud. Finalmente, de todos era llamada el milagro de esta edad, y la octava maravilla de este tiempo. No faltando luego ojos atrevidos, y deseos codiciosos, que aficionados á sus gracias, y honestos desenfados, quisiesen por medio del Matrimonio, ser dueños de tal joya, y algunos, ó los mas, que viendo que su tio cerraba la puerta á todos, con decir que Aminta habia de ser muger de su hijo, pretendiese rendir por amor el honesto pecho de la Dama, la qual contenta de que su tio la emplease tan bien, apartaba quanto podia sus ojos de estas ocasiones, esperando con mucho gusto, la venida de su primo, y esposo, que ya le habia enviado á llamar, pareciendole, que no habia otro bien sino su vista; como muger que no sabia de amor, ni de otra cosa, que de la voluntad, y gusto de sus tios. Mientras el esposado venia, pasaba Aminta una vida alegre, libre, y regalada; tanto, que gozando al lado de su tia, todas las fiestas,

y

y holguras de la Ciudad, á pocos meses olvidó la pena de la muerte de su padre, siendo su vista, para los miserables, que defraudados de gozarla, no se hallaban, sino cargados de penas, y amorosos deseos, un Basilisco que mataba, sin dar esperanzas de vida; y con saber que esto era sin remedio, no desmayaban, ni bolvian atrás á su pretension. Las musicas eran continuas, los paseos ordinarios, y los galanes sin cuenta, pareciendo su calle, en siendo de noche, los montes de Arcadia, ó las selvas de amor. Aquí sonaban suspiros, y acullá instrumentos, sin que jamás Aminta lo escuchase; y si lo oía, era para hacer burla, y reirse de todos. Mas no se fie nadie de su libertad, ni de sus fuerzas, que tal vez amor gusta mas de cazar voluntades libres, que gustar los sujetos, y siempre se vé cautivo el libre, enfermo el sano, y vencido el valiente; pues suele amor empezar burlando, y acabar de veras. Duerman los ojos de Aminta, libre, y descansadamente, que antes de mucho juzgarán á costa de hartas perlas, por verdadera mi opinion. Fue, pues, el caso, que á negocios importantes, vino á Segovia un Caballero, á quien llamaremos Don Jacinto. Era mozo, galan, y mas inclinado á gusto, que á penitencia; pues no trataba de ella, sino de Jueves á Jueves Santo, como ha-

cen los que tienen las ocasiones dentro de su casa: Este tal, por no hacerla sino á su gusto, jamás apartaba de sí la ocasion de él, que era una Dama libre, y mas desenfadada, que es menester que sean las mugeres, pues aunque tratan de solo su gusto, parece bien que sean honestas. Trahiala D. Jacinto con titulo de hermana, y de esta suerte le acompañaba siempre, dexando por su causa de hacer vida con su legitima muger, que era tan desdichada como hermosa: la qual se habia quedado en Madrid. Dió Don Jacinto en ir á oír Misa á un Monasterio, no lexos de la casa de la discreta Aminta, y donde siempre la hermosa Dama acudia con su tia; y como la hermosura, las galas, y el acompañamiento fuese para mirar, puso en ella Don Jacinto los ojos, con tan atento afecto, que no paró la hermosa vista hasta el alma. Empezó Don Jacinto á sentirse mal de la penetrante herida, que le habia dado en el corazon la grande belleza de Aminta, y considerando su nobleza, riqueza, y honestidad, que de todo se informó, ser imposibles sus pensamientos, pues el ser quien era Aminta, y su estado de él, lo dificultaba todo, le trahia fuera de sí, que no parecia hombre con alma, sino cuerpo, ó fantasma sin ella. Vinole á poner en tal cuydado su pasion, que del poco comer, y mal dormir, vino

á perder la salud, de suerte, que cayó en la cama de melancolía, con que negó á Flora la conversacion. Siendo su vista tan enfadosa á sus ojos, que quisiera por no verla, no tenerlos. Sentia Flora la repentina mudanza de Don Jacinto, con mucha pena; si bien, por lo que hizo, no se puede juzgar fuesen verdaderas; y como llegase á preguntarle la causa de su pena, y él se la negase, que no quiero sentir que fuese amor, dió en andar á la mira, hasta saberlo. No fue dificultoso, porque como amor es ciego, él, y ellos hacen las cosas de suerte, que pocas veces se encubren, y asi un dia, que Don Jacinto estaba rendido á sus cuidados, ya que le pareció que Flora estaba fuera, por haberlo dicho ella así, y como él ya no la amaba, no examinaba sus cosas como solia; antes él mismo la pedía que saliese á pasearse, y ver la Ciudad, deseando la soledad, para darse todo á su Aminta. Y creyendo estar solo, tomando un Laud, cantó así:

*Del fugitivo Eneas llora Dido  
el desprecio cruel de su partida,  
de rabia ciega, en colera encendida  
maltrata el rostro por vengar su olvido.*

*Lluma á su amante sin razon querido,  
la mano al pomo de una espada asida,  
con que cortando en flor su triste vida,  
ganó el laurel, á su lealtad debido.*

*Elisa bella, aunque tu triste suerte  
te forzó á darte muerte rigurosa,*

*yo trocaré mi vida por tu muerte.*

*Porque si no te amare, es cierta cosa,  
que imposible le fuera aborrecerte,  
y pues te amé, qué suerte mas dichosa!*

*Empresa fue famosa,  
con que á la fama tienes envidiosa;  
y pues fuiste querida,  
no lamentos el ser aborrecida.*

*Con tan dulce memoria  
no hay pena que no sea mayor gloria.*

*Mas ay de una firmeza,  
pagada con desdén, y con tibieza!  
Aquesta sí que es pena,  
que la tuya lo fue de gloria llena.*

*Mas triste del que muere,  
Aminta ingrata sin ñ en mal tan grave  
jamás espera gloria, ni se acabe.*

Ya no será posible, amado D. Jacinto, salió diciendo Flora, que escondida estaba, el negarme la causa de tu tristeza, porque ya la has declarado en tus versos, y si he de decir verdad, dias ha que la sospecho, por ver en tu boca tantas alabanzas de Aminta la sobrina del Capitan: ni pienses que me pesa, que hayas puesto en ella tus pensamientos, porque no puedo tener por agravio, querer muger que me excede en todo; y asi en lugar de enojo te tengo lastima, por ver quan imposibles han de ser tus deseos, si no te vales del engaño, porque si yo te quisiera de burlas, dierasme zelos con ese amor, nuevamente en tí nacido; pues quando fuera posible que pudieras gozar de Aminta, no por eso

te



temo yo que me olvides, que antes viendome desear, y procurar tu gusto, me has de querer mas. Yo siempre he tenido por necesidad los zelos; y así hice juramento el día que me alisté debaxo de la vándera de amor, de aborrecerlos, y no procurar conocer tan mala cosa, como dicen que es. La dificultad que yo hallo en esta pretension, es, que Aminta no se ha de rendir, sino es por casamiento, que su desdén es risa, pues si llegase á leer el papel, y escuchar tus amorosas razones, quién duda que te ha de querer? No hay para las mugeres lazo como el del casamiento: dexala tú que vea tu gala, y arma-sele, y verás si caerá; pues aunque por la Ciudad se dice, que aguarda á un primo suyo para ser su marido, mas hará un amante de tus partes, y talle, que su primo ausente, y con esperanzas. Viste galas, y enviale joyas, que yo por mi parte tenderé mis redes, haré mis tramoyas, y á título de que soy tu hermana, me haré su amiga, y procuraré hablarla siempre que la viere en la Iglesia: y si llega á darme oídos, yo la pintaré de suerte tus amorosas pasiones, y con tales colores, que aunque mas en los estri-vos de su honor vaya, no dexará de caer; y amandote, fácil será el gozarla á título de marido, y si pasare mas adelante la voluntad, sacarla de casa de su tío, y

llevarla donde no se sepa de ella, y si con gozarla se acabáre, con irnos á nuestra casa, ni ella sabrá el autor de su daño, ni osará decirlo, por no verse infamada, y quizá muerta de su tío. Y el premio de todo esto que por tí hago, no quiero que sea mas, que el gusto que has de recibir. Suspenso estaba Don Jacinto, oyendo el canto de aquella Sirena, y así, ó que creyese que lo hacia de amor, por no verle padecer, ó que quisiese pasar por ello por lograr su deseo, la respuesta que la dió, fue enlazarla al cuello los brazos, llamandola consuelo, y remedio suyo, y restauradora de su vida, y al fin quedaron de concierto de hacer lo que Flora le aconsejaba; empezando Don Jacinto su engaño desde aquel mismo día: galan como rico, y alentado como galan, seguia su pretension: de día asistia á sus puertas, de noche rondaba su calle: unas veces solo, y otras acompañado de Flora, que en habito de hombre iba quando habia de darle musica. Vivía en una sala baxa de la casa de Aminta una muger, entre Señora, y sierva, habia sido muger de un Mercader, era curiosa, y amiga de saber, y no de las que hacen milagros de las cosas que suceden, ni deseaba hacerlos en razon de santidad, sí bien los disimulaba con muestras de virtud, tanto que el Capitan no estrañaba que entrase

en su casa; ésta como vió el paxaro nuevo que venia á picar en el cebo de la hermosura de Aminta, una noche que le vió cerca de la puerta, se llegó á él, y le preguntó, qué buscaba, sabiendo como era publico en toda la Ciudad, que aquella Dama era prenda de un primo suyo, que estaba en Milán, y le aguardaban por puntos, para ser su esposo? No quiso mas Don Jacinto que esta ocasion, y asiendola por el cope-te, le contó sus amores, conforme el engaño que tenían él, y Flora concertado, dióle á entender que tenia quatro mil ducados de renta, prometiendole cosas imposibles, diciendole, que no queria que hiciese por él otra cosa, mas que llevarle un papel, y diciendo, y haciendo, le puso en las manos un bolsillo con cinquenta escudos, con cuyo milagroso encanto se enterneció Doña Elena (que es este el nombre de esta Señora) mas de lo que fuera justo, y asi le dixo, que fuese á escribir, y diese la buelta con el papel, que ella se lo llevaria á Aminta, y cobraria la respuesta. Bolvió D. Jacinto á su casa, y contando á Flora su ventura, escribió un papel: y bolviendo con él donde le estaba aguardando Doña Elena, se le dió, y con él una sortija de un diamante extremado. Este, dixo, darás á la hermosa Aminta, por prenda, y señal de mi amor. Pro-

metió Doña Elena hacerlo, y que otro dia le daria la respuesta. El se fue, y ella se subió al quarto de Aminta, la qual de noche de ordinario estaba escribiendo á su primo, y esposo; y llegandose á ella le puso el papel, y sortija en la mano, diciendo: leeme hermosa Aminta, por tu vida este papel, que es de un amante, que como si yo fuera hermosa, me pretende, y me le envió con esta joya. Bien pensó Aminta, que el papel, y sortija sería de alguno de los muchos que la pretendian, mas llevada de una curiosidad, por no pecar de melindrosa, ó quizá porque su suerte empezaba á perseguirla, solemnizando con risa las palabras de Doña Elena, leyó lo que se sigue:

*Quando la voluntad pelea, el temor se rinde, y por esta causa sin temerte de enojarte, y forzado de ella, hermoso dueño mio, me atrevo á decirte mi amor, que quando diga que nació, no desde que vi tu belleza, sino desde que nací, pues me dió el corazon que te habia de criar el Cielo para ser su Señora, y no diré mentira: bien sé el imposible que intento, pues aguardas para esposo tu venturoso primo, mas por lo menos no quiero morir sin que sepas que creo la causa. Si no eres tan cruel, como el mundo dice, sirvete mientras viene el dichoso que te ha de merecer, de darme la vida, aunque no sea con mas que tu vista; y esa sortija no re-*

ci-

*cibas por prenda mia, sino por retrato suyo.*

Quién es, amiga, replicó Aminta, el enfermo tan peligroso, que pide remedio tan aprisa? Quien te merece, respondió Doña Elena, mejor que el que aguardas para esposo, por noble, galan, rico, y discreto, pues aunque tu primo es tu sangre, Don Jacinto lo es de lo mejor de España. Ah codicia, y bolsillo de escudos, qué presto calificas en la opinion de esta muger, lo que apenas se habia visto! No sé bellissima Aminta, cómo eres tan ingrata, prosiguió la engañosa mensajera, á lo que es tan favorable, mirate bien en ello, y conocerás tu engaño; y dí, qué diré á Don Jacinto? Si no basta decir, que me le diste, respondió Aminta algo tierna, dile que le leí, que no me parece, amiga mia, que le he hecho poca merced. Y diciendo esto, puso el anillo en el dedo. Bien quisiera Doña Elena hallar luego á Don Jacinto, para darle las buenas nuevas, y pedirle albricias, mas como no aguardaba tan buen despacho, quiso saberlo mas tarde, y asi se habia recogido en su posada. Quién podrá decir los varios pensamientos de Aminta las veces que leyó el papel, y la suerte con que amor hizo suerte en su libre, y descuydado corazon; pues aunque sabía que habia de ser muger de su primo,

hasta aquel punto aún no habia tenido lugar en él; y asi, deseando el dia, pasó la noche mas inquieta que fuera justo. Apenas la luz dió señal de su venida, quando se vistió, y quizá se adornó con mas gala, y puntualidad que otras veces, deseando ver la causa de su desasosiego, y pues le desea ver, no está lexos de amar; mas qué mucho, si dió oídos á las asechanzas que amor le puso en las palabras de Doña Elena! Oyó Aminta, y dió lugar á ello su cruel condicion, y luego cayó en el lazo. Era dia de fiesta, y al tiempo de salir de su casa con su tia, y criadas á Misa, halló en el portal á Doña Elena, hablando con Don Jacinto, con cuya vista, que luego de las acciones de los dos, conoció el sugeto, si ya su alma no se lo habia dicho, y si alguna parte le habia dexado libre á las razones del papel, lo entregó todo á su talle con señales ciertas de rendimiento; porque aunque Don Jacinto tenia treinta años, era tan galan, y tan despejado, que mirado sin el afecto de su estado, rendia con su gracia quanto miraba; el qual como discreto, conociendo en el rostro de la Dama, señales ciertas de amor, se empezó á prometer dichosas esperanzas, porque desde el lugar en que la vió, hasta el en que estaba el coche, mudó mil colores, y puso

SUS



sus ojos en dos mil ocasiones de atrevidos; y mas quando oyó decir á Doña Elena: vaya vuesa merced con Dios, Señor Don Jacinto, que la labor está en estado, que no tardará mucho en acabarse. Aqui fue quando la hermosa Aminta tropezó, y vino á dar con el cuerpo casi á los pies de su Amante, que ya se habia despedido de la discreta tercera de sus amores, é iba á darlos á entender á la causa de ellos, de todas las maneras que supiese, y como fuese fuerza usar en esta ocasion de la debida cortesía, fue á dar la mano á la muy discreta Aminta, diciendo así: Paso de esposo, si amor, y fortuna están de mi parte. A quien respondió la Dama, dándole la suya sin guante, mejor que con palabras, con enseñarle en ella el rico diamante, que bastó para que el Galan quedase, sobre contento, pagado. Agradeció su tia el favor que Don Jacinto habia hecho á su sobrina, el qual, por recibirle mas cumplido, quitando el estribo del coche, dió lugar á que se pusiese el Sol entre nubes de seda. Fuése al punto á contar á Flora sus venturas, y decirle, como Aminta quedaba en la Iglesia. Tomó Flora su manto, y en compañía de su hermano se fue á la misma Iglesia, donde estaba Aminta, y sentandose junto á ella, dixo á Don Jacinto, que la acompañaba: Aguarda herma-

no, no pasemos de aquí, que ya sabes, que tengo el gusto mas de Galan, que de Dama, y donde las veo, y mas tan bellas como esta hermosa Señora, se me van los ojos tras ellas. No será maravilla, que Aminta dé las gracias á Flora, en albricias de saber que es hermana de Don Jacinto, pues desde que le vió entrar en la Iglesia con ella, estaba casi difunta, acabando casi los zelos de romper la herida, y abrir la puerta del amor, y así la respondió: Donde hay tanta hermosura (que es cierto que mas puede dar envidia, que tenerla) no sé para qué buscáis otra, pues tomando un espejo en las manos, mirandoos en él, satisfareis vuestros deseos, porque mas mereceis que os enamoren, que no que enamoreis; mas por lo menos, me pienso estimar desde hoy en adelante, en mas que hasta aqui, y enriquecerme con la merced que me haceis, pues de amores tan castos, no podrá dexar de sacarse el mismo fruto; y así os suplico, me digais, qué es lo que de mí mas os agrada, y enamora, para que yo lo tenga en mas, y me precie de ello? Toda vos, replicó Flora, por que sois tal, que pienso no me engaño, en creer por muy cierto, que sois la bella, y discreta Aminta; cuya gallardía, y hermosura es basilisco de toda esta Ciudad. Aminta soy, replicó la Dama, en lo demás,

VOS

vos Señora, podreis juzgar la poca razon que tienen en darme este nombre. Diestramente iba la cauta Flora, poniendo lazos á la inocente Aminta, para traherla á suma perdicion, y así de lance en lance, le dió á entender todo lo que quiso, diciendo, como Don Jacinto su hermano habia venido desde Valladolid, donde tenia su casa, y hacienda, solo á ver si era verdadera la fama que de su hermosura bolaba por todas partes, con deseo de hacerla su dueño, si fuese tal, como se decia, y que como se habia informado del intento de su tío, no se habia atrevido á tratar nada. Engrandecióle su amor, su sangre, su renta, y las premisas ciertas que tenia de un Abito, para quando se casase; que asimismo ella le habia pedido le traxese consigo, para que si acaso no tuviese efecto su pretension, pudiese con mas seguridad tratar con ella estas cosas. Finalmente, Flora pintó á su amante tan enamorado, tan rico, y noble, diciendole por remate, que pensaba, que si su hermano no la alcanzaba por muger, sería su vida muy corta. Disimuló Flora su mentira, con tantas muestras de verdad, que no fue mucho de Aminta lo creyese, y mas como ya amor la tenia rendida. Feneció Flora la platica, con suplicarle tuviese compasion de su hermano, pues estaba en tiempo de po-

der hacerlo, y que no aguardase, á que venido su primo, todo tuviese desdichado fin. Ay amiga! dixo Aminta. Cómo puede ya dexar de tenerle, supuesto, que aunque yo quiera remediar á tu hermano, y hacerme á mí dichosa, casandome con él, mi tío, que ya me tiene para su hijo, no lo ha de consentir, pues negar yo, que desde que anoche me dieron un papel de tu hermano, no dí con mi honesto pensamiento en tierra, será negar al amor su fortaleza, y la obediencia que le he prometido, tanto, que ya si algunos deseos tenia de la vista de mi primo, se han trocado en desear su muerte, ó que su ausencia dure hasta que llegue mi remedio, ó el fin de mi vida; ya tengo lastima de los que me han querido desdeñados, solo de mí no la tengo, pues estoy dispuesta á no mirar honra, ni opinion, tal afecto ha hecho en mí la vista de tu hermano. Y pues me he llegado á declarar, dime tú qué haré, pues no amarle es imposible, y remediarle tambien, que si atrevida no miro lo que pierdo, cuerda temo lo que ha de suceder. No quiso Flora mas que esto, y así respondió: Quando por ser muger de mi hermano, lo dexes de ser de tu primo, no pierdes nada, antes ganas marido, que le iguala en nobleza, y hacienda. Y si bien tu tío al principio se mostrare eno-

enojado, despues viendo lo que ganas, ha de hacer paces contigo, y para amansar à tu primo, ya que yo no te iguale en hermosura, suplirá esta falta veinte mil ducados que tengo de dote, y el ser tu cuñada. Y quando suceda tan mal, que nada de esto baste, dexales tu hacienda, que mi hermano con sola tu persona se contenta. Y pues dices, que no se podrá acabar nada con tu tio, buen remedio: Doña Elena, que es la que te dió el papel, es buena amiga, en su casa podrás hablar á mi hermano, pues no se recela de ella, y asi se concertará el casarte, y despues de iros ante el Vicario, te vendrás á mi casa, donde quando lo sepa tu tio, ya estarás en poder de tu marido, y viendo que el tal como es, será fuerza que se tenga por contento, y á tí por venturosa. Estaba ya Aminta tan ciega, que concedia con todo, y mas como temia la venida de su primo, que le aguardaba por puntos. Y asi dixo á Flora, que á la tarde viniese ella, y su hermano al aposento de Doña Elena, donde mientras su tia estaba en visita, hablarian mas de espacio. Y despidiendose con señales de eterna amistad, Aminta, y su compañia, se volvió á su casa, donde aunque su tia la habia visto hablar con Flora, no sospechó cosa, conociendo su recato. Contó Flora á D. Jacinto el coacier-

to, sí bien de industria le dió algunos picones, alcanzando por las nuevas, mil tiernos, y amorosos favores; y despues de comer, se vinieron juntos á la casa de Doña Elena, que ya estaba avisada de Aminta, de lo sucedido; la qual amaba tan de veras á Don Jacinto, que ya no miraba sino verse esposa suya, y entre el sí, y el no, la trahian inquieta varios pensamientos del suceso, sí bien guardó el secreto en sí misma, sin querer dar parte á ninguna criada, pareciendole (como es asi) que no hay quien descubra los secretos, sino ellas; pues quando mas se les encarga el callar, lo publican mas. Pues como vió la mal aconsejada Señora, á su tia divertida con algunas Señoras amigas, y que su tio estaba fuera, fingiendo forzosa ocasion, se entró en otra sala, y de allí avisando á las criadas, que si la llamasen, estaba en casa de Doña Elena, se fue á buscar los autores de su desdicha. Recibieronse con los brazos Aminta, y Flora, dando á Don Jacinto justa envidia: el qual despues de declararse con razones bien entendidas, ofrecióse con promesas, acreditandose con lagrimas, acrecentando el amor de Aminta con amorosas caricias, le dió la mano de esposo, con cuya seguridad gozó algunos regalados, y honestos favores, cogiendo flores, y claveles del jar-



jardin, jamás tocado de persona nacida, que estaba reservado á su ausente primo. Solemnizaban la fiesta Flora, y Doña Elena, con mil donayres, viendo á Don Jacinto tan atrevido, como Aminta vergonzosa. Y quedó concertado, que otro dia, mientras sus tios dormian la siesta, Don Jacinto traheria alli una silla, donde Aminta iria á casa del Vicario, encubriendo su nombre, porque no pudiese dar luego cuenta del suceso, y de alli á su posada, donde estaria encubierta hasta que se fuesen á su tierra, desde donde avisarian de todo á su tio, encargando á Doña Elena el secreto, á lo qual ella se ofreció de buena voluntad, por el temor que tenia al Capitan: del qual pasado el tiempo del enojo, sería mas facil alcanzar perdon. Y así despidiendose con mil abrazos, ella se subió á su quarto, y Don Jacinto, y Flora se bolvieron á su casa muy contentos, y satisfechos de lo bien que habian negociado. O engañada Aminta! Precipitada en un mal tan grande, sin mirar los grandes inconvenientes que atropellas, y en el peligro que te pones, caro te costará tu atrevimiento. O engañoso Don Jacinto, causa irremediable de la destruccion de esta Dama! O falsa Flora, en quien el Cielo quiso criar la cifra de los engaños! Castigo vendrá sobre tí: de tu amante eres tercera,

habrá quien dé credito á tal maldad? Sí, porque siendo una muger mala, lleva ventaja á todos los hombres. Amaneció otro dia, que debió de ser Martes, si es cierto que tiene algun azar: ya Aminta con el Sol estaba vestida, porque el suceso de sus cosas no la daban reposo, habiendo soñado mil impedimentos, y disgustos en ellas. Vestida en fin, aqui cayendo, y acullá tropezando, y oyendo algunas palabras, pronosticos todos de sus desdichas, aunque ciega, y sorda, sujeta á su amor, y embebida toda en sus pensamientos; tomó todas quantas joyas tenia, y pusolas en un lienzo, y metiendolas en la manga, y el manto en la otra, comió con sus tios inquietamente, y apenas los vió rendidos al primer sueño, quando se baxó al portal, donde se puso el manto, y se metió en la silla, que estaba prevenida, encomendando de nuevo á Doña Elena el secreto. Llevaronla en casa del Vicario, porque los mozos de la silla, que eran criados de Don Jacinto, estaban bien avisados de lo que habian de hacer, y hallando alli á su amante, que por no ser conocido en la Ciudad, y ser cada dia frequentada de pasajeros, y mercaderes, podia salir, y entrar por donde queria; llegaron á la presencia del Vicario, encubriendose Aminta, por no ser conocida: donde al tomarles las ma-

pos,

nos, un rico anillo de una esmeralda, que la Dama trahia en el dedo, se partió por medio, dando el pedazo que saltó, en el rostro á D. Jacinto; el qual aunque vió á su Dama turbada, no haciendo caso de agujeros, se bolvió con ella á su posada. Recibió Flora á su cuñada (que asi la llamaremos) con los brazos; y para que Don Jacinto, gozando, se arrepintiese, y Aminta acabase de encadenarse en su desdicha, despues de una muy bien ordenada cena, los llevó á su cama, donde los dexó, y se retiró á otro aposento en la misma posada, aguardando por premio de estos engaños, quedarse con su amante, dexando á Aminta con su deshonor, y desventura. Dexémoslos á todos pasar esta noche, á los unos traydores, y á la otra inocente, y á cada uno amenazando su castigo, estando el Cielo por fiscal de todo: y vamos á la casa de Aminta, donde á este tiempo todo era confusion, todo llantos, todo amenazas, y todo sin provecho. Los extremos que su tio hacia eran de hombre sin juicio. En fin, enterandose de que no parecia, ni nadie la habia visto, empezó á hacer algunas diligencias ocultas, por no manifestar su deshonor, mas todo era escusado; porque como sola Doña Elena lo sabia, y ella callaba, no se podia dar alcance á nada. Al fin, los llantos de su

tia, y las voces de sus criadas, publicaron el suceso por la Ciudad, tanto que fue necesario que la Justicia hiciese algunas diligencias sin fruto; pues aunque el Vicario dixo, que á las dos de la tarde habia desposado una Señora, y un Caballero, y como no supo decir quién fuese, aunque sospechó que fuese Aminta, no sirvió de mas, que de dar un pregon, para que supiesen todos lo que no sabian. Llegaron otro dia estas nuevas á los oídos de Don Jacinto, que aplacado el fuego de su apetito, pudo considerar su peligro, y el mal que habia hecho, y temiendo que Doña Elena, si le apretasen algo, diria el suceso, y su posada, y que se habia de ver en peligro su vida, y su opinion, la noche siguiente llamó a una rexa baxa, que de su aposento salia á la calle, y estando hablando con ella, y contándole lo que pasaba, le apuntó al corazon con un pistolete, con que sin poder llamar á Dios, ni manifestar sus pecados, rindió el alma, y llevó el merecido premio de lo que habia hecho. Y como dicen, que un yerro sigue á otro, y un mal á otro, como el de Don Jacinto era tan grande, temeroso del suceso, y pareciéndole, que si buscaban las posadas, que sería mal caso hallar en la suya á la triste Aminta, teniendo por cierto, que la muerte de Doña Elena, daría motivo á la

Jus-

Justicia para hacer esta diligencia, aconsejandose con los temores de Aminta que estaba con ellas casi muerta, y con las astucias de Flora, y principalmente con su arrepentimiento, salió por acuerdo, que mientras Don Jacinto negociaba la partida, llevase á Aminta en casa de una principal Señora conocida de Don Jacinto, que vivia á las postreras casas de la Ciudad, dandole á entender á la triste Señora, que si fuese hallada, estaria mejor allí, y que entonces se publicaria su casamiento, y que si no la buscasen, él tendria lugar de enviar por un coche á Valladolid para irse, y que una vez allá, todo se haria como ellos quisiesen. Concedió Aminta con todo, y D. Jacinto, llevando adelante su engaño, se fue en casa de una Señora deudora suya, que era viuda, y no tenia sino solo un hijo para heredero de su hacienda. Llamavase el mancebo Don Martin, y era de los mas gallardos de su tiempo. Dixole Don Jacinto á la Señora, que mientras él iba á un negocio importante á Valladolid, el qual acabado, pensaba dar la vuelta á su tierra, se sirviese de que se quedase en su compañía una Dama, merecedora de todo el favor que le hiciese. Doña Luisa, que este es el nombre de esta Señora, como conocia las mocedades de Don Jacinto, desde que vivia en su tierra, creyen-

do fuese Dama suya, deseosa de darle gusto, concedió con el de Don Jacinto, y asi esta noche la traxo á su casa á Aminta, tan confusa, y triste, como él alegre de verse fuera de aquella carga, trayendo la Dama demás de sus joyas, otras que su traydor esposo le habia dado: el qual como bolvió á su posada, sin aguardar mas sucesos que los pasados, con la traydora Dama se partió á su tierra, sin mas cuydado que el de llegar á ella. Quedó Aminta en casa de Doña Luisa con nombre de Doña Victoria, porque el suyo era muy conocido en Segovia, y pudo muy bien disimularse, por quanto Doña Luisa habia poco que vivia en ella, y hasta aquel punto no habian llegado á sus oídos los sucesos de Aminta, aunque eran publicos por la Ciudad, y como su hijo no estaba en ella, que habia quatro dias que habia ido á caza, no sabia ninguna cosa. Vino Don Martin de su caza, y como luego que llegó se pusiese de rua, y se saliese por la Ciudad, supo lo que su madre, y los de su casa ignoraban: y asi dando la vuelta á ella, sentado á la mesa para cenar, mandó Doña Luisa llamar á su huespeda, que vista por Don Martin quedó fuera de sí, pareciendole tener delante de sus ojos algun Angel. Cenaron, y D. Martin, tan fuera de sí, quanto Aminta descuydada de su nuevo pensamiento, y aun de su desdicha,



cha, y sobre cena contó á su madre lo que habia hallado nuevo en la Ciudad; dixo como de casa del Capitan Don Pedro habia faltado el dia antes una sobrina suya, que habia de ser muger de su hijo, que estaba en Milán, y como dicen ser la mas hermosa de toda Castilla, y que no se podia saber qué causa, ó qué motivo la habia obligado á tal; porque en quanto al casamiento, lo llevaba con gusto, y en el recogimiento, y cordura, era tan virtuosa, y discreta, como hermosa, y que se habia dado un pregon, que pena de la vida, ninguno la encubriese. Y lo que mas espanta (añadió) es, que esta mañana amaneció muerta de un pistolete por el corazon, cierta Doña Elena, que vivia en una sala baxa de su casa. Prendieron al Capitan, y á sus criados, y uno dixo, que por una ventana que salia á la calle, la habia visto esa misma noche hablar con un hombre. Este, y otro dicho, que dice una criada, que su Señora Aminta (que asi se llama la Dama que falta) baxaba muchas veces á su casa, recatandose de que no se supiese, ha dado que sospechar, que por la causa de la dicha Aminta la habian muerto, por lo qual se ha quedado preso el Capitan, y su gente. Temblando estaba Aminta de oír tales nuevas, quando Don Martin preguntó, dexando la platica empezada, de dónde habia veni-

do tan linda huespeda, que á sus ojos creía que del Cielo? Don Jacinto, replicó Doña Luisa, la traxo mientras va á Valladolid á un negocio, el qual acabado, bolverá por ella, para llevarla á su tierra. Es acaso esta Señora su muger? preguntó Don Martin. No lo quiera Dios, respondió Doña Luisa, que por lo que veo en ella, me pesára que estuviera tan mal empleada. Cómo muger, dixo Aminta, con turbada voz, es casado, Señora mia, D. Jacinto, ó pretendió serlo? Que D. Jacinto, dixo Doña Luisa, el que aqui te traxo niña, no se llama de este nombre, porque el mismo suyo es Don Francisco, y es casado en Madrid. Sabeislo bien, Señora mia? dixo Aminta. Y cómo que lo sé, replicó Doña Luisa, cinco años ha, que estando yo en su misma tierra, donde viví, desde que me casé, le vi casar con una Dama, natural de Madrid, de quien se enamoró, viendola en la boda de una prima suya, á cuya fiesta vino con sus padres, si bien dentro de un año no hizo vida con ella. Conocí sus padres, y parientes, y sé que es tan rico, como vicioso. No tiene una hermana (tornó á replicar la confusa, y engañada Dama) que se dice Flora? Ay amiga! dixo Doña Luisa, y que engañada vives, esta muger ha mucho que es amiga suya, y es la que le incita á mil maldades, que si no tuviera  
los

los brazos que en la Corte tiene de algunos deudos suyos, la hubieran ya quitado la vida, por el mal exemplo que da, y ha dado con la publicidad de sus apetitos, vicio en los nobles mas mirado que en los demás. Y por tu vida, hermosa Doña Victoria, que me declares estos enigmas, que no son sin causa estas lagrimas, que te están haciendo fuerza por salir: y advierte, que si te ha dicho que no es casado, miente, que su muger se llama Doña Maria, y por no poder sufrir sus demasías, se bolvió á casa de sus padres. No son mis males (respondió Aminta) de los que se pueden contar, sin mucho escandalo: dame ahora licencia para recogerme, que á su tiempo sabrás los mayores engaños, y traiciones que de Sinon cuentan las historias. Era prudente Doña Luisa, y asi no quiso importunarla, casi adivinando lo que podia ser, aunque no quien era. Levantóse, y tomandola por la mano, la llevó á su camara, que era una hermosa quadra, cuyas ventanas con hermosos balcones, caían á un jardin junto á otra semejante en que dormía su hijo, con una puerta que se mandaba á ella, si bien cerrada por quitar la ocasion. Quedó Don Martin tan confuso con su madre, y tan enamorado de su huespeda, que parecía ya imposible vivir sin ella: y como la vió ir llorosa, y por las

palabras que le habia oído, sospechase alguna gran maravilla, sabiendo donde estaba aposentada Doña Victoria, entró en su aposento, y viendo cerrada la puerta que caía al de la Dama, conoció la causa de la prevencion de su madre. Salió fuera, y entre otras llaves que estaban sobre un escritorio, tomó la de aquella puerta, y se tornó á recoger, dando muestras de acostarse, mas no lo hizo así, antes se puso por el pequeño lugar de la llave, á oír lo que decia así, antes se puso en libertad. Doña Luisa dexando á Aminta despues de haberla dicho algunos consuelos, tan ciegos, como su confusion, así la dexó, y se fue á su casa. Quedó la triste Aminta en su aposento tan llena de lagrimas, y congoxas, como ignorante de que nadie la oyese, y así en voz ni baxa, ni alta, empezó á dar lugar á sus queexas, al modo de quando á una fuente le estorvan, poniendo la mano, que no vierta sus pedazos de cristal, que en quitandola, sale con mas abundancia; así las palabras detenidas en la garganta de Aminta, viendose á solas, empezaron á dar clara señal de sus pasiones. Ay (decia, arrancando las hebras de sus hermosos cabellos, y sacando con las perlas de sus dientes pedazos de la nieve de sus manos, á bueltas de arroyos de fino rosicler) Aminta, y qué desdicha ha sido la tuya! Ya puede

D

ser

ser fabula del mundo, y exemplo de mugeres, y aun escarmiento suyo, si fuesen cuerdas, y no necias, como yo he sido! Ay desventurada de mí, y como por ser facil, he sido causa de tantos escandalos, y desdichas! Ay quien me vió tres dias ha con honra, gusto, y riqueza, adorada de mis tíos, y respetada de toda la Ciudad, y me veo oy ser fabula, y asombro de ella! Ay querido tío, y qué satisfaccion podré dar de las penas, y deshonras que por mí pasas! Y qué será de tí quando sepas por entero de mi desdicha! Ay Doña Elena, inventora de mis trabajos, castigue el Cielo tu alma, como lo hizo en tu cuerpo, mi perdicion! Ay Flora cruel, mas traydora, y engañosa que la pasada, por quien en Roma tienen en tan poco las de tu nombre! Ay Don Jacinto, y cómo tuviste corazon para burlar una muger de mi estado, sin mirar que has de ser causa, no solo de mi muerte, mas de la tuya, pues en sabiendo mi tío lo que has hecho, si su muerte no le ataja, ha de procurar la tuya, y quando él falte, queda en el mundo mi primo, que en fin ha de tomar por su cuenta mi agravio, no solo como deudo, mas tambien como esposo! Mas cómo podré yo tener paciencia, ni aguardar á tal, teniendo manos, y valor con que quitarme la vida. Y diciendo esto, sacó un cu-

chillo de su estuche, para abrir con él las venas de sus brazos, pareciendole que hasta la mañana habria tiempo para desangrarse, y acabar; mas Don Martin, que viendola con tal determinacion, admirado de lo que habia, si bien no apercebia bien sus razones, habia puesto la llave en la cerradura, y temeroso de algun mal suceso, abrió aprisa la puerta, y salió apresuradamente: con cuyo ruido la hermosa Aminta recibió tal turbacion, que junto con sus pesares, se dexó caer de un profundo desmayo, dando á Don Martin lugar, para que tomandola en sus brazos gozase el favor, que si estuviera con su sentido, fuera muy dificultoso, respecto de su honesto recato, el qual no pudiera ser vencido, si no es con el engaño que se ha visto. Enternecido Don Martin con su sol eclipsado en sus brazos, contemplaba las pasiones que la veía padecer, la hermosura, los pocos años, que siendo todo tan igual á su amor, le daban ocasion á mil amorosos atrevimientos: componiale el rebuelto cabello, enjugabale las lagrimas, y recibia á bueltas de penosos suspiros, regalados favores, cogiendo claveles de aquel jardin de hermosura. Tornó desde á poco en sí Aminta, y viendose en los brazos de Don Martin, con un honesto desenfado se cobró á sí misma de poder del amante, y



no sé si tan libre como antes; porque la ocasion, la gala, y la fuerza de sus agravios, la iban trocando el amor de Don Jacinto en cruel venganza: viendose allá burlada, y aqui rogada; que no hay tal cebo para cazar á una muger, como el amor del presente, quando se ve despreciada del ausente. Y asi con muestras de algun enojo, le dixo: A qué venís Don Martin? Por ventura parezcoos que ha menester una desdichada mas testigo de su muerte, que su desventura? Bolveos á vuestro aposento, pues con la muerte de sola una muger, se restauran las honras de tantos hombres. No lo permita Dios, amado dueño mio, (replicó Don Martin) sino es que yo os acompañe en tal ocasion: yo desde que os ví, os adoré; y si no queréis que sea yo el que lo pague todo, pues tengo vida, que es vuestra, y esta daga que executará vuestro deseo, merezca yo que me recibais por vuestro esclavo; con lo qual quedaré mas contento, que si fuera Señor de todo lo que alcanzó Alexandro. No me conocéis, dixo Aminta, pues me decís con tal libertad vuestro deseo, y no penseis, que aunque estoy en este lugar, dexo de ser lo que soy, y si por los engaños de un traydor os parece que estoy sin honra, lo que á mi me ha sucedido pudiera suceder á la mas cuerda, y recatada. Mas

supuesto, que ni vos habeis de ser mi marido, ni yo admitiros, solo os suplico, que os bolvais á vuestra estancia, y no me deis ocasion que llame á vuestra madre, y á todo el mundo, y publicando á voces mi miseria, me entregue á la espada de los que con mi muerte quedarán satisfechos de la infamia, que por mí padecen. Parecióle á Don Martin en la determinacion con que Aminta decia esto, que lo iba á hacer, porque la vió acometer á la puerta; y asi la detuvo, suplicandola que le escuchase, porque no era justo que creyese que él pretendia ser suyo, menos que siendo su marido, y que si le queria recibir por tal, tendria su suerte por muy dichosa. Miraba á Don Martin la Dama, con el afecto que le decia estas, y otras razones, como era, que le dixese cómo, y quién la habia ofendido. Que si el no tener (como decia) honor, era algun hombre la causa, se declarase, y veria como la servia: y que hasta que quedase satisfecha, no queria que hiciese por él, lo que le pedia. Y casi desesperada de remedio, si bien agradecida de las promesas de su nuevo amante, le respondió: Yo soy Aminta, Señor Don Martin, la misma de quien esta noche dixistes, que era escandalo de esta Ciudad. La causa de estar en vuestro poder, os quiero contar, y si oída quereis hacer

lo que decís, yo estoy puesta á daros gusto. Contóle en breves razones lo que queda escrito, dexando con su historia á Don Martin mas enamorado que antes, y tan enternecido de ver burlada la ignorancia de Aminta, que quisiera á costa de su vida remediarla, con tal que no perdiese él la presa que en su poder tenia: y así dándole de nuevo palabra de vengarle, le dió la mano de esposo, la qual Aminta recibió con gusto, por no estar en tiempo de otra cosa. No ha de ser así mi venganza, dixo Aminta, porque supuesto que yo he sido la ofendida, y no vos, yo sola he de vengarme, pues no quedaré contenta, si mis manos no me restauran lo que perdió mi locura. Y así aunque os doy palabra de esposa, no se ha de conseguir vuestro deseo, hasta que yo le quite la vida á este traydor, para lo qual no quiero otra cosa, sino que me acompañeis, para la seguridad de mi persona, que con vos, y mudando trage (pues el de hombre es el mas seguro) si me poneis en su tierra, yo daré traza para engañarle, como él me engañó á mí. Y hecho esto, nos podremos ir á Madrid, y allí viviremos seguros. Concedió Don Martin con todo, y no es mucho, pues que amaba, y aventuraba el gozar tan hermosa Dama, tanto que ya disculpaba á Don Jacinto. Al fin con este concierto,

Aminta, esperando verse presto vengada, y Don Martin ser su esposo, se despidió de ella, llegando en prendas á sus brazos, dexando ordenado partirse otro dia, que venido se previno Don Martin de todo lo necesario para el camino. Llegó la noche, que al parecer de los nuevos amantes, se detenía mas de lo justo, y despues de recogida la gente, y acostada Doña Luisa, Don Martin se fue al aposento de Aminta, llevándole un vestido acomodado para lo que habia de fingir, y no dexándole de sus hermosos cabellos mas de los necesarios, se le puso, quedando tan hermosa, que si alguna parte habia dexado libre amor en el alma de Don Martin, allí quedó todo rendido. Y dexando á su madre escrito un papel, en que le pedia el secreto de su partida, hasta conseguir cierto efecto, porque importaba á su vida, y á la honra de aquella Dama, se pusieron en la calle, y de allí en dos famosas mulas, pareciendo Don Martin, en su trage el mozo de ellas. Salieron de Segovia, y otro dia al anocheecer, se hallaron en Medrid, famosa Corte del Catolico Rey Don Felipe Tercero, y sin querer entrar en ella, siguieron sus caminos, que les duró algunos dias, tanto era el deseo que Aminta llevaba de su venganza. Llegaron, como digo, á la Ciudad sin nombre, que im-  
por-

porta que no le tenga, un Sabado en la noche; y tomando posada segura, reposaron hasta la mañana, y acordaron entre los dos, que Don Martin se quedase encubierto en ella, por ser natural de aquella tierra, y tenia en ella algunos amigos, si bien no se quiso descubrir á ninguno, y que Aminta saliese á entablar su pretension. Suplicabale Don Martin, que le dexase á él la satisfaccion de aquel agravio, pues podia fiar de su amor mayores ocasiones, sin que se pusiese ella en ningun disgusto; mas no fue posible acabarlo con Aminta, diciendo, que si habia de ser suya, que la dexase serlo con honra. Yo soy (decia Aminta) la que siendo facil, la perdí, y asi he de ser la que con su sangre la he de cobrar; ya sabeis, que las mugeres en aprendiendo una cosa, tarde se arrepienten; pues siendo esto asi, como lo es, dexadme que os merezca por mí misma, que si vos por vuestras manos vengais mi afrenta, poco tendreis que agradecerme. Tanto le supo decir, y él la escuchaba tan tierno, que hubo de condescender con ella, aunque no sin zelos, y asi entre burlas, y veras, le dixo, que si lo hacia por ver á Don Jacinto. El suceso lo dirá, dixo Aminta, y apartandose de él, con mas cuydado que Don Martin quisiera, porque como empezaba á temer, empezaba

á penar, se fue á buscar á su enemigo, seguida, y zelada de su amante, que la amaba mas tierno que quisiera. Llegó Aminta á la Iglesia mayor, y como entrase en ella, antes que tuviese lugar de mirarla, ni hacer la acostumbrada oracion, vió á su fingido Don Jacinto, y verdadero Don Francisco, con otros Caballeros: conocióle al punto, y es de creer que fue necesario el animo, que el trage varonil le iba dando, para no mostrar su sobresalto, y flaqueza. Tomó aliento, y esforzandose lo mas que pudo, y acercandose á ellos, dió lugar al ser vista, y aunque le dixese Don Jacinto, si mandaba alguna cosa, casi mudada la color, por darle algun ayre de quien era Aminta, con mas esfuerzo, que el que su flaqueza requería, le dixo: Que si habia entre sus mercedes quien hubiese menester un criado. De donde sois? replicó D. Jacinto. De Valladolid, dixo Aminta. Juguéle á mi padre algunos quartos, y mientras se le pasa el enojo me he puesto en fuga; para que con mi ausencia, en sintiendo mi falta, me perdone, y busque. Mucho sabeis para ser tan mozo. No supe sino muy poco, pues estoy donde veis. Pareceme que os he visto, replicó Don Jacinto: ó es que os pareceis á una persona que yo quise veinte y quatro horas. Harto cuydado os debe esa persona, dixo Aminta,



*Dexa Isbella divina*

esas quimeras, mira mis pasiones,  
que sola tú eres digna  
de rendir los sobervios corazones,  
pues si Apolo te viera,  
tras Daphne fugitivo no corriera,  
y á Venus, sacra Diosa,  
ganáras la manzana por hermosa.

*Tú de Jupiter fueras*

la Europa, si qual Toro conquistáras,  
si en su tiempo nacieras,  
en Cisne transformado te gozáras,  
y como lluvia de oro  
baxáras á verte de su eterno coro,  
qual Calixto tuvieras,  
asiento celestial en las Esferas.

*No gozáras de Egina*

como Pastor en el ameno prado,  
menos á Proserpina,  
porque de tu belleza enamorado,  
solo en tí se empleáras,  
y á todas las del mundo despreciáras:  
ni Juno se ofendiera

*Dixo, y determinado,*

quando libella del todo ya rendida,  
á su cuello ba enlazado  
los brazos, y tomando la medida  
con su boca á su boca,  
dexó á Matilde con sus zelos, poca,  
que de rabia perdida,  
salió qual cierva del venablo herida.

*Desteal, atrevido,*

ingrato, y falso mas que los nacidos,  
yo os quitaré la vida,  
digo, y con pasos atrevidos,  
quiso llegar á ellos,  
buyó Morfeo de sus ojos bellos,  
que qual rios estaban,  
creyendo ser verdad lo que sañaban.

*Que si como dormida,*  
despierta, este suceso le pasára,  
entre sus tiernas manos los matára,  
que aunque niño Cupido,  
es (si zelos le ayudan) atrevido.

Alabaróle con grandes enca-  
recimientos, y mostraron estimar  
sus donayres, con darle Don Ja-  
cinto un vestido, y Flora una sor-  
tija, lo que recibió Aminta con  
muestras de alegría, porque res-  
pecto de vengarse, pasaba plaza  
de bufon, no descuydandose de  
visitar á Don Martin, y contarle  
lo que pasaba, ni él de suplicarla  
abreviase, ó que le dexase á él  
hacerlo: porque no podia sufrir  
verse encerrado en casa, ni á ella  
en la de un hombre que habia  
sido su primer amor. Enojóse  
Aminta de verle tan desconfia-  
do, y así le dixo, que si se can-  
saba se bolviese á su casa, pues  
ni le debía, ni la debía; pues él  
acompañarla, accion de Caba-  
llero habia sido, y así le dexó sin  
querer hacer amistades, de que  
Don Martin quedó apasionadisi-  
mo. Llegó Aminta algo tarde á  
su casa, y halló á sus dueños ce-  
nando, que le riñeron la tardan-  
za. A poco rato llegó Don Mar-  
tin á la puerta, haciendo cierta  
seña que acostumbra otras no-  
ches. Salió Aminta, y despues de  
ruegos, y enojos, quedando ami-  
gos, se bolvió á su posada, y ella  
se entró á reposar. Un mes estuvo  
Aminta en casa de su amo, en

cuyo tiempo habia escrito Don Martin á Segovia, á un amigo suyo, para que le avisase lo que pasaba: el qual le avisó de todo, pues encareciendole la pena con que su madre estaba, le contó como el Capitan Don Pedro salió en fiado de la carcel, y que entrando en su casa se habia caído muerto; y que á los demás presos habia sacado de la carcel Don Luis su hijo que habia venido de Italia, el qual andaba haciendo grandes diligencias por saber de su prima, y esposa, de la qual no sabian nuevas ningunas. Doblósele á la hermosa Aminta la passion, y la rabia, con las nuevas de la muerte de su tio, y venganza que prometia la colera de su primo Don Luis, y mas viendo á Don Jacinto gozar tan libremente de Flora, el uno, y el otro causa de su desdicha. No tenia zelos, mas sentia agravios, que quien quiere saber si ha querido, aunque aborrezca, vea lo que ha querido en otros brazos; así viendo la valerosa Aminta, que no era tiempo de quejas, sino de venganzas, apercibió á su querido amante Don Martin para aquella noche, el qual avisado de lo que habia de hacer, se puso en espera del suceso. Aguardó Aminta tiempo, y lugar, y viendolos á todos dormidos, y la Ciudad en silencio, entró en la quadra de sus enemigos, no siendo de nuevo en ella, por entrar todas

las noches por los vestidos de su amo para limpiarlos: y sacando la daga, se la metió á Don Jacinto por el corazon, de suerte, que el quejarse, y rendir el alma, todo fue uno. Al ruido despertó Flora, y queriendo dar voces, no la dió lugar Aminta, que la hirió por la garganta, diciendo: Traydora, Aminta te castiga, y venga su deshonra. Y bolviendola á dar otras tres puñaladas, envió su alma á acompañar la de su amante; y cerrando la puerta á la quadra, tomó su capa, y maleta, y valiendose de una llave que habia mandado hacer, por haber perdido la de la puerta de la calle, de industria, dexandola cerrada, se salió, y fue á la posada de Don Martin, el qual sabido el suceso, y viendo que era forzoso ponerse en camino, tomando sus mulas, y ropa, se partieron, caminando con toda prisa hasta el primer Lugar, donde descansaron, vistiendose Aminta de Dama, y Don Martin así mismo de Caballero. Sosegaron allí dos dias, donde confirmando los dos la palabra que se habian dado, y con ella el amor, no pudo Aminta negarle á Don Martin, como á su esposo, ningun favor que le pidiese. Allí recibió Don Martin dos criados, y una criada, y tomando el carruage necesario, se pusieron en camino para Madrid. Pues como viniese la mañana, que le siguió á la triste

noche, para los desventurados, que estaban en el Infierno; pues la vida era conforme á la muerte, y la muerte lo fue á la vida: como los demás criados viesan que Jacinto no parecia, ni su amo, ni Flora se levantaban, entraron en la quadra, y viendo el desgraciado suceso, dieron gritos, alzando las criadas el alarido; á las quales se juntaron todos quantos habia en la Ciudad, y la Justicia con ellos, tomando sus confesiones á todos: y no habiendo otro indicio mas que la falta de Jacinto, y haber llevado su maleta, los llevaron á todos presos, y visitando las casas de posadas, vinieron á dar en la que habian estado los autores del daño; sí bien, no sabian dar razon de nombres, ni tierra, ni pudieron saber mas de que á las doce habian partido, y como se llamaban hermanos, siempre se encerraban para hablar. Con éstos indicios salieron tras de ellos algunos Alguaciles, y aun el mismo Corregidor, mas aunque encontraron con Don Martin, y su Dama, que iban la buelta de Madrid, como los vieron ir con tanta autoridad, y reposo, y conocieron á Don Martin por uno de los nobles de aquella Ciudad, y sabian que vivia en Segovia, no cayeron en sospecha ninguna, y mas habiendo entendido de él, que iba con aquella Señora, y que traia para su esposa de un Lu-

gar de allí cerca; antes le contaron lo que buscaban, y ellos se hicieron muy maravillados del caso; y no hay que espantar, porque si buscando un mozo de mulas, y un pagecillo, hallaron un Caballero tan principal, y una Dama tan hermosa, quién no se diera por vencido? Comió Don Martin, y el Corregidor, porque aunque en el campo, iban proveídos; y no hallando rastro de lo que buscaban, se bolvieron á la Ciudad, y ellos siguieron su camino. Y viendo la Justicia la poca culpa de los presos, los soltaron, y confiscaron la hacienda, parte para el Rey, y parte para la viuda, muger de Don Jacinto. Don Martin, y su esposa llegaron á Madrid, tomando casa, y aderezos para ella, sacando licencia del Nuncio, se desposaron, corriendo despues los terminos de las amonestaciones. Hecho esto, envió Don Martin por su madre, la qual con su casa, y hacienda se vino á Madrid, contenta de tener tal nuera; que sabiendo quien era, se tenia por dichosa, donde hoy viven, llamandose Aminta Doña Victoria, la mas querida, y contenta de su esposo Don Martin, que solo le falta á esta buena Señora tener hijos para del todo ser dichosa. Su primo vive, y por su respeto no goza Doña Victoria la hacienda que le dexó su padre, aunque es muy gruesa, solo por no darse á conocer á su primo,

ni



ni Don Martin quiere tratár de eso, por estar el secreto de este caso entre los tres, que si ella misma no lo manifestára, para que con nombres supuestos se escribiera, nadie pudiera dar noticia de ello.

Apenas dió la bella, y discreta Matilde fin á su maravilla, dicha con tanto donayre, y discrecion, que á todos los Caballeros, y Damas que la escuchaban, tenia elevados, y absortos, quando Don Diego, nuevo amante de Lisis, haciendo seña á los Musicos, y dando aviso á dos criados suyos, que eran diestros en danzar, á un mismo tiempo atajaron las alabanzas que para la bella Matilde se prevenian, pareciendole, que habiendo de quedar cortos en ellas, era mas acertado pasarlas en silencio; y dandolo asi á entender á todos aquellos Caballeros, y Damas, aprobando su parecer, emplearon la vista en las graciosas bueltas, y ayrosas cabriolas, que los dos criados de Don Diego hacian. Y despues de haber dado fin á la danza, dieron principio á una sumptuosissima colacion que Lisis tenia prevenida para sus convidados, donde en competencia las ensaladas de los dulces, y los dulces de muchas suertes de frutas, que en la mesa sirvieron, como en tales noches es costumbre, se mostró el buen gusto del dueño; y Lisis dandole á Don Juan mil desdeño-

sas muestras, acompañadas de un gracioso ceño, con que al desgayre la miraba; y por el contrario á Don Diego mil honestos favores, de que Don Juan se abrasaba; porque aunque queria á Lisarda, gustaba de ser querido de Lisis, y asi haciendo mil regalos á Lisarda por picar á Lisis, y Lisis á Don Diego por desesperar á Don Juan, y los demás Caballeros, y Damas, unos á otros; tocaron á Maytines en el Carmen, y determinando oírlos con la Misa del Gallo, para dormir descuydados, avisados para la segunda noche, se despidieron de Lisis, y su madre, que no quisieron oírlos; desocuparon la casa, acompañando todos aquellos Caballeros á las hermosas Damas en esta piadosa ocasion, si bien Don Diego llegando á Lisis, se le ofreció por esclavo, agradeciendo la Dama el favor, con que se dió fin á la fiesta de la primera noche.

#### NOCHE SEGUNDA.

**Y**A Febo se recogia debaxo de las celestes cortinas, dando lugar á la noche que con su manto negro cubriese el Mundo, quando todos aquellos Caballeros, y Damas se juntaron en casa de la noble Laura, siendo recibidos de la discreta Señora, y su hermosa hija con mil agrados, y cortesias. Y asi, por la misma orden que en la pasada noche

se

se fueron sentando, avisados de D. Diego, que sus criados habian de dar principio á la fiesta con algunos graciosos bayles, y un sazonado entremés de repente, que quisieron hacer. Y viendo aquellas Señoras que les tocaba danzar aquella noche, se acomodaron por su orden. Estaba Lisis vestida de una lama de plata morada, y al cuello una firmeza de diamantes, con una cifra del nombre de D. Diego, joya, que aquel mismo dia le envió su nuevo amante en cambio de una vanda morada que ella le dió, para que pendiese la verde Cruz que trahia; dando esto motivo á Don Juan para algun desasosiego, sí bien Lisarda con sus favores, la hacia que se arrepintiese de tenerle. Ya se prevenia la bella Lisis de su instrumento, y de un Romance que aquel dia habia hecho, y puesto todo, quando los Musicos le suplicaron los dexase aquella noche, guardando para la tercera fiesta sus versos, porque el Señor Don Juan los habia prevenido de lo que habian de cantar; que por ser parto de su entendimiento, era razon lograrlos. A todos pareció bien, porque sabian que Don Juan era en esto muy acertado, y dandoles lugar, cantaron así:

*A la cabaña de Menga*  
*Anton un disante fue,*  
*ya está rostrituerta Gila,*  
*zelos debe de tener.*

*De ella se quexa el zagal,*

*bien justa su quexa es,*

*que sospechas sin razon*

*son desayres de la fé.*

*Sin culpa la dá desvíos,*

*cómo no se ha de ofender,*

*que ella los dá tan de valde,*

*costandole tanto á él?*

*Hablar á Menga agradable,*

*no es culpa, que bien se vé,*

*si no hay querer con agrados,*

*que no hay agrados sin querer.*

*Quisiera que buyese Anton*

*de Menga, rigor cruel!*

*darle lo favorecido*

*á precio de descortés.*

*No es la misma permission*

*en el hombre, y la muger,*

*que en ellos es groseria*

*lo que en ellas es desdén.*

*No hay quien se ponga á razones*

*con los zelos, y pardiez,*

*gente que razon no escucba,*

*muy necia debe de ser.*

*Los vanos recelos Gila,*

*no aseguran, que tal vez*

*temer donde no hay tropiezos,*

*dispone para caer.*

*Vedarle que mire á Menga,*

*si es cordura no lo sé,*

*que una hermosura vedada,*

*dicen que apetito es.*

*Sujeciones hay civiles,*

*bastaba Anton á mi ver,*

*estar sujeto á unos ojos,*

*sin que á su engaño lo estés.*

*Esto es amor en los hombres,*

*ser su lisura dobléz,*

*sus inocencias delitos,*

*mal haya el amor, Amen.*

Quien

Quien mirára á la bella Lisis, mientras cantó este Romance, conociera en su desasosiego, la passion con que le escuchaba; viendo quán al descubierto, Don Juan reprehendia en él, las sospechas que de Lisarda tenia, y á estarle bien respondiera: mas cobrandose de su descuydo, viendo á Don Diego melancolico de verla inquieta, alegró el rostro, y se-

renó el semblante: mandó como Presidente de esta fiesta á Don Alvaro, que dixese su maravilla; el qual obedeciendo, dixo asi:

Es la miseria la mas perniciososa costumbre, que se puede hallar en un hombre, pues en siendo miserable, luego es necio, enfadoso, y cansado. Esto se verá claramente en mi maravilla, la qual es de esta suerte.

## NOVELA TERCERA.

### EL CASTIGO DE LA MISERIA.

**A** Servir á un Grande de esta Corte, vino de un Lugar de Navarra un Hijodalgo, tan alto de pensamientos, como humilde de bienes de fortuna; pues no le concedió esta madrastra de los nacidos, mas riqueza que una pobre cama, en la qual se recogia á dormir, y se sentaba á comer: este mozo, á quien llamaremos Don Marcos, y un padre viejo, y tanto, que sus años le servian de renta para sustentarse, pues con ellos enternecia los mas empedernidos corazones. Era Don Marcos, quando vino á este honroso entretenimiento de doce años, habiendo casi los mismos que perdió á su madre de un repentino dolor de costado, y mereció en casa de este Principe la plaza de page, y con ella los usados atributos, picardía, porque-

ría, sarna, y miseria: y aunque Don Marcos se agraduó en todas, en esta ultima echó el resto, condenandose él mismo de su voluntad, á la mayor laceria que pudo padecer un Padre del Yermo, gastando los diez y ocho quartos que le daban, con tanta moderacion, que si podia, aunque fuese á costa de su estomago, y de la comida de sus compañeros, procuraba que no se desminuyesen, ó ya que algo gastase, no de suerte que se viese mucho su falta. Era Don Marcos de mediana estatura, y con la sutileza de la comida, se vino á transformar de hombre en esparrago. Quando sacaba del mal año su vientre, era el dia que le tocaba servir la mesa de su amo, porque quitaba de trabajo á los mozos de plata, llevandoles la que caía en sus ma-

nos,



nos, mas limpia que ellos la habian puesto en la mesa, proveyendo sus faltriqueras de todo aquello que sin peligro se podia guardar para otro dia. Con esta miseria pasó la niñez, acompañando á su dueño en muchas ocasiones, dentro, y fuera de España, donde tuvo principales cargos. Vino á merecer Don Marcos pasar de page á gentilhombre, haciendo en esto su amo con él, lo que no hizo el Cielo. Trocó, pues, los diez y ocho quartos por cinco reales, y tantos maravedís: pero ni mudó de vida, ni alargó la racion á su cuerpo, antes como tenia mas obligaciones, iba dando mas nudos á su bolsa. Jamás se encendió en su casa luz, y si alguna vez se hacia esta fiesta, era el que le concedia su diligencia, y el descuido del repostero, algun cabo de vela, el qual iba gastando con tanta cordura, que desde la calle se iba desnudando, y en llegando á casa, dexaba caer los vestidos, y al punto le daba la muerte. Quando se levantaba por la mañana, tomaba un jarro que tenia sin asa, y salia á la puerta de la calle, y al primero que veía le pedia remediase su necesidad, y este le duraba dos, ó tres dias, porque lo gastaba con mucha estrechez. Luego se llegaba donde jugaban los muchachos, y por un quarto llevaba uno que le hacia la cama; y si tenia criado, se concertaba con

él, que no le habia de dar racion mas de dos quartos, y un pedazo de estera en que dormir: y quando estas cosas le faltaban, llevaba un picaro de cocina que lo hacia todo, y le vertiese una extraordinaria vasija en que hacia las inescusables necesidades; era del modo de un arcaduz de noria, porque habia sido en un tiempo jarro de miel, que hasta en verter sus escrementos, guardó la regla de la observancia: su comida era un panecillo de un quarto, media libra de vaca, un quarto de zarandajas, y otro que daba al cocinero, porque tuviese cuidado de guisarlo limpiamente; y esto no era cada dia, sino solo los feriados, que lo ordinario era un quarto de pan, y otro de queso. Entraba en el estrado, donde comian sus compañeros, y llegaba al primero, y decia: buena debe estar la olla, que da un olor que consuela, en verdad que la he de probar; y diciendo, y haciendo, sacaba una presa: y de esta suerte daba la buelta de uno en uno á todos los platos: que hubo dia que en viendole venir, el que podia, se comia de un bocado lo que tenia delante; y el que no, ponía la mano sobre su plato. Con el que tenia mas amistad, era con un gentilhombre de casa, que estaba aguardando verle entrar á comer, ó cenar, y luego con su pan, y queso en la mano, entraba diciendo

do.

do: por cenar en conversacion os vengo á cansar , y con esto se sentaba en la mesa , y alcanzaba de lo que habia. Vino , en su vida lo compró , aunque lo bebia algunas veces , en esta forma : poniase á la puerta de la calle , y como iban pasando las mozas , y muchachos con el vino , les pedia en cortesía se lo dexasen probar : obligandoles lo mismo á hacerlo. Si la moza , ó muchacho eran agradables , les pedia licencia para otro traguillo. Viniendo á Madrid en una mula , y un mozo , que por venir en su compañía , se habia aplicado á servirle , por ahorrar de gasto , le envió en un Lugar por un quarto de vino , y mientras que fue por él , se puso á caballo , y se partió , obligando al mozo á venir pidiendo limosna. Jamás en las posadas le faltó un pariente , que haciendo-se gorra con él , le ahorraba la comida. Vez hubo , que dió á su mula paja del xergon que tenia en la cama , todo á fin de no gastar. Varios cuentos se decian de Don Marcos , con que su amo , y sus amigos pasaban tiempo , tanto , que ya era conocido en la Corte , por el hombre mas regalado de los que se conocian en el mundo. Vino Don Marcos de esta suerte , quando llegó á los treinta años , á tener nombre , y fama de rico ; y con razon , pues vino á juntar á costa de su opinion , y hurtandoselo al cuerpo , seis mil

ducados , los cuales se tenia siempre consigo , porque temia mucho las retiradas de los Ginoveses ; pues quando mas descuydado ven á un hombre , le dan manotada como zorro. Y como Don Marcos no tenia fama de jugador , ni amancebado , cada dia se le ofrecian varias ocasiones de casarse , aunque lo regateaba , temiendo algun mal suceso : pareciales á las Señoras que lo deseaban para marido , mas faltabale ser gastador , que guardoso , que con este nombre calificaron su miseria. Entre muchas que desearon ser suya , fue una Señora que no habia sido casada , sí bien estaba en opinion de viuda , muger de buen gusto , y de alguna edad , aunque lo encubria con las galas , adornos , é industria ; porque era viuda galan , con su mongil de tercianela , tocas de Reyna , y su poquito de moño. Era buena Señora , cuyo nombre es Doña Isidora , muy rica en hacienda , segun decian todos los que la conocian , y su modo de tratarse lo mostraba. Y en esto siempre se adelantaba el vulgo , mas de lo que era razon. Propusieronle á D. Marcos este matrimonio , pintandole á la novia con tan perfectos colores , y asegurandole que tenia mas de catorce , ó quince mil ducados , diciendole ser el muerto consorte suyo , un Caballero de lo mejor de Andalucía , que asimismo decia serlo la

Se-

Señora, dándole por patria á la famosa Ciudad de Sevilla; con la qual nuestro Don Marcos se dió por casado. El que trataba el casamiento, era un gran socarron, tercero no solo de casamientos, sino de todas mercaderías, tratante en grueso de buenos rostros, y mejores bolsas, pues jamás ignoraba lo malo, y lo bueno de esta Corte, y era la causa haberle prometido: ordenó en llevar á Don Marcos á vistas, y lo hizo esa misma tarde de que se lo propuso, porque no hubiese peligro en la tardanza. Entró Don Marcos en casa de Doña Isidora, casi admirado de ver la casa, tantos quadros, tan bien labrada, y con tanta hermosura; y miróla con atencion, porque le dixeron, que era su dueño la misma que lo habia de ser de su alma; á la qual halló entre tantos damascos, y escritorios, que mas parecia casa de Señora de Título, que de particular, con un estrado tan rico, y la casa con tanto aseo, olor, y limpieza, que parecia, no tierra, sino Cielo, y ella tan aseada, y bien prendida, como dice un Poeta amigo, que pienso, que por ella se tomó este motivo de llamar así á los aseados. Tenia consigo dos criadas, una de labor, y otra de todo, y para todo, que á no ser nuestro hidalgo tan compuesto, y tenerle el poco comer tan mortificado, por solo ellas pudiera casarse con su ama;

porque tenian tan buenas caras, como desenfado, en particular la fregona, que pudiera ser Reyna, si se dieran los Reynos por hermosura. Admiróle sobre todo el agrado, y discrecion de Doña Isidora, que parecia la misma gracia, tanto en donayre, como en amores, razones que fueron tantas, y tan bien dichas las que dixo á Don Marcos, que no solo se agradó, mas le enamoró, mostrando en sus agradecimientos el alma, que la tenia el buen Señor bien sencilla, y sin doblez. Agradeció Doña Isidora al casamentero la merced que le hacia, en querer emplearle tan bien, acabando de hacer tropezar á Don Marcos en una aseada, y costosa merienda, en la qual hizo alarde de la baxilla rica, y olorosa ropa blanca, con las demás cosas, que en una casa tan rica como la de Doña Isidora, era fuerza hubiese. Hallóse á la merienda un mozo, galan, desembuelto, y que de bien entendido picaba en picaro, el qual Doña Isidora regalaba, á titulo de sobrino, cuyo nombre era Agustínico, que así le llamaba su Señora tia. Servia á la mesa Ines, porque Marcela, que así se llamaba la doncella por mandado de su Señora, ya tenia en las manos un instrumento, en el qual era tan diestra, que no se le ganára el mejor Musico de la Corte, y esto acompañaba con una



una voz, que mas parecia Angel  
que muger, y á la cuenta era to-  
do. La qual con tanto donayre,  
como desemboltura, sin aguar-  
dar á que la rogasen, porque es-  
taba cierta que lo haria bien, ó  
fuese acaso, ó de pensado, can-  
tó asi:

Claras fuentecillas,  
pues que murmurais,  
murmurad á Narciso,  
que no sabe amar.

Murmurad que vive  
libre, y descuydado,  
y que mi cuydado,  
en el agua escribe;  
que pena recibe,  
si sabe mi pena,  
que es dulce cadena  
de mi libertad:

Murmurad á Narciso,  
que no sabe amar.

Murmurad que tiene  
el pecho de yelo,  
y que por consuelo,  
penas me previene:  
responde que pene,  
si favor le pido,  
y se hace dormido,  
si pido piedad:

Murmurad á Narciso,  
que no sabe amar.

Murmurad, que llama  
Cielos otros ojos,  
mas que darme enojos,  
que porque los ama,  
que mi ardiente llama  
paga con desdén,  
y quererle bien,  
con quererle mal:

Murmurad á Narciso,  
que no sabe amar.

T si en cortesía,  
responde á mi amor,  
nunca su favor

duró mas de un dia,  
de la pena mia,  
rie lisongero,

y aunque ve que muero,  
no tiene piedad:

Murmurad á Narciso,  
que no sabe amar.

Murmurad, que ha dias,  
tiene la firmeza,

y que con tibieza  
paga mis porfias:  
mis melancolias

le causan contento,  
y si mudo intento,  
muestra voluntad:

Murmurad á Narciso,  
que no sabe amar.

Murmurad, que he sido  
Eco desdichada,

aunque despreciada,  
siempre le he seguido,  
y que si le pido

que escuche mi queja,  
desdeñoso dexa  
mis ojos llorar:

Murmurad á Narciso,  
que no sabe amar.

Murmurad, que altivo  
libre, y desdeñoso

vive, y sin reposo,  
por amarle vivo,  
que no dá recibo

á mi eterno amor,  
antes con rigor  
me intenta matar:

E

Mur-

*Murmurad á Narciso,  
que no sabe amar.*

*Murmurad sus ojos  
graves, y severos,  
aunque bien ligeros  
para darne enojos,  
que rinde despojos  
á su gentileza,  
cuya altiva alteza  
no halla su igual:*

*Murmurad á Narciso,  
que no sabe amar.*

*Murmurad, que ha dado  
con alegre risa,  
la gloria á Belisa,  
que á mí me ha quitado,  
no de enamorado,  
sino de traydor,  
que aunque finge amor,  
miente en la mitad:*

*Murmurad á Narciso,  
que no sabe amar.*

*Murmurad mis zelos,  
y penas rabiosas,  
bay fuentes hermosas,  
á mis ojos cielos,  
y mis desconsuelos,  
penas, y disgustos,  
mis perdidos gustos,  
fuentes murmurad;  
y tambien á Narciso,  
que no sabe amar.*

No me atreveré á determinar en qué halló nuestro Don Marcos mas gusto, si en las empanadas, y hermosas tortadas, lo uno picante, y el otro dulce, sin en el sabroso pernil, y fruta fresca, y gustosa, acompañado todo con

el licor del santo remedio de los pobres, que á fuerza de brazos, estaba vertiendo yelo, siendo ello mismo fuego, que por eso llamaba un aficionado á las cantimploras, remedio contra el fuego; ó en la dulce voz de Marcela, porque al son de su letra, él no hacia sino comer, tan regalado de Doña Isidora, y de Agustinico, que no lo pudiera ser mas si él fuera el Rey; porque si en la voz hallaba gusto para los oídos, en la merienda recreo para su estomago, tan ayuno de regalos como de sustento. Regalaba tambien Doña Isidora á Don Agustin, sin que Don Marcos, como poco escrupuloso, reparase en nada, mas de sacar de mal año sus tripas; porque creo sin levantarle testimonio, que sirvió la merienda de aquella tarde, de ahorro de seis dias de racion, y mas con los buenos bocados que Doña Isidora, y su sobrino atestaban, y embutian en el baul vacío del buen hidalgo, provision bastante para no comer en mucho tiempo. Feneciósse la merienda con el dia, y estando ya prevenidas quatro buxias en sus hermosos candeleros, á la luz de las quales, al dulce son, Agustinico, hizo en el instrumento que Marcela habia tocado, baylaron ella, é Ines, lo rastreado, y soltillo, sin que se quedase la capona olvidada, con tal donayre, y desemboltura, que se llevaba entre

los

los pies los ojos, y el alma del auditorio, y tornando Marcela á tomar la guitarra, á petición de Don Marcos, que como estaba harto, queria bureo, feneci6 la fiesta con este Romance:

Fuese Brás de la Cabaña,  
sabe Dios si bolverá,  
por ser firmisima Menga,  
y ser muy ingrato Brás.

Como no sabe ser firme,  
desmay6le el verse amar,  
que quien no sabe querer,  
tampoco sabe estimar.

No le ha dado Menga zelos,  
que no se los pudo dar,  
porque si supiera darlos,  
supiera hacerse estimar.

Es Brás de condicion libre,  
no se quiere sujetar,  
y asi viendose querido,  
supo el modo de olvidar.

No solo á sus gustos sigue,  
mas sabelos publicar,  
que quiere á fuerza de penas  
hacerse estimar en mas.

Que no bolverá muy cierto,  
que es cosa la voluntad,  
que quando llega á trocarse  
no buelve á su sér jamás.

Por gustos agenos muere,  
pero no se morirá,  
que sabe fingir pasiones  
hasta que llega á alcanzar.

Desdichada la Serrana,  
que en él se viene á emplear,  
pues aunque siembre aficion,  
solo penas cogerá.

De ser poco lo que pierde,  
certisima Menga está,

pues por mal que se aventure  
no puede tener mas mal.

Es franco de disfavores,  
de tibieza liberal,  
prodigio de demasias,  
escaso de voluntad.

Dice Menga, que se alegra,  
no sé si dice verdad,  
que padecer despreciada,  
es dudosa enfermedad.

Suelen publicar salud,  
quando muriendose están,  
mas no niego que es cordura  
el saber disimular.

Esconderse por no verla,  
ni de sus cosas hablar,  
ni tarde de su alabanza,  
indicios de salud dá.

Pero de vivir contenta,  
y ella en secreto llorar,  
llevar mal que mire á otras,  
de amor parece señal.

Lo que por mi Teología  
he venido á pergeñar,  
es, que aquel que dice injurias,  
cerca está de perdonar.

Preciase Menga de noble:  
no sé si querrá olvidar,  
que una vez eleccion hecha,  
no es noble quien buelve atrás.

Mas ella me ha dicho á mí,  
que en llegando á averiguar,  
injurias, zelos, y agravios,  
ofrenta al verle será.

Al dar fin al Romance, se levantó el corredor de desdichas, y le dixo á Don Marcos, que era hora de que la señora Doña Isidora reposase, y asi se despidie-



ron los dos de ella, y de Agustínico, y de las otras damicelas, y dieron la buelta á su casa, yendo por la calle tratando lo bien que le habia parecido Doña Isidora, y descubriendo enamorado Don Marcos, mas del dinero, que de la Dama, el deseo que tenía de verse ya su marido, y así le dixo, que diera un dedo de la mano, por verlo ya hecho, porque era sin duda, que le estaba muy bien, aunque no pensaba tratarse despues de casado con tanta ostentacion, y grandeza, que aquello era bueno para un Principe, y no para un hidalgo particular, como él era, pues con su racion, y alguna cosa mas, habia para el gasto; y que seis mil ducados que tenia, y otros tantos que mas podia hacer de cosas escusadas que habia en casa de Doña Isidora; pues bastaba para la casa de un escudero de un señor, quatro cucharas, un jarro, una salvilla, y una buena cama, y á este modo cosas que no se pueden escusar: todo lo demás era cosa sin provecho, que mejor estaria en dineros, y puestos en renta, vivirían como un Principe, y podían dexar á sus hijos, si Dios se los diese, con que pasar muy honradamente, y quando no los tuviesen, pues Doña Isidora tenia aquel sobrino, para él seria todo, si fuese tan obediente, que quisiese respetarle como á padre. Hacia estos

discursos Don Marcos tan en su punto, que el casamiento lo dió por concluído, y así le respondió: que él hablaria otro dia á Doña Isidora, y se efectuaria el negocio, porque en estos casos de matrimonio, tantos tienen deshecho las dilaciones, como la muerte. Con esto se despidieron, y él se bolvió á contar á Doña Isidora, lo que con Don Marcos habia pasado, y codicioso de las albricias; y él á casa de su amo, donde hallandolo todo en silencio; por ser muy tarde, y sacando un cabo de vela de la faltriquera se llegó á una lampara que estaba en la calle, alumbrando una Cruz, y puesta la vela en la punta de la espada, la encendió, y despues de haberle suplicado, con una breve oracion, que fuese la que se queria echar á cuestras, para bien suyo, se entró en su posada, y se acostó, aguardando con mil gustos el dia, pareciendole, que se le habia de despintar tal ventura. Dexemosle dormir, y vamos al casamentero, que buuelto á casa de Doña Isidora, le contó lo que pasaba, y quán bien le estaba. Ella que lo sabia mejor que no él, como adelante se dirá, dió luego el sí, y quatro escudos al tratante, por principio, y le rogó, que luego por la mañana bolviese á Don Marcos, y le dixese como ella tenia á gran suerte el ser suya, que no le dexase de la mano, an-

tes gustaría que se le traxese á comer con ella, y su sobrino, para que se hiciesen las escrituras, y se sacasen los recados (qué dos nuevas para Don Marcos, convidado, y novio) y con ellas por ser tan buenas, madrugó el casamentero, y dió los buenos dias á nuestro hidalgo Don Marcos, al qual halló ya vistiendose (que amores de blanca niña, no le dexaban reposar). Recibió con los brazos á su buen amigo, que así llamaba al procurador de pesares, y con el alma la resolución de su ventura, y acabandose de vestir de las mas costosas galas, que su miseria le consentia, se fue con su norte de desdichas, á casa de su dueño, su Señora, donde fue recibido de aquella sirena, con la agradable musica de sus caricias, y de Don Agustin, que se estaba vistiendo, con mil modos de cortesias, y agrados; donde en buena conversacion, y agradecimiento de su ventura, y sumisiones del cauto mozo, en agradecimientos del lugar, que de hijo daba, pasaron hasta que fue hora de comer, que de la sala del estrado se entraron á otra quadra mas adentro, donde estaba puesta la mesa, y aparador, como pudiera en casa de un gran Señor. No tuvo necesidad Doña Isidora de gastar muchas arengas, para obligar á Don Marcos á sentarse á la mesa, porque antes él rogó á los demás que lo hicie-

sen, sacandolos de esta penalidad, que no es pequeña. Satisfizo el Señor convidado su apetito en la bien sazónada comida, y sus deseos en el compuesto aparador, tornando en su memoria á hacer otros tantos discursos como la noche pasada, y mas como veía á Doña Isidora tan liberal, y cumplida, como aquella que le pensaba pagar de su mano; le parecia aquella grandeza, vanidad escusada, y dinero perdido. Acabóse la comida, y preguntaron á Don Marcos, si quería en lugar de dormir la siesta, por no haber en aquella, cama para huespedes, jugar al hombre. A lo qual respondió, que servia á un Señor tan virtuoso, y Cristiano, que si supiera que criado suyo, jugaba, ni aun al quince, no estuviera una hora en su casa, y que como él sabía esto, habia tomado por regla el darle gusto; demás de ser su inclinacion buena, y virtuosa, pues no tan solamente no sabía jugar al hombre, mas que no conocia ni una carta, y que verdaderamente hallaba por su cuenta, que valia el no saber jugar muchos ducados por año. Pues el Señor Don Marcos (dixo Doña Isidora) es tan virtuoso, que no sabe jugar (qué bien le digo yo á Agustínillo, que es lo que está mejor al alma, y á la hacienda) ve niño, y dile á Marcela, que se dé prisa á comer, y trayga su guitarra, é Ine-

sita sus castañuelas, y en eso entretendrémos la siesta, hasta que venga el Notario, que el Señor Gamarra (que así se llamaba el casamentero) tiene prevenido para hacer las capitulaciones: fue Agustinico á lo que su Señora tia le mandaba, y mientras venia, prosiguió Don Marcos, y asiendo la platica desde arriba; pues en verdad, dixo, que puede Agustin si pretende darme gusto, no tratar de jugar, ni salir de noche, y con eso serémos amigos: de hacerlo habria mil rencillas, porque soy muy amigo de recogerme temprano la noche que no hay que hacer: y que en entrando, no solo se cierre la puerta, mas se clave, no porque soy zeloso, que harto ignorante es el que lo es, teniendo muger honrada; mas porque las casas ricas nunca están seguras de ladrones, no quiero que me lleven con sus manos lavadas lo que á mí me costó tanto afán, y fatiga el ganarlo: y así yo le quitaré el vicio, y sobre esto sería el diablo. Vió Doña Isidora tan colerico á Don Marcos, que fue menester mucho de su despejo para desenojarle, y así le dixo: que no se disgustase, que el muchacho haria todo lo que fuese de su gusto, porque era el mozo mas docil que en su vida habja tratado, que al tiempo daba por testigo. Esto le importa, (replicó Don Marcos) y atajó la platica Don Agustin, y las dami-

selas, que venian cada una con su instrumento, y la desembuelta Marcela dió principio á la fiesta con estas Decimas:

*Louro, si quando te amaba,  
y tu rigor me ofendia,  
triste de noche, y de dia,  
tu ingrato trato lloraba;  
si en ninguna parte hallaba  
remedio de mi dolor,  
pues quando solo un favor  
era paz de mis enojos,  
siempre en tus ingratos ojos  
hallé crueldad por amor.*

*Si quando pedí á los Cielos  
la muerte por no mirarte,  
y maltratarme, y culparte,  
eran todos mis desvelos:  
supe seguida de zelos,  
mereciendo ser querida,  
quise quitarme la vida:  
dime, cómo puede haber  
otro mayor mal, que ser  
cruelmente aberrecida?*

*Yo la tengo por mayor  
que no vivir olvidada,  
que siendolo, no te enfada  
como otras veces mi amor:  
tengo el verte por favor,  
que tu descuydo me ofrece,  
la paz que aquel que aborrece,  
niega al que adorando está;  
luego el olvido será  
mayor daño que parece.*

*T' así á pedirte favor,  
con disfavor me convidas,  
porque al fin como me olvidas,  
no te ofendas de mi amor:  
que alguna vez tu rigor  
vendrá á tomar por partido;*

*amar*



amar en lugar de olvido,  
y si me has de aborrecer,  
mas quiero (Lauro) no ser,  
que aborrecida haber sido.

No sabré decir, si lo que les agradó á los oyentes fue la suave voz de Marcela, ó los versos que cantó: finalmente, á todo dieron alabanza, pues aunque las decimas no eran las mas cultas, ni mas acendradas, el donayre de Marcela les dió tanta sal, que supliera mayores faltas; y porque mandaba Doña Isidora á Inés que baylase con Agustin, lo previno Don Marcos, que fenecido el bayle bolviese á cantar, pues lo hacia divinamente, lo qual Marcela hizo con mucho gusto, dandosele al Señor Don Marcos, con este Romance.

Ta de mis desdichas  
el colmo veo,  
y en agenos favores  
miro mis zelos.

Ta no tengo que esperar  
de tu amor, ingrato Ardenio,  
aunque tus muchas tibiezas  
mida con mi sufrimiento.

Ta que en mi fuego te yeles,  
ni que me enciende en tu yelo,  
que mueran mis esperanzas,  
ni que viva mi tormento.

Como en mi confusa pena,  
no hay alivio, ni remedio,  
ni le busco, ni le pido,  
desesperado padezco.

Pues de mis desdichas  
el colmo veo,

y en agenos favores  
miro mis zelos.

Qué tengo ya que esperar,  
ni cómo obligar pretendo,  
á quien de solo matarme,  
atrevido lleva intento?

A los hermanos imito,  
que por pena en el Infierno,  
tienen trabajo sin fruto,  
y servir fuera de tiempo.

Acaba, saca la espada,  
pasa mi constante pecho,  
acabaré de penar,  
si no es mi tormento eterno.

Pues de mis desdichas  
el colmo veo,  
y en agenos favores  
miro mis zelos.

Quierote bien, qué delito  
para castigo tan fiero!  
Pero tú te desobligas,  
quando yo obligarte pienso.

Quién creyera que mis partes,  
qué alguno estimó por Cielos,  
son Infiernos á tus ojos,  
pues de ellas andas buyendo?

Siempre decís que buscaís  
los hombres, algun sugeto  
que sea en aquesta edad  
de constancia claro exemplo.

Y si acaso hallais alguno,  
le haceis tal tratamiento,  
que aventura por vengarse,  
no una honra, sino ciento.

Miralo en tí, y en mi amor,  
no quieras mas claro espejo,  
y verás como hay mugeres  
con amor, y sufrimiento.

Pues de mis desdichas  
el colmo veo,

*y en ajenos favores  
miro mis zelos.*

*Hasta aqui pensé callar  
tus sinrazones sufriendo,  
mas pues voluntad publicas,  
cómo callaré con zelos?*

*Sepa el mundo que te quise,  
sepa el mundo que me has muerto,  
y sepalo esa tirana  
de mi gusto, y de mi dueño.*

*Poco es brasas, como Porcia,  
poco es como Elisa, acero,  
mas es morir de sospechas,  
fuego que en el alma sienta.*

*Pues de mis desdichas  
el colmo veo,  
y en ajenos favores  
miro mis zelos.*

*Poco puedo, Ardenio ingrato,  
y hoy pienso que puedo menos,  
pues sufriendo, no te obligo,  
ni te obligué padeciendo.*

*Yo gusto que tengas gustos,  
pero tenlos con respeto,  
de que me llamaste tuyo,  
ó de veras, ó fingiendo.*

*Quando en tus ojos me miro,  
en ellos miro otro dueño,  
pues qué has menester decirme  
lo que yo tengo por cierto?*

*Pues de mis desdichas  
el colmo veo,  
y en ajenos favores  
miro mis zelos.*

*Ingrato, si ya tus glorias  
no te caben en el pecho,  
guardalas, que para mí  
son mas que gloria, veneno.*

*Mas tú debes de gustar  
de verme vivir muriendo,*

*que el querer, y aborrecer  
en tí viene á ser extremo.*

*Y si de matarme gustas,  
acaba, matame presto;  
pero si zelosa vivo.*

*para qué otra muerte quiero?*

*Pues de mis desdichas  
el colmo veo,  
y en ajenos favores  
miro mis zelos.*

Como era Don Marcos de los sanos de Castilla, y sencillo como un tafetán de la China, no se le hizo largo este Romance, antes quisiera que durára mucho mas, porque la llaneza de su ingenio, no era como los fileteados de la Corte, que en pasando de seis estancias, se enfadan. Dió las gracias á Marcela, y le pidió que pasára adelante, si á este punto no entrára el buen Gamarra, con un hombre, que dixo ser Notario; sí bien, mas parecia Lacayo que otra cosa, y se hicieron las escrituras, y conciertos, poniendo Doña Isidora en la dote, doce mil ducados, y aquellas casas, y como Don Marcos era hombre tan sin malicia, no se metió en mas averiguaciones, con lo que el buen hidalgo estaba tan contento, que posponiendo su autoridad, bayló con su querida esposa, que así llamaba á Doña Isidora. Cenaron aquella noche con el mismo aplauso, y ostentacion que habian comido; sí bien todavia, el tema de Don Mar-

Marcos era la moderacion del gusto: pareciendole como dueño de aquella casa, y hacienda, que si de aquella suerte iba, no habia dote para quatro dias, mas hubo de callar hasta mejor ocasion. Llegó la hora de recogerse, y por escusar trabajo de ir á su posada, quiso quedarse con su Señora, mas ella con muy honesto recato dixo: Que no habia de poner hombre el pie en el casto lecho, que fue de su difunto Señor, mientras no tuviese las bendiciones de la Iglesia, con lo que tuvo por bien Don Marcos de irse á dormir á su casa (que no sé si diga, que mas fue valor, supuesto que el cuydado de sacar las amonestaciones, le tenian ya vestido á las cinco). En fin, se sacaron, y en tres dias de fiesta, que la fortuna traxo de los cabellos, que á la cuenta sería el mes de Agosto, que las trahe de dos en dos, se amonestaron, dexando para el Lunes, que en las desgracias no tuvo que envidiar al Martes, el desposar, y el velarse todo junto, á uso de Grandes: lo qual se hizo con grande aparato, y grandeza, así de galas, como en lo demás; porque Don Marcos humillando su condicion, y venciendo su miseria, sacó fiado, por no descabalar los seis mil ducados, un rico vestido, y faldellin para su esposa, haciendo cuenta que con él, y la mortaja cumplia, no porque se le vino al pensa-

miento la muerte de Doña Isidora, sino por parecerle, que poniendose solo de una Navidad á otra, habria vestido hasta el dia del Juicio. Traxo asimismo de casa de su amo padrinos, que todos alababan su eleccion, y engrandecian su ventura, pareciendoles acertamiento haber hallado una muger de tan buen parecer, y tan rica, pues aunque Doña Isidora, era de mas edad que el novio, contra el parecer de Aristoteles, y otros Filósofos antiguos, lo disimulaba de suerte, que era milagro verla tan bien aderezada. Pasada la comida, y estando ya sobre tarde, alegrando con bayles la fiesta, en los quales Inés, y Don Agustin, mantenian la tela, mandó Doña Isidora á Marcela, que la engrandeciese con su divina voz, á la qual no haciendose de rogar, con tanto desenfado, como donayre, cantó así:

*Si se rie el Alva,  
de mí se rie,  
porque adoro tibiezas,  
y muero firme.*

*Quando el Alva miro  
con alegre risa  
mis penas me avisa,  
mis males suspiro;  
pero no me admiro  
de verla reir,  
ni de presumir,  
que de mí se rie,  
porque adoro tibiezas,  
y muero firme.*

*Rie-*



Riese de verme  
 con cien mil pesares,  
 los ojos dos mares,  
 viendo aborrecerme:  
 quando ingrato duerme  
 mi querido dueño,  
 mi dolor el sueño  
 triste despide:  
 porque adoro tibiezas,  
 y muero firme.

Rie el ver que digo,  
 que no tengo amor,  
 quando su rigor  
 de secreto sigo,  
 por haber sido obligado  
 á tratarme bien,  
 al mismo desdén  
 que en matarme vive,  
 porque adoro tibiezas,  
 y muero firme.

Rie que me alexo  
 de aquello que sigo;  
 llamado enemigo,  
 por lo que me quexo,  
 que pido consejo,  
 amando sin él;  
 despido cruel  
 lo que no me sigue:  
 porque adoro tibiezas,  
 y muero firme.

Rie el ver mis ojos  
 publicar tibieza,  
 quando mi firmeza  
 les dá mil enojos,  
 ofrecer despojos,  
 y encubrir pasión,  
 mirar á traicion  
 unos ojos libres:  
 porque adoro tibiezas,  
 y muero firme.

Rie el que procuro  
 encubrir mis zelos,  
 que estoy sin desvelos,  
 quando miento, y juro,  
 el descuydo apuro  
 lo que me dá pena,  
 porque amor ordena  
 mi muerte triste:  
 porque adoro tibiezas,  
 y muero firme.

Llegóse en estos entretenimientos la noche, principio de la posesion de Don Marcos, y mas de sus desdichas, pues antes de tomarla, empezó la fortuna á darle con ellas en los ojos, y asi fue la primera darle á Don Agustin un accidente, no me atrevo á decir, si le causó el ver casada á su Señora tia, solo digo, que puso la casa en alboroto, porque Doña Isidora empezó á desconsolarse, acudiendo mas tierna que fuera razon á desnudarle, para que se acostase, haciendole tantas caricias, y regalos, que casi dió zelos al desposado: el qual viendo ya al enfermo algo sosegado, mientras su esposa se acostaba, acudió á prevenir con cuydado, que se cerrasen las puertas, y echasen las aldabas á las ventanas; cuydado que puso en las desembuel-tas criadas de su querida muger, la mayor confusion, y aborrecimiento que se puede pensar, pareciendoles achaque de zeloso; y no lo era cierto, sino de avaro; porque como el buen Señor ha-

bia

bia trahido su ropa, y con ella sus seis mil ducados, que aun apenas habian visto la luz del Cielo, queria acostarse seguro de que lo estaba su tesoro. En fin él se acostó con su esposa; las criadas en lugar de acostarse, se pusieron á murmurar, y llorar, exágerando la prevenida, y cuydadosa condicion de su dueño. Empezó Marcela á decir: Qué te parece, Inés, á lo que nos ha trahido la fortuna, pues de acostarnos á las tres, y á las quatro, oyendo musicas, y requiebros, ya en la puerta de la calle, ya en las ventanas, rodando el dinero en nuestra casa, como en otras la arena, hemos venido á ver á las once, cerradas las puertas, y clavadas las ventanas, sin que haya atrevimiento en nosotras para abrirlas. Mal año abrirlas, dixo Inés; Dios es mi Señor, que tiene traza nuestro amo de echarles siete candados, como á la cueva de Toledo: ya hermana esas fiestas que dices se acabaron, no hay sino echarnos dos abitos, pues mi ama ha querido esto, que poca necesidad tenia de haberse casado, pues no le faltaba nada, y no ponernos á todas en esta vida, que no sé cómo no la ha enternecido ver al Señor Don Agustin cómo ha estado esta noche, que para mí esta higa, sino es la pena de verla casada el accidente que tiene: y no me espanto, que está enseñado á holgarse, y

reglarse, y viendose ahora enjaulado como gilguerillo, claro está que lo ha de sentir como yo, lo siento: que malos años para mí, que me pudieran ahogar con una hebra de seda cendali. Aun tú Inés (replicó Marcela) sales fuera por todo lo que es menester, no tienes que llorar; mas triste de quien por llevar adelante este mal afortunado nombre de doncella, ya que en lo demás haya tanto engaño, ha de estar padeciendo todos los infortunios de un zeloso, que las hormiguillas le parecen gigantes, mas yo lo remediaré, supuesto que por mis habilidades no me ha de faltar la comida. Mala Pasqua para el Señor Don Marcos, si yo tal sufriere. Yo Marcela, dixo Inés, será fuerza que sufra, porque si te he de confesar verdad, Don Agustin es la cosa que mas quiero, si bien hasta ahora mi ama no me ha dado lugar de decirle nada, aunque conozco de él que no me mira mal, mas de aqui adelante será otra cosa, que habrá de dar mas tiempo acudiendo á su marido. En estas platicas estaban las criadas, y era el caso, que el Señor D. Agustin era galan de Doña Isidora, y por comer, vestir, y gastar á titulo de sobrino, no solo llevaba la carga de la vieja, mas otras muchas, como eran las conversaciones de damas, y galanes, juegos, y bayles, y otras cosillas de este jaez, y  
asi

asi pensaba sufrir la del marido, aunque la mala costumbre de dormir acompañado, le tenia aquella noche con alguna passion; pues como Ines le queria, dixo que queria ir á ver si habia menester algo, mientras se desnudaba Marcela, y fue tan buena su suerte, que como D. Agustín era muchacho, tenia miedo, y asi la dixo: Por tu vida, Inés, que te acuestes aquí conmigo, porque estoy con el mayor asombro del mundo, y si estoy solo, en toda la noche podré sosegar de temor. Era piadosisima Ines, y tuvole tanta lastima, que al punto le obedeció, dandole las gracias de mandarle cosas de su gusto. Llegóse la mañana, Martes al fin, y temiendo Inés que su Señora se levantase, y la cogiese con el hurto en las manos, se levantó mas temprano que otras veces, y fue á contar á su amiga sus venturas, y como no hallase á Marcela en su aposento, fue á buscarla por toda la casa, y llegando á una puertecilla falsa, que estaba en un corral, algo atrás mano, la halló abierta, y era que Marcela tenia cierto requiebro, para cuya correspondencia tenia llave de la puertecilla, por donde se habia ido con él, quitandose de ruidos, y aposta, por dar á Don Marcos tartago, la habia dexado abierta: y visto esto, fue dando voces á su Señora, á las quales despertó el

miserable novio, y casi muerto de congoxa, saltó de la cama, diciendo á Doña Isidora, que hiciese lo mismo, y mirase, si le faltaba alguna cosa, abriendo á un mismo tiempo la ventana, y pensando hallar en la cama á su muger, no halló sino una fantasma, ó imagen de la muerte, porque la buena Señora mostró las arrugas de la cara por entero, las quales encubria con el afeyte, que tal vez suele ser encubridor de años, que á la cuenta estaban mas cerca de cincuenta y cinco, que de treinta y seis, como habia puesto en la carta de dote, porque los cabellos eran pocos, y blancos; por la nieve de muchos Inviernos pasados. Esta falta no era mucha merced á los moños, y á su autor, aunque en esta ocasion se la hizo á la pobre Dama, respecto de haberse caído sobre las almohadas, con el descuydo del sueyo, bien contra la voluntad de su dueño: los dientes estaban esparcidos por la cama, porque, como dixo el Principe de los Poetas, daba perlas de barato, á cuya causa tenia Don Marcos uno, ó dos entre los vigotes, demás de que parecian texado con escarcha, de lo que habian participado de la amistad que con el rostro de su muger habian hecho. Cómo se quedaria el pobre hidalgo, se dexa á la consideracion del pio Lector, por no alargar platicas en cosa que pue-



pueda la imaginacion suplir qualquiera falta; solo digo, que Doña Isidora, que no estaba menos turbada, de que sus gracias se manifestasen tan á letra vista; asió con una presurosa congoxa su moño, mal enseñado á dexarse ver tan de mañana, y atestósele en la cabeza, quedando peor que sin él; porque con la prisa no pudo ver cómo le ponía, y asi se le acomodó acerca de las orejas. O maldita Marcela! Causa de tantas desdichas, no te lo perdone Dios; amen. En fin más alentada, aunque con menos razon, quiso tomar un faldellin, para salir á buscar su fugitiva criada, más ni él, ni el vestido rico, con que se habia casado, ni los chapines con viras, ni otras joyas que estaban en una sala; porque esto, y el vestido de Don Marcos, con una cadena, que valia doseientos escudos, que habia trahido puesto el dia antes, la qual habia sacado de su tesoro, para solemnizar su fiesta, no pareció, porque la astuta Marcela no quiso ir desapercibida. Lo que haria Don Marcos en esta ocasion, qué lengua bastará á decirlo? Ni qué pluma escribirlo? Quien supiere que á costa de su cuerpo lo habia ganado, podrá ver quán al de su alma lo sentiria, y mas no hallando consuelo en la belleza de su muger, porque bastaba á desconsolar al mismo Infierno. Si ponía los ojos en ella, veía una

estantigua, si los apartaba, no veía sus vestidos, y cadena, y con este pesar se paseaba muy aprieta, asi en camisa por la sala, dando palmadas, y suspiros. Mientras él andaba asi, Doña Isidora se fue al Jordán de su retrete, y arquilla de baratijas, se levantó Agustin, á quien Inés habia ido á contar lo que pasaba, riendose los dos la vision de Doña Isidora, y la bellaqueria de Marcela, y á medio vestir salió á consolar á su tio, diciendole los consuelos que supo fingir, y encadenar más á lo socarron, que á lo necio. Animóle, con que se buscaria la agresora del hurto, y obligóle á paciencia el decirle, que eran bienes de fortuna, con lo que cobró fuerzas para bolver en sí, y vestirse; y mas como vió venir á Doña Isidora tan otra de lo que habia visto, que casi creyó que se habia engañado, y que no era la misma. Salieron juntos Don Marcos, y D. Agustin, á buscar por dicho de Inés, las guaridas de Marcela, y en verdad que si no fueran, los tuviera por mas discretos, á lo menos á Don Marcos, que Don Agustin, para mí pienso que lo hacia de bellaco, mas que de bobo, que bien se dexa entender que no se habia puesto en parte donde fuese hallada. Mas viendo que no habia remedio, se bolvieron á casa, conformandose con la voluntad de Dios á lo santo, y con la

de

de Marcela, á lo de no poder mas, y mal de su agrado hubo de cumplir nuestro miserable con las obligaciones de la tornaboda, aunque el mas triste del mundo, porque tenia atravesada en el alma su cadena. Mas como no estaba contenta la fortuna, quiso proseguir en la prosecucion de su miseria. Y fue de esta suerte, que sentandose á comer, entraron dos criados del señor Almirante; diciendo que su señor besa las manos de la señora Isidora, y que se sirviese en enviar la plata, que para prestada bastaba un mes, que si no lo hacia la cobraría de otro modo. Recibió la señora el recado, y la respuesta no pudo ser otra, que entregarle todo quanto habia, platos, fuentes, y lo demás que lucia en casa, y que habia colmado las esperanzas de Don Marcos, el qual se quiso hacer fuerte, diciendo que era hacienda suya, y que no se habia de llevar, y otras cosas que le parecian á proposito, tanto, que fue menester que el un criado fuese á llamar al mayordomo, y el otro se quedase en resguardo de la plata. Al fin la plata se llevó, y Don Marcos se quebró la cabeza en vano, el qual ciego de pasion, y de colera, empezó á decir, y hacer cosas como hombre fuera de sí: queixabase de tal engaño, y prometia le habia de poner pleyto de divorcio, á lo qual Doña Isidora,

con mucha humildad le dixo, por amansarle, que advirtiese que antes merecia gracias que ofensas, que por grangear un marido como él qualquiera cosa, aunque tocase en engaño era cordura, y discrecion, que pues el pensar deshacerlo era imposible, que lo mejor era tener paciencia. Hubo de hacer el buen Don Marcos, aunque desde aquel dia no tuvieron paz, ni comian bocado con gusto: á todo esto Don Agustín comia, y callaba metiendo las veces, que se hallaba presente, paz, y pasando muy buenas noches con Ines, con la qual reía las gracias de Doña Isidora, y desventuras de Don Marcos. Con estas desdichas, si la fortuna le dexára en paz, con lo que le habia quedado, se diera por contento, y lo pasára honradamente. Mas como se supo en Madrid el casamiento de Doña Isidora, un alquilador de ropa, dueño del estrado, y colgadura, vino por tres meses que le debia de su ganancia, y asimismo á llevarlo; porque muger que habia casado tan bien, coligió que no lo habria menester, pues lo podia comprar, y tenerlo por suyo. A este trago acabó Don Marcos de rematarse: llegó á las manos con su señora andando el moño, y los dientes de por medio, no con poco dolor de su señora, pues le llegaba el verse sin él tan á lo vivo. Esto, y la injuria de verse mal-

y concertada de casar, y seria grande mal que tal se dixese de mí, y mas estando como estoy inocente; entrémos aqui en este portal, y oygame de espacio, y sabrá quién tiene su cadena, y vestidos, que ya habia yo sabido como v. m. sospechaba su falta sobre mí, y lo mismo le previne á mi señora aquella noche, pero son dueños, y yo criada. Ay de los que sirven, y con qué pension ganan un pedazo de pan. Era D. Marcos, como he dicho, poco malicioso, y asi dando credito á sus lagrimas, se entró con ella en el portal de una casa grande, donde le contó quién era Doña Isidora, su trato, y costumbres, y el intento con que se habia casado con él, que era engañándole, como ya Don Marcos experimentaba bien á su costa: dixole asimismo, como Don Agustin no era sobrino suyo, sino su galan: y que era un vellaco vagamundo, que por comer, y holgar, estaba como le veía mancebado con una muger de tal trato, y edad, y que ella habia escondido su vestido, y cadena, para darsele junto, con el suyo, y las demás joyas, que le habia mandado, que se fuese, y pusiese en parte donde él no la viese, dando fuerza á su enredo, con pensar que ella se lo habia llevado. Parecióle á Marcela ser Don Marcos hombre poco pendencioso, y asi se atrevió á decir tales cosas, sin te-

mor de lo que podia suceder; ó ya lo hizo por salir de entre sus manos, y no miró en mas, ó por ser criada, que era lo mas cierto. En fin concluyó su platica la traydora, con decirle, que viviese con cuenta, porque le habian de llevar, quando menos se pensase, su hacienda. Yo le he dicho á v. m. lo que me toca, y mi conciencia me dicta, ahora, repetia Marcela, haga v. m. lo que fuere servido que aqui estoy para cumplir todo lo que fuere su gusto. A buen tiempo, replicó Don Marcos, quando no hay remedio, porque la traydora, y el ingrato mal nacido se han ido, y llevandome quanto tenia, y luego juntamente él contó todo lo que habia pasado con ellos desde el dia que se habia ido de su casa. Es posible, dixo Marcela. Ay tal maldad? Ay señor de mi alma, y como no en valde le tenia yo lastima, mas no me atrevia á hablar, porque la noche que mi señora me envió de su casa, quise avisar á v. m. viendo lo que pasaba, mas temí que aun entonces, porque le dixese que no escondiese la cadena, me trató de palabra, y obra qual Dios sabe. Ya Marcela (decia Don Marcos) he visto lo que dices, y es lo peor que no lo puedo remediar, ni saber dónde, ó cómo puedo hallar rastro de ellos. No le dé eso pena, señor mio, (dixo la fingida Marcela) que yo



conozco un hombre, y aun pienso, si Dios quiere, que ha de ser mi marido, que le dirá á v. m. donde los hallará como si los viera con los ojos, porque sabe conjurar demonios, y hacer otras admirables cosas. Ay Marcela! Y como te lo serviria yo, y agradecería si hicieses eso por mí: duelete de mis desdichas, pues puedes. Es muy propio de los malos en viendo á uno de caída, ayudarle á que se despeñe mas presto, y de los buenos creer luego, asi creyó Don Marcos á Marcela; y ella se determinó á engañarle, y estafarle lo que pudiese, y con este pensamiento, le respondió, que fuese luego, que no era muy lexos la casa. Yendo juntos encontró Don Marcos otro criado de su casa, á quien pidió quatro reales de á ocho para dar al Astrologo, no por señal, sino de paga; y con esto llegaron á casa de la misma Marcela, donde estaba con un hombre que dixo ser el sabio, y á la cuenta era su amante. Habló con él D. Marcos, y concertaronse en ciento y cinquenta reales, y que bolviese de alli á ocho dias, haria que un demonio le dixese dónde estaban, y los hallaria; mas que advirtiese, que si no tenia ánimo, que no habria nada hecho, que mejor era no ponerse en tal, ó que viesse en qué forma lo querria ver, si no se atrevia que fuese en la misma suya. Parecióle á D.

Marcos, con el deseo de saber de su hacienda, que era ver un demonio, ver un plato de manjar blanco. Y asi respondió, que en la misma que tenia en el Infierno, en ese se le enseñase, que aunque le veía llorar la pérdida de su hacienda, como muger, que en otras cosas era muy hombre. Con esto, y darle los quatro reales de á ocho se despidió de él, y Marcela, y se recogió en casa de un amigo, si los miserables tienen alguno, á llorar su miseria. Dexemosle aqui, y vamos al encantador, (que asi le nombraremos) que para cumplir lo prometido, y hacer una solemne burla al miserable, que ya por la relacion de Marcela conocia el sugeto, hizo lo que diré. Tomó un gato, y encerróle en un aposentillo, al modo de despensa, correspondiente á una sala pequeña, la qual no tenia mas ventana que una, del tamaño de un pliego de papel, alta quanto un estado de hombre, en la qual puso una red de cordel, que fuese fuerte; y entravase donde tenia el gato, y castigabalo con un azote, teniendo cerrada una gatera que hizo en la puerta, y quando le tenia bravo, destapaba la gatera, y salia el gato corriendo, y saltaba la ventana, donde cogia en la red, le bolvian á su lugar. Hizo esto tantas veces, que ya sin castigarle, en abriendole, iba derecho á la ven-

ventana. Hecho esto , avisó al miserable , para que aquella noche en dando las once , le enseñaría lo que deseaba. Habia (venciendo su inclinacion) buscado nuestro engañado , lo que faltaba por los ciento y cinquenta reales , prestado , y con ellos vino á casa del encantador , al qual puso en las manos el dinero , para animarle á que fuese el conjuro mas fuerte ; el qual despues de haberle apercebido el ánimo , y valor , se sentó de industria en una silla debaxo de la ventana , la qual tenia ya quitada la red. Era como se ha dicho , despues de las once ; y en la sala no habia mas luz que la que podia dar una lamparilla que estaba á un lado , y dentro de la despensilla , todo lleno de cohetes , y con el mozo avisado de darle á su tiempo fuego , y soltarle á cierta seña , que entre los dos estaba puesta , para soltarle á aquel tiempo. Marcela se salió fuera , que ella no tenia ánimo para ver visiones. Y luego el astuto Magico se vistió una ropa de bocací negro , y una montera de lo mismo , y tomando un libro de unas letras Goticas en la mano , algo viejo el pergamino , para dar mas credito á su burla , hizo un cerco en el suelo , y se metió dentro con una varilla en las manos , y empezó á leer entre dientes , murmurando en tono melancolico , y grave , y de en

quando en quando , pronunciaba algunos nombres estravagantes , y esquisitos , que jamás habian llegado á los oídos de Don Marcos , el qual tenia abiertos (como dicen) los ojos de un palmo , mirando á todas partes , si sentia ruido para ver el demonio , que le habia de decir todo lo que deseaba. El encantador , heria luego con la vara en el suelo , y en un brasero que estaba junto á él con lumbre , echaba sal ; azufre , y pimienta , alzando la voz , decia : Sal aqui demonio Calquimorro , pues eres tú el que tienes cuydado de seguir á los caminantes , y les sabes sus designios , y guaridas , y dí aqui en presencia del señor D. Marcos , y mia , qué camino lleva esta gente , y dónde , y qué modo se tendrá de hallarlos ; sal presto , ó guardate de mi castigo ; estás rebelde , y no quieres obedecerme , pues aguarda , que yo te apretaré hasta que los hagas , y diciendo esto , bolvió á leer en el libro : á cabo de rato , tornaba á herir con el palo en el suelo , refrescando el conjuro dicho , y zahumerio , de suerte que ya el pobre D. Marcos estaba ahogandose. Y viendo ya ser hora de que saliese , dixo : O tú que tienes las llaves de las puertas infernales ; manda en Cervero , que dexé salir al Calquimorro demonio de los caminos , para que nos diga dónde están estos caminantes , ó sino te fatiga-

ré cruelmente. A este tiempo, ya el mozo que estaba por guardian del gato, habia dado fuego á los cohetes, y abierto el agujero, que como vió arder, salió dando abullidos, y truenos, brincos, y saltos; y como estaba enseñado á saltar en la ventana, quiso escaparse por ella, y sin tener respeto á Don Marcos, que estaba sentado en la silla, por encima de su cabeza abrasandole de camino las barbas, y cabellos, y parte de la cara, dió consigo en la calle, al qual suceso, pareciendole que no habia visto un diablo, sino todos los del Infierno, dando muy grandes gritos se dexó caer desmayado en el suelo, sin tener lugar de oír una voz, que se dió á aquel punto, que dixo: En Granada los hallarás. A los gritos de Don Marcos, y ahullidos del gato, viendole dar bramidos, y saltos por la calle, respecto de estarse abrasando, acudió gente, y entre ellos la Justicia; y llamando, entraron, y hallaron á Marcela, y su amante, procurando á poder de agua, bolver en sí al desmayado, lo qual fue imposible hasta la mañana. Informaronse del caso el Alguacil, y no satisfaciendose, aunque le dixeron el enredo, echaron sobre la cama del encantador á Don Marcos, que parecia muerto, y dexando con él, y Marcela dos guardas, llevaron á la carcel al embustero, y su criado, que ha-

llaron en la despensilla, dexandolos con un par de grillos á cada uno á titulo de hombre muerto en su casa. Dieron á la mañana noticia á los señores Alcaldes de este caso, los quales mandaron salir á visita los dos presos, y que fuesen á ver si el hombre habia buuelto en sí, ó si habia muerto. A este tiempo Don Marcos habia buuelto en sí, y sabia de Marcela el estado de sus cosas, y se confirmaba el hombre mas cobarde del mundo. Llévóles el Alguacil á la Sala, y preguntando por los Señores de este caso, dixo la verdad, conforme lo que sabia, trayendo á juicio el suceso de su casamiento, y como aquella moza le habia trahido á aquella casa, donde le dixo, que le diria los que llevaban su hacienda, dónde los hallaria, y que él no sabia mas, de que despues de largos conjuros que aquel hombre habia hecho leyendo en un libro que tenia, habia salido por un agujero un demonio tan feo, y tan terrible, que no habia bastado su ánimo á escuchar lo que decia entre dientes, y los grandes ahullidos que iba dando; y que no solo esto, mas que habia embestido con él, y puesto-le como veían, mas que él, no sabia qué se hizo, porque se le cubrió el corazon, sin bolver en sí, hasta la mañana. Admirados estaban los Alcaldes, hasta que el encantador los desencantó,

con-



contandoles el caso, como se ha dicho, confirmando lo mismo el mozo, y Marcela, y gato que traxeron de la calle, donde estaba abrasado, y muerto; y trayendo tambien dos, ó tres libros, que en su casa tenia, dixeron á Don Marcos, conociese cuál de ellos era el de los conjuros. El tomó el mismo, y le dió á los Señores Alcaldes, y abierto, vieron que era el de Amadís de Gaula, que por lo viejo, y letras antiguas, habia pasado por libro de encantos: con lo que enterados del caso, fue tanta la risa de todos, que en gran espacio no se sosegó la Sala, estando Don Marcos tan corrido, que quiso matar al encantador, y luego hacer lo mismo de sí; y mas quando los Alcaldes le dixeron, que no se creyese de ligero, ni se dexase engañar cada paso. Y así los enviaron á todos con Dios, saliendo tal el miserable, que no parecia el que antes era, sino un loco. Fuese á casa de su amo, donde halló un cartero que le buscaba con una carta, que abierta, vió que decia de esta manera:

*A Don Marcos miseria, salud. Hombre que por aborrrar no come, hurtando á su cuerpo el sustento necesario, y por solo interés se casa, sin mas informacion, que si hay hacienda: bien merece el castigo que v. m. tiene, y el que le espera andando el tiempo. Vuesamerced, Señor, no comiendo sino como hasta*

*aquí, ni tratando con mas ventaja que siempre hizo á sus criados, y como ya sabe, la media libra de vaca, un quarto de pan, y otros dos de racion al que sirve, y limpia la estrecha vasija en que hace sus necesidades, buelva á juntar otros seis mil ducados, y luego me avise, que vendré de mil amores á hacer con v. m. vida maridable, que bien lo merece marido tan aprovechado.*

*Doña Isidora Venganza.*

Fue tanta la pasion que Don Marcos recibió, que le dió una calentura, que en pocos dias le acabó los suyos miserablemente. A Doña Isidora, estando en Barcelona aguardando galeras en que embarcarse para Napoles, una noche Don Agustin, y su Inés, la dexaron durmiendo, y con los seis mil ducados de Don Marcos, y todo lo demás que tenia, se embarcaron, y llegados que fueron á Napoles, él asentó plaza de Soldado, y la hermosa Inés, puesta en paños mayores se hizo dama cortesana, sustentando con este oficio, en galas, y regalos, á su Don Agustin. Doña Isidora se bolvió á Madrid, donde renunciando el moño, y las galas, anda pidiendo limosna, la qual me contó mas por entero esta maravilla, y me determiné á escribirla, para que vean los miserables el fin que tuvo éste, y viendolo, no hagan lo mismo, escarmentando en cabeza ajená.

Con grandísimo gusto oyeron todos la maravilla que Don Alvaro dixo, viendo castigado á Don Marcos. Y viendo que D. Alonso se prevenia para la suya, trocando su asiento con Don Alvaro, hizo Don Juan señas á los músicos, los quales cantaron así:

*Visitas de Anton á Menga,*

*y en su cabaña tambien,  
á fé, si se ofende Gila  
que tiene mucho por que.*

*El anticipar sus quejas,  
señal sospechosa es,  
que quien con darlas previene,  
quiere que no se las dén.*

*Para mostrarse ofendida,  
sobrada la causa fue,  
que es basilisco un agravio,  
y no ha de llegarse á ver.*

*Agradóse, y sin amor,  
Zagales, pero creed,  
que conservacion, y agrado,  
son amigos de querer.*

*Descuydado del indicio,  
no es poco, que ya se vé,  
que lo que es hablarse hoy,  
fue diligencia de ayer.*

*Mal fuego en su cortesía,  
que saben los hombres bien  
para desmentir lo falso,  
valerse de lo cortés.*

*No hay temer, si no hay tropiezos,  
mas Menga le busca á él,  
los dos solos, ella hermosa,  
si es tropiezo no lo sé.*

*Necios llaman á los zelos,  
mal los conocen pardiéz,  
que antes el zeloso peca  
de advertido, y baciller.*

*Esos abullidos Anton,  
solo con Gila han de ser,  
porque un credito en balanzas  
muy lexos anda del fiel.*

*O quán bien saben los hombres  
con disculpas ofender!*

*Mas pues amor los descubre,  
bien haya el amor, Amen.*

No sé si temeroso Don Juan de la indignacion de Lisis, quiso con este segundo Romance disculparse de los agravios que le hacia en el primero; aunque á costa de los enojos de Lisarda, que enfadada de éste, quan gloriosa del otro, le mostró en un gracioso ceño con que miro á D. Juan de lo que el falso amante se holgaba, porque á no ser así tratára con mas secreto, y cordura esta voluntad, y no tan á descubierto, que él mismo se preciaba de amante de Lisarda, y mal correspondiente de Lisis. Prestaron luego todos muy grande atencion, y cuydado á Don Alonso, que empezó su maravilla de esta suerte.

Ya suele suceder (Auditorio ilustre) á los mas avisados, y que van mas en los estrivos de una malicia caer en lo mismo que temen, como lo vereis en mi maravilla; para que ninguno se confie de su entendimiento, ni se atreva á probar á las mugeres, sino que teman lo que les puede suceder, estimando, y poniendo en su lugar á cada una, pues al fin una muger discreta, no es man-

manjar de un necio, ni una ne-  
cia, empleo de un discreto: y

para certificacion de esto, digo  
de esta suerte.

## NOVELA QUARTA.

### EL PREVENIDO ENGAÑADO.

**T**Uvo la ilustre Ciudad de Granada (milagroso asombro de las grandezas de la Andalucía) por hijo á Don Fadrique, cuyo apellido, y linage no será justo que se diga, por los nobles deudos que en ella tiene; solo se dice que su nobleza, y riqueza corrían parejas con su talle, siendo en lo uno, y lo otro el de mas nombre, no solo en su tierra, sino en otras muchas donde era conocido, no dandole otro que el del rico, y galan Don Fadrique. Murieron sus padres, quedando este Caballero muy mozo, mas él se gobernaba con tanto acuerdo, que todos se admiraban de su entendimiento, porque no parecia de tan pocos años como tenia; y como los mozos, sin amor, dicen algunos que son jugadores sin dinero, ó danzantes sin son, empleó su voluntad en una gallarda, y hermosa Dama de su misma tierra, cuyo nombre era Serafina, y un Serafin en belleza, aunque no tan rica como Don Fadrique. Y apasionóse tanto por ella, quanto ella desdeñosa le desfavorecia, por tener ocupado el deseo en otro Ca-

ballero de la Ciudad (lastima por cierto bien grande, que llegase un hombre de las partes de Don Fadrique, á querer donde tenga otro tomada la posesion) no ignoraba Don Fadrique, el amor de Serafina, mas parecia que con su riqueza venceria mayores inconvenientes, y mas siendo el galan que la Dama amaba, ni de los mas ricos, ni de los mas principales. Seguro estaba Don Fadrique, de que apenas pediria á Serafina á sus padres, quando la tendria; mas Serafina no estaba de ese parecer, porque esto del casarse tras el papel, el desden hoy, y mañana el favor, tiene no sé qué saynete, que enamora, y embelesa el alma, y hechiza el gusto. Y á esta misma causa procuró D. Fadrique gran- gear primero la voluntad de Serafina, que la de sus padres, y mas viendo competidor favorecido, sí bien no creía de la virtud, y honestidad de su Dama, que se estendia á mas su amor que amar, y desear.

Empezó con estas esperanzas á regalar á Serafina, y á sus criadas, y ella á favorecerle mas que



hasta allí, porque aunque queria á Don Vicente (que así se llamaba el querido) no queria ser aborrecida de Don Fadrique, y las criadas á fomentar sus esperanzas, por quanto creía el amante, que era cierto su pensamiento, en quanto á alcanzar mas que el otro galán; y con este contento, una noche que las astutas criadas habian prometido tener á su ama en un balcon, cantó al son de un laud este Soneto.

*Que muera yo, tirana, por tus ojos,  
y que gusten tus ojos de matarme,  
que quiera con tus ojos consolarme,  
y que me den tus ojos mil enojos.*

*Que rinda yo á tus ojos por despojos  
mis ojos, y ellos en lugar de amarme  
pudiendo en mis enojos alegrarme,  
las flores me conviertan en abrojos.*

*Que me maten tus ojos con desdenes,  
con rigores, con zelos, con tibiezas,  
quando mis ojos por tus ojos mueren.*

*Ay dulce ingrata, que en los ojos tienes  
tan grande ingratitud como belleza,  
contra unos ojos q̄ á tus ojos quieren.*

Agradecieron, y engrandecieron á Don Fadrique, las que escuchaban la musica, la gracia, y destreza con que habia cantado, mas no se diga que Serafina estaba á la ventana, porque desde aquella noche se negó de suerte á los ojos de Don Fadrique, que por diligencias que hizo, no la pudo ver en muchos dias, ni por papeles que la escribió pudo alcanzar respuesta, y la que le daban las criadas á sus importunas

quejas, era que Serafina habia dado en una melancolia tan profunda, que no tenia una hora de salud. Sospechoso Don Fadrique, que sería el mal de Serafina, el verse defraudada de las esperanzas que quizá tenia de verse casada con Don Vicente, porque no le veia pasear la calle como solia, y creyó, que por su causa se habia retirado. Y pareciendole que estaba obligado á restaurarle á su Dama el gusto que le habia quitado, fiado en que con su talle, y riqueza le grangearia la perdida alegría, la pidió á sus padres por muger. Ellos que (como dicen vieron el Cielo abierto, no solo le dixeron un sí, acompañado de infinitos agradecimientos, mas se ofrecieron á ser esclavos suyos. Y tratando con su hija este negocio, ella que era discreta, dió á entender que se holgaba mucho, y que estaba presta para darles gusto, si su salud le ayudase, que les pedia entretuviesen á Don Fadrique algunos dias, hasta que mejorase, que luego se haria quanto mandaban en aquel caso. Tuvieron los padres de la Dama esta respuesta por bastante, y á Don Fadrique no le pareció mala; y así pidió á sus suegros, que regalasen mucho á su esposa, para que cobrase mas presto salud, ayudando él por su parte con muchos regalos, paseando su calle, aun con mas puntualidad que

que antes, tanto por el amor que la tenia, quanto por los recelos con que le hacia vivir Don Vicente. Serafina tal vez se ponía á la ventana, dando con su hermosura aliento á las esperanzas de su amante, aunque su color, y tristeza daban claros indicios de su mal, y por esto estaba lo mas del tiempo en la cama; y las veces que la visitaba su esposo, que con este titulo lo hacia algunas, le recibia en ella, y en presencia de su madre, por quitarle los atrevimientos que este nombre le podian dar. Pasaronse algunos meses, al cabo de los quales D. Fadrique desesperado de tanta enfermedad, y resuelto en casarse, estuviese con salud, ó sin ella, una noche, que como otras muchas, estaba á una esquina velando sus zelos, y adorando las paredes de su enferma Señora, vió á mas de las dos de la noche, abrir la puerta de su casa, y salir una muger, que en el ayre, y hechura del cuerpo, le pareció ser Serafina. Admiróse, y casi muerto de zelos, se fue acercando mas, donde claro conoció ser la misma, y sospechando que iba á buscar la causa de su temor, la siguió, y vió entrar en una como corraliza, en que se solia guardar madera, y por estar sin puertas, solo servia de esconder, y guardar á los que por algunas traversuras amorosas entraban dentro. Aquí, pues, entró Serafina;

y Don Fadrique, ya cierto de que dentro estaria Don Vicente, irritado á una colerica accion, como á quien le parecia que le tocaba aquella venganza, dió la vuelta por la otra parte, y entrando dentro, vió como la Dama se habia baxado á una parte, en que estaba un aposentillo derribado, y que tragandose unos gemidos sordos, parió una criatura, y los gritos desengañaron al amante, de lo mismo que estaba dudando. Pues como Serafina se vió libre de tal embarazo, recogiendo un faldellin, se volvió á su casa, dexandose aquella inocencia á lo que sucediese. Mas el Cielo, que á costa de la opinion de Serafina, y de la pasion de Don Fadrique, quiso que no muriese sin Bautismo por lo menos, llegó donde estaba llorando en el suelo, y tomandola, la embolvió en su capa, haciendose mil cruces de tal caso, y coligiendo que el mal de Serafina era éste, y que el padre era D. Vicente, por cuyo hecho se habia retirado; dando infinitas gracias á Dios, que le habia sacado de su desdicha, por tal modo, se fue con aquella prenda á casa de una comadre, y la dixo que pusiese aquella criatura como habia de estar, y le buscasse una ama, que importaba mucho que viviese. Hizolo la comadre, y mirandola con grande atencion, vió que era una niña tan hermosa, que mas parecia Angel del

del Cielo, que criatura humana. Buscóse el ama, y Don Fadrique luego el siguiente dia habló con una Señora Jenda suya, para que en su propia casa se criase Gracia, que a queste era el nombre que se le puso en el Bautismo. Dexe-mosla criar, que á su tiempo se tratará de ella, como de la per-sona mas importante de esta his-toria, y vamos á Serafina, que ya guarecida de su mal, dentro de quinze dias, viendose restau-rada en su primera hermosura, dixo á sus padres, que quando gustasen se podia efectuar el ca-samiento con Don Fadrique, el qual temeroso, y escarmentado de tal suceso, se fue á la casa de su parienta, la que tenia en su poder á Gracia, y le dixo: que á él le habia dado deseo de ver al-gunas tierras de España; y que en esto queria gastar algunos años, y que la queria dexar poder, para que gobernase su hacienda, que hiciese, y deshiciese en ella, que soio le suplicaba tuviese grandísimo cuydado con Doña Gracia, haciendo cuenta que era su hija, porque en ella habia un grandísimo secreto, y que si Dios la guardaba hasta que tu-viese tres años, que la pedia en-carecidamente la pusiese en un Convento, donde se criase, sin que llegase á conocer las cosas del mundo, porque llevaba cier-to designio, que andando el tiem-po le sabria. Y hecho esto, ha-

ciendo llevar toda su ropa en ca-sa de su tia, tomó grandísima cantidad de dineros, y joyas, y escribiendo este Soneto, se le envió á Serafina, y con solo un criado se puso á caballo; guian-do su camino á la muy noble, y riquísima Ciudad de Sevilla. Re-cibió Serafina el papel, que de-cia:

*Si quando hacerme igual á tí podias,  
ingrata, con tibiezas me trataste;  
y á fuerza de dardenes procuraste  
mostrarme el poco amor q̄ me tenias:  
Si á vista de ojos, de glorias mias,  
el premio con engaño me quitaste,  
y en todas ocasiones me mostraste  
mõates de nieve en tus entrañas frias;  
Ahora que no puedes, por qué quieres  
buscar el fuego entre cenizas muertas  
dexale estar, ten lastima á mis ojos.  
Imposibles me ofreces, falsa eres,  
no avives esas llamas que no aciertas,  
que á tu pesar ya he visto desengaños.*

Este papel, sí bien tan ciego, dió mucho que temer á Serafina, y mas que aunque hizo algunas diligencias por saber qué se habia hecho la criatura que dexó en la corraliza, no fue posible, y con-firmando dos mil sospechas con la repentina partida de Don Fa-drique, y mas sus padres, que decian que en algo se fundaba, viendo que Serafina gustaba de ser Monja, ayudaron su deseo, y asi se entró en un Monasterio, harto confusa, y cuydadosa de

lo



lo que habia sucedido, y mas del desalumbramiento que tuvo, en dexar alli aquella criatura, viendo que se habria muerto, ó la habrian comido perros, que cargaba su conciencia tal delito, motivo para que procurase con su vida, y penitencia, no solo alcanzar perdon de su pecado, sino el nombre de santa, y así era tenida por tal en Granada. Llegó Don Fadrique á Sevilla, tan escarmentado en Serafina, que por ella ultrajaba á todas las demás mugeres, no haciendo excepcion de ninguna: cosa tan contraria á su entendimiento; pues para una mala, hay ciento buenas. Mas en fin el decia, que no habia de fiar de ellas, y mas de las discretas, porque de muy sabias, y entendidas, daban en traviesas, y viciosas, y que con sus astucias engañaban á los hombres; pues una muger no habia de saber mas de hacer su labor, y rezar, gobernar su casa, y criar sus hijos, y lo demás eran bachillerías, y sutilezas, que no servian sino de perderse mas presto. Con esta opinion, como digo, entró en Sevilla, y se fue á posar en casa de un deudo suyo; hombre principal, y rico, con intento de estarse alli algunos meses, gozando de las grandezas que se cuentan de esta Ciudad, y como dias la pasease en compañía de aquel su deudo, vió en una de las mas prin-

cipales calles de ella, á la puerta de una hermosísima casa, bajar de un coche una Dama, en habito de viuda, la mas bella que habia visto en toda su vida, era sobre hermosa, muy moza, y de gallardo talle, y tan rica, y principal, segun dixo aquel su deudo, que era de lo mejor, y mas ilustre de Sevilla, y aunque Don Fadrique iba escarmentado del suceso de Serafina, no por eso rehusó el dexarse vencer de la belleza de Doña Beatriz, que este es el nombre de la bellissima viuda. Pasó Don Fadrique la calle, dexando en ella el alma, y como la prenda no era para perder, pidió á su camarada, que diesen otra vuelta. A esta accion le dixo Don Mateo (que así se llamaba) pienso, amigo Don Fadrique no dexareis á Sevilla tan presto, tierno sois. A fe que lo ha puesto bueno la vista de esta Dama. Yo siento de mí lo mismo, respondió Don Fadrique, aún gustaria, si pensase ser suyo, los años que el Cielo me ha dado vida. Conforme fuera vuestra pretension, dixo Don Mateo, porque la hacienda, nobleza, y virtud de esta Dama, no admite, sino es la del matrimonio, aunque fuera el pretendiente el mismo Rey, porque ella tiene veinte y quatro años, quatro estuvo casada con un Caballero igual, y dos ha que está viuda; y en este tiempo no ha merecido ninguno

SUS

sus paseos doncella , ni su vista casada , ni su voluntad viuda , con haber muchos pretendientes de este bien. Mas si vuestro amor es de calidad , que me significais , y quereis que yo le proponga vuestras partes , pues para ser su marido no os faltan las que ella puede desear , lo haré , y podrá ser , que entre los llamados , seais el escogido. Ella es deuda de mi muger , á cuya causa la hago algunas visitas , y ya me prometo buen suceso , porque veisla alli se ha puesto en el balcon , que no es poca dicha haber favorecido vuestros deseos: Ay amigo! dixo Don Fadrique , y cómo me atreveré yo á pretender lo que á tantos Caballeros de Sevilla ha negado , siendo forastero ! Mas si he de morir á manos de mis deseos , sin que ella lo sepa ; muera á manos de sus desengaños , y desdenes; hablada amigo , y demás de decir mi nobleza , y hacienda , le podreis decir , que muero por ella. Con esto dieron los dos vuelta á la calle , haciendole al pasar una cortés reverencia: á la qual la bellissima Doña Beatriz , que al baxar del coche , vió con el cuydado que la miró Don Fadrique , pareciendole forastero , y viendole en compañía de Don Mateo , con cuydado , luego que dexó el manto , ocupó la ventana , y viendose ahora saludar con tanta còrtesia , habiendo visto , que mientras hablaban,

la miraban , hizo otra no menos cumplida. Dieron con esto la vuelta á su casa muy contentos de haber visto á Doña Beatriz tan humana , quedando de acuerdo , que Don Mateo la hablase otro dia en razon del casamiento; mas Don Fadrique estaba tal , que quisiera que luego se tratara. Pasó la noche , y no tan aprisa como el enamorado Caballero quisiera; dió prisa á su amigo , para que fuese á saber las nuevas de su vida , ó muerte; y asi lo hizo. Habló en fin , á Doña Beatriz , proponiendole todas las partes del novio ; á lo qual respondió la Dama , que le agradecia mucho la merced que le hacia , y á su amigo el desear honrarla con su persona , mas que ella habia propuesto el dia que enterró á su dueño , no casarse , hasta que pasasen tres años , por guardar mas el decoro que debia á su amor , que por esta causa despedia quantos le trataban de esto; mas que si este Caballero se atrevia á aguardar el año que le faltaba , que ella le daba su palabra , de que no fuese otro su marido; porque si habia de tratar verdad , le habia agradado su talle , sin afectacion , y sobre todo las muchas partes que le habia propuesto , porque ella deseaba que fuese asi el que hubiese de ser su dueño. Con esta respuesta bolvió Don Mateo á su amigo , no poco contento , por parecerle que

que no había negociado muy mal. Don Fadrique cada hora se enamoraba mas, y si bien le desconsolaba la imaginacion de haber de guardar tanto tiempo; se determinó de estarse aquel año en Sevilla, pareciendole buen premio la hermosa viuda, si llegaba á alcanzarla: y como iba tan bien bastecido de dineros, aderezó un quarto en la casa de su deudo, recibió criados, y empezó á echar galas, para despertar el animo de su Dama; á la qual visitaba tal vez en compañía de Don Mateo, que menos que con él, no se le hiciera tanto favor. Quiso regalarla, mas no le fue permitido, porque Doña Beatriz no quiso recibir un alfiler; el mayor favor que le hacia, á ruegos de sus criadas (que no las tenia el Granadino mal dispuestas, porque lo que su ama regateaba el recibir, ellas lo hicieron costumbre, y así no le desfavorecian en este particular su cuydado) era quando ellas le decian que estaba en la calle, salir al balcon dando luz al mundo con la belleza de sus ojos; y tal vez acompañarlas de noche, por oír cantar á Don Fadrique, que lo hacia diestramente. Y una, entre muchas, que le dió musica, cantó este Romance, que él mismo había hecho, porque Doña Beatriz no había salido aquel dia al balcon, enojada de que le había visto en la Iglesia hablar con

una Dama. En fin él cantó así:

*Alta torre de Babel,  
edificio de Nembrot,  
que pensó subir al Cielo,  
y en un grande abismo dió.*

*Parecen mis esperanzas,  
que segun atendí yo,  
al Cielo de mis deseos,  
llegará su pretension.*

*Mas como fue su cimianto,  
el repacillo de amor,  
sin meritos, para ser  
reverenciado por Dios.*

*Mudó como niño al fin,  
su traviésa condicion,  
siendo ciego para ver  
de mi firmeza el valor.*

*Ay mal logrados deseos,  
caídos como Faeton,  
porque quisisteis subiros  
al alto carro del Sol.*

*Esperanzas derribadas,  
marchitas como la Flor,  
horas alegres, que ahora  
sereis horas de dolor.*

*Dónde pensabas subir  
gallarda imaginacion,  
si tus alas son de cera,  
y este signo es de Leon?*

*Bien pensaste que te diera  
manos, y brazos aficion,  
vano fue tu pensamiento,  
si en eso se confió.*

*En el balcon del Oriente,  
oy ha salido mi sol,  
encubriendo con nublados  
la luz de su perfeccion.*

*Caros vende amor sus gustos,  
y si los dá es con pension,*

que



*que son censos al quitar,  
que es la desdicha mayor.  
Muera quemado en mi fuego,  
ciego lince, niño Dios,  
mas perdona amor mi ofensa,  
que humilde á tus pies estoy.*

El favor que alcanzó Don Fadrique esta noche, fue oír á Doña Beatriz, que dixo á sus criadas, que ya era hora de recoger, dando á entender con esto, que le habia oído, con lo que fue mas contento, que si le hubieran hecho señor del mundo. En esta vida pasó nuestro amante mas de seis meses, sin que jamás pudiese alcanzar de Doña Beatriz licencia para verla á solas, cuyos honestos recatos le tenian tan enamorado, que no tenia punto de reposo. Y así una noche que se halló en la calle de su Dama, viendo la puerta abierta, por mirar de mas cerca su hermosura, se atrevió con algun recato á entrar en su casa, y sucedióle tan bien, que sin ser visto de nadie, llegó al quarto de Doña Beatriz, y desde la puerta de un corredor la vió sentada en su estrado con sus criadas, que estaban velando, y dando muestras de querer desnudarse para irse á la cama, le pidieron ellas (como si estuvieran coechadas de Don Fadrique) que cantase un poco. A lo que Doña Beatriz se escusó con decir que no estaba de humor, que estaba melancolica; mas una de las criadas, que era mas desembuelta que

las demás, se levantó, y entró en una quadra, de donde salió con una harpa, diciendo: A fé, señora, que si hay melancolia, este es el mejor alivio, cante v. m. un poco, y verá como se halla mas aliviada. Decir esto, y ponerle la harpa en las manos fue todo uno, ella por darles gusto cantó así:

*Quando el Alva muestra  
su alegre risa,  
quando quita alegre  
la negra cortina  
al balcon de Oriente,  
porque salga el dia.*

*Quando muestra hermosa  
la madexa rica,  
derramando perlas  
sobre clavellinas.*

*Y en fin quando el campo  
vierte alegria,  
llora ausente Albano  
zelos Marfisa.*

*Quando alegre aprista  
la carroza rica,  
á Febo que viene  
de las playas Indias.*

*Quando entre cristales,  
claras fuentecillas  
murmuran de engaños,  
aljofar destilan.*

*Quando al son del agua  
cantan las ninfas,  
llora ausente de Albano  
zelos Marfisa.*

*Quando entre claveles  
con claras linfas,  
guarnicion de plata  
en sus ojos pinta.*

*Quan-*

Quando dan las aves  
con sonoras liras,  
norabuena á Febo  
de su hermosa vista.  
Quando en los Serranos  
mil gustos se miran,  
llora ausente de Albano  
zelos Marfisa.  
Fue aquesta zagala  
monstruo de la Villa,  
de los ojos muerte,  
de la muerte vida.  
Fiero basilisco,  
causa de desdichas,  
porque con sus desdenes  
veneno tenia.  
Quando á sus donayres,  
que eran sal decian,  
llora ausente de Albano  
zelos Marfisa.  
Rindió sus desdenes,  
á la bizzarria  
de un Serrano ingrato,  
que ausente la olvida.  
Quando él alegre,  
nueva prenda estima,  
bellezas defiende,  
sinezas publica.  
Hermosuras rinde,  
y á glorias aspira,  
llora ausente de Albano  
zelos Marfisa.

Dexó con esto la harpa, diciendo que la viniesen á desnudar, dexando á Don Fadrique (que le tenia embelesado el donayre, la voz, y dulzura de la musica) como en tinieblas no tuvo sospecha de la letra, porque como tal vez se hacen para agra-

dar á un Musico, pinta el Poeta como quiere. Y viendo que Doña Beatriz se habia entrado á acostar, se baxó al portal para irse á su casa, mas fue en vano, porque el cochero, que posaba allí en un aposentillo, habia cerrado la puerta de la calle, seguro de que no habia quien entrase, ni saliese, se habia acostado. Pesóle mucho á Don Fadrique, mas viendo que no habia remedio, se sentó en un poyo, para aguardar la mañana, porque aunque fuera facil llamar que le abriesen, no quiso, por no poner en opinion, ni en lenguas de criadas la honra de Doña Beatriz, pareciendole que mientras el cochero abria, siendo de dia se podia esconder en una entrada de cueva. Dos horas habria que estaba allí, quando sintiendo ruido en la puerta del quarto de su Dama, que desde donde estaba sentado, se veia la escalera, y corredor, puso los ojos donde sintió el rumor, y vió salir á Doña Beatriz, nueva admiracion para quien creia que estaba durmiendo. Trahia la Dama sobre la camisa un faldellin de buelta de tabi encarnado, cuya plata, y guarnicion parecian estrellas, sin traer sobre sí otra cosa mas, que un rebocillo del mismo tabi, aforrado en felpa azul, puesta tan al desgaire, que dexaba ver en la blancura de la camisa, los bordados de hilo de pita: sus dorados cabellos cogidos en una

re-

redecilla de seda azul, y plata, aunque por algunas partes descompuestos, para componer con ellos la belleza de su rostro; en su garganta dos hilos de gruesas perlas, conformes á las que llevaba en sus hermosas muñecas, cuya blancura se veía sin embarazo, por ser la manga de la camisa suelta, á modo de manga de Frayle. De todo pudo el Granadino dar muy bastantes señas; porque Doña Beatriz trahia en una de sus blanquissimas manos una buxia de cera encendida, en un candelero de plata, á la luz de la qual estuvo contemplando en tan angelica figura, juzgandose por dichoso, si fuere él, el sujeto que iba á buscar. En la otra mano trahia una salva de plata, y en ella un vidrio de conserva, y una limetilla con vino, y sobre el brazo una tohalla blanquissima. Valgame Dios (decia entre sí Don Fadrique, mirandola desde que salió de su aposento, hasta que la vió baxar por la escalera) quién será el venturoso á quien va á servir tan hermosa la maestresala; ay si yo fuera, y como diera en cambio quanto vale mi hacienda. Diciendo esto, como la vió que habiendo acabado de baxar, enderezaba sus pasos ácia donde estaba, se fue retirando hasta la caballeriza, y en ella por estar mas encubierto, se entró; mas viendo que Doña Beatriz encaminaba sus pasos á la

misma parte, se metió detrás de unos de los caballos del coche: Entró en fin la Dama en tal indecente lugar para tanta belleza, y sin mirar en Don Fadrique, que estaba escondido, enderezó ácia un aposentillo, que al fin de la caballeriza estaba. Creyó Don Fadrique de tal suceso, que algun criado enfermo despertaba la caridad, y piadosa condicion de Doña Beatriz, á tal accion; aunque mas competente era para alguna de las muchas criadas que tenia, que no para tal señora: mas atribuyendolo todo á Christiandad, quiso ver el fin de todo; y saliendo de donde estaba caminó tras ella, hasta ponerse en parte que veía todo el aposento, por ser tan pequeño, que apenas cabia una cama. Grande fue el valor de Don Fadrique en tal caso, porque asi como llegó cerca, y descubrió todo lo que en el aposento se hacia, vió á su Dama en una ocasion tan terrible para él, que no sé como tuvo paciencia para sufrirla. Es el caso, que en una cama que estaba en esta parte que he dicho, estaba echado un negro tan atezado, que parecia su rostro hecho de un bocacé. Parecia en la edad de hasta veinte y ocho años, mas tan feo, y abominable, que no sé si fue pasion, ó si era la verdad, le pareció que el demonio no podia serlo tanto. Parecia asimismo en su desflaquecido

sem-



semblante, que le faltaba poco para acabar la vida, con lo que parecia mas abominable. Sentóse Doña Beatriz en entrando sobre la cama, y poniendo sobre una mesilla la vela, y lo demás que llevaba, le empezó á componer la ropa, pareciendo en la hermosura, ella un Angel, y él un fiero demonio. Puso tras esto, una de sus hermosísimas manos sobre la frente, y con enternecida, y lastimada voz, le empezó á decir: **Cómo estás, Anton? No me hablas, mi bien? Oye, abre los ojos, mira que está aqui Beatriz, toma hijo mio, come un bocado de esta conserva, animate por amor de mí, si no quieres que yo te acompañe en la muerte, como te he querido en la vida: Oyesme, amores? No quieres responderme, ni mirarme? Diciendo esto, derramando por sus ojos gruesas perlas, juntó su rostro con el del endemoniado negro, dexando á Don Fadrique, que la miraba, mas muerto que él, sin saber qué hacerse, ni qué decirse; unas veces determinandose á perderse, y otras, considerando, que lo mas acertado era apartarse de aquella pretension. Estando en esto, abrió el negro los ojos, y mirando á su ama, con voz debilitada, y flaca le dixo, apartandola con las manos el rostro que tenia junto con el suyo: **Qué me quieres, Señora? Dexame ya por Dios, qué es esto? Que aun estan-****

do yo acabando la vida, me persigues? No basta que tu viciosa condicion me tiene como estoy, sino que quieres, que quando estoy ya en el fin de mi vida, acuda á cumplir tus viciosos apetitos: **casate, Señora, casate, y dexame ya á mí que ni te quiero ver, ni comer lo que me dás. Y diciendo esto, se bolvió del otro lado, sin querer responder á Doña Beatriz, aunque mas tierna, y amorosa le llamaba, ó fuese qual se murió luego, ó no quisiese hacer caso de sus lagrimas, y palabras.** Doña Beatriz cansada ya, bolvió á su quarto, la mas llorosa, y triste del mundo. Don Fadrique aguardo á que abriesen la puerta, y apenas la vió abierta, quando salió huyendo de aquella casa, tan lleno de confusion, y aborrecimiento, quanto primero de gusto, y gloria. Acostóse en llegando á su casa, sin decir nada á su amigo, y saliendo á la tarde, dió una buelta por la calle de la viuda, por ver qué rumor habia, á tiempo que vió sacar á enterrar al negro. Bolvióse á su casa, siempre guardando secreto; y en tres, ó quatro dias que volvió á pasear la calle, ya no por amor, sino por enterarse mas de lo que aún no creía, nunca vió á Doña Beatriz: tan sentida la tenia la muerte de su negro amante. Al cabo de los quales, estando sobre mesa hablando con su amigo, entró una

G

cria-

criada de Doña Beatriz, y en viendole, con mucha cortesía le puso en las manos un papel, que decia asi:

*Donde hay voluntad, poco sirven los terceros: de la vuestra estoy satisfecha, y de vuestras finezas pagada; y así no quiero aguardar lo que falta del año, para daros la merecida posesion de mi persona, y hacienda; y así quando quisieredes, se podrá efectuar nuestro casamiento, con las condiciones que fueredes servido, porque mi amor, y vuestro merecimiento no me dexan reparar en nada. Dios os guarde.*

Doña Beatriz,

Tres, ó quatro veces leyó Don Fadrique este papel, y aun no acababa de creer tal; y así no hacia mas que darle bueltas, y en su corazon, admirarse de lo que le sucedia, que ya dos veces habia estado á pique de caer en tanta afrenta, y tantas le habia descubierta el Cielo secretos tan importantes. Y como viese claro, que la determinada resolucion de Doña Beatriz, nacia de haber faltado su negro amante, en un punto hizo la suya, y se resolvió á una determinacion honrada: y diciendo á la criada, que se aguardase, salió á otra sala, y llamando á su amigo, dixo estas breves razones: Amigo, á mí me importa la vida, y la honra salir dentro de una hora de Sevilla, y no me ha de acompañar

mas que el criado que traxe de Granada. Esa ropa que ahí queda, vendereis despues de haberme partido, y pagareis con el dinero que dieren por ella á los demás criados: el por qué no os puedo decir, porque hay opiniones de por medio; y ahora mientras escribo un papel, me busqueis dos mulas, y no querais saber mas. Y luego, escribiendo un papel á Doña Beatriz, y dandole á la criada que le llevase á su ama, y habiendole ya trahido las mulas se puso de camino, y saliendo de Sevilla, tomó el de Madrid con su antigua tema de abominar de las mugeres discretas, que fiadas en su saber, procuran engañar á los hombres. Dexemosle ir hasta su tiempo, y volvamos á Doña Beatriz, que en recibiendo el papel, vió que decia asi:

*La voluntad que yo he tenido á vuestra merced, ha sido solo con deseo de poseer su belleza; porque he llevado la mira á su honra, y opinion, como la he dicho mis recatos; yo Señora, soy algo escrupuloso, y haré cargo de conciencia, en que v. m. viuda ante ayen, se case hoy; aguarde v. m. siquiera otro año á su negro malogrado, que á su tiempo se tratará de lo que v. m. dice; cuya vida guarda el Cielo.*

Pensó Doña Beatriz perder con este papel su juicio, mas viendo que Don Fadrique era ido, dió el sí á un Caballero que le ha-

habian propuesto , remediando con el marido , la falta del muerto amante. Por sus jornadas contadas ( como dicen ) llegó Don Fadrique á Madrid , y fuese á posar á los barrillos del Carmen ; en casa de un tio suyo , que tenia alli casas propias. Era este Caballero rico , y tenia para heredero de su hacienda un solo hijo , llamado Don Juan , gallardo mozo , y demás de su talle , discreto , y muy afable. Teniale su padre desposado con una prima suya muy rica , aunque el Matrimonio se dilataba hasta que la novia tuviese edad , porque la que en este tiempo alcanzaba , era diez años. Con este Caballero tomó Don Fadrique tanta amistad , que pasaba el amor del parentesco , que en pocos dias se trataban como hermanos. Andaba Don Juan muy melancolico , en lo qual reparando Don Fadrique , despues de haberle obligado con darle cuenta de su vida , y sucesos , sin nombrar parte , por parecerle , que no es verdadera amistad la que tenia reservado algun secreto á su amigo , le rogó le dixese de qué procedia aquella tristeza. Don Juan , que no deseaba otra cosa , por sentir menos su mal comunicandole , le respondió: Amigo Don Fadrique , yo amo tiernamente una Dama desta Corte , á la qual dexaron sus padres mucha hacienda con obligacion de que se casase con un primo

suyo , que está en Indias. No ha llegado nuestro honesto amor á mas que una conversa , reservando el premio de él , para quando venga su esposo , porque ahora , ni su estado , ni el mio dan lugar á mas amorosas travesuras ; pues aunque no gozo de mi esposa , me sirve de cadena para no disponer de mí. Deciros su hermosura , será querer cifrar la misma belleza á breve suma ; pues su entendimiento es tal , que en letras humanas no hay quien la aventaje : Finalmente , Doña Ana ( que este es su nombre ) es el milagro de esta edad , porque ella , y Doña Violante su prima son las Sibilas de España , entrambas bellas , discretas , musicas , y poetas. En fin en las dos se halla lo que en razon de belleza , y discrecion está repartido en todas las mugeres. Hanle dicho á Doña Ana , que yo galanteo una Dama , cuyo nombre es Nise , porque el Domingo pasado me vieron hablar con ella en San Ginés , donde acude. En fin muy zelosa me dixo ayer , que me estuviese en mi casa , y no bolviese á la suya. Porque sabe que me abraso de zelos , quando nombra á su esposo , me dixo enojada , que en solo él adora , y que le espera con mucho gusto , y cuydado. Escríble sobre esto un papel , y en su respuesta me envió otro , que es este , porque en hacer versos es tan estremada , como en lo



lo demás. Esto dixo, sacando un papel, qual tomándole Don Fadrique, vió que era de versos, á que naturalmente era aficionado, y que decia así:

Tus sinrazones, Lisardo,  
son tantas, que ya me fuerza  
mi agravio á darte la culpa,  
y quedarme con la pena.

Mas no me quiero poner  
con tu ingratitud en cuentas,  
porque siempre los ingratos,  
ceros por numeros dexan.

Preside apetito solo,  
(Lisardo) y es bien que tema,  
que cuentas de obligaciones,  
á todas horas la niega.

T así no quiero traberte  
á la memoria mis penas;  
pues jamás diste recibo  
de cosa que tanto pesa.

Vayan al ayre suspiros,  
pues lo son, y no se metan  
en contar, pues no los llaman,  
cuántos sus millares sean.

Las lagrimas á la mar,  
los cuydados á mis quejas,  
y mi afición á tu yelo,  
para que quede sin fuerza.

Decir, Lisardo, que ya,  
por entretener ausencias,  
esfuerzo mi voluntad,  
engañante tus quimeras.

Si quisiera entretenerme,  
pastores tiene la aldea,  
que aunque les doy disfavores,  
mis pobres partes celebran.

En quien pudiera escoger  
alguno que me tuviera

con amor entretenida,  
y con interés contenta.

T tú, Lisardo, aunque alcanzas  
favores que otros desean,  
tan solo no los estimas,  
sino que ya los desprecias.

Lisardo, creyera yo  
que la muger de mis prendas,  
con solo un mirar suave,  
favor, y premio te diera.

Mas como siempre quisiste  
ser ingrato á mis finezas,  
ni estimas mi voluntad,  
ni con la tuya me premias.

Que no sabes qué es amor,  
tengo por cosa muy cierta;  
no has entrado en los principios,  
y ya los fines deseas.

Lo que da lugar mi estado  
te favorezco, no quieras  
que me alargue á mas, si el tuyo  
tiene á mi gusto la rienda.

T temas que el Mayoral,  
que ha de ser mi dueño, venga;  
si tu remedio aborreces,  
Lisardo, de qué te quejas?

Pides salud, y si aplico  
el remedio, desesperas;  
eso es querer que te sangren,  
sin que te rompan la vena.

Lo cierto es que ya, Lisardo,  
te mata nueva nobleza,  
y haces mi amor achacoso,  
ya lo entiendo, no soy necia.

Maldiga, Lisardo, el Cielo,  
á quien con gracias ajenas,  
á lo que adora enamora,  
tal como á mí le suceda.

Canta el Musico en la calle,  
hace versos el Poeta,

apasionase la Dama,  
y olvida al que la requiebra.

Ya conozco tus engaños,  
ya conozco tus cautelas,  
mas pues yo te alabé á Nise,  
qué mucho que tú la quieras?

Goces, ingrato Lisardo,  
mil años de su belleza,  
tantos favores te rinda,  
como á mí me matan penas.

Bebe sus dulces engaños,  
los míos amargos dexa,  
que yo al tiempo de mi fé  
pienso colgar la cadena.

Desde alli estaré mirando,  
como al que mira al que juega,  
el naype en que aventuras,  
tu verdad, y tu cautela.

No me queixo de este agravio,  
Lisardo, porque mis queexas  
no te bolverán amante,  
y es darte venganza en ellas.

Tú estás muy bien empleado,  
porque sus tinadas bebras  
es evano en que se engasta  
su hermosura, y sus finezas.

Sus ojos, negros luceros,  
en cuyas niñas traviesas,  
hallar á tu guerra paz,  
y bonanza tu tormenta.

Tú vestirás sus colores,  
con que saldrás, aunque negras,  
mas galan que con las mias,  
pues con gusto las desprecias.

Podrás tomar por devoto,  
para alivio de tus penas,  
al glorioso San Ginés,  
que es de tu Nise la Iglesia.

Con esto pido al amor,  
de tu inconstancia se duelo,

Dios te guarde. De mi casa,  
la que tu gusto desea.

No hay mucho que temer á este enemigo (dixo acabando de leer el papel, Don Fadrique) porque á la muestra, mas rendida está que furiosa. La muger escribe bien, y si como decís, es tan hermosa, haceis mal en no conservar su amor, hasta coger el premio de él. Este es (respondió Don Juan) una tilde, una nada, conforme á lo que hay en belleza, y discrecion, porque ha sido muchas veces llamada la Sibila Española. Por Dios primo (repliqué Don Fadrique) que temo á las mugeres que son tan sabias, mas que á la muerte, que quisiera hallar una que ignorára las cosas del mundo, al paso que ésta las comprehende, y si la hallára, vive Dios que me habia de emplear en servirla, y amarla. Lo decís de verás, dixo Don Juan, porque no sé qué hombre apetece una muger necia, no solo para aficionarse, mas para comunicarla un quarto de hora; pues dicen los sabios, que en el mundo son mas celebradas, que el entendimiento es manjar del alma; pues mientras los ojos se ceban en la blancura, en las bellas manos, en los lindos ojos, y en la gallardía del cuerpo; y finalmente en todo aquello digno de ser amado en la Dama, no es razon que el alma, no solo esté de valde, sino que no se mantenga de cosas tan pe-

sadas, y enfadosas, como las necedades; pues siendo el alma tan pura criatura, no la hemos de dar manjares groseros. Ahora dexemos esta disputa, dixo D. Fadrique, que en eso hay mucho que decir, que yo sé lo que en este caso me conviene; y respondamos á Doña Ana, aunque mejor respuesta era ir á verla, pues no la hay mas tierna, y de mas sentimiento que la misma persona, y mas que deseo ver si me hace sangre su prima, para entretenerme con ella el tiempo que he de estar en Madrid. Vamos allá, dixo Don Juan, que si os he de confesar verdad, por Dios que lo deseo; mas advertid que Doña Violante no es necia, y si es que por esta parte os desagradan las mugeres, no teneis que ir allá. Acomodaréme con el tiempo, respondió Don Fadrique. Con esto, de conformidad se fueron á ver las hermosas primas, de las quales fueron recibidos con mucho gusto, sí bien Doña Ana estaba como zelosa, zahareña, aunque tuvo muy poco que hacer Don Juan en quitarle el ceño: Vió Don Fadrique á Doña Violante, y pareciendole una de las mas hermosisimas Damas que hasta entonces habia visto, aunque entrasen en ellas Serafina, y Doña Beatriz. Estabase retratando (curiosidad usada en la Corte) y para esta ocasion estaba tan bien aderezada, que parece que

de proposito para rendir á D. Fadrique se habia vestido con tanta curiosidad y riqueza. Tenia puesta una saya entera negra, quaxada de lentejuelas, y botones de oro, cintura, y collar de diamantes, y un apretador de rubies. A cuyo asunto, despues de muchas cortesias, tomando Don Fadrique una guitarra, cantó este Romance.

*Zagala, cuya hermosura  
mata, enamora, y alegra,  
siendo del Cielo milagro,  
y gloria de nuestra aldea.*

*Qué pincel habrá tan sabio,  
supuesto que Apeles sea,  
el que le gobierna, y rige,  
para imitar tu belleza?*

*Qué rayos, aunque el Sol  
nos dé los de su madexa,  
que igualen á la hermosura  
de esas tus castañas trenzas?*

*Qué luces á los que miro,  
en esas claras estrellas;  
vislumbres, que á los diamantes  
eclipsan sus luces bellas?*

*Qué azucenas á tu frente,  
qué arcos de amor á tus cejas,  
de viras á tus pestañas,  
á tu vista qué saetas?*

*Qué rosas Alexandrinas  
á tus mexillas, pues quedan  
á su encarnado vencidas,  
á su hermosura sujetas?*

*Qué rubies con esos labios,  
sin duda Zagala que eran  
con los fines de tu boca,  
falsos los de tu cabeza?*

*Tus*



Tus palabras son claveles,  
y tus blancos dientes perlas,  
de las que llorando el Alva,  
borda los campos con ellas.

Cristal tu bermosa garganta,  
columna en que se sustenta  
un Cielo donde amor vive,  
si como Dios se aposenta.

Qué nieve iguala á esas manos,  
en cuyas nevadas sierras,  
los atrevidos se pierden,  
quando pasarlas intentan?

De lo que encubre el vestido,  
Zagala bermosa, quisiera  
decir muchas alabanzas,  
mas no se atreve mi lengua.

Que si qual otra Campaspe,  
mostrais tan divinas prendas;  
ay de Apeles que os mira,  
y sin esperanza de ellas.

Decid Zagala al Apeles,  
cuyos pinceles se emplean  
el trasladar de ese Cielo,  
vuestra hermosura á la tierra.

Que él, y yo seremos cortos,  
pincel, y plumas se quedan  
sin saber sacar la estampa,  
que al natural se parezca.

Pues el molde en que os formó  
la sabia naturaleza,  
ya el mundo no lo posee,  
porque otra qual vos no tenga.

Diamantes, oro, cristal,  
luceros, rosas, azucenas,  
Cielos, estrellas, rubies,  
claveles, jazmines, perlas.

Todo en vuestra presencia  
pierde el valor,  
y sin belleza queda.

Qué pincel, ni qué pluma

barán de tal belleza  
breve suma?

Encarecieron Doña Ana, y su prima, la voz, y los versos de Don Fadrique; y mas Doña Violante, que como se sintió alabar, empezó á mirar al Granadino, dexando desde esta tarde empezado el juego en la mesa de Cupido, y Don Fadrique tan aficionado, y perdido, que por entonces no siguió la opinion de aborrecer las discretas, y temer las astutas, porque otra dia, antes de ir con Don Juan á la casa de las bellas primas, envió á Doña Ana este papel.

(mento  
Por cuerda os tiene amor en su instrucción,  
bella, y divina prima; y tanto estima  
vuestro suave son, que ya de prima  
os levanta á tercera, y muda intento.  
Discreto fue de amor el pensamiento,  
y con vuestro valor tanto se anima,  
q̄ siendo prima, quiere q̄ se imprima  
en vuestra sér tan soberano acento.

Baxar á prima suele una tercera,  
mas siendo prima, el ser tercera es cosa  
divina, nueva, milagrosa, y rara;

T digo, que si Orfeo mereciera  
hacer con vos su musica divina,  
á los que adormecía, enamorára,

Mas pluma mia pára,  
que en esta prima bella,  
amor que lo posee canta de ella.

Lo que yo le suplico  
es, que siendo tercera,  
diga á su bella prima que me quiera.

La respuesta que Doña Ana dió á Don Fadrique, fue decirle,

que en eso tenia ella muy poco que hacer, porque Doña Violante estaba muy aficionada á su valor. Con esto quedó tan contento, que ya estaba olvidado de los sucesos de Serafina, y Beatriz. Pasaronse muchos dias en esta voluntad, sin estenderse á mas los atrevimientos amorosos, que á solo aquello que sin riesgo del honor se podia gozar, teniendo estos impedimentos tan enamorado á Don Fadrique, que casi estaba determinado á casarse, aunque Violante jamás trató nada acerca de esto, porque verdaderamente aborrecia el casarse, temerosa de perder la libertad que entonces gozaba. Sucedió, pues, que un dia estandose visitando los dos primos, para ir á ver las dos primas, fueron avisados por un recado de sus Damas, como su esposo de Doña Ana era venido tan de secreto, que no habian sido avisadas de su venida, y que esta accion las tenia tan espantadas, creyendo ella, que no sin causa venia asi, sino que le habia obligado algun temeroso designio, que era fuerza hasta asegurarse, vivir con recato, que le suplicaban, que armandose de paciencia, como ellas hacian, no solo las visitasen, mas que escusasen el pasar por la calle, hasta tener otro aviso. Nueva fue esta para ellos pesadísima, y que la recibieron con muestras de mucho sentimiento, y mas quan-

sup

do supieron dentro de quatro dias como se habia desposado Doña Ana, poniendo el dueño tanta clausura, y recato en la casa, que ni á la ventana era posible verlas, ni ellas enviaron á decirles mas palabra, ni aun á saber de su salud. Doña Ana, por la ocupacion de su esposo, y Doña Violante, por lo que se dirá á su tiempo. Aguardando nuevo aviso, con impacientes ansias, y penosos pensamientos, pasaron Don Juan, y Don Fadrique un mes, bien desesperados; y viendo que no habia memoria de su pena, se determinaron á todo riesgo, á pasear la calle, y procurar ver á sus Damas, ó alguna criada de su casa. Anduvieron en fin un dia, y otro, en los cuales veían entrar á su marido de Doña Ana en su casa, y con él un hermano suyo estudiante, mozo, y muy galan: mas no fue posible verlas, ni á ellas, ni aun una sombra que pareciese muger: algunos criados sí: mas como no eran conocidos, no se atrevian á decirles nada. Con estas ansias madrugaban, y transnochaban, y un Domingo muy de mañana, fue su ventura tal, que vieron salir una criada de Doña Violante, que iba á Misa, á la qual Don Juan llegó á hablar, y ella con mil temores, mirando á una parte, y á otra, despues de haberles contado el recato con que vivian, y la zelosa condicion de su Señor, tomando

un

un papel que Don Juan llevaba escrito , para quando hallase alguna ocasion , se fue con la mayor prisa del mundo : solo les dixo , que anduviese por alli otro dia , que ella procuraria la respuesta. Ella le llevó á su Señora , y leído decia así:

*Mas siento el olvido , que los zelos , porque ellos son mal sin remedio , y él le pudiera tener si dura la voluntad : la mia pide misericordia , si hoy alguna centella del pasado fuego usese de ella en caso tan cruel.*

Leído el papel por las Damas , dieron la respuesta á la misma criada , que como vió á los Caballeros se le arrojó por la ventana ; y abierto decia estas palabras:

*El dueño es zeloso , y recién casado , tanto , que aun no ha tenido lugar de arrepentirse , ni descuydarse. Mas él ha de ir dentro de ocho dias á Valladolid á ver unos deudos suyos , entonces pagaré deudas , y daré disculpas.*

Con este papel , á quien 'os dos primos dieron mil besos , haciendo mil devotas recomendaciones , como si fuera Oraculo , se entretuvieron algunos dias mas viendo que , ni les avisaba de lo que él le prometia , ni habia mas novedad que hasta alli en casa de sus Señoras , porque , ni en la calle , ni en la ventana era posible verlas: tan desesperados como antes de haberle recibido , empezaron á rondar de dia , y de no-

che. Pues un dia , que acertó Don Juan á entrar en la Iglesia del Carmen á oír Misa , vió entrar á su querida Doña Ana , (vista para él harto milagrosa) y como viese que se entró en una Capilla á oír Misa , la fue siguiendo los pasos , y á pesar de un escudero que la acompañaba , se arrojó á su mismo lado , y despues de pasar entre los dos largas queexas , y breves disculpas , conforme lo que dá lugar la parte donde estaban , le respondió Doña Ana , que su marido , aunque decia que se habia de ir á Valladolid , no lo habia hecho , mas que ella no hallaba otro remedio para hablarle un rato de espacio , sino era que aquella noche viniese , que le abriria la puerta , mas que habia de venir con él su primo Don Fadrique , el qual se habia de acostar con su esposo , en su lugar , y que para esto hacia mucho al caso el estar enojado con él tanto , que habia muchos dias , que no le hablaba : y que demás de que el sueño se apoderaba bastantemente de él era tanto el enojo , que sabia muy cierto que no echaria de ver la burla : y que aunque su prima pudiera suplir la falta , era imposible , respecto de que estaba enferma , y que si no era de esta suerte , que no hallaba modo de satisfacer sus deseos. Quedó con esto Don Juan mas confuso que jamás , por una parte veía lo que per-



perdía y por otra temia que Don Fadrique no habia de querer venir en tal concierto. Fuese con esto á su casa, y despues de largas peticiones, y encarecimientos, le contó lo que Doña Ana le habia dicho. A lo qual Don Fadrique le respondió, que si estaba loco, porque no podia creer que si tuviera juicio, dixera tal disparate. Y en estas demandas, y respuestas, suplicando el uno, y escusándose el otro, pasaron algunas horas: mas viendo Don Fadrique tan rematado que sacó la espada para matarle, bien contra su voluntad, concedió con él, en ocupar el lugar de Doña Ana, al lado de su esposo; y asi se fueron juntos á su casa, y como llegasen á ella, la Dama que estaba con cuydado, conociendo de su venida, que Don Fadrique habia acetado el partido, les mandó abrir, y entrando en fin en una sala, antes de llegar á la quadra donde estaba la cama, mandó Doña Ana desnudar á Don Fadrique, y obedecia de mal talente, descalzo, y en camisa, estando todo sin luz, se entró en la quadra, y poniendole junto á la cama, le dixo paso, que se acostase, y en dexandole alli, muy alegre se fue con su amante á otra quadra. Dexemosla, y vamos á Don Fadrique, que asi como se vió acostado al lado de un hombre, cuyo honor estaba ofen-

diendo él, con suplir la falta de su esposa, y su primo gozandola; considerando lo que podia suceder, estaba tan temeroso, y desvelado, que diera quanto le pidieran por no haberse puesto en tal estado: y mas quando suspirando entre sueños, el ofendido marido, dió buelta ácia donde creyó que estaba su esposa, y echandole un brazo al cuello, dió muestras de querer llegarse á ella: sí bien, como esta accion la hacia dormido, no prosiguió adelante: mas Don Fadrique, que se vió en tanto peligro, tomó muy paso el brazo del dormido, y quitandole de sí, se retiró á la esquina de la cama, no culpando á otro que á sí, de haberse puesto en tal ocasion, por solo el vano antojo de dos amantes locos. Apenas se vió libre de esto, quando el engañado marido, estendiendo los pies, los fue á juntar con los del temeroso compañero, siendo para él cada accion de estas, la muerte. En fin el uno procurando llegarse, y apartarse el otro, se pasó la noche, hasta que ya la luz empezó á mostrarse por los resquicios de las puertas, poniendole en cuydado el ver que en vano habia de ser lo padecido, si acababa de amanecer antes que Doña Ana viniese: pues considerando, que no le iba en salir de alli menos que la vida, se levantó lo mas presto que pudo, y se fue atentando has-

hasta dar con la puerta, que como llegase á intentar abrirla, encontró con Doña Ana, que á este punto la abría, y como le vió, con voz alta, le dixo dónde vais tan aprisa, Señor Don Fadrique? Ay Señora (respondió con la voz baxa) cómo os habeis descuydado tanto, sabiendo mi peligro? Dexadme salir por Dios, que si despierta vuestro dueño, no lo librarémos bien. Cómo salir? (Replicó la astuta Dama) por Dios que ha de ver mi marido con quien ha dormido esta noche, para que vea en qué han parado sus zelos, y sus cuydados. Y diciendo esto, sin poder Don Fadrique estorvarlo, respecto de su turbacion, y ser la quadra pequeña, se llegó á la cama, y abriendo una ventana, tiró á las cortinas, diciendo: Mirad, Señor marido, con quien habeis pasado la noche. Puso Don Fadrique los ojos en el Señor de la cama, y en lugar de ver al esposo de Doña Ana, vió á su hermosísima Violante, porque su marido de Doña Ana ya caminaba mas habia de seis dias. Parecia la hermosa Dama al Alva, quando sale alegrando los campos. Quedó con la burla de las hermosas primas, tan corrido Don Fadrique, que no hablaba palabra, ni la hallaba á proposito, viendolas á ellas celebrar con risa el suceso, contando Violante el cuydado con que le habia

hecho estar. Mas como el Granadino se cobrase de su turbacion, dandoles lugar Doña Ana, cogió el fruto que habia sembrado, gozando con su Dama muy regalada vida, no solo estando ausente el marido de Doña Ana, sino despues de venido, que por medio de una criada, entraba á verse con ella, con harta envidia de Don Juan, que como no podia gozar de Doña Ana, le pesaba de las dichas de su primo. Pasados algunos meses, que Don Fadrique gozaba de su Dama con las mayores muestras de amor que pensar se puede, tanto, que se determinó á hacerla su esposa, si viera en ella voluntad de casarse: mas tratando de mudar estado, lo atajaba con mil forzosas excusas. Al cabo de este tiempo, quando con mas descuydo estaba Don Fadrique de tal suceso, empezó Violante á afloxar en su amor, tanto que escusaba lo mas que podia el verle, y él zeloso, dando la culpa á nuevo empleo, se hacia mas enfadoso, y desesperado de verse caído de su dicha, quando mas en la cumbre de ella estaba; cohechó con regalos, y acarició con promesas una criada; y supo, lo que diera algo por no saberlo, porque la traydora, le dixo, que se fingiese malo, y que diese á entender á su Señor, que estaba en la cama, porque descuydada de su venida, no estuviésemos aper-

ci-

cibida, como otras noches, y que viniese aquella noche, que ella dexaria la puerta abierta. Podia hacerse eso con facilidad, respecto que Violante desde que se casó su prima, posaba en un quarto apartado, donde estaba sin intervenir con Doña Ana, ni con su marido, cuya condicion llevaba mal Doña Violante, que ya enseñaba á su libertad, no queria tener á quien guardar decoro, sí bien tenia puerta por donde se correspondia con ellos, y comia muchas veces, obligando su agrado á desear su esposo de Doña Ana su conversacion. Salióle á peso el fingimiento á Don Fadrique, que por Violante lo creyó, y dando lugar á lo que le estorbaba el no darse á D. Fadrique, el que siempre habia tenido, se recogió mas temprano que otras veces. Es el caso, que el hermano del marido de Doña Ana, como todo lo demás del tiempo asistia con él, y su cuñada, se aficionó de Doña Violante, ella obligada de la voluntad de Don Fadrique, no habia dado lugar á su deseo: mas ya, ó cansada de él, ó satisfecha de las joyas, y regalos de su nuevo amante, dió al través con las obligaciones del antiguo, cuyo nuevo entretenimiento fue causa, para que le privase de todo punto de su gloria, no dando lugar á los deseos, y afectos de D. Fadrique; pues esta noche, que le

pareció, que por su indisposicion estaba seguro, avisó á su amante, y él vino al punto á gozar de la ocasion. Pues como D. Fadrique hallase la puerta abierta, y no le sufriese el corazon esperar, oyendo hablar, llegó á la de la sala, y entrando halló á la Dama ya acostada, y al mozo que se estaba descalzando para hacer lo mismo. No pudo en este punto la colera de Don Fadrique ser tan cuerda, que no le obligase á entrar con determinacion de morderle á palos, por no ensuciar la espada en un mozuelo de tan pocos años; mas el amante que vió entrar aquel hombre tan determinado, y se vió desnudo, y sin espada, se baxó al suelo, y tomando un zapato, le encubrió en la mano, como que fuese un pistolete, y diciendole que si no se tenia afuera, le mataria, cobró la puerta, y en poco espacio la calle, dexando á Don Fadrique temeroso de su accion. Pues como Violante, ya resuelta á perder de todo punto la amistad de Don Fadrique, le viese quedar como elado, mirando á la puerta por donde habia salido su competidor, empezó á reir muy de proposito la burla del zapato. De esto mas ofendido el Granadino, que de lo demás, no pudo la pasion dexar de darle atrevimiento, y llegandose á Violante la dió de bofetadas, que la bañó en sangre, y ella perdida de eno-



jo, le dixo: que se fuese con Dios, que llamaria á su cuñado, y le haria que le costase caro. El que no reparaba en amenazas, prosiguió en su determinada colera, asiendola de los cabellos, y trayendola á mal traer, tanto que la obligó á dar gritos, á los quales Doña Ana, y su esposo se levantaron, y vinieron á la puerta, que pasaba á su posada. Don Fadrique, temeroso de ser descubierto, se salió de aquella casa, y llegando á la de D. Juan que era tambien la suya, le contó todo lo que habia pasado, y ordenó su partida para el Reyno de Sicilia, donde supo que iba el Duque de Osuna á ser Virey, y acomodandose con él para este pasage, se partió dentro de quatro dias, dexando á Don Juan muy triste, y pesaroso de lo sucedido. Llegó D. Fadrique á Napoles, y aunque salió de España con animo de ir á Sicilia, la belleza de esta Ciudad le hizo que se quedase en ella algun tiempo, donde le sucedieron varios, y diversos casos, con los quales confirmaba la opinion de todas las mugeres que daban en discretas, destruyendo con sus astucias la opinion de los hombres. En Napoles tuvo una Dama, que todas las veces que entraba su marido, le hacia parecer una artesa arrimada á una pared. De Napoles pasó á Roma, donde tuvo amistad con otra, que por su causa mató á su marido

una noche, y le llevó acuestas metido en un costal á echarle en el rio. En estas, y otras cosas gastó muchos años, habiendo pasado diez y seis que salió de su tierra, pues como se hallase cansado de caminar, falto de dineros, pues apenas tenia los bastantes para bolver á España, lo puso por obra: y como desembarcase en Barcelona, despues de haber descansado algunos dias, y hecho cuenta con su bolsa, compró una mula para llegar á Granada, en que partió una mañana solo, por no haber ya posibilidad para criado. Poco mas habria caminado de quatro leguas, quando pasando por un hermoso Lugar, de quien era Señor un Duque Catalán, casado con una Dama Valenciana, el qual por ahorrar gastos, estaba retirado en su tierra. Al tiempo que Don Fadrique pasó por este Lugar, llevando proposito de sestear, y comer en otro que estaba mas adelante, estaba la Duquesa en un balcon, y como viese aquel Caballero caminante, pasar algo de prisa, y reparase en el ayroso talle, llamó un criado, y le mandó que fuese tras él, y de su parte le llamase. Pues como á Don Fadrique le diesen este recado, y siempre se preciase de cortés, y mas con las Damas, subió á ver qué le mandaba la hermosa Duquesa; ella le hizo sentar, y preguntó con mucho agrado, de dón-

dónde era, y por qué caminaba tan aprisa; encareciendo el gusto que tendria en saberlo, porque desde que le habia visto, se habia inclinado á amarle, y asi estaba determinada que fuese su convidado, porque el Duque estaba en caza. Don Fadrique, que no era nada corto, despues de agradecerle la merced que le hacia, le contó quién era, y lo que le habia sucedido en Granada, Sevilla, Madrid, Napoles, y Roma, con los demás sucesos de su vida, feneciendo la platica con decir, que la falta de dinero, y cansado de ver tierras, le bolvia á la suya, con proposito de casarse, si hallase muger á su gusto. Cómo ha de ser (dixo la Duquesa) la que ha de ser de vuestro gusto? Señora (dixo Don Fadrique) tengo mas que medianamente lo que he menester para pasar la vida, y asi quando la muger que hubie-  
ra de ser mia, no fuera muy rica, no me dará cuydado, como sea hermosa, y bien nacida: lo que mas me agrada en las mugeres, es la virtud, esa procuro, que los bienes de fortuna, Dios los da, y los quita. Al fin (dixo la Duquesa) si hallasedes muger noble, hermosa, virtuosa, y discreta, presto rindierades el cuello al amable yugo del Matrimonio? Yo os prometo Señora (dixo D. Fadrique) que por lo que he visto, y á mí me ha sucedido, vengo tan escarmentado de las

astucias de las mugeres discretas, que de mejor gana me dexaré vencer de una muger necia, aunque sea fea, que no de las demás partes que decís. Si ha de ser discreta una muger, no ha menester saber mas que amar á su marido, guardarle su honor, y criarle sus hijos, sin meterse en mas bachillerías. Y cómo (dixo la Duquesa) sabrá ser honrada la que no sabe en qué consiste el serlo? No advertís, que el necio peca, y no sabe en qué, y siendo discreta sabrá guardarse de las ocasiones? Mala opinion es la vuestra, que á toda ley una muger bien entendida, es gusto para no olvidarse jamás, y alguna vez os acordareis de mí. Mas dexando esto aparte, yo estoy tan aficionada á vuestro talle, y entendimiento, que he de hacer por vos lo que jamás creí de mí, y diciendo esto, se entró con él á su cámara, donde por mas recato quiso comer con su huésped, de lo qual estaba él tan admirado, que ninguno de los sucesos que habia tenido le espantaba tanto. Despues de haber comido, y jugado un rato, convidandoles la soledad, y el tiempo caloroso, pasaron con mucho gusto la siesta, tan enamorado Don Fadrique de las gracias, y hermosura de la Duquesa, que ya se quedára de asiento en aquel lugar, si fuera cosa que sin escandalo lo pudiera hacer. Ya empezaba la noche á tender su manto

sobre las gentes, quando llegó una criada, y le dixo: como el Duque era venido. No tuvo la Duquesa otro remedio, sino abrir un escaparate dorado que estaba en la misma quadra, en que se conservan las aguas de olor, y entrarle dentro, y cerrando despues con la llave, ella se recostó sobre la cama. Entró el Duque, que era hombre de mas de cincuenta años, y como la vió en la cama, la preguntó la causa. A lo qual la hermosa Dama respondió que no habia otra, mas de haber querido pasar la calorosa siesta con mas silencio, y reposo. Venia el Duque con alientos de cenar, y diciendoselo á la Duquesa, pidieron que les traxesen la vianda allí donde estaban, y despues de haber cenado con mucho espacio, y gusto, la astuta Duquesa, deseosa de hacerle una burla á su concertado amante, le dixo al Duque, si se atrevia á decir cuántas cosas se hacian del hierro: y respondiéndole que sí: finalmente, entre la porfia del sí, y no, apostaron entre los dos cien escudos, y tomando el Duque la pluma, empezó á escribir todas quantas cosas se pueden hacer del hierro; y fue su ventura de la Duquesa tan buena, para lograr su deseo, que jamás el Duque se acordó de las llaves. La Duquesa que vió este descuido, y que el Duque, aunque ella le decia mirase si habia mas, se afirmaba no

hacerse mas cosas. Logró en esto su esperanza, y poniendo la mano sobre el papel, le dixo: Ahora Señor, mientras se os acuerda si hay mas que decir, os he de contar un cuento, el mas donoso que habreis oído en vuestra vida. Estando hoy en esa ventana, pasó un Caballero forastero, el mas galan que mis ojos vieron, el qual iba tan de prisa, que me dió deseo de hablarle, y saber la causa: llaméle, y venido, le pregunté quién era, dixome que era Granadino, y que salió de su tierra por un suceso, que es este; y contóle quanto D. Fadrique le habia dicho, y lo que habia pasado en las tierras que habia estado; feneciendo la platica con decirme, que se iba á casar á su tierra, si hallase una muger boba, porque venia escarmentado de las discretas. Yo despues de haberle persuadido á dexar tal proposito, y él dadome bastantes causas para disculpar su opinion: pardiez, Señor, que comió conmigo, y durmió la siesta, y como me entraron á decir que veniades, le metí en ese caxon, en que se ponen las aguas destiladas. Alborotóse el Duque empezando á pedir á prisa las llaves. A lo que respondió la Duquesa con mucha risa: Paso, Señor, paso, que esas son las que se os olvidan de decir que se hacen del hierro: que lo demás (fuera ignorancia vuestra creer que habia de haber hom-



hombre que tales sucesos le hubiesen pasado, ni muger que tal dixese á su marido. El cuento ha sido porque os acordeis, y así pues habeis perdido, dadme luego el dinero, que en verdad que lo he de emplear en una gala, para que lo que os ha costado tanto susto, y á mí tal artificio, juzgueis como es razon. Hay tal cosa (respondió el Duque) demonios sois; miren por qué modo me ha advertido en mi olvido, yo me doy por vencido. Y bolviendo al Tesorero, que estaba delante, le mandó que diese luego á la Duquesa los cien escudos. Con esto se salió fuera á recibir algunos de sus vasallos, que venian á verle, y saber cómo le habia ido en la caza. Entonces la Duquesa, sacando á Don Fadrique de su encerramiento, que estaba temblando la temeraria locura de la Duquesa, le dió los cien ducados ganados, y otros ciento suyos, y una cadena con un retrato suyo, y abrazandole, y pidiendole la escribiese, le mandó sacar por una puerta falsa, que quando D. Fadrique se vió en la calle, no acababa de hacerse cruces de tal suceso. No quiso quedarse aquella noche en el Lugar, sino pasar á otro, dos leguas mas adelante, donde habia determinado ir á comer, si no le hubiera sucedido lo que se ha dicho. Iba por el camino admirando la astucia, y temeridad de la Duquesa, con la lla-

-mor

neza, y buena condicion del Duque, y decia entre sí: Bien digo yo, que á las mugeres el saber las dañá. Si ésta no se fiára en su entendimiento, no se atreviera á agraviar á su marido, ni á decirselo: yo me libraré de esto si puedo, ó no casandome, ó buscando una muger tan inocente, que no sepa amar, ni aborrecer. Con estos pensamientos entretuvo el camino hasta Madrid, donde vió á su primo Don Juan ya heredero, por muerte de su padre, y casado con su prima, de quien supo como Violante se habia casado, y Doña Ana idose con su marido á las Indias. De Madrid partió á Granada, en la qual fue recibido como hijo, y no de los menos ilustres de ella. Fuese en casa de su tia, de la qual fue recibido con mil caricias; supo todo lo sucedido en su ausencia, la Religion de Serafina, su penitente vida, tanto, que todos la tenian por una santa: la muerte de Don Vicente, de melancolía de verla Religiosa, arrepentido del desamor que con ella tuvo; debiendola la prenda mejor de su honor. Habia procurado sacarla del Convento, y casarse con ella: y visto que Serafina se determinó á no hacerlo, en cinco dias, ayudado de un tabardillo, habia pagado con la vida su ingratitud. Y sabiendo que Doña Gracia, la niña que dexó en guarda á su tia, estaba en un Convento antes que

tu-

tuviera quatro años , y que tenia entonces diez y seis , la fue á ver otro dia acompañando á su tia , donde en Doña Gracia halló la imagen de un Angel , tanta era su hermosura , y al peso de ella su inocencia , y simplicidad , tanto que parecia figura hermosa , mas sin alma . Y en fin , en su platica , y descuido conoció Don Fadrique haber hallado el mismo sugeto que buscaba , aficionado en extremo de la hermosa Gracia , y mas por parecerse mucho á Serafina su Madre . Dió parte de ello á su tia , la qual desengañada de que nó era su hija , como habia pensado , aprobó la eleccion . Tomó la hermosa Gracia esta ventura como quien no sabia que era gusto , bien ; ni mal , porque naturalmente era boba , é ignorante , lo qualera agravio de su mucha belleza , siendo esto lo mismo que deseaba su esposo . Dió orden Don Fadrique en sus bodas , sacando galas , y joyas á la novia , y acomodando para su vivienda la casa de sus padres , herencia de su mayorazgo , porque no queria que su esposa viviese en la de su tia , sino de por sí , porque no se cultivase su rudo ingenio . Recibió las criadas á proposito , buscando las mas ignorantes , siendo este el tema de su opinion , que el mucho saber hacia caer á las mugeres en mil cosas ; y para mí , él no debia de ser muy cuerdo , pues tal sustentaba , aunque al

principio de su historia dixere diferente , porque no sé que discreto puede apetecer á su contrario , mas á esto le puede disculpar el temor de su honra , que por sustentarla le obligaba á privarse de este gusto . Llegó el dia de la boda , salió Gracia del Convento admirando los ojos su hermosura , y su simplicidad los sentidos . Solemnizóse la boda con muy grande banquete , y fiesta , hallandose en ella todos los mayores Señores de Granada , por merecerlo el dueño . Pasó el dia , y despidió Don Fadrique la gente , no quedando sino su familia , y quedando solo con Gracia , ya aliviada de sus joyas , y como dicen , en paños menores , y solo con un jubon , y un faldellin , y resuelto á hacer prueba de la ignorancia de su esposa , se entró con ella en la quadra donde estaba la cama , y sentandose sobre ella , le pidió le oyese dos palabras , que fueron estas : Señora mia , ya sois mi muger , de lo que doy mil gracias al Cielo para mientras vivieramos , conviene que hagais lo que ahora os diré , y este estilo guardareis siempre : lo uno , porque no ofendais á Dios , y lo otro , para que no me deis disgusto . A esto respondió Gracia con mucho humildad , que lo haria muy de voluntad . Sabeis (replicó Don Fadrique) la vida de los casados ? Yo , señor , no la sé , (dixo Gracia) decid-

H

me

mela vos, que yo la dependré como el Ave Maria. Muy contento Don Fadrique de su simplicidad, sacó luego unas armas doradas, y poniendoselas sobre el jubon, como era peto, y espaldar, gola, y brazaletes, sin olvidarse de las manoplas, le dió una lanza, y le dixo: que la vida de los casados era, que mientras él dormia, le habia ella de velar paseandose por aquella sala. Quedó vestida de esta suerte tan hermosa, y dispuesta, que daba gusto verla, porque lo que no habia aprovechado en el entendimiento, lo hacia en el gallardo cuerpo, que parecia con el morricón sobre los ricos cabellos, y con espada ceñida, una imagen de la Diosa Palas. Armada como digo, la hermosa Dama, le mandó velarle mientras dormia, que lo hizo Don Fadrique con mucho respeto, acostandose con mucho gusto, y durmió hasta las cinco de la mañana. Y á esta hora se levantó, y despues de estar vestido, tomó á Doña Gracia en sus brazos, y con muchas ternezas, la desnudó, y acostó, diciendola que durmiese, y reposase; y dando orden á las criadas no la despertasen hasta las once, se fue á Misa, y luego á sus negocios, que no le faltaban, respeto de que havia comprado un oficio de Veintequatro. En esta vida pasó mas de ocho dias, sin dar á entender á Gracia otra co-

sa, y ella como inocente, entendia que todas las casadas hacian lo mismo. Acertó á este tiempo suceder en el Lugar algunas contiendas, para lo qual ordenó el Consejo, que Don Fadrique se partiese por la posta, á hablar al Rey, no guardandole las leyes de recien casado la necesidad del negocio, por saber que como habia estado en la Corte, tenia en ella muchos amigos. Finalmente no le dió este sucesso lugar para mas; que para llegar á su casa, vestirse de camino, y subiendo en la posta, decirle á su muger, que mirase que la vida de los casados, la misma habia de ser en ausencia suya, que habia sido en presencia: ella lo prometió hacer así, con lo qual Don Fadrique partió muy contento. Y como á la Corte se vá por poco, y se está mucho, le sucedió á él de la misma suerte, deteniendose, no solo dias, sino meses, pues duró el negocio mas de seis. Prosiguiendo Doña Gracia su engaño, vino á Granada un Cavallero Cordovés, á tratar un pleyto á la Chancilleria, y andando por la Ciudad los ratos que tenia desocupados, vió en un balcon de su casa á Doña Gracia las mas tardes haciendo su labor, de cuya vista quedó tan pagado, que no hay mas que encarecer, mas de que cautivo de su belleza, la empezó á pasear. Y la Dama, como ignorante de estas cosas, ni salia,

ni



ni entraba en esta pretension, como quien no sabia las leyes de la voluntad, y correspondencia: de cuyo descuydo sentido el Cordovés, andaba muy triste, las quales acciones viendo una vecina de Doña Gracia, conoció por ellas el amor que le tenia á la recién casada; y así un día le llamó, y sabiendo ser su sospecha verdadera, le prometió solicitarla, que nunca faltan hoyos en que cayga la virtud. Fue la muger á ver á Doña Gracia, y después de haber encarecido su hermosura con mil alabanzas, la dixo como aquel Cavallero que paseaba su calle, la queria mucho, y deseaba servirla. Yo lo agradezco en verdad, dixo la Dama, mas ahora tengo muchos criados, y hasta que se vaya alguno, no podré cumplir su deseo, aunque si quiere que yo se lo escriba á mi marido, él por darme gusto podrá ser que lo reciba. Que no señora, dixo la astuta tercera, conociendo su ignorancia, que este Cavallero es muy noble, tiene mucha hacienda, y no quiere le recibais por criado, sino serviros con ella, si le quereis mandar que os embie alguna joya, ó regalo. Ay amiga! dixo entonces Doña Gracia, tengo yo tantas, que muchas veces no sé donde ponerlas. Pues si así es, dixo la tercera, que no quereis que os embie nada, dadle por lo menos licencia, para que os visite, que

lo desea mucho. Venga enorabuena, dixo la boba señora, quien se lo quita? Señora, replicó ella, no veis qué los criados, si le vé venir de día publicamente, lo tendrán á mal? Pues mirad, dixo Doña Gracia, esta llave es de la puerta falsa del jardin, y avo de toda la casa, porque dicen que es maestra, y llevadla, y entre esta noche, y por una escalera de caracol que hay en él, subir á la propia sala donde duermo. Acabó la muger de conocer su ignorancia, y así no quiso mas batallar con ella, sino tomando su llave, se fue á ganar las albricias, que fueron una rica cadena; y aquella noche Don Alvaro, que este era su nombre, entró por el jardin, como le habían dicho, y subiendo por la escalera, así como fue á entrar en la quadra vió á Doña Gracia armada, como dicen de punta en blanco, y con su lanza que parecia una Amazona: la luz estaba lexos, y no imaginando lo que podia ser, creyendo que era alguna traición, bolvió las espaldas, y se fue. A la mañana dió cuenta á su tercera del sucesso, y ella fue luego á ver á Doña Gracia, que la recibió, con preguntarla por aquel Cavallero, que debia de estar muy malo, pues no habia venido por donde le dixo. Ay mi señora, (dixo ella) y como que vino, mas dice que halló un hombre armado, que con una lanza se paseaba por la

sala. Ay Dios (dixo Doña Gracia) riendose muy de voluntad, no vé que soy yo, que hago la vida de los casados? Este señor no debe de ser casado, pues pensó que era hombre, digole que no tenga miedo, que como digo soy yo. Tornó con esta respuesta á Don Alvaro la tercera; el qual la siguiente noche fue á ver á su Dama, y como la vió asi la preguntó la causa. Ella respondió riendose: Pues como tengo de andar sino de esta suerte, para hacer la vida de los casados? Qué vida de casados, señora, (respondió Don Alvaro) mirad que estais engañada, que la vida de los casados no es esta. Pues señor, esta es la que me enseñó mi marido, mas si vos sabeis otra mas facil, me holgaré de saberla, que esta que hago es muy cansada. Oyendo el desembuelto mozo esta simpleza, la desnudó él mesmo, y acostandose con ella, gozó lo que el necio marido habia dilatado, por hacer provanza de la inocencia de su muger. Con esta vida pasaron todo el tiempo que estuvo Don Fadrique en la Corte, que como hubiese acabado los negocios, y escribiese que venia, y Don Alvaro hubiese acabado el suyo, se bolvió á Cordova. Llegó Don Fadrique á su casa, y fue recibido de su muger con mucho gusto, porque no tenia sentimiento, como no tenia discrecion. Cenaron juntos, y

como se acostase Don Fadrique, por venir cansado; quando pensó que Doña Gracia se estaba armando, para hacer el cumplimiento de la orden que la dexó la vió salir desnuda, y que se entraba con él en la cama, y admirado de esta novedad, la dixo: Pues cómo no haceis la vida de los casados? Andad. señor, dixo la Dama, que vida de casados, ni que nada, harto mejor me iba á mi con el otro marido, que me acostaba con él, y me regalaba mas que vos. Pues cómo, replicó Don Fadrique, haveis tenido otro marido? Si señor, dixo Doña Gracia, despues que os fuisteis vino otro marido tan gaian, y tan lindo, y me dixo, que él me enseñaria otra vida de casados mejor que la vuestra. Y finalmente le contó quanto le havia pasado con el Cavallero Cordovés, mas que no sabía que se havia hecho, porque asi como vió la carta de que él venia, no le havia visto. Preguntóle el desesperado, y necio Don Fadrique, de donde era, y como se llamaba. Mas á esto respondió Doña Gracia, que no lo sabía, porque ella no le llamaba sino otro marido. Y viendo Don Fadrique esto, y que pensando librarse, habia buscado una ignorante, la qual no solo le habia agraviado, mas que tambien se lo decia, tuvo su opinion por mala, y se acordó de lo que le habia dicho la Duquesa. Y todo el

el tiempo que despues vivió, alababa las discretas que son virtuosas, porque no hay comparacion, ni estimacion para ellas; y si no lo son, hacen sus cosas con recato, y prudencia. Y viendo que ya no habia remedio, disimuló su desdicha, pues por su culpa sucedió: que si en las discretas son malas pruebas, qué pensaba sacar de las necias? Y procurando no dexar de la mano á su muger, porque no tornase á ofenderle, vivió algunos años. Quando murió, por no quedarle hijos, mandó su hacienda á Doña Gracia, si fuese Monja en el Monasterio en que estaba Serafina, á la qual escribió un papel, en que le declaraba, como era su hija. Y escribiendo á su primo Don Juan á Madrid, le embió escrita su historia de la manera que aqui vá. En fin Don Fadrique, sin poder excusarse por mas prevenido que estaba, y sin ser parte las tierras vistas, y los sucesos pasados, vino á caer en lo mismo que temia, siendo una boba quien castigó su opinion. Entró Doña Gracia Monja con su madre; contentas de haberse conocido las dos; porque como era boba, facil halló el consuelo, gastando la gruesa hacienda que le quedó, en labrar un grandioso Convento, donde vivió con mucho gusto, y yo le tengo de haber dado fin á esta maravilla.

A los ultimos accentos estaba

con Don Alonso de su entretenida, y gustosa maravilla, y todos absortos, y elevados en ella, quando los despertó de este sabroso extasis, el són de muchos, y muy acordados instrumentos, que en una sala antes de llegar á esta en que estaban se tocaron. Y bolviendo á ver quien hacia tan dulce armonia, vieron entrar hasta doce mancebos vestidos de vaqueros, y monteras de raso morado, y guarnicion de plata, con hachas blancas encendidas en las manos, danzando diestramente, y despues de haber hecho un concertado paseo, se dividieron en dos ordenes, y uno de ellos, el mas ayroso, y galan, empezó á danzar solo con una hacha en la mano, y despues de dar la buelta por la sala, se fue á la hermosa Lisarda, y con una cortés reverencia, la sacó á danzar. Obedció la Dama, y despues de ponerla en su puesto, bolvió el ayroso mozo á la discreta Matilde, y tras de ella á Nise, y tomando por compañero á Don Juan, como en la danza de la hacha se usa, la danzaron con grandisimo desenfado, y donayre, y dexando la hacha á Lisardo, bueltas las otras dos Damas á sus asientos, prosiguió la Dama, sacando á Don Miguel, Don Lope, y Don Diego, el qual yendo por la sala, suplicó á Lisardo, sacase á su prima: y ella, como á quien no le estaba mal esta voluntad, si llegó



á la camilla donde Lisis estaba, y con una hermosa reverencia, y muy corteses palabras, la suplicó que se sirviese de honrar la fiesta; pues sus quartanas eran tan corteses, que desde el primer día que se empezó, no la havian molestado. Obedeció Lisis, mas por dar gusto á Don Diego, que á su prima, y danzó tan divinamente que á todos dió notable contento, y mas á Don Diego, que mientras duró la danza, y al bolverla á su asiento, le dió á entender su voluntad, y ella á él, quan agradecida estaba, juntamente con licencia para tratar con su madre, y deudos, su casamiento. Finalmente, mientras los criados de Don Diego se aderezaban para el ridiculo entremés, no quedó Cavallero, ni Dama en la sala, que no danzase. Empezóse á representar, y como para dar lugar se mudasen algunos asientos, vinieron á sentarse Don Diego, y Don Juan juntos. Y Don Juan, como agraviado, le dixo á Don Diego: favorecido estás de Lisis, y si bien por haber sido pretensor suyo, me pesa por no verme molestado de sus quejas, lo doy por muy bien empleado: mas bueno fuera haberme dado parte de esto, pues soy mejor para amigo, que para enemigo. Asi es, (replicó Don Diego con enfado) que un Poeta, si es enemigo, es terrible, porque no hay navaja como su pluma; y á

Lisis deseo servir, y como ella es libre, yo con su beneplacito me contento. Lisis es vuestro cuidado, debeis contentaros con ella, y no querer una para estimar, y otra para maltratar. Licencia tengo de Lisis, para pedir-la á su madre para mi esposa, y si de esto os agraviais, aqui estoy para daros la satisfaccion que quisieredes, y como quisieredes. Soy contento, replicó Don Juan, ya no por Lisis, que pues ella quiere ser vuestra, yo no quiero sea mia, acabada es sobre eso la question; sino porque sepais, que si soy Poeta con la pluma, soy Cavallero con la espada. Sea así, (dixo Don Diego) mas no es razon que perturbemos el gusto á estas Damas, atajando la fiesta, tres dias faltan, dexemos que se acaben, y despues trataremos de esto donde fueredes servido. Soy contento, dixo Don Juan: y con esto se bolvieron á ver el entremés, que andaba en los ultimos fines. Bien oyó Lisis lo que habia pasado, y aunque quisiera remediarlo, se sufrió, viendo que Don Juan, y Don Diego dexaban su desafio para despues de la fiesta, y que habia lugar para impedir su intento.

Tenian tan picado el gusto todos aquellos Señores, y Señoras, de las dos sabrosas noches que habian pasado, que apenas llegó la tarde de la tercera, quando ya empezaron á juntarse en casa de

de la hermosísima Lisis, la qual los recibió á todos con su acostumbrada cortesía, y haciendo señal á los Musicos, cantaron este Soneto, cuyo asunto fue el Rey nuestro Señor Don Felipe Quarto.

*(quita)*  
Sol que en la quarta esfera al Sol le  
valor, grandeza, luz, y resplandores;  
perla, que tuvo sér en los amores,  
del Sol Felipe, y nacar Margarita.

*Fenix que en nuestra España resucita  
para darle mas sér, glorias mayores;  
jardin de hermosas purpureas flores,  
pues que tal flor de Lis en ella habita.*

*Jupiter que gobierna el Sacro Coro,  
y en dulce ambrosia, en lux le baña,  
siendo á sus Ninfas musico sonoro.*

*T si la vista á la verdad no engaña,  
tierno Cupido con harpones de oro,  
es Felipe, Sol nuestro, Rey de España.*

## NOVELA QUINTA.

### LA FUERZA DEL AMOR.

**E**N Napoles, insigne, y famosa Ciudad de Italia, por su riqueza, hermosura, y agradable sitio, nobles Ciudadanos, y gallardos edificios, coronados de jardines, y adornados de cristálinas fuentes, hermosas Damas, y gallardos Cavalleros, nació Laura, peregrina, y nuevo milagro de naturaleza, tanto que entre las mas gallardas, y hermosas fue

(noiz

De industria la hermosa Lisis quiso, como ya desengañada de Don Juan, y agradecida á Don Diego, mudar de estilo en sus versos, porque no causase el tratar de amor, ni desamor mas disgusto en los dos competidores, los quales se miraron á lo falso, si bien Lisarda tenia tomada la palabra á Don Juan, de que gustando á Don Diego, serian amigos, pues viendo Nise que le tocaba á ella la quinta maravilla en esta tercera noche, ocupando el asiento, que para este caso estaba prevenido, empezó así:

La fuerza del amor ninguno hay que la ignore, y mas si se apodera de nobles pechos: porque amor es como el Sol, que hace los efectos conforme por do pasa. En mi maravilla se verá claro, la qual es de esta suerte.

## NOVELA QUINTA.

### LA FUERZA DEL AMOR.

tenida por celestial extremo; pues habiendo escogido los curiosos ojos de la Ciudad, entre todas ellas once, y de estas once tres, fue Laura de las once una, y de las tres una. Fue tercera en el nacer, pues gozó del Mundo después de haber nacido en él dos hermanos tan nobles, y virtuosos, como ella hermosa. Murió su Madre del parto de Laura,

H 4

que-

quedando su Padre por gobierno, y amparo de los tres gallardos hijos, que si bien sin Madre, la discrecion del Padre suplió medianamente esta falta. Era Don Antonio (que este es el nombre de su Padre) del linage, y apellido de Garrafa, deudo de los Duques de Nochera, y Señor de Piedra blanca. Criaronse Don Alexandro, Don Carlos, y Laura, con la grandeza, y cuydado que su estado pedia, poniendo su noble Padre en esto el cuydado que requeria su estado, y riqueza; enseñando los hijos en las buenas costumbres, y exercicios que dos Cavalleros, y una tan hermosa Dama merecian, viviendo la bella Laura, con el recato, y honestidad que á muger tan rica, y principal era justo, siendo los ojos de su Padre, y hermanos, y la alabanza de la Ciudad. Quien mas se señalaba en querer á Laura, era Don Carlos, el menor de los hermanos, que la amaba tan tierno, que se olvidaba de sí, por quererla; y no era mucho, que las gracias de Laura, obligaban, no solo á los que tan cercano deudo tenían con ella, mas á los que mas apartados estaban de su vista. No hacia falta su Madre en su recogimiento, demás de ser Padre, y hermanos vigilantes guardas de su hermosura; y quien mas cuydadosamente velaba á esta Señora, eran sus honestos, y recatados pensamientos: si bien

quando llegó á la edad de discrecion, no pudo negar su compañía á las principales Señoras sus deudas, paraque Laura pagase á la desdicha, lo que le debe la hermosura. Es uso, y costumbre en Napoles, ir las doncellas á los saraos, y festines que en los Palacios del Virrey, y casas particulares de Cavalleros se hacen: aunque en algunas tierras de Italia no lo apruevan por acertado, pues en las mas de ellas se les niega el ir á Misa, sin que basten á derogar esta ley que ha puesto en ellas la costumbre, las penas que los Ministros Eclesiasticos, y Seglares les ponen. Salió en fin, Laura, á ver, y ser vista, tan acompañada de hermosura, como de honestidad, aunque á acordarse de Diana, no se fiára de su recato. Fueron sus bellos ojos basiliscos de las almas, su gallardia monstruo de las vidas, y su riqueza, y nobles partes, cebo de los deseos de mil gallardos, y nobles mancebos de la Ciudad, pretendiendo por medio de casamiento, gozar de tanta hermosura. Entre los que pretendian servir á Laura, se aventajó Don Diego de Piñatelo, de la noble casa de los Duques de Monteleon, Cavallero rico, y galan. Vió en fin á Laura, y rindióle el alma con tal fuerza, que casi no la acompañaba, sino solo por no desamparar la vida; (tal es la hermosura mirada en ocasion)



sion) tuvo Don Diego en un festin que se hacia en casa de un Principe de los de aquella Ciudad, no solo para verla, sino para amarla, y despues de amarla, darla á entender su amor tan grande en aquel punto, como si hubiera mil años que la amaba. Usase en Napoles llevar á los festines un Maestro de ceremonias, el qual saca á danzar á las Damas, y las dá al Cavallero que le parece. Valióse Don Diego en esta ocasion de el que en el festin asistia; (quién duda que sería á costa de dinero) pues apenas calentó con ellos las manos al Maestro, quando vió en las suyas las de la bella Laura, el tiempo que duró el danzar una gallarda; mas no le sirvió de mas, que arderse con aquella nieve; pues apenas se atrevió á decir: Señora, yo os adoro, quando la hermosa Dama, fingiendo justo impedimento, le dexó, y se bolvió á su asiento, dando que sospechar á los que miraban, y que sentir á Don Diego; el qual quedó tan triste, como desesperado, pues en lo que quedaba del dia, no mereció que Laura le favoreciese, siquiera con los ojos. Llegó la noche, que Don Diego pasó reholviendo mil pensamientos, ya animando con la esperanza, ya desesperando con el temor, mientras la hermosa Laura, tan agena de sí, quanto propia de su cuydado, llevando en

la vista la gallarda gentileza de Don Diego, y en la memoria, el yo os adoro, que le habia oído; ya se determinaba á querer, y ya pidiendose estrecha cuenta de su libertad, y perdida opinion, como si en solo amar se hiciese yerro; arrepentida se reprehendia á sí misma, pareciendole, que ponía en condicion, si amaba, la obligacion de su estado, y si aborrecia, se obligaba al mismo peligro. Con estos pensamientos, y cuydados, empezó á negarse á sí misma el gusto, y á la gente de su casa la conversacion, deseando ocasiones para ver la causa de su descuydo; y dexando pasar los dias (al parecer de Don Diego) con tanto descuydo, que no se ocupaba en otra cosa, sino en dar quejas contra el desden de la enamorada Señora, la qual no le daba, aunque lo estaba, mas favores que los de su vista, y esto tan al descuydo, y con tanto desden, que no tenia lugar, ni aun para poderle decir su pena, porque aunque la suya la pudiera obligar á dexarse pretender, el cuydado con que la encubria era tan grande, que á sus mas queridas criadas guardaba el secreto de su amor. Sucedió, que una noche de las muchas que á Don Diego le amanezia á las puertas de Laura, viendo que no le daban lugar para decir su pasion, traxo á la calle un criado, que con un instru-

men-

mento, fuese tercero de ella, por ser su dulce, y agradable voz de las buenas de la Ciudad, procurando declarar en un Romance su amor, y los zelos que le daba un Cavallero muy querido de los hermanos de Laura, y que por este respecto entraba á menudo en su casa. En fin el Musico despues de haver templado, cantó el Romance siguiente:

*Si el dueño que elegiste,  
altivo pensamiento,  
reconoce obligado,  
otro dichoso dueño.*

*Por qué te andas perdido  
sus pisadas siguiendo,  
sus acciones notando,  
su vista pretendiendo?*

*De qué sirve que pidas,  
ni su favor al Cielo,  
ni al amor imposibles,  
ni al tiempo sus efectos?*

*Por qué á los zelos llamas  
si sabes que los zelos,  
en favor de lo amado,  
imposibles han hecho?*

*Si á tu dueño deseas  
ver ausente, eres necio,  
que por matar, matarte,  
no es pensamiento cuerdo,*

*Si á la discordia pides,  
que haga lance en su pecho,  
bien ves que á los disgustos,  
los gustos bienen ciertos.*

*Si dices á los ojos  
digan su sentimiento,  
ya ves que alcanzan poco,  
aunque mas miren tiernos.*

*Si quien pudiera darte*

*en tus males remedio,  
que es amigo piadoso  
siempre agradecimiento.*

*También preso le miras  
en ese, Angel sobervio,  
como podia ayudarte  
en tu amoroso intento?*

*Pues si de sus cuydados,  
que tuvieras por premio,  
si tu dueño dixera;  
de tí lastima tengo.*

*Mira tu dueño, y miras  
sin amor á tu dueño,  
y aun este desengaño,  
no te muda el intento?*

*A Tántalo pareces,  
que el cristal lisongero,  
casi en los labios mira,  
y nunca llega á ellos.*

*Ay Dios, si mereciera,  
por tanto sentimiento,  
algun fingido engaño,  
por tu muerte temo!*

*Fueran de Purgatorio  
tus penas, pero veo  
que son sin esperanza  
las penas del Infierno.*

*Mas si eleccion hiciste,  
morir es buen remedio,  
que bolver las espaldas  
será cobarde hecho.*

Escuchando estaba Laura la musica, desde el principio de ella, por una menuda celosia, y determinó á bolver por su opinion, viendo que la perdía, en que Don Diego por sospechas, como en sus versos mostraba, se la quitaba; y asi lo que el amor

no

no pudo hacer, hizo este temor de perder su credito, y aunque batallando su verguenza con su amor, se resolvió á bolver por sí, como lo hizo, pues abriendo la ventana, le dixo: Milagro fuera, Señor Don Diego, que siendo amante, no fuerais zeloso, pues jamás se halló amor sin zelos, mas son los que teneis tan falsos, que me han obligado á lo que jamás pensé, porque siento mucho ver mi fama en lenguas de la poesia, y en las cuerdas de ese laud, y lo que peor es en boca de ese Musico, que siendo criado, será fuerza ser enemigo: yo no os olvido por nadie, que si alguno en el mundo ha merecido mis cuydados, sois vos, y sereis el que me habeis de merecer, si por ellos aventuraste la vida. Disculpe vuestro amor mi desemboltura, y el verme ultrajar mi atrevimiento, y tenedle desde oy para llamaros mio, que yo me tengo por dichosa en ser vuestra. Y creedme, que no dixera esto, si la noche con su obscuro manto, no me escusára la verguenza, y colores que tengo en decir estas verdades. Pidiendo licencia á su turbacion, el mas alegre de la tierra, quiso responder, y agradecer á Laura el enamorado Don Diego, quando sintió abrir las puertas de la propia casa, y saltarle tan brevemente dos espadas, que á no estar prevenido, y sacar tambien el cria-

do la suya, pudiera ser que no le dieran lugar para llevar sus deseos amorosos adelante. Laura que vió el sucesso, y conoció á sus dos hermanos, temerosa de ser sentida, cerró la ventana, y se retiró á su aposento acostandose, mas por disimular, que por desear de reposo. Fue, pues, el caso, que como Don Alexandro, y Don Carlos oyesen la musica, se levantaron á toda priesa, y salieron como he dicho, con las espadas desnudas en las manos; las quales fueron, si no mas valientes que las de Don Diego, y su criado, á lo menos mas dichosas, pues siendo herido de la pendencia, hubo de retirarse, queixandose de su desdicha, aunque mas justo fuera llamarla ventura, pues fue fuerza, que supiesen sus padres la causa, y viendo lo que su hija grangeaba con tan noble casamiento, sabiendo que era este su deseo, pusieron terceros que lo traxesen con el Padre de Laura. Y quando pensó la hermosa Laura que las enemistades serian causa de eternas discordias, se halló esposa de Don Diego. Quien verá este dichoso sucesso, y consideráre el amor de Don Diego, sus lagrimas, sus queexas, y los ardientes deseos de su corazon, que no tenga á Laura por muy dichosa? Quien duda que dirán los que tienen en esperanzas sus pensamientos; ó quien fuera tan venturoso que mis cosas tuvierán

tan



tan dichoso fin como el de esta noble Dama, y mas las mugeres que no miran en mas inconvenientes que su gusto? Y de la misma suerte, quien verá á Don Diego gozar en Laura un asombro de hermosura, un extremo de riqueza, un colmo de entendimiento, y un milagro de amor, que no diga, que no crió otro mas dichoso el Cielo? Pues por lo menos estando las puertas iguales, no es facil de creer que este amor habia de ser eterno; y lo fuera, si Laura no fuera como hermosa desdichada, y Don Diego como hombre mudable; pues á él no le sirvió el amor contra el olvido, ni la nobleza contra el apetito, ni á ella le valió la riqueza contra la desgracia, la hermosura contra el remedio, la discrecion contra el desden, ni el amor contra la ingratitud, bienes que en esta edad cuestan mucho, y se estiman en poco. Fue el caso, que Don Diego antes que amase á Laura habia empleado sus cuidados en Nise, gallarda Dama de Napoles, sino de lo mejor de ella, por lo menos no era de lo peor, ni sus partes tan faltas de bienes de naturaleza, y fortuna, que no la diese muy levantados pensamientos, mas de lo que su calidad merecia; pues los tuvo de ser muger de Don Diego; y á ese titulo habia dado todos los favores que pudo, y él quiso; pues como los primeros

dias, y aun meses de casada, se descuydase de Nise, que todo cansa á los hombres, procuró con las veras posibles saber la causa, y dióse en eso tal modo en sáberla, que no faltó quien se lo dixo todo; demás, que como la boda habia sido publica, y Don Diego no pensaba ser su marido, no se recató de nada. Sintió Nise con grandísimo extremo ver casado á Don Diego, mas al fin era muger, y con amor que siempre olvida agravios, aunque sea á costa de opinion. Procuró gozar de Don Diego, ya que no como marido, á lo menos como amante pareciendole no poder vivir sin él, y para conseguir su proposito, solicitó con palabras, y obligó con lagrimas, á que Don Diego volviese á su casa, que fue la perdicion de Laura; porque Nise supo con tantos regalos enamorarle de nuevo, que ya empezó Laura á ser enfadosa como propia, cansada como zelosa, y olvidada como aborrecida, porque Don Diego amante, Don Diego solícito, Don Diego porfiado, y finalmente Don Diego que decia á los principios ser el mas dichoso del Mundo, no solo negó todo esto, mas se negó á sí mismo lo que se debia: pues los hombres que desprecian tan á las claras, están dando alas al agravio; y llegando un hombre á esto, cerca está de perder el honor. Empezó á ser ingrato, faltando á

la

la cama, y mesa; libre en no sentir los pesares que daba á su esposa, desdeñose en no estimar sus favores, y su desprecio en decir libertades, pues es mas cordura negar lo que se hace, que decir lo que no se piensa. Pues como Laura conocia tantas novedades en su esposo, empezó con lagrimas á mostrar sus pesares, y con palabras á sentir sus desprecios, y en dandose una muger por sentida de los desconciertos de su marido, dése por perdida; pues como era fuerza decir su sentimiento, daba causa á Don Diego para no solo tratar mal de palabras, mas á poner las manos en ella. Solo por cumplimiento iba á su casa la vez que iba, tanto la aborrecia, y desestimaba, pues le era el verla mas penosa que la muerte. Quiso Laura saber la causa de estas cosas, y no faltó quien le dió larga cuenta de ellas. Lo que remedió Laura fue el sentir las mas, viendolas sin remedio, pues no le hay si el amor se trueca; lo que ganó en darse por entendida de las libertades de Don Diego, fue darle ocasion para perder mas la verguenza, é irse mas desenfrenadamente tras sus deseos, que no tiene mas recato el vicioso, que hasta que es su vicio publico. Vió Laura á Nise en una Iglesia, y con lagrimas le pidió desistiese de su pretension, pues con ella no aventuraba mas que perder la honra, y

ser causa de que ella pasase mala vida. Nise rematada de todo punto, como muger que ya no estimaba su fama, ni temia caer en mas baxeza que en la que estaba, respondió á Laura tan desabridamente, que con lo mismo que pensó la pobre Dama remediar su mal, y obligarla, con eso le dexó mas sin remedio, y mas resuelta á seguir su amor con mas publicidad. Perdió de todo punto el respeto á Dios, y al Mundo; si hasta alli con recato embiaba á Don Diego papeles, regalos, y otras cosas; ya sin él ella, y sus criadas le buscaban, siendo estas libertades, para Laura nuevos tormentos, y firmisimas pasiones, pues ya via en su desventura menos remedio que primero: pasaba sin esperanzas la mas desconsolada vida que decir se puede. Tenia zelos; qué milagro! Como si dixesemos rabiosa enfermedad. Notaban su Padre, y hermanos su tristeza, y deslucimiento, y viendo la pérdida hermosura de Laura, vinieron á rastrear lo que pasaba, y malos pasos en que andaba Don Diego, y tuvieron sobre el caso muchas rencillas, y disgustos, hasta llegar á pesadumbres declaradas. De esta suerte andaba Laura algunos dias, siendo mientras mas pasaban, mas las libertades de su marido, y menos su paciencia. Como no siempre se pueden llorar desdichas, quiso una noche, que  
la

la tenia desvelada sus cuydados,  
y la tardanza de Don Diego, can-  
tando divertirlas, y no dudando  
que estaria Don Diego en los bra-  
zos de Nise, tomó una harpa,  
en que las Señoras Italianas son  
muy diestras, y unas veces llo-  
rando, y otras cantando, disimu-  
lando el nombre de Don Diego  
con el de Albano, cantó así:

Porque tirano Albano,  
si á Nise reverenciat,  
y á su hermosura ofretes  
de tu amor las finezas.

Porque de sus ojos  
está tu alma presa,  
y á los suyos su cara  
es imagen bella.

Porque si en sus cabellos  
la voluntad enredas,  
y ella á tí agradecida,  
con tu voluntad te premia.

Porque si de su boca  
caxa de hermosas perlas,  
gustos de amor escuchas,  
con que tu gusto aumentas.

A mi que por quererte,  
padezco immensas penas,  
con deslealtad, y engaños  
me pagas mis finezas?

Y ya que me fingiste  
amorosas ternezas,  
dexárasme vivir  
en mi engaño siquiera.

No ves que no es razon  
acertada, ni cuerda,  
despertar á quien duerme,  
y mas quando pena.

Ay de mi desdichada!  
qué remedio me queda,

para que el alma mia  
á este su cuerpo vuelva?

Dame el alma, tyrano,  
mas ay no la vuelvas,  
que mas vale que el cuerpo  
por esta causa muera.

Mal haya, amen, mil veces,  
Celio tyrano, aquella  
que en prisiones de amor,  
prender su alma dexa.

Lloremos ojos míos  
tantas lagrimas tiernas,  
que del profundo mar  
se cubran las arenas.

Y al són de aquestos zelos,  
instrumento de quejas,  
cantarémos llorando,  
lastimosas endechas.

Oíd atentamente,  
nevadas, y altas peñas,  
y vuestros ecos claros  
me sirven de respuesta.

Escuchad bellas aves,  
y con arpadas lenguas,  
ayudareis mis zelos  
con dulces cantinelas.

Mi Albano adora á Nise,  
y á mi penar me dexa;  
estas si son pasiones,  
y aquestas si son penas.

Su hermosura divina  
amoroso celebra,  
y por Cielos adora  
papeles de su letra.

Que dirás, Adriana,  
que lloras, y lamentas,  
de tu amante desvios,  
sinrazones, y ausencias.

Y tu afligido Fenicio,  
aunque tus carnes veas



con tal rigor comidas  
por el Aguila fiera.

*Y si atado el causaso  
padeces no lo sientas,  
que mayor es mi daño,  
mas fuertes mis sospechas.*

*Desdichado Exion,  
no sientas de la rueda  
el penoso ruido,  
porque mis penas sientas.*

*Tantádo, que á las aguas,  
sin que gustar las puedas,  
llegas, y no alcanzas,  
pues huyen si te acercas.*

*Vuestras penas son pocas,  
aunque mas se encarezcan;  
pues no hay dolor que valga,  
sino que zelos sean.*

*Ingrato plegue al Cielo,  
que con zelos te veas  
rabiando como rabio,  
y que qual yo padezcas.*

*Y esta enemiga mia  
tantos te dé, que seas,  
un Medas de caydadas,  
como el de las riquezas.*

A quién no enterneciera Lau-  
ra con quejas tan dulces, y bien  
sentidas, sino á Don Diego, que  
se preciaba de ingrato? El qual  
entrando al tiempo que ella lle-  
gaba con sus endechas á este pun-  
to, y las oyese, y entendiese el  
motivo de ellas, desobligado con  
lo que pudiera obligarse, y eno-  
jado de lo que fuera justo agra-  
decer, y estimar, empezó á mal-  
tratar á Laura de palabras, di-  
ciendolas tales, y tan pesadas;

que la obligó á que vertiendo  
cristalinas corrientes por su divi-  
no rostro le dixese: Qué es esto  
ingrato? Cómo das tan largas  
alas á la libertad de tu mala vi-  
da, que sin temor del Cielo, ni  
respeto te enfadas de lo que fue-  
ra justo alabar? Correte de que  
el Mundo entienda, y la Ciudad  
murmure tus vicios tan sin rien-  
da, que parece que estás desper-  
tando con ellos tu afrenta, y mis  
deseos. Si te pesa de que me que-  
xe de tí, quitame la causa que  
tengo para hacerlo, ó acaba con  
mi cansada vida, ofendida de tus  
maldades. Asi tratas mi amor?  
Asi estimas mis cuydados? Asi  
agradeces mis sufrimientos? Ha-  
ces bien, pues no tomo á la causa  
de estas cosas, y la hago entre mis  
manos pedazos. Qué espera un  
marido que hace lo que tú, sino  
que su muger olvidando la obli-  
gacion de su honor, se le quite,  
no porque yo lo he de hacer, aun-  
que mas ocasiones me des, que el  
ser quien soy, y el grande amor,  
que por mi dicha te tengo, no  
me darán lugar, mas temo que  
has de darlo á los viciosos como  
tú, para que pretendán lo que tú  
desprecias; y á los maldicientes,  
y murmuradores, para que los  
imaginen, y digan: pues quién  
verá una muger como yo, y un  
hombre como tu, que no tengan  
tanto atrevimiento como tu des-  
cuydo? Palabras eran estas para  
que Don Diego, abriendo los  
ojos

ojos del alma, y del cuerpo, viese la razon de Laura; pero como tenia tan llena el alma de Nise, como desierta de su obligacion, acercandose mas á ella, y encendido en una tan infernal colera, que la empezó á arrastrar por los cabellos, y maltratarla de manos; tanto, que las perlas de sus dientes, presto tomaron forma de corales bañados en la sangre que empezó á sacar en las crueles manos; y no contento con esto, sacó la daga, para salir con ella del yugo tan pesado como el suyo, á cuya accion las criadas que estaban procurando apartarle de su señora, alzaron las voces, dando gritos, llamando á su Padre, y á sus hermanos, que desatinados, y colericos, subieron al quarto de Laura, y viendo el desatino de Don Diego, y á la Dama bañada en sangre, creyendo Don Carlos que la habia herido, arremetió á Don Diego, y quitandole la daga de la mano, se la iba á meter por el corazon, si el arriesgado mozo viendo su manifiesto peligro no se abrazára con Don Carlos, y Laura haciendo lo mismo le pidiera que se reportase diciendo: Ay hermano! Mira que en esa vida está la de tu triste hermano. Reportóse Don Carlos, y metiendose su Padre por medio apaciguó la pendencia, y bolviendose á sus aposentas, temiendo Don Antonio, que si cada dia habia de haber aquellas

ocasiones, sería perderse, se determinó no vér por sus ojos tratar mal una hija tan querida; y así otro dia tomando su casa, hijos, y hacienda, se fue á Piedrablanca, dexando á Laura en su desdichada vida tan triste, y tierna de verlos ir, que le faltó poco para perderla. Causa para que oyendo decir, que en aquella tierra habia mugeres que obligaban con fuerza de hechizos á que hubiese amor, viendo cada dia el de su marido en menoscabo, pensando remediarse por este camino, encargó que la traxesen una: no fue muy perezoso el tercero, á quien la hermosa, y afligida Laura encargó que le traxese la embustera, y le traxo una, á quien la discreta, y cuydadosa Laura despues de obligada con dadas (sed de semejantes mugeres) enterneció con lagrimas, y animó con promesas, contandole sus desdichas, y en tales razones le pidió lo que deseaba: Amiga, si tu haces que mi marido aborrezca á Nise, y vuelva á tenerme el amor que al principio de mi casamiento me tuvo, quando él era mas leal, y yo era mas dichosa, tu verás en mi agradecimiento, y liberal satisfaccion de la manera que estimo tal bien, pues pensaré que quedo corta con darte la mitad de toda mi hacienda. Y quando esto no baste, mide tu gusto con mi necesidad, y señalate tu misma la paga.

ga de este beneficio, que si lo que yo poseo es poco, me venderé para satisfacerte. La muger asegurando á Laura de su saber, contando milagros en sucesos agenos, facilitó tanto su petición, que ya Laura se tenia por segura: á la qual la muger dixo, que habia menester (para ciertas cosas que habia de aderezar, para traher consigo en una bolsilla) barbas, cabellos, y dientes de un ahorcado; las quales reliquias, con las demás cosas harian que Don Diego mudase la condicion, de suerte que se espantaria: y que la paga no quería que fuese de mas valor, que conforme á lo que le sucediese. Y creed Señora, (decia la falsa enredadora) que no bastan hermosuras, ni riquezas á hacer dichosas: sin ayudarse de cosas semejantes á estas, que si supieses las mugeres que tienen paz con sus maridos, por mi causa, desde luego te tendrías por dichosa, y asegurarias tus temores. Confusa estaba la hermosa Laura, viendo que le pedia una cosa tan difícil para ella, pues no sabía el modo como viniese á sus manos; y asi dandole cien escudos en oro, le dixo, que el dinero todo lo alcanzaba, que los diese á quien la traxese aquellas cosas. A lo qual replicó la taymada hechicera (que con esto queria entretener la cura, para sangrar la bolsa de la afligida Dama, y en-

cubrir su enredo) que ella no tenia de quien fiarse; demás que estaba la virtud que ella lo buscasse, y se lo diese, y con esto, dexando á Laura en la tristeza, y confusion que se puede pensar, se fue pensando estaba Laura en como podia buscar lo que la muger pedia, y hallando por todas partes muchas dificultades, el remedio que halló fue hacer dos rios caudalosos sus hermosos ojos, no hallando de quien poderse fiar, porque le parecia que era afrenta que una muger como ella, anduviese en tan civiles cosas. Con estos pensamientos no hacia sino llorar; y hablando consigo misma, decia, asidas sus blancas manos una con otra: Desdichada de ti Laura, y como fueras mas venturosa, si como le costó tu nacimiento la vida á tu madre, fuera tambien la tuya sacrificio de la muerte. O amor enemigo de las gentes! Y que de males han venido por tí al Mundo y mas á las mugeres, que como en todo somos las mas perdidosas, y las mas faciles de engañar, parece que solo contra ellas tienen el poder, ó por mejor decir el enojo. No sé paraque el Cielo me crió hermosa, noble, y rica, si todo habia de tener tan poco valor contra la desdicha, sin que tantos dotes de naturaleza, y fortuna me quitasen la mala estrella en que nací. O ya que lo soy, para qué me guarda la



vida? Pues teneria un desdichado, mas es agravio que ventura? A quien contaré mis penas que me las remedie? Quien oirá mis quejas, que se enterezca? Y quien verá mis lagrimas, que me las enjague? Nadie por cierto, pues mi Padre, y hermanos por no oírlas, me han desamparado, y hasta el Cielo, consuelo de los afligidos, se hace sordo por no darímele. Ay Don Diego! Y quien pensára, mas si debiera pensar, si mirára que eres hombre, cuyos engaños quitan el poder á los mismos demonios; y hacen ellos lo que los ministros de maldades dexan de hacer. Donde se hallára un hombre verdadero? En qual dura la voluntad un dia? Y mas si se ven queridos. Mal haya la muger que en ellos cree, pues al cabo hallará el pago de su amor, como yo le hallo. Quien es la necia que desea casarse, viendo tantos, y tan lastimosos exemplos? Como es mi animo tan poco, mi valor tan afeminado, y mi cobardia tanta, que no quito la vida, no solo á la enemiga de mi sosiego, sino al ingrato que me trata con tanto rigor? Mas ay que tengo amor! Y en lo uno temo perderle, y lo otro enojarle: por qué vanos legisladores del mundo atais vuestras manos para las venganzas, imposibilitando nuestras fuerzas con vuestras falsas opiniones, pues nos negais letras, y ar-

mas? El alma no es la misma que la de los hombres? Pues si ella es la que dá valor al cuerpo, quien obliga á los nuestros á tanta cobardia? Yo aseguro, que si entendierais que tambien habia en nosotras valor, y fortaleza, no os burlaríais como os burlais; y así por tenernos sujetas desde que nacemos, vais enflaqueciendo nuestras fuerzas con los temores de la honra, y el entendimiento con el recato de la verguenza; dandonos por espadas rucas, y por libros almohadillas. Mas triste de mí! De qué sirven estos pensamientos, pues ya no sirven para remediar cosas tan sin remedio? Lo que ahora importa es pensar como daré á esta muger lo que pide. Diciendo esto, se ponía á pensar que haria, y luego bolvía de nuevo á sus quejas; quien oyera las que está dando Laura, dirá que la fuerza del amor está en su punto, mas aun faltaba otro extremo mayor, y fue que viendo cerrar la noche, y viendo ser la mas escura, y tenebrosa que en todo aquel Invierno habia hecho, (respondiendo á su pretension su opinion) sin mirar á lo que se ponía, y lo que aventuraba si Don Diego venia, y la hallaba fuera, diciendo á sus criadas, que si venia, le dixesen que estaba en casa de alguna de las muchas Señoras que habia en Napoles, poniendose un manto de una de ellas,

ellas, con una pequeña linternilla se puso en la calle, y fue á buscar lo que ella pensaba habia de ser su remedio. Ay en Napoles como una milla apartada de la Ciudad, camino de nuestra Señora del Arca, Imagen muy devota de aquel Reyno, y el mismo por donde se vá á Piedrablanca, como un tiro de piedra del camino real á un lado de él, un humilladero de cinquenta pies de largo, y otros tantos en ancho: la puerta del qual está ácia el camino, enfrente de ella un Altar con una Imagen pintada en la misma pared. Tiene el humilladero estado y medio de alto, el suelo es una fosa de mas de quatro en hondura, que coge toda la dicha Capilla, y solo queda al rededor un poyo de media vara de ancho: por el qual se anda todo el humilladero. A estado de hombre, y menos hay puestos por las paredes unos garfios de hierro, en los quales cuelgan á los que ahorcan en la plaza; y como los tales se van deshaciendo, caen los huesos en aquel hoyo, que como está sagrado, les sirve de sepultura. Pues á esta parte tan espantosa, guió sus pasos Laura, donde á la sazón habia seis hombres, que por saltadores habian ajusticiado pocos dias habia: la qual llegando á él con animo increíble (que se lo daba amor) tan olvidada del peligro, quanto acordada de sus

fortunas, pues no temia quando no la gente con quien iba á negociar el caer dentro de aquella profundidad, donde si tal fuera, jamás se supiera de ella.

Ya he contado como su padre, y hermanos de Laura, por no verla maltratar, y ponerse en ocasiones de perderse con su cuñado, se habia retirado á Piedrablanca, donde vivian (sino olvidados de ella, á lo menos desviados de verla) estando Don Carlos acostado en su cama, al tiempo que llegó Laura al humilladero, despertó con riguroso, y cruel sobresalto, dando tales voces, que parecia se le acababa la vida. Alborotóse la casa, vino su Padre, y acudieron sus criados, todos confusos, y turbados, solemnizando su dolor con lagrimas, le preguntaban la causa de su mal; la qual estaba escondida, aun á el mismo que padecia. El qual buelto mas en sí levantándose de la cama, y diciendo: en algun peligro está mi hermana, se comenzó á vestir á toda diligencia, dando orden á un criado, para que luego al punto le ensillase un cavallo, el qual apercebido, saltó en él, y sin querer aguardar que le acompañase algun criado á todo correr de él, partió la via de Napoles, con tanta priesa, que á la una se halló enfrente del humilladero, donde paró el cavallo de la misma suerte que si fuera de piedra.

Procuraba Don Carlos pasar adelante, mas era porfiar en la misma porfia; porque atrás, ni adelante era posible bolver, antes como arrimandole la espuela queria que caminase, el cavallo daba unos bufidos que espantaba. Viendo Don Carlos tal cosa, y acordandose del humilladero, bolvió á mirarle, y como vió luz que salía de la linterna que su hermana tenia, pensó que alguna hechicería le detenía, y deseando saberlo de cierto, probó si el cavallo queria caminar ácia allá; y apenas hizo la accion quando el cavallo, sin premio ninguno, hizo la voluntad de su dueño; y llegando á la puerta con su espada en la mano, dixo: Quien quiera que sea quien está ahí dentro, salga luego fuera, que si no lo hace, por vida del Rey, que no me he de ir de aquí, hasta que con la luz del dia vea quien es, y que hace en tal lugar. Laura, que en la voz conoció á su hermano, pensando que se iria, y mudando quanto pudo la suya, le respondió: Yo soy una pobre muger, que por cierto caso estoy en este lugar; pues no os importa el saber quien soy, por amor de Dios que os vais: y creed que si porfias en aguardar, me arrojaré luego al punto en esa sepultura, aunque piense perder la vida, y el alma. No disimuló Laura tanto la habla, que su hermano, que no la

tenia tan olvidada, como ella pensó, dando una gran voz, acompañada con un suspiro, dixo: Ay hermana, grande mal hay, pues tu estás aquí, sal fuera, que no en vano me decia mi corazon este suceso. Pues viendo Laura que ya su hermano la habia conocido, con el mayor tien-to que pudo, por no caer en la fosa, salió arrimandose á las paredes, y tal vez á los mismos ahorcados, y llegando donde su hermano lleno de mil pesares la aguardaba, no sin lagrimas se arrojó en sus brazos, y apartandose á una parte, supo de Laura, en breves razones, la ocasion que habia tenido por venir allá, y ella de él, la que le habia trahido á tal tiempo; y el remedio que Don Carlos tomó fue ponerla sobre su cavallo, y subiendo, asimismo el dar la buelta á Piedrablanca, teniendo por milagrosa su venida, y lo mismo sintió Laura, mirandose arrepentida de lo que habia hecho. Cerca de la mañana, llegaron á Piedrablanca, donde sabido de su Padre el suceso, haciendo poner un coche, metiendose en él con sus hijos, é hija, se vino á Napoles, y derecho al Palacio del Virrey, á cuyos pies arrodillado, le dixo: que para contar un caso portentoso que habia sucedido, le suplicaba mandase venir allí á Don Diego Piñatelo, su yerno, porque importaba á su authoridad, y sosiego.



go. Su Excelencia lo hizo así: y como llegase Don Diego á la sala del Virrey, y hallase en ella á su suegro, cuñados, y muger, quedó absorto, y mas quando Laura, en su presencia contó al Virrey lo que en este caso queda escrito, acabando la plática con decir, que ella estaba desengañada de lo que era el mundo, y los hombres; y que así no queria mas batallar con ellos, porque quando pensaba lo que habia hecho, y donde se habia visto, no acababa de admirarse; y que supuesto esto, ella se queria entrar en un Monasterio, sagrado poderoso para valerse de las miserias á que las mugeres estan sujetas. Oyendo Don Diego esto, y negandole al alma el ser causa de tanto mal; en fin como hombre bien entendido, estimando en aquel punto á Laura mas que nunca; y temiendo que executase su determinacion, no esperando él por sí alcanzar de ella cosa ninguna, segun estaba agraviada, tomó por medio al Virrey, y suplicandole pidiese á

Laura, que volviese con él, prometiendo la enmienda de allí adelante: hizolo el Virrey, mas Laura temerosa de lo pasado, no fue posible que lo aceptase, antes mas firme en su proposito, dixo: que era cansarse en vano, que élla queria hacer por Dios; que era amante mas agradecido, lo que por un ingrato habia hecho; con que este mismo dia se entró en la Concepcion, Convento noble, rico, y santo. Don Diego desesperado se fue á su casa, y tomando las joyas, y dineros que halló, se partió sin despedirse de nadie de la Ciudad, donde á pocos meses se supo que en la guerra que la Magestad de Felipe Tercero tenia con el Duque de Saboya, habia acabado la vida.

Con grandes admiraciones oyeron todos la discreta maravilla, que la hermosa Nise habia referido, y habiendose sosegado el aplauso, y cantando los Musicos, comenzó la hermosa Lisis su maravilla en esta forma.

## NOVELA SEXTA.

### EL DESENGAÑO AMADO, Y PREMIO DE LA VIRTUD.

**E**N la Imperial Ciudad de Toledo, Silla de Reyes, y Corona de sus Reynos, como lo publica su hermosa fundacion, agra-

dable sitio, nobles Cavalleros, y hermosas Damas, hubo no ha muchos años un Cavallero, cuyo nombre será Don Fernando, Na-

ció de padres nobles , y medianamente ricos , y él por sí tan galan , alentado , y valiente , que si no desluciera estas gracias de naturaleza , con ser mucho mas inclinado á travesuras , y vicios , que á virtudes , pudiera ser adorno , alabanza , y grandeza de su patria. Desde su tierna niñez procuraron sus padres criarle , é instruirle con las costumbres que requieren los ilustres nacimientos , para que lleven adelante la nobleza que heredaron de sus pasados , mas estos virtuosos estilos eran tan pesados para Don Fernando , como quien en todo seguía su traviesa inclinacion , sin vencerle en nada , y mas que al mejor tiempo le faltó su padre ; con que Don Fernando tuvo lugar de dar mas rienda á sus vicios. Gastó en esto alguna parte de su patrimonio , falta que se veía mucho , como no era de los mas abundantes de su tierra. En medio de estos vicios , y distraimiento de nuestro Cavallero , le sujetó amor á la hermosura , donayre , y discrecion de una Dama que vivía en Toledo medianamente rica , y sin comparacion hermosa , cuyo nombre será Doña Juana : sus padres habiendo pasado de esta á mejor vida , la habian dexado encomendada á solo su valor , que en Toledo no tenía deudos , por ser forasteros. Era Doña Juana de veinte años , edad peligrosa para la perdicion

de una muger por estar entonces la vella vanidad , y locura , aconsejadas con la voluntad , causa , para que no escuchando á la razon , ni al entendimiento , se dexen cautivar de deseos livianos. Dexabase Doña Juana servir , y galantear de algunos Cavalleros mozos ; pareciendole tener por esta parte mas seguro su casamiento. De esta Dama se aficionó Don Fernando con grandes veras ; solicitóle la voluntad con papeles , musicas , y presentes , balas que asestan luego los hombres , para rendir las flacas fuerzas de las mugeres. Miraba bien Doña Juana á Don Fernando , y no le pesaba en verse querida de un Cavallero tan galan , y tan noble , pareciendole , que si le pudiese obligar á ser su marido , sería felicisimamente venturosa , puesto que no ignoraba sus travesuras , y decía como dicen algunas ( dicen mal ) que eran cosas de mozos , porque el que no tiene asiento á los principios poco queda que aguardar á los fines. Era Don Fernando astuto , y conocía que no se había de rendir Doña Juana , menos que casandose , y así daba muestras de desearlo , diciendo á quien le parecía que se lo diría , en particular á las criadas , las veces que hallaba ocasion de hablarlas. La Dama era asimismo cuerda , y para amartelarle mas se hacía de temer , obligandole con desdenes

á enamorarse mas, pareciendole que no hay tal cebo para la voluntad como las asperezas, las quales sentia Don Fernando sobre manera, ó porque si al principio empezó de burlas, ya la queria de veras, ó por haber puesto ya la mira en rendirla, y le debia de parecer que perdía de su punto, si no vencía su desden; y mas conociendo de su talle ser poderoso para rendir qualquiera belleza; pues una noche del Verano, con otros amigos le traxo amor, como otras á su calle, les pidió que cantasen, y obedeciendo los Musicos cantaron.

*De dos premios que ha querido dar amor á un desdichado, mayor que ser olvidado es el ser aborrecido:*

*que el que olvida, aquel olvido en amor puede bolver, mas quien llega á aborrecer, quando se venga á acordar, será para maltratar, que no para bien querer.*

*El olvido es privacion de la memoria importuna, consiste en mala fortuna; pero no es mala intencion: mas quien ciego de pasion, contra la ley natural, aborrece en caso igual, mas que olvido es el desden, pues sobre no querer bien, está deseando mal.*

*Y si en fin aborrecer es agraviar, bien se infiere, que el que ingrato aborreciere,*

*está cerca de ofender: y si hay quien quiera querer ser antes aborrecido, tome por suyo el partido; que si me han de maltratar, por no verme despreciar quiero anegarme el olvido.*

No cantó Don Fernando con tan poco acierto estas decimas, si bien dichas sin proposito, pues hasta entonces no podia juzgar de la voluntad de su Dama, si se inclinaba á quererle, si á aborrecerle, que no hallasen lugar en su pecho sus gracias, que á caer sobre malos travesuras, lucieran mucho. Mas ya determinada á favorecerle, se dexó ver, que hasta entonces habia oido la musica encubierta, y se dió á entender con palabras, ó que habia estimado sus versos, asistiendo al balcon mientras se cantaron. O con el favor que Doña Juana hizo á Don Fernando aquella noche se partió él mas contento, que imaginar se puede, pareciendole que para ser el primero, no habia negociado mal, respecto del desden con que siempre le habia tratado, y continuado sus paseos, y perseverando en su amor; acrecentando los regalos vino á grangear de suerte la voluntad de la Dama, que ya era la enamorada, y perdida; y Don Fernando el que se dexaba amar, y servir, (condicion de hombre amado, y ventura de muger rendida) porque aunque Don Fer-



nando queria bien á Doña Juana, no de suerte, que se rematase, ni dexase por su amistad las demás ocasiones.

Venció Don Fernando, y rindióse Doña Juana, y no es maravilla, pues se vió obligar con la palabra que le dió de ser su esposo, oro con que los hombres disimulan la pildora amarga de sus engaños. Vivía su madre de Don Fernando, y éste fue el inconveniente que puso para no casarse luego, diciendo que temia disgustarla, y que por no acabarla del todo á fuerza de disgustos era necesario disimular hasta mejor ocasion. Creyóle Doña Juana, y de esta suerte sufría con gusto las excusas que le daba. Pareciéndole, que ya lo mas estaba grangeado, que era lo voluntad de Don Fernando, con la qual se aseguraba de quantos temores se le ofrecian mientras la fortuna se inclinaba á favorecerla, ó porque ya no podia vivir sin su amante, que era lo mas cierto. En esta amistad pasaron seis meses, dandola Don Fernando quanto habia menester, y sustentandole la casa, como pudiera la de su misma muger, porque con tal intento era admitido. En este tiempo que Doña Juana amaba tan rendida, y Don Fernando amaba como poseedor, y ya la posesion le daba enfado. Sucedió, que una amiga de Doña Juana, muger de mas de quaren-

ta y ocho años, si bien muy trahida, y gallarda, y que aun no tenia perdida la belleza que en la mocedad habia alcanzado, de todo punto, animandole todo con grandisima cantidad de hacienda que tenia, y habia grangeado en Roma, Italia, y otras tierras que habia corrido, siendo calificada en todas ellas por grandisima hechicera, si bien esta habilidad no era conocida en todos, porque jamás exercitaba en favor de nadie, sino en el suyo, por cuya causa tambien Doña Juana la ignoraba, si bien por las semejanzas, no tenia entera satisfaccion de Lucrecia, que ese era el nombre de esta buena señora, porque era natural de Roma, mas tan ladina, y Españolada, como si fuera nacida, y criada en Castilla. Esta, pues, como era muy familiar en casa de Doña Juana, con quien se daba por amiga, se enamoró de Don Fernando, tanto como puede considerar quien sabe lo que es voluntad favorecida del trato, pues no era este el primer lance que en este particular Lucrecia habia tenido. Procuró que su amante supiese su amor, continuando las visitas á Doña Juana: y el mirar tierno á Don Fernando, del qual no era entendida, porque le parecia que ya Lucrecia no estaba en edad para tratar de galanteria, ni amores. Ella que ya amaba á rienda suelta, viendo el poco cui-

cuidado de Don Fernando, y el mucho de Doña Juana, que sin sospecha de su traicion, era estorvo de su deseo, porque como amaba, no se apartaba de la causa de su amor, se determinó la astuta Lucrecia á escribir un papel, del qual prevenida, hasta hallar ocasion, aguardó tiempo, lugar, y ventura, que hallándole, se le dió, el qual decia asi:

*Disparate fuera el mio, señor Don Fernando, si pretendiera apartaros del amor de Doña Juana, entendiendo que no habia de ser vuestra muger; mas viendo en vuestras acciones, y en los entretenimientos que traeis, que no se estiende vuestra voluntad, mas que á gozar de su hermosura, he determinado descubriros mi aficion; yo os quiero desde el dia que os ví, que un amor tan determinado como el mio, no es menester decirle por rodeos: hacienda tengo con que regalaros; de esta, y de mi sereis dueño: con que os digo quanto se; y quiero.*

Lucrecia.

Leyó Don Fernando el papel, y como era vario de condicion, aceptó el partido que le hacia, acudiendo desde el mismo dia á su casa, no dexando por esto de ir á la de Doña Juana, disfrazando sus visitas para con Lucrecia, que le quisiera quitar de todo punto de ellas con sus obligaciones. Doña Juana, que por las

faltas que hacia su amante, y haber visto en Lucrecia acciones de serlo, y tambien en verla retirada de su casa, sospechando lo mismo que era, dió en seguirle, y escudriñar la causa: á pocos lances descubrió toda la celada, y supo con la frecuencia que Lucrecia le daba hacienda para que gastase, y destruyese: tuvo sobre esto la Dama con su ingrato dueño muchos disgustos, mas todos sirvieron de hacerse mas pesada, mas enfadosa, y menos querida, porque Don Fernando no dexaba de hacer su gusto, ni la pobre señora de atormentarse; la qual viendo que no servian los enojos mas que de perderle, tomó por partido el disimular, hasta ver si conseguia su amor el fin que deseaba, que no vivia sin Don Fernando, cuya tibieza le trahia sin juicio. Lucrecia se valia de mas eficaces remedios, porque acontecia estar el pobre Cavallero en casa de Doña Juana, y sacarle de ella, ya vestido, ya desnudo, como lo hallaba el engaño de sus hechizos. Viendo en fin Doña Juana, quan de caida iban sus cosas, quiso hacerle guerra con las mismas armas, pues las de su hermosura, ya podian tan poco: y andando inquirendo quien le ayudaria en esta ocasion, no faltó una amiga, que le dió noticia de un Estudiante, que residia en la famosa Villa de Alcalá, tan ladino en esta facultad, que solo en

en oírle se prometió dichoso fin. Y para que los terceros no dilatasen su muerte, quiso ser ella la mensajera de sí misma; para lo qual (fingiendo haber hecho una promesa) alcanzada la licencia de Don Fernando, que no le fue muy dificultoso alcanzar, para hacer una novena al glorioso San Diego, en su santo sepulcro, se metió en un coche, y fue á buscar lo que le pareció que seria su remedio con cartas de la persona que le dió nuevas del Estudiante, del qual como llegó á Alcalá, y á su casa, fue recibida con mucho agrado; porque con las cartas le puso en las manos veinte escudos. Contóle sus penas la affigida señora, pidiéndole su remedio, á lo qual respondió el Estudiante, que quanto á lo primero era menester saber si se casaria con ella, y que despues entraria el apremiarla á que lo hiciese; y para esto le dió dos sortijas de unas piedras verdes, y le dixo: que se bolviese á Toledo, y que aquellos anillos los llevase guardados, y que no los pusiese hasta que Don Fernando la fuese á ver, y en viendole entrar, los pusiese en los dedos, las piedras á las palmas, y tomandole las suyas le tratase de su casamiento, y que advirtiese en la respuesta que le daba, que él seria con ella dentro de ocho dias, y le diria lo que habia de hacer en este, mas que le adver-

tia que se quitase luego los anillos, y los guardase como los ojos, porque los estimaba en mas que un millon. Con esto dexándole memoria de su casa, y nombre, para que no errase quando la fuese á buscar, la mas contenta del mundo se bolvió á Toledo. Asi como llegó, avisó á Don Fernando de su venida; el qual recibió esta nueva con mas muestras de pesar que gusto, sí bien el estar cargado de obligaciones le obligó á disimular su tibieza, y asi fue luego á verla por no darle ocasion para que tuviese quejas. Pues viendo Doña Juana lo que le ofrecia su fortuna, y poniendose luego sus anillos, conforme á la orden que tenia, tomó las manos á Don Fernando, y entre millares de caricias le empezó á decir: que quando habia de ser el dia en que pudiese ella gozarle en servicio de Dios. A esto respondió Don Fernando, que si pensára no dar disgusto á su madre, aquella misma noche la hiciera suya; mas que el tiempo haria lo que le parecia que estaba tan imposible. Con esta respuesta, y quedarse allí aquella noche, le pareció á Doña Juana, que ya estaba la fortuna de su parte, y que Don Fernando era ya su marido; quitóse sus sortijas, y dióselas á la criada que las guardase: la fregona que las vió tan lindas, y lucidas, pusoselas en las manos, sacó agua del pozo, fre-



fregó, y otro día las llevó al río, dando pabonada con estas, no solo éste, mas todos los otros que faltaban, hasta venir el Estudiante, quitandolas solo para ir delante de su señora, porque no las viera. Al cabo de este tiempo, vino el Estudiante á Toledo, fue recibido de Doña Juana; la qual despues de haberle regalado le bolvió sus sortijas, y le dixo lo que Don Fernando habia respondido. El Estudiante agradecido á todo, se partió otro día, dexandole dicho, que él miraría con atencion su negocio, y le avisaria que fin habia de tener. Mas apenas salió el miserable una legua de Toledo, quando los demonios que estaban en las sortijas, se le pusieron delante, y derribandole de la mula, le maltrataron, dandole muchos golpes, tantos, que poco le faltaba para rendir la vida. Decianle, en medio de la fuga, vellaco, traydor, que nos entregaste á una muger, que nos puso en poder de su criada, que no ha dexado río, ni plaza, donde no nos ha trahido, sacando agua, fregando con nosotros: de todo esto eres tú el que tienes la culpa, y asi serás el que lo has de pagar. Qué respuesta piensas darle? Piensas que se ha de casar con élla? No por cierto, porque juntos como están acá, están ardiendo en los infernos, y de esa suerte acabarán, sin que ni tú, ni ella cumplais

vuestro deseo. Y diciendo eso, le dexaron ya por muerto, hasta otro día por la mañana, que unos panaderos que venian á Toledo, le hallaron ya ca i espirando, y movidos de compasion, le pusieron en una mula, y le traxeron á la Ciudad, y pusieron en la plaza, para ver si lo conocia alguna persona, porque el pobre no estaba para decir quien era, ni donde lo habian de llevar. Acertó en este tiempo á ir la criada de Doña Juana á comprar de comer, y al punto le conoció, con cuyas nuevas, fue luego á su señora, que en oyendolo, tomó su manto, y se fue á la plaza, y como le conoció, le mandó llevar á su casa, para hacerle algunos remedios. Hizólo asi, y acostandole en su cama, y llamando los Medicos, le hicieron tal cura, que mediante ella, fue Dios servido que bolviese en sí. El qual en el tiempo que duró su mal, contó á Doña Juana la causa de él, y la respuesta, que los demonios le habian dado de su negocio. Causó en la Dama tal temor el decirle que estaba en el infieruo, como en el mundo, que bastó para irla desapasionando de su amor, y desapasionada miró su peligro, y asi procuró remediarle, tomando otro camino diferente del que hasta alli habia llevado. Sanó el Estudiante de su enfermedad, y antes de partirse á su tierra, le pidió á Doña Juana,

na, que pues su saber era tanto, que le ayudase á su remedio. A lo qual el mozo agradecido, le prometió hacer quanto en su mano fuese. Es pues el caso, que al tiempo que Don Fernando se enamoró de ella, la servia, y galanteaba un Cavallero Gino-vés, hijo de un hombre muy rico, que asistió en la Corte, que con sus tratos, y correspondencias en toda Italia, habia alcanzado con grandes riquezas el titulo de Cavallero para sus hijos. Era segundo, y su padre tenia otro mayor, y dos hijas, la una casada en Toledo, y la otra Monja. Pues este mancebo, cuyo nombre era Octavio, que por gozar de la vista de Doña Juana lo mas del tiempo asistia en la Ciudad con sus hermanos, y su padre lo tenia por bien, respecto del gusto que ellas tenian con su vista; como á los principios por no haber entrado Don Fernando en la pretension se habia visto mas favorecido; y despues que Doña Juana cautivó su voluntad, le empezase á dar de mano, y Octavio supiese que él era la causa de no mirarle bien su Dama, determinó de quitarle de por medio; y asi una noche que Don Fernando con otros amigos estaba en la calle de Doña Juana, salió á ellos con otros que le ayudaron, y tuvieron unas crueles cuchilladas; de las quales salieron de la una, y otra parte algunos heridos. Octa-

vio desafió á Don Fernando, el qual ya en este tiempo gozaba á Doña Juana con palabra de esposo: pues como la Dama supo el desafio, temerosa de perder á Don Fernando, escribió un papel á Octavio, diciendole, que el mayor extremo de amor que podia hacer con ella, era guardar la vida de su esposo, mas que la suya misma; porque hiciese cuenta que la suya no se sustentaba, sino con ella: y otras razones tan discretas, y sentidas, de que el enamorado Octavio recibió tanta pasion, que le costó muchos dias de enfermedad. Y para guardar mas enteramente el gusto, y orden de Doña Juana, despues de responder á su papel mil ternezas, y lastimas, le dió tambien palabra de guardarle, como veria por la obra, y esta misma tarde vestido de camino, dixo á Doña Juana viendola en un balcon, casi con lagrimas en los ojos: Ingrata mia, basilisco hermoso de mi vida, á Dios para siempre. Y dexando con esto á Toledo, se fue á Genova, donde estuvo algunos dias, y de alli se pasó á servir al Rey, en el Reyno de Napoles. Pues como Doña Juana, dando credito á lo que el Estudiante le decia, y pareciendole, que si Octavio bolviera á España sería el que le estaria mas á proposito para ser su marido, y asi dandole cuenta al Estudiante de esto, le pidió, obligandole con

las

las dadas , á que le hiciese venir con sus conjuros , y enredos. El Estudiante , escarmentado de la pasada burla , la respondió , que él no habia de hacer en eso mas de decirle lo que habia de hacer , para que consiguiese su deseo , y que dentro de un mes volveria á Toledo , y que conforme le sucediese , le pagaria. Dióle con esto un papel , y ordenóle , que todas las noches se encerrase en su aposento , é hiciese lo que decia ; con esto se volvió á Alcalá , dexando á la Dama instruida en lo que habia de hacer , la qual por no perder tiempo , desde esta misma noche empezó á exercer su obra. Tres serian pasadas , quando ( ó que las palabras del papel tuviesen la fuerza , que el Estudiante habia dicho , ó que Dios , que es lo mas cierto , quiso con esta ocasion ganar para sí á Doña Juana ) estando haciendo su conjuro , con la mayor fuerza que sus deseos la obligaban , sintiendo ruido en la puerta , puso los ojos en la parte donde sonó el rumor , y vió entrar por ella cargado de cadenas , y cercado de llamas de fuego á Octavio , el qual le dixo con espantosa voz. Qué me quieres , Doña Juana? No basta haber sido mi tormento en vida , sino en mi muerte? Cansate ya de la mala vida en que estás , teme á Dios , y la cuenta que has de dar de tus pecados , y distraimientos , y dexame á mi,

que estoy en las mayores penas que puede pensar una miserable alma que aguarda en tan grandes dolores , la misericordia de Dios , porque quiero que sepas , que dentro de un año que salí de esta Ciudad , fue mi muerte saliendo de una casa de juego , y quiso Dios que no fuese eterna. Y no pienses que he venido á decirte esto por la fuerza de tus conjuros , sino por particular providencia , y voluntad de Dios , que me mandó que viniese á visitarte , que si no miras por tí , ay de tu alma. Diciendo esto , volvió á sus gemidos , y quejas arrastrando sus cadenas , y se salió de la sala , dexando á Doña Juana llena de temor , y congoxas , no de haber visto á Octavio , sino de haberle oido tales razones , teniendolas por avisos del Cielo , pareciendole que no estaba lexos su muerte , pues tales cosas le sucedian. Considerando pues esto , y dando voces á sus criadas , se dexó caer en el suelo , vencida de un cruel desmayo ; entraron á los gritos , no solo las criadas , mas las vecinas , y aplicandole algunos remedios tornó en sí , para de nuevo volver á su desmayo , porque apenas se le quitaba uno , quando le bolvia otro , y de esta suerte , ya sin juicio , ya con él , pasó la noche sin atreverse las que estaban con ella á dexarla. Vino en estas confusiones el dia , sin que Doña Juana tu-

vie-



yiese mas alivio , aunque á pura fuerza la habia desnudado , y metido en la cama , y como era de dia , vino Don Fernando tan admirado de su mal , quanto lastimado de él ; sentandose sobre su cama , le preguntó la causa de él , y asimismo qué era lo que sentia ? A lo qual la hermosa Doña Juana ( siendo mares de llantos sus ojos ) le contó quanto le habia sucedido , asi con el Estudiante , como con Océvio , sin que faltase un punto en nada , dande fin á su platica con estas razones: Yo Señor Don Fernando , no tengo mas de una alma , y esa perdida , no sé , que me queda mas que perder: los avisos del Cielo ya pasan de uno , no será razon aguardar á quando no haya remedio , yo conozco de vuestras tibiezas , no solo que no os casareis con migo , mas que la palabra que me disteis , no fue mas de por traherme á vuestra voluntad ; dos años ha que me entreteneis con ella , sin que haya mas novedad mañana , que oy , yo estoy determinada de acabar mi vida en Religion , que segun los prodigios que tengo , no durará mucho , y no penseis , que por estar defraudada de ser vuestra muger escojo este estado , que os doy mi palabra , que aunque con gusto vuestro , y de vuestra madre , quisierdes que lo fuera , no acetára tal , porque desde el punto que Océvio me dixo que mirase por

mi alma , propuse de ser esposa de Dios , y no vuestra , asi lo he prometido ; y lo que solo quiero de vos , es , que atento á las obligaciones que me teneis , supuesto que mi hacienda es tan corta , que no bastára á darme el dote , y lo demás que es necesario , me ayudeis con lo que faltáre , y negociéis mi entrada en la Concepcion , que este sagrado elijo para librarme de los trabajos de este mundo. Calló Doña Juana , dexando á los oyentes admirados , y á Don Fernando tan contento , que diera la misma vida en albricias , ( tal le tenian los embustes de Lucrecia ) y abrazando á Doña Juana , y alabando su intento , y prometiendo hacer en eso mil finezas , se partió á dar orden en su entrada en el Convento , la qual se concertó en mil ducados , que los dió Don Fernando con mucha liberalidad ; con los demás gastos de axuar , y propinas ; porque otros mil que hizo Doña Juana de su hacienda los puso en renta para sus niñerías , y pagando á sus criadas , y dandoles sus vestidos , y camisas que repartió con ellas , junto con las demás cosas de la casa , antes de ocho dias se halló con el habito de Religiosa , la mas contenta que en su vida estuvo , pareciendole que habia hallado refugio á donde salvarse , y que escapando del Infierno se hallaba en el Cielo. Libre ya Don Fernando de esta

car-

carga, acudió á casa de Lucrecia con mas puntualidad, y ella viendole tan suyo, y que ya estaba libre de Doña Juana, no apretaba tanto la fuerza de sus embustes, pareciendole que bastaba lo hecho, para tenerle asido con su amistad, con lo qual Don Fernando tuvo lugar de acudir á las casas de juego, donde jugaba, y gastaba largo. De esta suerte se halló en poco tiempo con muchos ducados de deuda, y pareciendole que con la muerte de su madre se remediaria todo, creyendo que segun su edad no duraria mucho. La qual sabiendo que ya estaba libre de Doña Juana, cuyos sucesos no se le encubrian, trató de casarle, creyendo que esto sería parte para sosegarle: con el parecer de Don Fernando, que como he dicho, no estaba tan apretado de los hechizos de Lucrecia, viendo que ya no tenia á quien temer, puso la mira en una Dama de las hermosas que en aquella sazón se hallaban en Toledo, cuyas virtudes corrian parejas con su entendimiento, y belleza. Esta Señora, cuyo nombre es Doña Clara, era hija de un Mercader, que con su trato calificaba su riqueza, por llegar con él, no solo á toda España, sino pasar á Italia, y á las Indias. No tenia mas hijos que á Doña Clara, y para ella, segun decian gran cantidad de dinero, si bien en eso habia mas engaño

que verdad, porque el tal Mercader se habia perdido, aunque para casar su hija conforme su merecimiento disimulaba su pérdida. En esta Señora, como digo, puso la madre de Don Fernando los ojos, y en ella los tenia asimismo puestos un hijo de un Titulo, y no menos que el heredero, y mayorazgo, no con intento de casarse, sino perdido por su belleza, y ella le favorecia, que ni en Toledo alcanzaba fama de liviana, ni tampoco la tenia de cruel. Dexabase pasear, y dar musicas, estimar, y engrandecer su belleza, mas jamás dió lugar á otro atrevimiento, aunque el Marqués (que por este titulo nos entenderemos) facilitára en mas su virtud, que su riqueza. Puso en fin la madre de Don Fernando terceros nobles, y muy cuerdos para el casamiento de su hijo, y fue tal su suerte, que no tuvo mucha dificultad en alcanzarlo del padre de la Dama, y ella como no estimaba al Marqués en nada, por conocer su intento, dió luego el sí, con que hechos los conciertos, y procediendo las necesarias diligencias, se desposó con Don Fernando, dandole luego el padre de presente seis mil ducados en dinero, porque lo demás dixo estar empleado: y que pues no tenia mas hijos que á Doña Clara, cosa forzosa era ser todo para ella. Contentóse Don Fernando, por

ta-

tapar con este dinero sus trampas, y trapazas, entrando en poder del lobo la cordera, que así lo podemos decir. Dentro de un mes de casada Doña Clara; vió su padre que era imposible cumplir la promesa que le había prometido á su hija, juntando lo mas que pudo despues de los seis mil ducados que dió, se ausentó de Toledo, y se fue á Sevilla, donde se embarcó para las Indias, dexando por esta causa metida á su hija en dos mil millares de disgustos, porque como Don Fernando se habia casado con ella por solo el interés, y los seis mil ducados se habian ido en galas y cosas de casa, y pagar las deudas en que sus vicios le habian puesto, á dos dias sin dinero, salió á la plaza su poco amor, y fue trocando el que habia mostrado, que era poco, en desabrimiento, y odio declarado, pagando la pobre Señora el engaño de su padre; si bien la madre de Don Fernando, viendo su inocencia, y virtud, bolvía por ella, y le servia de escudo. Supo Lucrecia el casamiento de Don Fernando á tiempo que no lo pudo estorvar, y por estar ya hecho, y por vengarse, usando de sus endiabladas artes, dió con él en la cama, atormentandole de manera, que siempre le hacia estar en un ay, sin que en mas de seis meses que le duró la enfermedad se pudiese entender de donde le pro-

cedia, ni le sirviesen los continuos remedios que se hacian. Hasta que viendo esta Circe, que el tenerle así, mas servia de perderle, que de vengarse, dexó de atormentarle, con lo que Don Fernando empezó á mejorar: mas mudando la traydora de intento, encaminó sus cosas á que aborreciese á su muger, y fue de suerte, que estando ya bueno, tornó á su acostumbrada vida, pasando lo mas del tiempo con Lucrecia. El Marqués desesperado de ver á Doña Clara casada, tambien habia pagado con su salud su pena, y ya mejor de sus males, aunque no de su amor, tornó de nuevo á servir, y solicitar á Doña Clara, y ella á negarle de suerte sus favores, que ni aun verla era posible, con cuyos desdenes se aumentaba mas su fuego. En este tiempo murió la madre de Don Fernando, perdiendo en ella Doña Clara su escudo y defensa, y Don Fernando el freno que tenia, para tratarla tan asperamente, como de allí adelante hizo, porque se pasaban los dias, y las noches sin ir á su casa, ni aun á verla, lo qual sentia mucho la pobre Señora, con tanto extremo, que no habia consuelo para ella, y mas quando supo la causa que trahia á su marido sin juicio. No ignoraba el Marqués lo que Doña Clara pasaba, mas era tanta su virtud, y recogimiento, que jamás podia al-



alcanzar de ella, ni que recibiese un papel, ni una joya, con ser su necesidad bien grande, porque las deudas de Don Fernando, los juegos, y el poco acudir á grangear su hacienda, la fue acabando de suerte, que no habia quedado nada, tanto que ya se atrevia á sus joyas, y vestidos, sustentando dos niñas que en el discurso de quatro años que habia que se habia casado tenia, y una criada con el trabajo de sus manos, porque Don Fernando no acudia á nada: y con todo, no habia de acabar con ella, ni algunas amigas, ni su criada, que recibiese algunos regalos que el Marqués le embiaba con ellas, antes á quanto acerca de esto le decian, daba por respuesta, que la muger que recibia, cerca estaba de pagar. Pasando todo este tiempo, la justicia de oficio, como era publico el amancebamiento de Don Fernando, y Lucrecia, dió en buscarle, siguiendole á él los pasos. No faltó quien dió de esto aviso á Lucrecia, la qual no tuvo otro remedio, sino poner tierra en medio: tomó su hacienda, acompañada de su Don Fernando, que ya habia perdido de todo punto la memoria de su muger, é hijas, se fue á Sevilla, adonde vivian juntos, haciendo vida, como si fueran marido, y muger. Sintió Doña Clara este trabajo, como era razon, tanto, que fue milagro

no perder la vida, sino la guardára Dios para mayores extremos de virtud, la qual sin saber de su marido estuvo mas de año y medio, pasando tantas necesidades que llegó á no tener criada, sino puesta en trage humilde, de mas de trabajar de dia, y de noche para sustentarse á sí, y á sus dos niñas á servirse su casa, é ir ella misma á llevar, y traer la labor á una tienda. Sucedió en este tiempo, hallarse velando una noche para acabar un poco de labor, que se habia de llevar á la mañana, forzada del amor, del dolor, de la tristeza, y soledad, ó lo mas cierto, por no dexarse vencer del sueño, cantó así:

*Fugitivo paxarillo,  
que por el ayre te vas,  
inconstante á mis finezas,  
ingrato á mi voluntad.*

*Si estuvieras por la tuya  
prendado, no hay que dudar,  
que una prision tan suave  
pudiera cansar jamás.*

*Nunca presumí ignorancias  
porque de saber amar,  
supe conocer tu amor,  
agradecido no mas.*

*Jamás se engaña quien ama,  
aunque se dexa engañar,  
que amor tambien en su Corte;  
razones de estado da.*

*Qué puede hacer el que adora,  
aunque sepa que le dan  
disimulado el veneno,  
sino beber, y callar?*

K

De-

Dexé engañar mis temores,  
aunque conocí mi mal;  
pero como tu fingias,  
te cansaste de engañar.

Tan remontado te miro,  
tan tibio, y tan desleal,  
que aunque el reclamo te llama,  
no le quieres escuchar.

Escucha paxaro libre,  
las ternezas con que está  
llamandote en tono triste,  
oye las voces que da.

Paxarillo lisongero,  
buelve, buelve, donde vas?  
á la jaula de mi pecho,  
ten de mis penas piedad.

Quando me miras cautivo,  
pretendes tu libertad,  
paga prision con prision,  
y asi perfecto serás.

En lagrimas de mis ojos,  
que son por tu causa, un mar,  
ballarás tierno bebido,  
sin que pueda faltar.

Mi corazon por comida,  
por carcel mi libertad,  
y por lazos estos brazos,  
que ya aguardando te están.

Huyes sin oír mis quejas,  
plega á Dios que donde vas,  
como me trates te traten,  
sin que te quieran jamás.

Que yo llorando mi engaño,  
la vida pienso acabar,  
sintiendo en tus sinrazones,  
mi muerte, y tu libertad.

Esto dixo á un paxarillo,  
que de su prision se va,  
un pecho de amor bebido,  
una firmeza leal.

T al fin de sus tristes quejas,  
instrumento sin templar,  
cantó á su paxaro libre,  
que fugitivo se va.

Paxaro libre tu te perderás,  
que el regalo que dexas, no lo ballarás.

Era la sala en que estaba Doña Clara, baxa, y correspondia una rexa á la calle, á la qual estaba escuchando Don Sancho, que este es el nombre del Marques su amante, y como oyese las quejas, y en un corazon que ama, es aumentar su pena oír la pena de otros, tan enternecido, como amante, porque le tocaban en el alma los pesares de Doña Clara, llamó á la rexa, á cuyo ruido la Dama, alterada, preguntó quien era? Yo soy hermosa Clara, (dixo Don Sancho) yo soy, escuchame una palabra: Quien quieres que sea, ó quien te parece que podia ser, sino el que adora tu hermosura, y estimando tus desdenes por regalados favores, anima con esperanzas su vida? No se de que las podeis tener, Señor Don Sancho, dixo Doña Clara, ni quien os la da, pues despues que me casé, no he dado lugar, ni á vuestros deseos, ni á quien los ha solicitado: para que vivan animados, y si os fiáis en la cortesía con que antes de tener marido me dexé servir de vos, advertid que aquella fue galanteria de doncella, que sin ofensa de su honor pudo, ya que no amar, de-

dexase amar. Ya tengo dueño, justo, ó injusto, el Cielo me lo dió, mientras no me lo quitáre, le he de guardar la fé que prometí, supuesto esto, si me quereis, la mayor prueba que haré de este amor, será que escuseis lo que la vecindad puede decir de un hombre poderoso, y galán como vos, pasear las puertas de una mager moza, y sin marido, y mas no ignorando la Ciudad mi necesidad, pues creerán que habeis comprado con ella mi honor. Esto quiero yo remediar, hermosa Clara, dixo Don Sancho, sin otro interes, mas de haber sido el remedio de vuestros trabajos. Servios de recibir mil escudos, y no me hagais otro favor, que yo os doy palabra como quien soy, de no cansaros mas. No hay deudas, Señor Don Sancho, respondió Doña Clara, que mejor se paguen que las de la voluntad, efecto de ella es vuestra largueza, yo ni me tengo de fiar de mi misma, ni obligarme á lo que nunca he de poder pagar. Yo tengo marido, el mirará por mi, y por sus hijas, y si no lo hiciere, con morir, ni yo puedo hacer mas, ni el me puede pedir mayor fuerza. Con esto cerró la ventana dexando á Don Sancho, mas amante, y mas perdido, sin que dexase por esto de perseverar en su amor, ni ella en su virtud. Año y medio habia pasado, desde que Don Fernando se ausentó

de Toledo, sin que se supiese donde estaba, hasta que viniendo á Toledo unos Cavalleros que habian ido á Sevilla á ciertos negocios dixerón á Doña Clara, como le habian visto en aquella Ciudad: nuevas de tanta estima para Doña Clara, que no hay ponderacion que lo diga, y desde este punto se determinó de ir á ponersele delante, y ver si le podia obligar á que bolviese á su casa. Y andando á buscar donde dexar sus niñas, mientras hacia este camino; Doña Juana, que ya profesaba, y con muy buena renta, la mas contenta del mundo, no ignorando estos sucesos, dando gracias á Dios, porque no habia sido ella la desdichada: estaba en su Convento haciendo vida de una santa, supo la necesidad de Doña Clara, y como buscaba donde dexar las niñas, que en aquel tiempo tenia la una quatro años, y la otra cinco, la embió á llamar, y despues de decirle quien era, por si no lo sabia, y las mercedes que el Cielo la habia hecho en traerla á tal estado, lo que le pesaba de sus trabajos, y en lo que estimaba la virtud, y prudencia con que los llevaba; le dixo como estaba informada que queria ir á Sevilla, y que buscaba quien le tuviese sus hijas, que se las traxese, que ella las recibiria por suyas, y como á tales en siendo de edad las daria el do-



te, para que fuesen Religiosas en su compañía, y que creyese que esto no lo hacia por amor que tuviese á su padre, sino por lastima que la tenia. Agradeció Doña Clara la merced que la hacia, y por no dilatar mas su camino, el poco aparato de casa que le habia quedado, como era una cama, y otras cosillas, llevó con sus hijas á Doña Juana, la qual tenia ya licencia del Arzobispo para recibirlas. Y al tiempo que abrió la porteria para que entrasen, apretando entre los brazos á Doña Clara con los ojos llenos de lagrimas, le metió en las manos un bolsillo con quatrocientos reales en plata. Y despidiendose de ella, esta misma tarde se puso en camino en un carro que iba á Sevilla, dexando á Doña Juana muy contenta con sus nuevas hijas. Llegó Doña Clara á Sevilla; y como iba á ciegas, sin saber en que parte habia de hallar á Don Fernando, y siendo la Ciudad tan grande, y teniendo tanta gente, fue de suerte, que en tres meses que estuvo en ella, no pudo saber nuevas de tal hombre. En este tiempo se le acabó el dinero que llevaba, porque pagó en Toledo algunas deudas que tenia, y no le quedaron sino cien reales. Pues viendose morir (como dicen de hambre) ya desahuciada de no hallar remedio, que volver á Toledo, era lo mismo, de-

terminó de quedarse en Sevilla, hasta ver si hallaba á Don Fernando: para esto procuró una casa donde servir, y encomendándolo á algunas personas, particularmente en la Iglesia, le dixo una Señora, que ella le daria una donde se hallaria muy bien, para acompañar á una Señora ya mayor; si bien temia que por tener el marido mozo, y ser ella de tan buena cara, no se habian de concertar. Doña Clara, con una verguenza honesta, le dixo, que le dixese la casa, que probaria suerte. Dióle la Señora las señas, y un recado para la tal Señora que era su amiga: con las quales Doña Clara se fue á la casa, que era junto á la Iglesia Mayor, y entrando en ella, la vió toda muy bien aderezada (señal clara de ser los dueños ricos) como hallase la puerta abierta, se entró sin llamar hasta la sala del estrado, donde en uno muy rico, vió sentada á Lucrecia, la amiga de su marido, que luego la conoció, por haberla visto una vez en Toledo, y junto á ella á Don Fernando, desnudo, por ser Verano, con una guitarra cantando este Romance, que por no impedirle, no quiso dar su recado, admirada de lo que via, y mas de ver que no la habian conocido.

*Ta por el balcon de Oriente  
el Alva muestra sus rizos,*

*ver*

*Desengaño amado, y premio de la Virtud. 149*  
vertiendo la copia hermosa  
sobre los campos floridos.

Ta borda las bellas flores  
de aljofarado rocío,  
de cuya embidia las fuentes  
vierten sus cristales limpios.

Ta llama el querido hermano,  
que está alumbrando á los Indios,  
y en la carroza dorada  
siembra claveles, y lirios.

Ta retozan por las peñas  
los pequeños corderillos,  
á la musica divina  
que entonan los paxarillos.

Ta mirandose los Cielos  
en los bulliciosos rios,  
buelven los blancos cristales,  
de turquezados zafiros.

Ta es el Invierno Verano,  
y Primavera el Estio,  
hermosos Cielos los valles,  
y los campos Paraysos.

Porque su frescura pisan  
de Anardo los pies divinos,  
dulce prision de las almas,  
de la vista basilisco.

Siguiendo viene sus pasos  
un gallardo Pastorcillo,  
que por ser Narciso en gala,  
será su nombre Narciso.

Por quien Venus olvidada  
ya de su Adonis querido,  
solo por verle baxára  
de sus estrados divinos.

T por quien Salmacis bella,  
tomára por buen partido,  
en su amada compañía  
ser eterno bermofrodito.

Engañando los recelos  
de un sospechoso marido,

saltó Anarda de su Aldea,  
á verse con su Narciso.

Llegando á una clara fuente,  
que adornan fauces, y mirtos,  
agradables se reciben,  
amandose agradecidos.

Enternecidos se sientan  
junto aquel arbol divino,  
triumfo del Señor de Delo,  
y de su Dama castigo.

T sedientos de favores  
en este agradable sitio,  
beben de su aliento el nebtar  
en conchas de coral fino.

Al campo cerró las puertas  
el rapaz de Venus hijo,  
que poner puertas al campo,  
solo pudiera Cupido.

Lo demás que sucedió  
vieron los altos Alisos,  
haciendo sus hojas ojos,  
y sus cogollos oidos.

Como acabó de cantar Don Fernando, Lucrecia preguntó á Doña Clara, si buscaba alguna cosa, á lo qual respondió, que la señora Doña Lorenza su amiga, le embiaba, para que su merced viese si valia algo para el efecto que buscaba de criada. A esto puso Don Fernando los ojos en ella, que ya Lucrecia la habia mandado sentar enfrente de él, mas aunque hizo esta accion, no la conoció mas que si en su vida no la hubiera visto, de lo qual Doña Clara estaba admiraba, y dada entre sí gracias de haber por tal modo hallado lo que tan

caro le costaba el buscarlo, sintiendo en el alma el verle tan desacordado, y fuera de sí, conociendo como discreta, de la causa de que procedia tal efecto que eran los hechizos de aquella Circe que tenia delante. Preguntóle Lucrecia, agradada de su cara, y honestidad, qué de donde era? De Toledo soy, respondió Doña Clara. Pues quien os traxo á esta tierra, replicó Lucrecia? Señora (dixo Doña Clara) aunque soy de Toledo, no vivia en él, sino en Madrid: vine con unos señores que iban á las Indias; y al tiempo de embarcarse caí muy mala, y no pude menos que quedarme, con har-to sentimiento suyo: en cuya enfermedad, que me ha durado tres meses, he gastado quanto tenia, y me dexaron, y viendome con tan poco remedio, pregunté hoy á la señora Doña Lorenza, que por suerte la ví en la Iglesia, si queria una criada para acompañar, como en esta tierra se usa, y su merced me encaminó aqui, y así, si vuesa merced no ha recibido ya quien la sirva, crea de mí que sabré dar gusto, porque soy muger noble, y honrada, y me he visto en mi casa con algun descanso. Agradóse Lucrecia con tanto extremo de Clara, viendo su honestidad, y cordura, que sin reparar la una, ni la otra en el concierto, ni mas demandas, ni respuestas, se que-

dó en casa, contenta por una parte, y por la otra como era razon, que estuviese, quien via lo mismo que venia á buscar, tan fuera de sí, que sin conocerla, hacia delante de sus ojos regalos, y favores á una muger que no los merecia. Entrególe Lucrecia á su nueva criada las llaves de todo, dandole el cargo del regalo de su señor, y el gobierno de dos esclavas que tenia: solo un aposento que estava en un desban, no le dexó ver, porque reservó solo á su persona la entrada en él, guardando la llave, sin que ninguna persona entrase con ella, quando iba á él con tanto cuidado, que aunque Clara procuraba ver lo que habia en él, no le fue posible; bien es verdad, que siempre estava con sospecha de que era aquel aposento la oficina de los embustes, con que tenia á Don Fernando tan ciego, que no sabia de sí, ni cuidaba de mas que de querer, y regalar á su Lucrecia, haciendo con ella muy buen casado, tanto, que con la mitad se diera Clara por muy contenta, y pagada. En esta vida pasó mas de un año, siendo muy querida de sus amos, escribiendo cada ordinario á Doña Juana los sucesos de su vida, y ella animandola con sus cartas, y consuelos, para que no desmayase, ni lo dexase, hasta ver el fin. Al cabo de este tiempo cayó Lucrecia en la cama de una muy gravísima en-



enfermedad , con tanto sentimiento de Don Fernando , que parecia que perdia su juicio; pues como las calenturas fuesen tan fuertes , que no la diesen lugar á levantarse poco , ni mucho, al cabo de tres , ó quatro dias que estaba en la cama , llamó á Clara , y con mucha terneza , le dixo estas palabras : Amiga Clara , un año ha que estás conmigo , el tratamiento que te he hecho , mas ha sido de hija , que de criada , y si yo vivo , de hoy adelante será mejor , y en caso que muera , yo te dexaré con que vivas : estas son obligaciones , y mas en tí que eres agradecida, bien serán parte para que me guardes un secreto que te quiero decir : toma hija esta llave , y ve al desban , donde está un aposento , que ya le habrás visto , entrando dentro , donde hallarás un arca grande de estas antiguas , en ésta un gallo , echale de comer , porque alli en el mismo aposento hallarás trigo : y mira hija mia , que no le quites los anteojos que tiene puestos , porque me vá en ello la vida ; antes te pido que si de este mal muriere , antes que tu señor , ni nadie lo vea , hagas un hoyo en el corral , y como está con sus anteojos, y la cadena con que está atado le entierres , y con él , el costal de trigo que está en el mismo aposento , que este es el bien que me has de hacer , y pagar. Oyó Cla-

ra con atencion las razones de su ama , y en un punto rebolvió en su imaginacion mil pensamientos , y todos paraban en un mismo intento. Y porque Lucrecia no concibiese alguna malicia de su silencio , le respondió , agradeciendole la merced que le hacia , en fiar de ella un secreto tan importante , y de tanto peso , prometiendo de hacer con puntualidad lo que le mandaba , y tomando la llave , con todo cuidado , y con toda diligencia , se fue á ver su gallo. Subió al desban , y abriendo el aposento entró en él, y llegando cerca del arca , como considerase á lo que iba , y la fama que Lucrecia tenia en Toledo , la cubrió un sudor frio , y un miedo tan grande , y tan temeroso , que casi estuvo por bolverse, mas cobrando animo , y esforzandose lo mejor que pudo , abrió el arca , y asi como le abrió , vió un gallo con una cadena asida de una argolla que tenia á la garganta , y en otra que estaba asida al arca , y asi mismo preso , y á los pies tenia unos grillos , y luego tenia puestos unos anteojos , al modo de los de cavallo , que le tenia privada la vista. Quedóse Clara , viendo todas estas cosas, tan absorta , y embelesada , que no sabia lo que le habia sucedido; por una parte se reía , y por otra se hacia cruces , y sospechando, si acaso en aquel gallo estaban hechos los hechizos de su mari-

do , á cuya causa estaba tan ciego , que no la conocia , y lo mas cierto es , desear las mugeres lo mismo que les privan , le dió deseo de quitarle los anteojos , y apenas lo pensó , quando lo hizo , y habiendoselos quitado , le puso la comida , y cerrando , como estaba de primero , se bolvió á donde su ama la aguardaba , que como la vió , le dixo : Amiga mia , diste de comer al gallo ? Quitastele los anteojos ? No señora ( respondió Clara ) quien me metia á mi en hacer lo que vuesa merced no me mandó ; añadiendo á esto , que creyese que la servia con mucho gusto , y así hacia lo que mandaba con el mismo. Llegóse en esto la hora de comer , y vino Don Fernando á su casa , y despues de haber preguntado á Lucrecia , como se sentia , se sentó á la mesa , que estaba cerca de la cama ; metieron las esclavas la comida , porque Clara estaba en la cocina , poniendola en orden , y embiando los platos á la mesa , hasta que al fin de ella salió adonde estaban sus amos , y apenas puso Don Fernando los ojos en ella , quando la conoció , y con admiracion la dixo : Qué haces aqui Doña Clara ? Como veniste ? Quien te dixo donde yo estaba ? Qué habito es ese ? Donde están mis hijas ? Porque , ó yo sueño , ó tu eres mi muger , á quien por ser yo desordenado , dexé en Toledo

pobre , y desventurada. A esto respondió Doña Clara : Buen descuido es el tuyo , esposo mio , pues al cabo de un año que estoy en tu casa sirviendote como una miserable esclava , sujeta á los engaños de esta Circe , que está en esta cama , sales con preguntarme , que hago aqui ? Ay traydora , ( dixo á esta sazón Lucrecia ) y como le quitaste los anteojos al gallo : pues no pienses que has de gozar de Don Fernando , ni te han de valer nada tus sutilezas. Y diciendo esto , saltó de la cama , con mas animo , que parecia tener quando estaba en ella , y sacando de un escritorio una figura de hombre , hecho de cera , con un alfiler grande que tenia en el mismo escritorio , se le pasó por la cabeza abaxo , hasta esconderse en el cuerpo , y se fue á la chimenea , y la echó en medio del fuego , y luego llegando á la mesa , y tomando un cuchillo , con la mayor crueldad que se puede pensar , se lo metió á sí misma por el corazon , cayendo junto á la mesa muerta. Fue todo esto hecho con tanta presteza , que ni Don Fernando , ni Doña Clara , ni las esclavas la pudieron socorrer. Alzaron todos las voces , dando gritos , á cuyo rumor se llegó mucha gente , entre todos la Justicia , y asiendo de Don Fernando , y de los demás , empezaron á hacer informacion , tomando su confesion á las esclavas.

clavos, las quales declararon lo que habian visto, y oído á Don Fernando, diciendo; como Lucrecia era su amiga, y lo que con ella le habia pasado desde el dia en que la conocia, hasta aquel punto. Al decir Doña Clara su dicho, dixo, que no habia de decir palabra, sino era delante del Asistente; y que importaba para la declaracion de aquel caso no ir ella á su presencia, sino que viniese el Asistente á aquella casa. Fueron á darle cuenta de todo, y decirle lo que aquella muger decia, y como lo supo, vino luego acompañado de los mas principales señores de Sevilla, que sabiendo el caso, todos le seguian, en presencia de los quales, dixo Doña Clara quien era, y lo que la habia sucedido con Don Fernando, y con la maldita Lucrecia, sin dexarse palabra por decir. Y haciendo traer allí el arca, en que estaba el gallo, abrió ella misma con la llave que estaba debaxo de la almohada de Lucrecia, donde todos pudieron ver el pobre gallo con sus grillos, y cadenas, y los anteojos, que Doña Clara le habia quitado, allí junto á él. El Asistente admirado, tomó el mismo los anteojos, y se los puso al gallo: al punto Don Fernando, quedó como primero, sin conocer á Clara, mas que si en su vida la hubiera visto, antes viendo á Lucrecia en el suelo, bañada en

sangre, y el cuchillo atravesado por el corazon, se fue á ella, y tomandola en sus brazos, decia, y hacia mil lastimas, pidiendo justicia de quien tal crueldad habia hecho. Tornó el Asistente á quitar al gallo los anteojos, y luego Don Fernando bolvió á cobrar su entero juicio. Tres, ó quatro veces se hizo esta prueba, y tantas sucedió lo mismo, con que el Asistente acabó de caer en la cuenta, y creyó ser verdad lo que todos decian. Y mandó echar fuera la gente, y cerrar la puerta de la casa, y mirando cofres, y escritorios, hasta los mas apartados rincones, y agujeros, hallaron en el escritorio de Lucrecia mil invenciones, y embelezcos, que causaron temor, y admiracion, con que Lucrecia parecia á los ojos de Don Fernando gallarda, y hermosa. En fin satisfecho de la verdad, si bien por ver si las esclavas eran parte en aquellas cosas, las puso en la carcel, dieron á Don Fernando, y Doña Clara por libres, confiscando la hacienda para el Rey, y publicamente quemaron todas aquellas cosas, el gallo, y lo demás con el cuerpo de la miserable Lucrecia, cuya alma pagaba ya en el infierno los delitos, y mala vida, siendo la muerte muy parecida á ella. Acabados de quemar los hechizos, enfermó Don Fernando, yendose poco á poco consumiendo, y acababan



bando. Vendió Doña Clara un vestido, y algunas cosillas que habia grangeado en casa de Lucrecia: con esto, y lo que por orden de la Justicia se le dió, en pago de lo que habia servido, se metieron en un coche ella, y Don Fernando, que ya estaba muy enfermo, y dieron la buelta á Toledo, creyendo, que con ser su natural, con los ayres en que habia nacido cobraría salud, segun decian los Medicos, mas fue cosa sin remedio, porque como llegó á Toledo, y cayó en la cama, donde á pocos dias murió, habiendo dado muchas muestras de arrepentimiento. Sintió Doña Clara su pérdida con tanto extremo, que casi no habia consuelo para ella, y estuvo bien poco de seguir el mismo camino, porque aunque le tenia enfermo, y estaba con tanta necesidad, quisiera que viviera muchos años, ayudandola á este sentimiento, el ver lo que Don Fernando la queria, y el poco tiempo que le duró la vida. Hallóse sobre todo esto sin remedio, sino de solo Dios, para enterrarle; ni se atrevia á ir con esta necesidad á Doña Juana, considerando, que harto hacia en tenerle, y sustentarle sus hijas. Determinóse, pues á vender su pobre cama aunque no tuviese despues en que dormir, mas no estaba á este tiempo Dios olvidado de la virtud, y sufrimiento de Doña Clara, y así

ordenado, que Don Sancho, que todo el tiempo que ella habia estado fuera de Toledo, habia estado en su Estado (que ya le habia heredado por muerte de su padre, sin haberse querido casar, aunque se le habia ofrecido muchas ocasiones, conforme á quien era,) supiese por cartas de un criado, que en Toledo estaba casado, lo que pasaba, y deseoso de bolver á ver al querido dueño de su alma, amante firme, y no fundado en el apetito, vino á la Ciudad, y entró en ella el dia que estaba Doña Clara en esta desdicha, y como supiese lo que pasaba, no pudo sufrir el enamorado mozo tal cosa; y así se entró por las puertas de la Dama, y despues de haberla dado el pesame breve, y amorosamente, ordenó el entierro de Don Fernando, con la mayor grandeza que pudo, llevandole con tanto acompañamiento, como si fuera su padre, acompañandole el mismo, y á su imitacion los Cavalleros de Toledo. Dado sepultura al cuerpo, y buuelto con toda aquella illustre compañía á la pobre casa de Doña Clara, en presencia de todos, le dixo estas palabras: Hermosa Clara, yo he cumplido con lo que á caridad debo, dando sepultura al cuerpo de tu difunto esposo, la voluntad con que lo he hecho, bien sabes tu, y sabe esta Ciudad, que no ha sido fomentada, mas que con mis  
de-

deseos, por no haber jamás los tuyos alargado á mas, que á un agradecimiento honesto, y esto fue antes que tuvieses dueño, que en teniendole, ni aun tu vista merecí, no habiendome faltado á mi por diligencia todas sin provecho, respecto de tu virtud, de la qual si antes me enamoraba tu hermosura, hoy me hallo mas enamorado. Ya no tengo padre que me impida, ni tú, ocasion para que no seas mia; justo es que pagues este amor, y deudas en que estás á mi firmeza, con un solo sí que te pido, y yo á tí, y no solo yo, sino todos los hombres del mundo, deben á las mugeres, que á fuerza de virtudes grangean las voluntades de los que las desean. No dilates mi gloria, ni te quites á ti el premio que mereces: tus hijas tendrán padre en mi, y un esclavo, que toda la vida adore á tu hermosura. No tuvo otra respuesta que dar Doña Clara á Don Sancho, mas que echarse á sus pies, diciendo, que era su esclava, y que por tal la tuviese. Con esto, los que habian venido á dar los pesames, dieron las enhorabuenas. Siguiéronse las ordenes de la Iglesia en amonestaciones, y lo

demás, estando Doña Clara mientras pasaban en casa del Corregidor, que era deudo de Don Sancho: donde cumplido el tiempo, se desposaron, alcanzando Don Sancho licencia del Rey, para hacer su casamiento, que todo sucedió como quien tenia el Cielo de su parte, deseoso de premiar la virtud de Doña Clara. Hicieronse en fin las bodas, dotando Don Sancho á las hijas de Doña Clara, que quisieron quedarse Monjas con Doña Juana, cuya discreta eleccion, dió motivo á esta maravilla, para darle nombre de desengaño amado, que no es poca cordura, que quien ama se desengañe. Doña Clara vivió muchos años con su Don Sancho, de quien tuvo hermosos hijos, que sucedieron en el Estado de su padre, siendo por su virtud la mas querida, y regalada que se puede imaginar, porque de esta suerte premia el Cielo la virtud.

La noche siguiente, vueltos á juntar estos Cavalleros, y todas estas Damas, viendo Don Miguel que á él le tocaba la maravilla de aquella noche, comenzó de esta suerte.

## NOVELA SEPTIMA.

## AL FIN SE PAGA TODO.

ESTANDO la Corte del Católico Rey Don Felipe Tercero, en la rica Ciudad de Valladolid, salió de una casa de conversacion, á mas de las doce, donde fue á entretener las largas, y pesadas noches del mes de Diciembre, un Cavallero de los mas nobles hijos que tuvo la Villa de Madrid; al atravesar por una de las principales calles de la Ciudad, para venir á su posada, al doblar de una esquina, que hacia una encrucijada, vió abrir la puerta de una casa, y á empellones, arrojar por ella un bulto blanco, que como estuviese de la otra parte, y la calle fuese ancha, y espaciosa, no pudo divisar que fuese, aunque le pareció ser persona, que de un apresurado salto, que de un escalón que la puerta tenia, dió consigo un grandísimo golpe en el suelo, que á causa de elar fortísimamente, estaba como hecho de jaspe. Vió tras esto, que cerraron de golpe la puerta, y que aquel bulto, estaba sin moverse, solo que en baxos sollozos decia: Qué es esto Cielos? A mi desdicha estais sordo, á mis quejas ingratos, y á mis lagrimas sin sentimiento? Procuraba esto levantarse, mas del tor-

mento de la caída no era posible; movióle á Don Garcia ( que este era el nombre del Cavallero) á lastima estas quejas, y llegando mas cerca, le preguntó que tenia, y le ofreció su persona. Ay, señor hidalgo, ( respondió el caído ) por la Pasion de Dios, si hay en vos mas piedad, que en los que me han puesto de este modo, que me ayudeis á levantar, y me pongais en alguna parte, que tenga mas segura la vida. Oyendo esto Don Garcia, espantado por parecerle muger la que hablaba, se llegó mas cerca, y á la poca luz que la Luna daba, vió como no era engañosa su sospecha, porque era muger, y desnuda en camisa, causa de mas admiracion: y deseoso de saber mas por entero el caso, le dió la mano, y luego, quitandose el ferreruelo, se le echó encima, aunque la Dama estaba tan maltratada, que casi no podia tenerse en pie. Ayudóla Don Garcia, cargandola sobre sus brazos, y animandola, la llevó, hasta sacarle de aquella calle; y viendo la Dama que se paraba, para saber que pensaba hacer de su persona, le dixo con tiernas lagrimas: Señor Cavallero, no es tiempo de desmayar en el bien que ha-



habeis empezado á hacerme , mi vida está en muy gran peligro , si soy hallada , y á esta hora , ya habra muchos que me busquen ; si teneis alguna parte secreta , y segura donde ampararme esta noche , hasta que mañana dé orden de entrar en un Monasterio : Señora mia , yo soy recién llegado á esta Corte , ( replicó Don Garcia ) que os doy mi palabra , que no ha quince dias que estoy en ella , y no conozco persona de quien fiar la vuestra , si no es de mí mismo ; si gustais de venir á mi posada , y no os recelais de ponerlos en poder de un hombre mozo , y forastero , con ella os podre servir : Vamos , señor , á vuestra posada , ( replicó la Dama ) que las partes donde yo puedo ir , todas son sospechosas , y sea antes que nos hallen , y pague yo sin culpa la que pensé cometer , si bien á los ojos del vulgo me lo han de dar por haber restaurado mi honor , y vos el deseo que teneis de ayudarme : Y diciendo esto , caminaron á la posada de Don Garcia , si bien con mucho trabajo , porque la Dama no podia tenerse aunque mas se animaba. De esta suerte , ayudandola Don Garcia llegaron á su posada , y entraron dentro ; tuvo lugar de ver al hallazgo que se habia hallado , y mirando su nueva camarada creyó sin duda , que no era muger sino Angel : tanta era su belleza , y la honestidad , y com-

postura de su rostro. Era al parecer de hasta veinte y quatro años , y tan hermosa ; que sin ser parte el guardarle , le robó el alma con la belleza de sus ojos : tanto , que si no se le pusiera por delante la fe que debia guardar á quien se habia fiado de él , casi se atreviera á ser Tarquino de tan divina Lucrecia ; mas favoreciendo Don Garcia mas á su nobleza , que á su amor , á su recato , que á su deseo , y á la razon , mas que á su apetito , procuró con muchas caricias el reposo de aquella hermosísima Señora , á la qual por estar maltratada , y desnuda , como Don Garcia no tenia por el presente vestidos , y ser hora de acudir mas á la quietud que al desvelo , la suplicó se acostase en su cama. Hizolo á mas no poder la Dama , y dandole Don Garcia lugar para que reposase , sin querer preguntarle por entonces nada de su persona , ni la causa de haberla hallado asi , se salió cerrando la puerta por defuera , y se fue al aposento de otro huespede que estaba en la misma casa , con quien habia tratado amistad , dandole á entender , que habia perdido la llave de su aposento , y que hasta otro dia que se descerrajase , era imposible entrar dentro. De esta suerte pasó lo que faltaba de la noche , que á su parecer fue un siglo , tanto le tenia rendido la hermosa Dama , y deseaba saber la causa , que le ha-

habia puesto en tal desdicha. Y así apenas fue de dia quando se vistió, y dando á entender que habia parecido la llave, entró en su aposento, y halló á su bella huespeda, que al parecer habia dormido muy poco, y llorado mucho. Sentóse Don Garcia sobre la cama, y despues de preguntarla como se hallaba, y ella dandole gracias, por el bien que le habia hecho, le preguntó que habia de nuevo en Valladolid, si acaso habia salido por ella. No Señora, (respondió Don Garcia) porque si os he de decir la verdad, no me ha dado lugar el deseo de veros, y saber vuestras penas; así os suplico que no me tengais mas confuso, porque lo estoy tanto como el caso requiere. No me espanto Señor Don Garcia, (replió la Dama, que ya sabia su nombre) que mis cosas admiren á quien las ve, y mas quando sepais desde el principio mi historia, que es tal, que mas os parecerá fabula, que caso verdadero, os lo contaré desde el principio de mi niñez, para que tengais que contar en vuestra tierra quando Dios fuere servido de llevaros á ella. Mi nombre, Señor, es Hipolita, naci en esta Ciudad, de padres tan ricos, como nobles, y nació conmigo la desdicha, que siempre sigue á las hermosas, que por tenerme por tal toda esta tierra, me atrevo á hacerme yo misma esta lisonja.

Apenas llegué á los años en que florece la belleza, gallardia, discrecion, y donayre de una muger, quando ya tenian mis padres infinitos pretendientes, que deseaban, por medio mio, á título de mi belleza, mas que al de su riqueza, emparentar con ellos, que aunque esta era mucha mas por la hermosura, que por los bienes de fortuna, deseaban mi casamiento. Entre los muchos que desearon esto, fueron los que mas se señalaron dos Cavalleros vecinos nuestros, tanto que entre su casa, y la mia, no habia mas division que la de una pared, entrambos hermanos, y entrambos con el Habito de Alcantara en los pechos, calificacion de su nobleza. Y como yo hasta entonces no sabia de amor, ni hasta donde llegaba su poder, y jurisdiccion, no me inclinaba á mas de lo que mis padres quisiesen escoger: los quales satisfechos de lo bien que me estaba qualquiera de los dos hermanos, eligieron á Don Pedro, que era el mayor, quedando Don Luis, que era el menor, y debia de ser el que me amaba mas, pues fue el mas desdichado. Estimó esta ventura Don Pedro, como hombre que conocia quanto habia alcanzado en mi valor: y así lo conocí en sus caricias, y regalos. Plugiera á Dios hubiera yo sido cuerda, y supiera agradecer este amor, y hubiera escusado las des-

di-

dichas que padezco, y las que temo me faltan por padecer. Ocho años gozé de las caricias de mi esposo, y el de un amor muy verdadero, porque me enseñaba á quererla en las importunaciones de mi cuñado, que aun no tuvieron fin con verme casado con su hermano, el qual como me queria, las veces que hallaba ocasion me lo decia, no creo yo que con intencion de remedio, porque era Christiano, y cuerdo, si bien amor derriba qualquiera prevencion de estas; y asi pienso ahora que sucedia en él, supuesto que en ocasiones que pudo, casandose, apartarse de este amor, no lo hizo, aunque le ofrecí una prima mia, mas rica, y mas hermosa que yo. Llevaba yo esto con la mayor cordura que podia: unas veces dandole á entender que comprehendia sus intentos, y otras reportandole, y reprehendiendole, y dandole en ocasiones los mas sabios, y virtuosos consejos que mi entendimiento alcanzaba; y tal vez riñendole, y afeandole su atrevimiento, jurando decirselo á su hermano, si no se abstenia de tal maldad, y locura. Con lo qual Don Luis, unas veces triste, y otras alegre, y siempre amante, y celebrador de mi belleza, pasó todo este tiempo, sustentando su vida con sola mi vista, trato, y conversacion, que por ser las casas juntas, eran muy ordinarias sus visitas, y cre-

cia á cada paso su amor con ellas. En este tiempo se vino como veis la Corte á esta Ciudad, pluguiera á Dios hubiera oido los gemidos, clamores, y lagrimas de los que sintiendo esta mudanza, clamaban sin ser oidos, pues con esto se hubieran escusado mis desdichas, que fue el principio de ellas, y el venir entre los muchos pretendientes que siguen la Corte, uno, cuyo nombre es Don Gaspar, Portugués de Nacion, y en la profesion Soldado, que deseoso de alcanzar premios de muchos servicios que habia hecho á su Rey en Flandes, y otras partes, siguió á todos los demás que vinieron tras los Consejos, ó por mejor decir, tras este caos de confusion, que tal es la Corte, y los que la siguen. Y como los negocios no se despachasen á gusto de los pretendientes, si es fuerza aguardar un mes, y otro mes, un año, otro año, y los de Don Gaspar fuesen despacio, empezó travieso á buscar las casas de juego, donde destruir su opinion, y hacienda, y ocioso algun sugeto con que entretenerse, y fuilo yo por mi desdicha, porque viendome un dia en nuestra Señora de San Llorente, dixo, que cautivé su alma, y lo que pensaba buscar por entretenimiento, hubo de solicitar por pasion de voluntad; y fue lo cierto, porque él me robó la voluntad, la opinion, y el sosiego, pues ya para mi acabó

en



en una hora. Era su gallardia, entendimiento, y donayre, tanto, que sin tener las demás gracias, que el mundo llama dones de naturaleza, como son Musica, y Poesia, bastára á rendir, y traer á quererle qualquiera Dama que llegase á verle, quanto, y mas la que se vió solicitada, pretendida, y alabada. Ay de mí! Y quan presentes están en mi alma sus gracias, ya no para estimarlas, sino para sentir, que fueran ellas las que me tienen en el estado que estoy, tan fuera de parecer quien soy, quanto de bolver á verme en la vida dichosa que gocé antes de conocerle. Supe su amor por medio de una criada, (esfingue fiera, y astuta, perseguidora de mi honor) y él supo de ella misma mi agradecimiento, y voluntad, escribiendonos por su medio algunas veces, que imposibilitados de vernos por el recato de mi marido, entreteniamos de esta suerte nuestros amorosos deseos.

Sentia Don Gaspar sumamente el verme casada, y yo mas que él, porque no hay mayor desdicha para quien ama, que tener dueño, y mas si le aborrece, que esto era fuerza en mi, supuesto que queria á Don Gaspar; y quando no fuera por esto, por lo menos por estorbo de mi amor, no habia de ser gustosa su compañía. Decíame sobre esto Don Gaspar la vez que me hablaba, que era en

la Iglesia, mil lastimas, acompañadas de tantas ternezas, que ya quanto mas apriesa subia mi amor, baxaba mi honor, y daba pasos atras, y en sus papeles mas por entero, porque en ellos se habla sin el estorbo del recato, dicensse las razones mas sentidas. Acuerdome que una noche que quiso que fuese yo testigo de su divina voz, fue con unas endechas, que si gustais de oirlas, las diré, para que me disculpeis de mi yerro; pues no es milagro que se rinda la fragilidad de una muger á unas queexas bien dichas. A esto respondió Don Garcia, (ya de todo punto rendia su voluntad á la belleza, y donayre, con que la hermosa Hypolita contaba su tragedia) que antes le pedia que no pasase en silencio nada, porque la oia con tanto gusto, que quisiera que su historia durara un siglo. Pues si es asi, respondió la Dama, las endechas yo las aprendí de memoria, y creo no se me olvida ninguna, ellas decian asi:

*Un imposible adoro,  
por esto me atormento,  
por él doy mil suspiros,  
por él lagrimas vierto.*

*Por él dexo los gustos,  
por él las penas quiero:  
apetezco los males,  
y los bienes desprecio.*

*Ay desdichadas queexas,  
ay amor verdadero,*

*suspiros mal logrados,  
cuidados sin efecto.*

*Dichoso pastorcillo,  
de la ventura extremo,  
por quien zeloso lloro,  
y despreciado temo.*

*El dia que los ojos,  
de mi ingrato te vieron,  
ó cegáran los suyos,  
ó yo naciera ciego.*

*Si para darme penas  
crió tu gracia el Cielo,  
que yo nunca naciera,  
fuera piadoso intento.*

*T pues hay en la Villa  
otros rostros tan bellos,  
exceptuando á mi ingrato,  
pudieras triunfar de ellos.*

*Mas si nacl cuytado,  
sin ventura, qué espero?  
sin razon me lastimo,  
y sin causa me quexo.*

*Gozala, (mas qué digo!)  
No la goces, que muero  
solo en pensar que tuya  
la llama todo el Pueblo.*

*Caminen mis suspiros  
á mi ingrata derechos,  
y en su pecho de marmol  
se conviertan en fuego.*

*Mas si la quiero, cómo  
tan mal la deseo?*

*Mejor es que yo muera,  
que soy el que padezco.*

*Asi cantó llorando  
imposibles desvelos,  
pasadas sinrazones,  
y rigurosos zelos.*

*Un zagalejo amante,  
su ganado siguiendo,*

*perdido por ganarle  
su ganado el deseo.*

No pudo la terneza de mi pecho, ni la fuerza de mi voluntad sufrir el ver padecer á Don Gaspar, sin alentar su amor, siquiera con un dia de favor, y contento, para que pudiese con él llevar con gusto tantos pesares como los que habia de padecer, respecto de las pocas ocasiones que me daba mi esposo; porque aunque vivia seguro de mí (ó fuesen respecto de su honor, ó fuerza de su amor) recelóse como cuerdo, picaba tal vez en zeloso necio, mas amor que algunas veces apiadado de ver padecer á sus subditos, los trae por los cabellos algun breve gusto, ordenó que combidase á mi esposo un Cavallero su amigo para ir á caza, en cuyo exercicio se habian de entretener dos, ó tres dias. Aceptó Don Pedro el viage, y yo aunque me alegré sumamente, fingí desabrimiento, estrañando la novedad. En fin él se partió á su caza, y aquella secretaria de mi flaqueza á dar aviso á Don Gaspar de esta venturosa suerte, á quien dixo por un papel viniese aquella noche por la puerta falsa de un jardin que caia á las espaldas de mi casa, que allí me hallaria, y por señas la puerta abierta, porque no me atreví á que entrase por la principal, respecto que mis padres,

L

en

en cuya casa yo vivia con mi esposo, no le sintiesen. Era Verano, y para aguardar mi amante, hice sacar al jardin dos colchoncillos de raso, y ponerlos debaxo de unas parras tomando por achaque el calor, y era la causa el retirarme de las demás criadas, que si me vieran vestida, no se entráran á costar, y no era esto lo que yo queria, pues mas deseaba la soledad, que la compañía, aguardando sola la de mi amante. En fin ellas dexandome desnuda, y á su parecer dormida, se entraron á recoger, solo quedó conmigo la que sabía mis cosas, y esto con orden de irse luego, y dexarme en el lugar dondè habia de combatir mi amor, y mi honor, quedando éste vencido, y aquel triunfante, y vencedor; quando estando con la puerta abierta, que por no ser el jardin muy grande, lo podia hacer, sin que entrase nadie que no fuese visto, llegaron las criadas á decirme, que su Señor, y mi esposo era venido, que habiendo el que iba en su compañía dado una gran caída, y lastimandose mucho, se bolvieron, no pudiendo proseguir la caza. Pues como yo viese á Don Pedro en casa, y la dicha de mi mano, en no haber venido Don Gaspar, y el peligro en que estaba su vida, y la mia, si acertase á venir, mandé á mi secretaria que cerrase la puerta, por donde habia de en-

trar con llave, pareciendome que quando viniese, y la hallase cerrada se bolveria, y que á la mañana, avisandole lo que pasaba, quedaria satisfecho, como era razon lo estuviese, pues con el legitimo dueño no hay excusas. Hecho esto, llegó Don Pedro con los brazos abiertos, á quien hube de recibir con los mismos, aunque con animo diferente, y él alabando el lugar, y la cama para remedio del calor, me dió cuenta de su venida, y desnudandose se acostó, ocupando el lugar que estaba para mi amante, el qual como dentro de poco tiempo que sucedió esto llegase á la puerta, y la hallase cerrada, cosa tan fuera de nuestro concierto, concibiendo de esta ocasion pesados, y locos zelos, no pudiendo pensar que fuese la ocasion que le estorbaban su entrada, sino otra ocupacion amorosa, (porque siendo una muger facil hasta con los mismos que la solicitan se hace sospechosa) ayudandole un criado, saltó las tapias que no eran muy altas, y paso á paso por no ser sentido, se vino á buscar la causa de su atrevimiento. Habia á este tiempo acabado la Luna su carrera, y escondiose en su primera casa, con que estaba todo en confusas tinieblas, y nosotros rendidos al sueño, y asi tuvo lugar de rodear el jardin, y venir á dar junto á la cama en que yo, y mi esposo es-



estabamos; y como en la vislumbre viese que en ella habia dos personas, no creyendo fuese Don Pedro, se baxó, y puso de rodillas, diciendo entre sí, que no era su sospecha vana, y llevado de la colera, sacó una daga, y como quisiese dar con ella á mi inocente dueño, el Cielo que mira con mas piedad las cosas, permitió que á este punto, dando Don Pedro buelta en la cama suspiró, con lo que conoció Don Gaspar su engaño, y coligió lo que podia ser; y dando gracias al Cielo de su aviso, se puso de mi lado, y dando lugar á esto el sueño de Don Pedro, y su atrevimiento, me despertó: yo conociendo su temeridad en tal caso, le pedi por señas que se fuese, lo qual hizo viendo mi temor, llevando en prendas con mis brazos, las flores de mis labios, fruto diferente de que él pensó coger aquella noche. Con esto, tornando á saltar las tapias Don Gaspar, que por la parte de dentro eran mas baxas, se bolvió á su posada con la pena que se puede creer; y otro dia recibí este papel que me embió, que con esto quiso hacer alarde de su gracia, y de lo que sentia el verse en tal estado, el qual hizo en mí tal efecto, que á estar tan perdida, pudiera acabar de perderme: tan bien me parecian sus cosas.

*Quién puede contra el Cielo tener colera, y rabia,*

*que si con ella escupe,  
no le cayga en la cara?*

*Quién, si está desarmado,  
contra aquel que trabe armas,  
de victoria seguro,  
puede entrar en batalla?*

*Quién contra un poderoso,  
siendo de humilde casta,  
aunque viva ofendido,  
podrá tomar venganza?*

*Qué pobre contra un rico,  
en banquetes, y galas  
podrá en igual fortuna  
pasar la vida larga?*

*Quién, si amor le persigue,  
contra quien no le ama,  
aunque de amar se precie,  
tendrá cierta esperanza?*

*Quién contra un venturoso,  
si en posesion se balla,  
podrá, si es desdichado,  
salir con lo que aguarda?*

*Ay Cielo! Quando quise  
gozar tu hermosa cara,  
en poder de otro dueño  
mi desdicha te balla.*

*Marchita mi ventura,  
dudosa mi esperanza,  
propria el dueño que tiene  
posesion de tus gracias.*

*A quién le ha sucedido  
tan notable desgracia,  
que entrando á poseerte,  
sin posesion se balla?*

Como fue tan desgraciado mi amor en la primera ocasion, temia aventurarme en la segunda; mas eran los ruegos de mi amante tantos, y con tantas veras, que hu-

hube de determinarme ; y asi aconsejandome con aquella criada , secretaria de mi amor , me respondió , que se espantaba de una muger que decia tenerle , que tuviese tan poco animo , y se aventurase tan poco ; que viniese Don Gaspar , y entrase de noche , antes de certarse las puertas , que ella le tendria escondido en su aposento , y que yo ( despues de acostado Don Pedro ) podría , fingiendo algun achaque , levantarse de su lado. Concedí con el entrar , y verme en su estancia con él. Avise á Don Gaspar del concierto , ordenando el modo que habia de tener ; vino la noche , y con ella mi cuidado , porque Don Gaspar , y mi esposo casi entraron á un tiempo. Escondió mi criada en su aposento á Don Gaspar , y yo fingiendo sueño , y alguna indisposicion , hice recoger la gente , y acostar á mi esposo , harto desconsolado de verme indispueta. Estando , pues , aguardando que se durmiese para levantarme , oí grandes voces en la calle , y consecutivamente llamaban á la puerta diciendo: Que se quema esta casa , fuego , fuego , Señor Don Pedro , mire que se abrasan ; pongase en salvo , que por la parte de arriba salen grandes llamas. Levanteme alborotada , y apenas salí á un corredor , quando vi arder mi casa , siendo el incendio tal , que el humo , y fuego no dexaba ver

el Cielo. Y como conociese el peligro , empecé á dar gritos llamando á Don Pedro , y él á los criados , para que acudiesen al remedio. Y fue el caso , que una negra que tenia á cargo la cocina , pegó una vela á un madero , junto á su cama , y quedandose dormida , se cayó la vela sobre ella ; y encendiendose la ropa , pagó con la vida el descuido. Estas desgraciadas nuevas junto con mi peligro , me quitaron de suerte el sentido , que quando bolví en mi , fue cerca de la mañana , hallandome en casa de mi cuñado Don Luis , donde me pasaron , para salvarme la vida. El fuego aplacado , si bien quemada gran parte de mi hacienda , embié á saber si mi criada habia escapado de tal desdicha , por saber si le habia tocado algo de ello á Don Gaspar. En fin ella vino adonde yo estaba , de quien supe , que entre los que acudieron al fracaso , pudo Don Gaspar librarse , sin ser sentido. Pasado este alboroto del fuego , como el de mi corazon era mayor , embié á saber de Don Gaspar , él qual no acabando de encarecer su desdicha , lastimadísimo de mi indisposicion , me escribió un papel con mil tiernas quejas ; al qual respondí mil locuras , dandole palabra de que á la primera ocasion se vengaria de todas estas desventuras. Algunos dias se pasaron en reparar el daño del fuego , y adere-

zar-

zarse la casa, estando yo en casa de mi cuñado, como he dicho; y entreteniendonos mi amante, y yo con papeles, hasta que buelta á la mia, y enternecida de sus ruegos, y olvidada de los pasados estorvos que me ponía el Cielo (para escusar en lo que ahora me veo) di orden de executar el concierto pasado, en cuya conformidad avisé á Don Gaspar, viniese como la vez pasada. Mas fue la suerte, que esta noche vino Don Pedro mas temprano que Don Gaspar; y fue la causa, que andaban por prender á un amigo de mi esposo, por una muerte, y como por ser tan principal se respetaba mi casa como la de un Embaxador, le traxo consigo, y por estar mas seguro, mandó en entrando cerrar las puertas, no dexando á ninguno el cuidado de responder, ni abrir á los que llamasen, sino tomándole para sí, de suerte, que quando Don Gaspar vino, ya la puerta estaba cerrada, y todos recogidos. Hallando tan mala suerte, hizo una contraseña, á la qual salió mi criada á un balcon, y culpando su tardanza le contó lo que pasaba, y que si por una ventanilla que estaba en un aposento baxo no entraba, era imposible abrir ya la puerta. Agradecioselo Don Gaspar con mil palabras, y promesas, y la rogó que baxase á abrir la ventana, la qual por caer á una callejuela sin salida, y ser

pequeña, estaba sin rexa. Hizolo asi mi tercera, previniéndole de que no podia entrar por ella, mas él que con su amor lo hallaba todo facil, pareciéndole bastante, se entró por ella, y entrando la cabeza, y hombros, se quedó atravesado en el marco por la mitad del cuerpo, de suerte, que ni atrás, ni adelante fue posible pisar. Viendose mi criada en esta tribulacion, y que si no era desencaxando el marco, era imposible salir, fue á llamar otra compañera, dándole á entender que era requiebro suyo; y entre las dos, y el criado que traía Don Gaspar, con las dagas, y otros hierros sacaron el marco de la pared; mas no tan sin ruido, que oyendolo los criados, dieron voces, pensando ser ladrones, á las quales se alborotó la casa, siendo fuerza á Don Gaspar, el correr metido en su marco, y á mis criadas recogerse.

Estaba yo descuidada que fuese mi amante el ladron que alborotó la casa; porque como decian que un hombre habia sido hallado, quitando el marco de la ventana, no hice mas diligencia en saberlo, hasta que saliendo de casa mi esposo, entró mi criada á darme de vestir; la qual me dió cuenta del suceso; y como las desdichas no empiezan por poco, creyendo que Don Pedro no vendria tan presto, ya determinada de dar á Don Gaspar el premio



mio de tantos trabajos, y fatigas, le embié bolando á llamar con mi criada, y por ser todo cerca, vino luego, y entrando donde estaba, le recibí con los brazos, siendo éste el segundo favor que en el discurso de un año que nos duró ese entretenimiento, le di, porque el que alcanzó la noche que quiso matar á mi esposo, fue el primero. Estando los dos solemnizando con mucho gusto la entrada de la ventana, mi criada que estaba en una de las de mi casa, sirviendo de atalaya, y espia, entró alborotada, diciendo: Ay, Señora mia! Perdidos somos que mi Señor viene, y tan aprisa, que á esta hora está dentro de casa. Con tales nuevas, aunque pudiera enflaquecer mi ánimo, no lo hizo, antes abriendo un baul grande, que estaba en un retrete mas adentro, saqué de presto quanto habia dentro, y echandolo sobre una rima de colchones, hice entrar en él á Don Gaspar. A este punto entró Don Pedro pidiendo á gran priesa en que hacer las necesidades ordinarias, que ese desconcierto le habia buuelto á casa. En eso, y en tomar unos vizcochos, por no haberse desayunado, se entretubo mas de hora y media, y aun creo que no saliera tan presto, si no oyera tocar á Misa. Y como salió de casa, yo con el mayor gusto del mundo, viendo que ya de aquella vez no podia la fortu-

na quitarme el bien de gozar de mi amante, abrí el baul, mas fue en vano, porque Don Gaspar estaba muerto. Viendole en fin, que no bullia pie, ni mano, le puse desatentamente la mano sobre la boca, y asegurada de mi desventura, sintiendole falto de alientos, en esto, y en verle frio, me aseguré de todo punto, que estaba ahogado. Entró á este punto mi criada, que no con menos lastimas que yo habia cerrado el baul, me sacó fuera, pidiendome ella á mi, y yo á ella, con lagrimas, y suspiros, consejo para tener modo de sacarle de alli, porque en todo hallamos mil dificultades. Estando, pues, las dos solemnizando lastimosamente, la muerte del malogrado de Don Gaspar, entró mi cuñado Don Luis, el qual como me halló tan ansiada, y llorosa, empeczó á preguntarme la ocasion, la qual le dixe, fiada en el grande amor que siempre me habia tenido, aun antes de ser muger de su hermano; y asi rematada, y casi desesperada de la vida, le dixe: Señor Don Luis, á mi me ha sucedido la mayor desdicha, que á muger en el mundo ha sucedido, la qual es tan sin remedio de mi parte, que por eso me atrevo á daros cuenta de ella. En fin le dixe quanto os he dicho, concluyendo con estas palabras: Cavallero sois, si me quereis socorrer, obligueos mi desdicha, su-

po-

poniendo que es Dios testigo, por quien os juro, que no he ofendido á mi marido de obra, si bien con el pensamiento no ha podido ser menos; y si sois tan cruel que no lo creéis, y si lo quereis decir, haced lo que quisieredes, que con una vida que tengo pagaré, sin quedar á deber mas. Admirado Don Luis me dixo, que me quietase, y llamando un hombre, hizo cargar el baul, y llevarlo en casa de un amigo suyo, á quien dió cuenta del caso. Abrieron el baul, y sacando de él á Don Gaspar, le echaron sobre una cama, y le desnudaron; y tentandole el pulso, vieron que no estaba muerto: acostandole en la misma cama, y poniendole paños de vino en las narices, y en los pulsos, y calentadores que ponian dentro de la cama, conocieron en él señales de vida. Viendo esto, le cerraron con llave, dexandole solo, porque todo esto lo supe yo despues. Bolvió Don Gaspar en si cerca ya de la noche, y como se hallase en aquella casa desnudo en la cama, y conociese que no era la que estaba la mia, acordandose, que yo le habia puesto en el baul, empezó á discurrir, buscando la verdad, mas por mas que pensaba hallarla, no acertaba con ella. Estando en esto, sintió abrir la puerta, y atendiendo á ver quien entraba, conoció á Don Luis, el qual suceso le dió

tal susto, que fue milagro no morir de veras, y mas quando llegandose Don Luis á él, y sentandose sobre la cama, le dixo: Conoceisme, Señor Don Gaspar? Sabeis que soy hermano de Don Pedro, y cuñado de Doña Hipolita? Si por cierto, respondió Don Gaspar. Sabeis (prosiguió Don Luis) mi calidad, y la suya? Acordaos de lo que ha pasado hoy? Pues os juro por esta Cruz, (diciendo esto, puso la mano en la que traia en el pecho) que el dia que supiera que bolveis á las pretensiones pasadas, ó pasais por su calle, he de hacer la venganza que ahora dexo de hacer, por haberse una miserable, y loca muger fiado de mi, y estar enterado de que la ofensa de mi hermano no se ha executado de obra, si bien los deseos eran merecedores de castigo. Prometió Don Gaspar obedecerle, asegurandole con mil juramentos, y agradeciendole con mil sumisiones el darle la vida, que habia estado, y estaba en su mano quitarle. Y vistiendose, se fue determinado á no verme jamás, como lo hizo, porque fue mi nombre á sus oídos, la cosa mas aborrecible que tuvo, como sabreis en lo que falta de este discurso. Yo cuidadosa de lo que habia sucedido, sin tener atrevimiento de preguntarlo á Don Luis que cobro habia puesto en aquel desgraciado cuerpo; viendo que él

no me decia nada encargué à mi secretaria se informase en la posada de Don Gaspar diestramente; y que se habia hecho, y fue tan à tiempo, que le halló pasando su ropa à otra posada muy lexos de aquellas calles, por cumplir la palabra que habia dado à Don Luis. El qual apenas vió à Leonor, que asi se llama la criada secretaria de mis devaneos, quando le dixo que se fuese con Dios, que ya bastaban mis enredos, y engaños, y sus desdichas. Y dandole cuenta en breves palabras de quanto le habia pasado; y la que habia dado à Don Luis, concluyó con decir: que me dixese, que muger tan ingrata, y traidora como yo, hiciese cuenta que en su vida le habia visto, que bien echaba de ver que habia sido traza mia esta, y las demás, para traerle al fin que pudiera tener à no dolerse el Cielo de su miseria. Y diciendo esto, se fue, dexando à Leonor confusa; mas con todo le siguió por saber la casa à que se pasaba. Con estas nuevas volvió à mi, que el contento de la vida de Don Gaspar, se me volvió en tristeza; viendome inocente en la culpa que me daba; y aborrecida de un hombre que tanto queria, y por quien tantas veces me habia visto con la muerte al ojo, y la espada à la garganta. Con estos pensamientos dí en melancolizarme, po-

niendo à mi esposo en gran cuidado el verme tan triste, agena de todo gusto. Y viendome perseguida de Don Luis, que habiendole dado alas el saber mi flaqueza; empezó à atreverse à decirme su voluntad sin rebozo, pidiendo sin respeto de Dios, y de su hermano, el premio de su amor. Estas cosas me traian tan fuera de mi, que me quitaron de todo punto las fuerzas, dando conmigo en la cama de una gravissima enfermedad, que si Dios permitiera llevarme de ella, hubiera sido mas dichosa. Mas de un mes me vide en la cama, con bien pocas esperanzas de mi vida, mas no quiso el Cielo que la perdiese para mas atormentarme con ella. Visitabame muy à menudo mi cuñado Don Luis; y ya con amenazas, ya con regalos, ya con caricias, procuraba traerme à su voluntad. Considerad, Señor Don Garcia, mi confusion, que era en esta ocasion la mayor que muger tuvo; por una parte me via despreciada de Don Gaspar, amandole por esta causa mas que hasta entonces, si bien quebradas las alas de mis deseos; porque aunque él me quisiera ya en mí no habia atrevimiento para ponerme en mas peligros que los pasados; por otra me via armada, y solicitada de mi cuñado, y amenazada de él, de suerte, que me decia, viendome abrir la boca



ca para refrenarle , y reprehenderle , que pues habia querido á Don Gaspar , le habia de querer á él ; por una parte temerosa , cerrando los ojos á Dios , queria darle gusto , y por otra consideraba la ofensa , que al Cielo , y á mi marido hacia ; y de todo esto no esperaba remedio , sino con la muerte. Ya os dixe , que su casa , y la mia estaban juntas , que sola una pared las dividia : pues sabreis que por un desbán que estaba junto con otro mio , tan atrasmano , que raras veces se entraba en él , un tabique que le dividia , abrió una pequeña puercecilla , quanto podia entrar una persona : y esta misma noche , despues de habernos recogido , entró por la parte que digo en mi casa , y como quien tambien la sabia , tomó las llaves , y abrió la puerta de la calle , seguro de qualquier impedimento , como ladron de casa , y abierta se fue á la caballeriza , soltó los caballos que habia en ella , que eran seis , dos de rua , y quatro del coche ; los quales empezaron á hacer grandisimo ruido , al qual despertó el criado que cuidaba de ellos , y á grandes voces empezó á pedir ayuda para recogerlos , que andaban sueltos corriendo por la calle. Mi marido que lo oyó , se levantó , y tomando una ropa , llamó á los demás criados , salió á la calle , riñendo al mozo por el descuido que ha-

bia tenido. Don Luis que desnudo en camisa estaba , en parte que lo pudo ver salir , aguardó un poco , y luego se vino á la cama , donde yo estaba ; fingiendo ser mi esposo , se entró en ella , llegando á mi con muchos amores , y terneza. Pues como el tiempo es tan frio como veis , porque esto me obligó á decirle : Jesus , Señor , como venis tan helado ? Hace mucho frio (respondió el cauteloso Don Luis) disimulando quanto pudo la voz. Recogisteis los caballos ? Replique yo : Allá andan en eso , dixo mi traider cuñado , y diciendo esto , y cogiendome en sus brazos , gozó todo quanto deseaba , deshonorando á su hermano , agraviandome á mí , y ofendiendo al Cielo. Hecho esto , viendo que ya era hora de bolver su hermano , dandome á entender , que iba á ver si acababan los criados de recoger los caballos , se levantó sin que en mi cayese sospecha de malicia ninguna , y se bolvió á entrar en su casa por la parte que habia salido. No tardó mucho en venir Don Pedro , dexando ya quieto el alboroto de los caballos , y recogidos los criados , y entrandose en la cama , como venia traspasado de yelo , se quiso llegar á mi ; y así le dixe , reportandole algo de su deseo : Valgame Dios , Señor , y que travieso que estais esta noche,

che, que no ha un instante que estuvisteis aquí, y ahora pretendéis lo mismo? Sueñas, Hipolita, respondió Don Pedro, yo he buuelto aquí desde que salí á recoger los caballos? Respuesta fue esta, que me dexó muy confusa, como quien sabía tan bien que no era sueño; y así pensando en el caso casi, casi sospeché la traición, y aun me quitó el sueño pensar en ella, si bien no me atreví á replicar á Don Pedro. Amaneció, aun mucho mas tarde de lo que mi desasosiego permitia; y habiendome vestido, me fuí á Misa, y al entrar en la Iglesia ayer por la mañana, porque antenoche fue la tragedia de mi honra, hallé á Don Luis junto la pila del agua bendita, el qual como me vió, llegó tan galan como ufano á darme el agua: y como el contento no le cabia en el cuerpo, ó por mejor decir, su traición misma, disponia los instrumentos de mi venganza, al tiempo que yo cortés, y severa tomé el agua de su mano, apretandome la mia, me dixo paso, y con mucha risa: Jesus, Señor, y como venis tan helado? Con cuya palabra acabé de caer en la cuenta de todo. Bolví á mi casa, despues de haber oído Misa, con la inquietud que podeis pensar. Y en comiendo, como Don Pedro se salió fuera, no dexé paso, ni lugar en toda mi casa por escondido que

fuese, que no busqué, ventana, y puerta que no hice prueba de ella: y como lo hallase todo cerrado, y sin macula, sospechando que con ayuda de alguna criada mia habia hecho tal atrevimiento, subí al desbán, mas por acabar de enterarme, que porque creyese hallar en él lo que hallé, que fue la pequeña puerta, la qual no habia cerrado, quizá por venir por ella otras veces. Con esto ya de todo punto sasisfecha, sin decir palabra, me bolví á mi aposento, pensando el modo de mi venganza, estube hasta que mi esposo Don Pedro vino á cenar; y como fuese ya tarde acostóse, y yo con él, aguardando con mucho sosiego la quietud de todos los criados. Viendo, pues, á mi esposo dormido, me levanté, y vestí, y tomando su daga, y una luz, me sabí al desbán, y entrando por la pequeña puerta, llegué hasta el mismo aposento de Don Luis, al qual hallé dormido, no con el cuidado que su traición pedia, sino con el descuido que mi venganza habia menester, porque como ya habia cumplido sus deseos, dormia su apetito sin darle cuidado; y apuntandole al corazon, de la primera herida dió el alma, sin tener lugar de pedir á Dios misericordia: y luego tras esto, le dió otras cinco puñaladas, con tanta rabia, como si con cada una le hu-

hubiera de quitar la vida. Bolvi-  
me á mi aposento , y no miran-  
do si por esto le podia venir á mi  
inocente esposo algun daño , por-  
que por una parte mi furor , y  
por otra mi turbacion me tenia  
fuera de mi , puse la daga en la  
bayna sin limpiar la sangre , ni  
mirar el desacierto que hacia,  
pues quando la Justicia me pren-  
diese , la verdad habia de ser de  
mi parte , y la maldad de Don  
Luis. Abri un escritorio , y puse  
en un lienzo todas mis joyas,  
que valdrian mas de dos mil du-  
cados ; y abriendo las puertas, sin  
ser sentida , ni dar á ninguno  
cuenta de mi locura , me salí de  
casa , y fui á la posada de Don  
Gaspar , que ya otras veces me  
habia informado de mi criada,  
donde era , llamé á la puerta , la  
qual me abrió un criado , que ya  
sabia nuestrás desdichas , como  
me vió , muy espantado , me di-  
xo : que su Señor no habia veni-  
do , porque estaba jugando. No  
importa , ( dixe yo ) que yo le  
aguardaré ; y así lo hice , sabe  
Dios que fue con harto temor.  
Vino al fin Don Gaspar , y como  
entrando , me viese , haciendo-  
se mil cruces , con una colera in-  
creible , me dixo : Qué libertad  
es esta , Señora Doña Hipolita ?  
Qué buscáis en mi casa ? No bas-  
tan los trabajos que me costais,  
y los peligros en que me habeis  
puesto , y el mas cruel , y de ma-  
yor afrenta , el ultimo en que es-

tube , pues con intento traidor,  
y cruel , me embiaste á llamar  
para ponerme en poder de vues-  
tro cuñado , y amante ? Habiale  
yo dado cuenta al ingrato , de  
como Don Luis me queria , y por  
esta causa sospechó tal ingratitud  
de mi : y así porque no pasase  
adelante en su dañada intencion,  
con un mar de lagrimas , le dixe:  
Ay , Don Gaspar , Señor mio , y  
que diferente es todo lo que ima-  
ginas de lo que es , porque entre-  
garos á mi cuñado , bien veo que  
fue desconcierto de mi turbacion:  
mas qué podia hacer una muger  
que se via con un hombre muer-  
to , que tal creí que estabais , y  
aguardando á su marido ? Bien  
parece que no sabeis lo que pa-  
sa. A Don Luis dexo muerto por  
mis propias manos , para lavar  
con su sangre la mancha de mi  
afrenta , la qual intentó , y consi-  
guió como amante desesperado:  
mi casa puesta en el peligro , que  
se dirá mañana , y yo no fuera  
de él. Lo que importa es , que al  
punto me saques de Valladolid,  
y me lleves á Lisboa , que joyas  
traigo para todo. Ha traidora li-  
viana , ( dixo Don Gaspar ) ahora  
confirmo mi pensamiento , que  
fue entregarme á tu galan , para  
que me diese la muerte , causa-  
da de mi firme amor , enfadada  
de mis importunaciones ; y ahora  
que te has hartado de él , qual  
otra Lamia lasciva , y adúltera  
Flora , cruel , y desleal Pandora,  
le



le has quitado la vida, y quieres que yo tambien acabe por tu causa? Pues ahora verás, que como hubo amor, habrá aborrecimiento, y como tuviste mal trato, habrá castigo. Y diciendo esto, me desnudó hasta dexarme en camisa, y con la pretina me puso como veis, (diciendo esto la hermosa Dama mostró á Don Garcia la mas honesta, y recatadamente que pudo, los cardenales de su cuerpo; que todos, ó los mas estaban para verter sangre) sin ser bastante su criado, para que dexase su crueldad, hasta que ya de atormentada caí en el suelo, tragandome mis propios gemidos, por no ser descubierta; y viendome el traidor asi, abrió la puerta, y me arrojó en la calle diciendo, que no me acababa de matar, por no ensuciar su espada en mi vil sangre, donde á no llegar vuestra piedad, á esta hora estuviera, si no muerta, á lo menos en las manos de los que ya me deben andar buscando.

Esta es, piadoso Don Garcia, mi desdichada historia, ahora es menester que me aconsejeis, que podrá hacer de sí una muger, causa de tantos males? Por cierto, hermosa Hipolita, (dixo Don Garcia, tan lastimado de verla bañada en lagrimas, como enamorado de su belleza) que estoy tan ayrado contra el ingrato Don Gaspar, quanto sentido de tus

desdichas. Plugiera á Dios que estuviera en mi mano el remediarlas, aunque pusiera en cambio mi vida: no puedo yo creer, que en Don Gaspar hay noble sangre, pues usó contigo tal vileza; pues quando no mirára lo que te habia querido, y verte rendida en su poder, por muger pudiera guardarte mas cortesía; mas yo te prometo que él no quedará sin castigo, pues el Cielo tiene cargo de tus venganzas, como hizo la de Don Luis. Reposas ahora, que quiero con tu licencia, y las señas de tu casa, ir á ella, y saber en que ha parado tu falta, y su muerte, luego tomaremos el mejor oquerdo. Agradecióselo la Dama con los mayores encarecimientos que pudo, con lo que Don Garcia obligado, y en algo pagado de su amor, se fue en casa de Doña Hipolita, por ver que habia de nuevo; y apenas llegó á ella, quando vió sacar á Don Pedro, que le llevaban preso, á titulo de matador de su hermano, cuyos indicios confirmaba la puerta, que se halló en el desbán, la daga que estaba dentro de la bayna llena de sangre; y el decir las criadas, que su Señora era amada de Don Luis, diligencias que supo muy bien hacer la Justicia, visitando la casa, y lo demás; tomando su confesion á los criados, y criadas. De todas estas cosas, estaba el pobre Cava-

lle-

llero tan inocente, como embelesado de ver la falta de su mujer, que en faltar asimismo las joyas, y el manto, y haber hallado abierta la puerta, daba mas que sospechar, y así sin dar disculpa, ni razon, fue llevado á la carcel, dexando guardas en las casas, tanto del muerto, como del preso, sin perdonar de ningun modo los criados, y criadas, ni aun á sus padres de Doña Hipolita. Lleno de compasion el noble Don Garcia, de ver tal espectáculo, y encendido en colera, con intento de castigar la baxeza de Don Gaspar, á cuya venganza le daba fuerza el amor que en Hipolita habia puesto, pareciendole, que con su vida pagaria el haberla maltratado, y quitado sus joyas. Llegó á su posada, y preguntado por él, le dixo la huespeda, que aquella misma mañana, se habia partido por la posta á Lisboa, donde le habia dicho su criado que iban, porque estaba su padre muy malo.

Pues viendo Don Garcia, el poco fruto que tenia su deseo; y que era fuerza poner cobro en aquella Dama por su peligro, y el suyo, si fuese hallada en su poder, porque á esta hora ya se daban pregones, que á quien dixese de ella, darian cien escudos, y en cuyo poder se hallase, pena de muerte; por esto, y mas por su amor, que le tenia tanto,

que no se atrevia á fiarle de sí mismo, tanto, que casi disculpaba á Don Luis de su yerro, se fue á la roperia, y tomando un gallardo, y rico vestido, y con él los demás adherentes que eran menester, para que Doña Hipolita pudiese salir de allí, lo llevó él mismo, y sin querer fiarse de nadie, se bolvió á su posada, contando á la bella Hipolita lo que pasaba, y como se decia, que querian dar tormento á su marido: nuevas que sintió tanto, que determinada, y loca se quiso ir á poner en poder de la justicia, para que por su ocasion no padeciese el noble Don Pedro, y tantos inocentes criados: mas Don Garcia, reprobando su determinacion, la reportó, y haciendola vestir, y comer un bocado fue por una silla, y en ella la llevó á un Convento de Religiosas, pagando liberalmente quanto era menester, y estando allí le aconsejó, que negociase la libertad de su marido, pues estaba inocente: hizólo la Dama, escribiendo un papel al Presidente, en que decia: que si queria saber el agresor de la muerte de Don Luis, viniese á verla, que ella se lo diria. El Presidente, deseoso de saber caso semejante, como todos eran principales, y aun ella deudora suya, vino con otros Señores del Consejo al Monasterio, á los quales contó Doña Hipolita todo lo que que-

queda dicho, declarandose ella por matador de su aleve cuñado: y diciendo que su marido, y criados estaban inocentes, y tambien los del muerto. Con esta relacion fue el Presidente á hablar á su Magestad, el qual viendo quan justamente se habia vengado Doña Hipolita la perdonó, y dió por libre; y así mismo á su marido, y todos los demás presos, que antes de quatro dias se vieron en su libertad. Sola Doña Hipolita no quiso bolver con su marido, aunque él lo pidió con hartos ruegos, diciendo; que honor con sospecha, no podia criar perfecto amor, ni conformes casados, no por la traicion de Don Luis, que esa, vengada por sus manos, estaba bien satisfecha, sino por la voluntad de Don Gaspar, de quien su marido, entre el si, y el no, habia de vivir receloso. Lo que se le pidió, fueron sus alimentos, que el noble Don Pedro le concedió liberalmente. Este disgusto traxo al pobre Cavallero á tanta tristeza, que sobreviniendole una grande enfermedad, antes de un año murió, dexando á su muger, é hija heredera de toda su hacienda, de quien no se tenia por ofendido, antes el tiempo que vivió la visitaba en todas ocasiones. Viendose Doña Hipolita libre, moza, rica, y en deuda á Don Garcia de haberla amparado, visitado, y animado todo el

tiempo que estubo en el Convento, en el qual la regalaba con muchisima puntualidad, y mas obligada del amor que sabia que la tenia, de que en el Convento le habia dado claras muestras, agradada de su talle, y satisfecha de su entendimiento, cierta de su nobleza, y segura de que estimaria su persona, se casó con él, haciendole Señor de su belleza, y de su gruesa hacienda, que sola esta le faltaba para ser en todo perfecto; pues aunque tenia una moderada pasadía, no era bastante para suplir las faltas, que siendo tan noble, era fuerza tuviese. El qual, agradecido al Cielo, y querido de su hermosa Doña Hipolita, vive hoy con hijos, que han confirmado su voluntad, y estendido su generosa nobleza. Andando el tiempo, traxeron á Valladolid preso un hombre por salteador, y éste, estando ya al pie de la horca, confesó, que sin el delito por que moria, merecia aquel castigo, por haber muerto camino de Lisboa á su Señor Don Gaspar, por quitarle gran cantidad de joyas, que el habia quitado á una Dama, que se habia venido á valer de él, contando el suceso de Doña Hipolita en breves razones; por donde se vino á conocer, que el Cielo dió á Don Gaspar el merecido castigo, por la mano de su mismo criado, que era éste que se castigaba.

Es-



Este suceso pasó en nuestros tiempos, del qual he tenido noticia de los mismos á quien sucedió, y yo me he animado á escribirle, para que cada uno mire lo que hace, pues al fin se paga todo.

Dió tanto gusto la maravilla referida por Don Miguel, que la

celebraron con mil alabanzas, dandole las gracias con agradecidos encarecimientos. Y como Don Lope estuviese satisfecho, de que la suya no daría menos gusto que la de su compañero, se empezó á prevenir para decir la, la qual comenzó de esta suerte.

## NOVELA OCTAVA.

### EL IMPOSIBLE VENCIDO.

**S**alamanca, Ciudad nobilísima, y la mas bella, y amena que en la Castilla se conoce, donde la nobleza compite con la hermosura, las letras con las armas, y cada una de por sí piensa aventajarse, y dexar atrás á quantas hay en España: fue madre, y progenitora de Don Rodrigo, y Doña Leonor, entrambos ricos, y nobles. Era Don Rodrigo segundo en su casa, culpa de la dicha, que quiso por esta parte quitarle los meritos, que por la gallardía, y discrecion tenia merecidos, y que por lo menos fuese defecto, que quitase el emprender famosas empresas, pues lo era para el Doña Leonor, unica, y sola en la casa de sus padres, y heredera de un riquísimo mayoralazgo. Vivian uno frontero de otro, y tan amigos los unos de los otros, que casi se hacia el amistad sangre, siendo la de los

padres causa de que los hijos desde sus mas tiernos años, se amasen, hasta que llegando á los de discrecion, cansado amor de las burlas, solicitó llevar plaza de veras, (y halló en esto favor de su paladar, quanto quiso, y pudo desear) porque los dos amantes habian nacido en la Estrella de Piramo, y Tisbe, por cuyo exemplo puesto en los ojos de sus padres de Doña Leonor, empezaron á temer, no el fin, sino el principio; y porque les parecia, que atajado éste, no tendria lugar el otro, procuró estorbar en quanto les fue posible la comunicacion de Doña Leonor, y Don Rodrigo, pues por lo menos quitaron que no fuese con la llaneza que en la niñez. Y como amor, quando trata cosas de peso, él mismo se recata, y recela de sí mismo, empezaron estos dos amantes á recelarse, hasta de

de sus mismos pensamientos, buscando para hablarse los lugares mas escondidos, tomando amor de las niñerías, entera posesion de las almas, y mas viendo el estorbo que les hacian sus padres, aumentando de tal suerte la voluntad, que ya no trataban sino del efecto de su amor, y cumplimiento de sus deseos, determinandose los dos juntos, y cada uno de por sí, á morir primero, que dar paso atrás en su voluntad. Las dadivas facilitaron la fidelidad de los criados, y amor el modo de verse, supliendo tal vez los amorosos papeles las ocasiones de hablarse, hablando en ellos con tanta llaneza, que sin recato el de la verguenza, que siempre malogra muchos deseos, se declaraban los mas intimos pensamientos. Pues como á la hermosura de Doña Leonor, que cada dia iba en mayor aumento se le ofrecian á cada paso á Don Rodrigo mil competidores, que deseosos de su casamiento, se declaraban por sus pretendientes, temeroso de que alguna vez no le quitasen á fuerza de merecimientos la prenda que mas estimaba, se determinó fiado en los suyos, que aunque menor en su casa, eran muchos, de pedirsela á sus padres, poniendo por solícitos terceros para ello, á los suyos, que satisfechos de su nobleza, y bienes de fortuna, con que

á demás del mayorazgo podian dar algunos á su hijo, se prometieron buen suceso; mas salióles tan al revés esta confianza, que llegando al fin del negocio, se vieron de todo punto defraudados de ella; porque los de Doña Leonor, respondieron, que su hija era unica heredera de su casa, y que aunque Don Rodrigo merecia mucho, no era prenda para un menor, y que esto solo hacia estorbo á sus deseos, los quales si el mayor no fuera casado, se lograrán con mucho gusto de todos, demás que Doña Leonor estaba prometida por muger á un Cavallero de Valladolid, cuyo nombre era Don Alonso. Sintieron esto los padres de Don Rodrigo, pareciendoles agravio preferir á ninguno mas que á su hijo: y de esto nació entre los deudos de una parte, y otra, una grandisima enemistad, tanto, que no se trataban como primero: quien mas lo sintió fue Don Rodrigo, tanto, que perdia el juicio, haciendo tantos extremos como los de su amor le obligaban, y mas quando supo, que para acabar de todo punto este negocio, y que muriese el amor á fuerza de la ausencia, trataron sus padres de embiarle á Flandes, haciendole trocar por esta ocasion los habitos de Estudiante, en galas de Soldado.

Inocente, y descuidada estaba Doña Leonor de este suceso, que

Don

Don Rodrigo no le habia querido dar parte de su determinacion, porque no la estorbaba, temiendo lo mismo que habia de responder su padre, por tener mas puesta la mira en la hacienda, que en su gusto, hasta que el mismo dia que Don Rodrigo tuvo la respuesta desgraciada de su infeliz pretension, y se determinó su partida, escribió à Doña Leonor un papel, en que daba cuenta de la resolucion de sus padres, y de la brevedad de su viage.

El sentimiento de Doña Leonor, con estas nuevas, quede à la consideracion de los que saben que pena es dividirse los que se quieren bien, y en lo que mostró mas largamente caer en la cama de una repentina enfermedad, que puso à todos en cuidado; mas animandose una mañana que le dió su madre (con haber salido fuera) lugar para escribir, respondió à su amante de esta suerte.

*La pena de este suceso, os dirá mi enfermedad; el remedio no le hallo; porque demás de no haber en mi atrevimiento para dar à mi padre este disgusto, la brevedad de vuestra partida no da lugar à nada. No perdais el animo, pues yo no le pierdo. Dad gusto à vuestros padres, que yo os prometo de no casarme en tres años, aunque aventure en ello la vida: esto determino, para que alcanceis con vuestras valerosas hazañas, no los meritos para merecerme, que de*

*esos estoy pagada, y contenta, si los bienes de fortuna, que es en solo lo que repata la codicia de mi padre. El Cielo os dé vida, para que yo vuelva à veros tan firme, y leal como siempre.*

Leyó Don Rodrigo este papel, con tantos suspiros, y lagrimas, como Doña Leonor despidió al escribirle, que fueron hartos que llorar los hombres, quando los males no tienen remedio, no es flaqueza, sino valor; y asi la tornó à suplicar en respuesta, que aliviandose algun tanto, diese orden que la viese, para que por lo menos no llevase este dolor en tan largo destierro: Procuró Doña Leonor dar gusto à su amante, y asi engañando el mal, ò que fuese amor quien hizo este milagro, à pesar de los Medicos, y de sus padres, se levantó el mismo dia que Don Rodrigo se habia de partir, y para que mas pudiese gozarle, pidió à su madre que fuesen à oír Misa à una Imagen que en esta ocasion se señalaba en Salamanca con muchos milagros. Cumplióle este deseo la desdicha, que tal vez dexa que sucedan algunas cosas bien, para que despues se sientan mas los males, y penas que continuamente vienen tras las alegrías. Aguardaba Don Rodrigo el coche en que iba su Dama con su madre cerca de la Iglesia, tan galan, como triste, y tan ayroso, como desdichado. Llegó el co-

M

che



che al lugar de la muerte ( que tal se puede llamar este ) pues habia de ser en el que se habian de apartar las almas de los cuerpos, siendo la despedida sola una vista ; y como Doña Leonor iba con el cuidado , que es justo, luego amor le encaminó la suya à donde estaba su dueño , guisado ( como dicen ) para partir con botas , y espuelas , de que recibió tanta alteracion , considerando que en el mismo instante que le via , le habia de perder , que en respuesta de la cortesía que Don Rodrigo le hizo , con una cortés , y amorosa reverencia , le dió un pesar harto grande , pues le recibió el amante , viendola caer en los brazos de su madre sin ningun sentido. La noble Señora, inocente de estos sucesos , por no haberle dado su marido parte de las pretensiones de Don Rodrigo , dando la culpa el haberse levantado , hizo que diese la vuelta el coche para bolverse à casa: de suerte , que quando Doña Leonor bolvió de su desmayo , ya estaba en su cama , y cercada de Medicos , y criadas , que con remedios procuraban darle la vida, que creían tener perdida.

Aunque Don Rodrigo tenia prevenida su partida , no le dió lugar amor para hacerla , dexando su sol eclipsado , y así la suspendió , hasta que por la esclava, tercera de su amor , supo como Doña Leonor mas aliviada de su

mal , aunque no de su pena estaba reposando. Con cuyas nuevas se partió el mismo dia , quedando la Dama al combate de las persecuciones de su padre , que como discreto no ignoraba de que podia proceder el mal , y disgusto con que siempre la veia, teniendo el ausencia de Don Rodrigo por el autor de todo , mas no por eso dexaba de prevenir lo necesario , para que quando Don Alonso viniese , no hallase impedimento en su casamiento. Llegó Don Rodrigo à Flandes , y fue recibido del Duque de Alva , que à este tiempo gobernaba aquellos Estados , con el gusto que podia tener un Cavallero tan noble como Don Rodrigo , à quien desde luego comenzó à ocupar en cargos , y officios convenientes à su persona , y calidad , sucediendo à cada paso ocasiones , en que Don Rodrigo mostraba su valor , y hazañas , de las quales el Duque satisfecho , y contento , cada dia le hacia mil honras , y favores , siendo su gala , y persona , discrecion , y nobleza , los ojos de la Ciudad. Sucedió en este tiempo , que estando un dia con el Duque de Alva no solo Don Rodrigo , sino todos los mas nobles , y principales Cavalleros , y valerosos Soldados del Exercito , entró una principal Señora Flamenca , y arrodillada à los pies del Duque le pidió que oyese un caso portentoso,

so, y notable, que venia à contarle. El Duque que conocia la nobleza, y calidad de Doña Blanca, se levantó, y la recibió con aquella acostumbrada cortesía de quanto se preció, y era dotado; y haciendola sentar, le dixo, que dixese el sucesso que tanto encarecia. Entonces Doña Blanca contó en presencia de los circunstantes, como desde à un año muerto su marido, se oyó en su casa un grandísimo ruído, que duró muchos dias, y que habria quatro meses que se via en ella una fantasma, tan alta, y temerosa, que no tenia ella, y sus criados otro remedio mas, que en dando las once de la noche (que es la hora en que siempre se veia) encerrarse en un retrete, y aguardar alli hasta que dadas las doce se desaparecia, porque nunca jamás entraba en aquella parte donde ellas se retiraban. Acabó su platica, con pedirle que mandase hacer en este caso alguna diligencia. El Duque, que como sabio consideró, que si fuera fantasma como Doña Blanca decia, no tuviera lugar separado, ni llaves ni cerraduras que le impidieran el entrar adonde Doña Blanca se recogia, y discurriendo en estas imaginaciones un poco, mandó à todos los que estaban alli, guardar en aquel caso secreto, y como en varias ocasiones tenia experiencia del valor, animo, y

prudencia de Don Rodrigo, le mandó que asistiese à la casa de Doña Blanca, y viese que fantasma era aquella que la inquietaba. Besó Don Rodrigo la mano al Duque por la merced que le hacia, en elegirle à el para aquel caso, habiendo en la sala personas mas benemeritas, y de mas valor que él, humildades, que mas hacian lucir su valerosa condicion. Bolvióse Doña Blanca à su casa, con orden que no dixese en ella, que Don Rodrigo habia de ir à verse con aquella figura espantosa, que en ella se veia, porque en esto le pareció al Duque que consistia el saber que era. Vino la noche, y con mas espacio que el animoso Don Rodrigo quisiera, tal era el deseo con que estaba de ver el fin de este negocio, el qual se fue en casa de Doña Blanca, bien armado, y prevenido, y despues de haber estado en conversacion hasta las diez, sin que en este tiempo hubiese tratado de la causa à que iba, como vió que ya podia prevenirse la habló à parte, informandose del modo que la fantasma venia, y despues de haberla ordenado que llamase un criado de los que la servian, para que le acompañase, sin que el tal entendiese para que era llamado. Concedió Doña Blanca en todo, tan aficionada à la gallardia de Don Rodrigo, que bien le hiciera dueño de su persona, y de quanto tenia, di-

ciendole tales razones , que casi se lo daba à entender. Viendo el criado , ignorante de todo , le ordenó Doña Blanca , que previniese una hacha , y creyendo que era para ir alumbrando aquel Cavallero , lo hizo , y como estuvo encendida baxó Don Rodrigo con él , y cerró la puerta de la calle , guardando él mismo las llaves. Buelto arriba , sin dexar un punto el criado , ni darle lugar à que se apartase de él , le dixo à Doña Blanca , que se fuese à recoger con sus mugeres ; la qual obedeciendo , se encerró con ellas en el retrete acostumbrado , que estaba consecutivo à la sala en que Don Rodrigo , con su compañía , quiso aguardar la fantasma. Todas estas cosas tenian admirado al criado de Doña Blanca : y mas se admiró , quando Don Rodrigo juntando la puerta de la sala , le mandó , que se sentase , porque le habia de hacer compañía , de que quisiera excusarse , mas no tuvo remedio , antes con esto confirmó mas la sospecha de Don Rodrigo ; sí bien el mozo disculpaba su turbacion con su miedo ; pero ya determinado en lo que habia de hacer , aguardó su buena , ò mala suerte. Tenia por orden de Don Rodrigo el hacha encendida en la mano , y como dieron las once , se empezaron à oír unos grandes , y espantosos golpes , y dar unos temerosos gemidos , los quales se venian en-

caminando adonde estaban , de cuyo temor el mozo empezó à temblar. Don Rodrigo , que no era necio , con mas ciertas sospechas que nunca , le dixo embranzando un broquel , y desembaynando la espada: Gentil hombre , cuenta con la luz , que la fantasma conmigo lo ha de ver. A este tiempo , viendo entrar aquella figura , el mozo fingiendo de un desmayo , se dexó caer en el suelo , con proposito de matar de esta suerte la luz , como despues se supo , mas no le sucedió tan bien , porque aunque la hacha cayó en el suelo , no se mató: lo qual visto por Don Rodrigo , acudió con mucha presteza à ella , y tomandola en la mano en que tenia la rodela , embistió con la fantasma , que ya à este tiempo estaba en medio de la sala , y de la estatura de un hombre , que entró por la puerta , se habia hecho tan alta , y disforme , que llegaba al techo , y con un baston que traia en las manos , del qual pendia cantidad de cadenas , daba golpes , con que amedrentaba à las inocentes , y flacas mugeres. Don Rodrigo , que con la luz , y su espada se habia llegado cerca , y pudo notar , que en las manos traia guantes , le tiró un golpe à las piernas , que no fue menester mas para rendirle , porque como venia fundado sobre unos palos muy altos , y este cimiento era



era falso , dió el edificio en tierra una terrible caída , à cuyo golpe Doña Blanca , y sus mugeres , que ya por el ruido se habian venido ácia la puerta , salieron fuera con una vela encendida , porque la hacha que tenia Don Rodrigo se habia muerto con el ayre del golpe , el qual acudiendo al caído , le halló tan aturdido , y desmayado , que dió lugar à que se viese quien era porque en quitandole unos lienzos en que venia embuelto , fue conocido de Don Rodrigo ; porque era un Cavallero Flamenco su vecino , que enamorado de ella , desde que murió su marido la solicitaba , y perseguia , al qual la hermosa Doña Blanca habia despedido asperamente , por ser casado. Acudieron con agua , aplicandosela al rostro , para que bolviese del desmayo : y buuelto de él , harto avergonzado del suceso , viendo descubierta su malicia , le dixo Don Rodrigo : Qué disfraz es ese , Señor Arnesto , tan ageno de vuestra opinion , y trato ? Ay Señor Don Rodrigo , ( replicó Arnesto ) si sabeis que es amor , no os maravilleis de esto que hago , sino de lo que dexo de hacer , y pues ya es fuerza que lo sepais , de este embeleco , y disfraz , como vos le habeis llamado , es la causa mi señora Doña Blanca , à la qual me inclinó à amar mi desdicha , y como el ser yo casado , y ser ella quien es , estorba,

y ataja mi ventura , harto de solicitarla , y pretenderla , y de oír asperas palabras de su boca , me aconsejé con este criado , que esta caido en el suelo , y entre los dos dimos esta traza , metiendome él en su aposento desde primera noche , para que con el miedo de mis ahullidos , y golpes , se escondiesen estas criadas , y yo pudiese haber à mi voluntad à la causa de mis desatinos ; y aunque ha muchos dias que hago esta invencion sin fruto , todavia persevero en ella , por ver si alguna vez la fortuna me daba mas lugar que hasta aqui he tenido. Esta noche vine , como las demás , descuidado de hallar quien me descubriese , que aunque este mozo me avisaba de todo , y lo hizo de que estabais aqui quando previno la hacha , como lo ví todo en silencio , creí que os habiais ido , y que todo estaba seguro , porque aunque él no bolvió al aposento , pensé que era ido à sus ocupaciones , como hace otras veces , y asi me atreví à perderme , como lo he hecho , pues descubierto este enredo , es fuerza que no tenga yo buen suceso. Mas piadoso , que admirado , escuchaba Don Rodrigo al apasionado Flamenco , disculpando su yerro con su amor , y al uno , y al otro la hermosura de Doña Blanca ; y à no ser casado el amante , hiciera todo su poder por conformar sus voluntades , y

lograr su amor. Mas esto , y ser el delito tan grave , por ser el dueño tan noble , atajaba todos sus designios , y así le dixo , que le tenia mucha lastima , por padecer sin remedio , como el ser quien era aquella Señora , lo decia ; mas que ya no era tiempo de esas consideraciones , sino de ir delante del Duque , à darle cuenta del caso , pues que por su mandado habia venido à descubrirle. Esto sintió mas Arnesto , que la misma muerte , y así con buenas palabras advirtió à Don Rodrigo de su peligro , él se escusó con decir , que no podia hacer menos , mas que le daba su palabra de hacer quanto pudiese por librarle. Con esto abriendo Don Rodrigo una ventana , y socando por ella una hacha encendida , hizo señas à quatro amigos que tenia prevenidos , hombres de animo , y valor , que vista la seña fueron todos à la puerta , la qual abierta por Don Rodrigo , cogiendo en medio à Arnesto , y asiendo al criado de Doña Blanca se fueron al Palacio del Duque , que aun no estaba acostado: el qual en sabiendo la venida de Don Rodrigo , salió à recibirle , y como le viese tan acompañado , al punto conoció la causa , y mas viendo al Flamenco , à quien conocia , y sabia que era vecino de Doña Blanca , y como supo por entero el caso , contandole Don Rodrigo como habia

pasado , coligiendo del delito , no ser merecedor de perdon , por querer un hombre casado , con tal invencion forzar una Señora tan principal , y noble como Doña Blanca , sin admitir los ruegos de Don Rodrigo , y sus amigos , mandó poner en una torre à Arnesto , y en la carcel publica à su compañero , donde estuvieron , hasta que substanciado el proceso , y verificado el delito con su confesion , y declaracion de las criadas de Doña Blanca , y estando ella firme en pedir Justicia , antes de ocho dias la hicieron de los dos , degollando al uno , y ahorcando al otro , justo premio de quien se atreve à deshonar mugeres de tal valor , y nombre , como la hermosa Doña Blanca: la qual quedó tan enamorada de Don Rodrigo , que por preveniciones que hacia para apartarle de su memoria , era imposible , hallandose cada dia mas enamorada. Era Doña Blanca , demás de ser tan hermosa , muy moza , muy principal , y de ricas partes , que à no estar Don Rodrigo tan prendado en Salamanca , pudiera muy bien estimar para casarse ; mas las memorias de Doña Leonor , le tenian tan fuera de sí , que en lugar de vivir en su ausencia , aun era milagro tenerle , sí bien por no parecer descortés , ni tan para poco , que viendose querer , estuviese timido , tibio , y desdeñoso , procedia en la volun-

luntad de Doña Blanca, agradecido mas que amante: con lo qual la hermosa Dama, unas veces favorecida, y otras despreciada, vivia una vida triste, y ya alegre; porque las finezas de un hombre, mas cortés que amante son penas del Infierno à quien las padece sin remedio, que se sienten, y no se acaban. Visitabala Don Rodrigo, unas veces obligado con ruegos, y regalos, que aunque regateaba el recibirlos, muchas veces los tomaba por no parecer ingrato, sacando de deuda à su atrevimiento, con embiar otros de mas valor, y otras por no dar motivo à quejas, y desesperaciones, que en una muger despreciada, suelen ser de mucho sentimiento: Ay de tí, Doña Blanca, qué marmol conquistadas, y con que enemigos peleas? Amante prendado de otra hermosura quieres para tí? Pues un dia en que Don Rodrigo fue à pagar las finezas que Doña Blanca con él tenia, la halló cantando este Romance, que à lo que en él se vé, se habia hecho al particular de su amor, y de Don Rodrigo, de quien sin duda sospechaba que amaba en otra parte.

*Oid selvas mis desdichas,  
si acaso sabeis de amor,  
escuchad las sinrazones  
de aqueste tirano Dios.*

*Un tirano dueño adoro,  
si bien en mi corazon*

*tuve secreto este fuego,  
por venganza, y por temor.*

*Era el sugeto que amaba,  
tan sugeto à otra aficion,  
que temí poner la mia  
en contraria condicion.*

*Con solo amarle pagaba  
al alma lo que perdió,  
de gusto, reposo, y sueño,  
amando sin galardón.*

*Plaguiera al Cielo, que el alma  
muda estuviera hasta hoy,  
que experimentar desdenes,  
sirve de mayor dolor.*

*Declaréme, selvas mias,  
la voluntad se anegó,  
pues he ganado tibiezas,  
conquistado disfavor.*

*Satisfizo agradecida,  
mas ay de mí! Que fingió,  
que si me amára de veras,  
no estuviera como estoy.*

*Si adoras, tirano dueño,  
à la divina Leonor,  
pedir favor, es pedir  
tinieblas al mismo Sol.*

*Lloremos, selvas amigas,  
este mal logrado amor,  
estos zelos sin remedio,  
cantando con triste voz.*

*Desdichado es amor,  
quando empieza con zelos su pasion.*

Era la hermosa Doña Blanca hija de Español, y de Flamenca, y asi tenia la belleza de la madre, y el entendimiento, y gallardia del padre, hablando, demás de esto la lengua Española, como si fuera nacida en Castilla,



y así cantó con tanto donaire , y destreza , que casi dexó à Don Rodrigo , rendido à quejas tan bien dichas ; mas amor , que estaba entonces de parte de la hermosa Leonor , mas que de la favorecida Doña Blanca , quizá obligado de algunos sacrificios , que la ausente Dama le hacia , estorbó esta afición , que desde este dia se empezaba à entender de esta manera. Habia en la Ciudad un Caballero Español , cuyo nombre era Don Beltran , tan igual en nobleza , y bienes de naturaleza à la hermosa Doña Blanca , quanto corto en los de fortuna , aunque tenia un muy buen entretenimiento , y alguna buena parte de hacienda que sus padres que habian muerto en la misma tierra , le habian dexado. Mas era tan estimado , y tan bien recibido , que quando los animos ociosos trataban de casar las Damas mozas de la Ciudad ; de comun parecer empleaban à la hermosa Doña Blanca en el galan Don Beltran , el qual la amaba con tanto extremo , que casi perdía por ella el juicio. No miraba mal Doña Blanca à Don Beltran , hasta que llegó à ver à Don Rodrigo , mas en el punto que amor cautivó su voluntad , olvidó de suerte à Don Beltran , que hasta su nombre aborrecia. Pues como anduviese deseoso de saber la causa de esta mudanza , y las dadas puedan mas que la fidelidad de las cria-

das , por ser en guardar secreto poco fieles , supo de una de las que la servian , como su Dama queria à Don Rodrigo , y como él correspondia con ella , mas por cortesia , que por voluntad. Y fiandose en esto , quiso llevarlo por valentias , y bravatas , hasta ver si por buenas razones le obligaba , y esa noche , al tiempo que Don Rodrigo salia de casa de Doña Blanca , mas agradecido à su amor que otras veces , se llegó à él , y le suplicó le oyesse dos palabras. Conocióle Don Rodrigo , porque los Soldados ya que no sean todos amigos , se conocen unos à otros , y con mucha cortesia le respondió , que su posada estaba cerca , que si queria ir à ella , ò era negocio que requería otro lugar. Vuestra posada es à proposito Señor Don Rodrigo , ( respondió Don Beltran ) que con los amigos no son menester estos lugares que pensais. Con cuya respuesta se fueron juntos à su posada de Don Rodrigo , y entrando en ella , y sentados juntos , Don Beltran le dixo estas razones: Bien se , Señor Don Rodrigo , que sabeis amar , y que no ignorais las penas à que está sujeto un corazón , que no alcanza lo que desea , y despues que con amar , servir , solicitar , y callar , ha alcanzado meritos , para que sea suya la prenda que estima , y así me escuchareis piadoso , y os lastimareis tierno de mis desdichas , que

que siendo vos, como sois, la causa de ellas, espero, si no remedio, à lo menos favor para vencerlas. Yo, Señor Don Rodrigo, no os quiero cansar en contaros mi nobleza, pues con deciros, que soy hijo de uno de los mas calificados Cavalleros de Guadaluaxara, se dice todo: solo os digo que amé desde mis tiernos años à la hermosa Doña Blanca, pues aun antes que se casase, la adoraba. Fui correspondido de su voluntad en todo aquello que una principal Señora, sin desdorar su opinion pudo favorecerme, sí bien no debía de ser amor con las veras que yo juzgaba, pues en una ausencia que hice à España à tratar mis acrecentamientos, dió la mano à su difunto esposo, con quien apenas vivió casada un año. Murió en fin, como amor vivia aun en medio de los agravios, viendo muerto al dueño de mi prenda, empezaron à alentarse mis esperanzas, bolviendo à verme tan favorecido de mi Dama, como primero, y quando pensé verme en su compañía, atado con el yugo del Matrimonio, se trocó su voluntad de la suerte que sabeis, pues la tiene puesta en vos desde el dia que vencisteis aquella fantasma, inventada para mi desdicha, de la qual yo triunfára, quitandoos à vos, y al Duque de cuidado, si Doña Blanca me diera de su traicion parte. Aconsejabame mi colera, que quitase de por medio vuestra persona, y lo hiciera, no porque me confieso mas animoso, y valiente que vos, mas porque un cuidadoso puede triunfar facilmente de un descuidado, mas puse los ojos en mi Señora Doña Leonor, que segun he sabido, es, y ha de ser vuestra prenda, y asi me determiné venir à pedir por su vida, pues la estimais tanto, tengais lastima de mis desdichas, y pues Doña Blanca no ha de ser para vos, que sea para mi, haciendo cuenta, que con su belleza comprais un esclavo, que lo se-re mientras yo viviere. Con esto, y algunas lagrimas dió fin Don Beltran à sus razones, dexando no menos obligado que compasivo à Don Rodrigo, que como era diestro en amar hubo menester poco para enter necerse, y menos para creerle, y despues de darle à entender que quisiera querer mucho à Doña Blanca, para hacer mas en darsela, que entonces hacia; supuesto que jamás habia correspondido con su voluntad, sino con una discreta aficion, y prudente correspondencia, le ofreció hacer por él quanto fuese posible; mas que le parecia, que Doña Blanca estaba en estado, segun se mostraba su amante, que si no se valian de algun engaño, sería por demás el reducir la: y asi quedaron de concier-

cierto, que Don Rodrigo prosiguiese con su amor con muestras de agradecimiento, hasta poner à Don Beltran en posesion de la cruel Dama; como lo hizo, visitandola otro dia, hallandola muy ufana con los favores que la noche antes habia recibido. Don Rodrigo que si algun deseo habia tenido, viendose obligado de Don Beltran, con haberse sujetado à pedirle remedio, se le habia olvidado, viendole à Doña Blanca tan puesta en favorecerle, la suplicó, que esa noche le viese sin tantos testigos, pues amor no los ha menester, y que se atrevia à pedirle este favor, primero que se casasen; porque no queria que el Duque imaginase, ni supiese, que mientras durase la guerra, él mudaba estado. Aceptó Doña Blanca el partido, por no perder ocasion, y así le dixo que viniese à las once, hora en que sus criadas, y gente dormia, y que por señas, si era musico, cantase alguna cosa, porque queria gozar de sus gracias, y que ella propia le abriria la puerta, para que mediante su palabra, tomando posesion, conociese su amor. Pidióle Don Rodrigo, despues de besarle muchas veces las manos, licencia para que le acompañase un amigo, de quien se fiaba, y à quien queria hacer testigo de su ventura. Concedió en todo Doña Blanca, porque como ganaba, à su

parecer, un tesoro, desperdiciaba à priesa favores. Despidióse Don Rodrigo de su engañada Dama, y fue à buscar à Don Beltran, para darle cuenta de lo que estaba trazado, que le recibió con el gusto que tales nuevas dan. Y así juntos, à la hora señalada se fueron à donde la Dama, ya recogida su gente, los aguardaba en un balcon. Entrados en la calle, empezó Don Beltran, haciendo alarde de una divina voz de que era dotado, la seña concertada, con un laud, y este Romance.

*Selvas, que fuisteis testigos  
de mis dichas algun tiempo,  
quando yo fui mas dichoso,  
y mas constante mi dueño.*

*Si alguna vez, por ventura,  
os obligó mi deseo,  
os aduló mi alabanza,  
y os alabaron mis versos.*

*Haced vuestras hojas ojos,  
para verme como buelvo  
à obligaros con mi llanto,  
à mil nuevos sentimientos.*

*Segunda vez selvas mias,  
aqueste llanto os ofrezco,  
para que aumenteis con él  
vuestros mansos arroyuelos.*

*Quiero à Laura, y no os espante,  
que no diga que la quiero,  
porque quisiera obligarla,  
diciendo que la aborrezco.*

*Deprendi à tener amor,  
amandola, porque fueron  
verdaderas mis finezas,  
y mis cuidados inmensos.*

*Tra-*



*Trátame como sabeis,  
que repetirlo no quiero,  
mi estrella tuvo la culpa,  
ò mi fineza à lo menos.*

*Que à un amor verdadero,  
le siguen penas, y le matan zelos.*

Estaba ya Doña Blanca tan olvidada de Don Beltran, que aunque habia oído otras veces su voz, no le conoció, y creyendo ser el que cantaba Don Rodrigo, baxó à abrirle, y al entrar, le preguntó la Dama, si entraba para ser su esposo? El galan, que no deseaba otra cosa, le dió un si con los brazos, y llamando al amigo que estaba en la calle, un poco apartado, prometió serlo delante de él, quedando con esto, segun las costumbres de Flandes, tan confirmado el matrimonio, como si estuvieran casados. Y con esta seguridad, creyendo que el que entraba era Don Rodrigo, le dexó Doña Blanca gozar quanto quiso, y habia conquistado con tanta perseverancia, entreteniendo en esto alguna parte de la noche, que como donde estaban no habia luz, por mas seguridad, pudo Doña Blanca engañarse, creyendo que el que estaba con ella, era Don Rodrigo, y no Don Beltran, el qual pareciendole, que era descortesía tener tanto tiempo à su amigo en la calle, y viendo que casi queria amanecer, se despidió de su esposa, y baxando juntos à la puerta, al ruido de la

llave llegó Don Rodrigo, que viendo ser tiempo de descubrir su engaño, se dió à conocer à la Dama, descubriendole quien era el que tenia por él, suplicandole encarecidamente perdonase su yerro, que las pasiones de Don Beltran, y su crueldad con él, le habia obligado à tal. Demás que él no se podia casar sino con la hermosa Doña Leonor, à quien tenia hecho cedula de ser su esposo. Con harto sentimiento, y lagrimas, escuchó la hermosa Doña Blanca el suceso, mas viendo que era sin remedio, se despidio de ellos, pidiendo à Don Rodrigo, que pues habia sido el tercero de aquel engaño hablase à sus deudos, y al Duque, para que con gusto de todos se hiciese el casamiento con Don Beltran.

En este estado estaba Don Rodrigo, negociando el bien de su nuevo amigo, en que se dió tan buena maña, que antes de tres dias los tenia ya desposados, con general gusto de todos, mientras Doña Leonor en Salamanca pasaba una vida bien triste, y sin consuelo, por ver, que no solo se habian pasado los tres años puestos por concierto entre ella, y Don Rodrigo, sino que para llegar à los quatro, faltaba bien poco; entreteniendo su amor con algunas cartas, que de tarde en tarde recibia, y à sus padres con su poca edad, y menos salud ( que

à fuerza de tristezas, le tenia bien gastada) y ellos á su esposo, que ya estaba un mes habia en la Ciudad con las mismas excusas, no atreviendose à disgustar à su hija, que por no tener otra, la querian tiernisimamente. Pues un dia que la hermosa Dama, combatida de sus padres, apretada de su amor, y desesperada de esta ausencia, se hallase sola en un retrete, no pensando que habia quien la escuchase, soltando las corrientes de sus divinos ojos, empezó à quejarse de su poca dicha, de la dilacion de Don Rodrigo, y de la violencia con que sus padres la querian casar à su disgusto, entregandola à un hombre que aborrecia, y apartandola de otro, en quien habia puesto toda su felicidad. Oyó su madre las tiernas quejas de Doña Leonor, y conociendo la causa de no quererse casar su hija, determinó de remediarlo por el mejor medio que fuese posible; y para mas asegurarse, esa misma noche, en sintiendola dormida, la cogió las llaves de un escritorio, y en él halló bastante desengaño con las cartas de Don Rodrigo, las quales despues de leídas, dexó como estaban, y tornando à cerrar, puso la llave adonde la habia hallado. Habló del caso à su padre, y viendo los dos, que persuadiria amando, era escusado, ordenaron entre los dos una carta, poniendola en nombre de un

criado que Don Rodrigo habia llevado, y ellos conocian, en que le avisaba, como su Señor se habia casado con una Señora Flamenca muy rica, y hermosa, cuyo dote habia venido à su proposito. Esta carta se dió à los padres de Don Rodrigo, los quales aunque no la tuvieron por muy cierta, por no avisarles su hijo de ello; con todo esto la divulgaron por la Ciudad, de suerte, que como las nuevas en siendo malas, no se encubren, llegaron à los oídos de Dona Leonor, que midiendo la inconstancia de los hombres, con su desdicha, y viendo que el tiempo que decian habia que se habia casado, era el mismo, poco mas, ò menos, que Don Rodrigo no la escribia, las creyó luego; y desesperada de remedio, quanto deseosa de venganza, pareciendole que no la podia tomar mayor de sí misma, y de su amante, que con rendirse à un tirano dueño, que así llamaba al esposo que sus padres le daban: si bien llorosa, y triste, en sabiendo su desdicha dió la mano à Don Alonso, celebrandose en Salamanca sus bodas. Quien viere à Doña Leonor casada hoy con diferente dueño del que sus pasiones prometian, parece que podrá culpar la inconstancia de las mugeres; pues habrá quien diga que no debiera creerse tan de ligero de la primera informacion, mas de esta

está culpa la absuelve el haber pasado un año mas del concierto. Pero lo que mas disculpará , y hará verdadero su amor , será el suceso que del casamiento resultó. Y así en tanto que goza à su disgusto los enfadosos regalos de su esposo , à quien aborrecia, aun antes de casarse , porque no tan solo en dandose la mano se arrepintió , mas aun antes de habersela dado ; de cuyo disgusto se dexó vencer de una tan profunda melancolia , que tenia , no solo à su marido , mas tambien enfadosos à todos. Pasela , pues creyó un engaño tan grande , que yo me paso à Flandes. Don Rodrigo inocente , y temeroso de este suceso , despues de ver à Doña Blanca , y à Don Beltran en posesion de su amor , el galan mas enamorado , y la Dama muy contenta , siguiendo muy valerosamente en su exercicio de la guerra , y teniendo el Duque en esta ocasion muy valerosos Soldados en su compañía , y viendo ser Don Rodrigo de los que mas señaladamente se abentajaban en todas ocasiones , le honró con una Compañia de Caballos , en cuyo exercicio hizo valerosas hazañas. Sucedió en este tiempo el saco de Amberes , tan solemnizado , y sabido de todos , y viendo Don Rodrigo , que à traer la nueva à la Católica , y prudente Magestad del Rey Don Felipe Segundo , habia de venir al-

gun Cavallero , y considerando que esta ocasion era la misma que él siempre deseaba , fiado en sus valerosos hechos , pidió por merced al Duque le honrase con este cargo. Concedióle el Duque esta peticion , y mucho mas que pidiera , por conocer ser merecedor de mayores acrecentamientos , con lo qual mas contento que en su vida estubo , se puso por la posta en España. Llegó à la Corte , dió las nuevas , y en albricias de ellas , despues de haberle hecho su Magestad mil honras , le hizo merced de un Habito de Santiago , y quatro mil ducados de renta , y con todas estas grandezas , fenecida la ocasion de estar en la Corte , se fue à descansar à su Patria , con intento de pedir por esposa à su querida Señora ; ò en caso que se la negasen , mostrando la cedula sacarla por el Vicario. Llegó à Salamanca , y despues de haber desengañado à sus padres de las falsas nuevas que de su casamiento habian tenido , con pedirles de nuevo tornasen à tratar sus bodas con la bellissima Doña Leonor , y oído de ellos una respuesta tan cruel como la de haberse casado , el mas desesperado , triste , y confuso , que en su vida estubo , harto de lastimarse , y sentir tal desdicha , y cansado de atormentarse con imaginaciones , se salió de casa con intento de hablar à Do-

ña



ña Leonor, y en diciendole su sentimiento, culpando su poca lealtad, dar la vuelta à Flandes, y morir sirviendo al Rey. Llegó à su casa à tiempo que estaba la triste Señora en un balcon de ellas mas rendida que nunca à sus tristezas, y melancolicos pensamientos, porque demás de haberse, casado como he dicho, por parecerle irritada de colera, que se vengaba de su ingrato dueño, y estos casamientos hechos con tales designios, siempre paran en aborrecimiento: era el marido zeloso, y no de mejor condicion que otro, y tras esto amigo de seguir sus apetitos, y desconciertos sin perdonar las Damas, ni el juego, causas para que Doña Leonor le hubiese del todo aborrecido, y él viendo su despego, no la trataba muy amorosamente, y estas cosas la traian sin gusto; pues como Don Rodrigo la vió tan triste, se paró muy turbado à mirarla, tanto, que la Dama tuvo lugar, bolviendo de su suspension, de reparar en aquel Soldado, que tan galan, y cuidadoso la miraba, y conociendo à Don Rodrigo, dando un grandisimo grito, se cayó de espaldas en el suelo, dando con el cuerpo un grandisimo golpe, dexando à Don Rodrigo tan turbado, que le pesó mil veces de haberse puesto delante de sus ojos, por no darle tal pesar. Al ruido que hizo con la caída, acudieron su

madre, y criados, y hallandola à su parecer, sin ningun sentido, creyendo ser algun desmayo, la llevaron à la cama, y desnudandola, la pusieron en ella, y con toda priesa embiaron criados, unos à buscar su marido, y otros à traer los Medicos: y estos venidos, haciendola mil diligencias, y remedios sin provecho, ya con unturas, y fomentos, ya con crueles garrotes, cansados de atormentarla, declararon que era muerta, nueva bien rigurosa, no solo para su casa, sino para toda la Ciudad; que como se publicó su repentino fin, generalmente la lloraban, sintiendo todos como propia suya la perdida de tan hermosa Dama: pues si à los que no les tocaba esta desdicha, la sentian, qué seria à quien la tenia en el alma, que era Don Rodrigo? Que aun no habia salido de la calle, esperando saber de algunos el succeso de tan cruel desmayo, de que le desengañaron presto los gritos que en casa de la Dama se daban: mas queriendo mas por entero saber su deseo tan lastimoso, lo preguntó à un criado que salia, que como le dixo que su Señora habia caído muerta, fue milagro no morir tambien. Recogióse à su casa, luego que supo que por orden de los Medicos la guardaban treinta y seis horas, donde hacia, y decia las lastimas que en tal caso se puede pensar.

Pa-

Pasó el termino señalado , y visto que era en vano aguardar mas , la llevaron à la Iglesia mayor , donde tenia su Capilla , y entierro , y poniendola en una caxa de terciopelo negro , como todos los de su linage , la metieron en la boveda , que era una hermosa sala debaxo de tierra , con unos poyos donde ponian las caxas : tenia en la testera un rico Altar de un devoto Crucifixo , en el qual se decian muchas Misas. Supo Don Rodrigo como su querida Leonor estaba ya en la boveda , y con las ansias amorosas , que le apretaban el corazon , apenas fue de noche , quando se fue à la Iglesia , dande halló al Sacristan que estaba cerrando con llave la puerta de la boveda , porque subia de encender las lamparas ; y despues de muchos ruegos le dió una cadena de valor de cien escudos , y pidió que le dexase ver la hermosa Doña Leonor : no fue muy dificultoso el alcanzarlo del Sacristan , visto el interés à quien todo es facil ; y asi cerrando la Iglesia , se baxaron juntos à la funesta boveda , y descubriendo la caxa , empezó el amante Cavallero à abrazar el difunto cadaver , como si tuviera algun sentimiento , à quien bañado en lagrimas , empezó à decir : Quien pensára , querida Leonor , que quando habias de estar en mis brazos , habia de ser à tiempo que no tuvierais

alma , ni sentimiento para oirme ? Ay de mi ! Y como has pagado bien el yerro que hicistes en casarte , siendo yo vivo. Cruel estuviste en hacerlo , mas mucho mas lo has estado en darme tan crecida venganza : vivieras tú , hermoso dueño mio , aunque fuera en poder ageno , que à mí me bastára sola tu vista para vivir alegre. Diciendo estas , y otras palabras de tanto sentimiento , que ya el Sacristan que le acompañaba , le ayudaba con muchas lagrimas , bolvió los ojos al Altar en que estaba el devoto Crucifixo , y como , ni por amante , ni por desdichado perdiese la devocion , se arrojó delante de él , y despues de haberle pedido perdon de haber en su presencia hablado con aquella difunta de aquella suerte , con una devota , y fervorosa oracion , le pidió su vida , pues para darla à los muertos habia ofrecido la suya en la Cruz ; proponiendole una promesa de gran valor. O fuerza de la oracion , que tanto alcanzas ! O piadoso Dios , que asi oyes à los que de veras te llaman ! Pues apenas acabó Don Rodrigo de pedir con piadoso , y devoto afecto , quando fue oído con misericordia , porque sintiendo ruido en el ataud en que estaba Doña Leonor , bolvió la cabeza , y vió , que alzando la Dama las manos se las puso en el rostro

con

con un ay muy debilitado, à cuyo sentimiento acudió Don Rodrigo, y el Sacristan, y vieron, que aunque no habia abierto los ojos, empezaba à cobrar aliento; y así determinaron sacarla de allí, porque si bolviese de todo punto, no se hallase en tan temerosa parte; y con esto, dando Don Rodrigo gracias à Dios, cargó con el amable peso, mandando al Sacristan cerrase la caja como estaba, y subiendo con él à la Iglesia, la puso en una alfombra, pidiendo al Sacristan que le fuese por un poco de vino, y vizcochos, para darle algun aliento, si bolviese del todo. Fue el Sacristan, y apenas le vió Don Rodrigo fuera de la Iglesia, quando tomando en brazos à su Dama, se fue con ella à su casa, donde la quitó el habito en que estaba metida, y la acostó en su cama. Quando el Sacristan bolvió, y no halló al Cavallero, ni la Dama, y no conociese el ladron del amoroso hurto no hizo mas que cerrar la Iglesia, y subirse à su aposento con lo que pudo recoger de vestidos, y camisa; y dexando las llaves colgadas de un clavo, se fue en casa de un amigo, donde estubo retirado, hasta ver en que paraba este suceso. Don Rodrigo muy contento, por ver que Doña Leonor iba cobrando aprisa con el calor la vida, la empezó à llamar por su nombre, rociandole el rostro con

vino, y aplicandola paños mojados, y lo mismo à las narices, con que acabó de cobrar sentido. Y como abriendo los ojos vió à Don Rodrigo, sin que otra persona estuviese à su cabecera, sino él, admirada de verse allí, como quien mejor sabia donde se habia visto, como despues se dirá; le preguntó estrañando el lugar donde estaba, porque hasta entonces no sabia donde habia estado: à lo qual Don Rodrigo satisfizo, contandola lo que queda dicho, confirmando Doña Leonor el milagro de haber buuelto à este mundo, con lo que adelante se verá. Concertaron los amantes de irse otro dia à Ciudad Rodrigo, donde Don Rodrigo tenia deudos; y desde allí sacando recados para sus amonestaciones, desposarse pasados los terminos de ellas: para lo qual antes de ponerlo por obra, consultó Don Rodrigo el caso con un Teologo, el qual le dixo, que lo hiciese, haciendo leer sus amonestaciones en Salamanca, teniendo por sin duda que Dios habia buuelto à Doña Leonor à este mundo, para que cumpliese la primera palabra. Dió Don Rodrigo à entender à sus padres que se iba à Ciudad Rodrigo à divertirse con sus deudos; y con esta licencia, y su Dama, se partió esa noche misma, siendo la segunda de haber cobrado Doña Leonor la vida; la qual habia



bia cobrado el animo, mas no la color, que esa jamás volvió à su rostro. En estando en Ciudad Rodrigo nuestro Cavallero, embió à sus padres un proprio, pidiendoles que para cosas que importaban su quietud, se viniesen por ocho dias à aquella Ciudad, que venidos à ella, con lo que sabrian le disculparian de tal peticion. Ellos, que ya otras veces solian hacer este viage, quando iban à ver à sus parientes, y hoigarse con ellos, se pusieron en un coche, y se fueron à ver con su hijo, que como entrasen en su posada, que era la casa de una hermana de su madre, viuda muy rica, y viesen à Doña Leonor, no dando credito à sus ojos, le preguntaron quien fuese, satisfaciendo Don Rodrigo à su pregunta, con decirles lo que queda dicho; y todos juntos daban muy contentos gracias à Dios, que tantas mercedes les habia hecho. Sacaronse los recados para amonestarse, y embiaronlos à Salamanca al Cura de la Iglesia Mayor, que era la Parroquia de todos, el qual aunque echó menos al Sacristan, como halló la plata, y ornamentos de la Iglesia cabal, creyó que le hubiese sucedido algun caso, que le movió à ausentarse, mas no se echó menos la Dama. Sucedió que todas tres veces que se leyeron las amonestaciones, estaban en la Iglesia los padres, y marido

de Doña Leonor; mas aunque oyeron el nombre de su hija, y los suyos mismos, estando seguros de que era muerta, y la habian enterrado, no cayeron en ello, creyendo que en una Ciudad tan grande como en Salamanca, habria otro del mismo apellido, y nombre. Pues como los terminos de las amonestaciones pasaron sin ver impedimento ninguno, aunque de industria se leían publicamente, se desposaron, gozando Don Rodrigo de su amada prenda, y quedando de concierto de alli à un mes venirse à velar à Salamanca; y porque entonces se habian de hacer unas fiestas muy grandiosas de toros, y cañas, se bolvieron sus padres à su casa à prevenir lo necesario para las bodas. Llegado el aplazado dia, habiendo quatro que Don Rodrigo, y su esposa, con muchas Damas, y Cavalleros habian llegado de secreto à Salamanca, y aposentandose en casa de sus padres, cubiertos todos de galas, y riquezas, entraron en la Iglesia para velarse, à tiempo que sus padres, y marido de la novia estaban en ella oyendo Misa, porque Don Alonso, aficionado à una Dama, que asistia en ella, era muy puntual en galantearla: pues como viesen una boda de tanto aparato, y grandeza, pusieron los ojos en la bien aderezada, y gallarda novia, y como naturalmente la conociesen, por ser los

unos sus padres , y el otro su marido , aun no creyendo los mismos ojos , cada uno por su parte preguntaron quien era , porque al novio ya le habian conocido : y como les dixesen el nombre , mas admirados , engañandose à sí mismos , y no pudiendo creer que fuese la misma , por haberla visto muerta , entre el sí , y el no , dieron lugar que se velasen. Habia en este tiempo Don Alonso salidose de la Iglesia à llamar algunos amigos , y avisar la Justicia , enterado de que era su muger la misma que habia visto casar. Pues como se quedasen los nuevos casados , y su acompañamiento , salió de la Iglesia la madre de Doña Leonor , con menos sufrimiento que los demás , se levantó , y llegandose cerca de ella , la estubo mirando atentamente , y como de todo punto la conociese , con pasos desatentados se fue à abrazar con ella , diciendo: Ay querida Leonor , hija mia , y como es posible que tu corazon puede sufrir el no abrazarme! Doña Leonor que vió à su madre tan cerca de sí , abrazandose con ella , empezó à llorar. Llegó en esto su padre , y el de Don Rodrigo , y visto que alli era alborotar la gente , procurando saber el fin de este caso , las apartaron ; y todas juntas se entraron en los coches , donde mientras tardaron de llegar à una casa , que en la Plaza tenian aderezada para co-

mer , y ver las fiestas , supieron el caso como queda dicho : y sabiendo que Don Rodrigo , y sus padres no determinarian de hacer tal , sin acuerdo de Teólogos , y Letrados ; considerando los caminos que Dios tiene para efectuar su voluntad , y descubrir sus secretos , le dieron muchas gracias , disponiendose à defender por Justicia la causa , si Don Alonso , como pensaban , les pudiese pleyto. Llegando en fin donde les esperaban las mesas , y habiendose servido la comida , se salieron à los balcones à ver las fiestas , donde en uno muy aderezado , y guarnecido , se sentaron los novios. Don Alonso , que solo esto aguardaba , cercado de sus amigos , todos à cavallo pasearon la Plaza , siendo siempre el blanco , y paradero de sus paseos , enfrente del balcon , en que estaban los recién casados , ya recelosos de lo que Don Alonso intentaba. El qual , como con sus amigos , y entre ellos el Corregidor , se acabaron de resolver de que aquella Dama era su misma muger , la que habian visto muerta , y la que habian enterrado do s meses habia ; Don Alonso pidió justicia al mismo Corregidor , dando querrela de Doña Leonor , y Don Rodrigo ; y con esto la gente comenzó à alborotarse. Hizo el Corregidor su embargo , à lo qual Don Rodrigo , que no aguardaba otra cosa , se puso de pechos sobre el

el balcon, y dixo: Señores, yo no niego, que esta Dama es Doña Leonor, hija de los Señores Don Francisco, y Doña Maria, que estan presentes, y muger que fue del Señor Don Alonso, mas tambien advierto, que estoy legitimamente casado con ella. El cómo me case con ella, diré en otro lugar, dexen pasar las fiestas, que pues esto ha de constar por informacion, yo la tengo tan en mi favor, que no recelo siniestra sentencia. Daba vaces Don Alonso, que depositasen à Doña Leonor en parte segura. Hizólo el Corregidor, mandando à su muger, que estaba en la Plaza, que llevase consigo à Doña Leonor. Con esto, y quitar las espadas à Don Alonso, y Don Rodrigo, y mandarles sobre su palabra, que pasadas las fiestas tuviesen por prision su casa.

Otro dia los padres de Don Rodrigo, viendo que aquel pleyto era mas de Justicia Eclesiastica, que de Seglar, pidiendo al Obispo por una peticion, que pidiese los presos, el qual lo hizo, y tomando su confesion à Don Alonso, que ya habia hecho su pedimento ante él, dixo: que Doña Leonor, que era la misma que Don Rodrigo llamaba su muger, era suya, à la qual vencida de un desmayo grande, por engaño de los Medicos, habian enterrado: y que supuesto que faltaba de la boveda donde la ha-

bian puesto, y estaba viva, que él queria que antes de todas cosas se le entregase la Dama, y con ella su dote de que estaba despojado, por las falsas nuevas de su muerte, presentó informacion: A lo qual respondió Don Rodrigo, que Doña Leonor era legitimamente su muger, por una cedula la qual no habia cumplido por la fuerza que sus padres la habian hecho, engañandola, y diciendola, que él se habia casado en Flandes. Y que quando sin engaño se hubiera casado, que ya no podia el primer marido tener ningun derecho, porque la muerte disuelve el matrimonio, y respecto de esto, aquella Señora era suya, y no de Don Alonso, porque ella habia sido verdaderamente muerta, y no desmayada, como constaba de la declaracion de tres Medicos, y haberia tenido treinta y seis horas despues de muerta, doce mas de las que manda la ley, y que él viendola enterrar, habia vencido con dineros la fidelidad del Sacristan, deseoso de ver en sus brazos muerta, la que no habia merecido viva, y que por fin habia entrado en la boveda, donde cansado de llorar, se habia buuelto à un devoto Christo que alli estaba, à quien fervorosamente habia pedido su vida; y que su Divina Magestad, como el mas justo Juez, se lo habia concedido, como vian, dando nueva vida, pa-



ra que él como legitimo dueño la gozase; y de que era verdadero poseedor, lo decían sus diligencias, siendo con justo título su muger; pues para su casamiento, demás de haberse aconsejado con Teólogos, habian precedido todas las solemnidades que pide el Santo Concilio de Trento. Mandó el Obispo venir à Doña Leonor, y que hiciese su declaración; la qual dixo, que ella era verdadera muger de Don Rodrigo, por muchas causas. La primera, que ella le habia dado palabra, la qual no habia cumplido, por haberla forzado sus padres con amenazas, y darle à entender que se habia casado; y que por esta causa habia dado el sí forzada, como lo podia decir el mismo Don Alonso; pues jamás habia podido acabar con ella que consumasen el matrimonio. Demás de

esto, que ella naturalmente habia sido muerta, refiriendo algunas cosas que bastaron à hacer patente esta verdad, que por no ser de importancia al suceso se ocultan; y ultimamente, que ella estaba en poder de Don Rodrigo, al qual conocia por marido, y no à otro.

Visto esto, y el parecer de muchos Teólogos, y Letrados, mandó el Obispo, que la Dama se entregase à Don Rodrigo, desposeyendo à Don Alonso de la muger, y hacienda: con lo qual el dicho Don Rodrigo gozó de la hermosa Doña Leonor muchos años, aunque pocos segun su amor. Murió primero que su marido, dexando un hijo que hoy vive casado, siendo en su tierra muy querido. Con que da fin la célebre maravilla de Don Lope, en que se ve claro el Imposible vencido.

## NOVELA NONA.

### EL JUEZ DE SU CAUSA.

**T**Uvo entre sus grandezas la nobilissima Ciudad de Valencia, por nueva, y milagrosa maravilla de tan celebrado asiento, la sin par belleza de Estela, Dama ilustre, rica, y de tantas partes, gracias, y virtudes, que quando no tuviera otra cosa de que preciarse, sino de tenerla por hija, pudiera alabarse entre to-

das las Ciudades del mundo de su dichosa suerte. Era Estela unica en casa de sus padres, y heredera de mucha riqueza, que para sola ella, les dió el Cielo, à quien agradecidos alaban, por haberlos dado tal prenda. Entre los muchos Cavalleros, que deseaban honrar con la hermosura de Estela su nobleza, fue Don Carlos,

mo-

mozo noble , y rico , de las partes que pudiera Estela elegir un noble marido : sí bien Estela , atada su voluntad à la de sus padres , como de quien sabia , que procuraban su acrecentamiento , aunque entre todos se agradaba de las virtudes , y gentileza de Don Carlos , era con tanta cordura , y recato , que ni ellos , ni él conocian , en ella ese deseo , pues , ni despreciaba cruel sus pretensiones , ni admitia liviana sus deseos , favoreciendoles con un mirar honesto , y un agrado cuerdo , de lo qual el galan satisfecho , y contento , seguia sus pasos , adoraba sus ojos , y estimaba su hermosura , procurando con su presencia , y continuos paseos , dar à entender à la Dama lo mucho que la estimaba. Habia en Valencia una Dama de mas libres costumbres , que à una muger noble , y medianamente rica convenia ; la qual viendo à Don Carlos pasar à menudo por su calle , por ser camino para ir à la de Estela , se aficionó de suerte , que sin mirar en mas inconvenientes que à su gusto , se determinó à darselo à entender del modo que pudiese. Poniasele delante en todas ocasiones , procurando despertar con su hermosura su cuidado : mas como los de Don Carlos estuviesen ocupados , y cautivos de la belleza de Estela , jamás reparaba en la solicitud con que Claudia ( que éste era el nom-

bre de la Dama ) vivia , que como se aconsejase con su amor , y el descuido de su amante , y viese que nacia de alguna voluntad , procuró saberlo de cierto , y à pocos lances descubrió lo mismo , que quisiera encubrir à su misma alma , por no atormentarla con el rabioso mal de los zelos. Y conociendo el poco remedio que su amor tenia , viendo al galan Don Carlos tan bien empleado , procuró por la via que pudiese estorbarlo ; ò ya que no pudiese mas , vivir con quien adoraba , para que su vista aumentase su amor , ò su descuido apresurase su muerte. Para lo qual , sabiendo que à Don Carlos se le habia muerto un page , que de ordinario le iba acompañando , y le servia , fiel consejero de su honesta aficion , aconsejandose con un antiguo criado que tenia , mas codicioso de su hacienda , que de su hermosura y quietud , le pidió que diese traza como ella ocupase la plaza del muerto siervo , dandole à entender que lo hacia por procurar apartarle de la voluntad de Estela , y traerle à la suya , ofreciendole , si lo conseguia , gran parte de su hacienda. El codicioso viejo , que vió por este camino gozaria de la hacienda de Claudia , se dió tal maña en negociarlo , que el tiempo que pudiera gastar en aconsejarla lo contrario , ocupó en negociar lo de su

trage en el de varon , y en servicio de Don Carlos ; y su criado con la gobernacion de su hacienda , y comision de hacer , y deshacer en ella : venció la industria los imposibles ; y en pocos dias se halló Claudia page de su amante , grangeando su voluntad , de suerte , que ya era archivo de los mas escondidos pensamientos de Don Carlos ; y tan válido con él , que solo à él encomendaba la sollicitud de sus deseos. Ya en este tiempo se daba Don Carlos por tan favorecido de Estela , habiendo vencido su amor los imposibles del recato de la Dama , que à pesar de los ojos de Claudia , que con lagrimas solemnizaba esta dicha de los dos amantes , le hablaba algunas noches por un balcon , recibiendo con agrado sus papeles , y oyendo con gusto algunas musicas que le daba su amante algunas veces. Pues una noche que entre otras muchas quiso Don Carlos dar una musica à su querida Estela , y Claudia con su instrumento , habia de ser el tomo de ella , en lugar de cantar el amor de su dueño , quiso con este Soneto desahogar el suyo , que con el lazo al cuello estaba para precipitarse.

*Goce su libertad al que ha tenido  
Voluntad , y sentidos en cadena ;  
T el condenado en la amorosa pena,  
El dudoso favor que ha prevenido.  
En dulces lazos, (pues leal ha sido)*

*De mil gustos de amor el alma llena,  
El que tuvo su bien en tierra agena  
Triunfe de ausencia sin temor de olvido.*

*Viva el amado sin favor zeloso,  
T venza su desden el despreciado,  
Logra sus esperanzas el que espera,  
Con su dicha alegre el venturoso,  
T con su prenda el vitorioso amado,  
T el que amare imposibles qual yo mue-  
(ra.*

En este estado estaban estos amantes , aguardando Don Carlos licencia de Estela para pedir-la à sus padres por esposa , quando vino à Valencia un Conde Italiano , mozo , y galan : pues como su posada estaba cerca la de Estela , y su hermosura tuviese jurisdiccion sobre todos quantos la llegasen à ver , cautivó de suerte la voluntad del Conde , que le vino à poner en puntos de procurar remedio , y el mas conveniente que halló , fiado en ser quien era , demás de sus muchas partes , y gentileza , fue pedir-la à sus padres , juntandose este mismo dia , con la suya , la misma peticion por parte de Don Carlos , que acosado de los amorosos deseos de su Dama , y quizá de los zelos que le daba el Conde , viendole pasear la calle , quiso darles alegre fin. Oyeron sus padres los unos , y los otros terceros ; y viendo que aunque Don Carlos era digno de ser dueño de Estela , codiciosos de verla Condesa , despreciando la pretension de Don Carlos , se la prometie-  
ron



ron al Conde ; y quedó asentado, que de ahí à un mes fuesen las bodas. Sintió la Dama , como era razon esta desdicha , y procuró desbaratar estas bodas , mas todo fue cansarse en vano ; y mas quando ella supo por un papel de Don Carlos , como habia sido despedido de ser suya. Mas como amor quando no hace imposible , le parece que no cumple con su poder , dispuso de suerte los animos de estos amantes , que viendose aquella noche , por la parte que solian , concertaron , que de ahí à ocho dias prevenido Don Carlos lo necesario , la sacase , y llevase à Barcelona , donde se casarian : de suerte , que quando sus padres la hallasen , fuese con su marido y tan noble , y rico como pudiera desear , à no haberse puesto de por medio tan fuerte competidor como el Conde , y su codicia. Todo esto oyó Claudia , y como le llegasen tan al alma estas nuevas , recogióse en su aposento , y pensando estar sola soltando las corrientes à sus ojos, empezó à decir : Ya desdichada Claudia , qué tienes que esperar ? Carlos , y Estela se casan , amor está de su parte , y tiene pronunciada contra mi cruel sentencia de perderle. Podrán mis ojos ver à mi ingrato en brazos de su esposa ? No por cierto : pues lo mejor será decirle quien soy , y luego quitarme la vida. Estas , y otras muchas razones decia Claudia,

quexandose de su desdicha ; quando sintió llamar à la puerta de su estancia , y levantandose à ver quien era vió que el que llamaba à la puerta , era un gentil , y gallardo mozo , que habia sido del padre de Don Carlos , y habiendose rescatado , no guardaba sino pasage para ir à Fez , de donde era natural , que como le vió, le dixo : Para que Amete me vienes à inquietar , ni estorbar mis quexas , si las has oído , y por ellas conoces mi grande desdicha , y afliccion ? Dexamelas padecer , que ni tú eres capaz de consolarme , ni ellas admiten ningun consuelo. Era el Moro discreto , y en su tierra noble , que su padre era Baxá muy rico , y como hubiese oído quexar à Claudia , y conoció quien era , le dixo : Oído he Claudia , quanto has dicho , y como aunque Moro, soy en algun modo cuerdo , quizá el consuelo que te daré , será mejor que el que tú tomas , porque en quitarte la vida , qué agravio haces à tus enemigos , sino darles lugar à que se gocen sin estorbo ? Mejor seria quitar à Carlos à Estela , y esto será facil si tu quieres , para animarte à ello , te quiero decir un secreto , que hasta hoy no me ha salido del pecho : oyeme , y si lo que quiero decirte no te pareciere à proposito , no lo admitas ; muger eres , y dispuesta à qualquier accion , como lo juzgo en haber dexado tu tra-

ge, y opinion, por seguir tu gusto. Algunas veces ví à Estela, y su hermosura cautivó mi voluntad; mira que de cosas te he dicho en estas dos palabras, que xarte que por Carlos dexaste tu reposo, dasle nombre de ingrato, y no andas acertada; porque si tú le hubieras dicho tu amor, quizá Estela no triunfára del suyo, ni yo estuviera muriendo. Dices que no hay remedio, porque tienen concertada en robarla, y llevarla à Barcelona, y te engañas, porque en eso mismo si tú quieres está tu ventura, y la mía; mi rescate ya está dado, mañana he de partir de Valencia, porque paro ello tengo prevenida una Galeota que à noche dió fondo en un escollo cerca del Grao, de quien yo solo tengo noticia; si tú quieres quitarle à Don Carlos su Dama, y hacerme à mi dichoso; pues ella te da credito à quanto le dices, fiada en que eres la privanza de su amante, ve à ella, y dile, que tu señor tiene prevenida una nave en que pasar à Barcelona, como tiene concertado; y que por ser segura, no quiere aguardar el plazo, que entre los dos se puso, que para mañana en la noche se prevenga, señala la hora misma, y dandola à entender que Don Carlos la aguarda en la marina, traerás donde yo te señaláre, y llevandomela yo à Fez, tú quedarás sin embarazo, donde podrás

persuadir, y obligarle à amarte, y yo iré rico de tanta hermosura. Atonita oyó Claudia el discurso del Moro, y como no mirase en mas que en verse sin Estela, y con Don Carlos; aceptó luego el partido, dando al Moro las gracias, quedando de concierto de efectuar otro dia esta traicion, que no fue difícil; porque Estela dando credito, pensando que se ponía en poder del que habia de ser su esposo, cargada de joyas, y dineros, antes de las doce de la siguiente noche, ya estaba embarcada en la Galeota, y con ella Claudia, que Amete la pagó de esta suerte la traicion.

No sintió Estela su desdicha, que asi como se vió redeada de Moros, y entre ellos el esclavo de Don Carlos, y que él no parecia; y conoció que à toda prisa se hacian à la vela, considerando su desdicha, aunque ignoraba la causa, se dexó vencer de un mortal desmayo, que le duró hasta otro dia; tal fue la passion de verse asi, y mas quando otro dia bolviendo oyó lo que entre Claudia, y Amete pasaba; porque creyendo el Moro ser muerta Estela, teniendola Claudia en sus brazos, le decia al alevoso Moro: Para qué Amete, me aconsejaste que pusiese esta pobre Dama en el estado en que está, si no me habeis de conceder la amada compañía de Don Carlos, cuyo amor me obligó à hacer

cer

cer tal traición, como hice en ponerla en tu poder? Cómo te precias de noble, si has usado conmigo este rigor? Al traidor, Claudia, (respondió Amete) pagarle en lo mismo que ofende, es el mejor acuerdo del mundo, demás, que no es razon que ninguno se fie del que no es leal à su misma Nacion, y Patria; tu quieres à Don Carlos, y él à Estela: por conseguir tu amor, quitas à tu amante la vida, quitandole la presencia de su Dama, pues à quien tal traición hace, como darmela à mí por un vano antojo, como quieres que yo me asegure de que luego no avisarás à la Ciudad, y saldrán tras mí, y me darán la muerte? Pues con quitar este inconveniente, llevandote yo conmigo aseguro mi vida, y la de Estela, à quien adoro. Estas, y otras razones como estas, pasaban entre los dos, quando Estela buelta en sí, habiendo oído estas razones, ò las mas, pidió à Claudia, que le dixese, que enigmas eran aquellas que pasaban por ella; lo qual se lo contó todo como pasaba, dando larga cuenta de quien era, y por la ocasion que se veian cautivas. Solemnizaba Estela su desdicha, vertiendo de sus ojos dos mil mares de hermosas lagrimas, y Amete su ventura, consolando à la Dama en quanto podia, y dandola à entender, que iba à ser señora de quanto él po-

seía, y mas en propiedad si quisiese dexar su ley: consuelos que la Dama tenia por tormentos, y no por remedio: à los quales respondió con las corrientes de sus hermosos ojos. Dió orden Amete à Claudia, para que mudando trage, sirviese, y regalase à Estela, y con esto haciendose à lo largo se engolfaron en alta mar la buelta de Fez. Dexemoslos ahora hasta su tiempo, y bolvamos à Valencia, donde siendo echada menos Estela de sus padres, locos de pena, procuraron saber que se habia hecho, buscando los mas secretos rincones de su casa con un llanto sordo, y semblante muy triste. Hallaron una carta dentro de un escritorio suyo, cuya llave estaba sobre un bufete, que abierta, decia asi:

*Mal se compadece amor, è interés, por ser muy contrario el uno del otro, y por esta causa, amados Padres míos, al paso que me alexo del uno, me entrego al otro: la poca estimacion que hago de las riquezas del Conde, me lleva à poder de Don Carlos, à quien solo reconozco por legitimo esposo; su nobleza es tan conocida, que à no haberse puesto de por medio tan fuerte competidor, no se pudiera para darme estado, ni pedir mas, ni desear mas. Si el yerro de haberlo hecho de este modo, mereciere perdon, juntos bolveremos à pedirle, y en tanto pediré al Cielo las vidas de todos.*

Estela.

El



El susto, y pesar que causó esta carta, podrá sentir quien consideráre la prenda que era Estela, y quanto la estimaban sus padres: los quales dando orden à su gente, para que no hiciesen alboroto ninguno, creyendo que aun no habrían salido de Valencia, porque la mayor seguridad era estar-se quedos, y que haciendo algunas diligencias secretas, sabrían de ellos dando avisó al Virrey del caso. La primera que se hizo fue, visitar la casa de Don Carlos, que descuidado del suceso, le trasladaron à un Castillo, à título de robador de la hermosa Estela, y escalador de la nobleza de sus padres, siendo las partes de ellos, y su esposo, que así se intitulaba el Conde. Estaba Don Carlos inocente de la causa de su prision, y hacia mil instancias para saberla: y como le dixesen que Estela faltaba; y que conforme à una carta que se habia hallado de la Dama, el era el autor de este robo, y el Jupiter de esta bella Europa, que él habia de dar cuenta de ella, viva, ò muerta; pensó acabar la vida à manos de su pesar; y quando se vió puesto en el aprieto que el caso requería; porque ya le amenazaba la garganta el cuchillo, y à su inocente vida la muerte: sí bien su padre, como tan rico, y noble, defendía, como era razon, las partes, è inocencia de su hijo. Quedese así hasta su tiempo, que la

historia dirá el suceso; y vamos à Estela, y Claudia, que en compañía del cruel Amete, navegaban con prospero viento la buelta de Fez, que como llegasen à ella, fueron llevadas las Damas en casa del padre del Moro, donde la hermosa Estela empezó de nuevo à llorar su cautiverio, y la ausencia de Don Carlos, porque como Amete viese que por ruegos, ni caricias no podia vencerla, empezó à usar de la fuerza, procurando con malos tratamientos obligarla à querer por no padecer, tratandola como à una miserable esclava, mal comida, y peor vestida, sirviendole la casa, en la qual tenia el padre de Amete quatro mugeres, con quien estaba casado, y otros dos hijos menores; de estos dos, el mayor se aficionó con grandes veras de Claudia, la qual segura de que si como Estela no la admitiese la tratarían como à ella, y viendose tambien excluída de tener libertad, ni de bolver à ver à Carlos, cerrando los ojos à Dios, renegó de su santísima Fe, y se caso con Zayde, que este era el nombre de su hermano. Con lo qual la pobre Dama pasaba triste, y desesperada vida; la qual pasó un año, y en él mil desventuras, sí bien lo que mas la atormentaba, eran las persecuciones de Amete; porque viendose el moro en ocasion no la perdía

Des-

Desesperado, pues, de remedio, pidió à Claudia con muchas lastimas, dièsè orden de que por lo menos, usando de la fuerza, pudiese gozarla; prometióselo Claudia: y así un dia que estaban solas, porque las demás eran idas al baño, le dixo la traidora Claudia estas razones: No sé, hermosa Estela, como te diga la tristeza, y congoxa que padece mi corazón en verme en esta tierra, y en tan mala vida como estoy, y me estan haciendo vivir, me trae muy desconsolada; yo amiga Estela estoy determinada à huirme, que no soy tan Mora, que no me tire mas el ser Christiana; pues el haberme sujetado à esto, fue mas de temor, que de voluntad; cincuenta Christianos tienen prevenido un baxel, en que hemos de partir esta noche à Valencia; si tu quieres, pues venimos juntas, que nos bolvamos juntas, no hay sino que te dispongas, y que nos bolvamos con Dios; que yo espero en él, que nos llevará en salvamento; y sino mira, que quieres que le diga à Carlos, que de hoy en un mes le pienso ver; y en lo que mejor puedes conocer la voluntad que te tengo es, en que estando sin tí, pueden ser ocasion de que Carlos me quiera; y para lo contrario me ha de ser estorbo tu presencia; con todo eso me obliga mas tu miseria, que

mi gusto. Arrojóse Estela à los pies de Claudia, y le suplicó, que pues era esta su determinacion, que no la dexase, y veria con las veras que la servia. Finalmente, quedaron de concierto de salir juntas esta noche, despues de todos recogidos; para lo qual juntaron sus cosas, por no ir desapercibidas. Las doce serian de la noche, quando Estela, y Claudia cargadas de dos pequeños lios, en que llevaban sus vestidos, y camisas, y otras cosas necesarias à su viage, se salieron de casa, y caminaron ácia la Marina, donde decia Claudia que estaba el vergantin, ò baxel, en que habia de escapar, y en su seguimiento Amete, que desde que salieron de casa las seguia. Y como llegasen ácia unas peñas, en que decia que habian de aguardar à los demás, tomando un lugar el mas acomodado, y seguro, que à la cautelosa Claudia le pareció mas à proposito para el caso, se asentó, animando à la temerosa Dama, que cada pequeño rumor le parecia que era Amete. De esta suerte estuvieron mas de una hora, que Amete, aunque estaba cerca de ellas no se habia querido dexar ver, porque estuviese mas segura. Al cabo de esto llegó, y como las viese, fingiendo una furia infernal, les dixo: Ha perras mal nacidas, qué fuga es esta? Ya no os escapareis con las traicio-

nes

nes que teneis concertadas. No es traicion, Amete, dixo Estela, procurar cada uno su libertad, que lo mismo hiciéras tú, si te vieras de la suerte que yo, maltratada, y abatida de tí, y de todos los de tu casa: demás, que si Claudia no me animára, no hubiera en mi atrevimiento para emprender esto, sino que ya mi suerte tiene puesta mi perdicion en sus manos; y asi me ha de suceder siempre que fiare de ella. No lo digas burlando perra, (dixo à esta ocasion la renegada Claudia) porque quiero que sepas, que el traerte esta noche, no fue con animo de salvarte, sino deseo de ponerte en poder del gallardo Amete, para que por fuerza, ò por grado te goce, advirtiéndote, que le has de dar gusto, y con él posesion de tu persona, ò has de quedar aqui hecha pedazos.

Dicho esto se apartó algun tanto, dándole lugar al Moro, que tomando el ultimo acento de sus palabras, prosiguió con ellas, pensando persuadirla, ya con ternezas, ya con amenazas, ya con regalos, ya con rigores. A todo lo qual Estela bañada en lagrimas, no respondia, sino que se cansaba en vano, porque pensaba dexar la vida, antes que perder la honra. Acabóse de enojar Amete, y trocando la terneza en saña, empezó à maltratarla, dándole muchos golpes en

su hermoso rostro, amenazándola con muchos generos de muertes, si no se rendia à su gusto. Y viendo que nada bastaba, quiso usar de la fuerza, batallando con ella hasta rendirla. El animo de Estela en esta ocasion, era mayor que de una flaca doncella se podia pensar; mas como à brazo partido anduviese luchando con ella, ya rendidas las debidas fuerzas de Estela, se dexó caer en el suelo: y no teniendo facultad para defenderse, acudió al ultimo remedio, y al mas ordinario, y comun de las mugeres, que fue dar gritos, à los quales Xacimin, hijo del Rey de Fez, que venia de caza, movido de ellos, acudió à la parte donde le pareció que los oía, dexando atrás muchos criados que traia; y como llegase à la parte donde las voces se daban, vió patente la fuerza que à la hermosa Dama hacia el fiero Moro. Era el Principe de hasta veinte años; y demás de ser muy galan, tan noble de condicion, y tan agradable en las palabras, que por esto, y por ser muy valiente, y dadivoso, era muy amado de todos sus vasallos; era asimismo tan aficionado à favorecer à los Christianos, que si sabía que alguno los maltrataba, los castigaba severamente.

Pues, como viese lo que pasaba entre el cruel Moro, y aquella hermosa esclava, que ya à este

te



te tiempo se podia ver , à causa de que empezaba à romper el Alva ; y la mirase tendida en tierra , y con una liga atadas las manos , y que con un lienzo la queria tapar la boca el traidor Amete , con ayrada voz le dixo : Qué haces perro ? En la Corte del Rey de Fez , se ha de atrever ninguno à forzar las mugeres ? Dexala al punto , sino por vida del Rey que te mato. Decir esto , y sacar la espada todo fue uno. A estas palabras se levantó Amete , y metió mano à la suya , y cerrando con él , le diera la muerte , si el Principe dando un salto , no le hurtára el golpe , y reparára con la espada , mas no fue con tanta presteza , que no quedase herido en la cabeza. Conociendo , pues , el valiente Xacimin , que aquel Moro no le queria guardar el respeto , que justamente debia à su Principe , se retiró un poco , y tocando una cornetilla que traia al cuello , todos sus Cavalleros se juntaron con él à el mismo tiempo que Amete con otro golpe , queria dar fin à su vida. Mas siendo , como digo , socorrido de los suyos , fue preso el traidor Amete , dando lugar à la afligida Estela , con quien ya se habia juntado la alevosa , y renegada Claudia , à que se echase à los pies del Principe Xacimin , que como el gallardo Moro viese mas despacio su hermosura , no agrada-

do de ella , sino compasivo de sus trabajos , la preguntó quien era , y la causa de estar en tal lugar. A lo qual Estela , despues de haberle dicho que era Christiana , con las mas breves razones que pudo , contó su historia , y la causa de estar donde la via , de lo qual el piadoso Xacimin enojado , mandó , que à todos tres los traxesen à su Palacio , donde antes de curarse , dió cuenta al Rey su padre del suceso , pidiendole venganza del atrevimiento de Amete , que fue condenado à muerte él , y Claudia : y este mismo dia , fueron los dos empalados. Hecha esta Justicia , mandó el Principe traer à su presencia à Estela , y despues de haberla acariciado , y consolado , la preguntó , qué queria hacer de sí ? A lo qual la Dama , arrodillada ante él , le suplicó , que la embiase entre Christianos , para que pudiese bolver à su patria. Concedióle el Principe esta petition , y habiendola dado dineros , y joyas , y un esclavo Christiano , que la acompañase , mandó à dos criados suyos la pusiesen donde ella gustase. Sucedió el caso referido en Fez , à tiempo que el Cesar Carlos Quinto , Emperador , y Rey de España estaba sobre Tunez contra Barbaroja.

Sabiendo , pues , Estela esto , mudando su trage mugeril en el de varon , cortandose los cabellos , acompañada solo de su cau-

ti-

tivo Español, que el Principe de Fez le mandó dar, juramentando de que no habia de decir quien era, y habiendose despedido de los dos Cavalleros Moros, que la acompañaban, se fue à Tunez, hallandose en servicio del Emperador, y siempre à su lado en todas ocasiones, grangeando no solo la fama de valiente Soldado, sino la gracia del Emperador, y con ella el honroso cargo de Capitan de Cavallos. Hallóse, como digo, no solo en esta ocasion, sino en otras muchas que el Emperador tuvo en Italia, y Francia, donde hallandose en una refriega à pie, por haberle muerto el cavallo, nuestra valiente Dama, que con nombre de Don Fernando era tenuta en diferente opinion, le dió su cavallo, y le acompañó, y defendió hasta ponerle en salvo. Queció el Emperador tan obligado, que empezó con muchas mercedes à honrar, y favorecer à Don Fernando; y fue la una un Habito de Santiago, y la segunda una gran renta, y titulo. No habia sabido Estela en todo este tiempo nuevas ningunas de su patria, y padres, hasta que un dia vió entre los Soldados del Exercito à su querido Don Carlos, que como le conoció, todas las llagas amorosas se la renovaron, si acaso estaban adormecidas, y empezaron de nuevo à verter sangre: mandóle llamar, y disi-

mulando la turbacion que le causó su vista, le preguntó de adonde era, y cómo se llamaba? Satisfizo Don Carlos à Estela con mucho gusto, obligado de las caricias que le hacia, ò por mejor decir, al rostro, que con ser tan parecido à Estela, traia cartas de favor; y asi la dixo su nombre, y patria, y la causa porque estaba en la guerra, sin encubrir-la sus amores, y la prision que habia tenido, diciendola, como quando pensó sacarla de casa de sus padres, y casarse con ella, se habia desaparecido de los ojos de todos, ella, y un page, de quien fiaba mucho sus secretos, poniendo en opinion su credito, porque tenia para sí, que por querer mas que à él, al page habian hecho aquella vil accion, dándole à él motivo à no quererla tanto, y desestimarla; si bien en una carta que se habia hallado escrita de la misma Dama, para su padre, decia, que se iba con Don Carlos, que era su legitimo esposo, cosa que le tenia mas espantado que lo demás, porque irse con Claudio, y decir que se iba con él, le daba que sospechar, y en lo que paraban sus sospechas, era en creer que Estela no le trataba verdad con su amor, pues le habia dexado en ocasion de perder la vida por justicia, porque despues de haber estado por estos indicios preso dos años, pidiendole no solo el robarla, y ha-

haber escalado una casa tan noble como la de sus padres, viendo que muerta, ni viva no parecia, le achacaban, que despues de haberla gozado la habia muerto, con lo qual le pusieron en grande aprieto, tanto, que muriera por ello, si no hubiera validose de la industria, la qual enseñó lo que habia de hacer, que fue romper las prisiones, y quebrantar la carcel, fiandose mas de la fuga, que de la Justicia que tenia de su parte: que el otro año habia gastado en buscarla por muchas partes, mas que habia sido en vano, porque no parecia, sino que la hubiese tragado la tierra. Con grandes admiraciones escuchaba Estela à Don Carlos, como si no supiera mejor que nadie la historia, y à lo que respondió mas apresuradamente, fue à la sospecha que tenia de ella, y del page, diciendole: No creas Carlos que Estela sería tan liviana, que se fuese con Claudio por tenerle amor, ni engañarte à ti, que en las mugeres nobles no hay esos tratos, lo mas cierto sería, que ella fue engañada, y despues quizá le habrán sucedido ocasiones en que no haya podido bolver por sí; y algun dia querra Dios bolver por su inocencia, y tu quedarás desengañado. Lo que yo te pido es, que mientras estuvieres en la guerra, acudas à mi casa, que si bien quiero que seas

en ella mi Secretario, de mi serás tratado como amigo, por tal te recibo desde hoy, que yo sé que con mi amparo, pues todos saben la merced que me hace el Cesar, tus contrarios no te perseguirán, que acabada esta ocasion daremos orden, para que quedes libre de sus persecuciones; y no quiero que me agradezcas esto con otra cosa, sino que tengas à Estela en mejor opinion que hasta aqui, siquiera por haber sido tú la causa de su perdicion, y no me mueve à esto mas de que soy muy amigo de que los Cavalleros estimen, y hablen bien de las Damas. Atento oyó Carlos à Don Fernando, que por tal tenia à Estela, pareciendole no haber visto en su vida cosa mas parecida à su Dama, mas no llegó su imaginacion à pensar que fuese ella: que viendo que habia dado fin à sus razones, se le humilló, pidiendole las manos, y ofreciendose por su esclavo. Alzóle Estela con sus brazos, quedando desde este dia en su servicio, y tan privado con ella, que ya los demás criados andaban embidiosos. De esta suerte pasaron algunos meses, acudiendo Don Carlos à servir à su Dama, no solo en el officio de Secretario, sino en la camara, y mesa, donde en todas ocasiones recibia de ella muchas, y muy grandes mercedes, tratando siempre de Estela, tanto, que algunas

nas



nas veces llegó à pensar , que el Duque la amaba , porque siempre le preguntaba , si la queria como de antes , y si viera à Estela , si se holgaria con su vista , y otras cosas con que mas aumentaba la sospecha de Don Carlos , satisfaciendo à ellas , unas veces à gusto de Estela , y otras veces à su descontento. En este tiempo vinieron al Emperador nuevas , como el Virrey de Valencia era muerto repentinamente ; y habiendo de embiar quien le sucediese en aquel cargo , por no saber bien , que aquel Reyno estubiese sin quien le gobernase , puso los ojos en Don Fernando , de quien se hallaba tan bien servido. Supo Estela la muerte del Virrey , y no queriendo perder de las manos esta ocasion , se fue al Emperador , y puesta de rodillas , le suplicó le honrase con este cargo. No le pesó al Emperador , que Don Fernando le pidiese esta merced , si bien sentia apartarle de sí , pues por esto no se habia determinado ; pero viendo que con aquello le premiaba , se lo otorgó , y le mandó , que partiese luego , dandole la patente , y los despachos. Vé aqui à nuestra Estela Virrey de Valencia , y à Don Carlos su Secretario , y el mas contento del mundo , pareciendole , que con el Padre Alcalde , no tenia que temer à su enemigo , y así se lo dió à entender su Señor. Satisfecho iba

Don Carlos de que el Virrey lo estaba de su inocencia en la causa de Estela , con lo qual ya se tenia por libre , y muy seguro de sus promesas. Partieron en fin , con mucho gusto , y llegaron à Valencia , donde fue recibido el Virrey , y con muestras de grande alegria. Tomó su posesion , y el primer negocio que le pusieron para hacer justicia , fue el suyo mismo , dando querrela , contra su Secretario. Prometió el Virrey de hacerla. Para esto se mandó , se hiciese informacion de nuevo , examinando segunda vez los testigos. Bien quisieran las partes que Don Carlos estubiera mas seguro , y que el Virrey le mandára poner en prision. Mas à esto los satisfizo , con decir , que él le fiaba , porque para él no habia mas prision que su gusto. Tomó , como digo este caso tan à pecho , que en menos de seis dias estaba de suerte , que no faltaba sino sentenciarle. En fin , quedó para verse otro dia. La noche antes , entró Don Carlos à la misma Camara donde el Virrey estaba en la cama , y arrodillado ante él , le dixo : Para mañana tiene. V. Excelencia determinado ver mi pleyto , y declarar mi inocencia , demás de los testigos que he dado en mi descargo , y han jurado en mi abono , se el mejor , y mas verdadero , un juramento que en sus manos hago , pena de ser tenido  
por

por perjuro, de que no solo no llevé à Estela, mas que desde el dia antes no la vi, ni se que se hizo, ni donde está, porque si bien, yo habia de ser su robador, no tuve lugar de serlo con grande priesa, con que mi desdicha me la quitó, ò para mi perdicion, ò la suya. Basta Carlos, dixo Estela, vete à tu casa, y duerme seguro: soy tu dueño, causas para que no temas, mas seguridad tengo de tí de lo que piensas, y quando no la tuviera, el haberte traído conmigo, y estar en mi casa, fuera razon que te valiera. Tu causa está en mis manos, tu inocencia ya la sé, mi amigo eres, no tienes que encargarme mas esto, que yo estoy bien encargado de ello. Besóle las manos Don Carlos, y asi se fue dexando al Virrey, y pensando en lo que habia de hacer. Quien duda que desearia Don Carlos el dia que habia de ser el de su libertad, por lo qual se puede creer, que apenas el padre universal de quanto vive, descubria la encrespada madexa por los balcones del Alva, quando se levantó, y adornó de las mas ricas galas que tenia, y fue à dar de vestir al Virrey, para tornarle à asegurar su inocencia. A poco rato salió el Virrey de su Camara à medio vestir: mas cubierto el rostro con un gracioso ceño, con el qual, y con una risa à lo falsa, dixo, mirando à su Secre-

tario: Madrugado, has amigo Carlos, algo hace sospechosa tu inocencia, y tu cuidado, porque el libre duerme seguro de qualquiera pena, y no hay mas cruel acusador que la culpa. Turbóse Don Carlos con estas razones, mas disimulando quanto pudo, le respondió: Es tan amada la libertad, Señor Excelentísimo, que quando no tuviera tan fuertes enemigos como tengo, el alborozo de que me he de ver con ella, por mano de vuestra Excelencia, era bastante à quitarme el sueño, porque de la misma manera que mata un gran pesar, lo suele hacer un contento: de suerte, que el temor del mal, y la esperanza del bien, hace un mismo efecto. Galan vienes, (replicó el Virrey) pues el dia en que has de ver representada tu tragedia, en la boca de tantos testigos como tienes contra tí, te adornas de las mas lucidas galas que tienes? Parece que no van fuera de camino sus padres, y esposo de Estela, en decir que debiste de gozarla, y matarla, fiado en los pocos, ò ninguno que te lo vieron hacer, à fe que si pareciera Claudio, vil tercero de tus travesuras, que no se si probáras inocencia; y si va à decir verdad todas las veces que tratamos de Estela, muestras tan poco sentimiento, y tanta vileza, que siento que me debe mas à mi tu Dama, que no à tí, pues su pérdida me cuesta cui-

O

da-

dado, y à tí no. O que pesados golpes eran estos para el corazon de Carlos! Ya desmayado, y desesperado de ningun buen suceso, le iba à dar por disculpa el tiempo; pues con él se olvidaba qualquiera pasión amorosa, quando el Virrey, con un severo semblante, y ayrado rostro, le dixo: Calla, Carlos, no respondas. Carlos yo he mirado bien estas cosas, y hallo por cuenta, que tú no estas muy libre en ellas, y el mayor indicio de todos es, las veras con que deseas tu libertad. Diciendo esto, hizo señas à un page, el qual saliendo fuera, bolvió con una esquadra de Soldados, los quales quitaron à Don Carlos las armas, poniendose como en custodia de su persona. Quien viera en esa ocasion à Don Carlos, no pudiera dexar de tenerle lastima; mudada la color, los ojos baxos, el semblante triste, y tan arrepentido de haberse fiado de la varia condicion de los señores, que solo à sí se daba la culpa de todo. Acabóse de vestir el Virrey, y sabiendo que ya los Jueces, y las partes estaban aguardando, salió à la Sala en que se habia de juzgar este negocio, trayendo consigo à Carlos, cercado de Soldados. Sentóse en su asiento, y los demás Jueces en los suyos, luego el Relator empezó à decir el pleyto, declarando las causas, è indicios que habia, de que Don Carlos era el

robador de Estela, confirmando los generales que en los escritorios del uno, y del otro se habian hallado, las criadas que sabian su amor, los vecinos que los vian hablarse por las rejas, y quien mas lo condenaba, era la carta de Estela, en que rematadamente decia, que se iba con el. A todo esto los mas eficaces testigos en favor de Don Carlos, eran los criados de su casa, que dicen haberle visto acostar la noche que faltó Estela, aun mas temprano que otras veces, y su confesion, que declaraba debaxo de juramento, que no la habia visto; mas nada de esto aligeraba el descargo, porque à eso alegaba la parte, que pudo acostarse à vista de sus criados; y despues bolver à vestirse, y sacarla, y que los habia muerto, aseguraba el no parecer ella, ni el page, secretario de todo, y que seria cierto que por lo mismo le habian tambien muerto, y que en lo tocante al juramento, claro es que no se habia de condenar à sí mismo.

Viendo el Virrey, que hasta aqui estaba condenado Carlos en el robo de Estela, en el quebrantamiento de su casa, en su muerte, y la de Claudio, y que solo él podia sacarle de tal aprieto, determinado, pues, à hacerlo, quiso ver primero à Carlos mas apretado, para que la pasión le hiciese confesar su amor, y para que despues estimase en mas el



el bien : y así Estela le llamó , y como llegase en presencia de todos , le dixo : Amigo Carlos , si supiera la poca justicia que tenias de tu parte en este caso, doy-te mi palabra , y te juro por vida del Cesar , que no te hubiera traído conmigo , porque no puedo negar , que me pesa ; y pues, lo solemnizo con estas lagrimas, bien puedes creerme, siento en el alma ver tu vida en el peligro en que está , pues si por los presentes cargos he de juzgar esta causa , fuerza es que por mi ocasion la pierdas , sin que yo halle remedio para ello , porque siendo las partes tan calificadas tratarles de concierto en tan gran pérdida como la de Estela , es cosa terrible , y no acertada , y muy sin fruto : el remedio que aqui hay , es que parezca Estela, y con esto ellos quedarán satisfechos , y yo podré ayudarte , mas de otra manera , ni à mi está bien , ni puedo dexar de condenarte à muerte. Pasmóse con esto el afligido , Don Carlos , mas como ya desesperado , arródlado como estaba le dixo : Bien sabe V. Excelencia , que desde que en Italia me conoció , siempre que trataba de esto , lo he contado , y dicho de una misma suerte, y que si aqui como à Juez , se lo pudiera negar , alli como à señor , y amigo le dixere la verdad , y de la misma manera lo digo , y confieso ahora. Digo , que adoré à

Estela. Dí , que la adoro , replicó el Virrey algo baxo , que te haces sospechoso en hablar de preterito , y no sentir de presente. Digo que la adoro , respondió Don Carlos , admirado de lo que en el Virrey veia , y que la escribia , que la hablaba , que la prometia ser su esposo , que concerté sacarla , y llevarla à la Ciudad de Barcelona , mas ni la saqué , ni la ví , aqui donde estoy me parta un rayo del Cielo. Bien puedo morir , mas moriré sin culpa ninguna , sino es que acaso lo sea haber querido una mudable, inconstante , y falsa muger , sirena engañosa que en la mitad del canto dulce , me ha traído à esta amarga , y afrentosa muerte. Por amarla muero , no por saber de ella. Pues qué se pudieron hacer esta muger , y este page , dixo el Virrey ? Subieronse al Cielo ? Baxaronse al abismo ? Que sé yo , replicó el afligido Don Carlos. El page era galan , y Estela hermosa : ella muger , y él hombre , quizá. Ha traydor , respondió el Virrey , y como en ese quizá traes encubiertas tus trayedoras , y falsas sospechas , que presto te has dexado llevar de tus malos pensamientos : maldita sea la muger , que con tanta facilidad os da motivo para ser tenida en menos ; porque pensais que lo que hacen obligadas de vuestra asistencia , y perseguidas de vuestra falsa perseverancia , ha-

ce con otra qualquiera que pasa por la calle, ni Estela era muger, ni Claudio hombre; porque Estela es noble, y virtuosa, y Claudio un hombre vil, criado tuyo, y heredero de tus falsedades: Estela te amaba, y respetaba como à esposo, y Claudio la aborrecia, porque te amaba à tí: y digo segunda vez, que Estela no era muger, porque la que es honesta, recatada, y virtuosa, no es muger, sino Angel; ni Claudio hombre, sino muger, que enamorada de tí, quiso privarte de ella, quitandola delante de tus ojos. Yo soy la misma Estela, que se ha visto en un millon de trabajos por tu causa, y tú me lo gratificas en tener de mi la falsa sospecha, que tienes. Entonces contó quanto le habia sucedido, desde el dia que faltó de su casa, dexando à todos admirados del suceso, y mas à Don Carlos, que corrido de no haberla conocido; y haber puesto dolo en su honor, como estaba arrodillado, asido de sus hermosas manos, se las besaba bañandose las con sus lagrimas, pidiendola perdon de sus desaciertos: lo mismo hacia su padre, y el de Carlos, los unos por los otros se embarazaban por llegar à darla abrazos, diciendola amorosas ternezas. Llegó el Conde à darle la enhorabuena, y pedirle se sirviese de cumplir la palabra que su padre le habia dado de que seria su

esposa; de cuya respuesta colgado el animo, y corazon de Don Carlos, puso la mano en la daga, que le habia quedado en la ciota, para que sino saliese en su favor, matar al Conde, y à quantos se lo defendiesen, ò matarse à sí antes que verla en poder ageno. Mas la Dama que amaba, y estimaba à Don Carlos mas que à su misma vida, con muy corteses razones suplicó al Conde la perdonase, porque ella era muger de Carlos, por quien, y para quien queria quanto poseia, y que le pesaba de no ser señora del mundo, para entregarselo todo; pues sus valerosos hechos nacia todos del valor que el ser suya le daba, suplicando tras esto à su padre, lo tuviese por bien. Y baxandose del asiento, despues de abrazarlos à todos se fue à Carlos, y enlazandole al cuello los valientes, y hermosos brazos, le dió en ellos la posesion de su persona. Y de esta suerte se entraron juntos en una carroza, y fueron à la casa de su madre, que ya tenia nuevas del suceso, y estaba ayudando al regocijo, con piadoso llanto. Salió la fama publicando aquesta maravilla por toda la Ciudad, causando à todos notable novedad, por oír decir, que el Virrey era muger, y Estela. Todos acudian, unos al Palacio, y otros à su casa. Despachóse luego un correo al Emperador, que estaba ya en

Va-

Valladolid, dandole cuenta del caso, el qual mas admirado que todos los demás, como quien la habia visto hacer valerosas hazañas, no acababa de creer que fuese asi, y respondió à las cartas con la enhorabuena, y muchas joyas. Confirmó à Estela el Estado que la dió, añadiendola el de Princesa de Buñol, y à Don Carlos el Habito, y renta de Estela, y el cargo de Virrey de Valencia. Con que los nuevos amantes, ricos, y honrados, hechas todas las çeremonias, y cosas acostum-

bradas de la Iglesia, celebraron sus bodas, dando à la Ciudad nuevo contento, à su Estado hermosos herederos, y à los Historiadores, motivos para escribir esta maravilla, con nuevas alabanzas al valor de la hermosa Estela, cuya prudencia, y disimulacion, la hizo severo Juez, siendolo de su misma causa, que no es menos maravilla que las demás, que haya quien sepa juzgarse à si mismo, en mal, ni bien; porque todos juzgamos faltas ajenas, y no las nuestras propias.

## NOVELA DECIMA.

### EL JARDIN ENGAÑOSO

**N**O ha muchos años que en la hermosisima, y noble Ciudad de Zaragoza, vivia un Cavallero noble, y rico, y él por sus partes merecedor de tener por muger una gallarda Dama, igual en todo à sus virtudes, y nobleza. Dióle el Cielo por fruto de su matrimonio, dos hermosas hijas: la mayor llamada Constanza, y la menor Theodosia, tan iguales en belleza, discrecion, y donayre, que no desdecia nada la una de la otra. Eran estas dos bellisimas Damas tan acabadas, y perfectas, que eran llamadas por renombre de su riqueza, y hermosura, las dos niñas de los ojos de su patria.

Llegando, pues, à los años de discrecion, quando en las doncellas campea la belleza, y donayre, se aficionó de la hermosa Constanza Don Jorge, Cavallero asimismo natural de la misma Ciudad de Zaragoza, mozo galan, y rico, unico heredero en la casa de sus padres, que aunque habia otro hermano, cuyo nombre era Federico, como Don Jorge era el mayorazgo le podemos llamar asi. Amaba Federico à Theodosia, si bien con tanto recato de su hermano, que jamás entendió de él esta voluntad. No miraba Constanza mal à Don Jorge, porque agradecida à su voluntad, le pagaba en tener-



sela honestamente , pareciendole , que habiendo sus padres de darla esposo , ninguno en el mundo la merecia como Don Jorge : y fiada en esto , estimaba , y favorecia sus deseos , teniendo por seguro el creer , que apenas se la pediria à su padre , quando tendria alegre , y dichoso fin este amor , si bien le alentaba tan honesta , y recatadamente , que dexaba lugar à su padre , para que en caso que no fuese su gusto el darsela por dueño , ella pudiese , sin ofensa de su honor , dexarse de esta pretension. No le sucedió tan felizmente à Federico con Theodosia , porque jamás alcanzó de ella un minimo favor , antes le aborrecia con todo extremo , y era la causa , amar perdida à Don Jorge , tanto , que empezó à tratar , y buscar modos de apartarse de la voluntad de su hermana. Andaba con estos disfavores Federico tan triste , que ya era conocida , si no la causa la tristeza. Reparando en ello Constanza , que por ser afable , y amar tan honesta à Don Jorge , no le cabia poca parte à su hermano : y casi sospechando que sería Theodosia la causa de su pena , por haber visto en los ojos de Federico algunas señales , lo procuró saber , y fuele facil , por ser los Cavalleros muy familiares de su casa , que siendolo tambien los facilitaba qualquiera inconveniente. Tuvo lugar la

hermosa Constanza de hablar à Federico , sabiendo de él à pocos lances , la voluntad que à su hermana tenia , y los despegos con que ella le trataba , mas con apercibimiento , que no supiese este caso Don Jorge , pues como se ha dicho se llevaban mal. Espantóse Constanza de que su hermana desestimase à Federico , siendo por sus partes digno de ser amado ; mas como Theodosia tuviese tan oculta su aficion , jamás creyó Constanza , que fuese Don Jorge la causa. Estos enfados de Don Jorge , despertaron el alma à Theodosia , à dar modo , como Don Jorge aborreciese de todo punto à su hermana , pareciendole à ella , que el galan se contentaria con desamarla , y no buscarla mas venganza , y con esto tendria ella el lugar que su hermana perdiese : engaño comun en todos los que hacen mal , pues sin mirar que le procuran al aborrecido , se le dan juntamente al amado. Con este pensamiento , no temiendo el sangriento fin que podia tener tal desacierto , se determinó decir à Don Jorge , que Federico , y Constanza se amaban , y pensando , lo puso en execucion , que amor ciego , ciegamente gobierna , y de ciegos se sirve : y asi quien como ciego no procede , no puede llamarse verdaderamente su cautivo. La ocasion que la fortuna dió à Theodosia , fue hallarse solos ,  
Cons-

Constanza, y Don Jorge, y el galán enfadado, y aun si se puede decir, zeloso de haberla hallado en conversacion con su aborrecido hermano, dando à él la culpa de su tibia voluntad, no pudiendo creer que fuese recato honesto, el que la Dama con él tenia, la dixo algunos pesares, con que obligó à la Dama, que le dixese estas palabras: Mucho siento Don Jorge, que no estimes mi buena voluntad, y el favor que os hago en dexarme amar, sino que os atrevais à tenerme en tan poco, que sospechando de mi lo que no es razon, entre mal advertidos pensamientos, me digais pesares zelosos; y aun no contento con esto, os atreveis à pedirme mas favores, que los que os he hecho, sabiendo que no los tengo de hacer. A sospecha tan mal fundada como la vuestra, no respondo, porque si para vos no soy mas tierna de lo que veis, porque habeis de creer, que lo soy para vuestro hermano? A lo demás que decis, queixandoos de mi desabrimiento, y tibieza, os digo, para que no os canseis en importunarme, que mientras no fueredes mi esposo, no habeis de alcanzar mas de mi. Y diciendo esto, por no dar lugar à que Don Jorge tuviese algunas desembolturas amorosas, le dexó, y entró en otra sala donde habia criados, y gente. No aguardaba Theodosia otra oca-

sion mas que la presente, para urdir su enredo, y habiendo estado à la mira, y oído lo que habia pasado, viendo quedar à Don Jorge desabrido, y cuidadoso de la resolucion de Constanza, se fue adonde estaba; y le dixo: No puedo ya sufrir, ni disimular, Señor Don Jorge, la pasion que tengo de veros tan perdido, y enamorado de mi hermana, y tan engañado en esto, como amante suyo, y asi si me dais palabra de no decir en ningun tiempo, que yo os he dicho lo que se, y os importa saber, os diré la causa de la tibia voluntad de Constanza. Sabed, dixo Theodosia, que vuestro hermano Federico, y Constanza se aman con tanta ternura, y firme voluntad, que no hay para encarecerlo, mas que decir, que tienen concertado de casarse, dada se tienen la palabra de esposo, y aun creo que con algunas mas arraigadas prendas, testigo yo, sin querer ellos que lo fuese, oí, y ví quanto os digo, cuidadosa de lo mismo que ha sucedido: esto no tiene ya remedio, lo que yo os aconsejo es, como tan bien entendido, lleveis este disgusto, creyendo que Constanza no nació para vuestra, y que el Cielo os tiene guardada sola la que os merece. Con esto dió fin Theodosia à su traicion, no queriendo por entonces decirle nada de su voluntad, porque no sospechase su engaño; y

Don Jorge principio à una zelosa , y desesperada colera , porque en un punto ponderó el atrevimiento de su hermano , la deslealtad de Constanza , y haciendo juez à sus zelos , y fiscal à su amor , juntando con esto el aborrecimiento con que trataba à Federico , aun sin pensar en la ofensa , dió luego contra él rigurosa sentencia , mas disimulando , por no alborotar à Theodosia , le agradeció cortesmente la merced que le hacia , prometiendo el agradecimiento de ella , y por principio , tomar su consejo , y apartarse de la voluntad de Constanza , pues se empleaba en su hermano mas acertadamente que en él , despidiendose de ella , y dexandola en extremo alegre , pareciendole , que defraudado Don Jorge de alcanzar à su hermana , le seria à ella facil de haberle por esposo. Apenas se apartó Don Jorge de Theodosia , quando se fue à buscar à su aborrecido hermano , sí bien primero llamó un page , de quien fiaba mayores secretos , y dandole cantidad de joyas , y dineros , con un cavallo , le mandó que le aguardase fuera de la Ciudad , en un señalado puesto. Hecho esto , se fue à Federico , y le dixo , que tenia ciertas cosas que tratar con él , para lo qual era necesario salir ácia el campo. Hizolo Federico , no tan descuidado , que no se recelase de su

hermano , por conocer la poca amistad que le tenia ; mas la fortuna , hace sus cosas como le da gusto , sin mirar meritos , ni ignorancias , tenia ya hecha la suerte por Don Jorge contra el miserable Federico , porque apenas llegaron à un lugar à proposito , apartado de la gente , quando sacando Don Jorge la espada , llamandole robador de su mayor descanso , y bien , sin darle lugar à que sacase la suya , le dió una estocada por el corazon , de que cayó muerto. Don Jorge acudió adonde le aguardaba su criado con el cavallo , y subiendo en él con su secretario à las ancas , se fue à Barcelona , de alli , hallando las Galeras que se partian à Napoles , se embarcó en ellas , despidiendose para siempre de España. Fue hallado esta misma noche el malogrado Federico , muerto , y traído à sus padres , con tanto dolor suyo , y de toda la Ciudad , que à una lloraban su desgraciada muerte , ignorandose el agresor de ella. Sintió mucho Constanza la ausencia de Don Jorge , mas no de suerte , que diese que sospechar cosa que no estubiese muy bien à su opinion. En este tiempo murió su padre , dexando à sus hermosas hijas con gran suma de riqueza , y à su madre por su amparo : la qual ocupada en el gobierno de su hacienda , no trató de darlas estado en mas de dos años , sin que en



todo este tiempo se supiese cosa alguna de Don Jorge, cuyo olvido fue haciendo su acostumbrado efecto en la voluntad de Constanza, lo que no pudo hacer en la de Theodosia, que siempre amante, y siempre firme, deseaba ver casada à su hermana, para vivir mas segura, si Don Jorge pareciese, sucedió en este tiempo venir à algunos negocios à Zaragoza, un Hidalgo Montañes, mas rico de bienes de naturaleza, que de fortuna, hombre de hasta treinta, ò treinta y seis años, galan, discreto, y de muy amables partes, llamado Carlos. Tomó posada enfrente de la casa de Constanza, y à la primera vez que vió la belleza de la Dama, le dió en pago de haberla visto, la libertad, dandole asiento en el alma con tantas veras, que sola la muerte le pudo sacar de esta determinacion. Viase nuestro Carlos pobre, fuera de su patria, porque aunque le sobraba de noble, lo que le faltaba de rico, no era bastante para atreverse à pedirle por muger, seguro de que no se la habian de dar; mas no hay amor sin astucias, ni cuerdo que no sepá aprovecharse de ellas; imaginó una, que fue bastante à darle lo mismo que deseaba, y para conseguirla, empezó à tomar amistad con Fabia que así se llamaba su madre de Constanza, y à regalarla con algunas cosas que procuraba para

este efecto, haciendo la noble Señora, en agradecimiento lo mismo. Visitabalas algunas veces, grangeando con su agrado, y linda conversacion, la voluntad de todas, tanto, que ya no se hallaban sin él. En teniendo Carlos dispuesto este negocio tan à su gusto, descubrió su intento à una ama vieja, que le servia, prometiendole pagarselo muy bien, y de esta suerte se empezó à fingir enfermo, y no solo con achaque limitado, sino que de golpe se arrojó en la cama. Tenia ya la vieja su ama prevenido un Medico à quien dieron un gran regalo, y así comenzó à curarle à titulo de un cruel tabardillo. Supo la noble Fabia la enfermedad de su vecino, y con notable sentimiento le fue luego à ver, y le acudia como si fuera un hijo. Creció la fingida enfermedad, à dicho del Medico, y congoxas del enfermo, tanto, que se le ordenó que hiciese testamento. Todo lo qual se hizo en presencia de Fabia, que sentia el mal de Carlos en el alma, à la qual el astuto Carlos, asidas las manos, estando para hacer testamento: Ya veis, Señora mia, en el estado que está mi vida, mas cerca de la muerte, que por otra cosa, no lo siento tanto por haberme venido en la mitad de mis años, quanto por estorbarse con ella el deseo que siempre he tenido de serviros despues que os conocí, mas

mas para que mi alma vaya con algun consuelo de este mundo, dadme licencia para descubriros un secreto. Seis meses ha Señora Fabia, dixo Carlos, que vivo enfrente de vuestra casa, y esos mismos que adoro, y deseo para mi muger mi Señora Doña Constanza, vuestra hija, por su hermosura, y virtudes no he querido tratar de ello, aguardando la venida de un Cavallero, deudo mio, à quien esperaba, para que lo tratase; mas Dios que sabe lo que mas conviene, ha sido servido de atajar mis intentos de la manera que veis, sin dexarme gozar de ese deseado bien: la licencia que ahora me habeis de dar es, para que yo le dexé toda mi hacienda, y que ella la acepte, quedando vos, Señora, por testamentaria, y despues de cumplido mi testamento, todo lo demás sea para su dote. Agradecióle Fabia con palabras amorosas la merced que le hacia, sintiendo, y solemnizando con lagrimas el perderle. Hizo Carlos su testamento, y por decirlo de una vez, él testó de mas de cien mil ducados, señalando en muchas partes de la montaña, muy lucida hacienda, y de todos dexó por heredera à Constanza, y à su madre tan lastimada, que pedia al Cielo con lagrimas su vida. En viendo Fabia à su hija, echandole al cuello los brazos, le dixo: Ay hija

mia! En qué obligacion estás à Carlos, ya puedes desde hoy llamarte desdichada, perdiendo como pierdes tal marido. No quiera el Cielo, Señora, (decia la hermosa, Dama, agradada de las buenas partes de Carlos, y obligada con la riqueza que la dexaba) que Carlos muera, ni que yo sea de tan corta dicha que tal vea, yo espero en Dios que le ha de dar vida, para que todas sirvamos la voluntad que nos muestra. Dentro de pocos dias empezó Carlos, como quien tenia en su mano la salud, à mejorar, y antes de un mes à estar del todo sano, y no solo sano, sino esposo de la bella Constanza; porque Fabia, viendole con salud le llevó à su casa, y desposó con su hija, grangeando este bien por medio de su engaño, y Constanza tan contenta, porque su esposo sabia grangear su voluntad con tantos regalos, y caricias, que ya muy seguro de su amor, se atrevió à descubrirle su engaño, dando la culpa à su hermosura, y al verdadero amor, que desde que la vió la tuvo. Quatro años serian pasados de la ausencia, de Don Jorge, muerte de Federico, y casamiento de Constanza, en cuyo tiempo la bellissima Dama tenia por prendas de su querido esposo, dos hermosos hijos, con los quales mas alegre que primero, juzgaba perdidos los años que habia gastado en otros devaneos,

néos, sin haber sido siempre de su Carlos. Quando Don Jorge, habiendo andado toda Italia, Piamonte, y toda Flandes, no pudiendo sufrir la ausencia de su amada Señora, seguro por algunas personas que habia visto, por donde habia estado, de que no le atribuirían à él la muerte de el malogrado Federico, dió la vuelta à su querida patria, y se presentó à los ojos de sus padres, y sí bien su ausencia habia dado que sospechar, supo dar tal satisfacion, y color à su fuga, llorando con fingidas lagrimas, y disimulada passion la muerte de su hermano, haciendose muy nuevo en ella, que deslumbró qualquiera indicio que podia haber. La que menos contento mostró en esta venida fue Constanza, porque casi adivinando lo que habia de suceder, como amaba tan de veras à su esposo, se entristeció de lo que los demás se alegraban; porque Don Jorge aunque sintió con las veras posibles hallarla casada, se allanó à servirla, y solicitarla de nuevo, ya que no para su esposa que era imposible, à lo menos para gozar de su hermosura, por malograr tantos años de amor. Los paseos, regalos, musicas, y finezas eran tantas, que casi se empezó à murmurar por la Ciudad, mas à todo la Dama estaba sorda porque jamás admitia, ni estimaba quanto el amante por ella hacia, antes le

servia de mayor pena. La que tenia Theodosia de ver estos extremos de amor en su querido Don Jorge, era tanta, que à no alentarla los desdenes con que su hermana le trataba, mil veces perdiera la vida. No ignoraba Constanza de donde le procedia à su hermana la pena, y deseaba que Don Jorge se inclinase à remediarla, tanto por no verla padecer, como tambien por no verse perseguida de sus importunaciones; mas cada hora lo hallaba mas imposible, por estar ya Don Jorge tan rematado, y loco en solicitar su pretension, que no sentia que en Zaragoza se murmurase, ni que el esposo de Constanza lo sintiese. Mas de un año pasó Don Jorge en esta tema sin ser parte las veras con que Constanza escusaba su vista, quando Theodosia, agravada de su tristeza, cayó en la cama de una peligrosa enfermedad, tanto, que se llegó à tener muy poca esperanza de su vida. Constanza que la amaba tiernamente, conociendo que el remedio de su pena estaba en Don Jorge, se determinó à hablarle, forzando por la vida de su hermana, su desapegada, y cruel condicion; y así un dia que Carlos se habia ido à caza, le embió à llamar. Loco de contento, recibió Don Jorge el venturoso recado de su querida Dama; y por no perder esta ventura, fue à ver lo que el dueño de su alma le queria. Con alegre rostro recibió

CONS.



Constanza à Don Jorge, y sentándose con él en su estrado, la mas amorosa, y honestamente que pudo, por obligarle, y traerle à su voluntad, le dixo las razones siguientes: No puedo negar, Señor Don Jorge, si miro desapasionadamente vuestros meritos, y la voluntad que os debo, que fui desgraciada el dia que os ausentasteis de esta Ciudad, pues con esto perdí el alcanzaros por esposo, cosa que jamás creí de la honesta aficion con que admitia vuestros favores, y finezas; sí bien el que tengo, es tan de mi gusto, que doy mil gracias al Cielo, por haberle merecido: esta voluntad deseo pagaros, sin ser à costa de mi honor, dandoos en mi lugar otra, que de mi parte, pague lo que en mi es sin remedio. En concederme este bien, me ganais, no solo por verdadera amiga, sino por perpetua esclava, y para no teneros suspenso, esta hermosura que en cambio de la mia os quiero dar, es mi hermana Theodosia, la qual desesperada de vuestro desden está en lo ultimo de su vida, sin haber otro remedio para darselo, sino vos mismo. Ahora es tiempo de que yo vea lo que valgo con vos, si alcanzo que nos honreis à todos dandola la mano de esposo. Con esto quitais al mundo de murmuraciones, à mi esposo de sospechas, à vos mismo de pena, y à mi hermana de las manos de la

muerte: y yo teniendoos por hermano, podré pagar con agradecimientos lo que ahora niego por mi recato. Turbado oyó Don Jorge à Constanza, y precipitado en su pasion amorosa, la respondió: Este es el premio, hermosa Constanza, que me tenias guardado al tormento que por tí paso, y al firme amor que te tengo? Pues quando entendí que obligada de él, me llamabas para darmele, me quieres imposibilitar de todo punto de él: pues asegurate, que conmigo no tienen lugar tus ruegos, porque otra que no fuera Constanza, no triunfará de mi, amandote he de morir, y amandote viviré, hasta que me asalte la muerte; mira, si quando la deseo para mí, se la escusaré à tu hermana. Levantóse Constanza, oyendo esto en pie, y en modo de burla le dixo: Hagamos, Señor Don Jorge un concierto, y sea; que como vos me hagais en esta placeta que está delante de mi casa, de aqui à la mañana, un Jardin tan adornado de cuadros, y olorosas, y vistosas flores, arboles, y fuentes, que ni en su frescura, ni belleza, ni en la diversidad de paxaros que en él haya, desdiga de los nombrados pensiles de Babilona, que Semiramis hizo sobre sus muros, yo me pondré en vuestro poder, y haré por vos quanto deseais: y sino, que os habeis de dexar de esta pretension, otorgandome en pago el ser

ser esposo de mi hermana, porque si no es à precio de este imposible no han de perder Carlos, y Constanza su honor, granjeando con tanto cuidado, y sustentando con tanto aumento. Con esto se entró donde estaba su hermana, bien descontenta del mal recado, que llevaba de su pretension, dexando à Don Jorge tan desesperado, que fue milagro no quitarse la vida. Salióse asimismo loco, y perdido de casa de Constanza, y con desconcertados pasos, sin mirar como, ni por donde iba, se fue al campo, y allí maldiciendo su suerte, dando tristes, y lastimosos suspiros, y cercado de mortales pensamientos, se le puso (sin ver por donde, ni como habia venido) delante un hombre, que le dixo: Qué tienes Don Jorge? Porque das voces, y suspiros al viento, pudiendo remediar tu pasion de otra suerte? Qué lagrimas femeniles son estas? No tiene mas animo un hombre de tu valor, que el que aqui muestras? No echas de ver, que pues tu Dama puso precio à tu pasion, que no está tan dificultoso tu remedio como piensas? Mirandole estaba Don Jorge, mientras decia esto, espantado de oírle decir, lo que él apenas creía que sabia nadie, y así le respondió. Y quien eres tú, que sabes lo que yo mismo no sé? Y que asimismo me prometes remedio? Qué puedes tú hacer,

quando aun al demonio es imposible? Y si yo fuese el que dices (respondió el mismo) que dirias? Ten animo, y mira que me darás, si yo hago el Jardín que tu Dama pide. Pon tu el precio à lo que por mi quieres hacer, que aqui estoy presto à otorgarlo. Pues mandame el alma, dixo el demonio, y hazme de ello cedula, que antes que amanezca, podrás cumplir à tu Dama su imposible deseo. Amaba el mal aconsejado mozo, y así no dificultó hacer lo que el demonio le pedia. Hizole la cedula en la manera que el demonio la ordenó, y firmando, sin mirar lo que hacia, ni que por precio de un desordenado apetito, daba una joya tan apreciada, y que tanto le costó al Divino Criador de ella. Hecho esto, Don Jorge se fue à su posada, y el demonio à dar principio à su fabulosa fabrica. Llegóse la mañana, y Don Jorge creyendo que habia de ser la de su gloria, se levantó al amanecer, vistiendose lo mas rico, y costosamente que pudo, se fue à la parte donde el Jardín se habia de hacer, y llegando à la placeta que estaba enfrente de la casa de la hermosa Constanza, el mas contento que en su vida estuvo, vió la mas hermosa obra que jamás habia visto, que à no ser mentira, como el autor de ella, pudiera ser recreacion de qualquier Monarca. Entróse dentro,

tro , y estuvo aguardando un buen rato que saliese su Dama à ver como habia cumplido su deseo. Carlos , que aunque la misma noche que Constanza habió con Don Jorge , habia venido de caza cansado , madrugó aquella mañana , para acudir à un negocio que se le habia ofrecido ; y como apenas fuese de dia , abrió una ventana , que caía sobre la placeta , poniendose à vestir en ella ; y como en abriendo se le ofreciese à los ojos la maquina , ordenada por el demonio , para derribar la fortaleza del honor de su esposa , casi como admirado , estuvo un rato creyendo que soñaba , mas viendo , que ya que los ojos se pudieran engañar , no lo hacian los oídos , que absortos à la dulce armonia de tantos , y tan diversos paxarijlos , como en el deleytoso Jardin estaban , habiendo en el tiempo de su elevacion notado la belleza de él , empezó à dar voces , llamando à su esposa , y à los demás de su casa , diciendoles , que se levantasen , y verian la mayor maravilla , que jamás se vió. A las voces que Carlos dió , se levantó Constanza , y su madre , y quantos en su casa habia , bien seguros de tal novedad , porque la Dama ya no se acordaba de lo que le habia pedido à Don Jorge ; segura de que no le habia de hacer , y como descuidada llegase à ver que la queria su esposo , y

viese el Jardin , precio de su honor , tan adornado de flores , y arboles , que aun le pareció que era menos lo que ella habia pedido , y muy poco , segun lo que la daban , pues las fuentes , y hermosos cenadores , ponian espanto à quien las veia ; y viese à Don Jorge tan lleno de galas , y bizarria , pasearse por él , y en un punto considerase lo que habia prometido , sin poderse tener en sus pies se dexó caer en el suelo , à cuyo golpe acudió su esposo , y los demás , pareciendoles que estaban encantados , segun los prodigios que veian. Y tomandola en sus brazos , como quien la amaba tiernamente , con gran priesa pedia , que le llamasen à los Medicos , pareciendole que estaba sin vida , por cuya causa su marido , y hermana solemnizaban con lagrimas su muerte , à cuyos llantos acudió mucha gente , que se habia juntado à el jardin , que en la plaza estaba , y entre ellos Don Jorge , que luego imaginó lo que podia ser. Media hora estuvo la hermosa señora de esta suerte , haciendole innumerables remedios , quando estremeciendose fuertemente , tornó en sí , y viendose en los brazos de su amado esposo , cercada de gente , y entre ellos Don Jorge , llorando amarga , y hermosamente , los ojos en Carlos , le empezó à decir : Ya señor mio , si quieres tener honra , y  
que



que tus hijos la tengan , y mis nobles deudos no la pierdan , sino que tu se la des , conviene que al punto me quites la vida , no porque à él , ni à ellos he ofendido ; mas porque puse precio à tu honor , y al suyo , sin mirar que no le tiene. Yo lo hiciera imitando à Lucrecia , y aun dexandola atrás , pues si ella se mató despues de haber hecho la ofensa , yo muriera sin cometerla , mas soy Christiana , y no es razon , que pues yo estoy sin culpa , pierda la vida , y te pierda juntamente à tí , que lo eres mia , y pierda el alma , que tanto costó à su Criador. Mas espanto dieron estas razones à Carlos , que lo demás que habia : y asi le pidió , que dixese la causa porque las decia , y lloraba con tanto sentimiento. Entonces Constanza , aquietandose un poco , contó publicamente quanto con Don Jorge la habia pasado , desde que la empezó à amar , hasta el punto en que estaba , añadiendo por fin , que pues ella habia perdido à Don Jorge un imposible , y él le habia cumplido , que en aquel caso no habia otro remedio sino su muerte , con la qual , dandosela su marido , como el mas agraviado , tendria todo fin , y Don Jorge no podria tener queja de ella. Viendo Carlos un caso tan extraño , considerando , que por su esposa se veia en tanto aumento de riqueza , cosa que

muchas veces suele ser freno à las inclinaciones de los hombres la desigualdad , pues el que escoge muger mas rica , que él , no lleva muger , sino señora , y asi mismo mas enamorado que jamás lo habia estado de la hermosa Constanza , le dixo : No puedo negar señora mia , que hicisteis mal en poner precio à lo que en realidad de verdad no lo tiene , ni puede tener , porque la virtud , y la castidad de la muger no hay en el mundo con que se pueda pagar , pues aunque ós fiasteis de un imposible , pudierais considerar , que no hay para un amante , que lo es de veras , y el premio de su amor le espera alcanzar con cometer imposibles , y hacerlos ; mas esta culpa ya la pagais con la pena en que os veo , por tanto , ni yo os quitaré la vida , ni os daré mas pesadumbre , de la que teneis : el que ha de morir es Carlos , que como desdichado , ya la fortuna cansada de sufrirle , le queria derribar. Y diciendo esto , sacó la espada , y fueela à meter por los pechos , sin mirar , que con desesperada accion perdía el alma , al tiempo que Don Jorge , temiendo lo mismo que él queria hacer , habia de un salto juntandose con él , y asiendole el puño de la violenta espada , diciendole : Tente , Carlos tente , se la tuvo fuertemente , y asi como estaba , prosiguió , contando quanto en el

de-

demonio le habia pasado , hasta el punto que estaba , y pasando adelante dixo : No es razon , que à tan noble condicion como la tuya , yo haga ninguna ofensa , pues solo con ver que te quitas la vida , porque yo no muera (pues no hay muerte para mi mas cruel , que privarme del bien que tanto me cuesta , pues he dado por precio el alma ) me ha obligado de suerte , que no una , sino mil perdiera por no ofenderte : tu esposa está ya libre de su obligacion , que yo le alzo la palabra , goce Constanza à Carlos , y Carlos à Constanza ; pues el Cielo los crió tan conformes , que solo él es el que la merece , y ella la que es digna de ser suya ; y muera Don Jorge , pues nació tan desdichado , que no solo ha perdido gusto por amar , sino la joya que le costó à Dios , morir en una Cruz. A estas ultimas palabras de Don Jorge , se les apareció el demonio con la cedula en la mano ; y dando voces les dixo : No me habeis de vencer , aunque mas hagais , pues donde un marido , atropellando su gusto , y queriendo perder la vida , se vence á si mismo , dando licencia à su muger para que cumpla lo que prometió ; y un loco amante obligado de esta suerte à palabra que le cuesta no menos que el alma , como en esta cedula se ve , que me hace donacion de ella , no he de

hacer menos yo que ellos ; y asi para que el mundo se admire de que en mi pudo haber virtud , toma Don Jorge , ves ahí tu cedula , yo te suelto la obligacion , que no quiero alma de quien tan bien se sabe vencer ; y diciendo esto , le arrojó la cedula , y dando un grande estallido se desapareció , juntamente el jardin , quedando en su lugar un espeso , y hediondo humo. Al ruido que hizo , que fue tan grande , que parecia hundirse la Ciudad : Constanza , y Theodosia , con su madre , y las demás criadas , que como absortas , y embelesadas habian quedado con la vista del demonio , bolvieron sobre sí ; y viendo à Don Jorge incado de rodillas , dando con lagrimas gracias à Dios , por la merced que le habia hecho de librarle de tal peligro , creyendo que por secretas causas solo à su Magestad Divina reservadas , habia sucedido aquel caso , le ayudaron , haciendo lo mismo.

Acabada Don Jorge su devota Oracion , se bolvió à Constanza , y le dixo asi : Ya hermosa señora , conozco quan acertada has andado en guardar el decoro que es justo al marido que tienes ; y asi para que viva seguro de mi , pues de tí lo está , tiene tantas causas para hacerlo , despues de pedirte perdon , y de la opinion que te he quitado con mis importunas pasiones , te pido lo que  
tú

tu ayer me dabas , deseosa de mi bien ; y yo como loco desprecié , que es à la hermosa Theodosia por muger , que con esto el noble Carlos quedará seguro , y esta Ciudad enterada de tu valor , y virtud. En oyendo esto Constanza , se fue con los brazos abiertos à Don Jorge , y echandoselos al cuello , dixo : Tomad este favor que os doy como à mi hermano , siendo el primero que alcanzais de mi quanto ha que me amais. Y este mismo dia , fueron desposados Don Jorge , y la bella Theodosia , con general contento. Y otro dia , que no quisieron dilatarlo mas , hicieron las bodas , siendo padrinos , Carlos , y la bella Constanza : hicieronse muchas fiestas en la Ciudad , sólemnizando el dicho de tales sucesos , en los quales Don Jorge , y Carlos se señalaron , dando muestras de su gallardia. Vivieron muchos años con hermosos hijos , sin que jamás se supiese que Don Jorge hubiese sido el matador de Federico , hasta que despues de muerto Don Jorge , Theodosia contó el caso à la qual quando murió , le hallaron escrita de su mano esta maravilla , dexando al fin de ella por premio al que dixese qual hizo mas de estos tres , Carlos , Don Jorge , ò el demonio , el laurel de bien entendido. Cada uno lo juzgue si le quiere ganar , que yo quiero dar aqui fin al Jardin en-

gañoso , titulo que dá el suceso referido à esta maravilla. Dió fin la discreta Laura à su maravilla , y todas aquellas Damas , y Cavalleros , principio à disputar , qual habia hecho mas , por quedar con la opinion de discreto ; y porque la bella Lisis habia puesto una joya para el que acertase , cada uno daba su razon : unos alegaban que el marido , y otros que el amante , y todos juntos , que el demonio , por ser en él cosa nunca vista el hacer bien. Esta opinion sustentó divinamente Don Juan , llevando la joya prometida , no con pocos zelos de Don Diego , y gloria de Lisarda , à quien la rindió al punto , dando à Lisis no pequeño pesar. En este entretuvieron parte de la noche tanto , que por no ser hora de representar la comedia , se quedó para el dia de la Circuncision , en que se habia de desposar Don Diego , y la hermosa Lisis : y asi se fueron à cenar con mucho gusto , dando fin à la quinta noche , y yo à mi entretenido sarao ; prometiendo si es admitido con el favor , y gusto que espero , Segunda Parte , y en ella el castigo de la ingratitud de Don Juan , mudanza de Lisarda , y bodas de Lisis , si como espero , es estimado mi trabajo , y agradecido mi deseo , y alabado , no mi tosco estilo , sino el deseo con que vá escrito.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

P

SA-



S A R A O S  
D E  
D.<sup>A</sup> MARIA DE ZAYAS.  
PARTE SEGUNDA.  
*DIVIDESE EN DIEZ NOCHES.*  
INTRODUCCION.

**P**ARA el primero dia del año quedó en la primera Parte de mi entretenido Sarao, concertadas las bodas de la gallarda Lisis, con el galan Don Diego, tan dichoso en haber merecido esta suerte, como prometian las bellas partes de la hermosa Dama, y nuevas fiestas para solemnizarlas con mas aplauso, mas quando las cosas no estan otorgadas del Cielo, poco sirven que las gentes concierten, si Dios no lo otorga; que como quien mira desapasionado lo que nos está bien, dispone à su voluntad, y no à la nuestra, aunque nosotros sintamos lo contrario, y asi, ò que fuese alguna desorden, como suele suceder en los suntuosos banquetes, ò el pesar de considerarse Lisis ya en poder de extraño dueño, y que por solo vengarse del desprecio que le pare-

cia haberle hecho Don Juan amando à su prima Lisarda, usurpandole à ella las glorias de ser suya, mal hallada con dueño extraño de su voluntad, y ya casi en poder de no apetecido, se dexó rendir à tan crueles desesperaciones, castigando con vertet perlas à sus divinos ojos. Que amaneciò otro dia la hermosa Dama con una mortal calentura, y tan desalentada, y rendida à ella, que los Medicos desconfiando de su vida antes de hacerle otros remedios, le ordenaron los importantes al alma; mandandola confesar, y recibir el Sacramento, como mas cordial medicina, y luego procuraron con su ciencia hacer las importantes al cuerpo; con cuya alteracion, y nuevos cuidados cesaron las fiestas ya dichas; y bolvio el alegria de las pasadas noches en llanto, y tristeza de su noble madre, y queridas

das amigas, que lo sentian tiernisimamente, y en principal Don Diego; y no hay que maravillar, pues quando se veia casi en posesion de su belleza, se hallaba temeroso de perderla para siempre. Bien sentia el ingrato Don Juan ser él la causa de la enfermedad de Lisis; pues el frio de sus tibiezas, eran la mayor calentura de la Dama, y sentia faltase del mundo una estrella que le daba ser, tal era la belleza, y discrecion de Lisis, junto con otras mayores virtudes, de que era dotada; mas estaba tan rendido à la hermosura de Lisarda, que presto hallaba en ella el consuelo de su pena: y aunque muchas veces proponia, para alentarla, hacerle mas caricias, y con esta intencion la visitaba, como Lisarda, jamás se apartaba de su prima, en viendola el afectuoso amante, no se acordaba de los propositos hechos; aumentabase el mal de Lisis, faltando en todos las esperanzas de la salud, y mas à la bien entendida señora, que como era quien le sentia, y sabia mejor las circunstancias de él, pues unas veces se hallaba, ya entre las manos de la muerte; y otras (aunque pocas) con mas alivio, tuvo lugar su divino entendimiento de obrar en su alma nuevos propositos, si bien à nadie lo daba à entender, guardando para su tiempo la disposicion de su de-

seo, mostrando à Don Diego, y à la demás familia, quando se hallaba con mejorados accidentes, un honesto agrado, con que enfrenaba qualquier deseo, y solo le tenian puesto en verla con salud. Mas de un año duró la enfermedad con caídas, y recaídas, sin tratarse en todo este tiempo de otra cosa, mas de acudir à la presente causa, padeciendo Don Diego el achaque de desesperado; tanto, que ya quisiera de qualquiera suerte fuera suya Lisis, por estar seguro de él: mas si alguna vez lo proponia, hallaba en la Dama un enojo agradable, y una resistencia honesta, con que le obligaba à pedir perdon de haber intentado tal. En esta ocasion le traxeron à Lisis una hermosísima Esclava, herrada en el rostro; mas no porque la S, y Clavo, que esmaltaba sus mexillas, manchaba su belleza, que antes la descubria mas; era Mora, y su nombre Zelima, de gallardo entendimiento, y muchas gracias, como era leer, escribir, cantar, tañer, bordar, y sobre todo hacer excelentisimos versos. Este presente le hizo à Lisis una su tia, hermana de su madre, que vivia en la Ciudad de Valencia; y aunque pudiera desdorar algo de la estimacion de tal prenda, el ser Mora, sazónaba este genero de desabrimiento, con decir queria ser Christiana. Con esta hermosa Mora, se alegró tan-

to Lisis, que gozandose con sus habilidades, y agrados, casi se olvidaba de la enfermedad, cobrandose tanto amor, que no era como señora, y esclava, sino de dos queridas hermanas: sabia muy bien Zelima grangear, y atraer à sí la voluntad de Lisis, y Lisis pagarselo en quererla tanto, que apenas se hallaba sin ella. Entretenia Zelima à su señora, haciendo alarde de sus habilidades, ya cantando, y tañendo, ya refiriéndole versos; y otras cantándole cosas de Argel su patria, y aunque muchas veces la veia Lisis divertida, y tan transportada, que sin sentir se le caian las lagrimas de sus divinos ojos, creía Lisis serian memorias de su tierra: y tal vez que le preguntaba la causa, le respondia la discreta Zelima: A su tiempo, señora mia, la sabrás, y te admirarás de ella, con que Lisis no la importunaba mas. Sanó Lisis, convalació Lisis, y bolvió el Sol de su hermosura à recobrar nuevos rayos, y apenas la vió Don Diego con entera salud, quando bolvió de nuevo à sus pretensiones, hablando à Laura, y pidiendo cumpliese la palabra de darle à Lisis por esposa. Comunicó la discreta señora con su hermosa hija lo que Don Diego le habia propuesto; y la sabia Dama dió à su madre la respuesta, que se podia esperar de su obediente proceder, añadiendo, que pues se

allegaban los alegres dias de las Carnestolendas, y en ellos se habian de celebrar sus bodas, que tenia gusto de que se mantuviese otro entretenido recreo como el pasado, empezando el Domingo, para que el ultimo dia se desposase, y que le diese licencia para que lo dispusiese; mucho se alegró su madre con la fiesta que queria hacer Lisis. Concedida facultad para ordenarlo, se dispuso de esta suerte. En primer lugar, que habian de ser las Damas las que no velasen. (y en esto acertó con la opinion de los hombres, pues siempre tenian à las mugeres por noveleras) Y en segundo, que los que refiriesen fuesen casos verdaderos; y que tuviesen nombre de desengaños. (en esto no sé si los satisfizo porque como ellos procuran siempre engañarlas, sienten mucho se desengañen) Fue la pretension de Lisis en esto bolver por la fama de las mugeres. (tan postrada, y abatida por su mal juicio, que apenas hay quien hable bien de ellas) Y como son los hombres los que presiden en todo, jamas cuentan los malos pagos que dan, sino los que les dan: y si bien lo miran, ellos cometen la culpa, y ellas siguen tras su opinion, pensando que aciertan; que lo cierto es, que no hubiera malas mugeres, si no hubiera malos hombres. No hablo con los que no lo fueren, que



que la misma manera que à la muger falsa, inconstante, liviana, y sin reputacion, no se le ha de dar nombre de muger, sino de bestia fiera; así el hombre cuerdo, bien intencionado, y que sabe en los mismos vicios aprovecharse de la virtud, y nobleza à que está obligado, no será comprehendido en mi reprehension: mas hablo de los que olvidados de sus obligaciones hacen diferente de lo que es justo; estos tales no serán hombres, sino monstruos, y si todos lo son, con todos hablo, advirtiendo, que de las mugeres que hablaré en este libro, no son de las comunes, y que tienen por oficio, y grangeria el serlo, que esas pasan por sabandijas, sino de las no merecedoras de desdichados sucesos.

Habiale pedido à Lisis Zelima por merced le fuese concedido, que los versos que se cantasen, los diese ella, de que Lisis se holgó por escusarse de este trabajo, y que la primera que desengañase fuese ella: y Lisis imaginando la peticion, no acaso lo tuvo por bien; y así nombró para la primera noche à Zelima, y tras ella à su prima Lisarda; luego Nise, tras ella Filis. Para la segunda noche puso la primera à su Madre, segunda Matilde, y tercera, y quarta à Doña Luisa, y Doña Francisca, dos Señoras hermanas, que poco habia vivian

en su casa, la primera viuda, y la otra doncella, mozas, hermosas, y muy bien entendidas. Y la tercera noche puso primero à Doña Estefania, esta era una prima suya que tenia Religiosa, que habia con licencia salido del Convento à curarse de unas peligrosas quartanas, y ya sana de ellas, no aguardaba para bolverse à él, mas de que se celebrasen las bodas de Lisis, y ella tomó para sí el postrero desengaño, para que hubiese lugar para su desposorio. Ordenado esto, combidó à todos los Cavalleros, y Damas, citados en la primera Parte, y muchos mas que vinieron avisados unos de otros. Con esto se sacó licencia, del Nuncio, para que se desposasen sin amonestaciones, ò por mas secreto, ò por mayor grandeza, ( que está ya el gusto tan empalagado de lo antiguo, que buscan lo mas moderno, y lo tienen por saynete ) se previnieron Musicos, y entoldaron las salas de ricas tapicerias, suntuosos estrados, curiosos escritorios, vistosas sillas, y taburetes, aliñados braseros, tanto de buenas lumbres, como de diversas, y olorosas perfumaderas, claros, y resplandecientes faroles, muchas buxias; y sobre todo sabrosas, y costosas colaciones, sin que faltase el amigo chocolate. ( que en todo se halla como la mala ventura ) Todo tan en su punto,

que la hermosa sala no parecia sino un abreviado Cielo, y mas quando empezaron à ocuparla tantas Gerarquias de Serafines, prefiriendo à todas la divina Lisis, de negro, con muchos botones de oro: y si bien la Dama no era mas linda que todas, por la gallardia, y entendimiento, las pasaba. Acomodados todos en sus lugares, sin que faltase de los suyos el ingrato Don Juan, y el dichoso Don Diego, y todos los hombres mal contentos, de que por no serles concedido el novelar, no podian dar muestra de las intenciones, y quizá los que escriben deseosos de verse en ocasion de vengarse, como si à mi me importase algo, pues no les quito el entendimiento que Dios les dió, por tenerle. Si acaso escribir esto fuese presuncion, y no entretenimiento, y las Damas contentas de que les llegaba la ocasion de satisfacerse de tantos agravios como les hacen en sentir mal de ellas, y juzgar à todas por una Zelima, que junto à Lisis estaba, se levantó, y haciendo una cortés, y humilde reverencia, (habiendo prevenido à los Musicos de lo que habian de hacer, como à quien tocaba dar los versos) se entró en una quadra, y los Musicos dieron principio à la fiesta con este Romance.

*Mentiroso Pastorcillo,  
que à los montes de Toledo*

*llevastes mis alegrías,  
y me dexaste mis zelos.*

*Dueño de quien soy esclava,  
y à quien reconoce imperio,  
por confrontacion de estrella,  
mi cautivo pensamiento.*

*Deydad, à cuyos Altares,  
sacrificado en deseos  
el alma, víctima humilde,  
es holocausto, è incienso.*

*Que dichosa te entretiene,  
que faltando el plazo puesto,  
consientes que estén mis ojos,  
bañados en llanto tierno.*

*Si los rigores de ausencia  
hicieron suerte en tu pecho,  
ni tu estuvieras sin mi,  
ni yo estuviera con ellos.*

*Si quando te despediste  
callé el dolor que padezco,  
ya que no, por sentirle,  
porque tu fueses contento.*

*T con aqueste seguro,  
ignorando mis tormentos,  
la rienda à la ausencia alargas,  
pensando que no las siento.*

*Buelve à mirarte en los ojos,  
que sueles llamar espejos,  
y los verás por tu causa  
caudalosas fuentes hechos.*

*Buelve, y verás que las horas  
las llamo siglos eternos,  
los dias eternidades,  
tanto es el dolor que tengo.*

*Quizá à la que te detiene,  
estando sin mi contento,  
quitarás de los favores  
que à mis espaldas le has hecho.*

*Que segun sin mi te ballas,  
puedo llamar mis contentos*

*censo*, que son al quitar,  
que me los quitas tan presto.

*Zelos me abrazan el alma:  
ay de mi! Valedme Cielos;  
dad agua apriesa ojos mios,  
pues veis que crece el incendio.*

*Mat es fuego de alquitrán  
este, en que me estoy ardiendo?  
Que mas se aviva la llama,  
mientras mas lagrimas vierto.*

*Dicen algunos, que son  
los zelos del amor yelo;  
mas en mi vienen à ser  
abrasado Mongibelo.*

*Para que quiero la vida?  
Para que el reposo quiera?  
Ay, Zagalejos del Tajo,  
no Angeles, sino Infierno!*

*Mirad, que Salicio es mio,  
en el vivo, y por él muero,  
y quitarme, es sacar  
el alma à mi triste cuerpo.*

*Violentamente gozais  
esa vida que poseo,  
porque sus favores son  
los bienes solos que tengo.*

*Ay, Dios! à quien me queixo,  
ò à quien aquestas lagrimas ofrezco,  
si mi ingrato Salicio está tan lexos,*

*Yo triste, y él contento,  
él gozando otros gustos, yo con zelos*

*Que soy inmortal Eseo,  
pues no me acaba  
este mortal veneno.*

Largo les pareció el Romance à los oyentes, mas como no sabian el designio de Zelima, no porque ella de proposito lo habia prevenido asi para tener lugar

de hacer lo que ahora se dirá; demás que los Musicos de los libros son mas piadosos, que los de las salas de los Señores, que acortan los Romances, que les quitan el ser, y los dexan sin pies, ni cabeza. A los ultimos acentos de los postreros versos, salió Zelima de la quadra, en tan diferente trage de lo que entró, que à todos puso en admiracion. Traia sobre una camisa de transparente cambray, con grandes puntas, y encages: las mangas muy anchas de la parte de la mano: unas enaguas de lama à flores, azul, y plata, con tres, ò quatro relumbrones, que quitaban la vista, tan corta, que apenas llegaba à las gargantas de los pies, y en ellos unas andalias de muchos lazos, y listones de seda muy vistosas: sobre esto un baquerillo, ò aljuba de otro telillo azul, y plata, muy vistosa, y asido al hombro una almalasa de la misma tela. Tenia la aljuba, ò baquerrillo las mangas tan anchas, que igualaban con las de la camisa, mostrando sus blancos, y torneadores brazos con costosos carcages, ò brazeletes: los largos, hondeados, y hermosos cabellos, que ni eran oro, ni evano, sino un castaño tirante à rubio, tendido por las espaldas, que le pasaban de la cintura una vara; y cogidos por la frente con una cinta, ò apretadorcillo de diamantes, y luego prendido à la mitad de la cabeza



un velo azul , y plata , que toda la cubria la hermosura , y donayre , la magestad de sus ayrosos , y concertados pasos : no mostraba sino una Princesa de Argel , una Reyna de Fez , ò Marruecos , ò una Sultana de Constantinopla.

Admirados quedaron Damas y Cavalleros , y mas la hermosa Lisis , de verla , y con mas arreos que ella no habia visto , y no acertaba à dar lugar al disfraz de su Esclava , y asi no hizo mas de callar , y admirarse ( como todos ) de tal deydad , porque la contemplaba una Ninfa , ò Diosa de las antiguas fabulas. Pasó Zelima hasta el estrado , dexando à las Damas muy embidiosas de su acabada , y linda belleza , y à los galanes , rendidos à ella , pues hubo mas de dos , que con los clavos del rostro , sin reparar en ellos , la hicieron Señora , y poseedora de su persona , y hacienda , y aun se juzgára indigno de merecerla : hizo Zelima una reverencia , al Auditorio , y otra à su Señora Lisis , y sentóse en dos almoadas que estaban sitiadas en medio del estrado , lugar prevenido para la que habia de desengañar ; y buelta à Lisis , dixo asi :

Mandasteme , Señora mia , que contase esta noche un desengaño , para que las Damas se avisen de los engaños , y cautelas de los hombres , para que vuelvan por

su fama , en tiempo que la tienen tan perdida , que en ninguna ocasion hablan , ni sienten de ellas bien ; siendo su mayor entretenimiento decir mal de ellas ; pues ni comedia se representa , ni Libro se imprime , que no sea todo en ofensa de las mugeres , sin que se reserve ninguna ; y si bien no tienen ellos toda la culpa , que si como buscan las malas para sus deleytes , y estas no pueden dar mas de lo que tienen , buscáran las buenas para admitirlas , y alabarlas , las hallarán honorosas , cuerdas , firmes , y verdaderas : mas es tal nuestra desdicha , y el mal tiempo que alcanzamos , que à estas tratan mucho peor ; y es , que como las otras no los han menester mas de mientras los han menester , antes que ellos tengan tiempo de tratarlas mal , ellas les dán con la ceniza en la cara.

Muchisimos desengaños pudiera traer en apoyo de esto , de las antiguas , y modernas desdichas sucedidas à mugeres por los hombres ; quiero pasarlas en silencio , y contaros mis desdichados sucesos , para que escarmentando en mí , no haya tantas pérdidas como hay , y tan pocas escarmentadas : Y porque lo mismo que contaré ahora , es la misma reprehension , digo de esta manera.

DE-

# DESENGAÑO I.

## LA ESCLAVA DE SU AMANTE.

### NOCHE PRIMERA.

**M**I nombre es Doña Isabel Faxardo, no Zelima, ni Mora, como pensais, sino Christiana, è hija de Padres Catolicos, y de los mas principales de la Ciudad de Murcia, que estos hierros que veis en mi rostro, no son, sino sombras de los que ha puesto en mi calidad, y fama la ingratitude de un hombre: y para que me deis mas credito, veis los aqui quitados; asi pudiera quitar los que han puesto en mi alma mis desventuras, y poca cordura. Y diciendo esto, se los quitó, y arrojó lexos de sí, quedando el claro cristal de su divino rostro, sin mancha, sombra, ni obscuridad, descubriendo aquel sol los esplandores de su hermosura sin nube: y todos los que colgados de lo que intimaba su hermosa boca, casi sin sentido, que apenas osaban apartar la vista por no perderla, pareciendoles, que como Angel se les podia esconder: y por fin los Galanes mas enamorados, y las Damas mas embidiosas, y todo, compitiendo en la imaginacion, sobre si estaba mejor con hierros, ó sin hierros; y casi se determi-

naban à sentir viendola sin ellos, por parecerlas mas facil la empresa; mas Lisis, que como la queria con tanta ternura, dexó caer por sus ojos unos desperdicios, mas por no estorvarla los recogió con sus hermosas manos. Con esto la hermosa Doña Isabel prosiguió su discurso, viendo que todos callaban, notando la suspension de cada uno, y la de todos juntos.

Nací en la casa de mis padres sola, para que fuese sola, la perdicion de ella: Hermosa, ya lo veis; noble, ya lo he dicho; rica, lo que bastára à ser yo cuerda, ó à no ser desgraciada à darme un noble marido. Crieme hasta llegar à los doce años entre las carias, y regalos de mis padres; que claro es que no habiendo tenido otra de su matrimonio, serian muchos, enseñandome entre ellos las cosas mas importantes à mi calidad. Ya se entenderá tras las virtudes que forman una persona virtuosamente Christiana, los exercicios honestos de leer, escribir, tañer, y danzar, con todo lo demás competente à una persona de mis pren-

prendas, y de todas aquellas que los padres desean ver enriquecidas à sus hijas; y mas los mios, que como no tenian otra, se aficionaban en estos extremos; sali unica en todo, y perdonadme que me alabe, que como no tengo otro testigo, no es justo pasen por desvanecimiento mis alabanzas; bien se lo pagué, pero mas bien lo he pagado. Yo fui en todo extremada, mas en hacer versos, que era el espanto de aquel Reyno, y la embidia de muchos no tan peritos en esta facultad, que hay algunos ignorantes, que como si las mugeres les quitaran el entendimiento por tenerle, se consumen de los acierros agenos. Barbaro, ignorante, si los sabes hacer, hazlos, que no te roba nadie tu caudal: si son buenos, los que no son tuyos, y mas si son de Dama, adoralos, y alabalos; y si malos, disculpala, considerando que no tiene mas caudal, y que es digna de mas aplauso en una muger, que en un hombre, por adornarlos con menos arte.

Quando llegué à los catorce años, ya tenian mis padres tantas pretensiones para mis bodas, que ya enfadados, respondian: que me dexasen ser muger; mas como, segun decian ellos, idolatraban en mi belleza, no se podian excusar de importunarme. Entre los mas rendidos, se mostró apasionadísimo un Cavalle-

ro, cuyo nombre es Don Felipe, de pocos mas años que yo, tan dotado de partes, de gentileza, y nobleza, quando desposeído de los de fortuna, que parecia que embidiosa de las gracias que le habia dado el Cielo, le habia quitado los suyos. Era, en fin, pobre, y tanto, que en la Ciudad era desconocido, desdicha que padecen muchos. Este era el que mas à fuerza de suspiros, y lagrimas procuraba grangear mi voluntad; mas yo seguia la opinion de todos; y como los criados de mi casa me veian el poco afecto, jamás le oyó ninguno, ni fue mirado de mi, pues bastó en esto para ser poco conocido en otra ocasion; pluguiera al Cielo le mirára yo bien, ò fuera parte para que no me hubieran sucedido las desdichas que lloro, y hubiera sabido excusar algunas, mas siendo pobre, como le habia de mirar mi desvanecimiento, pues tenia yo hacienda para él, y para mi; mas mirabale de modo, que jamás pude dar señas de su rostro, hasta que me vi engolfada en mis desventuras.

Sucedió en este tiempo el levantamiento de Cataluña, para castigo de nuestros pecados, ò solo de los mios; que aunque han sido las pérdidas grandes, la mia es la mayor; que los muertos en esta ocasion ganaron eterna fama, y yo que quedé viva, ignominiosa infamia. Suppose en  
Mur-



Murcia, como su Magestad ( Dios le guarde ) iba al ilustre, y leal Reyno de Aragon, para hallarse presente en estas civiles guerras; y mi padre, como quien habia gastado lo mejor de su mocedad en servicio de su Rey, conoció lo que le importaban à su Magestad los hombres de su valor, se determinó à irle à servir, para que en tal ocasion le premiase los servicios pasados, y presentes, como Catolico, y agradecido Rey; y con esto trato de su jornada, qué sentimiento mi madre, y yo ternisimamente, y mi padre de la misma suerte: tanto, que à importunidades de mi madre, y mias, trató llevarnos en su compañía, con que bolvió nuestra pena en gozo, y mas à mi, que como niña, deseosa de ver tierras, ò por mejor sentir mi desdichada suerte, que me guiaba à mi perdicion, me llevaba contenta. Previnose la partida; y aderezado lo que se habia de llevar, que fuese lo mas importante, para aunque à la ligera, mostrar mi padre quien era, y que era descendiente de los antiguos Faxardos de aquel Reyno. Partimos de Murcia, dexando con mi ausencia, comun, y particular tristeza en aquel Reyno, solemnizando en versos, y prosas todos los mas divinos entendimientos, la falta que hacia à aquel Reyno. Llegamos à la nobilissima, y suntuosa Ciudad de

Zaragoza, y aposentados en una de sus principales casas, ya descansada del camino, sali à ver, y vi, y fui vista. Mas no estubo en esto mi pérdida, que dentro en mi casa estaba el incendio, pues sin salir me habia ya visto mi desventura; y como si careciera esta noble Ciudad de hermosuras, pues hay tantas, que apenas hay plumas, ni eloquencias que basten à alabarlas; pues son tantas que dan embidia à otros Reynos, se empezó à exagerar la mia, como si no hubiera visto otra: no se si es tanta como decian, solo se, que fue la que basto à perderme; mas como dice el vulgar: lo nuevo place, ò quien no la hubiera tenido para escusar tantas fortunas! Habló mi padre à su Magestad, que informado de que habia sido en la guerra tan gran soldado, y que aun no estaban amortiguados sus brios, y valor, y buena cuenta que siempre habia dado de lo que tenía à su cargo, le mandó asistiese al gobierno de un Tercio de cavallos, con titulo de Maestre de Campo, honrandole con un Habito de Calatrava: y asi fue fuerza el asistir alli, y embiar à Murcia por toda la hacienda que se podia traer, dexando la demás à deudos nobles que tenia allá. Era dueño de la casa en que viviamos una viuda principal, y rica, que tenia un hijo, y una hija; él mozo, galan, y de buen dis-

discurso , así no fuera falso , y traidor , llamado Don Manuel: no quiero decir su apellido , que mejor es callarle , pues no supo darle lo que merecía : Ay , y que à costa talia he hecho experiencia de todo ! Ay mugeres fáciles y si supiesedes una por una , y todas juntas à lo que os poneis el día que os dexais rendir à las falsas caricias de los hombres ; y como quisierades mas haber nacido sin oídos , y sin ojos ; ò si os desengañesedes en mí ; de que mas vais à perder , que à ganar ! Era la hija moza , y medianamente hermosa , y concertada de casar con un primo , que estaba en las Indias , y le aguardaban para celebrar sus bodas en la primera flota , cuyo nombre era Doña Eufrasia : esta y yo nos tomamos tanto amor , como su madre , y la mia , que de día , ni de noche nos dividiamos , que sino era para ir à dar el comun reposo à los ojos , jamás nos apartabamos , ò yo en su quarto , ó ella en el mio : no hay mas que encarecerlo , sino que ya la Ciudad nos celebraba por el nombre de las dos amigas , y de la misma suerte Don Manuel dió en quererme , ò en engañarme , que todo viene à ser uno : à los principios empecé à estrañar , y resistir sus pretensiones , y porfias , teniendolos por atrevimientos contra mi autoridad , y honestidad ; tanto , que por atajar-

los me escusaba , y negaba la amistad de su hermana , dexando de asistirle en su quarto todas las veces que sin nota podia hacerlo , de que Don Manuel hacia tantos sentimientos , mostrando andar muy melancolico , y desesperado , que tal vez me obligaba à lastima , por ver que ya mis rigores se atrevian à su salud : no miraba yo mal las veces que podia sin darselo à entender à Don Manuel : y bien gustára , pues era fuerza tener dueño , fuera él à quien tocára la suerte : mas ay , que él iba con otro intento , pues con haber tantos que pretendian este lugar , jamás se opuso à tal pretension , y estaba mi padre tan desvañecido en mi amor , que aunque lo intentára no fuera admitido , por haber otros de mas partes que él , aunque Don Manuel tenia muchas , ni yo me apartára del gusto de mi padre por quanto vale el mundo. No habia hasta entonces llegado amor à hacer suerte en mi libertad , antes imagino que ofendido de ella hizo el estrago que tantas penas me cuesta. No habia tenido Don Manuel lugar de decirme mas de con los ojos , y descanso de su corazon , su voluntad porque yo no se le daba , hasta que una tarde estando yo con su hermana en su quarto , salió de su aposento , que estaba à la entrada de él , con un instrumento en la mano , y sentan-

tandose en el mismo estrado con nosotras, le rogó mucho Doña Eufrasia cantase alguna cosa, y él estrañandolo, se lo suplicó tambien, por no parecer grosera; y él que no deseaba otra cosa, cantó un Soneto, que, si no os cansa mi larga historia, diré con los demás que se ofrecieron en el discurso de ella. Lisis, por todos, le rogó lo hiciese así, que le daría notable gusto, diciendo: que podreis decir, Señora Doña Isabel, que no sea de mucho agrado à los que escuchamos: y así en nombre de estas Damas, y Cavalleros, os suplico, no escuseis nada de lo que os sucedió en vuestro prodigioso suceso, porque de lo contrario recibiremos gran pena. Pues con esta licencia, replicó Doña Isabel, digo que Don Manuel cantó este Soneto: advirtiéndome, que él à mi, y yo à él nos nombrabamos por Belisa, y Salicio.

*De un dilubio la tierra condenada,  
Que toda se anegaba en sus enojos,  
Rios fuera de madre eran sus ojos,  
Porque ya son las nubes mar ayrada.*

*La dulce Filomena retirada,  
Como no ve del Sol los ruyos rojos,  
No le rinde canciones en despojos  
Por verse sin luz desconsolada.*

*Porque lamenta el Ruiseñor no canta;  
Sin belleza, y olor estan las flores,  
Y estando todo triste de este modo.  
Contanta luz, que al mismo Sol espanta:  
Toda donayre, discrecion, y amores,  
Salió Belisa, y serenóse todo.*

Arrojó, acabado de cantar, el instrumento en el estrado, diciendo: Qué me importa à mi que salga el Sol de Belisa en el oriente à dar alegría à quantos la ven, si para mi está siempre convertida en triste ocaso? Díóle diciendo esto, un modo de desmayo, con que alborotadas su madre, y hermana, y criadas fue fuerza llevarle à su cama, y yo retraerme à mi quarto; no se si triste, ò alegre, solo sabré asegurar, que me conocí confusa, y determiné no ponerme mas en ocasion de sus atrevimientos: si me durára este proposito acertára, mas ya empezaba en mi corazon à hacer suertes amor alentando yo misma mi ingratitude, y mas quando supe de allí à dos dias, que Don Manuel estaba con un accidente, que à los Medicos habia puesto en cuidado; con todo eso estube sin ver à Doña Eufrasia hasta otro dia, no dandome por entendida, y fingiendo preciosa ocupacion con la estafeta de mi tierra, hasta que Doña Eufrasia, que hasta entonces no habia tenido lugar, asistiendo à su hermano le dexó reposando, y pasó à mi aposento, dandome muchas quejas de mi descuido, y sospechosa amistad, de que me disculpé, haciendome de nuevas; y muy pesarosa de su disgusto. Al fin acompañando à mi madre hube de pasar aquella tarde à verle; y como estaba cierta que su mal pro-



cedia de mis desdenes, procuré mas cariñosa, y agradable darle la salud que le habia quitado con ellos hablando donayres, y bur-las, que en Don Manuel causa-ban varios efectos, ya de alegría, y ya de tristeza, que yo notaba con mas cuidado que antes, si bien lo encubria con cauta disimulacion. Llegó la hora de des-pedirnos, y llegando con mi ma-dre à hacer la debida cortesía, y esforzarle con las esperanzas de la salud, que siempre se dán à los enfermos, me puso tan impensa-damente en la mano un papel, que, ò fuese la turbacion del atrevimiento, ò recato de mi madre, y de la suya, que estaban cerca que no pude hacer otra cosa mas de encubrirle: y como llegué à mi quarto, me entré en mi aposento, y sentandome so-bre mi cama, saque el engañoso papel, para hacerle pedazos sin leerle; y al punto que lo iba à conseguir, me llamaron; porque habia venido mi padre, y hube de suspender por entonces su casti-go; y no hubo lugar de darsele, hasta que me fué à costar, que habiendome desnudado una don-cella que me vestia, y desnuda-ba, à quien yo queria mucho, por habernos criado desde niñas, me acorde del papel, y se le pe-di, y que me llegase de camino la luz, para abrasarle en ella, me dixo la cautelosa Claudia, que este era su nombre, y bien le pue-

do dar tambien el de cautela; pues tambien estaba prevenida contra mi, y en favor del ingra-to, y desconocido Don Manuel: Y acaso señora mia, ha cometi-do este desdichado algun delito contra la fe, que le quieres dar tan riguroso castigo, porque si es así, no será por malicia, sino con inocencia: porque antes en-tiendo que le sobra fé, y no que le falta; con todo mi honor le está cometiendo, dixé yo, por-que no haya mas complices, será bien que este muera, pues à quien se condena sin oírle, repli-có Claudia, porque à lo que mi-ro, entero está como el dia en que nació: oyele por tu vida, y lue-go si mereciere pena, se la darás, y mas si es tan poco venturoso como su dueño. Sabes tu cuyo es, le torne à replicar. De quien pue-de ser, si no es admitido, sino del mal correspondido Don Ma-nuel, que por causa tuya está co-mo está, sin gusto, y salud, dos males, que à no ser desdichado, ya le hubieran muerto; mas has-ta la muerte huye de los que lo son. Sobornada parece que estás, pues abogas con tanta piedad por él. No estoy por cierto, respon-dió Claudia, sino enternecida, y aun si dixera lastimada acertára mejor. Pues de qué sabes tú, que todas estas penas de que te lasti-mas tanto son por mi? Yo te lo diré, dixo la astuta Claudia. Esta mañana me embió tu madre à sa-ber

ber como estaba, y el triste Cavallero vió los Cielos abiertos en verme: contóme sus penas, dando de todo la culpa á tus desdeñes: y esto con tantas lagrimas, y suspiros, que me obligó a sentir las como propias, solemnizando con suspiros los suyos, y acompañandó con lagrimas las tuyas. Muy tierna eres Claudia, repliqué yo, presto crees á los hombres; si fueras tú la querida, presto le consoláras, y tan presto, dixo Claudia, que ya estuviera sano, y contento. Dixome mas, que en estando para poderse levantar, se ha de ir, donde á tus crueles ojos, è ingratos oídos, no lleguen nuevas de él, él ya quisiera que estuviera bueno para que lo cumpliera, dixé yo. Ay Señora mia, respondió Claudia, es posible que en cuerpo tan lindo como el tuyo, se aposente alma tan cruel? No seais así, por Dios, pues ya se pasó el tiempo de las Damas andariegas, que con corazones de diamantes deseaban morir los Cavalleros sin tener piedad de ellos: casada has de ser, que tus padres para este estado te guardan: pues si es así, qué desmerece Don Manuel, para que no gustes que sea tu esposo? Claudia, dixé yo, si Don Manuel estuviera tan enamorado, como dices, y tuviera tan castos pensamientos, ya me hubiera pedido á mis padres; y pues no trata de eso, sino de que le corres-

ponda, ò por burlarme, ò ver mi flaqueza; no me hables mas en él, que me das notable enojo: lo mismo que tu dices, bolvió á replicar Claudia, le dixé yo, y me respondió; que como se habia de atrever á pedirte por esposa, incierto de tu voluntad; pues podia ser, que aunque tu padre lo acepte, no gustes tú de ello: el gusto de mi padre será el mio, dixé yo. Ahora Señora, tornó á decir Claudia, veamos ahora el papel, pues ni hace, ni deshace el leerle, pues que lo demás corre por cuenta del Cielo: estaba ya mi corazon mas blando que cera, pues mientras Claudia me decia lo referido, habia entre mi pecho varios discursos, y todos en abono de lo que me decia mi doncella, y en favor de Don Manuel: mas por no darla mas atrevimientos, pues ya la juzgaba mas de la parte contraria, que de la mia, despues de haberla mandado, no hablase mas en ello, ni fuese adonde Don Manuel estaba: porfié á quemar el papel, y ella á defenderle, hasta que deseando yo lo mismo que ella quería, le abrí, amonestandola primero, que no supiese Don Manuel, sino que le habia rompido sin leerle, y ella prometidolo, vi que decia así:

*No sé, ingrata Señora mia, de que tienes hecho el corazon, pues á ser de diamante ya le hubieran enternecido mis lagrimas, antes sin mi-*

mirar los riesgos que me vienen , le tienes cada día mas endurecido , si yo te quisiera menos que para dueño de mi , y de quanto poseo , ya parece que se halláca disculpa à tu crueldad , mas pues gustas que muera sin remedio , yo te prometo darte gusto , ausentandome del mundo , y de tus ingratos ojos , como lo verás en levantandome de esta cama , y quizá entonces te pesará de no haber admitido mi voluntad.

No decia mas que esto el papel , mas que mas habia de decir: Dios nos libre de un papel escrito à tiempo , saca fruto de donde no le hay , y engendra voluntad aun sin ser visto : mirad que seria en mi , que ya no solo aun mirado , mas miraba los meritos de Don Manuel todos juntos , y cada uno por sí. Ay engañoso amante ! Ay falso Cavallero ! Ay verdugo de mi inocencia ! Y ay mugeres faciles , y mal aconsejadas , y como os dexais vencer de mentiras bien afeytadas , y que no les dura el oro con que van cubiertas , mas mientras dura el apetito ! Ay desengaño , que visto , no se podrá engañar ninguna ! Ay hombres , y porque siendo hechos de la misma masa , y travazon que nosotras , no teniendo mas nuestra alma , que vuestra alma , nos tratáis como si fuéramos hechas de otra pasta , sin que os obliguen los beneficios que desde el nacer al morir os hacemos ! Pues si agradecierais los que re-

cibis de vuestras madres , por ellas estimaríais , y reverenciaríais à las demás ; ya , ya lo tengo conocido à costa mia ; que no llevais otro designio , sino perseguir nuestra inocencia , abilitar nuestro entendimiento , derribar nuestra fortaleza , y haciendonos viles , y comunes , alzaros con el imperio de la inmortal fama. Abran las Damas los ojos del entendimiento , y no se dexen vencer de quien pueden temer el mal pago que à mi se me dió , para que dixesen en esta ocasion , y tiempo estos desengaños , para ver si por mi causa cobrasen las mugeres la opinion perdida , y no diesen lugar à los hombres para alabarse , ni hacer burla de ellas , ni sentir mal de sus flaquezas , y malditos intereses , por los quales hacen tantas , que en lugar de ser amadas , son aborrecidas , abilitadas , y vituperadas.

Bolví de nuevo à mandar à Claudia , y de camino rogarle , no supiese Don Manuel , que habia leído el papel , ni lo que habia pasado entre las dos , y ella à prometerlo ; y con esto se fue , dexandome divertida en tantos , y tan confusos pensamientos , que yo misma me aborrecia de tenerlos , ya amaba , ya me arrepentia ; ya me repetia piadosa , ya me hallaba mejor. Ayrada , y final me determine à no favorecer à Don Manuel : de suerte , que le diese lugar à atrevimientos ; mas tam-

po-



poco desdeñarle de suerte, que le obligase à algun desesperado suceso. Bolví con esta determinacion à continuar la amistad de Doña Eufrasia, y à comunicarnos con la frecuencia que antes hacia gala: Si ella me llamaba cuñada, si bien no me pesaba de oírle, escuchaba à Don Manuel mas apacible; y sino él respondia à su gusto, à lo menos no le afeaba el decirme su amor sin rebozo; y con lo que mas le favorecia, era decirle, que me pidiese à mi padre por esposa, que le aseguraba de mi voluntad: mas como el traidor llevaba otros intentos, jamás lo puso en execucion.

Llegóse en este tiempo el alegre de las Carnestolendas, tan solemnizado en todas partes, y mas en aquella Ciudad, que se dice por ponderarlo mas, Carnestolendas de Zaragoza: andabamos todos de fiesta, y regocijo, sin reparar los unos en los desaciertos, ni aciertos de los otros, pues fue asi, que pasando sobre tarde al quarto de Doña Eufrasia à vestirme con ella de disfraz para una mascara que teniamos prevenida, y ella, y sus criadas, y otras amigas ocupadas à dentro en prevenir lo necesario; su traidor hermano, que debia de estar aguardando esta ocasion, me detuvo à la puerta de su aposento, que como he dicho, era à la entrada de los de su madre, dan-

dome la bienvenida; como hacia en toda cortesía otras veces: yo descuidada, ò por mejor incierta, de que pasaria à mas atrevimiento; si bien ya habia llegado à tenerme asida por una mano: y viendome divertida, tiró de mí, y sin poder ser parte à hacerme fuerte, me entró dentro, cerrando la puerta con llave; yo no se lo que me sucedió, porque del susto me privó el sentido un mortal desmayo. Ah flaqueza femenil de las mugeres, acobardadas desde la infancia, y debilitadas las fuerzas, con enseñarlas primero à hacer bainicas, que à jugar las armas? O si no bolviera jamás en mí, sino que de los brazos del mal Cavallero me traspasaran à la sepultura, mas guardabame mi mala suerte para mas desdichas, si puede haberlas mayores: pues pasada poco mas de media hora bolví en mí, y me hallé, mal digo, no me hallé, pues me halle perdida, que no me supe, ni pude bolver, ni podré ganarme jamás, è infundiendo en mí agravio, una mortifera rabia, lo que en otra muger pudiera causar lagrimas, y desesperaciones, en mí fue un furor diabolico, con el qual desasiendome de sus infames lazos, arremetí à la espada que tenia en la cabecera de la cama, y sacandola de la baina, se la fui à embainar en el cuerpo: hurtóle el golpe, y no fue milagro, que estaba dies-

tro en hurtar, y abrazandose conmigo, me quitó la espada, que me la iba à entrar por el cuerpo, por haber errado el del infame, diciendole de esta suerte: Traidor, me vengo en mi, pues no he podido en ti, que las mugeres como yo asi vengan sus agravios. Procuró el cauteloso amante amansarme, y satisfacerme, temeroso de que no diera fin à mi vida, disculpó su atrevimiento, con decir, que lo habia hecho por tenerme segura; y ya con caricias, ya con enojos, mezclados con alhagos, me dió palabra de ser mi esposo. En fin à su parecer mas quieta, aunque no al mio, que estaba hecha una pisada serpiente, me dexó bolver à mi aposento tan ahogada en lagrimas, que apenas tenia aliento para vivir. Este suceso dió conmigo en la cama de una peligrosa enfermedad, que fomentada de mis ahogos, y tristezas me vino à poner à punto de muerte; estando de verme asi, tan tristes mis padres, que lastimaban à quien los veia.

Lo que grangeó Don Manuel con este atrevimiento, fue que si antes me causaba algun agrado, ya aborrecia hasta su sombra; y aunque Claudia hacia instancia por saber de mi la causa de este pesar que habia en mi, no lo consiguió, ni jamás la quise escuchar palabra, que Don Manuel procurase decirme, y las

veces que su hermana me veia, era para mi la misma muerte. En fin yo estaba tan aborrecida, que si no me la di yo misma, fue por no perder el alma: bien conocia Claudia mi mal en mis sentimientos, y por asegurarse mas, habló à Don Manuel, de quien supo todo lo sucedido; pidióle me aquietase, y procurase desenojar, prometiendole à ella lo que à mi, que no seria otro su esposo: permitió el Cielo, que mejorase de mi mal, porque aun me faltaban por pasar otros mayores: y un dia que estaba Claudia sola conmigo, que mi madre ni las demas criadas estaban en casa, me dixo estas razones: No me espanto, Señora mia, que tu sentimiento sea de la calidad que has mostrado, y muestras: mas à los casos que la fortuna encamina, y el Cielo permite para secretos suyos, que à nosotros no nos toca el saberlo, no se han de tomar tan à pechos, y por el cabo que se aventure à perder la vida, y con ella el alma: Confieso, que el atrevimiento del señor Don Manuel, fue el mayor que se pueda imaginar; mas tu temeridad es mas terrible, y supuesto que en este suceso, aunque has aventurado mucho, no has perdido nada: pues en siendo tu esposo queda puesto el reparo; si tu perdida se pudiera remediar con esos sentimientos, y desesperaciones, fuera razon tener-

nerlas; ya no sirven desvios para quien posee, y es dueño de tu honor, pues con ellos das motivo, para que arrepentido, y enfadado de tus sequedades te dexes burlada; pues no son las partes de tu ofensor de tan pocos meritos, que no podrá conquistar con ella qualquiera hermosura de su patria: Puesto que mas acertado es que se acuda al remedio, y no quando le busques no le hallas, hoy me ha pedido, que te amanse, y te diga quan mal lo haces con él, y contigo misma, y que está con mucha pena de tu mal; que te alientes, y procures cobrar salud, que tu voluntad es la suya, y no saldrá en esto, y en todo lo que ordenáre de tu gusto; mira, Señora, que esto es lo que está bien, y que se pongan medios con tus padres, para que sea tu esposo, con que la quiebra de tu honor quedará soldada, y satisfecha, y todo lo de más es locura, y acabar de perderte. Bien conocí que Claudia me aconsejaba lo cierto, supuesto que ya no se podia hallar otro remedio; mas estaba tan aborrecida de mi misma, que en muchos dias no llevó de mi buena respuesta: y aunque ya me empezaba à levantar, en mas de dos meses no me dexes ver de mi atrevido amante, ni recado que me embiaba, queria recibir, ni papel que llegaba à mis manos, llevaba otra respuesta, que, hacerle pe-

dazos: tanto, que Don Mannel, ò fuese que en aquella ocasion me tenia alguna voluntad, ò porque picado de mis desdenes, queria llevar adelante sus traiciones, se descubrió à su hermana, y la contó lo que conmigo le habia pasado, de que Doña Eufrasia admirada, y pesarosa, despues de haberle afeado accion tan grosera, y mal hecha, tomó por su cuenta quitarme el enojo. Finalmente ella, y Claudia trabajaron tanto conmigo, que me rindieron: y como sobre las pesadumbres entre amantes, las paces aumentan el gusto, todo el aborrecimiento que tenia à Don Manuel, se bolvió en amor, y en él, él amor en aborrecimiento; que los hombres en estando en posesion, la voluntad se desvanace como humo. Un año pasé en estos desvanecimientos sin poder acabar con Don Manuel, pusiese terceros con mi padre, para que se efectuasen nuestras bodas, y otras muchas que à mi padre le trataban no llegaban à efecto, por conocer la poca voluntad que tenia de casarme; mi amante me entretenia, diciendo, que en haciendole su Magestad merced de un Habito de Santiago, que le habia pedido, para que mas justamente mi padre le admitiese por hijo, se cumplirian mis deseos, y los suyos; si bien yo sentia mucho estas dilaciones, y casi temia mal de ellas, por no disgustar-



le no apretaba mas la dificultad.

En este tiempo, en lugar de un criado que mi padre habia despedido, entró à servir en casa un mancebo, que como despues supe, era aquel Cavallero pobre, que jamás habia sido bien visto de mis ojos, (mas quien mira bien à un pobre) el qual no pudiendo vivir sin mi presencia, mudado habito, y nombre, hizo esta transformacion: parecióme quando le ví la primera vez, que era el mismo que me habia antes querido, mas no hice reparo en ello, por parecerme imposible: bien conoció Luis (que asi dixo llamarse) à los primeros lances, la voluntad, que yo, y Don Manuel nos teniamos, y no creyendo de la entereza de mi condicion, que pasaba à mas de honestos, y recatados deseos, dirigidos al conjugal lazo, y él estaba cierto, que en esto habia de alcanzar aunque fuera conocido por Don Fe-

lipe, mas que los desapegos que siempre callaba, porque no se privase de verme, sufriendo como amante aborrecido, y desestimado, dandose por premiado en su amor, con poderme hablar, y ver à todas horas. De esta manera pasé algunos meses, que aun Don Manuel, que segun conocí despues, no era su amor verdadero; sabia tambien las artes de fingir, que yo me daba por contenta, y pagada de mi voluntad, asi me durarán estos engaños, mas como puede la mentira pasar por verdad, sin que al cabo se descubra? Acuerdome que una tarde que estabamos en el estrado de su hermana, burlando, y diciendo burlas, y entretenidos acentos, como otras veces, le llamaron, él al levantar del asiento me dexó caer la daga en las faldas, que se la habia quitado por el estorbo que le hacia para estar sentado en baxo à cuyo asunto hizo este Soneto.

*Toma tu acero cortador, no seas*

*Causa de algun exceso inadvertido,*

*Que puede ser Salicio que sea Dido,*

*Si por mi mal quisieses ser Eneas*

*Qualquiera atrevimiento es bien que creas*

*De un pecho amante de tu valor rendido,*

*Muy cerca está de ingrato, el que es querido,*

*Llevale ingrato si mi bien deseas.*

*Si à qualquiera rigor de aquellos ojos*

*Te lloro, Eneas, y me temo Elisa,*

*Quitame la ocasion de darme muerte.*

*Que*

*Que quieres la vida por despojos:*

*Que me matas de amor , mi amor te avisa;*

*Tu ganarás honor , yo dulce suerte.*

Alabaron Doña Eufrosia, y su hermano, mas la presteza de hacerle, que el Soneto, sí bien Don Manuel tibiamente ya parecia, que andaba su voluntad achacosa, y la mia temerosa de algun mal sucesso en los míos, y à mis solas daban mis ojos muestra de mis temores, quexabame de mi mal pagado amor, dando al Cielo quexas de mi desdicha: y quando Don Manuel viendome triste, y los ojos con las señales de haberles dado el castigo que no merecian, pues no tuvieron culpa en mi tragedia, me preguntaba la causa: por no perder el decoro à mi gravedad, desmentia con él los sentimientos de ellos, que eran tantos, que apenas los podia disimular; enamoréme, rogué, rendíme; vaya, vengan penas, alcancense unas à otras; mas por una violencia estar sujeta à tantas desventuras: A quien le ha sucedido sino à mi! Ay Damas hermosas, y avisadas, y que desengaño es este si le contemplais! Ay hombres, y qué afrenta para vuestros engaños! Quien pensára, que Don Manuel hiciera burla de una muger como yo, supuesto que aunque era noble, y rico, aun para escudero de mi casa no le admitieran mis padres, que este es el mayor sentimiento que tengo, pues estaba segura de que

no me merecia, y conocia que me desestimaba?

Fue el caso, que habia mas de diez años, que Don Manuel hablaba à una Dama de la Ciudad, ni la mas hermosa, ni la mas honesta, y aunque casada no hacia ascos de ningun galanteo, porque su marido tenia buena condicion, comia sin traerlo, y por no estorbar se iba fuera quando era menester, que aunque aqui habia reprehension para los hombres, mas los comunes, y baxos que viven de esto no son hombres, sino bestias. Quando mas engolfada estaba Alexandra, que así tenia nombre esta Dama, en la amistad de Don Manuel, quiso el Cielo, para castigarla, ò para destruirme, darle una peligrosa enfermedad; de que viendose en peligro de muerte, prometió à Dios apartarse de tan ilícito trato, haciendo voto de cumplirlo: sustentó esta devota promesa, viendose con la deseada salud año y medio, que fue el tiempo en que Don Manuel buscó mi perdicion, viendose despedido de Alexandra, bien, que como despues supe, la visitaba en toda cortesía, y la regalaba por la obligacion pasada. Ah! Mal hayan estas correspondencias corteses, que tan caras cuestan à muchas! Y entretenido en mi galanteo faltó

à la asistencia de Alexandra, conociendo el poco fruto que sacaba de ella, pues esta muger en faltar de su casa, como solia mi ingrato dueño, conoció que era la ocasion otro empleo, y buscando la causa, ó que de criadas pagadas de la casa de Don Manuel, ó mi desventura que se lo debió de decir, supo como Don Manuel trataba su casamiento conmigo: entró aquí alabarle mi hermosura, y su rendimiento, y como jamás se apartaba de idolatrar en mi imagen, que quando se cuentan los sucesos, mas si han de dañar, con menos ponderacion. En fin Alexandra zelosa, y envidiosa de mis dichas, faltó à Dios lo que habia prometido, para sobrarne à mi en penas; que si faltó à Dios, como no me habia de sobrar à mi; era atrevida, y resuelta, y lo primero à que se atrevió fue à verme. Pasemos adelante, que fuera hacer ese desengaño eterno, y no es tan corto el tormento que padezco en referirle, que me saboree tan de espacio en él; acarició à Don Manuel, solicitó que volviese à su amistad, consiguió lo que deseó, y volvió de nuevo à tolerar en la ofensa, faltando en lo que à Dios habia prometido, de poner enmienda. Parecerá, Señores, que me deleito en nombrar à menudo el nombre de este ingrato, pues no es, sino que como ya para mi es veneno, quisiera que

trayendole en mis labios me acabara de quitar la vida: bolvióse en fin, à adormecer, y transportar en los engañosos encantos de esta Circe, y como una division causa mayores deseos entre los que se aman, fue con tanta puntualidad el asistencia en su casa, que fue fuerza hiciese falta en la mia. Tanto, que ni en los pesados dias del Verano, ni en las cansadas noches del Invierno no habia una hora para mi: y con esto empece à sentir las penas, que una desvalida, y mal pagada muger puede sentir, porque si à fuerza de quejas, y sentimientos habia un instante para estar conmigo, era con tanta frialdad, y tibieza, que se apagaban en ella los encendidos fuegos de mi voluntad; no para apartarme de tenerla, sino para darle las desazones que merecia: y ultimamente empecé à temer, del temer nace el pesar; y del zelar, buscar las desdichas, y hallarlas. No le querré prometer à un corazon amante mas perdicion, que venir à tropezar en zelos, que cierto es que la caída será para no levantarse mas, porque si calla los agravios, juzgando que los ignora, no se recatan de hacerlos, y si habla mas descubiertamente, pierden el respeto, como me sucedió à mi, que no pudiendo ya disimular las sinrazones de Don Manuel, empecé à desenfadarme, y reprehenderle, y de esto pasar



à reñirle con que me calificué por enfadosa , y de mala condicion , y à pocos pasos que di me hallé en los lances de aborrecida. Ofreceme à la memoria un Soneto , que hice , hallandome un dia muy apasionada ; que aunque os canse , le he de decir.

*No vivas no dichosa muy segura,  
De qué has de ser toda la vida amada;  
Llegará el tiempo , que la nieve elada  
Agote de tu dicha la hermosura.*

*To , como tú , gocé tambien ventura,  
Ya soy , como me ves , bien desdichada;  
Querida fui , rogada , y estimada,  
Del que tu gusto , y mi dolor procura.*

*Consuela mi pasion que el dueño mio,  
Que ahora es tuyo fue conmigo ingrato  
Tambien contigo lo será , dichosa.*

*Pagarasme el agravio en su desvio;  
No pienses que has ferido muy barato,  
Que tu has de ver como yo estoy zelosa.*

Admitia estas finezas Don Manuel , como quien ya no las estimaba , antes con enojos queria desvanecer mis sospechas , afirmandolas por falsas , y dandose mas cada dia à sus desaciertos, venimos él , y yo à tener tantos disgustos , y desasosiegos , que mas era muerte , que amor , el que habia entre los dos , y con esto me dispuse à averiguar la verdad de todo , porque no me desmintiese ; y de camino , por si podia hallar remedio à tan manifesto daño , mandé à Claudia seguirle , con que se acabó de perder todo , porque una tarde que le vi algo inquieto , y que ni por

ruegos , ni lagrimas mias , ni perdirselo su hermana , no se pudo estorbar que no saliese de casa, mandé à Claudia viesse donde iba , la qual le siguió hasta verle entrar en casa de Alexandra ; y aguardando à ver en lo que resultaba , vió , que ella con otras amigas , y Don Manuel , se entraron en un coche , y se fueron à un jardin ; y no pudiendo ya la fiel Claudia sufrir tantas libertades cometidas en ofensa mia , se fue tras ellos , y al entrar en el vergel , dexandose ver , le dixo lo que fue justo : si como fue bien dicho, fuera bien admitido ; porque Don Manuel , si bien corrido de ser descubierto , afeó , y trató mal à Claudia , riñiendola , mas como dueño , que como amante mio, con lo qual la atrevida Alexandra , tomandose licencia de valida , se atrevió à Claudia con palabras , y obras , dandose por sabidora de quien era yo , como me llamaba , y en fin quanto por mí habia pasado , mezclando entre estas libertades las amenazas , de que daria cuenta à mi padre de todo , y aunque no cumplió esto, hizo otros atrevimientos , tan grandes , ò mayores , como era venir à la posada de Don Manuel à todas horas , entraba atropellando todo , y diciendo mil libertades: tanto , que en diversas ocasiones se puso Claudia con ella à mil riesgos. En fin para no cansaros, lo diré de una vez. Ella era mu-

ger que no temia à Dios , ni à su marido , pues llegó su atrevimiento à tratar de quitarme la vida con sus propias manos. De todos estos atrevimientos , no daba Don Manuel la culpa à Alexandra , sino à mi , y tenia razon , pues yo por mis peligros debia sufrir mas: estaba ya tan precipitada , que ninguno se me hacia aspero , ni peligroso ; pues me entraba por todo , sin temor de ningun riesgo : todo era afligirme , todo llorar , y todo dar à Don Manuel quejas ; unas veces con caricias , y otras con despegos , determinandome tal vez à dexarle , y no tratar mas de esto , aunque me quedase perdida , y otras pidiendole hablase à mis padres , para que siendo su muger cesasen estas revoluciones : mas como ya no queria , todas estas desdichas sentia , y temia Doña Eufrosia , porque habia de venir à parar en peligro de su hermano ; mas no hallaba remedio , aunque le buscaba. A todas estas desventuras hice unas Decimas , que os quiero referir , porque en ellas vereis mis sentimientos mejor pintados , y con mas finos colores , que dicen asi:

*To de mi dolor rendida,  
con los sentidos en calma  
estoy deteniendo el alma,  
que anda buscando salida:  
yo parece que la vida,  
como la canela que arde,  
y en el verse morir cobarde*

*buelve otra vez à vivir,  
porque aunque desea morir,  
procura que sea mas tarde.*

*Llorando noches , y dias  
doy à mis ojos enojos;  
como si fueran mis ojos  
causa de las ansias mias;  
adonde estais alegrías?  
Decidme donde os perdí?  
Responded , qué causa os di?  
Mas que causa puede haber  
mayor , que no merecer  
el bien que se fue de mi.*

*Sol fue de algun Cielo ingrato,  
si acaso hay ingrato Cielo;  
fuego fue , bolvióse yelo,  
Sol fui , Luna me retrato:  
mi menguante fue su trato:  
mas si la deydad mayor  
está en mi , que es el amor,  
y esto no puede menguar,  
dificil será alcanzar  
lo que intenta su rigor.*

*Zelos tuve , mas querida  
de los zelos me burlaba,  
antes en ellos ballaba  
saynetes para la vida:  
ya sola , y aborrecida  
Tantalo en sus glorias soy,  
nabiando de sed estoy:  
ay que penas ! Ay que agravios!  
Pues con el agua en los labios,  
mayor tormento me doy.*

*Qué muger habrá tan loca,  
que viendose aborrecer,  
no le canse el padecer,  
y esté como firme roca?  
To sola , porque no toca  
à mi ley de olvidar;  
venga pesar à pesar,*

à un rigor , otro rigor,  
que h a de conocer amor,  
que sé como se ha de amar.

Ingrato , que al yelo excedes;  
nieve , que à la nieve yelas,  
si mi muerte no recelas,  
desde hoy mas temerla puedes:  
regatea las mercedes,  
aprieta mas el cordél,  
mata esta vida con él,  
sigue tu ingrata porfia,  
que te pesará algun dia  
de haber sido tan cruel.

Sigue cruel el encanto  
de esa engañosa Sirena,  
que por llevarte à su pena  
te adormece con su canto;  
huye mi amoroso llanto,  
no te obligues de mi fe,  
porque así yo esperaré,  
que has de ser como deseo  
de aquella Harpia , Fínco,  
para que vengada esté.

Preciate de tu tibieza,  
no te obliguen enojos,  
pon mas capote à los ojos,  
cansate de mi firmeza:  
ultraja mas mi nobleza,  
ni sigas à la razon,  
que ya en mi corazon  
amor carácter ha sido,  
pelearé con tu olvido  
muriendo por tu ocasion.

Bien sé que tu confianza  
es de mi desdicha parte,  
y fuera mejor matarte  
à pura desconfianza,  
todo , cruel , se me alcanza,  
que como te ves querido,  
tratas mi amor con olvido,

porque una noble muger,  
ò no llegar à querer  
ò ser lo que siempre ha sido.

Ojos llorad , pues no tiene  
ya remedio vuestro mal,  
ya buelve el dolor fatal,  
ya el alma à la boca viene:  
ya solo morir conviene,  
porque triunfe el que me mata;  
ya la vida se desata  
del lazo que el alma dió,  
y con ver que me mató,  
no olvido al que me maltrata.

Alma , buscad donde estar,  
que mi palabra os empeño,  
que en vuestra posada hay dueño  
que quiere en todo mandar,  
ya que teneis que aguardar,  
si vuestro dueño os despide,  
y en vuestro lugar recibe  
otra alma que mas estima,  
no veis que en ella se anima,  
y con mas contento vive?

O quantas glorias perdidas  
en esa casa dexais,  
como ninguna sacais,  
pues no por mal adquiridas,  
mal premiadas , bien servidas,  
que en eso ninguna os gana;  
pero si es tan inhumana  
la impiedad del que os arroja,  
pues veis que en veros se enoja,  
idos vos de buena gana.

Sin las potencias salis,  
como esos bienes dexais,  
que à qualquier parte que vais  
no os querran si lo advertis:  
mas oygo , que me decis,  
que sois como el que se abraza,  
que viendo que el fuego pasa



à executarle en la vida,  
dexe la hacienda perdida,  
que se abraze con la casa.

Pensando en mi desventura,  
casi en la muerte he llegado;  
ya mi hacienda se ha abrasado,  
que eran bienes sin venturas:  
ò tu , que vives segura,  
y contenta en casa agena  
de mi fuego que la llena,  
y algun dia vivirá,  
y la tuya abrasará  
como escarmiento en mi pena.

Mira , y siente qual estoy,  
tu caída , piensa en mi,  
que ayer maravilla fui,  
y hoy sombra mia no soy:  
lo que va de ayer à hoy,  
podrá ser de hoy à mañana;  
estás contenta , y lozana,  
pues de un mudable Señor  
el fiarse es grande error;  
no estés tan alegre , Juana.

Gloria mis ojos llamó,  
mis palabras gusto , y cielos:  
dióme zelos , y tomélos  
al punto que me los dió:  
ha mal haya quien amó  
zelosa , firme , y rendida,  
que cautelosa , y fingida,  
es bien sea una muger,  
para no llegarse à ver  
como estoy aborrecida.

O amor por lo que he servido  
à tu suprema deydad,  
tén de mi vida piedad,  
esto por premio te pido:  
no se alegre este atrevido  
en verme por él morir,  
pero muriendo vivir,

muerte será , que no vida,  
executa amor la herida,  
pues yo no acierto à pedir.

Sucedió en este tiempo nombrar su Magestad por Virrey de Sicilia , al Señor Almirante de Castilla , y viendose Don Manuel engolfado en estas competencias, que entre mi , y Alexandra traíamos , y lo mas cierto , con poco gusto de casarse conmigo, considerando su peligro en todo, sin dar cuenta à su madre , y hermana , diligenció por medio del Mayordomo , que era muy intimo amigo suyo , le recibiera el Señor Almirante por Gentil-hombre de su Cámara ; y teniendolo secreto , sin decirlo à nadie , solo à un criado que le servia , y habia de ir con él hasta la partida del Señor Almirante : dos ò tres dias antes mandó prevenir su ropa, dandonos à entender à todos, queria ir por seis , ú ocho dias à un Lugar , donde tenia no se que hacienda ; que esta jornada la habia hecho otras veces en el tiempo que yo le conocia : llegó el dia de la partida , y despedido de todos los de su casa ; al despedirse de mi , ( que de proposito habia pasado à ella para despedirme, que como inocente de su engaño , aunque me pesaba , no era con el extremo , que si supiera la verdad de él ) vi mas terneza en sus ojos que otras veces , porque al tiempo de abrazarme no me pu-

pudo hablar palabra, porque se le arrasaron los ojos de agua, dexandome confusa, tierna, y sospechosa: si bien no juzgue sino que hacia amor algun milagro en él, y conmigo; y de esta suerte pase aquel dia, ya creyendo que me amaba, vertiendo lagrimas de alegria, ya de tristeza de verle ausente: y estando ya cerrada la noche, sentada en una silla, la mano en la mexilla, bien suspensa, y triste, aguardando à mi madre, que estaba en visita, entró Luis el criado de mi casa, por mejor acertar, Don Felipe, aquel Caballero pobre, que por serlo habia sido tan mal mirado de mis ojos, que no habia sido, ni antes, ni en esta ocasion conocido de ellos, y que servia por solo servirme. Y viendome, como he dicho, me dixo: Ay Señora mia, y como si supieses tu desdicha como yo la sé, esa tristeza, y confusion se bolveria en pena de muerte: asusteme al oír esto, mas por no impedir saber el cabo de su confusa razon, callé, y el prosiguió, diciendome: Ya no hay que disimular Señora conmigo, que ha muchos dias que yo imaginaba estos sucesos, ahora es diferente, que ya se toda la verdad: Vienes loco Luis, le repliqué? No vengo loco, bolvió à decir; aunque pudiera, pues no es tan pequeño el amor, que como à Señora mia te tengo; que no me pudiera haber quitado el juicio, y

aun la vida la que hoy he sabido; y porque no es justo encubrirte lo mas, el traydor Don Manuel, se va à Sicilia con el Almirante con quien va acompañado por Gentil-hombre suyo; y demás de haber sabido de su criado mismo, que por no satisfacerte à la obligacion que te tiene, ha hecho esta maldad; yo le he visto por mis ojos partir esta tarde: mira que quieres que se haga en esto; que à fé de quien soy, y que soy mas de lo que tu imaginas, como sepa que tu gustas de ello, que aunque piense perder la vida, te ha de cumplir lo prometido, ò que hemos de morir él, y yo por ello: disimulando mi pena, le respondi, y quien eres tú, que quando aqueso fuese verdad, tendrias valor para hacer eso que dices? Dame licencia, respondió Luis, que despues de hecho, lo sabras: acabé de enterarme de la sospecha que al principio dixé habia tenido de ser Don Felipe, como me habia dado el ayre; y queriendome responder, entró mi madre con que cesó la platica, y despues de haberla recibido, porque me estaba ahogando en mis propios suspiros, y lagrimas, me entré en mi aposento, y arrojandome sobre la cama: no es necesario contaros las lastimas que dixé, las lagrimas que lloré, y las determinaciones que tuve; ya de quitarme la vida, ya de quitarsela à quien me la qui-  
ta-

taba , y al fin admitia la peor , y la que ahora oireis , que estas eran honrosas ; y la que elegi , con la qual me acabe de perder , porque al punto me levanté con mas animo , que mi pena prometia , y tomando mis joyas , y las de mi madre , y muchos dineros en plata , y en oro , porque todo estaba en mi poder , aguardé à que mi padre viniese à cenar , que habiendo venido , me llamaron , mas yo respondi , que no me sentia buena , que despues tomaria una conserva : se sentaron à cenar , y como vi acomodado lugar para mi loca determinacion , por estar los criados , y criadas divertidos en servir la mesa , y si aguardára mas , fuera imposible surtir efecto mi deseo , porque Luis cerraba las puertas de la calle , y se llevaba la llave , sin dar parte à nadie , ni à Claudia , con ser la secretaria de todo , por una que salia de mi aposento à un corredor me sali , y puse en la calle. A pocas de mi casa , estaba la del criado , que he dicho habia despedido mi padre , quando recibió à Luis , que yo sabia medianamente , porque lastimada de su necesidad , por ser anciano le socorria , y aun visitaba las veces que sin mi madre salia fuera ; fuíme à ella , donde el buen hombre me recibió con harto dolor de mi desdicha , que ya sabia el por mayor , habiendole dado palabra , que en haciendo-

se mis bodas le traeria à mi casa. Reprehendió Octavio , que este era su nombre , mi determinacion : mas visto que ya no habia remedio , hubo de obedecer , y callar , y mas viendo , que traia dineros , y que le di à él parte de ellos. Allí pasé aquella noche , cercada de penas , y temores , y otro dia le mandé fuese à mi casa , y sin darse por entendido hablase à Claudia , y le dixese , que me buscaba à mi , como hacia otras veces , y viese que habia , y si me buscaban : fue Octavio , y halló , qué halló ? El remate de mi desventura : Quando llego à acordarme de esto , no sé como no se me hace pedazos el corazon ! Llegó Octavio à mi desdichada casa , y vió entrar , y salir toda la gente de la Ciudad , y admirado entró él tambien con los demás , buscando à Claudia , y hallandola triste , y llorosa , le contó , como acabando de cenar , entró mi madre donde yo estaba para saber que mal me affigia , y como no me halló , preguntó por mi , à lo que todos respondieron , que sobre la cama me habian dexado quando salieron à servirla ; y que habiendome buscado por toda la casa , y fuera , como hallasen las llaves de los escritorios sobre la cama , y la puerta que salia al corredor , que siempre estaba cerrada , abierta , y mirados los escritorios , y vista la falta de ellos , luego vieron que no  
fal-



faltaba en vano , à cuyo suceso empezó mi madre à dar gritos; acudió mi padre à ellos , y sabiendo la causa , como era hombre mayor con la pena , y susto que recibió , dió una caída de espaldas , privado de todo sentido ; y que ni se sabe , de ella , ò si del dolor habia sido el desmayo tan profundo , que no bolvió mas de él. De todo esto fue causa mi facilidad ; dixole , como aunque los Medicos mandaban se tuviese las horas que mandaba la ley , que era escusado , y que ya se trataba de enterrarle ; qué mi madre estaba poco menos , y que con estas desdichas no se hacia caso de la mia , sino era para afear mi mal acuerdo ; que mi madre habia sabido lo que pasaba con Don Manuel , que en bolviendo yo las espaldas todos habian dicho lo que sabian , y que no habia consentido buscarme , diciendo : que pues yo habia elegido el marido à mi gusto , que Dios me diese mas dicha con él , que habia dado à su casa. Bolvió Octavio con estas nuevas , bien tristes , y amargas para mí , y mas quando me dixo , que no se platicaba por la Ciudad , sino mi suceso : doblaronse mis pasiones , y asi estube en terminos de perder la vida ; mas como aun no me habia bien castigado el Cielo , ser motivo de tantos males , me la quiso guardar , para que pase los que faltaban ; animeme algo , con saber que no

me buscaban , y despues de coser todas mis joyas , y algunos doblones , en parte donde los traxese conmigo , sin ser vistos , y dispuesto lo necesario para nuestra jornada ; pasados quatro , ó seis dias , una noche nos metimos Octavio , y yo de camino , y partimos la via de Alicante , donde iba à embarcarse mi ingrato amante : llegamos à ella , y viendo , que no habian llegado las Galeras , tomamos posada hasta ver el modo que tendria en dexarme ver de Don Manuel : iba Octavio todos los dias adonde el Señor Almirante posaba : veía à mi traydor esposo , ( si le puedo dar este nombre ) y veniame à contar lo que pasaba , y entre otras cosas me contó un dia , como el Mayordomo buscaba una esclava , y que aunque le habian traído algunas , no le habian contentado : en oyendo eso me determiné à otra mayor fineza , ò à otra mayor locura que las demás ; y como lo pensé , lo puse por obra , y fue : que fingiendo clavo , y S para el rostro , me puse en habito conveniente para fingirme esclava , y Mora , poniendome por nombre Zelima , diciendo à Octavio que me llevase , y dixera era suya , y que si agradaba , no reparase en el precio. Mucho sintió Octavio mi determinacion , vertiendo lagrimas en abundancia por mí , mas yo le consolé con advertirle , este

te disfraz , no era mas de proseguir mi intento , y traer à Don Manuel à mi voluntad , y ausentarme de España , y que teniendo à los ojos à mi ingrato , sin conocerme , descubriria su intento. Con esto se consoló Octavio , y mas con decirle , que el precio que le diesen por mi , se aprovechase de el , y me avisase à Sicilia de lo que mi madre disponia de sí. En fin , todo se dispuso tan à gusto mio , que antes que pasaron ocho dias , ya estaba vendida en cien ducados , y esclava, no de los dueños , que me habian comprado , y dado por mi la cantidad que digo , sino de mi ingrato , y alevoso amante , por quien yo me quise entregar à tan vil fortuna. En fin satisfaciendõ à Octavio con el dinero que dieron por mi , y mas de lo que yo tenia , se despidió para bolverse à su casa , con tan tierno sentimiento , que por no verle verter tier- nas lagrimas , me aparté de él sin hablarle , quedando con mis nuevos amos , no sé si triste , ò alegre , aunque en encontrarlos buenos fui mas dichosa , que en lo que hasta aqui he referido ; demás que yo los supe agradar , y grangear , de modo , que antes de muchos dias me hice dueño de su voluntad , y casa. Era mi señora moza , y de afable condicion , y con ella , y otras dos doncellas que habia en casa , me llevaba tan bien , que todas me

querian como si fuese hija de cada una , y hermana de todas , particularmente con la una de las doncellas , cuyo nombre era Leonisa , que me queria con tanto extremo , que comia , y dormia con ella en su misma cama: esta me persuadia , que me bolveriese Cristiana , y yo la agradaba , con decir lo haria quando llegase la ocasion , que yo lo deseaba mas que ella. La primera vez que me vió Don Manuel , fue un dia , que comia con mis dueños ; y aunque lo hacia muchas veces por ser amigos , no habia tenido yo ocasion de verle , porque no salia de la cocina , hasta el dia que digo , que vine à traer un plato à la mesa ; que como puso en mi alevos los ojos , y me reconoció , aunque le debió de desvanecer su vista la S , y clavo de mi rostro , tan perfectamente imitado al natural , que à nadie diera sospecha de ser fingidos , y elevados : entre el si , y el no , se olvidó de llevar el bocado à la boca , pensando que seria lo que miraba , porque por una parte creyó ser la misma que era , y por otra no se podia persuadir , que yo hubiese cometido tal delito , como ignorante de las desdichas por su causa sucedidas en mi triste casa ; pues à mi no me causó menos admiracion otra novedad que ví ; y fue , que como le ví que me miraba tan suspenso , por no desengañarle tan presto , apar-  
te

té de él los ojos , y puse los en los criados que estaban sirviendo ; en compañía de dos que habia en casa , vi á Luis , el que servia en la mia . admireme , y vi , que Luis estaba tan admirado de verme en tal habito , como Don Manuel ; y como me tenia mas fixa en su memoria que Don Manuel , á pesar de los fingidos hierros , me conoció ; al tiempo de bolverme á dentro oí , que Don Manuel habia preguntado á mis dueños , si era lá esclava que habian comprado ? Si , dixo mi Señora , y es tan bonita , y agradable , que me da el mayor desconsuelo el ver que es Mora , que diera doblado de lo que costó , porque se hiciese Christiana , y casi me hace verter lagrimas , ver en tan linda cara aquellos hierros , y doy mil maldiciones á quien tal puso . A esto respondió Leonisa , que estaba presente : Ella misma dice que se los puso por un pesar que tuvo , de que por su hermosura le huviesen hecho un engaño , y ya me ha prometido á mi que será Christiana . Bien ha sido menester que los tenga , respondió Don Manuel , para no creer que es una hermosura que yo conozco en mi patria ; mas puede ser naturaleza hiciese esta Mora en la misma estampa .

Como os he contado entre cuidadosa de haber visto á Luis , y llamando un criado de los de casa , le pregunté , qué mancebo

era aquel que servia á la mesa con los demás ? Es , me respondió , un criado que este mismo dia recibió el Señor Don Manuel , porque el suyo mató un hombre , y está ausente ; yo le conozco , repliqué de una casa , donde yo estuve un tiempo , y cierto que me holgara hablarle , que me alegra ver acá gente de donde me he criado : luego , dixo entrará á comer con nosotros , y podras hablarle . Acabose la comida , y entraron todos los criados dentro , y Luis , con ellos : sentaronse á la mesa ; y cierto , que yo no podia contener la risa á pesar de mis penas de ver á Luis , que mientras mas me miraba , mas se admiraba , y mas oyendome llamar Zelima , no porque no me habia conocido , sino de ver al extremo de baxeza , que me habia puesto por tener amor ; pues como se acabó de comer , aparté á Luis , y dixele : Qué fortuna te ha traído Luis , adonde yo estoy ? La misma que á ti , Señora mia , querer bien , y ser mal correspondido , y deseos de hallarte , y de vengarte en teniendo lugar , y ocasion . Disimula , y no me llames , sino Zelima , que esto importa á mis cosas , que ahora no es tiempo de mas venganzas , que las que amor toma de mi ; que yo he dicho que has servido en una casa donde me crié , y que te conozco de esta parte ; y á tu amo no le di-



digas que me has conocido, ni hablado, que mas me fio de ti, que de él. Con seguridad lo puedes hacer, dixo Luis, que si él te quisiera, y estimára como yo, no estuvieras en el estado que estás, ni hubieras causado las desdichas sucedidas. Asi lo creo, respondi: Mas dime como has venido aquí? Buscandote, y con determinacion de quitar la vida à quien ha sido parte para que tu hagas esto, y con esta intencion entré à servirte. No trates de eso, que es perderme para siempre, que aunque Don Manuel es falso, y traydor, está mi vida en la suya, fuera de que yo trato de cobrar mi perdida opinion, y con su muerte no se grangea sino la mia, que apenas harías tu tal, quando yo misma me matase; esto le dixé, porque no pusiese su intencion en execucion, Qué hay de mi madre Luis? Qué quieres que haya, respondió, sino que pienso que es de diamante, pues no la han acabado las penas que tiene; quando yo partí de Zaragoza, quedaba disponiendo su partida para Murcia; lleva consigo el cuerpo de tu padre, y mi Señor, por llevar mas presentes sus dolores. Y por allá que se platica de mi desacierto? Dixé yo, que te llevó Don Manuel, respondió Luis porque Claudia dixo lo que pasaba, con que tu madre se consoló algo en tu perdida, pues le parece que con tu marido vas,

que no hay que tenerte lastima; no como ella, que le lleva sin alma: yo como mas interesado en haberte perdido, y como quien sabia mas bien, que no te llevaba Don Manuel, antes iba huyendo de ti, no la quise acompañar, y asi he venido donde me vés, y con el intento que te he manifestado, el qual suspenderé hasta ver si hace lo que como Cavallero debe; y de no hacerlo, me puedes perdonar, que aunque sepa perderme, y perderte, vengaré tu agravio, y el mio, y cree, que me tengo por bien afortunado, en haberte hallado, y en merecer que te fies de mi, y me hayas manifestado tu secreto antes que à él. Yó te lo agradezco, respondí; y porque no sientan mal de conversacion tan larga, vete con Dios, que lugar habra de vernos, y si hubieres menester algo, pídemelo, que aun no me lo ha quitado la fortuna todo, que ya tengo que darte, aunque sea poco, para lo que mereces, y yo te debo; y con esto, y darle un doblon de à quatro le despedí; y cierto que nunca mas bien me pareció Luis que en esta ocasion: lo uno, por tener de mi parte algun arrimo; y lo otro, por verle con tan honrados, y alentados intentos.

Algunos dias tardaron las Galeras en llegar al Puerto; uno de los quales, estando mi señora fuera con las doncellas, y solo yo  
en

en casa , acaso Don Manuel deseoso de satisfacerse de su sospecha , vino à mi casa à buscar à mi señor , ò à mi , que es lo mas cierto ; y como entró , y me vió con una sequedad notable , me dixo : Qué disfraz es este Doña Isabel ? O cómo las mugeres de tus obligaciones , y que han tenido deseos , y pensamientos de ser mia , se ponen en semejantes baxezas ; siendolo tanto , que si alguna intencion tenia , de que fueses mi esposa , ya la he perdido , por el mal nombre que has grangeado conmigo , y con quantos lo supieran ? Ha traydor , engañador , y perdicion mia ! Como no tienes verguenza de tomar mi nombre entre tus labios , siendo la causa de esa baxeza con que me baldonas , quando por tus traiciones , y maldades estoy puesta en ella ; y no solo eres causador de esto , mas de la muerte de mi honrado padre , que porque pagues à manos del Cielo tus traiciones , y no à las tuyas , le quitó la vida con el dolor de mi pérdida ? Zelima soy , no Doña Isabel : esclava soy , que no señora : Mora soy , pues tengo dentro de mi misma aposentado un Moro renegado como tú ; pues quien falta à Dios la palabra que le dió de ser mio , ni de Christiano , ni noble , sino un infame Cavallero ; estos hierros , y los de mi afrenta , tú me los has puesto , no solo en el rostro , sino en la fa-

ma ; haz lo que te diere gusto , que si se te ha quitado la voluntad de hacerme tuya , Dios hay en el Cielo , y Rey en la tierra : y si estos no lo hicieren , hay puñales , y tengo manos , y valor para quitarte esa vida ; para que depren- dan de mi las mugeres nobles à castigar hombres falsos , y desagradecidos , y quitateme de delante , si no quieres que haga lo que digo. Vióme tan colerica , y apasionada , qué , ò porque no hiciese algun desacierto , ò porque no estaba contento de los agrávios , y engaños que me habia hecho , y le faltaban mas que hacer , empezó à reportarme con caricias , y alhagos , que yo no quise por gran espacio admitir , prometiendome remedio à todo : queriale bien , y creíle ( perdonadme estas licencias , que tomo en decir esto ; y creedme , que mas llevaba el pensamiento de restaurar mi honor , que no el achaque de la liviandad ) en fin , despues de haber hecho las amistades , y dandole cuenta de lo que me habia sucedido hasta à aquel punto , me dixo ; que pues ya estas cosas estaban en este estado , pasasen asi , hasta que llegase- mos à Sicilia , que allá se tendria modo , como mis deseos , y los suyos tuviesen dichoso fin , con esto nos apartamos , quedando yo contenta , mas no segura de sus engaños , mas para la primera vez no habia negociado muy

R mal

mal. Vinieron las Galeras, y embarcamonos en ellas con mucho gusto mio, por ir Don Manuel en compañía de mis dueños; y en la misma Galera que yo iba, donde le hablaba, y veia à todas horas, con gran pena de Luis, que como no se le negaban mis dichas, andaba muy triste; con lo que confirmaba el pensamiento que tenia de que era Don Felipe, mas no se lo daba à sentir, por no darle mayores atrevimientos: llegamos à Sicilia, y aposentamosnos todos dentro de Palacio. En reconocer la tierra, y tomarla cariño, se pasaron algunos meses; y quando entendí, que Don Manuel diera orden de sacarme de esclava, y cumplir lo prometido, bolvió de nuevo à matarme con tibiezas, y desayres. Tanto, que aun para mirarme le faltaba voluntad, y era, que habia dado en andar distraído con mugeres, y juegos; y lo cierto de todo, que no tenia amor; con que llegaron à ser mis ahogos, y tormentos de tanto peso, que de dia, ni de noche se enjugaban mis tristes ojos, de manera, que no fue posible encubrirselo à Leonisa, aquella doncella con quien profesaba tanta amistad; que sabidas debaxo de secreto mis tragedias, y quien era, quedó fuera de sí.

Queríame tanto mi Señora, que por dificultosa que fuera la merced que le pedia, me lo otorga-

ba; y así por poder hablar à Don Manuel, sin estorbos, y decirle mi sentimiento, la pedí una tarde licencia, para que con Leonisa fuera à merendar à la Marina; y concedida, pedía à Luis dixera à su amo, que unas Damas le aguardaban à la Marina, mas que no dixese que era yo, temiendo que no iria: nos fuimos à ella, y tomamos un barco, para que nos pasase à una Isleta, que tres, ò quatro millas dentro del Mar se mostraba muy amena, y deleytosa. En esto llegaron Don Manuel, y Luis, que habiendonos conocido disimulando el enfado, solemnizó la burla. Entramos todos quatro en el barco, con dos marineros que le gobernaban; y llegando à la Isleta salimos en tierra, aguardando en el mismo barquillo los marineros para bolvernó, quando fuese hora. (que en esto fueron mas dichosos que los demas) Sentamosnos debaxo de unos arboles, y estando hablando en la causa que allí me habia llevado, yo dando queexas, y Don Manuel disculpas falsas, y engañosas como siempre. De la otra parte de la Isleta, habia dado fondo en una quiebra, ò cala de ella una Galeota de Moros corsarios de Argel; como desde lexos nos vieses, salieron en tierra el Arraez, y otros Moros, y viniendo encubiertos, hasta donde estabamos, nos saltea-



tearon de modo , que ni Don Manuel , ni Luis no pudieron ponerse en defensa , ni nosotros huir ; y asi nos llevaron cautivos à su Galeota , haciendose , luego que tuvieron presa , à la Mar ; que no se contentó la fortuna con haberme hecho esclava de mi amante , sino de Moros , aunque en llevarle à él conmigo , no me penaba tanto el cautiverio. Los marineros viendo el suceso , remando à boga arrancada , como dicen , se escaparon , llevando la nueva de nuestro desdichado suceso. Estos corsarios Moros , como estan diestros en tratar , y hablar con Christianos , hablan , y entienden medianamente nuestra lengua : y asi me preguntó el Arraez , como me vió herrada , quien era ; yo le dixé , que era Mora , y me llamaba Zelima , que me habian cautivado seis años habia , que era de Fez , y que aquel Cavallero era hijo de mi Señor , y el otro su criado , y aquella doncella lo era tambien de mi casa , que los tratase bien , y pusiese precio en el rescate , que apenas lo sabrian sus padres , quando embiarian la estimacion : y esto lo dixé fiada en las joyas , y dineros que traia conmigo. Todo lo dicho lo hablaba alto , porque los demás lo oyesen , y no me sacasen mentirosa. Contento quedó el Arraez ; tanto con la presa por su interés , como por parecerle habia

hecho un gran servicio à su Mihoma , en sacarme , siendo Mora , de entre Christianos ; y asi lo dió à entender , haciendome muchas caricias , y à los demás buen tratamiento ; y asi fuimos à Argel , y nos entregó à una hija muy hermosa , y niña llamada Zayda , que se holgó tanto conmigo , porque era Mora , como con Don Manuel , porque se enamoró de él. Vistióme luego de estos vestidos que veis , y trató de que hombres diestros en quitar estos hierros , me los quitasen ; no porque ellas no usen tales señales , que antes lo tenian por gala , sino porque era S , y clavo que daba señal de lo que yo era ; lo qual respondí , que yo misma me lo habia puesto por mi gusto , y que no los queria quitar : queriame Zayda tiernisimamente , ò por merecerlo yo con mi agrado , ò por parecerle podria ser parte con mi dueño , para que la quisiese : en fin yo hacia , y deshacia en su casa como propria mia , y por mi respeto trataban à Don Manuel , y Luis , y à Leonisa muy bien , dexandolos andar libres por la Ciudad , habiendoles dado permission para tratar su rescate habiendo avisado à Don Manuel hiciese el precio de todos tres , que yo les daria joyas para ello ; de lo qual mostró Don Manuel quedar agradecido ; solo hallaba dificultad en sacarme à mi ; porque como he dicho , cierto es,

que no se podia tratar de rescate; aguardamos los Redentores, para que se dispusiese todo. En este tiempo me descubrió Zayda su amoroso cuidado, pidiendome hablase à Don Manuel, que le dixese, que si queria bolverse Moro, se casaria con él, y le haria Señor de grandes riquezas que tenia su padre, poniendome con esto en nuevos cuidados, y mayores desesperaciones, que me vi en puntos de quitarme la vida. Dabame lugar para hablar de espacio à Don Manuel; y aunque en muchos dias no le dixese nada de la pasion de la Mora, temiendo su mala condicion, dandole à ella algunas fingidas respuestas, unas de disgusto, y otras al contrario, hasta que ya la fuerza de los zelos, mas por pedirselos à mi ingrato, que por decirle la voluntad de Zayda; porque el traidor habiendole parecido bien con los ojos, deshacia quanto hacia. Despues de reñirme mis sospechosas quimeras, me dixo, que mas acertado le parecia engañarla, que le dixese, que él no habia de dexar su ley, aunque le costase no una vida que tenia, sino mil: mas si ella queria venirse con él à tierra de Christianos, y ser Christiana, que la prometia casarse con ella; à esto añadió, que yo lo sazonzase para atraerla à nuestro intento, que en saliendo de allí, estuviese segura que cumpliria con su obli-

gacion. Ha falso, y como me engañó en esto, como en lo demás! En fin para no cansaros, Zayda vino en todo muy contenta, y mas quando supo que yo tambien me iria con ella, y se concertó para de allí à dos meses la partida, que su padre habia de ir à un Lugar donde tenia hacienda, y casa, que los Moros en todas las tierras donde tienen trato tienen mugeres, è hijos. Ya la venganza mia contra Don Manuel, debia de disponer el Cielo, y asi facilitó los medios de ella, pues ido el Moro, Zayda hizo una carta, en que su padre la embiaba à llamar, porque habia caido de una peligrosa enfermedad, para que el Rey la diese licencia para su jornada, por quanto los Moros no pueden ir de un Lugar à otro sin ella: y alcanzada hizo aderezar una Galeota bien armada de remeros Christianos, à que se avisó con todo secreto el designio, y poniendo en ella todas las riquezas de plata, oro y vestidos, que sin hacer rumor podia llevar, y con ella yo, y Leonisa, y otras dos Christianas que la servian, que Mora no quiso llevar ninguna, Don Manuel, y Luis caminamos por la mar la via de Cartagena, ò Alicante, donde con menos riesgo se pudiese salir. Aqui fueron mis tormentos mayores, aqui mis ansias, sin comparacion; porque como allí no habia impedimento que lo es-

torbase, y Zayda iba segura, que Don Mauuel habia de ser su marido, no se negaba à ningun favor que pudiese hacerle; ya contemplaban mis tristes ojos à Don Manuel asido de las manos de Zayda; y miraba à Zayda colgada de su cuello, y aun bolverse los alientos en vasos de coral; porque como el traidor mudable la amaba, él se buscaba las ocasiones; y si no llegó à mas, era por el cuidado con que yo andaba, siendo estorbo de sus mayores placeres. Bien conocia yo, que no gustaban de que yo fuése tan cuidadosa, mas disimulaban su enfado: y si tal vez le decia al medio Moro alguna palabra, me daba en los ojos, con que podia hacer, que bastaban los riesgos que por mis temeridades, y lucuras habia pasado; que no era razon, por ellas mismas nos viesemos en otros mayores; que tuviese sufrimiento hasta llegar à Zaragoza; que todo tendria remedio. Llegamos en fin con prospero viage à Cartagena: tomada tierra, y dada libertad à los Christianos, con que pudiesen ir à su tierra. Puesta la ropa à punto, tomamos el camino para Zaragoza; si bien Zayda descontenta, que quisiera en la primera tierra de Christianos bautizarse, y casarse, tan enamorada estaba de su nuevo esposo, y aun si no lo hizo fue por mí, que no porque no deseaba lo

mismo. Llegamos à Zaragoza, (siendo pasados seis años que partimos de ella) y à su casa de Don Manuel halló à su madre muerta, y à Doña Eufrasia viuda, que habiendose casado con el primo que esperaba de las Indias, dexandola recien parida de un hijo, habia muerto en la guerra de un carávinazo. Fuimos bien recibidos de Doña Eufrasia, con la admiracion, y gusto que se puede imaginar. Tres dias descansamos, contando los unos à los otros sucesos pasados: maravillada Doña Eufrasia de ver S, y clavo en mi rostro, que por Zayda no le habia quitado, à quien consolé con decirle eran fingidos, que era fuerza tenerlos hasta cierta ocasion. Era tanta la priesa que Zayda daba que la bautizasen, que se queria casar, que me obligó una tarde, algo antes de anochecer, llamar à Don Manuel, y en presencia de Zayda, y su hermana, y demás familia, sin que faltase Luis, que aquellos dias andaba mas cuidadoso, le dixé estas razones: Ya Señor Don Manuel, que ha querido el Cielo, obligado de mis continuos lamentos, que nuestros trabajos hayan tenido fin con tan prospero sucesso, como haberos traído, libre de todos à vuestra casa; y Dios ha permitido, que yo os acompañase en lo uno, y lo otro; quizá para que



viendo por vuestros ojos , con quanta perseverancia , y paciencia os he seguido en ellos , pagueis deudas tan grandes : cesen ya engaños , y cautelas , y sepa Zayda , y el mundo entero , que lo que me debéis no se paga con menos cantidad que con vuestra persona ; y que de estos hierros que estan en mi rostro , como por vos solo se los podeis quitar , y que llegue el dia en que las desdichas , y afrentas que he padecido tengan premio : fuerza es , que ya mi ventura no se dilate , para que los que han sabido mis afrentas , y desaciertos , sepan mis logros , y dichas : muchas veces habeis prometido ser mio , pues no es razon que quando otras os tienen por suyo , os tema yo ageno , y os llore extraño : mi calidad ya sabeis que es mucha ; mi hacienda no es corta ; mi hermosura la misma que vos buscaisteis , y elegisteis , mi amor , no lo ignorais , mis finezas pasan à temeridades ; por ninguna parte perdéis , antes ganais , que si hasta aquí con hierros fingidos he sido vuestra esclava , desde hoy sin ellos , seré verdadera : Decid , os suplico , lo que quereis que se disponga , para que lo que os pido tenga el dichoso lauro que deseo , y no me tengais mas temerosa , pues ya de justicia merezco el premio , que de tantas desdichas como he pasado os

estoy pidiendo. No me dexó decir mas el traidor , que sonriéndose , à modo de burla , dixo : Y quien os ha dicho Señora Doña Isabel , que todo eso que decis no lo tengo muy conocido , y tanto , que con lo mismo que habeis pensado obligarme , me tenéis tan desobligado , que si alguna voluntad os tenia , ya ni aun pensamiento de haberla habido en mi tengo : vuestra calidad , no la niego , vuestras finezas , no las desconozco , mas si no hay voluntad , no sirve todo esto nada ; conocido pudierades tener en mi desde el dia que me partí de esta Ciudad , que pues os bolvi las espaldas , no os queria para esposa : y si entonces aun se me hiciera dificultoso , quanto mas será ahora , que solo por seguirme , como pudiera una muger baxa , os habeis puesto en tan civiles empeños. Esta resolucion con que ahora os hablo , dias ha , que la pudierades tener conocida : y en quanto à la palabra que decis os he dado , como estas damos los hombres por alcanzar lo que deseamos ; y pudieran ya las mugeres tener conocida esta treta , y no dexarse engañar , pues las avisan tantas escarmentadas ; y en fin por esta parte me hallo menos obligado que por las demás ; pues si la di alguna vez , fue sin voluntad de cumplirla , y solo por moderar vuestra ira : yo nunca

ca os he engañado , que bien podeis haber conocido , que el dilatarlo nunca ha sido falta de lugar , sino que no tengo , ni he tenido tal pensamiento , que vos sola sois la que os habeis querido engañar , por andaros tras mi , sin dexarme : y para que ya salgais de esa duda , y no me andeis persiguiendo , sino que viendome imposible , os quieteis , y perdais la esperanza que en mí tenéis ; y bolviendoos con vuestra madre , allá entre vuestros naturales , busqueis marido que sea menos escrupuloso que yo ; porque es imposible que yo me fiase de muger que sabe hacer , y buscar tantos disfraces. Zayda es hermosa , y riquezas no le faltan ; amor tiene como vos , y yo se le tengo desde el punto que la ví ; y así para en siendo Christiana , que será en previniendose lo necesario para serlo , le doy la mano de esposo , y con esto acabaremos , vos de atormentarme , y yo de pádecerlo. De la misma suerte que la vivora pisada , me pusieron las infames palabras , y alevnes obras del ingrato Don Manuel , y queriendo responder à ellas Luis , que desde el punto que él habia empezado su platica se habia mejorado de lugar , y se puso al mismo lado de Don Manuel , sacando la espada , y diciendo : O falso , y mal Cavallero , de esa suerte pagas las obligaciones,

y finezas que debes à un Angel ; y viendo que à estas voces se levantaba Don Manuel , y metiendo mano à la suya , le tiró una estocada , tal , que , ò fuese cogerie desapercibido , ò que el Cielo por su mano le embió su merecido castigo , y à mi la deseada venganza , que le pasó de parte à parte con tal presteza , que al primer ay , se le salió el alma , dexandome à mi casi sin ella ; y en dos saltos se puso à la puerta , diciendo : Ya hermosa Doña Isabel te vengó Don Felipe de los agravios que te hizo Don Manuel ; quedate con Dios , que si escapo de este riesgo con la vida , yo te buscaré : y en un instante se puso en la calle. El alboroto en un fracaso como este fue tal que es imposible contarle , porque las criadas , unas acudieron à las ventanas , dando voces , y llamando gente , y otras à Doña Eufrasia , que se habia desmayado , de suerte , que ninguna reparó en Zayda , que como siempre habia tenido cautivas Christianas , no sabia , ni hablaba muy mal nuestra lengua : y no habiendo entendido todo el caso , y viendo à Don Manuel muerto , se arrojó sobre él llorando , y con el dolor de haberle perdido , le quitó la daga que tenia en la cinta , y antes que nadie pudiese , con la turbacion que todas tenían , prevenir su riesgo , se la escondió en el corazon , ca-

yendo muerta sobre el infeliz mozo. Yo, que como mas cursada en desdichas, era la que tenia mas valor: por una parte lastimada del suceso, y por otra satisfecha con la venganza: viendolos à todos rebueltos, y que ya empezaba à venir gente, me entré en mi aposento, y tomando todas las joyas de Zayda, que de mas valor, y menos embarazo eran, que estaban en mi poder me salí à la calle; lo uno porque la justicia no asiese de mi, para que dixese quien era Don Felipe, y lo otro, por ver si le hallaba, para que entrambos nos pusiésemos en salvo, mas no le hallé. En fin, aunque habia dias que no pisaba las calles de Zaragoza, acerté la casa de Octavio, que me recibió con mas admiracion que quando la primera vez fuí à ella, y contandole mis sucesos, reposé alli aquella noche, ( si pudo tener reposo muger por quien habian pasado, y pasan tantas desventuras ) y así asegurado, que no sé si estaba triste, si alegre, porque por una parte el lastimoso fin de Don Manuel, como aun hasta entonces no habian tenido tiempo de aborrecerle, me lastimaba el corazon; por otra sus traiciones, y malos tratos, junto, considerandole ya no mio, sino de Zayda. Encendida en mi tal ira, que tenia su muerte, y mi venganza por consuelo:

luego considerar el peligro de Don Felipe, à quien tan obligada estaba, por haber hecho lo que à mi me era fuerza hacer para bolver por mi opinion perdida. Todo esto me tenia con mortales ahogos, y desasosiegos. Otro dia salió Octavio à ver por la Ciudad lo que pasaba, y supo como habian enterrado à Don Manuel, y à Zayda: al uno, como à Christiano, y à ella como à Mora desesperada; y como à mi, y à Don Felipe, nos llamaba la Justicia à pregones, poniendo grandes penas à quien nos encubriese, y ocultase; así me fue fuerza estarme escondida quince dias, hasta que se sosegase el alboroto de un caso tan prodigioso: al cabo persuadi à Octavio fuese conmigo à Valencia, que allá mas seguros le diria mi determinacion. No le iba à Octavio tan mal con mis sucesos, pues siempre granjeaba de ellos con que sustentarse, y así lo concedió: y puesto por obra, tres, ò quatro dias estuve despues de llegar à Valencia sin determinar lo que dispondria de mi: unas veces me determinaba à entrarme en un Convento, hasta saber nuevas de Don Felipe à quien no podia negar la obligacion que le tenia; y à costa de mis joyas sacarle libre del peligro que tenia por el delito cometido, y pagarle con mi persona, y bienes, haciendole mi

es-



ésposó , mas de esto me apartaba el temor , que quien una vez habia sido desdichado , no sería jamás dichosa. Otras veces me resolvía en irme à Murcia con mi madre ; y de esto me quitaba con imaginar como parecería ante ella , habiendo sido causa de la muerte de mi padre , y todas sus penas , y trabajos. Finalmente me resolví à la determinacion con que empecé mis fortunas , que era ser siempre esclava herrada , pues lo era en el alma ; y así metiendo las joyas de modo que las pudiese siempre traer conmigo , y este vestido en un lio , que no pudiese parecer mas de ser algun pobre arreo de una esclava , dando à Octavio con que satisficé el trabajo que por mi tomaba , le hice me sacase à la plaza , y à publica voz de pregonero me vendiese , sin reparar en que el precio que le diesen por mi , fuese baxo , ni subido. Con grandes veras procuró Octavio apartarme de esta determinacion , metiendome por delante quien era , lo mal que me estaba : y que si hasta entonces por reducir , y seguir à Don Manuel lo habia hecho , ya para que era seguir una vida tan vil ; mas viendo que no podia reducirme , quizá por permission del Cielo , que me queria traer à esta ocasion , me sacó à la plaza , y de los primeros que llegaron à comprarme fue el tio de mi Señora Lisis , que aficionado,

ò por mejor decir enamorado , como pareció despues ; me compró , pagando por mi cien ducados ; y haciendo à Octavio merced de ellos : me despedí de él , y él se apartó de mi llorando , viendo quan sin remedio era ya el verme en descanso , pues yo misma me buscaba los trabajos. Levóme mi Señor à su casa , y entregóme à mi Señora Doña Leonor , la qual poco contenta , por conocer à su marido travieso de mugeres , quizá temiendo de mí lo que le debia de haber sucedido con otras criadas , no me admitió con gusto , mas despues de algunos dias que me trató satisfecha de mi proceder honesto , admirando en mí la gravedad , y estimacion que mostraba , me cobró amor , y mas quando viendome perseguida de su marido se lo avisé , pidiendole pusiese remedio en ello , y el que mas à proposito halló , fue , quitarme de sus ojos : con esto ordenó embiarme à Madrid , y à poder de mi señora Lisis , quedandome nuevas de su afable condicion , vine con grandísimo gusto en mejorar de dueño ; que en esto bien le merezco ser creída ; pues por el grande amor que la tengo , y haberme importunado algunas veces , le dixese , de que nacian las lagrimas que en varias ocasiones me veía verter , y yo haberla prometido contarle à su tiempo , como lo he hecho en es-

ta ocasion: pues para contar un desengaño, qué mayor que el que habeis oído en mi larga, y lastimosa historia?

Ya Señores prosiguió la hermosa Doña Isabel, pues he desengañado con mi engaño à muchas, no será razon que me dure toda la vida vivir engañada, fiandome en que tengo de vivir hasta que la fortuna vuelva su rueda en mi favor; pues ya no ha de resucitar Don Manuel, ni quando esto fuera posible me fiara de él, ni de ningun hombre, pues à todos los contemplo en éste, engañosos, y taymados para con las mugeres: y lo que mas me admira es, que ni el noble, ni el honrado, ni el de obligaciones, ni el que mas se precia de cuerdo, hace mas con ellas, que los civiles, y de humilde esfera; porque han tomado por oficio decir mal de ellas, desestimarlas, y engañarlas, pareciendoles que en esto no pierden nada, y si lo miran bien pierden mucho; porque mientras mas flaco, y debil es el sugeto de las mugeres, mas apoyo, y amparo habian de tener en el valor de los hombres. Mas à esto basta lo dicho, que yo como ya no lo he menester, porque no quiero haberlos menester, ni me importa que sean fingidos, ò verdaderos; porque tengo elegido amante que no me olvidará, y esposo que no me despreciará, pues le contemplo ya los brazos

abiertos para recibirme. Y así divina Lisis (esto dixo poniendose de rodillas) te suplico, como Esclava tuya, me concedas licencia para entregarme à mi divino Esposo, entrandome en Religion, en compañía de mi Señora Doña Estefania, para que en estando alli avise à mi triste madre, que en compañía de tal Esposo, ya se holgará hallarme, y yo no tendré verguenza de parecer en su presencia: y ya que la he dado triste mocedad, daréla descansada vejez: en mis joyas me parece tendré para cumplir el dote, y los demás gastos. Esto no es razon me lo negueis, pues por ingrato, y desconocido amante he pasado tantas desdichas, y siempre con los hierros, y nombre de Esclava; quanto mejor es serlo de Dios, y à él ofrecerme con el mismo nombre, de la Esclava de su Amante.

Aqui dió fin la hermosa Doña Isabel con un tiernísimo llanto, dexando à todos tiernos, y lastimados, en particular Lisis, que como acabó, y la vió de rodillas ante sí, la echó los brazos al cuello, juntando su hermosa boca con la mexilla de Doña Isabel, le dixo, con mil hermosas lagrimas, y tiernos sollozos. Ay Señora mia, y como habeis permitido tenerme tanto tiempo engañada, teniendo por mi esclava, à la que debia ser, y es Señora mia: esta quexa jamás la perderé; y os

pi-

vido perdoneis los yerros que he cometido en mandaros como à esclava, contra vuestro valor, y calidad. La eleccion que habeis hecho, en fin, es hija de vuestro entendimiento, y asi yo la tengo por muy justa; y escusado es pedirme licencia, pues vos la teneis para mandarme como à vuestra; y si las joyas que decís teneis no bastáren, os podeis servir de las mias, y de quanto yo valgo, y tengo. Besaba Doña Isabel las manos à Lisis, mientras le decia esto; y dando lugar à las Damas, y Cavalleros que la llegaban à abrazar, y ofrecersele, se levantó, y despues de haber recibido à todos, y satisfecho à sus ofrecimientos con increíble donayre, y despejo, pidió una harpa, y sentándose junto à los Musicos, y sosegados todos, cantó este Romance.

*Dar zelos quita el honor,  
la presuncion pedir zelos,  
no tenerlos no es amor,  
y discrecion es tenerlos.*

*Quien por picar à su amante  
pierde à su honor el respeto,  
y finge, ó que no hace,  
ó se determina à hacerlo,*

*Ocasionando el castigo  
se pone à qualquiera riesgo,  
que tambien supone culpa  
la obra como el deseo.*

*Quien pide zelos no estima  
las partes que le dió el Cielo,  
y ensalzando las agenas  
abate el merecimiento.*

*Está à peligro que elija  
su mismo dueño, por dueño,  
lo que por veñir su agravio  
sube à la esfera del fuego.*

*Quien tiene amor, y no zela,  
todos dicen, y lo entiendo,  
que no estimo lo que ama,  
y finge sus devaneos.*

*Zelos, y amor no son dos;  
uno es causa, el otro efecto;  
porque efecto, y causa son  
dos pero solo un sugeto.*

*Nacen zelos del amor,  
y el mismo amor son los zelos,  
y si es como dicen Dios,  
una en dos causas contemplo.*

*Quien vive tan lastimado  
que no teme ser à necio,  
pues quien mas estado alcanza,  
mas cerca está de perderlo.*

*Seguro salió Faeton  
rigiendo el carro Febo,  
confiado en su valor,  
por las regiones del Cielo.*

*Lebró en alas de cera,  
por las esferas sabiendo,  
y en su misma confianza,  
lebró, y Faeton murió.*

*Zelos, y desconfianza,  
que son una cosa, ciertos  
porque el zelar es temer,  
el desconfiar lo mesmo.*

*Luego quien zelos tuviere  
es fuerza que sea discreto;  
porque qualquier confiado  
está cerca de ser necio.*

*Con aquesto he desulado  
la duda que se ha propuesto;  
y responderé à qualquiera  
que desearé saberlo.*

De



*De que en razon de zelos,  
es tan malo darlos  
como tenerlos.*

*Pedirlos libertad,  
darlos desprecio;*

*malo es tenerlos;  
pero a queste quiero,  
porque mal puede amor  
serlo sin ellos.*

## DESENGAÑO II.

### LA MAS INFAME VENGANZA.

#### NOCHE SEGUNDA.

**A** Cabada la musica , ocupó la hermosa Lisarda el asiento situado para las que habian de desengañar , temerosa de haber de mostrarse apasionada contra los hombres , estando su amado Don Juan presente ; mas pidiendole licencia con los hermosos ojos , como si dixera , mas por cumplir con la obligacion , que por ofenderte , hago esto , empezó asi:

Mandasteme , hermosa Lisis , que fuese la segunda en dar desengaños à las Damas , de que deben escarmentar en sucesos ajenos , para no dexarse engañar de los hombres ; y cierto , que mas por la ley de la obediencia , me obligo à admitirlo , que por sentir que tengo de acertar. Lo primero , porque aun no he llegado à tiempo de desengañarme à mi , pues aun apenas sé si estoy engañada , y mal puede quien no sabe un arte , sea el que fuere , hablar de él ; y tengo por civilidad decir mal de quien no me ha

hecho mal ; y con esto mismo pudiera disculpar à los hombres , que lo cierto es , que los que se quejan estan agraviados , que no son tan menguados de juicio , que dixeran tanto mal como de las mugeres dicen : y para que , ni ellos se quejen , y yo cumpla con lo que me es mandado , sucintamente referiré un caso que sucedió à una principal Dama , con lo que me parece desengañaré à las que hubieren menester desengañarse ; y sobre todo pienso que no conseguiré fruto ninguno : por donde la hermosa Doña Isabel ha salido tan bien de su empeño , escarmentando à todas con su mismo suceso , no dexa de ser atrevimiento querer ninguna lucir , como ha lucido , y menos mi entendimiento que carece de todo acierto : suplicando à todo este auditorio hermoso , y noble , perdoneis las faltas de él , digo asi:

No ha muchos años , que en la nobilissima , y populosa Ciudad de

de Milán, habia un Cavallero dotado de todas las partes, gracias, y prerrogativas, de que puede colmar naturaleza, y fortuna, si bien en mocedades, y juegos disminuyó lo mas de su hacienda. Era Español, y que con un honrado cargo en la guerra habia pasado à aquel País, casó allí con una Dama igual à su calidad, aunque no rica, con que vino à ser su hacienda bastante, no mas de à pasar una modesta, y descansada vida, ni sobrandole, ni faltandole para criar dos hijos que tuvo de su matrimonio. Con algun regalo nació primero Octavia, llamandose así por su madre: y el segundo Don Juan, de quien no diré el apellido, que quando los hombres con sus flaquezas desdoran su linage, es mejor encubrirle, que manifestarle. Era Octavia, aunque mayor que su hermano seis años, de las hermosas mugeres de aquel Reyno; así no lo fuera en las gracias, donayre, y entendimiento; quien sin verla la oia, la admiraba fea, quando la celebraba hermosa. Llegando, pues, à la edad, quando mas campea la belleza, se enamoró de ella, viendola en un festin, un hijo de un Senador, mozo galan, entendido, y rico: partes para que no tuviera Octavia mucha culpa en corresponderle, mas era cuerda, y notó, que ya no es dote la hermosura, y que Carlos, que este era el nombre, era rico,

y se habia de casar con quien no fuese; con cuyos temores se defendió algun tiempo, así lo hiciera siempre, que así no fuera causa de las desdichas que despues sucedieron; pues como he dicho, vió Carlos à Octavia en un festin, regocijo usado en aquella tierra; y viendola, se perdió, ò lo dió à entender; que para mí lo peor que siento de los hombres es, que publican mas que sienten. No miró Octavia mal à Carlos, mas viendole imposible (aunque no para lo que merecia su hermosura) detuvo el afecto del mirar, para no llegar à sentir; porque como no estaba de parecer de hacer lo que las comunes, no tuvo por acertado empeñarse en amar, menos que à quien pudiese ser esposo: y que ya que su desdicha la encaminase à rendirse, fuese obligando à serlo. O qué de engaños han padecido por esta parte las mugeres, que de desengañadas tienen los hombres, quando ya no tienen remedio! Muy cautivo se halló Carlos de la belleza de Octavia, mas no con el pensamiento que ella tenia, que era el matrimonio, porque en tal caso no pensaba Carlos salir de la voluntad de su padre, que entendia no habia hasta entonces nacido muger que igualase à su hijo: mas parecióle como Octavia no estaba muy sobrada, mas de una honrada mediana, que alcanzaban

sus

sus padres, que con joyas, y dineros conquistaria este imposible de hermosura; y à no bastar, valerse de la fuerza, ò de algùn empeño; que esto es echar, como dicen por el atajo; y así empezó primero la conquista de esta suerte, despues de haber mirado con las balas de los suspiros, y con el asistencia en su calle, de noche, y de dia; mas à esto Octavia, y no descuidada, à lo menos advertida, de que con no verlo, ni oirlo se habia de defender, se negaba à todo huyendo de la vista de Carlos, aumentando en él con estos desvios, ò el amor, ò el deseo, que tal vez los hombres suelen bolver en tema la voluntad.

No gozaba Carlos sin competidores de su amor mal correspondido; que como Octavia era hermosa habia muchos deseosos

de merecer sus divinas prendas, y con mas honestos pensamientos que Carlos, mas Octavia los hacia à todos iguales; y si de algùn no se dexaba llevar su altivo desdén, era de un deudo de su madre, que mediante el parentesco la trataba con mucho mas cariño, por visitarla algunas veces, y él andaba buscando ocasion para pedirla à su padre por esposo: no ignoraba esto Carlos, que era rico, y criados sobornados, son descubridores de lo mas oculto que sus amos hacen, y como era imposible el decirle, ni su amor, ni sus zelos, por no darle lugar la Dama, una noche de las calurosas de Julio, sentado debaxo de los balcones, como otras veces le sucedia, el son de este templado instrumento de sus lastimosos suspiros, cantó este Soneto.

*Apenas en amor dé el primer paso,  
 Quando en rabiosos zelos dé de ojos:  
 Ay, que crueles penas, ay que enojos!  
 Favor, y amor, que en su rigor me abraso.  
 Cómo de gloria estás conmigo escaso,  
 Que se lleva otro dueño mis despojos?  
 O qué prados de espinas, y abrojos  
 Miranda ageno el bien, llorando paso!  
 Mal haya quien amandó, en nada fia,  
 Fidelidad ingrata, triste lloro,  
 A yugo desleal mi cuello obliga.  
 Ya murió mi esperanza; era al fin mia,  
 Falsa me paga quando firme adoro,  
 Trepieza en zelos si à Cupido sigo.  
 O amor dulce enemigo,  
 O cruel tirana,  
 Reynar, y amar no quieren compañía!*

Ya



Ya parece que Octavia escuchó lo que primero habia sido chaba à Carlos, tan bien como agrado, se convirtió en amar. le habia mirado; pues estuvo en el balcon, mientras Carlos cantaba. Enamoróse Octavia, dexóse vencer de suerte; que tuvo Carlos to el referido Soneto. Habia de ser desgraciada, y empezaba ya su desdicha à ponerla en las ocasiones de perderse; y así dio lugar, con estarse queda en el balcon, à que Carlos, como que hablabla con sus mismos pensamientos, le afease lo mal que tanta hermosura con tanta crueldad; que aunque no tuvo respuesta, se contentó el amante con el favor de haberle escuchado, con que tuvo tiempo de escribirla este papel:

*No sé, que gloria consigues, di-  
vina Octavia en ser cruel, ó en que  
te ofende mi amoroso rendimiento,  
que te excuses, ya que no de prentar  
le de oírle, que aun no me conceden  
tus hermosos ojos licencia de nom-  
brarme tuyo; pues asegurate, que  
has de dexar de ser hermosa, ó que  
no he de apartarme de amarte, y pues  
es cada imposible de esto, imposible  
ventorle, permiteme que pues soy, y  
he de ser tuyo, mientras tuviere vi-  
da, el favor de oírme, que con esto  
lo sustentaré para ser tuyo.*

Que peligrosa bala, para el fuerte de la honestidad, es la porfia; todas quantas defensas se pueden poner rinde, como sucedió en Octavia; pues habiendo venido à sus manos este papel por medio de una criada, quien Carlos supo grangear con

Ay como imito à Tántalo en la pena,  
 pues el agua à la boca , de sed muero!  
 tengo conmigo al bien que adoro , y quiero,  
 y parece que el bien de mi se agena.

De las penas de amor el alma llena  
 el premio de mi amor gozar espero,  
 y quando ya le toca desespero,  
 porque un rigor mi atrevimiento enfrena.

Qué delito me usurpan tus favores  
 hermosa ingrata , que en mi alma vives;  
 por ventura robete la ambrosia?

Aplaca de mi alma los ardores,  
 que no es razon que del cristal me privet,  
 quando muere de sed el alma mia.

Vesme sin alegría,  
 y tu cruel conmigo,  
 morir me dexas , y con ser testigo  
 de las penas que paso,  
 no me socorres , quando mas me abraso.

Quando morir me dexas,  
 y mirarme no sientes , con fieros accidentes,  
 sin remediar mis quejas:  
 y si lloran mis ojos  
 recibes de mis lagrimas enojos:  
 ò remedia la llama que me abraso,  
 ò dexame llorar el mal que paso:  
 y el llanto venza el mio,  
 tu crueldad , tu tibieza , tu desvio;  
 pues es rigor quitarme,  
 quando llorando estoy , desahogarme.

Ay ! con quantos rigores el alma sin ti lucha,  
 y si tu voz escucha,  
 ò como son mayares:  
 cobarde no me atrevo  
 à hacerla de mi boca dulce cebo:  
 que sueta gran contento  
 en vaso de rubí beber su acento:  
 ay Dios ! quien me lo quita,  
 digo , que un miedo que en mi alma habita,  
 de temer que te ofendo,

quan-

quando gozar este favor pretendo.  
Bien sabes, que te quiero,  
y que con alma ingrata  
no mires, que me mata  
tu recato severo.  
Pues si vivo en tus ojos,  
y me quitan la vida sus enojos,  
haces suerte en la vida;  
ò mas ingrata, mientras mas querida!  
Y para que concluya,  
yo viva, y muera en la desgracia tuya,  
si no has de ser mi dueño,  
yo de ser tuyo, mi palabra empeño.  
Pues dueño de mi vida,  
goce yo tus favores,  
quitame estos temores,  
no seas mi homicida:  
mas ay amor! que muero  
ya de obligarte, ingrata, desespero:  
ya mi bien no me quiere,  
ya mi memoria en su memoria muere:  
y pues de mí se olvida,  
venga la muerte, acabese la vida,  
y vivan en mis ojos  
eternamente lagrimas, y enojos.  
Cancion triste, si obligas  
à mi dueño querido,  
inmortal vivirás de eterno olvido;  
y sino moriremos  
en la desdicha, que los dos tenemos.

Menos que esto habia ya menester Octavia; porque ya amaba à Carlos, mas que fuera razon, que en esto se vé, quan flacas son las mugeres, que no saben perseverar en el buen intento; y aun por esta parte disculpo à los hombres, en la poca estimacion que hacen de ellas: mas disculpemos los yerros de amor con el mismo

amor; y asi abriendo la ventana le llamó, diciendo: No sé, Carlos, como me tienes por tan cruel, è ingrata, como has mostrado, y dás à entender en tus versos, pues has merecido llegar al favor, que hoy gozas, à pesar de mi recato, y nobleza, sin haberme asegurado de un dichoso fin en tu pretension; y yo por

S que-



quererte bien , aun no he reparado en eso , ni mirado lo mal , que le está à mi opinion , à la de mis padres , y hermana , galanteos , menos de quien ha de ser mi esposo ; sino , que ahora , mal hallado con la merced , que te hago , te quejas de ingratitudes , y crueldades , quando debieras mirar , que fuera tenerlas conmigo misma , si hiciera , lo que pides , sin resguardo de mi honor : tú si , que eres cruel conmigo , pues pudiendome hacer dichosa , me haces desdichada : que claro es , que perderé esposo por tu causa , y no te ganaré à tí , como si desmereciera yo esta dicha. Pobre soy para igualarme à tu riqueza ; en esto confieso , que me excedes ; pero en lo demás te igualo ; y quando no lo hiciera , amor iguala baxezas con grandezas fiadoras : esta poca , ò mucha belleza que tengo , que en esto será , lo que tú quisieres ; por qué estás cobarde en hacerme tuya ? Y quando haciendolo me conozcas ingrata , entonces te podrás levantar por desvalido , y sino , contentate con lo que alcanzas , y no te quejes : y para que en ningun tiempo lo puedas hacer justamente de mí , te digo ; que menos , que siendo mi esposo , no pidas mas , ni alcanzarás mas : y aun esto lo he hecho , pareciendome à mí , que un hombre de tu entendimiento , y capacidad , el dia que se puso , y determinó , à amar una muger

de mi calidad , y prendas , no habia de ser con otro intento , y fin. Con esto callo ; y Carlos como no lo habia de cumplir , no se le hizo dificultoso prometerlo , y asi le respondió : Hermoso dueño mio , no quiera el Cielo , que por cosa que à mí me está bien , me quite à mí propio la dicha de ser vuestro , y de gozar los favores , que tanto deseo ; y para conseguirlo , y teneros à vos segura , y que vos lo esteis de mí ; con una condicion , que es , que por ahora esté secreto , por la avara , y civil condicion de mi padre , que piensa darme muger , aun mas rica que él , sin mirar , que la mas grande riqueza es vuestra hermosura : yo os daré , no una vez , sino mil , la fé , y palabra de ser vuestro esposo. Qué liberal promete Carlos , y qué ignorante cree Octavia ! Livandad me parece ; mas vaya , que ella se hallará burlada ; que promesas de rico à pobre , pocas veces se cumplen , y mas en casos amorosos. Quería Carlos alcanzar , y prometia ; y quería Octavia marido de las prendas de Carlos , y asi , pareciendole que con el dote de la hermosura le bastaba , aceptó , dandole à Carlos las gracias : y Carlos despues de haber venido la criada , tercera en estas locuras , delante de ella la dió fe , y palabra de ser su marido. Ha , Octavia , y qué engaño se te previene!

En

En la hermosura te fias, sin mirar, que es una flor, que en manoseandola un hombre se marchita, y en marchitandose, la arroja, y la pisa. Este es el mismo desengaño, hermosas Damas: no creais, que ningun hombre, lo que hace enamorado, lo hará despues arrepentido; y si alguno lo ha hecho, es un milagro, aun despues la hace padecer. Rióse Octavia: ò muger facil! Abrió à Carlos la puerta: ò loca! Entregó la joya mas rica, que una muger tiene: ò hermosura desdichada! No quiero decir mas en esto, que el mismo suceso desengañará. Gozaron sus amores muchos dias, entrando Carlos con secreto en casa de Octavia. No se arrepintió Carlos tan presto, que antes se hallaba muy gustoso con su amada prenda, y ella teniendose por extremo dichosa. Ocasionaronse en este tiempo las largas, y peligrosas guerras de aquellos Reynos, que no solo lloran ellos, sino nosotros; pues de esto se originó entrarsenos en España, y costarnos à todos tanto como cuesta; y en una de las batallas, que se dieron, murió el padre de Octavia, por seguir ya anciano el exercicio de su mocedad, que eran las armas; y su madre à pocos meses murió, tambien de pena de haber perdido su amado esposo. Dichosos en perder la vida, antes que se la acabára ver la perdicion de su hija. Don Juan, como supo la muer-

te de sus padres, que ya no tenia freno à sus travesuras, vino luego à Milan, mas cursado en juegos, y mugeres, que en los estudios, que como no los seguia de voluntad, mas de por la fuerza que le hacia su padre, no habia aprovechado nada en ellos, mas de un acabar parte de la hacienda que habia, y arrimando los habitos, y libros empezó à gastar la que habia quedado, sin mirar que tenia una hermana moza, hermosa, y por tomar estado; y para que ella no gastase nada, la tenia tan encerrada, y necesitada de todo, que aunque él no la tuviera así, ella misma se quitára de los ojos de todos por no parecer en menos porte, que el que traia en vida de sus padres; porque aunque tenia algunas joyas de valor, que Carlos le habia dado, no osaba que Don Juan se las viese; porque tan presto llegarán à sus ojos, como las tuviera puestas con dueño. Con estos sucesos cesó el poder entrar Carlos en su casa como solia; no porque Don Juan supiese nada, sino por temor de que no lo entendiese, viendo que Carlos no queria, por temor de su padre, que se publicase; de manera, que apenas se veian si no era pasando por la calle, y eso con mil temores, por conocer la arrebatada condicion de Don Juan, que con él no habia hora segura: de que los dos amantes estaban tan impacien-

tes, que ni Carlos vivia, ni sosegaba, ni Octavia enjugaba sus ojos; el mayor alivio que tenían, era escribirse por medio de aquella criada dicha, la qual un dia traxo un papel à su Señora, que Carlos le dió, con estas decimas; habiendo tomado asunto para ellas, haber visto à Octavia en el balcon muy triste, y llorosa, como la que mas sentia el estar apartada de su esposo, que tal creía, que era Carlos.

*Triste estais dueño querido,  
y puedo decir, que al Sol  
le ha faltado el esplendor,  
de que siempre está vestido:  
el gusto teneis perdido,  
y yo no os le puedo dar;  
mas si para remediar  
la alegría perdida,  
habeis menester mi vida,  
con gusto os la quiero dar.*

*Leandro será en perderla:  
con voluntad animosa;  
porque en mi poder no bay cosa,  
que no seas dueño de ella:  
y si por secreta estrella  
para ser vuestro nacl,  
y falta el poder en mí  
para alegrar vuestros ojos,  
dadme à mí aquéso enojos,  
hareisme dichoso así.*

*Ay! quien poderoso fuera  
de poderos alegrar!  
porque como os supe amar,  
daros contento supiera:  
el Sol en su sacra esfera  
aun no estuviera seguro;*

y por vuestros ojos juro,  
que son en mí sus enojos,  
prados de espinas, y abrojos,  
donde el sufrimiento apuro.

*Mas, Señora, si mi suerte,  
de mis glorias enemiga,  
es la misma, que os obliga,  
à que sufrais esa muerte:  
decidle, que porque acierte,  
su golpe execute en mí;  
y vos, mi dueño vivid:  
y sino pedidle vos,  
que le execute en los dos,  
y será acertado así.*

*Mas en tanto, que esto llega,  
alegráos, que vive Dios;  
que à mí me matais, si vos  
os matais de rabia ciega:  
en mis lagrimas se anega  
este pabel amoroso,  
en vuestras manos dichoso  
quando las llegue à besar;  
pues sin saber, qué es amar,  
mas es que yo venturoso.*

Muchos dias, como he dicho, se pasaron, sin que estos dos amantes pudiesen dar alivio à sus penas; porque Don Juan, ò de zeloso, ò mal intencionado, el dia que iba à Misa, no se quitaba de su lado; que otras visitas no se las dexaba hacer: con que Carlos estaba desesperado, y Octavia perdía el juicio; hasta que sucedió, que en una casa de juego, sobre jugar una suerte, mató un Cavallero principal de la Ciudad, y queriendole prender por ella se escapó, y retiró à un Convento,

vien-



viendo, que si le prendian no le iria muy bien, respecto de traerle ya la Justicia, por sus travesuras, sobre ojo; y desde alli avisó, por un papel à su hermana, que deshaciendose de algunas cosas de casa, le juntase el dinero, que pudiese para ponerse à mejor recaudo, porque le habian avisado trataban de sacarle de la Iglesia; que en llegando à Napoles, donde quería irse, la avisaria, ò embiaria por ello, y dandole media docena de documentos, de lo que habia de hacer en su ausencia, que los pudiera tambien tomar para sí. Todo se hizo como él pidió, cumplendolo todo Carlos, porque Octavia no se deshiciese de sus joyas, y con todo secreto fue à ver à su hermana, y despedido de ella se pasó al Reyno de Napoles, quedando Carlos con ausencia de Don Juan, por dueño de la casa de Octavia, entrando, y saliendo de ella sin ningun recato, restaurando los gustos perdidos, con tantos excesos, que ya le vinieron à cansar, quando ya toda la Ciudad lo murmuraba; retirandose las Señoras de ella de comunicar, ni ver à Octavia, por estar su fama tan obscurecida. Mas de dos años pasaron de esta suerte, que aunque Carlos se hallaba ya achacoso de la voluntad, no se atrevia à declararse de todo punto con Octavia, si ella ya vivia menos segura, de que Carlos le cumpliese la palabra, cono-

ciendo en su tibieza su desdicha, no le veía con tanta puntualidad, ni la trataba con el cariño, que antes; muchas noches faltaba al lecho, y à las lagrimas, que Octavia vertia, y à las bien entendidas queexas, que le daba, él ponía por excusa à su padre, diciendo, que le reñia, porque salia de casa de noche; y si ella le hablaba en razon del casamiento, la respondia, que si le queria ver destruido, y muerto à manos de su padre, y aunque Octavia le suplicaba, que por excusar la ofensa de Dios, se casasen en secreto, le decia, que si era él persona, que quando llegase esa ocasion se habia de casar, avivó con estas cosas, dudando Octavia de la fe de Carlos, dandose por perdida, martirizaba sus ojos, y ajaba su hermosura, y Carlos cada dia mas desapasionado. Ha, que se les pudiera decir ahora à los hombres! Infamando à Carlos de engañador, de falso, y mal Cavallero, y que le pudiera afear à Octavia su flaqueza, para que las Damas, viendo reprehender à Octavia, mirasen lo que habian de hacer. Mas este desengaño se lo está diciendo por mí; fiense, fiense, que al cabo se hallarán como Octavia se halló sin esposo, sin honor, y aun sin amante, que Carlos aun de serlo estaba arrepentido; Carlos no alcanzaba, y se desesperaba; Carlos alcanzó, y se arrepiente: y es lo peor, que

este Carlos debió de procurar muchos Carlos, que aunque en todos tiempos los ha habido, y hoy lo son todos, y todas son Octavias, ni ellos se arrepienten de serlo, ni ellas tampoco, cayendo cada día en los mismos hoyos, que cayeron los pasados. Ya en fin Carlos, cansado de Octavia no le parecía tan hermosa, ni le agradaba su asistencia, ni le descuidaba su cuidado; y como naturalmente se enfadaba de ella, todo le enfadaba; la asistencia era poca, los cariños eran menos; ya se descuidaba del ordinario sustento, y si se le pedia, ponía ceño: de manera, que Octavia se halló en el estado de aborrecida, sin saber como, y si bien conocía, que los lazos que en otro tiempo tenían preso à su desconocido dueño, ya los ponderaba dogales para el cuello, y disimulaba quanto podia por no acabar de perderle. Ha desdichadas mugeres, que el mismo martirio conservais por no perderle! Dichosas muchas veces, las que libres de tal mal conservais la vida en quietud, sin estar agradando un tirano, que quando mas propio, le teneis mas perdido! Finalmente, Carlos aborreció à Octavia, y estaba tan cansado de ella, que se pasaban los dos, y los tres dias que no la veía, y si la veía era fuerza, y con poco aliento, y de todo tenia culpa su padre, que no la tenia de todo

punto, porque aunque eran ya estos amores tan públicos, que ni nadie, ni ellos ignoraba, y le reprehendia como padre, y pudiera por esta parte no acudir à ellos, no eran tan à menudo, que le estorbasen, lo que él mismo con el poco gusto, que tenia se estorbaba. Sucedió, pues, (que quando las desdichas han de venir, no faltan acasos que alienen) que en Navarra murió un Cavallero, amigo del Senador, padre de Carlos, y le dexó por testamentario, y tutor de una sola hija que tenia llamada Camila, de edad de veinte años, medianamente hermosa, y sumamente rica, si bien la mayor riqueza de Camila era la virtud, que sobrehonesta, y santa criatura, el entendimiento, y demás gracias eran grandes; pues como el Senador vió la ocasion, aplicó luego tal joya para su hijo, y como lo pensó lo quiso efectuar; y llamandole à solas se lo comunicó, engrandeciendo las partes de Camila, y el acierto, que en que fuese su esposa se hacia, añadiendo à esto afearle la amistad de Octavia, y diciendole lo mal que parecia en Milán, aunque la estimase por amiga, quanto, y mas tomarla por muger, pues una muger, que se habia rendido à él, qué confianza podia tener, que no se rindiese à otro, y que la hermosura de todos era apetecida, y añadiendo à eso, que si no ponía

nia remedio en ello, dotandola para que se casase, ò entrase Religiosa, admitiendo la esposa que le proponia, que con la potestad que tenia de Juez, haria en ella un exemplar castigo, haciendola desterrar de Milán publicamente por inquietadora de su casa; que como Carlos ya no amaba à la desdichada Octavia, dando las disculpas à su padre convenientes, y asegurandole pondria en orden su vida, y haciendo, que Octavia se entrase en un Convento, aceptó el casamiento de Camila, aficionandose, como mudable de la nueva Dama, que esperaba tener por suya; y porque Octavia no le impidiese, mediante la palabra que delante de testigos la habia dado, añadió un engaño à otro: fue à ver à Octavia fingiendose muy triste; y la triste Dama como le queria, y siempre estaban colgados sus ojos de su semblante, y le vió algunas ternezas en ellos, ò falsedades por no mentir, y dar algunos congoxosos suspiros, sintiendo mas su pena, que él mismo, empezó à temer, y mas viendo, que Carlos sin rogarselo, como muchas veces la habia sucedido; porque despues que la habia aborrecido, sino era à fuerza de lagrimas, no podia alcanzar tal favor; se desnudó, y puso en el lecho, haciendo ella lo mismo, para que en aquel amoroso potro confesase, apretado de los lazos, que

le pudiese al cuello; que no era menester apretarlo mucho, porque él tenia voluntad de decirlo; pues de industria se mostraba tan penado; al fin con amorosas caricias le dixo: No sé que me tema, ò Carlos, Señor mio, de lo que veo en tí esta noche; tus suspiros en el pecho, y lagrimas en los ojos, y que no paras conmigo: la pena que causa esta novedad, à la cuenta yo soy quien te la da; y si es asi, cree que será con ignorancia, y no de malicia: y entender lo contrario, será en tí falta de conocimiento, y aun de voluntad: porque si de mí entendiera, que pendia, ni aun con el pensamiento ofenderte: antes que tu llegáras à saber mi delito, me le castigára yo quitandome la vida, y supuesto esto, quieres que yo mas justamente te ayude à sentir lo que sientes, comunica conmigo tu pena, y sacame de tanta confusion, que me tienes ahogada en temores, y sepultada en sospechas. No aguardaba mas el engañoso Carlos, y asi fingiendo mayores ahogos, y mas apretados sentimientos, le respondió: Mucho me pesa Octavia mia, que juzgues, que es mi pena por desaciertos tuyos; que si alguna cosa me obliga à adorar-te, y estimarte, es tu cordura, y honestidad, pues con ser tu hermosura tanta, es mas, que tu hermosura, pues si ella me enamoró, tus virtudes me cautivaron;



y cree, que aunque eres tú la causa de mi sentimiento, no eres tú, supuesto que no tienes mas culpa en ella, mas de ser desgraciada, y no haber nacido rica; ocasion para que mi padre te aborrezca, y yo no me atrevo à decirle, que eres mi esposa, y para no darte la purga en taza penada, sino que la bebas de una vez. Mi padre ha sabido de hecho todos nuestros amores, y la asistencia, que tengo en tu casa, la continuacion con que te asisto; y rematadamente le han dicho, que me quiero casar contigo, que le gasto la hacienda, y otras cosas, en que se adelantó la lengua traidora, que se lo dixo, que à saber yo de quien era, la hubiera sacado del lugar donde está. El está, como padre, enojado, y como Juez ayutado, y como viejo avaro, sin paciencia, ha jurado te ha de prender, y por inquietadora de la Ciudad, y de su hijo, desterrarte publicamente, añadiendo, que hará buscar à tu hermano, quando esto no baste, y le obligará con decirle tus flaquezas, à que te dé el merecido castigo. No me atreví, segun le veía, à declararle la verdad, ni tampoco à casarme luego, por no agravar mas el caso, ni ocasionarle à mas colera, porque si ahora, en duda, le suira tanta, qué será si lo enviase por verdad; tengo por simdula, que à entrambos nos quitára la vida. Esta es mi confu-

sion, y tristeza, porque sé quan apriesa se executará lo que ha dicho; aqui estoy contigo, y te tengo en mis brazos, y te estoy llorando ausente, y desterrada con tanta afrenta, ó en poder de la ira de tu hermano, adonde corre riesgo tu vida, y la mia: ahora que lo sabes, mira si con tu divino entendimiento hallas salida à tantas desdichas como se nos aparejan, pues claro es, que pasando tú, son tan mias, como tuyas. En gran espacio no pudo responder Octavia à Carlos, temiendo como flaca muger, el daño, que la amenazaba, no sospechando de Carlos cautela ninguna, viendole con tan tiernos sentimientos, mas cobrandose de la pasion, que tenia, le respondió, desperdiciando hermosas perlas: Ay Carlos, y qué de dias há, que ha temido, y teme esto mi triste corazon, y quando te rogaba con tantas ansias, que me hicieras de todo punto dichosa, no era por temer, que me habias de faltar à la palabra dada, sino por escapar de esta tempestad con honor, y tú sentias, que era desconfianza de tu amor, que si estuvieras casado conmigo à lo hecho, que podia hacer tu padre, pues no aventuraba à perder mas de los bienes de fortuna, que en lo demás no le debo nada: pedirte en el riesgo, que lo hagas, es escusado, que el que no lo hizo en la bonanza de la paz, mucho menos

se

se puede esperar lo hará en la tempestad de la guerra; y así no trato de nada mas de huir de la fortuna que me amenaza, fiada en que harás como Christiano, y como buen Cavallero, mira tú ahora donde será bien esconderme del rigor de tu padre, si será à proposito salirme de Milán por algunos meses, à ocultarme en casa de algun deudo mio. No Octavia mia, no, dixo entonces el cauteloso Carlos, salirte de la Ciudad es muy à costa mia, que no podrán mis ojos enseñados à mirar tu belleza, vivir sin ella, pues en casa de ningun pariente tampoco, porque yo no he de dexar de entrarte à ver, y dos veces, que sea notado de las espías, que me ha de poner mi padre, no hallandote à tí, quando te busque, ha de correr el mismo peligro: lo que me parece mas à proposito es entrarte en un Convento, y que lleves à él tu hacienda, y criadas, y te estés allí algunos meses, en tanto, que à mi padre se le pase la ira, que viendote à tí en clausura, y à mí obediente, no le durará mucho, que al fin es padre, y hará como tal, que quando yo te saque de él para mi esposa, podrá ser esten las cosas de otra manera: allí te veré todos los dias, y te iré dando joyas, y dineros, para que, pues, la codicia de mi padre es tanta, pues à tí la riqueza de tu hermosura te bastará, tengas con que hartarla,

y satisfacerla. Concedió Octavia, en lo que ordenó Carlos; y no fue mucho, que la engañára, segun él lo sabia ponderar, haciendola mil caricias, y prometiendo de nuevo ser su esposo; y despidiendose de sus brazos con caudalosos rios, que vertian sus ojos. Llegó el dia, con él se dispuso todo, de suerte, que antes de la noche, ya Octavia estaba en el Convento, y Carlos libre de su embarazo, que avisando à su padre, como ya Octavia estaba en Religion, se efectuó el casamiento con Camila, partiendose el Senador mismo à Navarra por ella. Mas de un mes se pasó en disponer las cosas para la boda, visitando en este tiempo cada dia à Octavia con tantas finezas, y agasajos, que como la Dama habia visto en él tantos despegos, desde que la habia aborrecido, y ahora le juzgaba tan amante, daba por bien empleada su reclusion; regalaba mucho, y dabala joyas de valor, que ella tomaba creyendo, que era para la causa, que le habia dicho, que era aumentar su dote; mas Carlos iba con otra intencion, porque como no se habia de casar con ella, queria con aquello satisfacer à su obligacion, porque quando Octavia supiese, que se habia casado, no lo sintiese tanto, viendose rica para tomar otro estado, imaginando, que con el oro dotaria la falta de su fama. Quien hiciera esta

traí-

traicion, sino un hombre! Mas quiero callar, que el mismo suceso dice mas, que yo puedo decir. Llegóse el dia deseado de Carlos, ya nuevamente enamorado de Camila, que aunque no muy hermosa, el trato, y ser ropa nueva, le hacia el apetecerla. Tenia Camila la belleza, que ha de tener la propia muger, pues mas en las virtudes, que en hermosura ha de florecer, demás que no era tan fea que pudiera por esto ser aborrecida, y quando lo foera, la hiciera hermosa mas de cinquenta mil ducados, que tenia de dote, y deseaba ya Carlos verse dueño de todo: Desposóse, y velóse Carlos con mucho gusto, y grandes fiestas, olvidando de todo punto la obligacion de Octavia. Pasados dos, ó tres dias, que en las ocupaciones dichas entretenido, ya mas moderados los alientos de desear, con haber gozado de su esposa, y tenerla ya como suya, menos apreciada, como dixo un galan, que otro dia despues de haberse casado estaba triste. Preguntandole, si estaba arrepentido? Respondió: Pues quién ignora, que no fuera casamiento, si no lo estuviera. En fin, como digo, acordóse Carlos de Octavia, y que era fuerza desengañarla, porque él no pensaba mas verla, la escribió un papel, que decía asi:

*Quando las aventuras están otorgadas del Cielo, ni sirve desearlas,*

*ni pretenderlas, la que fueses, hermosissima Octavia mia, y yo tuyo, se ve que no lo estaba, pues permitió otra cosa. Sabe Dios, lo que siento el desengañarte, mas pues no puede ser menos, mayor crueldad será tenerte engañada, que haberte trocado por otra; mi padre me ha casado con una Señora de la calidad, y nobleza, que sabrás, que alcanza mi esposa Camila, demás de haber juntado à mi hacienda cinquenta mil ducados, de que soy yo dueño; y tú, si quieras tambien serlo, pues todo estará à tu voluntad, si quieras usar de ella como de tu entendimiento espero, ya no sirven lagrimas, ni desesperaciones, porque lo hecho no tiene remedio, el tuyo deseo, como quien te ha querido tanto, y asi te suplico pongas la mira en el estado, que gustes elegir: y es cierto, que por mi gusto, el de Religiosa, te suplico, que admitas, y te ayudaré con mi persona, y hacienda, y escusarásme con esto la pena, que recibiré en ver la belleza, que ha sido mia, en poder de otro dueño.*

Habian pasado los dias, que Carlos habia faltado, Octavia muy penada, no pudiendo imaginar la causa, y mas no atreviéndose à embiar à saber de Carlos, por el peligro que temia, que como recibió el papel, bien asustada le abrió, leyó, y viendo en él la sentencia de su muerte en la burlada fé de Carlos, se cayó amortecida, que por remedios, que se la hicieron no volvió



vió en sí en muchas horas; y ya que fue restaurada en su sentimiento, porque hacia tales extremos, y cosas, como pudiera hacer una muger loca, y sin duda se quitára la vida, si las criadas, y Religiosas la dexáran sola, tan aborrecida la tenia. En fin, algo mas quieta, de allí à dos dias despachó à Napoles un proprio, con una carta à su hermano, diciendole en ella, que sin temor de ningun peligro se viniese luego à Milán, que tenia necesidad de él, para cosas tocantes à su honor, avisandole donde estaba, para que se viniese allí derecho. Leída la carta por Don Juan, al punto se puso en camino.

Licencia me dareis Señores, para que me admire en este desengaño, en que pondero los engaños de los hombres, de la ira de una muger, mas tambien me la darán estos mismos, para conocer, que de cautela de los hombres nacen las iras de las mugeres, y que por una, que procuraba venganza, hay mil, que no la toman de sí misma, que yo aseguro, que si todas vengáran las ofensas que reciben, como Octavia hizo, no hubiera tantas burladas, y ofendidas, mas hay tantas mugeres de tan comun estilo, que la venganza que toman, es si las engaña uno, engañarse ellas con otro, con que dan lugar à aquel que

pudiera temer ultrage, y salga de qualquiera obligacion. O que mal tiempo que alcanzamos, donde tienen por venganza la deshonestidad, y el vicio; quanto mas acierto fuera, que à la que le faltan manos para vengarse, dexára al Cielo su causa, que él bolverá por ella! Ay hombres, y como sois causa de tantos males, porque ya no hallados con las comunes, buscais, y solicitais las recatadas, y recogidas, y si las venceis, las dais ocasion, ò para que sean tan comunes como las demás, ò que hagan lo que Octavia hizo. No se dexára vencer Octavia, si Carlos no la combatiere à todo riesgo; no se engañára Octavia, si Carlos la desengañára; ni Octavia buscára venganza, si no la burlára Carlos, pues tenga Octavia ira, y pague Carlos tan mal trato, que todo lo merece, pues no faltando en Milán mugeres sin obligaciones con quien pudiera entretenerse, se puso à solicitar, vencer, y engañar, la que las tenia. Pareceme que ese desengaño, tanto es para los hombres, como para las mugeres, pero quedese aqui, que me parece, que ya Don Juan ha venido, y hay mucho que decir.

Llegó Don Juan al Convento donde estaba su hermana, y despues de los recibimientos de ausencia tan larga, que ella aplaudió con lagrimas: La preguntó la

la causa de estar allí, y no en su casa como la habia dexado, à que satisfizo Octavia, contando su desdicha, y metiendole el papel de Carlos en las manos, pidiendole, demás à mas venganza de sus agravios. Ya he dicho la inclinacion de Don Juan, mas ajustada à travesuras, y desgarras, que à prudencia; mas en esta ocasion pareció que degeneró algo de su mismo sér, porque reportando el furor, que tal suceso era fuerza le causase; con palabras entre ayradas, y cariñosas respondió à su hermana, que tratase, pues habia sido loca, y liviana, de tomar el habito, y ser Religiosa, pues no habia otro remedio, si no queria perder la vida à sus manos, que lo demás lo dexase à él, que no se quedaria Carlos alabando de la burla: y luego trató por medios de amigos, y deudos de su padre, y de joyas de valor, que le dió su hermana, pues ya no las habia menester, porque otro dia tomó el habito de Religiosa, de ajustar la muerte, que habia hecho, por lo que se ausentó de Milán: que habiendo dineros, y favores, no fue dificultoso; de manera, que antes de un mes se vió libre, paseando por la Ciudad. No se aseguró mucho Carlos, quando supo la repentina venida de Don Juan, y mas viendole libre, y mas sabiendo que Octavia era ya Monja, que por medio de algunos amigos

habia procurado aquietarla, ofreciendola lo que hubiese menester para el nuevo estado. Mas Octavia jamás se dexó ver de ninguno, con que Carlos quedó menos seguro: mas como veia à Don Juan con el descuido que andaba, y que le hablaba, y trataba con familiaridad de amigo, se sosegó; mas aunque no de traer siempre dos pistolas en sus faltriqueras, y los criados, que andaban con él de la misma suerte; mas pareciale, que Octavia no le debia de haber dicho nada, fiandose en el amor, que le tenia: él pensaba esto, y Don Juan su venganza, que si la tomara, como era razon en quien le habia hecho el agravio, nadie le culpára; mas vengóse de la culpa de Carlos, en quien no tenia: de suerte, que hasta en la satisfaccion del honor de su hermana, fingió sus traviesas inclinaciones, y asi pensó una traicion, que solo se pudiera hallar en un baxo, y comun hombre, y no de la calidad, que Don Juan era; y fue, que propuso quitarle à Carlos el honor con Camila; como él se le habia quitado à él con Octavia. Miren, que culpa tenia la inocente, será para vengarse en ella de su marido; pues si Octavia quedó burlada de Carlos, ya Octavia no estaba sin culpa, pues se dexó vencer del amor de Carlos, fiada solo de una palabra falsa que le dió. Mas Camila honesta,

ta, Camila cuerda, Camila recogida; y no tratando sino de servir à su marido, se quiere vengar en Camila. O pobre Dama, y como tu sola pagarás los yerros de Océavia, los engaños de Carlos, y las traiciones de Don Juan!

Ya he dicho el uso, y costumbre de aquellos Reynos, que son los festines, que unos dias se celebran en unas casas, y otros en otras, y que es permitido à las Damas, casadas, y doncellas, y aun las viudas, el ir à ellos, y à los Cavalleros con mascararas, y sin ellas, entrar, y sacar à danzar la Dama que les parece; y en los asientos, si caen junto à ellas, hablarlas, à ellas no estrañar el agasajar con ellos. Pues como Camila era recién casada, si bien su condicion no era de las mas esparcidas; à petición de parientas, y amigas, y à ruego de su esposo iba à muchos, ò à todos: y Don Juan, que no se descuidaba avisado de los en que podia ver à Camila, entraba en ellos con galas, y trages costosos, que para todo habia, en lo que Carlos habia dado à Océavia, luciendo en él, mas que en otro, por tener gallardo talle, y buen rostro, no faltandole lo entendido, y ayroso: asi se supiera aprovechar, para obrar bien de ellos: empezó à enamorar à Camila, con aquello de lo rendido, afectuoso, y tierno, acreditandose de amante con suspiros, y elevacio-

nes, de que saben muy bien los señores hombres el arancel, que para tales engaños son muy diestros: y tal vez, que podia tomar lugar, donde pudiese hablar à Camila, celebraba su talle, y hermosura, engrandeciendo la dicha de haber merecido verla, y la que no podia ser, esto le causaba à danzar, y en tal ocasion la requebraba, y galanteaba: no le respondia Camila palabra, gustando mas de acreditarse de necia, que de honesta; si bien no se atrevia à negar el salir à danzar, porque no la sacrificasen por melindrosa: lo que hacia era escusarse de ir à ellos la vez, que sin nota podia hacerlo: mas quando los ruegos de las amigas, y parientas, pasaban à importunacion, y por este caso à mandarse su esposo, era fuerza no negarse à ellos, y de esta suerte vino Don Juan en varias ocasiones à ponerle en la mano quatro, ò seis papeles bien notados, y no mal escritos, que la Dama recibió, no por gusto, sino por no dar nota; de los quales no se puede decir lo que contenian; porque la discreta Camila, por lo dicho, los recibia, no los leia, antes sin abrirlos los hacia pedazos; y al ultimo ya cansada, le reprehendió de su atrevimiento con palabras severas, y crueles amenazas; y viendo, que no era posible, que se aquietase, desistiendo de tal locura, se escusó de



de todo punto de ellos , y aun de salir de su casa sino era que fuese con ella Carlos , à quien no dió cuenta del caso por escusarle el riesgo. Pues viendo el mal aconsejado Don Juan , que por via de amor no podia salir con su intencion , mudó su intento , y procuró con engaño aprovecharse de la fuerza , y consiguiólo del modo que ahora diré. Un dia , que supo , que Carlos era ido à caza con sus criados , y algunos amigos , se vistió un vestido de los mejores que tenia su hermana , y tocandose , y componiendose de suerte que pudiese parecer muger , se entró , cubierto con su manto , en una silla , y se hizo llevar à casa de Camila , llevando consigo dos amigos de su parcialidad que le hiciesen resguardo ; y llegando à la puerta del quarto en que la Dama vivia , baxo , y distinto del Senador que posaba , preguntó por ella , diciendo la queria hablar para un negocio de importancia : y le respondió una criada , que estaba en otro quarto en la misma casa à visitar una amiga , que vivia en él. A lo que replicó Don Juan , le dixesen : que estaba allí una Señora principal , que necesitaba de hablarla para un caso de mucho riesgo : si bien rehusó la criada , lo hubo de hacer ; y dicho el tal recado à Camila , respondió : que estaba en visita , y que seria descortesia dexarla , que bolviese

otro dia. A lo que replicó Don Juan , que no sufría dilacion su necesidad , que aquella Señora con quien estaba , daría licencia , que ella seria breve , y se podría bolver : de lo que convencida Camila de esto , y de los ruegos de la amiga con quien estaba , pasó à su casa ; y viendo la dama , que tenia echado el manto en el rostro , pareciendole de calidad en el trage , y que era recato necesario tener cubierta la cara , creyendo ser su venida à pedirle favor para con su suegro ; sin reparar en mas , la tomó por la mano , y se fué à sentar con ella en un estrado : à lo qual el engañoso Don Juan , la dixo : que se sirviese de oirla en parte mas oculta , para que supiese à lo que venia , que era caso de honor , y se pudiese descubrir el rostro : y viendo esto Camila se entró con ella hasta la quadra donde tenia la cama , y sentaronse en el estrado , que estaba delante. Asi como Don Juan vió sentada à Camila , se levantó , y cerró la puerta , con la misma llave que estaba en la cerradura , y sacando una daga la dixo : A la primera voz que dés , Camila , te tengo de esconder esta daga en el pecho , y los que quedan allá fuera à tus criadas , pues sé bien , que hombres no los hay en tu casa , que son idos à caza con Carlos , tu traidor esposo : mirame , y conoceme por Don Juan de tal : ( pase asi por no

nom-

nombrarle , que es muy conocido ) no el que te enamoraba , como tú juzgabas , quando te hablabas , y escribia en los festines , sino el que deseava vencerte , para que publicando tu flaqueza , quedára vengada mi desdichada hermana Octavia , à quien Carlos tu marido burló , y deshonoró debajo de la palabra de esposo , à que faltó por casarse contigo , y con su afrenta vengarme de la mia , y despues matadle , mas pues fue tan dichoso , que tiene muger , que sabe guardar su honor , mas que mi liviana hermana el mio ; haga la fuerza lo que no ha podido la astucia : que como esto dixo , teniendole la daga puesta al pecho , tan junta , que aun matizó la punta con la inocente sangre de la desdichada Dama ; que medio muerta del temor de ver la muerte tan cerca , y de lo que estaba escuchando , conociendo à su traidor amante , que ya tenia el rostro descubierto , no tuvo fuerzas para defenderse , y si lo hiciera , estaba ya tan resuelto , y vencido del demonio , que la matára. Cumplido Don Juan su infame deseo , y viendo que Camila se habia desmayado , la dexó ; y abriendo la puerta salió , no cubierto como entró , sino echando el manto atrás , diciendo : Decidle à Carlos vuestro dueño , que como habiendo burlado à Octavia , y deshonoradome à mí , no vivia con mas cuidado : que ya

yo me he vengado , quitandole el honor con su muger , como él me lo quitó à mí con mi hermana : que yo soy Don Juan , hermano de Octavia , y ahora , que se guarde de mí ; porque aun me falta tomar venganza en su vida , ya que la tengo en su honor : y como dixo esto , sin atreverse las criadas à hablar , por verle la daga , y una pistola en las manos , se entró en la silla , y à los lados los dos que venian con él , caminaron à un Convento de Religiosos Descalzos , donde se ocultaron. Acudieron las criadas à su Señora , y hallaronla mal compuesta , y sin sentido , y corriendo sangre del piquete , que la daga del traidor Don Juan le habia hecho en los pechos , empezaron à dar voces , à las quales acudió la amiga , que vivia en casa , que el Senador no estaba en ella ; y sabido el caso , haciendola remedios , bolvió en sí , tan desconsolada , y llorosa , que daba lastima à quien la miraba : y no hallandose segura , aunque sin culpa , por no haber avisado à Carlos de la pretension del traidor Don Juan , y dandole los papeles , que le habia escrito de la ira de su esposo , aconsejada de la amiga , y criadas , todas mugeres sin animo ; antes que Carlos , y el Senador viniesen , tomó algunos dineros , y joyas , que fuesen bastantes à alimentarla algunos meses , y una criada , de las que tenia , y se

se fue à un Convento, debiendo-  
 le en esto mas la vida que la ino-  
 cencia; porque encubrirselo à  
 Carlos era imposible, por quan-  
 to el infame Don Juan, como no  
 lo habia hecho con otro fin, que  
 deshonar à Carlos, lo iba pu-  
 blicando à voces por la casa, y  
 la calle. Vino Carlos de su des-  
 dichada caza, y halló en su quar-  
 to à su padre, haciendo extremos  
 de loco, que sabiendo ser la cau-  
 sa del desdichado suceso de su  
 casa, quedó peor que su padre:  
 si bien el viejo Senador hablaba,  
 ya dislates; mas Carlos callaba,  
 como el que tenia la culpa, y la  
 pena, en haberse asegurado de la  
 disimulacion de Don Juan, cul-  
 pando à Camila, de lo que ella  
 por escusarse algun riesgo habia  
 callado: Divulgóse el caso por la  
 Ciudad, andando en opiniones la  
 opinion de Camila: unos decian,  
 que no quedaba Carlos con ho-  
 nor, si no la mataba; otros, que se-  
 ria mal hecho, supuesto que la Da-  
 ma no tenia culpa; y cada uno  
 apoyaba su parecer. Mas de un  
 año estuvo Camila en el Conven-  
 to, y Carlos sin salir de su casa, si  
 bien tenia espías para saber si Don  
 Juan estaba en la Ciudad; mas él  
 se debió poner en tal parte, que  
 era escusado el buscarle; y si bien  
 todos los que le visitaban le con-  
 solaban con la poca culpa de su  
 esposa, y su padre hacia lo mis-  
 mo, ya mas reportado por no  
 perderse; mas Carlos no tenia

consuelo. Visitó el Senador à Ca-  
 mila en el Convento, y este dia  
 fue de Juicio, segun las lastimas,  
 que la Dama hizo con él, que  
 asegurado de su inocencia, y  
 viendo la disculpa, que daba de  
 no haber avisado à su esposo de  
 la pretension de Don Juan, pare-  
 ciendole sería su recato, retiro,  
 y aspereza, bastantes defensas, y  
 no poner à Carlos en ocasion de  
 perderse. Trató con Carlos, que  
 hiciese vida con su muger, pues  
 por parte de ella no habia sido su  
 agravio, y metiendose por me-  
 dio el Gobernador, y toda la No-  
 bleza de Milán, lo aceptó; y  
 Camila salió del Convento, bien  
 temerosa, aunque no culpada, y  
 se vino à su casa tan honestamen-  
 te vestida, que en lo que vivió,  
 no se puso mas galas que las que  
 sacó del Convento, que era un  
 habito de picota; pareció delan-  
 te de Carlos con tanta verguen-  
 za, que apenas alzó los ojos à  
 mirarle, y él la recibió tan seve-  
 ro, que no dió indicios de segu-  
 ridad ninguna. Desconsuelo bien  
 grande para Camila, y mas quan-  
 do vió, que Carlos no consintió  
 que comiese, ni durmiese con  
 él, ni hablaba con ella mas de  
 para lo que no se podia escusar,  
 con que Camila vivia martir: sus  
 ojos continuamente no enjutos  
 de lagrimas, y como quien no  
 tenia segura la vida: confesaba  
 muy à menudo en su Oratorio,  
 sin salir mas à ver, ni ser vista de

na-



nadie , ni Carlos lo consintiera. De esta suerte , y con esta vida , bien arrepentida de haber salido del Convento , vivió poco mas de un año , el cabo del qual reynó en Carlos el demonio , y la dió un veneno para matarla ; mas no le sucedió así , porque debia de querer Dios que esta desdichada , y santa Señora padeciese mas martirios , para darle en el Cielo el premio de ellos ; y fue el caso , que no la quitó el veneno luego la vida , mas hinchóse toda con tanta monstruosidad , que sus brazos , y piernas parecian unas gordisimas columnas , y el vientre se apartaba una gran vara de las cinturas , solo el rostro no tenia hinchado , nunca se levantaba de la cama , y en ella estaba , como un Apostol , diciendo mil exemplos , y dando buenos consejos à sus criadas. De esta suerte vivió seis meses , al cabo de los quales estando sola en su cama , oyó una voz que decia : Camila ya es llegada tu hora. Dió gracias à Dios , porque la queria sacar de tan penosa vida. Recibió los Sacramentos , y otro dia en la noche murió para vivir eternamente. Enterrada Camila , con gran pesar de su muerte , en todos los que conocian su virtud. Carlos tomando dineros , y otras joyas de valor , sin dar parte à nadie , ni à su padre , ni llevar consigo ningun criado , se desapareció una noche , con que dió à su padre bien

desconsolada vejez , porque no tenia otro hijo , ni hija , tanto , que le obligó à casarse por tenerlos : sospechóse que Carlos habia partido à buscar à su enemigo Don Juan , si acaso supo parte segura donde estaba ; mas de ninguno de los dos se supo jamás nueva ninguna. Octavia profesó , siendo la mas dichosa , pues trocó por el verdadero Esposo , el falso , y traydor que la engañó , y dexó burlada. Este caso me refirió quien le vió por sus ojos , y que no ha muchos años que sucedió , y me lo afirmó por muy cierto , y mas os digo , que no se ha disimulado en él , mas que la patria , y nombre , porque aun viven algunas de las partes en él citadas , como son Octavia , y el Senador , padre de Carlos , casado , y con hijos , que ha tenido de su segundo Matrimonio , porque de Don Juan , y Carlos no se supo que se hicieron.

No tengo que decir à las Damas otro desengaño mayor ; que haber oído el que he contado , mas de que , ni las con culpa , ni las sin culpa estan seguras de la desdicha , que à todas se extiende su jurisdiccion ; y si esta desdicha la causan los engaños de los hombres , ò su flaqueza , ellas mismas lo podrán decir ; que yo , como he dicho , si hasta ahora no conozco los engaños , mal podré avisar con los desengaños.

Congojada , y sonrojada acabó

T

bó

bó la hermosa Lisarda el pasado suceso, no por faltarle caudal à su entendimiento que le sobraba para mayores desempeños, por ir huyendo de culpar de todo punto à los hombres en las desdichas que suceden à las mugeres, por no enojar à Don Juan, el qual, por no alentar, le dixo: Cierto, bellissima Lisarda, que habeis tenido tanta gracia, y donayre, tanto en el desengaño, que habeis dicho, como en las reprehensiones, que à las Damas, y Cavalleros habeis dado; que se puede desear, sin tenerle por mal, que digais mal, y tenerlo todos por favor. Lo cierto es, dixo Doña Isabel; que si como es este Sarao entretenido, fuera Certamen, la hermosa Lisarda merecia el premio. Mas de mi voto digo, que soy del parecer de Carlos, que no dexó Camila de tener alguna culpa, en callarle à Carlos la pretension de Don Juan à los principios, que con eso se avisára à Carlos, que sabia el agravio de su hermana. Eso fuera, replicó Lisis, si Camila supiera el amor de Carlos, y Octavia: pues aunque se murmuraba en la Ciudad, Camila, como forastera, no lo sabia; y no sé que muger hubiera en el mundo tan necia, que se atreva à decirle à su marido, que ningun galan la pretendia, pues se puede seguir de eso muchos riesgos, y el mayor es, à un hombre seguro de zelos, despertarle,

para que los tenga, y no viva seguro de su muger; supuesto que la fineza del amor es la confianza; que aunque algunos igoorantes dicen, que no es, sino los zelos, lo tengo por engaño que el zeloso, no porque ama mas, guarda la Dama, sino por temor de perderla, embidioso de lo que es suyo, anda en venta para ser de otro; y asi no mató à Camila eso, que siento que hizo como cuerda, y honesta, pareciendole, como lo hiciera, si el falso Don Juan no buscára aquella invencion diabolica para su venganza, que su resistencia, y recato la libráran del deshonesto amor de Don Juan. No la mató, como digo, sino la crueldad de Carlos, que como se cansó de Octavia, siendo hermosa, y no teniendola por propria, hastió que empalaga à muchos, ò à todos, tambien le cansaria Camila, y para eso mejor fuera dexarla en el Convento, ò divorciarse de ella, y no despues de haberle dado tan triste vida, quitarsela. El desengaño le dá, y le dará à muchas, pues como dice el Señor Don Juan, mi prima Lisarda ha dado à todos documentos tan cuerdos, que por ello le doy las gracias. Con esto que dixo la hermosa Lisis, cesaron de ventilar la culpa, y disculpa de Camila, dando lugar à la linda Doña Isabel, que acompañando à los Musicos, cantaron este Romance.

*Adon-*

A dónde, vas dueño mio,  
que aquesos pasos que das,  
es dar heridas al alma,  
con que la dexes mortal.  
Si eres tú mi propia vida;  
cómo es posible que vas  
à ser mi propio cuchillo  
sin mirar que es impiedad.  
Cómo viviré sin tí!  
Dime, quién alegrará  
mis ojos, quando sin verte  
llenos de penas están?  
Qué dias serán los míos,  
llegando à considerar  
agena toda el Aldea  
de tu suprema deydad?  
Pues las noches... ay de mí!  
ampara dme voluntad,  
que solo en su valentia  
tiene defensa mi mal.  
Detente, mi amado dueño,  
mas no me quiero quejar,  
que no quiero detenerte,

si con tu gusto te vás.  
Mas con todo, tu partida  
muy aprieta es, buena está:  
si te vas, vete despacio,  
detente un poquito mas.  
Dame un dia mas de vida;  
ay ojos, quales estais!  
pero si os falta la luz,  
gozad de la obscuridad.  
Esto cantaba un amante  
à su dueño, que se vá,  
sino à perderle, à dexarle,  
que todo viene à ser mal.  
Pues de todas suertes queda  
con un dolor inmortal,  
siendo su vista, su vida;  
y su muerte, lo demás.  
Y así cantaba llorando;  
dónde vas:  
mira, que cada paso  
es un puñal,  
con que à mi triste vida  
muerte das.

## DESENGAÑO III.

### LA INOCENCIA CASTIGADA.

#### NOCHE TERCERA.

**A** La ultima hora de su jornada iba por las cristalinadas esferas el rubicundo Apolo, recogiendo sus flamigeros cavallos por llegar ya con su carro cerca del Occidente, para dar lugar à su mudable hermana à visitar la tierra; quando los Cavallos, y Damas de la pasada

noche se habian hallado en casa de la bien entendida Lisis, honrando la fiesta de su honesto, y entretenido Sarao. Estaban ya juntos en la misma sala; y no era pequeño favor haber acudido tan temprano, porque desengañar, y decir verdades, está hoy tan mal aplaudido, por pagarse todos



mas de la lisonja bien vestida , que de la verdad desnuda , que habia bien que agradecerles ; mas eso tienen las novedades , que aunque no sean muy sabrosas , todos gustan de comerlas , y por esta causa hubo esta noche mas gente que la pasada ; que unos à la fama de la hermosa Esclava , que ya se habia transformado en Señora : y otros por la hermosura de las Damas convidadas , por gozar de la novedad , venian , aunque no sé si muy gustosos , por estar prevenidos , de que las desengañadoras , armadas de comparaciones , y casos portentosos , tenían publicada la guerra contra los hombres ; si bien ellos viven tan esentos de leyes , que no las conocen , si no son à favor de su gusto. Tenian duda , de que las segundas , que habian de desengañar à las Damas de los engaños en que viven , igualasen à las primeras , y deseaban ver como salian de su empeño , aunque tengo por cierto , que si bien estaban estas , como las pasadas , determinadas à tratar con rigor las costumbres de los hombres , no era por aborrecerlos , sino por enmendarlos , para que si les tocaba alguno , no llevasen el pago que llevan las Damas ; y no me espanto , que suele haber engaños tan bien sazonados , que aunque se conoce que lo son , no empalagan ; y aun creo , que quando mas desengañan las mu-

geres , entonces se engañan mas ; demás que mis desengaños son para los que engañan , y para las que se dexan engañar ; pues aunque en general se dice por todos , no es para todos , pues las que no se engañan , no hay necesidad de desengañarlas ; ni los que engañan , no les tocará el documento. Quien ignora , que habria esta noche algunos , no muy bien intencionados , y aun me parece que los oygo decir : Quien las pone à estas mugeres en estos disparates , enmendar à los hombres , lindo desacierto : vamos ahora à estas bachilleras , que no faltará ocasion de venganza ; y como no era fiesta en que se podia pagar un silvo à un mosquetero , dexarian en casa doblado el papel , y cortadas las plumas para vengarse ; mas tambien imagino , que à las desengañadoras no se les daba mucho , que diciendo , verdades , no hay que temer , pues pueden poner falta en lo hablado , tanto en verso , como en prosa ; mas en la misma verdad no puede haber falta ; como lo dixo Christo nuestro Señor , quando dixo : Si verdad os digo.

Que trabajos del entendimiento , el que sabe lo que es estimar , y el que no lo sabe , su ignorancia le disculpa , como sucedió en la primera Parte de este Sarao , que si unos le desestimaron , ciento le aplaudieron , y todos le buscaron , y le buscan , y ha

ha gozado de tres impresiones, dos naturales, y una hurtada; que los bien intencionados son como la abeja, que de las flores silvestres, y sin sabor, ni olor, hace dulce miel; y los malos, como el escarabajo, que de las olorosas hace vasura: pues crean, que aunque las mugeres no son Homeros con basquiñas, enaguas, y Virgilio con moño; por lo menos tienen el alma, las potencias, y los sentidos como los hombres. No quiero decir el entendimiento; que aunque muchas pudieran competir en él con ellos, faltales el arte de que ellos se valen en estudios; y como lo que hacen no es mas que una natural fuerza, es preciso que no salga tan acendrado; mas esta noche no les valió las malas intenciones; pues en lugar de vengarse se rindieron, que aquí se vió la fuerza de la verdad.

Salieron las desengañadoras siguiendo à Lisis, que traia de la mano à Doña Isabel, muy ricamente vestidas, y aderezadas, y muy bien prendidas, y con tantas joyas, que parecia cada una un Sol con muchos Soles, y mas Doña Isabel, que habiendo renunciado el habito Morisco, pues ya no era necesario su aderezo, era costosisimo: tanto, que no se podia juzgar, que daba mas resplandores su hermoso rostro, ò sus ricas joyas, que esta noche hizo alarde de las que la pasada

habia dicho tenia reservadas para los gastos de su Religion. Doña Isabel se pasó al lado de los Musicos, y de las demas con Lisis al estrado; y la discreta Laura su madre, que era la primera que habia de desengañar, al asiento del desengaño. Admirados quedaron todos de tanta hermosura, y gallardía: los que las habian visto la noche antes juzgaron, que en esto se habian armado de nueva belleza, y los que no las habian visto, juzgando que el Cielo se habia trasladado à la tierra, y todos los Angeles en aquella sala, pareciendoles, que con las deidades no se puede tener rencor. Perdieron el enojo que traian, y decian: Aunque mas mal digais de nosotros, os lo perdonamos, por el bien de haber visto tanta hermosura. Pues sentadas las Damas, y sosegados todos, la hermosa Doña Isabel cantó sola este Romance, que se hizo estando ausente el Excelentísimo Señor Conde de Lemos, que hoy vive, y viva muchos años, y mi Señora la Condesa su esposa.

*Los bellos ojos de Atandra,  
claros, y hermosos luceros,  
cuyo resplandor da al Sol  
las luces con que le vemos.*

*De quien aprendió el amor  
à matar con rayos negros,  
quitando à las flechas de oro  
valor, y merecimientos.*

Vertiendo sartas de perlas,  
que Manzanares visueño  
coge, para que sus Ninfas  
adornen sus blancos cuellos.

Al tiempo que el Alva hermosa  
dexa del Titon el lecho,  
la vi yo, y la vió el amor,  
por la ausencia de Fileno.

Aquel galan mayoral  
dixo de aquel Sol, que siendo  
Sol de este presente siglo,  
se pasó à ser Sol del Cielo.

Dexando purpura, y oro,  
por el paño tosco, y negro  
del Patriarca Benito,  
cuyos pasos va siguiendo.

Tras aquestos resplandores  
se fue su amante discreto:  
que à los rayos de tal Sol  
serán los suyos eternos.

Mirando al Aurora, dice  
la Aurora de nuestro Pueblos:  
No goces Alva tu esposa,  
quando sin mi esposo quedo.

Llore la Tortola triste  
la pérdida de su dueño;  
pues yo sin mi dueño amado  
ausente, y sola padezco.

A dónde vas sin tu Atandra?  
Cómo te cansó tan presto?  
Eres hombre, no me espantos;  
mas no eres hombre, que miento.

Si eres deydad, necia soy,  
quando de un Angel me quexo:  
no me castigues amor,  
pues ya ves, que me arrepiento.

Buelve, Fileno, à mis brazos,  
mira las penas que tengo,  
dexa al Sol, que tu eres Sol,  
en su claro Firmamento.

Si como Luna recibo  
de tu esplendor rayos bellos,  
ò buelve à darme tu luz,  
ò tu luz iré siguiendo.

Dixo, y corriendo el Aurora  
la cortina el claro Febo,  
porque entraron sus zagales  
puso à sus queexas silencio.

Las Ninfas de Manzanares,  
que escuchandola estuvieron,  
al són de acordadas lyras  
la cantaron estos versos.

Enjugad Atandra  
vuestros Soles negros,  
que señala tristeza  
si llora el Cielo.

Sol es vuestro amante,  
ya venir lo vemos,  
pues vos sois su Oriente  
al Oriente vuestro.

Si de esa belleza  
el divino extremo  
le cautivó el alma,  
y aprisionó el cuerpo.

No juzgueis su amor  
tan corto, y pequeño,  
que no alargue el paso  
acortando el tiempo.

No deis à esos Soles  
tantos desconsuelos,  
que señala tristeza  
si llora el Cielo.

Con graves, y dulces ecos se  
alabó la musica, admirando los  
que no habian visto à la linda  
Doña Isabel la hermosura, y el  
donayre, dexandolos tan enamo-  
rados, como suspensos, no sa-  
biendo que lugar le podian dar,

si-



sino Decima Musa ; y si habian entrado con animo de murmurar , y censurar este Sarao , por atreverse en él las Damas à ser contra los hombres , se les olvidó lo dañado de la intencion , con la dulce armonia de la voz , y la hermosa vista de su belleza , perdonando , por haberla visto , qualquiera ofensa que recibiesen de las demás en sus desengaños : y viendo Laura la suspension de todos , dió principio de esta suerte.

Viví tan dulcemente engañada , el tiempo que fuí amada , y amé , de que me pudiese dar la amable condicion de mi esposo , causa para saber , y especificar ahora desengaños ; que no sé si acertaré à darlos à nadie. Mas que por ciencia alcanzo , que de experiencia estoy muy agena ; me parece que hoy hay de todo , engañadas , y engañados , y pocos , ò ningunos , que acierten à desengañarse ; y así las mugeres se quejan de sus engaños , y los hombres de los suyos ; y esto es porque no quieren dexar de estarlo , porque paladea tanto el gusto esto de amar , y ser amados , que aunque los desengaños se vean à los ojos , se dan por desentendidos , y hacen que no los conocen : si bien es verdad , que los que mas se cobran en ellos son los hombres , que como el ser mudables no es duelo , y se dexan llevar tanto de esta falta , que dan

motivo à las mugeres , para que se quexen , y aun para que se venguen ; sino que han elegido una venganza civil , y que fuera tanto mejor vengarse en las vidas , que no en las honras , como de quedar ellas con nombre de valerosas , y ellos con el castigo que su mudable condicion merece ; porque no pudo imaginar , sino que el demonio las ha propuesto este modo de venganza , de que usan las que lo usan : porque barbara , si tu amante , ò marido te agravia , no ves , que en hacer tu lo mismo te agravias à ti misma , y das motivo , para que si es marido , te quite la vida , y si es amante , diga mal de ti : no seas liviana , y si lo fuiste , mata à quien te hizo serlo , y no mates tu honra. De esto me parece que nace el tener los hombres motivo para decir mal de las mugeres : demás , que como ya los hombres se precian de mudables , fuerza es , que para seguir su condicion busquen las comunes , y creo que lo hacen de proposito por hallar ocasion para dexarlas : pues claro está que las hallarán à cada paso , porque no quieren seguir otro exercicio , y les sabe mejor pasear , que no hilar. Quien duda , que à cada paso les darán ocasion , para que varíen ; y así por esta parte à todos los culpo , y à todos los disculpo ; por lo que no tienen los hombres disculpa , es por el hablar licenciosamente de ellas , pues les basta

ta su delito , sin que ellos se le saquen à plaza ; y lo peor es , que se descuidan , y las llevan à todas por un camino , sin mirar quanto se desdoran à sí mismos , pues hallarémolos pocos , que no tengan muger , ò pariente , ò conocida à quien guardar decoro , ni de lo malo se puede decir bien , ni de lo bueno mal : mas la cortesía hará mas que todo , diciendo bien de todas ; de unas , porque son buenas , y de otras , por no ser descortesés. Quién duda Señores Cavalleros , que hay mugeres muy virtuosas , muy encerradas , y muy honestas ? Direisme : A dónde están ? Y direis bien ; porque como no las buscáis , no las halláis ; ni ellas se dexan buscar , ni hallar , y hablan de las que tratan , y dicen como les va con ellas : y así en lugar de desengañar quisiera aconsejar , y pedirles , que aunque sean malas no las ultragen , y podrá ser , que así las hagan buenas : y en verdad hermosas Damas , que fuera cosa bien parecida , que no hubiera hombres muy nobles , muy sabios , muy cuerdos , y muy virtuosos ; cierto es que los hay , y que no todos tratan engaños , ni hablan desenfundadamente contra las mugeres , y los que lo hacen , digo que no le está à un hombre tan mal , obrar mal , como hablar mal ; que hay cosas que son mejores para hechas , que para dichas. De suerte , que honrando , y alabando à las

Damas , restauran la opinión perdida ; pues tanto cuesta lo uno , como lo otro ; y lo demás es baxeza , y las Damas sean cuerdas , y recogidas , que con esto no habran menester desengaños : que quien no se engaña , no tiene necesidad de desengañarse. Los rios , los prados , las Comedias , no son para cada dia , que se rompen muchos mantos , y vale cara la seda : vendanse à deseo , y verán como ellas mismas hacen buenos à los hombres. En quanto à la crueldad , no hay duda , de que está asentada en el corazon del hombre , y esto nace de la dureza de él ; y pues ya este Sarao se empezó con dictamen de probar esto , y avisar à las mugeres para que teman , y escarmienten ; pues conocen que todo cae sobre ellas , como se verá en el desengaño que ahora diré.

En una Ciudad cerca de la gran Sevilla , que no quiero nombrarla , porque aun viven hoy deudos muy cercanos de Don Francisco , Cavallero principal , y rico , casado con una Dama su igual , hasta en la condicion. Este tenia una hermana de las hermosas mugeres que en toda la Andalucía se hallaba , cuya edad aun no llegaba à diez y ocho años. Pidiósele por muger un Cavallero de la misma Ciudad no inferior à su calidad , ni menos rico , antes entiendo , que le aventajaba en todo : parecióle como era ra-

zon à Don Francisco , que aquella dicha solo venia del Cielo , y muy contento con ella lo comunicó con su muger , y con Doña Inés su hermana ; que como no tenia mas voluntad que la suya , y en quanto à la obediencia , y amor reverencial , le tuviese en lugar de padre ; aceptó el casamiento , quizá no tanto por él , quanto por salir de la rigurosa condicion de su cuñada , de lo cruel que imaginar se puede ; de manera , que antes de dos meses se halló , por salir de un cautiverio , puesta en otro martirio : si bien con la dulzura de las caricias de su esposo , que hasta en eso à los principios no hay quien se la gane à los hombres , antes se dan tan buena maña , que tengo para mí , que las gastan todas al primer año , y despues como se hallan fallidos del caudal del agasajo , hacen morir à puras necesidades de él à sus esposas , y quizá , y sin quizá , es lo cierto ser esto la causa , por donde ellas aborrecidas se empeñan en baxezas , con que ellos pierden el honor , y ellas la vida. Qué espera un marido , ni un padre , ni un hermano , y hablando mas comunmente , un Galan de una Dama , si se vé aborrecida , y falta de lo que ha menester , y tras eso , poco agasajada , y estimada , sino una desdicha ? O valgame Dios ! Y qué confiados son hoy los hombres , pues no temen que lo que una muger desesperada hará,

no lo hará el demonio ; piensan que por velarlas , y zelarlas , se libran , y las apartan de travesuras y se engañan ; quieranlas , acariencias , y denlas lo que falta , y no las guarden , ni zelen , que ellas se guardarán , y zelarán , quando no sea de virtud , de obligacion : y valgame otra vez Dios , y qué moneda tan falsa es ya la voluntad , que no pasa , ni vale , sino el primer dia , y luego no hay quien sepa su valor ! No le sucedió por esta parte à Doña Inés la desdicha , porque su esposo hacia la estimacion de ella que merecia su valor , y hermosura , por esta le vino la desgracia , porque siempre la belleza anda en pasos de ella. Gozaba la bella Dama una vida gustosa , y descansada , como quien entró en tan florida hacienda , con un marido lindo de talle , y mejor condicion , si le durára ; mas quando sigue à esto una adversa suerte , por mas que haga no se librá de ella ; y fue , que siendo doncella , jamás fue vista , por la terrible condicion de su hermano , y cuñada ; mas ya casada , ò ya acompañada de su esposo , ò ya con las parientas , y amigas , salia à las holguras , visitas , y fiestas de la Ciudad ; fue vista de todos , unos alabando su hermosura , y la dicha de su marido en merecerla ; y otros embiandola , y sintiendo no haberla escogido para sí , y otros amandola inclita , y deshonestamente,



pareciendoles, que con sus dineros, y galanterías la grangearian para gozarla: uno de estos fue Don Diego, Cavallero mozo, rico, y libre, que à costa de su gruesa hacienda, no solo habia grangeado el nombre, y lugar de Cavallero, mas que no se le iban por alto, ni por remontadas las mas hermosas garzas de la Ciudad. Este de ver la peligrosa ocasion, se admiró, y de admirarse se enamoró, y debió por lo presente, de ser de veras, que hay hombres que se enamoran de burlas, pues con tan loca desesperacion, mostraba, y daba à entender su amor en la continua asistencia en su calle, en Iglesias, y en todas las partes que podia seguirla: amaba en fin sin juicio, pues no atendia à la perdida, que podia resultar al honor de Doña Inés, con tan públicos galanteos: no reparaba la inocente Dama en ellos; lo uno, por parecerla, que con su honestidad podia vencer qualesquiera deseos lascivos de quantos le veían; y lo otro, porque en su calle vivian sugetos, no solo hermosos, mas hermosisimos, à quien imaginaba, dirigia Don Diego su asistencia; solo amaba à su marido, y con este descuido, ni se escondia si estaba en el balcon, ni dexaba de asistir à las musicas, y demás finezas de Don Diego, pareciendole iban dirigidas à una de dos Damas, que vivian mas abaxo de su casa, doncellas,

y hermosas, mas con libertad. Don Diego cantaba, y tenia otras habilidades, que ocasiona la ociosidad de los mozos ricos, y sin padres, que los sugeten; y las veces que se ofrecía, daba muestras de ella en la calle de Doña Inés, y ella, y sus criadas, y su mismo marido salian à oírlas, como he dicho, creyendo se dirigian à diferente sugeto; que à imaginar otra cosa, de creer es, que pusiera estorbo al dexarse ver: en fin con esta buena fé pasaban todos, haciendo gala del boveamiento de Don Diego, que cantó: quando su esposo de Doña Inés, ò sus criados se veían, daba à entender lo mismo, que ellos pensaban, y con este cuidado descuidado, cantó una noche, sentado à la puerta de las dichas Damas, este Romance.

*Como la madre à quien falta  
el tierno, y amado hijo,  
asi estoy quando no os veo,  
dulcísimo dueño mio.*

*Los ojos en vuestra ausencia  
son dos caudalosos rios,  
y el pensamiento sin vos  
un confuso laberinto*

*A dónde estais, que no os veo,  
prendas, que en el alma estimo;  
qué Oriente gaza esos rayos,  
ò qué venturosos Indios?*

*Si en los brazos del Aurora  
está el Sol alegre, y rico,  
decid, siendo vos mi Aurora,  
cómo no estais en los mios?*

Sa-

Salis , y os poneis sin mí,  
Ocaso triste me pinto,  
triste Noruega parezco,  
tormento en que muero , y vivo.

Amaros , no es culpa , no,  
adoraros , no es delito,  
si el amor adora los yerros,  
qué dorados son los míos!

No viva yo si ha llegado  
à los amorosos quicios  
de las puertas de mi alma  
pesar de haberos querido.

Ahora , que no me oís  
habla mi amor atrevido;  
y quando os veo , enmudezco,  
sin poder mi amor deciros.

Quisiera que vuestros ojos,  
conocieran de los míos,  
lo que no dice la lengua,  
que está para hablar sin bríos.

T luego que os escondéis  
atormento los sentidos,  
por haber callado tanto,  
diciendo lo que os estimo.

Mas porque no lo ignoreis,  
siempre vuestro me eterniza;  
siglos durará mi amor,  
pues para vuestro he nacido.

Alabó Doña Inés , y su esposo el Romance , porque como no entendia , que ella era la causa de las bien cantadas , y lloradas penas de Don Diego , no se sentia agraviada ; que à imaginarlo , es de creer , que no lo consintiera. Pues viendose el mal correspondido Cavallero cada dia peor , y que no daba un paso adelante en su pretension , andaba confu-

so , y triste , no sabiendo como descubrirse à la Dama , temiendo de su indignacion alguna aspera , y cruel respuesta. Pues andando , como digo , una muger , que vivia en la misma calle , en un aposento , enfrente de la casa de la Dama , algo mas abaxo ; notó el cuidado de Don Diego , con mas sentimiento que Doña Inés , y luego conoció el juego , y un dia que le vió pasar le llamó , y con cariñosas razones le procuró sacar la causa de sus desvelos. Al principio negó Don Diego su amor , por no fiarse de la muger , mas ella como astuta , y que no debia de ser la primera , que habia hecho , le dixo , que no se lo negase , que ella conocia medianamente su pena ; y que si alguna en el mundo le podia dar remedio , era ella , porque su Señora Doña Inés le hacia mucha merced , dandole entrada en su casa , y comunicando con ella sus mas escondidos secretos , porque la conceia desde antes de casarse estando en casa de su hermano. Finalmente ella lo pintó tan bien , y con tan finos colores que Don Diego casi pensó si era echada por parte de la Dama , por haber notado su cuidado ; y con este loco pensamiento , à pocas bueltas que este astuto verdugo le dió , confesó de piano toda su voluntad , pidiendola diese à entender à la Dama su amor , ofreciendole si se veía admitido gran-

grande interés; y para engolosinarla mas, quitándose una cadena que traía puesta, se la dió: era rico, y deseaba alcanzar; y asi no reparaba en nada: ella la recibió, y le dixo descuidase, y que anduviese por alli, que ella le avisaria en teniendo negociado; que no queria que nadie le viese hablar con ella, porque no cayesen en alguna malicia. Puesto Don Diego, muy contenta la mala muger, se fue à casa de unas mugeres de obscura vida, que ella conocia, y escogiendo entre ellas una la mas hermosa, y que asi en el cuerpo, y garbo pareciese à Doña Inés, y llevóla à su casa, comunicando con ella el engaño, que queria hacer, y escondiendola donde de nadie fuese vista, pasó à casa de Doña Inés, y diciendo à las criadas dixesen à su Señora, que una vecina de enfrente la queria hablar, que sabido por Doña Inés, la mandó entrar: y ella con la arenga, y labia necesaria, de que la mugercilla no carecia, despues de haberla besado la mano, le suplicó le hiciese merced de prestarle por dos dias aquel vestido que traía puesto, y que se quedase en prenda de él aquella cadena, que era la misma que la habia dado Don Diego, porque casaba una sobrina. No anduvo muy descaminada en pedir aquel que traía puesto, porque como era el que Doña Inés ordinariamente

traía, que era de damasco pardo, pudiese Don Diego dexarse llevar de su engaño. Doña Inés era afable, y como la conoció por vecina de la calle, la respondió, que aquel vestido estaba ya ajado de traerle continuo que otro mejor la daria. No mi Señora, dixo la engañosa muger, este basta, que no quiero que sea demasadamente costoso, que parecerá, (lo que es) que no es suyo, y los pobres tambien tenemos reputacion; y quiero yo, que los que se halláren à la boda, piensen que es suyo, y no prestado. Rióse Doña Inés, alabando el pensamiento de la muger, y mandando traer otro se le puso, desnudandose aquel, y dandosele à la dicha, que le tomó contentisima, dexando en prendas la cadena, que Doña Inés tomó por quedar segura: pues apenas conoció à la que le llevaba, que fue con él mas contenta, que si llevara un tesoro. Con esto aguardó à que viniese Don Diego, que no fue nada descuidado, y ella con alegre rostro le recibió, diciendo: Esto si que es saber negociar Cavallerito: bobillo, si no fuera por mí, toda tu vida, te pudieras andar tragando saliva sin remedio; ya hablé à tu Dama, y la dexé mas blanda que una madexa de seda floxa; y para que veas lo que me debes, y en la obligacion que me estás, esta noche à la Oracion aguarda à la puerta de tu casa, que



que ella , y yo te iremos à hacer una visita , porque es quando su marido se vá à jugar à una casa de conversacion , donde está hasta las diez ; mas dice , que por el decoro de una muger de su calidad , y casada , no quiere ser vista , que no haya criados , ni luz , sino muy apartada , ò que no la haya ; mas yo que soy muy apretada de corazon me moriré si estoy à obscuras , y asi podrás apercibir un farolillo que dé luz , y esté sin ella la parte donde hubieres de hablarla. Todo esto hacia porque pudiese Don Diego reconocer el vestido , y no el rostro , y se engañase ; mas bolviase loco el enamorado mozo , abrazaba à la falsa , y cautelosa tercera , ofreciendola de nuevo suma de interés , dandole quanto consigo traía. En fin , él se fue à aguardar su dicha , y ella , élido , visitió à la moza , que tenia apercibida el vestido de la desdichada Doña Inés , tocandola , y aderezandola al modo que la Dama andaba ; pusola de modo , que mirado algo à lo obscuro , parecia la misma Doña Inés , muy contenta de haberle salido tan bien la invencion , que ella misma , con saber la verdad , se engañaba. Poco antes de anochecer se fueron en casa de Don Diego , que las estaba aguardando à la puerta , haciendosele los instantes siglos ; que viendotas , y reconociendo el vestido , por habersele visto ordina-

riamente à Doña Inés , como en el talle le parecia , y venia tapada , y era ya quando cercaba la noche , la tuvo por ella ; loco de contento las recibió , y entró en un quarto baxo , donde no habia mas luz que la de un farol , que estaba en el antesala , y à esta ; y à una alcoba , que en ella habia , no se comunicaba mas que el resplandor , que entraba por la puerta. Quedóse la vil tercera en la sala de afuera , y Don Diego , tomando por la mano à su fingida Doña Inés , se fueron à sentar sobre una cama de damasco , que estaba en el alcoba. Gran rato se pasó en engrandecer Don Diego la dicha de haber merecido tal favor , y la fingida Doña Inés bien instruída , en lo que habia de hacer en responderle à proposito , encareciendole el haber venido , y vencido los inconvenientes de su honor , marido , y casa , con otras cosas , que mas à gusto les estaba , donde Don Diego , bien ciego en su engaño , llegó al colmo de los favores , que tantos desvelos le habian costado el desearlos , y alcanzarlos , quedando muy mas enamorado de su Doña Inés , que antes. Entendida era la que hacia el papel de Doña Inés , y representabale tan al propio , que en Don Diego puso mayores obligaciones ; y asi cargandola de joyas de valor , y à la tercera de dinero , viendo ser la hora conveniente para llevar adelante su inven-

ven-

vención, se despidieron, rogando el galán à su amada Señora, que viese presto, y ella prometiendole que sin salir de casa la aguardase cada noche desde la hora, que habia dicho, hasta las diez, que si hubiese lugar, no le perderia. El se quedó gozosisimo, y ellas se fueron à su casa contentas, y aprovechadas à costa de la opinion de la inocente, y descuidada Doña Ines. De esta suerte le visitaron algunas veces, en quinze dias que tuvieron el vestido; que con quanto supieron, ò fuese, que Dios, porque se descubriese un caso como este, ò por temor de que Don Diego no reconociese con el tiempo, que no era la verdadera Doña Inés la que gozaba, no se previnieron de otro vestido, como el que les servia de disfraz; y viendo era tiempo de volver à su dueño, la ultima noche que se vieron con Don Diego, le dieron à entender que su marido habia dado en recogerse temprano, y era fuerza por algunos dias recatarse, por parecerles andaba algo cuidadoso, y que era fuerza asegurarle, que en habiendo ocasion de verle no la perderian. Se despidieron, quedando Don Diego tan triste como alegre quando la primera vez la vió. Con esto se bolvió el vestido à Doña Ines; y la fingida, y la tercera partieron la ganancia muy contentas con la burla. Don Diego muy triste,

paseaba la calle de Doña Inés, y muchas veces que la veía, aunque notaba el descuido de la Dama, juzgabalo à recato, y sufríalo sin atreverse à mas que à mirarla, otras hablaba con la tercera, que habia sido de su gloria; y ella unas veces le decia, que no tenia lugar por andar su marido cuidadoso; otras, que buscaria ocasion para verle, hasta que un dia, viendose importunada de Don Diego, y que le pedia llevase à Doña Inés un papel; le dixo, no se cansase, porque la Dama, ò por miedo de su esposo, ò que se habia arrepentido, porque no consentia la hablase en esas cosas; y aun llegaba à mas, que la negaba la entrada en su casa, mandando à las criadas no la dexasen entrar. En esto se vé quan mal la mentira se puede disfrazar en traje de verdad; y si lo hace es por poco tiempo. Quedó el triste Don Diego con eso, tal, que fue milagro no perder el juicio; y en mitad de sus penas, por ver si podia hallar alivio en ellas, se determinó en hablar à Doña Inés, y saber de ella misma la causa de tal desamor, y tan repentino, y así no faltaba de dia, ni de noche de la calle, hasta hallar ocasion de hacerlo. Pues un dia que la vió ir à Misa sin su esposo (novedad grande, porque siempre la acompañaba) la siguió hasta la Iglesia; y arrodillandose junto à ella, lo mas paso que pudo, si bien con gran-

grande turbacion , la dixo : Es posible , Señora mia , que vuestro amor fuese tan corto , y mis meritos tan pequeños , que apenas nació , quando murió ; cómo es posible , que mi agasajo fuese de tan poco valor , y vuestra voluntad tan mudable , que siquiera bien hallada en mis cariños , no hubiera echado algunas raíces , para siquiera tener en la memoria quantas veces os nombrasteis mia , y yo me ofrecí por esclavo vuestro : si las mugeres de calidad dan mal pago ; qué se puede esperar de las comunes ? Si acaso este desden nace de haber andado corto en serviros , y regalaros , vos habeis tenido la culpa , que quien os rindió lo poco , os hubiera hecho dueño de lo mucho , si no os hubiesedes retirado tan cruel , que aun quando os miro no os dignais de favorecerme con vuestros hermosos ojos , como si quando os tuve en mis brazos , no jurasteis mil veces por ellos , que no me olvidariais. Miróle Doña Inés , admirada , de lo que decia , y dixo : Qué decis , Señor , delirais , ò teneisme por otra ? Quando estube en vuestros brazos , ni juré de no olvidaros , ni recibí agasajos , ni me hicisteis cariños ; porque mal puedo olvidar , lo que jamás me ha acordado , ni cómo puedo amar , ni aborrecer , lo que nunca amé ? Pues cómo , replicó Don Diego , aun quereis negar , que no me

habeis visto ni hablado ? Decid que estais arrepentida de haber ido à mi casa , y no lo negueis ; porque no lo podrá negar el vestido que traeis puesto , que es el mismo que llevaisteis , ni lo negará fulana , vecina de enfrente de vuestra casa , que fue con vos. Cuerda , y discreta era Doña Inés ; y oyendo del vestido , y muger , aunque turbada , y medio muerta , de un caso tan grave , cayó en lo que podia ser ; y bolviendo à Don Diego le dixo : Quanto habrá eso que decis ? Poco mas de un mes , replicó él ; con lo qual Doña Inés acabó de todo punto de creer , que el tiempo que el vestido estuvo prestado à la misma muger la habian hecho algun otro ; y por averiguarlo mejor , dixo : Ahora , Señor , no es tiempo de hablar mas en esto , mi marido ha de partir mañana à Sevilla à la cobranza de unos pesos que le han venido de las Indias ; de manera , que à la tarde estad en mi calle , que yo os haré llamar , y hablaremos largo sobre esto , que me habeis dicho , y no digais nada à esa muger , que importa encubrirlo de ella. Con esto Don Diego se fue muy gustoso , por haber negociado tambien quanto Doña Inés quedó triste , y confusa. Finalmente , su marido se fué otro dia , como ella dixo , y luego Doña Inés embió à llamar al Corregidor , y venido le puso en parte donde pudiese oir lo que



que pasaba , diciendole convenia à su honor que fuese testigo, y Juez de un caso de mucha gravedad ; y llamando à Don Diego, que no se habia descuidado , le dixo estas razones. Cierto , señor Don Diego , que me dexasteis ayer puesta en tanta confusion, que si no hubiera permitido Dios la ausencia de mi esposo en esta ocasion , que con ella he de averiguar la verdad , y sacaros del engaño , y error , en que estais, que pienso , que hubiera perdido el juicio , ò yo misma me hubiera quitado la vida ; y puesto que tenemos ocasion tan oportuna, os suplico me digais muy por entero , y de espacio lo que ayer me dixisteis de paso en la Iglesia. Admirado Don Diego de sus razones , le contó quanto con aquella muger le habia pasado, las veces que habia estado en su casa, las palabras que le habia dicho, las joyas que le habia dado; à que Doña Inés admirada, satisfizo , y contó, como ese tiempo habia estado el vestido en poder de esa muger , y como le habia dexado en prenda una cadena , atestiguando con sus criadas la verdad ; y como ella no habia faltado de su casa, ni su marido iba à ningua casa de conversacion , antes se recogia con el dia , y que ni conocia tal muger, sino de verla à la puerta de su casa, ni la habia hablado, ni entrado en ella en su vida, con lo qual Don

Diego quedó embelesado ; como los que han visto visiones , y corrido de la burla , que de él se hizo , y aun mas enamorado de Doña Inés que antes. A esto salió el Corregidor , y juntos fueron en casa de la desdichada tercera , que al punto confesó la verdad de todo , entregando algunas de las joyas , que le habian tocado de la particion , y la cadena que se bolvió à Don Diego grangeando de la burla doscientos azotes , por infamadora de mugeres principales , y honradas, y mas desterrada por seis años de la Ciudad , no declarandose mas el caso por la opinion de Doña Inés : con que la Dama quedó satisfecha en parte , y Don Diego mas perdido que antes bolviendo de nuevo à sus pretensiones, paseos , y musicas ; y esto con mas confianza, pareciendole , que ya habia menos que hacer, supuesto , que la Dama sabia su amor , no desesperando de la conquista, pues tenia caminado lo mas ; y lo que mas le debió de animar , fue no creer , que no habia sido Doña Inés , la que habia gozado , pues aunque se averiguó la verdad con tan fieles testigos , y que la misma tercera lo confesó ; con todo debió de entender habia sido fraude , y que arrepentida Doña Inés lo habia negado , y la muger de miedo se habia sujetado à la pena. Con este pensamiento la galanteaba muy atrevido, siguiendola si

salía fuera, hablandola si hallaba ocasion; con lo que Doña Inés aborrecida, ni aun à Misa se dexaba ver del atrevido mozo, que con la ausencia de su marido se tomaba mas licencia que era menester; de suerte, que la perseguida Señora aun la puerta no

*Dueño querido, si en el alma mia  
alguna parte libre se ha quedado,  
boy de nuevo à tu imperio la he postrado,  
rendido à tu hermosura y gallardía.*

*Dichoso soy desde aquel dulce dia,  
que con tantos favores quedé honrado,  
instantes à mis ojos he juzgado  
las horas que gocé tu compañía.*

*O! Si fueran verdad los fingimientos  
de los encantos, que en la edad primera  
han dado tanta fuerza à los engaños.*

*Ta se vieran logrados mis intentos;  
si de los Dioses merecer pudiera  
encantado gozarte muchos años.*

Sintió tanto Doña Inés entender, que aun no estaba Don Diego cierto de la burla que aquella engañosa muger le habia hecho en desdoro de su honor, que al punto le embió à decir con una criada, que supuesto que ya sus atrevimientos pasaban à desvergüenzas, que se fuese con Dios, sin andar haciendo escandalos, ni publicando locuras, sino que le prometia como quien era, de hacerle matar. Sintió tanto el mal aconsejado mozo esto, que como desesperado con mortales bascas, se fue à su casa, donde estuvo muchos dias en la cama con una peligrosa enfermedad,

consentia que se abriese, porque no llegase su descomedimiento à entrarse en su casa; mas ya desesperada y resuelta à vengarse por este Soneto, que una noche cantó en su calle, sucedió lo que luego se dirá.

acompañada de tan cruel melancolía, que parecia querersele acabar la vida, y viendose morir de pena, habiendo oído decir que en la Ciudad habia un Moro gran hechicero y nigromantico, le hizo buscar y que se le traxesen, para obligar con encantos y hechicerías, à que le quisiese Doña Inés. Hallado el Moro y traído, se encerró con él, dandole larga cuenta de sus amores tan desdichados como atrevidos, pidiendole remedio contra el desamor y desprecio que hacia de él su Dama, tan hermosa como ingrata. El Nigromantico Agareno le prometió, que dentro de

V

tres

tres dias se haria, con que la misma Dama se le viniese à su poder, como lo hizo, que como agenos de nuestra Catolica Fé, no les es dificultoso, con apremios, que hacen al demonio, aun en cosas de mas calidad; porque pasados los tres dias, vino, y le traxo una Imagen de la misma figura, y rostro de Doña Inés, que por sus artes la habia copiado al natural, como si la tuviera presente. Tenia en el remate del tocado una vela de la medida, y proporcion de una buxia de un quarteron de cera verde, la figura de Doña Inés estaba desnuda, y las manos puestas sobre el corazon, que tenia descubierto, clavado por él un alfiler grande dorado à modo de saeta: porque en lugar de la cabeza tenia una forma de plumas del mismo metal, y parecia que la Dama queria sacarle con las manos, que tenia encaminadas à él. Dixole el Moro, que en estando solo pusiese aquella figura sobre un bufete, y que encendiese la vela que estaba sobre la cabeza, que sin falta ninguna vendria luego la Dama, y que estaria el tiempo que él quisiese, mientras él no le dixese que se fuese, que quando la embiase no matase la vela, que en estando la Dama en su casa se moriria por sí misma; que si la mataba antes que ella se apagase, correria riesgo la vida de la Dama; y asimismo, que no tu-

viere miedo de que la vela se acabase, aunque ardiere un año entero; porque estaba formada con tal arte, que duraria eternamente, mientras que en la noche del Bautista no la echase en uaa hoguera bien encendida. Don Diego, aunque no muy seguro, de que sería verdad lo que el Moro le aseguraba, contentisimo, quando no por las esperanzas, que tenia, por ver en la figura el natural retrato de su natural enemiga, con tanta perfeccion, y naturales colores, que si como no era de mas del alto de media vara, fuera de la altura de una muger, creo que con ella olvidára el natural original de Doña Inés, à imitacion del que se enamoró de otra pintura, y de un arbol. Pagóle al Moro bien à su gusto el trabajo; y despedido de él, aguardaba la noche, como si esperára la vida; y todo el tiempo que venia se dilató en tanto que se recogia la gente, y una hermana suya viuda, que tenia en casa, y le asistia à su regalo, se le hacia una eternidad; tal era el deseo, que tenia de experimentar el encanto. Pues recogida la gente, él se desnudó para acostarse, y dexando la puerta de la sala no mas de apretada, que asi se lo advirtió el Moro, porque las de la calle nunca se cerraban por haber en la casa mas vecindad: encendió la vela, y poniendola sobre el bufete se acos-

tó,



tò ; contemplando à la luz, que daba la belleza del retrato, que como la vela empezó à arder la descuidada Doña Inés, que estaba ya acostada, y su casa y gente recogida, porque su marido aun no habia buuelto de Sevilla, por haberse recrecido à sus cobranzas algunos pleytos, privada con la fuerza del encanto y de la vela que ardia de su juicio ; y en fin forzada de algun espiritu diabolico que gobernaba aquello, se levantó de su cama, y poniendose unos zapatos que tenia junto à ella, y un faldellin que estaba con sus vestidos sobre un taburete, tomó la llave que tenia debaxo de su cabecera, y saliendo fuera abrió la puerta de su quarto, y juntandola en saliendo, y mal-torciendo la llave, se salió à la calle, y fue à casa de Don Diego, que aunque ella no sabía quien la guiaba la supo llevar, y como halló la puerta abierta, se entró sin hablar palabra, ni mirar en nada, se puso dentro de la cama donde estaba Don Diego, que viendo un caso tan maravilloso, quedó fuera de sí ; mas levantandose, y cerrando la puerta se bolvió à la cama diciendo: Quando hermosa Señora mia, merecí yo tal favor? Ahora sí que doy mis penas por bien empleadas. Decidme por Dios, si estoy durmiendo, y sueño este bien, ò si tan dichoso que despierto, y en mi juicio os tengo en mis brazos!

A esto y otras muchas cosas, que Don Diego la decia, Doña Inés no respondia palabra, que viendo esto el amante algo pesaroso, por parecerle que Doña Inés estaba fuera de su sentido, con el maldito encanto y que no tenia facultad para hablar teniendo aquellos, aunque favores, por muertos, conociendo claro que si la Dama estuviera en su juicio no se los hiciera, como era la verdad, que antes pasára por la muerte, quiso gozar el tiempo y la ocasion, remitiendo à las obras las palabras. De esta suerte la tuvo gran parte de la noche, hasta que viendo ser hora se levantó, y abriendo la puerta, la dixo: Señora mia, mirad que es ya hora de que os vais; y en diciendo esto, la Dama se levantó, y poniendose su faldellin, y calzandose sin hablar palabra, se salió por la puerta, y bolvió à su casa, y llegando à ella abrió, y buuelto à cerrar, sin haberla sentido nadie, ò por estar vencidos del sueño ó porque participaban todos del encanto, se echó en su cama, que luego de estar en ella, la vela que estaba en casa de Don Diego ardiendo se apagó, como si con un soplo la matáran, dexando à Don Diego mucho mas admirado, que no acababa de santiguarse, aunque lo hacia muchas veces, y si el acedio de ver todo aquello era violento, y no le templára, se bolviera loco de

alegría. Estése con ella lo que le duráre, y vamos á Doña Inés, que como estubo en su cama y la vela se apagó, le pareció cobrando el perdido sentido, que despertaba de un profundo sueño; sí bien acordandose de lo que le habia sucedido, juzgaba que todo le habia pasado soñando, y muy afligida de tan descompuestos sueños se reprehendia á sí misma, diciendo: Qué es esto, desdichada de mí! Pues cuándo he dado yo lugar á mi imaginacion para que me represente cosas tan ajenas de mí, ó qué pensamientos ilícitos he tenido yo con este hombre, para que de ellos hayan nacido tan enormes y deshonestos efectos? Ay de mí! Qué es esto, ó qué remedio tendré para olvidar cosas semejantes! Con esto, llorando y con gran desconsuelo pasó la noche y el dia, que ya sobre tarde se salió á un balcon por divertir algo su enmarañada memoria; al tiempo que Don Diego aun no creyendo fuese verdad lo sucedido, pasó por la calle para ver si la veía, y fue al tiempo como he dicho estaba en el balcon; y viendola el galan quebrada de color y triste, conociendo de qué procedia el tal accidente, se persuadió á dar credito á lo sucedido; mas Doña Inés en el punto que le vió, quitandose del balcon, lo cerró con mucho enojo, en cuya faccion co-

noció Don Diego, que Doña Inés iba á su casa privada de todo sentido, y que su tristeza procedia si acaso como en sueños se acordaba de lo que con él habia pasado, sí bien viendola con la colera que se quitó del balcon, se puede creer que la diria: Cerrad Señora, que á la noche yo os obligaré á que me busqueis. De esta suerte pasó Don Diego mas de un mes llevando á su Dama la noche que le daba gusto á su casa, con lo qual la pobre Señora andaba tan triste, y casi asombrada de ver que no se podia librar de tan descompuestos sueños, que tal creia que eran, ni por encomendarse á Dios como lo hacia, ni por acudir á menudo á su Confesor, que la consolaba quanto era posible, y deseaba que viese su marido por ver si con él podia remediar su tristeza; y ya determinada, ó á embiarle á llamar, ó á persuadirle la diese licencia para irse con él, le sucedió lo que ahora oiréis, y fue: que una noche que por ser de las calorosas del Verano, muy serena y apacible con la Luna hermosa y clara, Don Diego encendió su encantada vela, y Doña Inés, que por ser ya tarde estaba acostada, aunque dilataba el sujetarse al sueño, por no rendirse á los malignos sueños que ella creia ser, lo que no era sino la pura verdad; causada de desvelarse se adormecio, y obrando en ella

ella el encanto, despertó despa-  
vorida, y levantandose fue à  
buscar el faldellin, que no ha-  
llandole, por haber las criadas  
llevado los vestidos para limpiar-  
los; así en camisa como estaba,  
se salió à la calle, è yendo en-  
caminada à la casa de Don Diego,  
encontró con ella el Corregidor,  
que con todos sus Ministros de  
Justicia venia de ronda, y con él  
Don Francisco su hermano, que  
habiendole encontrado, gustó de  
acompañarle por ser su amigo;  
y como viesen aquella muger en  
camisa tan à paso tirado, la die-  
ron voces que se detuviese; mas  
ella callaba, y andaba à toda  
diligencia, como quien era lle-  
vada del espíritu maligno: tan-  
to que los obligó à ellos à alar-  
gar el paso por diligenciar el al-  
canzarla; mas quando lo hicie-  
ron, fue, quando Doña Inés esta-  
ba ya en la sala, que entrando  
los unos y los otros, ella se fue  
à la cama, donde estaba Don Die-  
go, y ellos à la figura, que estaba  
en la mesa con la vela encendida  
en la cabeza; que como Don Die-  
go vió el fracaso y desdicha, te-  
meroso de que si mataban la vela,  
Doña Inés padecería el mismo  
riesgo; saltando de la cama, les  
dió voces, que no matasen la  
vela, que se quedaria muerta  
aquella muger; y buuelto à ella, le  
dixo: Idos Señora con Dios, que  
ya tuvo fin esto encanto; y vos,  
y yo, el castigo de nuestro de-

lito: por vos me pesa que ino-  
cente padecereis: y esto lo decía  
por haber visto à su hermano al  
lado del Corregidor. Levantóse,  
dicho esto Doña Inés, y como  
había venido, se bolvió à ir, ha-  
viendola al salir todos reconoci-  
do; y tambien su hermano, que  
fue bien menester la authoridad  
y presencia del Corregidor, para  
que en ella y en Don Diego, no to-  
mase la justa venganza que à su  
parecer merecian. Mandó el  
Corregidor, que fuesen la mitad  
de sus Ministros con Doña Inés,  
y que viendo, en que paraba su  
embelesamiento no se apartasen  
de ella, hasta que él mandase  
otra cosa, sino que bolviese uno  
à darle cuenta de todo; y viendo  
que de allí à poco la vela se ma-  
tó repentinamente, le dixo al in-  
felice Don Diego: Ha Señor! Y  
cómo pudierades haber escar-  
mentado en la burla pasada, y  
no poneros en tan costosas veras!  
Con esto aguardaron el aviso de  
los que habian ido con Doña  
Inés, que como llegó à su casa, y  
abrió la puerta, que no estaba  
mas de apretada, y entró y to-  
dos con ella, bolvió à cerrar y  
se fue à su cama, echandose en  
ella; y como à este mismo punto  
se apagase la vela, ella despertó  
del embelesamiento, y dando un  
grande grito, como se vió cerca-  
da de aquellos hombres, y cono-  
ciendo ser Ministros de Justicia,  
les dixo: que qué buscaban en



su casa, ò por donde habian entrado, supuesto que ella tenia la llave? Ay desdichada Señora, dixo uno de ellos; y como habeis estado sin sentido, pues eso preguntais! A esto, y al grito de Doña Inés, habian ya salido las criadas alborotadas, tanto de oír dar voces à su Señora, como de ver allí tanta gente. Prosiguiendo el que habia empezado, le contó à Doña Inés quanto habia sucedido desde que la habian encontrado, hasta el punto en que estaba, y como à todo se habia hallado su hermano presente: que oído por la triste y desdichada Dama, fue milagro no perder la vida. En fin, para que no se desesperase, segun las cosas que hacia y decia, y las hermosas lágrimas que derramaba, sacandose à manojos sus cabellos; embiaron à avisar al Corregidor de todo, diciendole ordenase lo que se habia de hacer: el qual habiendo tomado su confesion à Don Diego, él dixo la verdad del caso, declarando como Doña Inés estaba inocente; pues privado su entendimiento y sentido, con la fuerza del encanto, venia como habian visto: con que su hermano mostró asegurar su pasion, aunque otra cosa le quedó en el pensamiento. Con esto mandó el Corregidor poner à Don Diego en la carcel à buen recaudo, y tomando la encantada figura, se fueron à casa de Doña Inés, à la qual halla-

ron haciendo las lastimas dichas, sin que sus criadas ni los demás, fuesen parte para consolarla, que à haber quedado sola se hubiera quitado la vida. Estaba ya vestida y arrojada sobre un estrado, alcanzandose un desmayo à otro, y una congoxa à otra: que como vió al Corregidor y à su hermano, se arrojó à sus pies, pidiendole, que la matase; pues habia sido tan mala, que aunque sin su voluntad, habia manchado su honor. Don Francisco, mostrando en su exterior piedad, si bien en lo interior estaba vertiendo ponzoña y crueldad, la levantó, y abrazó, teniendoselo todos à nobleza; y el Corregidor le dixo: Sosegaos, Señora, que vuestro delito no merece la pena que vos pedís, pues no lo es, supuesto que vos no erais parte para no hacerlo; y algo mas quieta la desdichada Dama, mandó el Corregidor, sin que ella lo supiera, se saliesen fuera, y encendiesen la vela: que apenas fue hecho quando se levantó, y se salió adonde la vela estaba encendida, y diciendole, que ya era hora de irse, se bolvia à su asiento, y la vela se apagava, y ella bolvia como de sueño. Esto hicieron muchas veces, mudando la vela à diferentes partes, hasta bolver con ella à casa de Don Diego y encenderla allí, y luego Doña Inés se iba allá de la manera que estaba, y aunque la hablaban, no res-

respondia : con que averiguado el caso , asegurandola , y acabando de quietar à su hermano , que estava mas sin juicio que ella , mas por entonces disimuló , antes él era el que mas la disculpaba ; y dexandola el Corregidor dos guardas mas por amparo , que por prision , pues ella no la merecia , se fue cada uno à su casa , admirados del suceso. Don Francisco se recogió à la suya loco de pena , contando à su muger lo que pasaba ; que como al fin cuñada , decia , que Doña Inés debia de fingir el embelesamiento por quedar libre de culpa ; su marido , que habia pensado lo mismo , fue de su parecer , y al punto despachó un criado à Sevilla , con una carta à su cuñado , diciendole en ella , dexase todas sus ocupaciones , y se viniese al punto que importava al honor de entrambos , y que fuese tan secreto , que no supiese nadie su venida , ni en su casa , hasta que se viese con él. El Corregidor otro dia buscó al Moro que habia hecho el hechizo ; mas no pareció. Divulgóse el caso por la Ciudad , y sabido por la Inquisicion , pidió el preso que le fue entregado con el proceso ya substanciado , y puesto como habia de estar , que llevado à su carcel , y de ella à la Suprema , no pareció mas ; y no fue pequeña piedad castigarle en secreto ; pues al fin él habia de morir à manos del

marido y hermano de Doña Inés , supuesto que el delito cometido no merecia menor castigo. Llegó el Correo à Sevilla , y dió la carta à Don Alonso , que como vió lo que en ella se le ordenaba , bien confuso y temeroso de que serian flaquezas de Doña Inés , se puso en camino y à largas jornadas llegó à casa de su cuñado , con tanto secreto que nadie supo su venida , y sabido todo el caso como habia sucedido , entre todos tres habia diferentes pareceres , sobre qué genero de muerte darian à la inocente y desdichada Doña Inés , que , aun quando de voluntad fuera culpada , la bastára por pena de su delito , la que tenia , quanto , y mas habiendole cometido , como estava averiguado ; y de quien mas pondero la crueldad , es de la traydora cuñada , que si quiera por ser muger podria tener piedad de ella. Acordado en fin el modo , Don Alonso , disimulando su dañada intencion , se fue à su casa , y con caricias y alhagos le aseguró , haciendo él mismo de modo , que la triste Doña Inés , ya mas quieta , viendo que su marido habia creido la verdad , y estava seguro de su inocencia ; porque haberselo encubierto era imposible , segun estava el caso público ; se recobró de su pérdida ; y si bien avergonzada de su desdicha , apenas osava mirarle , se moderó

en sus sentimientos y lagrimas. Con esto pasó algunos dias, quando un dia con mucha afabilidad, le dixo el cauteloso marido, como su hermano, y él estaban determinados y resueltos à irse à vivir con sus casas y familias à Sevilla: lo uno, por quitarla de los que habian sabido aquella desdicha que la señalaban con el dedo; y lo otro, por asistir à sus pleytos que habian quedado empantanados: à lo qual Doña Inés dixo, que en ella no habia mas gusto que el suyo. Puesta por obra la determinacion propuesta, vendiendo quantas posesiones y hacienda tenian allí, como quien no pensaba bolver mas à la Ciudad, se partieron todos con mucho gozo, y Doña Inés mas contenta que todos; porque vivia afrentada de un suceso tan escandaloso. Llegados à Sevilla, tomaron casa à su comodo, sin mas vecindad que ellos dos, y luego despidieron todos los criados y criadas que habian traído, para hacer sin testigos la crueldad que ahora diré. En un aposento, el ultimo de toda la casa, donde aunque hubiese gente de servicio, ninguno tuviese modo, ni ocasion de entrar en él, en el hueco de una chimenea que allí habia ò ellos la hicieron; porque para este caso no hubo mas oficiales que el hermano, marido y cuñada, habiendo traído yeso y cascotes, y lo demás que era menes-

ter; pusieron à la pobre desdichada Doña Inés, no dexandole mas lugar, que quanto pudiese estar en pie; porque si se queria sentar no podia sino como ordinariamente se dice, en cuclillas, y la tabicaron dexando solo una ventanilla como medio pliego de papel, por donde respirase, y le pudiesen dar una miserable comida porque no muriese tan presto, sin que sus lagrimas ni protestas los enterneciesen. Hecho esto, cerraron el aposento, y la llave la tenia la mala y cruel cuñada, y ella misma le iba à dar la comida y un jarro de agua, de manera, que aunque despues recibieron criados y criadas, ninguno sabia el secreto de aquel cerrado aposento. Aqui estuvo Doña Inés seis años, que permitió la Divina Magestad en tanto tormento conservarle la vida, ò para castigo de los que se le daban, ò para merito suyo, pasando lo que imaginar se puede, supuesto, que he dicho de la manera que estaba, y que las inmundicias y vasuras que de su cuerpo echaba, le servian de cama y estrado para sus pies; siempre llorando, y pidiendo à Dios la aliviase de tan penoso martirio, sin que en todos ellos viese luz, ni recostase su triste cuerpo, agena y apartada de las gentes, negada à los Divinos Sacramentos, y à oír Misa, padeciendo mas que los que martirizan los Tiranos,



nos, sin que ninguno de sus tres verdugos tuviese piedad de ella, ni se enterneciese; antes la traydora cuñada cada vez que la llevaba la comida, le decia mil oprobrios y afrentas, hasta que ya nuestro Señor cansado de sufrir tales delitos, permitió, que fuese sacada esta triste muger de tan desdichada vida, siquiera para que no muriese desesperada, y fue el caso, que à las espaldas de esta casa en que estaba, habia otra principal de un Cavallero de mucha calidad: la muger del que digo, habia tenido una doncella, que la habia casado años habia, la qual enviudó quedando necesitada, y la Señora por caridad y haberla servido, porque no tuviese en la pobreza que tenia, que pagar casa, le dió dos aposentos que estaban arrimados al emparedamiento, en que la cuytada Doña Inés estaba, que nunca habia habitado gente en ellos, porque no habian servido sino de guardar cevada. Pues pasada à ellos esta buena viuda, acomodó su cama à la parte que digo, donde estaba Doña Inés, la qual, como siempre estaba lamentando su desdicha, y llamando à Dios que la socorriese; la otra, que estaba en su cama, como con el sosiego de la noche todo estaba en quietud, oía los ayes y suspiros; y al principio es de creer, que entendiera era alguna alma de la otra vida, y

tuvo tanto miedo como estaba sola, que apenas osaba estar allí: tanto, que la obligó à pedir à una hermana suya le diese una muchacha de hasta diez años, hija suya, para que estuviese con ella, con cuya compañía mas alentada, asistia mas allí; y como se reparase mas y oyese que entre los gemidos que Doña Inés daba, llamaba à Dios, y à la Virgen Maria Señora nuestra, juzgó seria alguna persona enferma, que los dolores que padecia la obligaban à quejarse de aquella forma; y una noche que mas atenta tuvo arrimado el oido à la pared, pudo percibir, que decia quien estaba de la otra parte, estas razones: Hasta cuándo, poderoso y misericordioso Dios, ha de durar esta triste vida: Cuando Señor darás lugar à la ayrada muerte que execute en mí el golpe de su cruel guadaña; y hasta cuándo estos crueles y carniceros verdugos de mi inocencia, les ha de durar el poder de tratarme asi! Cómo Señor permites que te usurpen tu justicia, castigando con su crueldad, lo que tú Señor no castigáras! Pues quando tú embias el castigo, es à quien tiene culpa, y aun entonces con piedad; mas estos tiranos castigan en mí lo que no hice; como lo sabeis vos, que no fui parte en el yerro, porque padezco tan crueles tormentos; y el mayor de todos, y que mas siento es-

es, carecer de vivir y morir como Christiana; pues ha tanto tiempo que no oygo Misa, ni confieso mis pecados, ni recibo tu Santísimo Cuerpo. En qué tierra de Moros pudiera estar cautiva, que me tratáran como me tratan? Ay de mí! Que no deseo salir de aquí por vivir, sino solo por morir catholica y christianamente; que ya la vida la tengo tan aborrecida, que si como el triste sustento que me dán, no es por vivir, sino por no morir desesperada. Acabó estas razones con tan doloroso llanto, que la que escuchaba, movida à lastima, alzando la voz para que la oyese, le dixo: Muger ò quien eres, qué tienes, ò por qué te lamentas tan dolorosamente? Dimelo por Dios; y si soy parte para sacarte de donde estás, lo haré, aunque aventure y arriesgue la vida. Quién eres tú, respondió Doña Inés, que ha permitido Dios que me tengas lastima? Soy, replicó la otra muger, una vecina de esta otra parte, que ha poco que vine aquí, y en ese corto tiempo me has ocasionado muchos temores, tantos, quantos ahora compasiones; y así dime, qué podré hacer, y no me ocultes nada, que yo no escusaré ningún trabajo, por sacarte del que padeces. Pues si es así, Señora mia, respondió Doña Inés, que no eres de la parte de mis crueles verdugos: lo te puedo decir mas por

ahora, porque temo que me escuchén, sino que soy una triste y desdichada muger, à quien la crueldad de un hermano, un marido y una cuñada, me tienen puesta en tal desventura, que aun no tengo lugar de poder extender este triste cuerpo: tan estrecho es en el que estoy, que si no es en pie, ò mal sentada, no hay otro descanso, sin otros dolores y desdichas que estoy padeciendo; pues quando no la hubiera mayor que la obscuridad, en que estoy, bastaba; y esto no há un dia ni dos, porque aunque aquí no sé quando es de dia ni de noche, ni Domingo, ni Sabado, ni Pasqua, ni año, bien sé, que ha una eternidad de tiempo; y si esto lo padeciera con culpa, ya me consolára; mas sabe Dios, que no la tengo: y lo que temo, no es la muerte, que antes la deseo, perder el alma es mi mayor temor; porque muchas veces me dá imaginacion de con mis propias manos hacer cuerda à mi garganta para acabarme; mas luego considero que es el demonio, y pido ayuda à Dios para librarme de él. Qué hiciste, que los obligó à tal? (Dixo la muger) Ya te he dicho, dixo Doña Inés, que no tengo culpa; mas son cosas muy largas, y no se pueden contar. Ahora lo que has de hacer, si deseas hacerme bien, es irte al Arzobispo ò al Asistente, y contarle lo que te he dicho,

cho, y pedirles vengan à sacarme de aqui antes que muera, siquiera para que haga las obras de Christiana; que te aseguro, que está ya tal mi triste cuerpo, que pienso no viviré mucho, y pido-te por Dios que sea luego; que le importa mucho à mi alma. Ahora es de noche dixo la muger: ten paciencia, y ofrecele à Dios eso que padeces; que yo te prometo que siendo de dia, yo haré lo que pides. Dios te lo pague, replicó Doña Inés, que así lo haré, y reposa ahora, que yo procuraré si puedo hacer lo mismo con las esperanzas de que has de ser mi remedio despues de Dios. Creolo así respondió la buena muger; y con esto callaron. Venida la mañana, la viuda baxó à su Señora, y le contó todo lo que le habia pasado, de que la Señora se admiró y lastimó; y si bien quisiera aguardar la noche para hablar ella misma à Doña Inés, temiendo el daño que podia recrecer, si aquella pobre muger se muriese, así no lo dilató mas, antes mandó poner el coche; y para que con su autoridad se diese mas credito al caso, se fue ella y la viuda al Arzobispo, dandole cuenta de todo lo que en esta parte se ha dicho: el qual admirado, avisó al Asistente, y juntos con todos sus Ministros Seculares y Eclesiasticos, se fueron à la casa de Don Francisco, y Don Alonso, y cercandola por todas

partes porque no se escapasen, entraron dentro, y prendieron à los dichos, y à la muger de Don Francisco, sin reservar criados ni criadas; y tomadas sus confesiones, estos no supieron decir nada, porque no lo sabian; mas los traydores, hermano y marido, y la cruel cuñada, al principio negaban; mas viendo, que era por demás, porque el Arzobispo y Asistente venian bien instruidos, confesaron la verdad, y dando la cuñada la llave subieron donde estaba la desdichada Doña Inés, que como sintió tropel de gente, imaginando lo que sería, dió voces: en fin derribando el tabique, la sacaron. Aqui entra la piedad; porque quando la encerraron allí, no tenia mas de veinte y quatro años, y seis, que habia estado, eran treinta: que era la flor de su edad.

En primer lugar, aunque tenia los ojos claros, estaba ciega, ò de la obscuridad, ( porque es cosa asentada, que si una persona estuviese mucho tiempo sin ver luz, cegaria ) ò fuese de esto, ò de llorar, ella no tenia vista; sus hermosos cabellos, que quando entró allí eran como hebras de oro, estaban como la misma nieve, enredados y llenos de animalejos, que de no peinarlos se criaban, en tanta cantidad, que por encima hervoneaban: el color, del color de la muerte, tan flaca y consumida, que se le



la señalaban los huesos, como si el pellejo que estaba encima fuera un delgado cendal; desde los ojos hasta la barba, dos surcos cavados de las lagrimas que se le escondia en ellos un bramante grueso; los vestidos hechos cenizas, que se le veían las mas partes de su cuerpo, descalza de pie y pierna, que de los escrementos de su cuerpo, como no tenia donde echarlos, no solo se habian consumido, mas la propia carne comida hasta los muslos de llagas y gusanos, de que estaba lleno el hediondo lugar. No hay mas que decir, sino que causó à todos tanta lastima, que lloraban como si fuera hija de cada uno. Asi como la sacaron, pidió que si estaba alli el Señor Arzobispo, la llevasen à él, (como fue hecho) habiendola por la indecencia que estar desnuda causaba, cubierto con una capa. En fin, en brazos la llevaron junto à él, y ella echada por el suelo le besó los pies, y pidió la bendicion, contando en succinctas razones toda su desdichada historia, de que se indignó tanto el Asistente, que al punto los mandó à todos tres poner en la carcel con grillos y cadenas, de suerte, que no se viesen los unos à los otros, afeando à la cuñada mas que à los otros, la crueldad: à lo que ella respondió, que hacia lo que le mandaba su marido. La Señora, que dió el aviso, junto con la buena dueña, que

lo descubrió, que estaban presentes à todo, rompiendo la pared por la parte que estaba Doña Inés, por no pasarla por la calle, la llevaron à su casa, y haciendo la noble Señora prevenir una regalada cama, puso à Doña Inés en ella, llamando Medicos y Cirujanos, para curarla, haciendo la tomar substancias; porque era tanta su flaqueza, que temia, no se muriese; mas Doña Inés no quiso tomar cosa hasta dar la Divina Substancia à su alma, confesando y recibiendo el Santisimo Sacramento, que le fue luego trahido. Ultimamente, con tanto cuidado miró la Señora por ella, que sanó; solo de la vista, que esa no fue posible restaurarsela. El Asistente substanció luego el proceso à los reos, y averiguado todo, los condenó à todos tres à muerte, que fue executada en un cadahalso, por ser nobles y Cavalleros, sin que les valiesen sus dineros para alcanzar perdon, por ser el delito de tal calidad. A Doña Inés pusieron ya sana, y restituída en su hermosura, aunque ciega, en un Convento, con dos criadas que cuydaban de su regalo, sustentandose de la gruesa hacienda de su hermano y marido, donde hoy vive, haciendo vida de una santa, afirmandome quien la vió, quando la sacaron de la pared, y despues, que es de las mas hermosas mugeres que hay en el Reyno de

Andalucía, porque aunque está ciega como tiene los ojos claros y hermosos, como ella los tenía, no se le echa de ver que no tiene vista.

Todo este caso es tan verdadero como la misma verdad, que ya digo me lo contó quien se halló presente. Ved ahora si puede servir de buen desengaño à las Damas, pues si à las inocentes les sucede esto, qué esperan las culpadas? Pues en quanto à la crueldad para con las desdichadas mugeres, no hay que fiar en hermanos, ni maridos, que todos son hombres. Y como dixo el Rey Don Alonso el Sabio: que el corazon del hombre es bosque de espesura, que nadie le puede hallar senda donde la crueldad, bestia fiera è indomable, tiene su morada, y habitacion. Este suceso habrá que pasó veinte años, y vive hoy Doña Inés, y muchos de los que la vieron y se hallaron en el suceso; que quiso Dios darle sufrimiento, y guardarle la vida porque no muriese allí desesperada, y para que tan rabioso lobo como su hermano, y tan cruel basilisco como su marido, y tan rigurosa leona como su cuñada, ocasionasen ellos mismos su castigo.

Deseando estaban las Damas y Cavalleros, que la discreta Laura diese fin à su desengaño, tan lastimados y enternecidos los te-

nian los prodigiosos sucesos de la hermosa, quanto desdichada Doña Inés, que todos de oirlos derramaban rios de lagrimas, y no ponderaban tanto la crueldad del marido, como del hermano, pues parecia que no era sangre suya quien tal habia permitido; pues quando Doña Inés de malicia hubiera cometido el yerro, que le obligó à tal castigo, no merecia mas que una muerte breve, como se ha dado à otras que han pecado de malicia, y no darle tantas y tan dilatadas como la dieron; y la que mas culpaban era à la cuñada, pues ella como muger pudiera ser mas piadosa, estando cierta, como se averiguó, que privada de sentido con el endemoniado encanto habia caido en tal yerro, y la primera que rompió el silencio fue Doña Estefania, que dando un lastimoso suspiro, dixo: Ay Divino Esposo mio, y si Vos todas las veces que os ofendemos nos castigarais así, qué fuera de nosotros! Mas soy necia en hacer comparacion de Vos, piadoso Dios, à los esposos del mundo: jamás me arrepentí, quanto hà que me consagré à Vos de ser esposa vuestra, y hoy menos lo hago ni lo haré, pues aunque os agraviase, sé que à la mas minima lagrima me habeis de perdonar, y recibirme con los brazos abiertos! Y buelta à las Damas, les dixo: Cierto, Señoras, que no

sé

sé como teneis animo para entregaros, con nombre de marido, à un enemigo, que no solo se ofende de las obras, sino de los pensamientos: que ni con el bien ni el mal acertais à darles gusto: y si acaso sois comprendidas en algun delito contra ellos, por qué os fiais y confiais de sus disimuladas maldades, que hasta que consiguen su venganza, y es lo seguro, no sosiegan? Con solo este desengaño, que ha dicho la Señora Laura mi tia, podeis quedar bien desengañadas, y concluida la opinion que se sustenta en este Sarao; y los Cavalleros podrán tambien conocer, qué engañados andan en dar toda la culpa à las mugeres, acumulandolas todos los delitos, flaquezas, crueldades, y malos tratos; pues no siempre tienen la culpa, y es el caso, que por la mayor parte las de mas aventajada calidad, son las mas desgraciadas y desvalidas, no solo en sucederles las desdichas que en los desengaños referidos hemos visto, sino que tambien las comprenden en la opinion en que tienen à las vulgares, y es genero de pasion ò tema, de los divinos entendimientos, que escriben Libros, y componen Comedias, alcanzandolo todo en seguir la opinion del vulgacho, que en comun dá la culpa de todos los malos sucesos à las mugeres; pues hay tantos en que

culpar à los hombres, y escribiendo de unos, y de otros hubieran escusado à estas Damas el trabajo que han tomado por bolver por el honor de las mugeres y defenderlas, viendo que no hay quien las defienda à desengañar los casos mas ocultos, para probar que no son todas las mugeres las malas, ni todos los hombres los buenos. Lo cierto es, replicó Don Juan, que verdaderamente parece que todos hemos dado en el vicio de no decir bien de las mugeres, como en el tomar tabaco, que ya tanto le gasta el ilustre, como el plebeyo: y diciendo mal de los otros que le toman, traen su tabaquera mas à mano, y en mas custodia, que el Rosario, y las Horas; como si porque anda en caxas de oro, plata, y cristal, dexase de ser tabaco. Y si preguntan por qué lo toman, dicen, que porque se usa. Lo mismo es culpar à las Damas en todo, que llegando à ponderar, pregunten al mas apasionado por qué dice mal de las mugeres, siendo el mas deleitable vergel de quantos crió la naturaleza; responderá porque se usa. Todos rieron la comparacion del tabaco, al decir mal de las mugeres, que habia hecho Don Juan; y si se mira bien, dixo bien, porque el vicio mas abominable que puede haber, es no estimar, alabar, y honrar à las Damas,



mas, à las buenas por buenas, y  
à las malas por las buenas. Pues  
viendo la hermosa Doña Isabel,  
que la linda Matilde se prevenia  
para pasarle al asiento del desen-  
gaño, hizo señal à los Musicos,  
que cantaron este Romance.

Quando te miráre Atandra,  
no mires ingrato dueño  
los engaños de sus ojos,  
porque me matas con zelos.

No esfuerces sus libertades,  
que si vé en tus ojos ceño,  
tendrán los livianos suyos  
en los tuyos escarmiento.

No desdoras tu valor  
con tan civil pensamiento,  
que serás causa, que yo  
me arrepienta de mi empleo.

Dueño tiene, en él se goce,  
si no le salió à contento,  
reparára el elegirle,  
ò su locura, ò su acierto.

Obligüete à no admitir  
sus livianos devaneos,  
las lagrimas de mis ojos,  
de mi alma los tormentos.

Que si procuro sufrir  
las congexas, que padezco,  
si es posible à mi valor,  
no lo es à mi sufrimiento.

De qué me sirven, Salicio,  
los cuidados, con que velo,  
sin sueño las largas noches,  
y los días sin sosiego;

Si tu gustas de matarme,  
dando à esa tyraña el premio,  
que me cuestas tantas penas,  
que me cuestas tanto sueño?

Oy al salir de tu albergue  
mostró con rastro risueño,  
tyrana de mis favores  
quanto se alegra en tenerlos.

Si miráras, que son míos,  
no se los dieras tan presto;  
cometiste este lionato,  
porque vendiste lo ageno.

Si te viera desabrido,  
si te mirára severo,  
no te ofreciera atrevida  
señas, de que yo te ofendo.

Esto cantó una casada  
à solas en su instrumento,  
viendo en Salicio, y Atandra  
averiguados los zelos.

## DESENGAÑO IV

### EL VERDUGO DE SU ESPOSA.

#### NOCHE CUARTA.

**A** Los ultimos ecos del estri-  
villo, se levantó la hermo-  
sa Nise de su asiento, y haciendo  
una cortés reverencia, se pasó al

desengaño, y con mucho donay-  
re, y despejo dixo: Por decreto  
de la hermosa, y discreta Lisis,  
me toca esta noche el quarto des-

en-

engaño; aunque pudiera esta audiencia cerrarse con los referidos, pues son bastantes para que las Damas de estos tiempos estemos prevenidas con el exemplo de las pasadas à guardarnos de no caer en las desdichas que ellas cayeron por dexarse vencer de los engaños disfrazados en amor de los hombres: porque no me tengais por alguna de las engañadas; que si mi corto entendimiento me ayuda, espero no serlo, aunque mi desengaño no sea de tanta erudicion como los referidos: ocupo este lugar, advirtiendo que supuesto que la hermosa Lisis manda, que sean casos verdaderos los que se digan, si acaso pareciere que los desengaños hasta aqui referidos, y los que faltan los habeis oído en otras partes, será haberle contado quien como yo, y las demás desengañadoras los supo por mayor, mas no con las circunstancias que aqui ván hermoseedos, y no sacados de una parte à otra, como hubo algun lego ò embidioso, que lo dixo de la primera parte de nuestro Sarao. Diferente cosa es no velar solo con la inventiva un caso, que ni fue ni pudo ser; y este no sirve de desengaño, sino de entretenimiento à contar un caso verdadero, que no solo sirva de entretener sino de avisar; y como nuestra intencion no es de solo divertir, sino de aconsejar à las mugeres, que miren por su opinion, y

teman con tantas libertades, como el dia de hoy profesan, no les suceda lo que à las que han oído, y oirán les han sucedido, y tambien por defenderlas, que han dado los hombres en una opinion por no decir flaqueza, en ser contra ellas, hablando y escribiendo como si en todos tiempos no hubiera habido de todo, buenas mugeres, y buenos hombres; y al contrario malas y malos, que se verá un Libro, y se oirá una Comedia, y no hallarán en él, ni ella una muger inocente ni un hombre falto. Toda la carga de las culpas es al sexo femenino, como si no fuese mayor la del hombre, supuesto que ellos quieren ser la perfeccion de la naturaleza. Luego mayor delito será el que hiciere el perfecto que el imperfecto: mas pesada es la necesidad del discreto, que de el necio; y así es bien se sepa, como hay mugeres livianas, hay hombres mudables, y como interesadas engañosos, y como libres crueles; y si se mira bien la culpa de las mugeres la causan los hombres. Cavallero que sollicitas la doncella, dexala, no la inquietes, y verás como ella, aunque no sea mas de por verguenza y recato, no te buscará à tí; y el que busca y desasosiega la casada, no lo haga, y verá quando no la obligue la honestidad, el respeto y temor de su marido la hará que no te solicite ni busque; y el que inquieta la

viu-

viuda, no la haga, que no será ella tan atrevida que aventure su recato, ni te busque ni pretenda; y si las buscas y las sollicitas y las haces caer, ya con ruegos, ya con regalos, ya con dadas, no digas mal de ellas; pues tú tuviste la culpa, de que ellas caygan en ellas. Esto es quando à las mugeres de honor; que las que tratan de vivir con libertad, qué quieres sacar de ellas, sino lo que pretendes, que es entretenerte y quitarte tus dineros, que para eso te admite; y pues ya lo sabes, para qué las culpas, que hacen su hacienda y destruyen la tuya, y luego te quejas que te engañan: que vosotros os quereis engañar; y la causa de todo esto yo la diré ahora. Encuentras una muger en la calle, dicesla quatre palabras, oyelas sin averiguar, si tú las dices de veras ò burlando; pintasete honrada, y que no la vé el Sol, creeslo necio, combidasla con tu posada, acepta, vá à ella: pues la gozas ignorante; por qué de una muger, que se te rindió luego, crees que en apartandose de tí, no hará lo mismo con otro? Y si piensas diferente, tú eres el que te engañas; que ella con su misma facilidad avisa. Pues para qué te quejas de ella ni la ultrajas? Que ella hace su oficio: si te ruega y busca no la admitas; que su misma deshonestidad te avisa muy claramente, que no eres tú el primero; y si te agradó algo, la si-

sup

gues, no te quejes de nadie; pues sabes muy bien que cada uno ha de hacer como quien es. Ves como no tienen la culpa las mugeres, sino los hombres, en quienes ha de estar la cordura, el buen language, la modestia y entendimiento; y no se hallarán ya estas virtudes sino todo al contrario. Hay que de buenas hubiera, si los hombres las dexáran; mas ellos hablan, y ellas escuchan: y de mentiras bien alhajadas quien no se dexa vencer, y mas si convertida la pretension en tema, se las está diciendo en todas horas. Esto basta, y plugiera Dios bastára para enmienda; y para que se vea, que si Camila perdió con su esposo por calar las pretensiones de Don Juan en el desengaño que ahora diré; no le sirvió à otra Dama para asegurar su credito con su marido avisarle de las pretensiones de otro Don Juan, aunque el Cielo abonó su causa; y con estas prevenciones prosiguió de esta suerte.

En la Ciudad de Palermo, en el Reyno de Sicilia, hubo en tiempos pasados dos Cavalleros nobles, ricos, galanes, discretos, y sobre todo, para que fuesen estas gracias de naturaleza y fortuna mas lucidas, eran hijos de Españoles, que habiendo sus padres pasado à aquel Reyno à exercer cargos que su Rey les encomendó, se casaron y avecindaron allí, como sucede cada dia à

X

los



los Españoles que allá pasan. Eran sobre lo dicho, Don Juan y Don Pedro (que estos son sus propios nombres) tan grandes amigos, por haberse desde niños criado juntos, mediante la amistad de los Padres, que en diciendo los dos amigos, ya se conocia que eran Don Pedro y Don Juan: juntos paseaban, de una misma forma vestian, y en no estando Don Pedro en su casa, le hallaban en la de Don Juan; y si faltaba este de la suya, era seguro que estaria en la de Don Pedro; porque un instante no se hallaban divididos, aunque vivian en casas distintas; todo lo mas del tiempo estaban juntos. Sucedió, pues, en medio de este extremo de amistad, tratar à Don Pedro un casamiento con una rica y principal Señora de la Ciudad, con tanto extremo de hermosura, que ninguno la nombraba, que no fuese con el aplauso de la bella Roseleta, que éste era su nombre. Efectuóse el casamiento, para que fuese esta Señora como bella, desgraciada; que por la mayor parte se apetece lo mismo que viene à ser cuchillo de nuestras vidas: y aunque Don Juan se halló à las bodas de su amigo, que se celebraron con mucha fiesta y aparato, no debió de mirar la belleza, gracia y donayre de Roseleta, y si la miró, fue como à muger de su amigo: freno que si le durára el tenerle, fuera te-

nido por verdadero. Ya casado Don Pedro y en su casa su esposa; Don Juan, como acordó no por temor de sí, que hasta entonces no habia ni aun imaginado, cupiera en él la menor ofensa de Don Pedro, sino por escusar murmuraciones, que esto es lo que ha de mirar la verdadera amistad; considerando no parecerle bien asistir tanto como solia à la casa de Don Pedro, escusando quanto podia ir à ella; y como Don Pedro tan recien casado, y con tan linda Dama, enamorado como amante y cuydadoso, como marido asistiendo à su esposa, no podia ir tan à menudo como antes à la casa de su amigo, y él no venia sino de tarde en tarde à la suya. Sentialo ternisimamente, y con este sentimiento, la vez que veía à Don Juan, le daba sentidas quejas, diciendole: que si entendiera que por casarse le habia de perder, aunque los meritos de su esposa eran tantos, lo hubiera escusado; y con esto le rogaba mudase el proposito, acudiendo à su casa de la misma suerte que antes; que él estaba cierto, que Roseleta tendria con él el mismo gusto, que conocia que él tenia. Con palabras cuerdas y afables se escusó Don Juan muchas veces de la peticion de su amigo; mas viendo era imposible el reportarle que hubo de condescender en darle gusto, entrado en casa de Don Pedro con la familiaridad que

que antes, comiendo y cenando los mas dias con él y su esposa: la qual viendo lo mucho que su marido amaba à Don Juan, le recibia con un honesto agrado. Ya he dicho, que Don Juan no habia mirado à la bella Roseleta, aunque se halló à sus bodas; y aqui se conoce, que una cosa es mirar, y otra ver: vióla Don Juan en estas ocasiones, y admitió en ella una tan sin igual belleza, que sin querer llevaba, y atraia la vista de quantos la miraban, y juzgó à Don Pedro por el hombre mas dichoso del mundo. De aqui le renació una embidia de no haber él merecido tal prenda, no faltando en él partes para haberla alcanzado; y de todo esto, enamorarse de todo punto de la muger de su amigo, tan loco y perdido, que aunque se queria retener de mirarla no le era posible, que en llegando à mirar una muger humana con asomos de divinidad, quedaba otra vez perdido; pues qué, si contemplaba debaxo de una honesta brevedad tal donayre y gracia, mezclado con un divino entendimiento, no solo aventuraba à perder sus honrados designios, mas la misma vida: de suerte estaba Don Juan, que por mas que lo intentaba no podia enfrenar con el freno de la razon el desenfrenado cavallo de su voluntad. Con grandes desasosiegos se hallaba el triste Cavallero, y en viendose à solas, él

mismo se reprehendia, diciendo: Qué es esto, traydor Don Juan? Qué viles pensamientos son estos? Qué enemigo mortal de mi amigo Don Pedro los tuviera? O de quien supieras tú, que intentaba el agravio de tu amigo, que no le bicieras pedazos? Pues qué dirá de tí el mundo, si llegase à saberlo, sino, ò que no eres de sangre noble, ò has perdido el juicio? O amigo Don Pedro, y qué engañado vives en el amor que tienes à éste desleal amigo, que ha dado lugar à tan viles è infames pensamientos! Mejor fuera decirtelo, para que tomáras venganza de tan desleal y traydor amigo. Ay Roseleta, nunca mis desdichados ojos vieran tu mas que celestial hermosura, acompañada de tan innumerables gracias! O si nacieras fea! O si no fueras muger de Don Pedro! No, no me ha de vencer tu hermosura: viva el honor de amigo, y muera yo; pues fuí tan liviano, que he tenido tan ruines deseos. Con este proposito se determinaba à no amar à Roseleta, mas que servir, que en bolviendola à ver toda su fortaleza daba en tierra, y rindiendo con ella sus potencias, lo ponía todo à los pies de Roseleta. Con estos combates andaba tan triste y divertido, que si comia se le olvidaba el bocado de la mano à la boca, y si le hablaban, parecia que no entendia ó respondia à despropósito.

Notaba Don Pedro la tristeza de su amigo à solas, y delante de su esposa le preguntaba la causa de su tristeza; mas él se escusaba con decir que él mismo la ignoraba. Muchos dias pasó Don Juan con estas imaginaciones, ya perdiéndose, y ya bolviéndose à cobrar, hasta que rendido à ellas, cayó en la cama de una peligrosa enfermedad en que llegó muy al cabo, asistiéndole Don Pedro, y visitándole algunas veces Roseleta. En fin, ya con salud, y bolviendo à la casa de su amigo como antes; resuelto, aunque aventurase quanto habia, y el honor que era lo mas, à decir à Roseleta su amor en hallando ocasion: y vinole à proposito, que un dia comiendo con Don Pedro y su esposa, estando tan triste y divertido como siempre, le dixo Don Pedro: Cierto, amigo Don Juan que puedo estar verdaderamente quexoso y agraviado de vuestra amistad; pues no se compadece tenerla los dos desde nuestra primera edad, como todos saben, y que me calleis la causa de vuestra tristeza, haciendome sospechar muchas cosas de ella, que agravian vuestra calidad y la mia; porque qué cosa os puede obligar à estar como os veo, y he visto tambien en terminos de perder la vida, que no se pueda comunicar conmigo, aunque fuera contra vuestro honor? Por Dios os pido, que me saqueis de esta

confusion. Viendo Don Juan, que de callar podia imaginar alguna cosa, y tambien por empezar à poner la primera piedra en el cimiento de su pretension; le dixo: Cierto amigo Don Pedro que el haberme recatado de haberos dicho mi pena, ni ha sido falta de voluntad, ni menos el tener por sospechosa vuestra amistad, sino de verguenza, de que ninguno sepa de mi flaqueza, que es bien grande el que yo me haya rendido à un pensamiento que me cueste lo que veis y habeis visto; y así, para sacaros de ese cuidado, con licencia de vuestra esposa, os lo diré. Sabed, que desde que ví la hermosura de Angeliana, una Dama de esta Ciudad, à quien pienso conocéis, estoy de la manera que veis; porque es tanta su severidad y desvio para conmigo, que aunque he procurado que sepa mi pasion no ha querido oír ni recibir papel, ni recado de mi parte; y esto me trae tan triste y desesperado, que si no es quitarme la vida, no me queda otra cosa. Esta es la ocasion y no otra: ved si hacia bien en callarla; pues es vileza que el corazon de un hombre se rinda à una muger con tanto extremo, que le ponga en el que yo me veo. No era así como Don Juan decia, que en esta ocasion habia ya gozado à Angeliana; sí bien desde que vió à Roseleta, se le habia entibiado la voluntad.



tad. Consolaban Don Pedro, y su esposa à Don Juan, lastimados de su pena, aconsejandole que pues Angeliana era de la calidad que todos sabian, y no tenia padres, que la pidiese por esposa à sus deudos que todos estimarian tenerla por tal. A esto respondió Don Juan, que era lo cierto lo que le aconsejaban; mas aunque la queria ternisimamente, que no tenia voluntad de casarse hasta que entrase en mas edad. De esta manera pasó mas de dos meses sin tener lugar de declararle à Roseleta su amor, sino era con los ojos y ansiosos suspiros, que ella no entendia ni creía que fuesen, sino por Angeliana, hasta que un dia estando comiendo con Roseleta, y Don Pedro, le vino à buscar un Cavallero, con quien habia de averiguar unas cuentas; y porque no entrase dentro donde estaban comiendo él, y su esposa con Don Juan, se levantó de la mesa, y salió fuera. Viendo Don Juan tan buena ocasion, no la quiso perder; y como su amorosa voluntad estaba ya resuelta y determinada, temblando la voz, y con un suspiro, que parecia rendir entre él el alma, la dixo: Ay hermosa Roseleta! Y qué desdichado, y dichoso fue el dia en que te conocí y ví tu realzada hermosura: dichoso, por haber gozado mis ojos de tu celestial vista; y desdichado en contemplarte agena

pues quedé privado del bien de merecerte. No es Angeliana la causa de mi tristeza, sino tú, hermosa Señora, que eres el Angel, en que idolatra mi voluntad: no te digo esto, porque me des remedio; que morir por tí, es mi apetecida vida, y amando, pienso llegar al fin de ella; sino para que si me vés triste, tu eres la causa, y no Angeliana: que así me favorecieras tu, como ella me favorece, y por tí no la estimo. Mas quisiera decir Don Juan, y aun pienso que se alargára mas su atrevimiento, porque Roseleta estaba fuera de su sentido de enojo, si à este tiempo no entrara Don Pedro, y estorvó, que Don Juan fuera mas atrevido. Acabóse la comida, y Roseleta se retiró rabiando de colera, y Don Pedro y su amigo se salieron à pasear; Don Juan bien contento por haber declarado su amor à la Dama. Muchos dias pasaron, que no pudo Don Juan tornar à decir mas palabra à la Dama; porque ella se recataba tanto, y huía de no darle mas atrevimiento, que ya le pesaba de haberle tenido, por no perder su vista, porque Roseleta muchas veces por no salir à comer con Don Juan, fogia repentinos accidentes, y otras, que no lo podia excusar, no alzaba los ojos à mirarle; y un dia que ya todos tres habian acabado de comer, y estaban sobre mesa platicando, no habiendo podido

Roseleta escusar el no hallarse presente; Don Pedro preguntó à Don Juan cómo le iba con los amores de Angeliana. Muy mal, dixo Don Juan; pues porque los dias pasados tuve lugar de intimarla mi pasion, y los desvelos que me cuesta su hermosura, se me ha negado, de suerte, que apenas se dexa ver, y si la veo, es con un ceño, con que me quita la vida; à cuyos enfados le he hecho unos versos, que si gustais, os los quiero leer. Mucho gusto me hareis, dixo Don Pedro; aunque à Roseleta le pesó, como quien ya sabia à quien dirigia Don Juan todas aquellas cosas; y si no fuera por su esposo, se levantára y se fuera. Y sacando Don Juan el papel, leyó, que decia asi:

*Si es imposible vivir,  
amado dueño sin vos,  
que pida el tiempo, que buela,  
no será muy grande error?*

*La gloria que tengo en veros,  
de que al amor gracias doy,  
en faltando vos, es pena,  
porque vos mi gloria sois.*

*Si sin el Sol no vivimos;  
y vos mi bien, sois el Sol;  
fuerza es que sin vos no vivas:  
mirad vuestra obligacion.*

*No por interés que tiene  
el Sol de nuestro favor,  
acude à darnos la vida,  
esta es sabida question.*

*Sabe que necesitamos;  
asi el Cielo lo ordenó,*

*de que dé aliento à la vida  
con su luz, y su calor.*

*Pues si el Sol hace este efecto,  
y sin vos muriendo estoy;  
no por vos, sino por mí,  
dad remedio à mi pasion.*

*Faltame la confianza,  
mis meritos pocos son;  
asi como yo sé amaros,  
supiera, si amado soy.*

*A estos ojos, que os adoran,  
no los cerceneis por Dios  
el bien, que en veros reciben;  
que es darles mortal dolor.*

*No soy mio, bella ingrata;  
vuestro soy, si ingrata sois,  
muy presto vereis mi vida  
perdida por tal rigor.*

*Quién podrá, si os escondeis,  
sufrir el estar sin vos;  
ojos llorad, pues sois nubes,  
y se os ha escondido el Sol.*

*Si en otro Oriente salís,  
y yo me quedo sin vos;  
noche seré de Noruega,  
pues vuestra luz me faltó.*

*En teniendote ausente,  
muerto soy,  
la vida se me acaba;  
hay que rigor!*

Alabó Don Pedro el Romance, y no me espanto, que era apasionado de las cosas de Don Juan su amigo, que aunque fuera peor, le pareciera bien: mas su esposa, que desde que le empezó à decir estaba reprimiendo la colera, porque vió al blanco que tiraba, y con ella dexaba, y to-  
ma-

maba su rostro mil alexandrinas rosas, con semblante entre risueño y altivo, le dixo: Cierto, señor Don Juan, que ya vuestro amor dexa de serlo, y toca en locura ò temeridad: si conoceis que esa Dama no gusta de que la ameis, ò por su honestidad, ò porque no se agrada de vuestras pretensiones, porque no le están bien à su honor, que es lo mas cierto, pues no, porque una muger sepa que un hombre la ama, si es en menoscabo de su opinion, está obligada à amarle; ya os pudiera cansar de querer vencer un imposible: si no que los hombres empiezan amando, y acaban venciendo, y salen despreciando; porque en viendo que una muger se les resiste, ya no por amarla, sino por vencerla, trocando el amor en tema, perseveran para vengarse de los desprecios que les ha hecho; y quieren, que una muger, aunque no quiera, los quiera, y no sé que ley hay, que si la tal es cuerda, y tiene honra, se aborrezca à sí, por querer à otro: y mas si sabe que el tal amor no es para darle honor, sino para quitarsele. Si no os quiere, dexadla, y amad à otra, que os amará, y os costará menos cuidados, y os escusareis de riesgos; que de mí digo, que si entendiera que habia en ningun hombre atrevimiento para poner en mí el pensamiento: qué es pensamiento: à mirarme con ojos de quitarme la

opinion; si diciendoselo à mi esposo no le quitára la vida, lo hiciera yo por mis manos. No sintió bien Don Juan de la reprehension que Roseleta le dió, porque con ella le amenazaba, mas Don Pedro rió mucho el enojo de su esposa por bolver por Angeliana: y llevando à Don Juan consigo, se salió de casa muy descontento Don Juan del desden de su Dama; mas no por eso se apartó de su pretension; antes mientras mas imposible lo miraba, mas se perdía, y se determinó à no dexar de amar, y porfiar hasta vencer, ò morir: y con esta bien desleal intencion, para lo que debia à la verdadera amistad de su amigo, sin temer ponerse al riesgo que Roseleta le habia intimado, la escribió en diferentes ocasiones quatro papeles, que hizo que llegasen à sus manos por cautela, y con apoyo de una criada; mas de ninguno tuvo respuesta, ni aun pudo saber de la tercera, que con engaño se los daba, si los habia leído, hasta que al quinto, Roseleta despues de haber reñido à la criada su atrevimiento, le embió à decir con ella misma que se quitase de tal locura, porque si pasaba adelante su infame pretension, se lo diria à su esposo. No temió Don Juan la amenaza de la Dama, por parecerle imposible, que ninguna muger tuviese atrevimiento de dar parte à su marido de caso semejante, por lo



que podría perder con él, supuesto que le advertia del daño, à que estaba expuesta, y de la quietud, que debe tener un casado, en razon de la confianza que es justo tener, y le despertaba à zeloso: enfermedad en el casado muy peligrosa; y así pensó que no lo haria aunque lo proponia, pues era mas porque se escusase de molestarla; y con esto le embió el sexto papel, que decia así:

Qué poco siente mis penas  
tu corazon de diamante;  
qué ingrata miras mi amor,  
poco te obligan mis males.

Un volcán tengo en el pecho;  
pero como el tuyo es Alpe,  
huye el fuego de la nieve,  
y en mi muere como nace.

Quien pensára, que mi amor  
en guerras tan desiguales,  
como es mi fuego, y tu yelo,  
no hubiera muerto cobarde?

Quien le ve escapar rendido  
de ingratitudes tan grandes;  
que piense, qué ha de volver  
otra vez à aventurarse?

Si no soy yo, bella ingrata,  
que soy, quien su fuerza sabe,  
y conozco, que si huye,  
es para mas animarse.

No porque jamás se aparta  
de quererte, y adorarte;  
que antes faltará la vida,  
que en mi aquesta fee me falte.

Temblando à tus ojos llego;  
qué amor tiene tretas tales,  
en las burlas atrevido,  
temeroso en las verdades.

Quien ama, cobarde estima;  
que al mismo amor al amante  
el atrevimiento acorta,  
y la sobervia deshace.

Quando te hablo en mi pecho,  
mil cosas digo à tu imagen;  
que à escucharlas, bella ingrata  
fuerza es que las estimases.

Triste estoy, mil penas siento,  
todas de tu rigor nacen,  
aunque digas, que mi amor  
intenta temeridades.

Poneme pena de muerte;  
mas qué importa que me mates?  
Pues morir à causa tuya,  
muerte es, que puede embidiarse.

Es tanto lo que te quiero,  
que amaré lo que tu ames,  
estimaré lo que estimas,  
solo porque tu lo mandas.

Alguna secreta causa,  
que el alma profeta sabe;  
(que en adivinar desdichas  
no hay sabio que mas alcance.)

Señora mia, me obliga  
amargamente à quejarme;  
quiera el Cielo, que ella mienta,  
quiera el amor, que me engañe.

Si mi pena no te obliga,  
bien sabes tú lo que haces;  
no merezco mas favor,  
pues no te animas à darle.

Sabe Dios, si como él solo  
se obliga de voluntades,  
te obligáras de la mia,  
conociendo lo que vale:

Que aunque cruel me maltratas,  
tu vinieras à obligarte  
de la vida, que aborreces,  
y acabarán las crueldades.

Ay de mi! cómo diré  
 mi amor; mas mi lengua calle,  
 que sino le has de pagar,  
 mas justo será ignorarle.

Fue tan grande el enojo que Roseleta recibió con este ultimo papel, que sin mirar riesgos, ni temer peligros; con una crueldad de basilisco, tomando éste, y los demás, que tenia guardados se fue à su marido, y poniendo selos todos en las manos, le dixo: Para que veais el amigo que tenéis, y de quien os fiáis, y traeis à vuestra casa: vuestro amigo Don Juan trata de quitaros la honra, y solicitando con las muestras que en él habeis visso, vuestra muger: y advertid, que la Angeliana, por quien publica desvelos, soy yo, y à mi es, à quien dirige todas sus palabras, y versos; que si le dixes el otro dia lo que delante de vos pasó, fue por reñirle sus atrevimientos; y ni esto, ni amenazarle, que os lo diria, me ha servido de nada, pues se ha atrevido à escrivirme tan descaradamente como en ella vereis. Ahora ved que remedio se ha de poner, porque yo no hallo otro sino quitarle la vida: yo he cumplido con lo que me toca; ahora cumplid con lo que os conviene à vos.

En el discurso de este desengaño vereis, señores, como à las que nacieron desgraciadas, nada le quita del que no lo sean has-

ta el fin; pues si Camila murió por no haber notificado à su esposa las pretensiones de Don Juan; Roseleta, por avisar el suyo de los atrevimientos, y desvelos de su amante, no está fuera de padecer lo mismo; porque en la estimacion de los hombres el mismo lugar tiene la que habla, como la que calla. Dios nos libre, si dan en desacreditarnos; que por una medida pasan todas. Cómo quedaria Don Pedro oyendo à Roseleta, no hay lengua que lo diga; juzguelo el que lo oye, pues sobre el agravio, se le ofrecia ser su mayor amigo quien se le hacia: leyó los papeles, y bolviólos à repasar; ya la colera no le daba lugar à aguardar tiempo para su venganza, y ya el amor, que à Don Juan tenia, le atajaba el tomarla; mas al fin ya resuelto à que tal agravio no quedase sin castigo, se resolvió à darsele de modo, que no se supiese por la Ciudad, porque no quedase su honor en opiaiones; y así le mandó à Roseleta, que respondiese à Don Juan un papel muy tierno, disculpandose de su ingratitude, y dandole à entender, que estaba arrepentida del desdén que hasta allí le habia mostrado; y que para darle mas seguras satisfacciones, le aguardaba al otro dia en la noche en su Quinta, que él muy bien sabia, porque su marido iba al otro dia fuera de Palermo à un negocio, donde habia de estar dos dias;

días ; y que no entrase por la puerta de la Quinta , sino por un portillo que estaba en la huerta , por escusar que no le viesen los Labradores que en la Quinta habia , que en la misma huerta le aguardaba sola con aquella criada , que era testigo de sus pensamientos. Finalmente el papel le notó Don Pedro , y le escribió Roseleta. Llevóle la criada , ignorando que era ordenado por su Señor , sino creyendo , que Roseleta , ya vencida de Don Juan , le respondia. Recibió el papel el enamorado mozo , haciendo , y diciendo mil locuras de gozo , satisfaciendo à la mensagera su cuidado , y embiando à decir à su Señora , que sería obedecida , la despidió. O ceguedad de amante , que no advirtió el peligro , ni admiró la liviandad de Roseleta al primer favor , sobre tanta crueldad , darle lugar para hablarle , antes alabando su dicha , dando gracias al amor ; porque otras tantas penas le habia dado al gloria ! Llegó la mañana del aplazado dia , y Don Pedro con dos criados , apercebido su camino se partió , hallandose Don Juan presente , que de falso se ofreció à ir con él ; mas Don Pedro no aceptando , salió de Palermo por diferente puerta de la que iba à la Quinta , y luego torciendo el camino , él , y sus criados , se ocultaron en ella ; como la Quinta no estaba mas de tres millas de

la Ciudad , que es una legua Española. En acabando de comer Roseleta , se entró en su coche con la criada , tercera de los amores. A vista del mismo Don Juan , que no se descuidaba , partió camino de la Quinta , y entreteniendo se por el campo , hasta que fue de noche , dió la vuelta por otra parte , y se volvió à su casa , admirada la criada de lo que veía. Poco antes de anochecer subió Don Juan en un cavallo , y solo caminó ácia la Quinta , con tanto contento de ir à verse con no mas que la hermosa Roseleta , que no llevaba pensamiento de azar ninguno , y al salir de la Ciudad tocaron al Ave Maria , que oyendolo Don Juan , aunque divertido de sus amores cuidados , pudo mas la devocion : y parando , en donde oyó la campana , se puso à rezar , pidiendo à la Virgen Maria nuestra Purísima Señora , que no mirando la ofensa que iba à hacerle , le librase de peligro , y le alcanzase perdon de su precioso Hijo ; y acabada su devota Oracion siguió su camino.

Usase en toda la Italia ajusticiar los delinquentes en la misma parte que cometen el delito : y aquel mismo dia habian , una milla de la Ciudad , ahorcado tres hombres , y à un lado del camino , por donde Don Juan iba , porque alli habian muerto unos caminantes por robarlos ; y como por allá,



allá, y aun en muchas partes de España, los dexan en la horca, estos tres que digo, se estaban en ella. Al llegar Don Juan casi en frente del funesto madero, oyó una voz que dixo: Don Juan: quien como se oyó nombrar, miró à todas partes, y no viendo persona ninguna, porque aunque ya habia cerrado la noche, hacia Luna aunque algo turbia, pasó adelante, pareciendole que se habia engañado; y à pocos mas pasos oyó otra vez la misma voz, que bolvió à decir Don Juan. Bolvió espantado à todas partes, y no viendo persona ninguna, santiguandose, bolvió à seguir su camino, y llegando ya enfrente de la horca, oyó tercera vez la misma voz que le dixo: Ha Don Juan. A este ultimo acento, y ya casi enfadado de la burla que hacian de él, se llegó à la horca, y viendo los tres hombres en ella, con animo increíble les dixo: Llamame alguno de vosotros? Sí, Don Juan, respondió el que parecia mas mozo, yo te llamo. Pues qué es lo que me quieres? (le respondió Don Juan) Quieres que te haga algun bien, ò que te haga decir algunas Misas? No, respondió el hombre; que por ahora no las he menester. Para lo que te llamo, es, para que me quites de aquí. Pues, qué estás vivo? (dixo Don Juan) Pues, si no lo estuviera, replicó el hombre, qué necesidad tenia de

pedirte que me quitases? Quando te ahorcaron? (dixo Don Juan) Oy, replicó el hombre. Pues cómo has podido vivir hasta ahora? Hay para Dios imposible que lo sea? Quando quiere librar una vida; aun enterrado lo puede hacer, como sea su voluntad. Pues cómo lo haremos; (dixo Don Juan) que no hay con que subir allá arriba, y si corto la soga, podrás caer y hacerte daño? Buelve las ancas al cavallo, y como con la espada cortes la soga, yo me quedaré despues de pies en él. Hizo lo asi el admirado Cavallero, como cortó la soga, se quedó el hombre sentado en las ancas del cavallo. Hecho esto, bolvieron à su camino, pareciendole à Don Juan siglos, lo que se habia detenido: tanto deseo tenia de llegar, donde esperaba gozar toda su gloria en los brazos de Roseleta: è yendo por él, le dixo: Dime ahora, cómo ha sido esto, que habiendote ahorcado, estás vivo? Yo estaba inocente del delito que me levantaron, confesé de miedo del tormento, y asi fue Dios servido de guardarme la vida. La cosa mas rara y milagrosa que se ha visto es esta. Si es, dixo el hombre; mas ya ha sucedido en otros, como se vé en el milagro de Santo Domingo de la Calzada en España, que hasta hoy se guardan las memorias en el gallo y la gallina, que resucitaron para credito, de que el mozo, que ha-

habian ahorcado quince dias habia; estaba vivo; que Dios como Padre de Misericordia, acude con ella à quien le ha menester, como ha hecho à mí, y aun à tí, pues quiso traerte por esta parte à tiempo, que me pudieses socorrer; y fuese la mano, por donde se cumpliese la voluntad divina. Bendito sea, dixo Don Juan, que lo ordenó así, que quando no fuera mi venida para el gusto que espero gozar de ella; por haberte socorrido à tal tiempo, la doy por bien empleada; y te prometo como Caballero, no desampararte, mientras vivieré; porque la necesidad no te obligue à hacer, por donde te veas otra vez en tan desventurado lugar, como te has visto. Yo te beso Señor la mano, dixo el hombre, y doy gracias al Cielo, que te encaminó por esta parte. Al fin, tratando en esto y en otras cosas, descubrieron la Quinta, que estaba en medio de una deleitosa arboleda, por haber en aquella tierra muy hermosos jardines, y la Quinta la tenia de las mejores de quantas por aquel prado habia; y à tiro de arco de ella, dixo Don Juan al hombre, baxandose del cavallo; y él de la misma suerte: Quedate aqui con este cavallo, y aguardame, que yo voy à un negocio preciso, que es el que me sacó esta noche de mi casa, que presto daré la buelta, para que nos bolvamos à la

Ciudad, ò te avisaré de lo que has de hacer. No, Don Juan, replicó el hombre, no andas acertado en eso que me mandas; que à ese negocio à que vas que importa tanto, yo lo tengo de hacer, y tu eres, el que te has de quedar aqui con el cavallo. Rióse Don Juan de voluntad, y respondióle: Pues sabes tu lo que yo vengo à hacer, ò como puedes tu suplir la falta que yo haré? Esa es la gracia respondió, que sé, à lo que vienes, y he de hacer lo que tu vienes à hacer. Acaba, dixo Don Juan, que estás porfiado en vano, y perdemos tiempo. Ya yo lo veo, dixo el ahorcado, que perdemos, no solo tiempo, mas palabra, y tu eres el porfiado, toma el cavallo; que esto ha de ser: yo he de ir, y tu te has de quedar. Cansado eres, y à saber esto, no te hubiera traído conmigo, que si supieses los ratos de gusto, que me quitas en detenerme, no me pagarias descortés el beneficio que esta noche te he hecho. No sabes bien, como te lo pago dixo el hombre, y los gustos que te estorvo; y para que no nos cansemos, que quieras, que no quieras, he de ir yo à donde tu vas, y mas que no has de quedar aqui donde estamos, que el cavallo lo has de atar à aquel arbol que está allí desviado, y tu te has de subir à otro apartado de él, que no puedas ser visto; y ten

ten atencion à lo que vieres y oyeres , entonces conocerás à qual de los dos importa mas el ir , tú ò yo. Embelesado estaba Don Juan oyendole, con mil asustadas palpitaciones que el corazon le daba , que le hacia temblar todo el cuerpo , sin poder aquietarle, aunque se aprovechaba de todo su valor y animo, pareciendole todo prodigios lo que veía , y sin replicar mas tomó su cavallo , y atandole al arbol que el hombre le habia señalado , se subió en otro no muy lexos de él , aguardando à ver en qué paraba la porfia de aquel hombre , el qual en viendole puesto en parte segura , caminó à la Quinta ; y de lo que mas se maravilló Don Juan , fue de ver que no encaminó à la puerta , antes dando buelta por junto à las tapias , se fue à un portillo que en la huerta habia, que era por donde él estaba avisado que habia de entrar , porque no fuese visto de la gente que en la Quinta habia , acordandose muy bien que él no le habia dicho por la parte que habia de entrar. Llegó el ahorcado al portillo , y apenas saltó por él, que era como de algo menos que un estado de hombre , quando Don Pedro y sus criados que estaban en centinela, pareciendoles ser Don Juan, à una, disparando las pistolas, le derribaron en tierra , y luego que le vieron tendido fueron sobre

él , y dandole muchas puñaladas le cogieron y echaron en un pozo bastantemente hondo , echando sobre él cantidad de piedras, que tenian apercibidas. Sin sentido quedó Don Juan , oyendo desde el sitio en que estaba, el ruido de las bocas de fuego , sin poder imaginar qué fuese , y no hacia sino santiguarse; y mas le creció la admiracion quando de allí à un quarto de hora vió abrir las puertas de la Quinta , y salir por ellas tres hombres à cavallo, que como llegaron à emparejar con el de Don Juan y los sintió, relinchó , à lo que uno de los tres dixo: El cavallo del Señor, no subirá mas en él , y parecióle en la voz y en el talle à su amigo Don Pedro. Valgame el Cielo! Qué es esto ? ( Decia el espantado Cavallero ) Qué es lo que me ha sucedido y sucede ? Don Pedro y sus criados en la Quinta? No dexarme ir aquel hombre que quité de la horca ? Oír ruido de pistolas ? Decir Don Pedro , que no sé que sienta? Y diciendo esto, como los perdió de vista , y que habian tomado el camino de la Ciudad , se baxó del arbol, y queriendo ir ácia la Quinta , llegó el hombre todo bañado en sangre y mojado, dando con su venida à Don Juan nuevas admiraciones, que le dixo : Pidote por Dios que me desates de tantas dudas, y saques del cuydado en que estoy con las cosas que esta noche me



me han sucedido; que , ò pienso que sueño, ò que estoy encantado. No sueñas ni estás encantado , respondió él , que te lo tengo de decir. No viste à Don Pedro tu amigo, y à sus criados? No oíste lo que dixeron? Pues tan ignorante eres , que no sacas de eso lo que puede ser? Veasme , como vengo: pues todas estas heridas me han dado creyendo ser tú , y luego me echaron en un pozo y muchas piedras sobre mí , y aun pienso que Don Pedro no quedó vengado de tu traicion y falsa amistad , de que Roseleta su muger le dió cuenta , poniendole en la mano tus papeles, y por orden suya te escribió ella , para que viniendo aquí su marido , te diese el castigo que merecen tus atrevimientos; y mira lo que los Christianos pecadores debemos à la Virgen Maria Madre de Dios, y Señora nuestra, que con venir como venias à ofender à su precioso Hijo , y à ella , se obligó de aquella Ave Maria que la rezaste , quando saliendo de la Ciudad tocaron à la Oracion, y de una Misa que todos los Sabados le haces decir en tu Capilla , donde tienes tu entierro , y el de tus padres , y le pidió à su precioso Hijo te librase de este peligro , que tú mismo ibas à buscar ; y su Divina Magestad por su voluntad ( quizás , para que siendo este caso tan prodigioso y de admiracion, tú y los demás que lo supieran,

sean con mas veras devotos de su Madre ) me mandó viniese de la manera que has visto , para que tomando à los ojos de Don Pedro y sus criados tu forma , lleven creído que te dexan muerto y sepultado en aquel pozo , y tu tengas lugar de arrepentirte y enmendarte : ya te he librado , y dicho lo que tan admirado te tiene : quedate con Dios , y mira lo que haces, y que tienes alma , y que esta noche has estado cerca de perderla con la vida; y que me voy à donde estaba, quando Dios me mandó que viniera à librarte, que yo muerto estoy , y no vivo, y acuerdate de mí para hacerme algun bien. Diciendo esto , dexando à Don Juan mas confuso y asombrado que hasta allí , se le desapareció de delante; y es cierto , que à no valerse de todo su animo , cayera allí sin sentido; mas haciendose mil veces la Cruz en su frente , y dando muchas gracias à Dios y à su bendita Madre , desató su cavallo , y subiéndole en él , tomó el camino de la Ciudad con nuevos pensamientos , bien diferentes de los que hasta allí habia tenido, que como llegó en frente de la horca, miró ácia allá , y vió en ella los tres hombres como antes estaban. Entró en la Ciudad encomendandolos à Dios , y llegando à su casa , se acostó , sin hablar à ninguno de sus criados, que estaban admirados de su tardanza,  
por

por ser ya pasado de media noche, la qual pasó hasta que fue de dia con mucha inquietud; y como viese la luz, se vistió y se fue à casa de su amigo Don Pedro, que estaba durmiendo con su muger, contento con haberse vengado, y de modo, que nadie sabia qué se habia hecho Don Juan, y entrando en la calle como le viesen los criados de Don Pedro, que habian asistido à su muerte, mas admirados que Don Juan habia estado la noche antes, fueron à Don Pedro y despertándole, le dixerón: Señor, la mayor maravilla que ha sucedido en el mundo! Y qué es? (Replicó Don Pedro) Que Don Juan está vivo y viene acá, respondieron ellos. Estais en vuestro juicio, dixo Don Pedro, ò le habeis perdido? Cómo puede Don Juan vivir ni estar vivo? Pues si no muriera de las heridas que le dimos, era imposible salir del pozo con las piedras que le echamos encima? En mi juicio estoy, que no le he perdido; y digo, que viene sano y bueno, dixo el uno de ellos, y vesle, sube por la escalera; y vive Dios, dixo el otro, que está ya en la antecámara, que no las tengo todas conmigo, esté vivo ò muerto. Quando esto se acabó de decir ya Don Juan estaba en la quadra, dexándolos à todos, como los que han visto visiones, y mas à Don Pedro, que no podia creer, sino que era cuerpo fantastico; pues entrando

Don Juan se echó à los pies de Don Pedro, pidiéndole perdon de los agravios que no habia cometido, aunque los habia intentado, y à Roseleta, de sus atrevidas y locas pretensiones, contando sin que faltase nada de lo que le habia pasado, dexando à todos tan confusos, que apenas acertaban à responderle; y hecho esto, despidiéndose de todos, haciendo primero quitar los cuerpos de los ahorcados de la horca, y haciéndoles un honroso entierro, mandándoles decir muchas Misas, se fue à un Convento de Religiosos Carmelitas Descalzos, y se entró Frayle, tomando el Abito de aquella Purísima Señora, que le habia librado de tan manifesto peligro.

Bien pensareis, Señores, que estos prodigiosos sucesos serian causa, para que Don Pedro estimase y quisiese mas su esposa, conociendo quan honesta y honrada era; pues no solo habia defendido su honor de las persuasiones de Don Juan, sino avisándole de ellas, para que pusiese remedio y se vengase: pues no fue así; que con los crueles y endurecidos corazones de los hombres, no valen, ni las buenas obras ni las malas, que de la misma suerte, como no sea à su gusto, estiman lo uno que lo otro, pues en ellos no es durable la voluntad, y por esto se cansan hasta de las proprias mugeres

res; que si no las arrojan de sí como las que no lo son, no es porque las aman, sino por su opinion. Así le sucedió à Don Pedro, que, ò fuese que se cansó de la belleza de Roseleta (por tenerla por plato ordinario, y quisiera mudar y ver diferente cara) ò por hallarse corrido de lo que habia sucedido con Don Juan, viendo que se habia divulgado por la Ciudad, pues no se hablaba de otra cosa, y como el vulgo es novelero, y no todos bien entendidos, cada uno daba su parecer; unos, si Don Pedro habia satisfecho su honor con lo que habia hecho; pues aunque se suponía no haber tenido efecto la culpa para el honor del casado, solo el amago basta, sin que dé el golpe: otros, poniendole en la honestidad de Roseleta, diciendo si habia sido, ò no, juzgando si la motivó diferentes accidentes, que la honestidad, à avisar à su marido de las pretensiones de Don Juan, y à esto anteponian el entrar tan de ordinario en su casa: otros decían, que habia andado atrevida en dar parte à su marido de estas cosas, pudiendo ella atajarlas: otros, que no cumplía con la ley de honrada, sino lo hiciera; de manera, que en todas partes se hablaba, y habia corrillos sobre el caso, señalando à Don Pedro con el dedo. Este decían, es el que tornó à matar el ahorcado: otros respondían, buen lance echó,

bien desagraviado quedó. Todo esto trahía à Don Pedro avergonzado, y con tal descontento, que sin mirar como el Cielo habia sido autor de la defensa de Don Juan, y que él estaba ya puesto al amparo de la misma que le habia dado, para que él no executase su venganza, se lo vino à pagar todo su inocente esposa, aborreciendola de modo, que ante sus ojos era un monstruo y una bestia fiera; opusose à la hermosa y desdichada Dama, para que lo fuese de todo punto, si ya no bastaba verse aborrecida de su esposo. Angeliana, aquella Dama que al principio dixe, que Don Juan amaba, quando se enamoró de Roseleta, y que la habia gozado con palabra de esposo; que como supo el suceso, rabiosa de haber perdido à Don Juan por causa de Roseleta, se quiso vengar de entrambos: de la Dama, quitandole su marido, y de Don Juan, agraviandole con su amigo. Era libre, y habia errado, causa para que algunas se dén mas à la libertad; que esto habian de mirar los hombres, quando desasosiegan las doncellas, que vá sobre ellos el enseñarlas à ser malas. Poníase en las partes mas ocasionadas, para que Don Pedro la viese; y aunque no era tan hermosa como Roseleta, los ademanes libres, con otras señas que con lascivos ojos le hacia, como ya él aborrec-



recia à su esposa, le atraxeron de suerte, que vino à conseguir su intento, de modo, que Don Pedro se enamoró de ella, entrando en su casa, no como recatado amante, sino con mas libertad que si fuera su marido; porque como amor nuevo le asistia mas, faltando en su casa, no solo el regalo, y agasajo de su esposa, sino tambien al sustento de su familia, no bastandole su hacienda, y la de su muger, para que Angeliana destruyese; que siempre para las cosas del diablo sobra, y para las de Dios falta. Vino à ser tan pública esta amistad, que la Ciudad la murmuraba, y Roseleta no lo ignoraba, por donde impaciente se quexaba, viniendo à tener entre ella, y Don Pedro, los disgustos acostumbrados, que sobre tales casos hay entre casados; y por esto, y vér que se disminuía su hacienda, no gozando ella de ella, se determinó escribir un papel à Angeliana, amenazandola, que si no se apartaba de la amistad de su marido, la haria quitar la vida. Este papel dió Angeliana à Don Pedro, con grandes sentimientos, y lagrimas, y para dañarlo mas le dixo: que ella sabía por cierto, que Don Juan habia gozado à Roseleta; que el darle los papeles, y cuenta de las pretensiones que tenia, fue zelosa por vengarse de él, porque se queria casar con ella, y que aquellos pa-

peles eran de los primeros que Don Juan le habia escrito, que los que despues escribian el uno al otro llenos de amores, y caricias como ella habia visto algunos, por haberselos quitado à D. Juan que de esos no le habia dado parte. Finalmente la traydora Angeliana lo dispuso de modo, pidiendole la vengase de los atrevimientos de su esposa, y de haber sido causa, de que ella no lo fuese de Don Juan; que Don Pedro dandole credito, se lo prometió, y para executarlo, porque no le diesen à él, ni à Angeliana la culpa, se concertaron los dos en lo que habian de hacer, y fue, que Don Pedro se retiró de industria de ir à casa de su Dama, y asistir con mas puntualidad, y cuidado à la suya, y al regalo de Roseleta, con que la pobre Señora, sosegados sus zelos, empezó à tener mas gusto que hasta alli habia tenido, viendo que su marido se habia aquietado, y quitadose de la ocasion de Angeliana. Mas de dos meses aguardó el falso Don Pedro la ocasion que deseaba, no viendo à su Dama sino con gran cautela, y recato. En este tiempo Roseleta cayó mala de achaque de un mal, ò aprieto de garganta, de que fue necesario sangrarla, como se hizo, y esa misma noche el ingrato, y cruel marido, despues de recogida la familia, viendo que Roseleta dormia, le qui-

tó la venda de la sangria, y la destapó la vena, por donde se desangró, hasta que rindió la hermosa vida á la fiera, y rigurosa muerte, y como vió que ya habia executado el golpe, y que estaba muerta, dando grandes voces, llamando criados, y criadas que traxesen luz, alborotó la casa, y vecindad, y entrando con lá luz, que él de proposito habia muerto, quando hizo el buen hecho, hallaron la hermosa Dama muerta, que como se habia desangrado, estaba la mas bella cosa, que los ojos humanos habian visto. Llorabala toda su familia; y tambien la Ciudad lamentaba tal desgracia, ayudando á todos el cruel Don Pedro, que dando gritos, y llorando lagrimas falsas, hacia, y decia tales extremos, que en muchos acreditaba sentimientos, mas en otros cautela. Adónde te has ido, decia, amada esposa mia? Cómo has dexado el triste cuerpo de tu Don Pedro, sin alma? Presto seguirá tras tí, la de este despreciado hombre. Ay Angel mio! Cómo viviré sin tí! Quien alegrará mis ojos, faltandoles la hermosura de mi querida, y amada Roseleta! Arrojabase sobre ella, besabale las manos, no queria que nadie le consolase, que él se estaba consolando. Enterraron á Roseleta con general sentimiento de todos, y esa misma noche vino Angeliana á consolar á Don Pedro; è hizolo tan

bien, que se quedó en casa, porque no se volviese á desconsolar, con que empezaron todos á conocer que él la habia muerto; mas como no se podia averiguar, paró solo en murmurarlo, y mas quando dentro de tres meses se casó con Angeliana, con quien vivió én paz, aunque no seguros del castigo de Dios, que si no se les dió en esta vida, no les reservaría de él en la otra. Buscó Don Pedro á Don Juan ya profeso, para matarle; mas no lo permitió Dios, que la que le habia guardado una vez, le guardó siempre, porque con licencia de sus mayores pasó á mas estrecha vida, donde acabó en paz.

Vean ahora las Damas de estos tiempos, si con el exemplo de los pasados se hallan con animo para fiarse de los hombres, aunque sean maridos, y no desengañarse, de que el que mas dice amarlas, las aborrece; y el que mas las alaba, mas las vende; y el que mas muestra estimarlas, mas las desprecia; y que el que mas perdido se muestra por ellas, al fin las da muerte, y que para con las mugeres todos son unos; y esto se vé, en que si es honrada, es aborrecida, porque lo es: y si es libre, cansa: si es honesta, es melindrosa: si atrevida, deshonesto: ni les agradan sus trages, ni sus costumbres, como se ve en Roseleta, y Camila, que ninguna acertó; ni la una callando, ni la

la otra hablando. Pues Señoras desengañémonos, volvamos por nuestra opinion, mueran los hombres en nuestras memorias; pues mas obligadas que à ellos, estamos à nosotras mismas.

Con mucho desenfado, desahogo, y donayre dió fin la hermosa Nise à su desengaño, dando à las Damas con su buen entendido documento, que tener, y advertir lo que era justo que todas miren. Libre vivia Nise de amor, que aunque era hermosa, y deseada de muchos para merecerla por esposa, jamás habia rendido à ninguno su libre voluntad, y por eso con menos embarazo que Lisarda habia hablado; y como vieron que ya habia dado fin, empezaron las Damas, y Caballeros à dar sus pareceres sobre el desengaño dicho, alegando si Don Pedro fue facil en creer lo que Angeliana le dixo contra el decoro de su esposa, pues debia conocer, que siendo su amiga, y estando rabiosa del papel, que habia recibido, lo cierto es, que no podia hablar bien de ella: los Caballeros le disculpaban, alegando que un marido no está obligado, si quiere ser honrado, à averiguar nada; pues quando con los cuerdos quedase sin culpa, los ignorantes no le disculparian; y quando quisiera disimular, por ser caso secreto, lo que Angeliana le decia, le bastaba pensar, que ella lo sabia, y mas afirmando haber visto pape-

les diferentes de los que à el le habian dado; y quando estuviera muy cierto de la inocencia de Roseleta, ya parecia que Angeliana la ponía, aunque mintiese, y dexaba obscurecido su honor. Las Damas decian lo contrario, afirmando, que no por la honra la habia muerto; pues que mas deshonrado, y obscurecido queria ver su honor, que con haberse casado con muger ajada de Don Juan, y despues gozada de él, sino que por quedar desembarazado por casarse con la culpada, habia muerto la sin culpa; que lo que mas se podia admirar era, de que hubiese Dios librado à Don Juan por tan cauteloso modo, y permitido que padeciese Roseleta. A lo qual Lisis respondió, que eso no habia que sentir, mas de que à Dios no se le puede preguntar, porque hace esos milagros, supuesto que sus secretos son incomprehensibles; y asi à unos libra, y à otros dexa padecer: que à ella le parecia con el corto caudal de su ingenio, que à Roseleta le habia dado Dios el Cielo padeciendo aquel martyrio, porque la debió de hallar en tiempo de merecerle, y que à Don Juan le guardó, hasta que le mereciese con la penitencia, y que tuviese mas la vida, y tantos desengaños para emmendarla: con que sujetandose todos à su parecer, dieron lugar à la linda Doña Isabel, y à los demás Musicos, que esta-



ban aguardando silencio , para que cantasen este Romance.

*A pesar de la fortuna,  
que su vista me quitó,  
sin ser Aurora en mis brazos  
ayer Fobo amaneció.*

*Vertiendo risa en las flores  
con su divino esplendor,  
dando perlas à las fuentes,  
lustre , sér , y admiracion.*

*Quién vió entre zelajes rojos  
salir gobernar el Sol  
los flamigeros caballos,  
que descompuso Faeton?*

*Quién vió decretar à Jove  
el castigo que se dió,  
al mozo mal entendido,  
que por soberbio cayó?*

*T quién vió al sabio Mercurio  
adormecer al Pastor,  
que velaba con cien ojos  
à la desdichada Jo?*

*Quién vió sujetando à Marte  
con su extremado valor  
las belicosas esquadras,*

*de quien es dueño , y señor?*

*Quién le vió rendir à Venus  
la sobervia condicion;  
animoso entre soldados,  
tierno tratando de amor?* (do

*Quién vió conquistando al Mu-  
aquel Magno Emperador,  
que alcanzó en él tanto monta,  
glorias , titulo , y blason?*

*Quién vió vencer imposibles,  
aquel mozo que abrazó  
por castigar su flaqueza,  
su brazo con tal valor?*

*Asi selvas à mis ojos  
un bello Sol ofreció,  
y de haberle visto selvas  
mi dicha alabando estoy.*

*Embidieme la fortuna,  
si oriente soy de tal Sol,  
siendo diamante que alcanzo  
à sus rayos mas valor.*

*Mas ay! Que tal favor,  
en sueños la fortuna me ofreció;  
porque nunca mi amor,  
sino es durmiendo, a questo merecí*

## DESENGAÑO V.

TARDE LLEGA EL DESENGAÑO.

NOCHE QUINTA.

**A** Cabada la musica , ocupó la hermosa Filis el asiento que habia ya dexado desembarazado , bien temerosa de salir del empeño tan ayrosa , como las demás que habian desengañado ; y congoxada de esto , cubriendo el

hermoso rostro de nuevas , y alexandrinas rosas , que el ahogo le causaron , dixo : Cierito , hermosas Damas , y discretos Caballeros , y tú divina Lisis , à cuyo gobierno estamos todas sujetas , que cediera la voluntad à qualquiera , que

que me quisiera sacar de este empeño en que estoy puesta, este lugar: porque haber de desengañar en tiempo que se usan tantos engaños, que ya todos viven de ellos, de qualesquiera estado, ó calidad que sean; y así dudo, que ni las mugeres son engañadas, que una cosa es dexarse engañar, y otra es engañarse, ni los hombres deben de tener la culpa de todo lo que se les imputa; y así las mugeres vemos oy, sin los casos pasados, ver en los presentes llorar, y gemir tantas burladas. Qué mejor desengaño habemos menester; mas dirán, lo que dixo una vez una bachillera, oyendo contar una desdicha que habia sucedido à una Dama casada con su marido: Bueno fuera, que por una nave que se anega, no navegasen las demás. Y cierto, que aunque se dice, que el libre alvedrio no está sugeto à las estrellas; pues aprovechandonos de la razon las podemos vencer: que soy de parecer, que si nacimos sugetos à desdichas, es imposible apartarnos de ellas. Bien se advierte en Camila, y Roseleta, que ni la una con su prudencia pudo librarse, aunque calló, ni la otra con su arrojamiento, hablando, se libró tampoco; y aunque miro en Carlos, y Don Pedro dos amigos bien crueles, no me puedo persuadir à que todos los hombres sean de una misma manera; pues juzgo, que ni los

hombres deben ser culpados en todo, ni las mugeres tampoco. Ellos nacieron con libertad de hombres, y ellas con recato de mugeres, y así por lo que deben ser mas culpadas, dexando à parte, que son mas desgraciadas, es, que como son las que pierden mas, luce en ellas mas el delito; y por esto como los hombres se juzgan los mas ofendidos, queixanse, y condenanlas en todo, y así están oy mas abatidas que nunca, porque deben de ser los excesos mayores. Demás de esto, como los hombres con el imperio que naturaleza les otorgó en serlo temerosos, quizá de que las mugeres no se les quiten; pues no hay duda, que si no se dieran tanto à la compostura, afeminandose mas que naturaleza las afeminó; y como en lugar de aplicarse à jugar las armas, y à estudiar las ciencias, estudian en criar el cabello, y matizar el rostro; ya pudiera ser, que pasáran en todo à los hombres: luego el culparlas de faciles, y de poco valor, y menos provecho, es, porque no se les alcen con la potestad, y así en empezando à tener discurso las niñas, ponenlas à labar, y hacer baynillas, y si las enseñan à leer, es por milagro; que hay padre que tiene por cosa de menos valor, que sepan leer, y escribir sus hijas, dando por causa, que de saberlo, son malas; como si no hubiera muchas

mas que no lo saben, y lo son; y esta es natural embidia, y temor que tienen de los que han de pasar en todo. Bueno fuera, que si una muger ciñera espada, sufriera que la agraviára un hombre en ninguna ocasion; harta gracia fuera, que si una muger profesára las letras, no se opusiera con los hombres, tanto à las dudas, como à los puestos: segun esto, temor es el abatirlas; y obligarlas à que exercen las cosas caseras. Esto prueba bien el valor de las hermanas del Emperador Carlos Quinto, que no quiero asir de las pasadas, sino de las presentes; pues el entendimiento de la Serenisima Infanta Doña Isabel Clara Eugenia de Austria, pues con ser el Catolico Rey Don Felipe Segundo de tanto saber, que adquirió el nombre de Prudente, no hacia, ni intentaba faccion ninguna, que no tomase consejo con ella: en tanto estimaba el entendimiento de su hija; pues en el gobierno de Flandes bien mostró quan grande era su saber, y valor. Pues la Excelentisima Condesa de Lemos, Camarera Mayor de la Serenisima Reyna Margarita, y Aya de la Emperatriz de Alemania, Abuela del Excelentisimo Conde de Lemos, que oy vive, y viva muchos años, que fue de tan excelentisimo entendimiento, demás de haber estudiado la lengua Latina, que no habia Letrado que la igualase.

La Señora Doña Eugenia de Contreras, Religiosa en el Convento de Santa Juana de la Cruz, hablaba la lengua Latina, y tenia tanta prontitud en la Gramatica, y Theologia, por haberla estudiado, que admiraba à los mas eloquentes en ella. Pues si todas estas, y otras muchas, de que oy goze el mundo, excelentes en Prosa, y Verso, como se ve en la Señora Doña Maria Varona, Religiosa en el Convento de la Concepcion Geronyma, y la Señora Doña Ana Caro, natural de Sevilla; ya Madrid ha visto, y hecho experiencia de su entendimiento, y excelentisimos versos, pues los Teatros la han hecho estimada, y los grandes entendimientos le han dado laureles, y vitores, rotulando su nombre por las calles; y no será justo olvidar à la Señora Doña Isabel de Ribadeneira, Dama de mi Señora la Condesa de Galvez, tan excelente, y unica en hacer versos, que de justicia merece el aplauso entre las pasadas, y presentes; pues escribe con tanto acierto, que arrebatada no solo à las mugeres, mas à los hombres, el laurel de la frente; y otras muchas, que no nombro, por no ser prolixa. Puedese creer, que si como à estas, que estudiaron, les concedió el Cielo tan divinos entendimientos, si todas hicieran lo mismo, unas mas, y otras menos, todas supieran, y fueran famosas. De ma-



manera , que no voy fuera de camino, en que los hombres , de temor , y embidia, las privan de las letras, y las armas , como hacen los Moros à los Christianos , que han de servir donde hay mugeres , que los hacen eunucos , por estar seguros de ellos. Há Damas hermosas, y qué os pudiera decir, si supiera , que como soy oída , no habia de ser murmurada! Ea, dexemos las galas , rosas, y rizos, y volvamos por nosotras; unas con el entendimiento , y otras con las armas; y será el mejor desengaño para las que hoy son, y las que han de venir; y supuesto, que he dicho lo que siento , y ya que estoy en este asiento, he de desengañar; y es fuerza, que cumpliendo el mandamiento de la divina Lisis , ha de ser mi desengaño contra los Caballeros , por si algun dia los hubiere menester, les pido perdon , y licencia.

Con gran gusto escucharon todos à la hermosa Filis , que despues de haberle dado las gracias, y concedido lo que tan justamente pedia , empezó asi:

*Si mis penas pudieran ser medidas;  
no fueran penas, no, que glorias fueran;  
con mas facilidad contar pudieran  
las aves, que en el ayre están perdidas.*

*Las estrellas à cuenta reducidas,  
mas cierto que ellas , numero tuvieran  
por imposibles , faciles se vieran  
contadas las arenas esparcidas.*

*Sin ti dulce , y ausente, dueño mio,  
la noche paso , deseando el dia,*

*y en viendo el dia, por la noche lloro.*

*Lagrimas , donde estais , con gusto  
embio,*

*gloria siento por ti en la pena mia,  
cierta señal , que lo que pierdo adoro.*

*Espero , desespero , gimo , y lloro,  
que sin ti , dueño amado,  
me canta el rio , y entristece el prado.*

*Quándo llegará el dia,  
en que te vuelva à ver , Señora mia:*

*Que hasta que yo te vea,  
no hay gusto para mi, que gusto sea.*

Asi cantaba para divertir su pena, siendo tan grande, como quien sabe que es ausencia. Don Martin Caballero mozo, noble , galan , y bien entendido , natural de la Imperial Ciudad de Toledo , à quien deseos de acrecentamientos de honor habian ausentado de su patria, y apartado de una gallarda, y hermosa Dama , prima suya , à quien amaba para esposa ; navegando la vuelta de España , honrado de valerosos hechos, y acrecentado de grandes servicios en Flandes, donde habia servido con valeroso animo , y heroyco valor à su Catholico Rey , y de quien esperaba, llegando à la Corte, honrosos premios, ligando de camino el libre cuello al yugo del matrimonio , lazo amable y suave, para quien le toma con gusto , como él esperaba gozar con su hermosa prima, juzgando el camino eterno , por impedirle llegar à gozar, y poseer sus amorosos brazos, pareciendole el próspero viento, con que la nave bolaba , pere-

zosa calma, quando la fortuna, (cruel enemiga del descanso, que jamás hace cosa à gusto del deseo) habiendo cerrado la noche obscura, tenobrosa, y rebuelta de espantosos truenos, y relampagos, con furiosa lluvia, trocandose el viento adacible, en rigurosa tormenta: los Marineros temerosos de perderse, queriendo amaynar las velas porque la nave no diese contra alguna peña, y se hiciese pedazos, mas no les fue posible, antes empezó à correr sin orden, ni camino, por donde el furioso viento la quiso llevar, con tanta pena de todos, que viendo no tenían otro remedio, puestos de rodillas, llamando à Dios, que tuviese misericordia de las almas, ya que los cuerpos se perdiesen, y así poniendo el timon la via de Cerdeña, pareciendoles no medrarian muy mal, si llegasen à ella, perdidas las esperanzas de quedar con las vidas; con grandes llantos se encomendaban cada uno al Santo, con quien mas devocion tenían; y es lo cierto, que si no fuera por el valor con que Don Martin los animaba, el mismo miedo los acabára: mas era Toledano, cuyos pechos no le conocen, y así haciendo la misma cara al bien, que al mal, poniendo las esperanzas en Dios, esperaban con valor lo que sucediese. Tres dias fueron de esta suerte, sin darles lugar la obscuridad

y el ir engolfados en alta mar à conocer por donde iban; y ya que esto les aseguraba el temor de hacerse pedazos la nave, no lo hacia de dar en tierra de Moros, quando al quarto dia descubrieron tierra, poco antes de anocheecer, mas fue para acrecentarles el temor, porque eran unas montañas tan altas, que antes de sucederles el mal, ya le tenían previsto; y procurando amainar, fue imposible, que la triste nave venia tan furiosa, que antes que tuviesen lugar de hacer lo que intentaban, dió contra las peñas, y se hizo pedazos, que viendose perdidos, acudió cada uno como pudo à salvar la vida, y aun esa tenían por imposible el librarla. Don Martin, que siguiendo el exercicio de las armas, no era esta la primera fortuna en que se habia visto; animosamente asió una tabla, haciendo cada uno lo mismo, con cuyo amparo, y el del Cielo, pudieron, à pesar de las furiosas olas, tomar tierra, en la parte donde mas comodamente pudieron, que como en ella se vieron, aunque conociendo su manifesto peligro por llegar las olas à batir en las mismas peñas por estar furiosas, y fuera de madre. Dieron gracias à Dios por las mercedes que les habia hecho, y buscando, como pudiesen, donde ampararse, Don Martin, y otro Caballero pasagero, que los demas enderezaron ácia otras partes,

tes, se cogieron à un hueco, ò quiebra, que en la peña habia: donde por estar bien concavo, y cabado, no llegaba el agua. Estuvieron hasta la mañana, que habiendose sosegado el ayre, y quitado-se al Cielo el ceño, salió el Sol, y dió lugar, à que las olas, retiradas à su ceruleo alvergue, descubrió una arenosa playa, de ancho hasta dos varas, de modo, que podia muy bien andar al rededor de las peñas. Viendo esto Don Martin, y su compañero, temerosos de que no les hallase allí la venidera noche, y deseosos de saber donde estaban, y menesterosos de sustento, por no haber comido desde la mañana del dia pasado; salieron de aquel peligroso alvergue, y caminando por aquella vereda, iban buscando, si hallaban alguna parte por donde subir à lo alto, con harto cuydado de que no fuese tierra de Moros, donde perdiesen la libertad que el Cielo les habia concedido, aunque les parecia mas civil muerte acabar la vida à manos de la hambre. (No sé qué dulzura tiene esta triste vida, que aunque sea con trabajos, y desdichas, la apetecemos) Dabales à Don Martin, y su camarada mas guerra la hambre, que el esperar verse cautivos, y sentiau mas la pérdida de los mantenimientos, que con la nave se habian perdido, que los vestidos, y ropa que se habian anegado con ella: si bien à

Don Martin no le hacian falta los dineros, porque en un bolsillo que trahia en la faltriquera, habia escapado buena cantidad de doblones, y una cadena. Mas de medio dia sería pasado, quando caminando orilla del mar, descubrieron una mal usada senda, que à lo alto de la peña subia, y entrando por ella, no con poca fatiga, y à cosa de las quatro de la tarde, llegaron à lo alto, desde donde descubrieron la tierra llana, y deleytosa, muchas arboledas muy frescas, y en ellas huertas de agradable vista, y muchas tieras sembradas, y en ellas, ò cerca, algunas hermosas saserias; mas no vieron ninguaa gente, con que no pudieron apelar de su pensamiento, de que si estaban entre enemigos: mas al fin, sujetos à lo que la fortuna quisiese hacer de ellos, como hallasen que comer; siguieron su camino, y à poco mas de una legua, ya que queria anochecer, descubrieron un grande, y hermoso Castillo, y vieron delante de él andarse paseando un Caballero, que en su talle, vestido, y buena presencia, pareció serlo. Tenia sobre un vestido costoso, y rico, un gabán de terciopelo carmesí, con muchos pasamanos de oro, y al uso Español, de que no se alegraron poco nuestros mojados, y hambrientos caminantes, dando mil gracias à Dios, de que ya que con tanto trabajo los habia

guia-



guiado hasta allí, fuese tierra de Christianos, porque hasta aquel punto habian temido lo contrario; è yendose para el Caballero, que se paró à esperarlos, juzgando en verlos venir así, lo que podia ser, que como llegasen mas cerca, pudieron ver que era un hombre de hasta quarenta años, y algo moreno, mas de hermoso rostro, el vigote, y cabello negro, y algo entrespado. Llegando, pues, mas cerca, con semblante severo, y alegre, los saludó con mucha cortesía, y prosiguió, diciendo: No tengo necesidad, Señores, de preguntaros, que ventura os ha traído aquí, que ya juzgo, en el modo que venís, à pie, y mal enjutos, parece, que habéis escapado de alguna derrotada nave, que en la tempestad pasada se ha perdido, haciendose pedazos en estas peñas; y no ha sido pequeña merced del Cielo en haber escapado con las vidas, que ya otros muchos han perecido, sin haber podido tomar tierra. Así es, respondió Don Martin, (después de haberle vuelto las corteses saludes) y suplicóos, Señor Caballero, me hagais merced de decirme, qué tierra es esta, y si hallarémos cerca algun Lugar donde poder repararnos del trabajo pasado, y del que nos fatiga, que es, no haber comido dos días ha? Estais, Señores, respondió el Caballero, en la gran Canaria; si bien por donde la fortuna os la hizo to-

mar, es muy dificultoso el conocerla, y de aquí à la Ciudad hay dos leguas, y supuesto, que ya el día va à la ultima jornada, será imposible llegar à ella à tiempo que os podais acomodar de lo que os falta, y mas siendo forasteros, que es fuerza ignoreis el modo, y supuesto la necesidad que teneis de sustento, y descanso, porque me pareceis en la lengua Españoles, y tener yo gran parte de esta dichosa tierra, que es de lo que mas me honro: os suplico, acepteis mi casa para descansar esta noche, y todo el tiempo que mas os diere gusto, que en todo podeis mandar como propria, y yo lo tendré por muy gran favor; que después yo iré con vosotros à la Ciudad, donde voy algunas veces, y os podreis acomodar de lo que os faltare para vuestro viage. Agradecieron al noble Caballero, Don Martin, y su camarada con corteses razones, lo que les ofrecia, aceptando, por la necesidad que tenian, su piadoso ofrecimiento; y con esto todos tres, y algunos criados, que habian salido del Castillo, se entraron en él; y cerrando, y echando el puente, por ser ya tarde, y aquellos campos mal seguros de salteadores, y vándoleros, subieron à lo alto, è iban notando nuestros Heroes, que el Caballero debia ser muy principal, y rico, porque todas las salas estaban muy aliñadas de ric-

cas

cas colgaduras, y excelentes pinturas, y otras cosas curiosas, que decian el valor de el dueño, sin faltar mugeres, que acudieron à poner luces, y ver qué se les mandaba, tocante al regalo de los huéspedes que su Señor tenia, porque salieron, llamando dos doncellas, y quatro esclavas blancas herradas en los rostros, à quienes el Caballero dixo, que fuesen à su Señora, y le dixesen, mandase apercibir dos buenas camas para aquellos Caballeros, juntas en una quadra, y que se aderezase presto la cena, porque necesitaban de comer, y descansar; y mientras esto se hacia, Don Martin, y el compañero, se quedaron con el Caballero, contando de su viage, y del modo que habian llegado alli, juzgando, por lo que à las criadas habia dicho, dixesen à su Señora, que el Caballero era casado. Aderezada la cena, y puestas las mesas, ya que se querian sentar, se les ofrecieron à la vista dos cosas, de que quedaron bien admirados, sin saber que les habia sucedido; y fue, que diciendoles el Caballero, que se sentasen, y haciendo él lo mismo, sacó una llave de la faltriquera, y dandola à un criado, abrió con ella una pequeña puerta, que en la sala habia, por donde vieron salir, quando esperaban, ò que saliesen algunos perros de caza, ò otra cosa semejante, salió, como digo, una muger al mismo tiempo, que

por la otra, donde entraban, y salian las criadas otra, que la vista de qualquiera de ella causó à Don Martin, y su compañero tan grande admiracion, que suspendidos, no se les acordó de lo qué iban à hacer, ni entendieron, à que el Caballero les daba priesa, que se sentasen. La muger, que por la pequeña puerta salió, parecia tener hasta veinte y seis años, tan hermosisima, con tan grande extremo, que juzgó Don Martin, con haberlas visto muy lindas en Flandes, y España, que ésta las excedia à todas; mas tan flaca, y sin color, que parecia mas muerta, que viva, ò que daba muestras de su cercana muerte. No trahia sobre sus blanquisimas, y delicadas carnes, sino un saco de una gerga muy basta, y éste le servia de camisa, faldellin, y vestido, ceñido con un pedazo de sogá. Los cabellos, que mas eran madejas de Arabia, que otra cosa, partidos en trena, como se dice, al estilo aldeano, y puestos detrás de sus orejas, y sobre ellos arrojada una toca de lino muy basto. Trahia en sus hermosas manos (que parecian copos de nieve) una calavera. Juzgó Don Martin, harto enternecido de verla destilar de sus hermosos ojos sartas de cristalinas perlas, que si en aquel trage se descubrian tanto los quilates de su belleza, que en otro mas precioso fuérá asombro del mundo; y como

mo llegó cerca de la mesa, se entró debaxo de ella. La otra, que por la otra puerta salió, era una negra, tan tinta, que el azabache era blanco en su comparación, y sobre esto tan fiera, que juzgó Don Martin, que si no era el demonio, que debía de ser retrato suyo; porque las narices tan romas, que imitaban los perros brabos, que ahora están tan válidos, y la boca con tan grande ozi-co, y vezos tan gruesos, que parecia boca de leon, y lo demás à esta proporción. Pudo muy bien Don Martin notar su rostro, y costosos aderezos, en lo que tardó en llegar à la mesa, por venir delante de ella las dos doncellas con dos candeleros de plata en las manos, y en ellos dos bugias de cera encendidas. Trahia la fiera, y abominable negra, vestida una saya entera, con manga en punta, de un raso de oro encarnado, tan resplandeciente, y rica, que una Reyna no lo podia tener mejor; collar de ombros; y cintura de resplandecientes diamantes; en su garganta, y muñecas, gruesas, y albisimas perlas como lo eran las arracadas, que colgaban de sus orejas; en la cabeza muchas flores y piedras de valor, como lo eran las sortijas que trahian en sus manos; que como llegó el Caballero con alegre rostro, la tomó por la mano, y la hizo sentar à la mesa, diciendo: Seais bien venida, Señora

mia, y con esto se sentaron todos, la negra à su lado, y Don Martin, y su camarada enfrente, tan admirados, y divertidos en mirarla, que casi no se acordaban de comer, notando el Caballero la suspension, mas no porque dexase de regalar, y acariciar à su negra, y endemoniada Dama, dandole los mejores bocados de su plato; y la desdichada belleza que estaba debaxo de la mesa, los huesos, y mendrugos, que aun para los perros no eran buenos, que como tan necesitada de sustento, los roia, como si fuera uno de ellos. Acabada la cena, la negra se despidió de los Caballeros, y de su amante, ò marido, que ellos no podian adivinar qué fuese, y se volvió por donde habia venido, con la misma solemnidad de salir las doncellas con las luces: y saliendo de debaxo de la mesa la maltratada hermosura, un criado de los que asistian à servir; en la calabera, que trahia en las manos, le hecharon agua; y volviendose à su estrado alvergue, cerró el criado la puerta con llave, y se la dió à su Señor. Pues pasado esto, y los criados idos à cenar, viendo el Caballero à sus huespedes tan suspensos, pensando en las cosas, que en aquella casa veían, sin atreverse à preguntar la causa; les habló de esta suerte: Si bien, buenos amigos, el trabajo pasado en la mar os necesita mas de des-



descanso, y reposo, que de oír sucesos : veos tan admirados de lo que en esta casa veis , que estoy seguro, que no os pesará el oír el mio , y la causa de los extremos que veis, que los juzgareis encantamientos de los que se cuentan habia en la primera edad del mundo ; y porque salgais de la admiracion en que os veo , si gustais de saberla , con vuestra licencia os contaré mi prodigiosa historia , asegurandoos , que sois los primeros à quienes la he dicho, y han visto lo que en este Cassillo pasa ; porque desde que me retiré à él de la Ciudad , no he consentido que ninguno de mis deudos , ò amigos que me vienen à ver , pasen de la primera sala, ni mis criados se atreverán à contar à nadie lo que aqui pasa , pena de que les costará la vida. Antes, amigo , y señor , respondió Don Martin , te suplico que lo digas, y me saques de la confusion en que estoy , que no puedo tener con él descanso , que dices , que mi fatiga ha menester mas gusto, y alivio , que oír la historia , que encierra tan prodigiosos mysterios. Pues supuesto eso , os la diré , dixo el Caballero : estadme atentos , que pasa asi.

Mi nombre es Don Jayme de Aragon, que este mismo fue el de mi padre , que fue natural de Barcelona en el Reyno de Cataluña , y de nobles Caballeros de ella , como lo dice mi apellido.

Tuvo mi padre con otros Caballeros de su patria unas competencias sobre el galanteo de una Dama, y fue de suerte, que llegaron à sacar las espadas ; donde mi padre , ò por mas valiente , ò mas bien afortunado , dexando uno de sus contrarios en el ultimo vale, se escapó en un caballo al Reyno de Valencia , y embarcandose allí, pasó à Italia , donde estuvo algunos años en la Ciudad de Napoles sirviendo al Rey como valeroso Caballero, donde llegó à ser Capitan : y ya cansado de andar fuera de su patria, bolviendose à ella , con tormenta derrotado , como vosotros en esas peñas, y salvando la vida por el mismo modo ; estandose reparando en la Ciudad del trabajo pasado, vió à mi madre, que habiendo muerto sus padres , la habian dexado niña , y rica. Finalmente, al cabo de dos años que la galanteó , vino à casarse con ella. Tuvieronme à mí solo por fruto de su matrimonio, que llegando debaxo de su educacion à la edad floreciente de diez y ocho años, era tan inclinado à las armas, que pedí à mis padres licencia para pasar à Flandes à emplear algunos años en ellas , y ver tierras. Tuvieronlo por bien mis padres, porque no perdiese el honor, que por tan noble exercicio podia ganar , aunque con paternal sentimiento me acomodaron de lo necesario, y tomando su bendicion,

cion, me embarqué para Flandes, que llegando à ella, asenté mi plaza, y acudí à lo que era necesario en el exercicio que profesaba, y en esto gasté seis años; y pienso, que estuviera hasta ahora, si no me hubiera sucedido un caso, el mas espantoso que habreis oido. Tenia yo à esta sazón veinte y quatro años, el talle conforme à la floreciente edad, que tenia, las galas como de Soldado, y las gracias como de mozo, acompañando à esto con el valor de la noble sangre que tengo. Pues estando un dia en el Cuerpo de Guardia con otros camaradas, y amigos, llegó à mi un hombre anciano, que al parecer profesaba ser escudero; y llamandome aparte, me dixo, que le oyese una palabra, y despidiendome de mis amigos me aparté con él, que en viendome solo, me puso en la mano un papel, diciendo que leyese, y de palabra le diese la respuesta. Leíle, y contenia estas razones:

*Tu talle, Español, junto con las demás gracias, que te dio el Cielo, me fuerzan à desear hablarte: si te atreves à venir à mi casa con las condiciones que te dirá ese criado, no te pesará de haberme conocido. Dios te guarde.*

Viendo que el papel no decia mas, y que se remitía à lo que dixese el criado; le pregunté el modo de poder obedecer, lo que en aquel papel se me mandaba, y me respondió, que no habia que

advertirme mas de que si me resolvía à ir, que le aguardase en dando las diez en aquel mismo puesto, que él vendría por mí, y me llevaría. Yo, que con la juventud, que tenia, y la facultad que profesaba, ayudado de mi noble sangre, no miraba en riesgos, ni temia peligros, pareciendome, que aunque fuese à los abysmos, no aventuraba nada, porque no conocia la cara al temor; acepté la ida, respondiendo, que le aguardaria. Advirtiome el sagáz mensagero, que en este caso no habia riesgo ninguno, mas de el de comunicarlo con nadie; y que asi me suplicaba, que ni à camarada, ni à amigo, no lo dixese, que importaba à mi, y à la persona que le embiaba; asegurado de todo, y yo sin sosiego, hasta ver el fondo à un caso con tantas cautelas gobernado; apenas ví, que serían las diez, quando hurtandome à mis camaradas, me fui al señalado puesto, y dando el relox las diez, llegó él en un valiente caballo, que por hacer la noche entre clara, se dexaba ver; y baxando de él, lo primero que hizo, fue vendarme los ojos con un tafetan, de que venia apercebido; de cuya faccion, unas veces dudaba fuese segura, y otras me reía de semejantes transformaciones, y diciendo, que subiese en el caballo, subió él à las àncas, y empezamos à camiuar, pareciendome

en

en el tiempo que caminamos, que habian sido dos millas, porque cruzando calles, y callejuelas; como por ir tapados los ojos, no podia vér por donde iba; muchas veces creí que volviámos à caminar, lo que ya habiamos caminado. En fin, llegamos al cabo de mas de una hora à una casa, y entrando en el zaguan, nos apeamos, y asi tapados los ojos, como estaba, me asió de la mano, y me subió por unas escaleras. Yo os confieso, que en esta ocasion tuve algun temor, y me pesó de haberme puesto en una ocasion, que ella misma, pues iba fundada en tanta cautela, estaba amenazando algun grave peligro; mas considerando, que ya no podia volver atrás, y que no era lo peor haberme dexado mi daga, y espada, y una pistola pequeña que llevaba en la faltriquera, me volví à cobrar, pues juzgué, que teniendo con que defenderme, ya que muriese podia matar. Acabamos de subir, y en medio de un corredor, à lo que me pareció, por haber tentado las varandas, con una llave que trahia abrió una puerta, y trasladando al entrar por ella mi mano, que en la suya llevaba otra, que al parecer del tacto, juzgué mejor; sin hablar palabra volvió à cerrar, y se fue, dexandome mas encantado que antes; porque la Dama, à quien me entregó, segun juzgué, por el rugir de la seda,

fue conmigo, caminando otras tres salas, y en la ultima, llegando à un estrado, se sentó, y me dixo, que me sentase. Animéme quando la oí hablar, y dixele: Gracias à Dios, Señora mia, que ya sé que estoy en el Cielo, y no como he creído que me llevaban à los infernales abysmos. Pues en qué conoceis, que aqui es el Cielo? (me replicó) En la gloria que siento en el alma, y en el olor, y dulzura de este alvergue; y que aunque ciego, ò yo soy de mal conocimiento, ò esta mano, que tengo en la mia, no puede ser sino de algun Angel. Ay Don Jayme! (me volvió à replicar) No juzgues à desemboltura esto que has visto, sino à fuerza de amor, de que he querido muchas veces librarme, y no he podido, aunque he procurado armarme de la honestidad, y de la calidad que tengo; mas tu gala, y bizarría han podido mas, y asi han salido vencedoras, rindiendo todas quantas defensas he procurado poner à los pies de tu valor, con lo qual, atropellando inconvenientes, te he traído de la manera que ves; porque tanto à tí, como à mí, nos importa vivir con este secreto, y recato; y asi para conseguir este amoroso empleo, te ruego que no lo comuniques con ninguno; que si alguna cosa mala teneis los Españoles, es el no saber guardar secreto. Con esto me desvendó los ojos, aunque



que fue, como si no lo hiciera, porque todo estaba à obscuras; y no agradeciendole tan soberanos favores, con el atrevimiento de estar solos, y sin luz, empecé à procurar por el aliento à conocer, lo que la vista no podia, brujuleando partes tan realzadas, que la juzgué en mi imaginacion por alguna deidad. Hasta dada la una estuve con ella, gozando regaladisimos favores, quantos la ocasion daba lugar; y pareciendole hora, como me huviese dado un bolsillo grande, y con buen vulto, pues estaba tan lleno, que apenas se podia cerrar, se despidió de mí con amorosos sentimientos, y volviendome à vendar los ojos, diciendo, que la noche siguiente no me descuidase de estar en el mismo puesto, salió conmigo hasta la puerta, por donde entré, y entregandome al mismo que me habia traído, volviendo à cerrar, baxamos donde estaba el caballo, y subiendo en él, caminamos otro tanto tiempo como à la ida, hasta ponerme en el mismo puesto de donde me habia sacado. Llegué, en yendose el criado, à mi posada, y hallando en ella ya acostados, y durmiendo à mis camaradas, me entré à mi aposento, y haciendome millares de cruces del suceso que por mí pasaba, abrí el bolsillo, y habia en él una cadena de peso de doscientos escudos de oro,

quatro sortijas de diamantes, y cien doblones de à quatro. Quédé absorto, juzgando, que debia de ser muger poderosa, y dando gracias à mi buena dicha, pasé la noche, dando otro dia cadena al cuello, y à las manos relumbrones, jugando largo, y gastando liberal con los amigos: tanto, que ellos me decian, que de qué Indias habia venido: à quienes satisfacía con decir, que mi padre me lo habia enviado: y à la noche siguiente aguardando en el puesto à mi guia, que fue muy cierta à la misma hora, à quien recibí con los brazos, y con darle lo que merecia su cuidado; y con esto de la misma suerte que la noche pasada fuí recibido, y agasajado, y bien premiado mi trabajo; pues aquella noche me proveyó las faltriqueras de tantos doblones, que sería imposible el creerlo. De esta suerte pasé mas de un mes, sin faltar noche ninguna mi guia, ni yo de gozar mi Dama encantada, ni ella de colmarme de dineros, y preciosas joyas, que en el tiempo que digo, largamente me dió mas de seis mil ducados, con que yo me trataba como un Principe, sin que en todo este tiempo que he dicho, permitiese dexarse vér; y si la importunaba para ello, me respondía, que no nos convenia; porque verla, y perderla habia de ser uno: mas como las venturas fundadas en vicios, y deleites,

pe-

perecederos, no pueden durar, cansóse la fortuna de mi dicha, y bolvió su rueda contra mí; y fue, que como mis amigos y camaradas me veían tan medrado y poderoso, sospacharon mal, y empezaron à hablar peor: porque echando juicios, y haciendo discursos de donde podía tener yo tantas joyas y dineros, dieron en el mas infimo, diciendo, que era ladron ò salteador, y esto lo hablaban en mis espaldas, tan descaradamente, que vino à oídos de un camarada mio, llamado Don Baltasar; y si bien en varias ocasiones habia buuelto por mí, y puestose en muchos riesgos, enfadado de verme en tan mala opinion, y quizá temiendo no fuese verdad lo que le decian, me apartó una tarde de todos, y sacandome al campo, me dixo: Cierta amigo Don Jayme, que ya es imposible el poder escusar de deciros mi sentimiento, para lo que aqui os he traído; y creedme, que el querer bien lo ocasiona, porque siento tanto el oír hablar mal de vos, como se hace entre todos los que os conocen, y os han visto, no tan sobrado como estais; y para decirlo de una vez, sabed que despues que os ven con tantos aumentos, y mejorado de galas y joyas, como haceis alarde de unos dias à esta parte, entre los soldados, todos juntos, y cada uno de por sí, haciendo conjeturas, y

juicios, de donde os puede venir; dicen publicamente, que lo tenéis, de donde aun yo me averguenzo de decirlo; mas ya no es tiempo de que se os encubra: dicen, en fin, que debeis de hurtar y capear, y sacando, de que os ven faltar todas las noches, yo he tenido por bolver por vos muchos enfados; mas es caso dificultoso poder uno solo ser contra tantos. Ruegoos, por la amistad que entre los dos hay, que es mas que parentesco, me saqueis de esta duda, para que ya que los demás esten engañados, no lo esté yo, que soy tambien hombre; y puede ser, que viendo que os guardais y cautelais de mí, crea el mismo engaño que los demás creen, y sabiendo yo lo contrario, pueda seguramente bolver por vuestra pérdida opinion, y sustentar la mia. Réime muy de voluntad, oyendo à Don Baltasar lo que me decia, y quise disculparme, dando diferente color al caso, por no descubrir el secreto de mi amada prenda, que ya à este tiempo con las cargas de las obligaciones, que la tenia, aunque no la veía, la queria; mas al fin, Don Baltasar apretó tanto la dificultad, que pidiendole por la amistad, que habia entre los dos me guardase el secreto, avisandole el riesgo que me corria, le conté todo lo que me habia sucedido y sucedia. Admiróse, y tornóse à admirar Don Baltasar,

Z

y

y despues de haber dado y tomado sobre el caso, me dixo: Es posible amigo, que no hemos de saber esta casa, donde es, si quiera para seguridad de vuestra vida? Dudoso lo halló, dixé yo, por el modo con que me llevan. No muy dudoso, dixo Don Baltasar, pues se puede llevar una esponja empapada en sangre, y esta acomodada en un vaso, y haciendo con ella al entrar ó salir, una señal en la puerta, será facil otro dia, que hailemos por ella la casa. En fin para abreviar, aquella misma noche llevé la esponja, y señalé la puerta, y otro dia Don Baltasar y yo no dexamos en toda la Ciudad, calle ni plaza, rincon, ni callejuela, que no buscamos, mas nunca tal señal pudimos descubrir, y bolviendonos ya á la posada, cansados y admirados del caso, no á veinte casas de ella, en unas muy principalisimas, vimos la señal de la sangre, de que quedamos confusos y atonitos, y juzgamos que el rodear quando me llevaban tanto era por deslumbrarme, para que juzgase que era muy leños. Informamonos cuyas eran las dichas casas, y supimos ser de un Principe y gran Potentado de aquel Reyno, ya muy viejo, y que solo tenia una hija heredera de todo su Estado y riqueza, viuda, mas muy moza, por haberla casado niña, de las mas bellas Damas de aquel País.

Miramoslo todo muy bien, y notamos, que aunque habia muchas rejas y balcones, todas estaban con muy espesas zelosias, por donde se podia ver, sin ser vistos. Recogimonos á la posada hablando de el caso, y despues de haber cenado nos salimos, yo á mi puesto, para aguardar mi guia, y Don Baltasar á ocultarse en la misma casa hasta satisfacerse; y al fin nos enteramos de todo, porque venido mi viejo norte, yo me fui á mis obscuras glorias, y Don Baltasar aguardó, hasta que me vió entrar, con que se bolvió á la posada, y yo me quedé con mi Dama, con la qual haciendole nuevas caricias, y mostrandole mayores rendimientos, pude alcanzar, aunque contra su voluntad, dexarse ver, asi ella misma fue por la luz, y saliendo entre sus hermosos dedos con una buxia de cera encendida: vi, no una muger, sino un serafin, y sentandose junto á mí, me dixo: Ya me vés, Don Jayme, quiera el Cielo no sea para perderme: Madama Lucrecia soy, Princesa de Erne; no dirás que no has alcanzado conmigo quanto has querido, mira lo que haces. Ay qué desordenes hace la mocedad! Si yo tuviera en la memoria estas palabras, no hubiera llegado al estado en que estoy, y le tuviera mayor, porque matando la luz, prosiguió diciendo: Mi padre es muy viejo, no tiene otro hijo, sino



sino à mí, y aunque me salen muchos casamientos, ninguno acepto ni aceptaré, hasta que el Cielo me dé lugar para hacerte mi esposo. Beséle las manos por las mercedes que me hacia, y las que de nuevo me ofrecia; y siendo hora, colmado de dichas y dineros, y muy enamorado de la linda Lucrecia, me vine à mi posada, dando cuenta à Don Baltasar, de lo que habia pasado, si bien cuidadoso de que conocí en Lucrecia quedar triste y confusa. Otro dia por la mañana me vestí aun con mas gala y cuidado que otras veces, y con mi camarada salimos à la calle como otras veces, y como mozo mal regido y enamorado, empezamos à dar bueltas por la calle ya acia arriba, y ya abaxo, mirando à las ventanas, porque ya los ojos no podian escusarse en buscar la hermosura, que habian visto, y despues de comer gastamos la tarde en lo mismo. Hay de mí! Y como ya mi desdicha me estaba persiguiendo, y mis venturas, cansadas de acompañarme me querian dexar: porque no habiendo en todo el dia visto, ni aun sombra de muger en aquella casa, llegamos à la mia, y mientras Don Baltasar fue al Cuerpo de Guardia, yo me quedé à la puerta. Era poquito antes de anochecer, como se dice entre dos luces, quando llegó à mí una muger, en trage de Fla-

menco, con una mascarilla en el rostro, y me dixo en lengua Española, que ya la saben todos en aquel Reyno, por la comunicacion que hay con Españoles: Mal aconsejado mozo, salte de la Ciudad al punto, mira que no te vá menos que la vida, porque esta noche te han de matar, por mandado de quien mas te quiere, que la lastima que te tengo à tu juventud y gallardia, con harto riesgo mio, te aviso; y diciendo esto se fue como el mismo viento, sin aguardar respuesta mia, ni yo poder seguirla, porque al mismo punto llegó Don Baltasar con otros amigos, que posaban con nosotros; y si os he de decir la verdad, aunque no vinieran, no la pudiera seguir, segun cortado y desmayado me dexaron sus palabras, si bien me colegí, que fuese mi amada Señora el Juez, que me condenaba à tan precisa y cercana muerte; con todo eso, como llegaron los amigos, me cobré algo, y despues de haber cenado aparté à Don Baltasar, y le conté lo que me habia pasado, que echando mil juicios, unas veces temiendo, y otras con el valor que requerian tales cosas, estuvimos hasta los tres quartos de las diez, que ya cansado de pensar, que seria con la sobervia que mi valor me daba, dixé: Las diez darán: vamos amigo, y venga el mundo, que aunque me cuesta la vida,

da, no dexaré la empresa comenzada, salimos, llegué al puesto, dieron las diez y no vino el que esperaba; aguardé hasta las once, y viendo que no venia, dixé à Don Baltasar: Puede ser que si acaso os han visto, no lleguen por eso: Apartaos, y encubrios en esta callejuela, veamos si es esta la ocasion, y apenas Don Baltasar se desvió donde le dixé, quando salieron de una casa mas abaxo de donde yo estaba, seis hombres armados, y con mascarás, y disparando los dos de ellas dos pistolas, y los otros metiendo mano à las espadas, me acometieron, cercandome por todas partes: de las pistolas la una fue por alto, mas la otra me acertó en un brazo, que si bien no encarnó para hacerme pedazos, bastó à herirme muy mal: metí mano, y quise defenderme, mas fue imposible, porque à cuchilladas y estocadas, como eran seis contra mi, me derribaron, herido mortalmente. Al ruido bolvió mi camarada, y salieron de las casas vecinas gente, y de mi posada los amigos, que aun no estaban acostados, por haberse puesto à jugar, y los tridores, viendo lo que les importaba, se pusieron en fuga, que sino tengo por sin duda, que no se fueran hasta acabarme. Llevaronme à la posada medio muerto; traxeron à un tiempo los Medicos, para el al-

ma y para el cuerpo, que no fue pequeña misericordia de Dios quedar para poderme aprovechar de ellos. En fin, llegué à punto de muerte, mas no quiso el Cielo, que se executase entonces esta sentencia. Pusose tanto cuidado en mi cura, como me hallé con dinero para hacerlo, que vine à mejorar de mas heridas, y estar ya para poderme levantar, y quando lo empezaba à hacer, me embió el General à decir con el Sargento Mayor, que tratase de salir luego de aquel País, y me bolviese à mi patria, porque me hacia cierto de que quien me habia puesto en el estado que estaba, aun no estaba vengado, que asi se lo avisaban por un papel, que le habian dado, sin saber quien, y que le decian en él, que por loco y mal zelador de secretos habia sido, que no hiciese juicios, que de mano de una muger se habia todo originado. En esto conocí de que parte habia procedido mi daño: y asi sin aguardar à estar mas convalecido, me puse en camino; y con harto trabajo, por mi poca salud, llegué à mi patria, donde hallé que ya la ayrada parca habia cortado el hilo de la vida à mi madre, y mi padre viejo y muy enfermo, con que dentro de un año siguió à su amada consorte: quedé rico, y en lo mejor de mi edad, pues tenia à la sazón de treinta y tres

à treinta y quatro años : ofreciéronseme luego muchos casamientos de Señoras de mucha calidad y hacienda, mas yo no tenia ninguna voluntad de casarme, porque aun vivia en mi alma la imagen adorada de Madama Lucrecia, perdida el mismo dia, que la ví; pues aunque habia sido causa de tanto mal como padecí, no la podia olvidar, ni aborrecer, hasta que una Semana Santa, acudiendo à la Iglesia Mayor à asistir à los Divinos Oficios, ví un Sol, poco digo, un Angel: ví en fin un retrato de Lucrecia, tan parecido à ella, que mil veces me quise persuadir, à que arrepentida de haberme puesto en la ocasion que he dicho, se habia venido tras mi: ví en fin à Elena, que este es el nombre de aquella deventurada muger, que habeis visto comer los huesos, y migajas de mi mesa: y asi como la ví no la amé, porque ya la amaba; la adoré, y luego propuse, si no habia causa que lo estorvase à hacerla mi esposa; seguila, informéme de su calidad y estado; supe que era noble, mas tan pobre, que aun para una medianía le faltaba; era doncella, y sus virtudes las mismas que puede desear, pues el dote de la hermosura se allegaba al de honesta, recogida, y bien entendida, no tenia padre, que habia muerto un año habia, y su madre era una

honrada y santa Señora. Contento de todo, haciendo cuenta que la virtud y hermosura era la mayor riqueza, y que en tener à Elena, tenia mas riquezas, que tuvo Midas: me casé con ella, quedando madre, è hija tan agradecidas, que siempre lo estaban repitiendo, y yo como mas amante me tuve en merecerla por el mas dichoso de los hombres. Saqué à Elena de la mayor miseria à la mayor grandeza, como habeis visto en esta negra, que ha estado à mi mesa esta noche, dando embidia à las mas nobles Damas de toda la gran Canaria, tanto con la hermosura, como con la grandeza en que la veían, luciendo tanto la belleza de Elena, con los atavíos y ricas joyas, que se quedaban embelesados quantos la veían, y yo cada dia mas, y mas enamorado, buscando nuevos rendimientos para mas obligar: amabala tan ternisimamente, que las horas sin ella, juzgaba siglos, y los años en su compañía instantes. Elena era mi Cielo, Elena era mi gloria, Elena era mi jardin, Elena mis holgueras, y Elena mi recreo. Ay de mi, y cómo me tendreis por loco, viendome recrear con el nombre de Elena, y maltratarla, como esta noche habeis visto! Pues ya es Elena mi asombro, mi horror, mi aborrecimiento; fue muger Elena, y como muger ocasionó sus desdichas, y las mias.



Murió su madre à los seis años de casada Elena, y sentilo yo, mas que ella; plugiera el Cielo viviera, que quizá à su sombra fuera su hija la que debia ser. Tenia Elena un primo hermano, hijo de una hermana de su padre, mozo galan, y bien entendido; mas tan pobre, que no tenia para sustentar el seguir sus estudios, para ser de la Iglesia; y yo, que todas las cosas de Elena las estimaba mias, para que pudiera conseguir los estudios, les traxe à mi casa, comiendo, vistiendo, y triunfando à costa mia, y se lo daba yo con mucho gusto, porque le tenia en lugar de hijo. Ya habia ocho años, que eramos casados, pareciendome à mí que no habia una hora; viviamos en la Ciudad, si bien los Varones nos veniamos à este Castillo à recoger la hacienda del campo, como todos hacen, y aquel Verano, que fue en el que empezó mi desdicha, sucedió no estar Elena buena, y creyendo que fuesen achaques de preñada, como yo lo deseaba, no la consentí venir aqui: vine yo solo, y como el vivir sin ella era imposible, à los ocho dias, dexandome el deseo de verla, bolví à la Ciudad con el mayor contento, que puede imaginarse; llegué à sus brazos, y fui recibido con el mismo: que quando considero las traiciones de una muger, se me acaba la vida; con qué disimulacion me

acarició, pidiendome, que si habia de bolver al Castillo, no la dexase, que estando apartada de mí no vivia. Pues apenas sosegado en mi casa, me apartó aparte esta negra que aqui veis, que nació en mi casa, de otra negra y un negro, que siendo los dos esclavos de mis padres, los casaron, y me dixo llorando: Ya Señor, no fuera razon encubrirte la maldad que pasa, que fuera negarme à la crianza, que tus padres, y tu hicisteis à los míos, y à mí, y al pan; que como sabe Dios la pena que tengo en llegar à decirte esto, mas no es justo, que pudiendo remediarlo por callar yo, vivas tu engañado, y sin honra; y por no detenerme, que temo no será mas mi vida, de quanto me vean hablar contigo, porque asi me han amenazado: Mi Señora, y su primo tratan en tu ofensa, è ilícito amor, y en faltando tu, en tu lugar, ocupa su primo tu lecho: yo lo habia sospechado, y cuydadosa lo miré, y es el mal que lo sintieron. Yo te he avisado de la traicion que te hacen; ahora pon en ello el remedio. Cómo quedé, buenos amigos, el Cielo solo lo sabe, y vosotros lo podeis juzgar. Mil veces quise sacar la lengua à la vil mensajera; y otras, no dexar en toda la casa nada vivo; mas viendo, que era espantar la caza si lo hacia, me reporté, y disimulando mi desventurada pena, traté otro dia,

dia, no teniendo ya paciencia para aguardar à ver mi agravio à vista de mis ojos, de que nos viésemos aqui, y dando à entender, que me importaba estar aqui mas de espacio, que otras veces, embié todo el homenaje de casa, criados y esclavos primero, y luego partimos nosotros. Elena con gusto de lo que yo le tenia, que yo tuve cautela, y disimulacion, que ya para mí es, aunque pudiera ser, que no fuera, que al honor de un marido, solo que él lo sospeche basta: quanto y mas, habiendo testigo de vista. Lo primero que hice, ciego de furiosa coleta, en llegando aqui, fue quemar vivo al traydor primo de Elena, reservando su cabeza para lo que habeis visto, que es la que trahia en las manos, para que le sirva de vaso, en que beba los acibares, como bebió en su boca las dulzuras. Luego llamando à la negra, que me habia descubierto la traicion, le di todas las joyas, y galas de Elena, delante de ella misma, y le dixé, por darle mas dolor: que ella habia de ser mi muger, y como à tal se sirviese y mandase de la hacienda, criadas y criados, durmiendo en mi misma cama, aunque esto no lo executó, que antes que Elena acabe la he de quitar à ella tambien la vida. Queriase disculpar Elena; mas no se lo consentí. No la maté luego; porque una muerte breve es pequeño casti-

go, para quien hizo tal maldad contra un hombre, que sacandola de su miseria, la puso en la alteza que os he contado. En fin de la suerte, que veis, ha dos años que la tengo, no comiendo mas de lo que oy ha comido y bebido, ni teniendo mas de unas pajas para cama; ni aquel rincon, donde está, es mayor, que lo que cabe su cuerpo echado, que aun en pie no se puede poner; su compañía es la calavera de su traydor, y amado primo, y así ha de estar hasta que muera, viendo cada dia la esclava, que ella mas aborrecia, adornada de sus galas, y en lugar, que ella perdió en mi mesa, y à mi lado. Esto es lo que habeis visto, que os tiene tan admirados. Consejo no os lo pido, que no le tengo de tomar, aunque me le deis, y así podeis escusaros de ese trabajo, porque si me decis que es crueldad, que viva muriendo, ya lo sé, y por eso lo hago. Si dixereis, que fuera mas piedad matarla, digo, que es la verdad, que por eso no la mato; porque pague los agravios con la pena, los gustos que perdió, y me quitó, con los disgustos que pasa: con esto idos à reposar; sin decirme nada, porque de haber trahido à la memoria estas cosas, estoy con tan mortal rabia, que quisiera que fuera oy el dia en que supe mi agravio, para poder de nuevo executar el castigo. Ma-

ñana nos veremos, y podrá ser que esté mas humana mi pasión, y os oiré todo lo que me quisierdes decir, no porque he de mudar de proposito, sino por no ser descortés con vosotros. Con esto se levantó de la silla, haciendo Don Martin y su compañero lo mismo, y mandando à un criado los llevase à donde tenían sus lechos, dandoles las buenas noches, se retiró Don Jayme à donde tenía el suyo. Espantados iban Don Martin y el compañero, del suceso de Don Jayme, admirándose, como un Cavallero de tan noble sangre, Christiano, y bien entendido, tenía animo para dilatar tanto tiempo tan cruel venganza en una miserable y triste muger, que tanto habia querido, juzgando, como discretos, que tambien podia ser testimonio, que la maldita esclava hubiese levantado à su Señora, supuesto que Don Jayme no se aseguró de ello; y resuelto Don Martin en darselo à entender otro dia, se empezaron à desnudar: y Don Jayme ya retirado à otra quadra en donde dormia; con la pasión como él habia dicho, de traer à la memoria los naufragios de su vida, se empezó à pasear por ella, dando suspiros, y golpes una mano con otra, que parecia que estaba sin juicio. Quando Dios, que no se olvida de sus criaturas, y queria que ya habia dado (como luego se verá) el premio à Elena,

de tanto padecer, no quedase el cuerpo sin honor, ordenó lo que ahora oireis, y fue: que apenas se habian recogido todos, quando la negra, que acostada estaba, empezó à dar grandes gritos, diciendo: JESUS, que me muero, confesion, y llamando à las criadas por sus nombres, à cada una decia, que le llamasen à su Señor. Alborotaronse todas, y entrando donde la negra estaba, la hallaron batallando con la cercana muerte. Tenia el rostro y cuerpo cubierto de un mortal sudor, y tras esto con un temblor, que la cama estremecia, y de rato en rato se quedaba amortecida, que parecia que ya habia dado el alma, y luego bolvia con los mismos dolores, y congoxas à temblar y sudar à un tiempo. Pues viendo que decia, que le llamasen à su Señor, que le importaba hablarle antes de partir de este mundo, le llamaron, que asi él, como Don Martin y su compañero, habian alboroto de la casa salido fuera; y entrando todos tres, y algunos de los criados, que vestidos se hallaron en donde la negra estaba, notando Don Martin la riqueza de la cama, en que la abominable figura dormia, que era de damasco azul, goteras de terciopelo, con franjas y flecos de plata, que à la cuenta juzgó ser la cama misma de Elena, que hasta de aquello la habia hecho due-



dueña el mal aconsejado marido; y como la negra vió à su Señor, le dixo: Señor mio, en este paso en que estoy, no han de valer mentiras ni engaños; yo me muero, porque à mucha priesa siento que se me acaba la vida, yo cené, y me acosté buena, y sana, y ya estoy acabando, soy Christiana, aunque mala, y conozco, aunque negra, con el discurso que tengo, que ya estoy en tiempo de decir verdades, porque siento, que me está amenazando el juicio de Dios: y ya que en la vida no le he temido, en la muerte no ha de ser de ese modo; y así te juro, por el paso riguroso en que estoy, que mi Señora está inocente, y no debe la culpa por donde la teneis condenada à tan rigurosa pena, que no me perdone Dios, si quanto dixé no fue testimonio que la levanté, que jamás yo le vi cosa, que desdixese de lo que siempre fue, santa, honrada, y honesta; y que su primo murió sin culpa, porque lo cierto del caso es, que yo me enamoré de él, y le andaba persuadiendo fuese mi amante, y como yo veía que siempre hablaba con mi Señora, y que à mi no me quería; di en aquella mala sospecha, que se debían de amar, pues aquel dia mismo, que tu viniste, riñendo mi Señora conmigo, le dixé, no sé que libertades en razón de esto, que indignada de mi libertad, me

maltrató de palabra y obra, y estandome castigando entró su primo, que sabido el caso ayudó tambien à maltratarme, jurando entrambos, que te lo habían de decir, y yo temiendo tu castigo, me adelanté con aquellas mentiras, para que tu me vengases de entrambos, como lo hiciste; mas ya no quiere Dios, que esté mas encubierta mi maldad: ya no tiene remedio lo hecho; lo que ahora te pido es, que me perdones, y alcances de mi Señora lo mismo, para que me perdone Dios, y buelvela à su estado; porque por él te juro, que es sin culpa, lo que está padeciendo. Si haré, dixo à esta ultima razon, Don Jayme, los ojos vermejos de furor; este es el perdon que tu mereces, engañadora, y mala hembra, y plugiera à Dios tuvieras mas vidas que esa que tienes, para quitarte las todas; y diciendo esto, se acercó de un salto à la cama, y sacando la daga, le dió tres ò quatro puñaladas, ò las bastantes para llegar mas presto la muerte. Fue hecho el caso con tanta presteza, que ninguno lo pudo prevenir, ni estorvar, ni creo lo hicieran, porque juzgaron bien merecido aquel castigo. Salióse; hecho esto, Don Jayme fuera, y muy pensativo se paseaba por la sala, dando de rato en rato unos profundos suspiros. A este tiempo llegó Don Martin, y muy contento le dixo: Pues cómo,

mo, Señor Don Jayme, en dia de tanta alegría, en que habeis ganado honor y muger, pudiendo hacer cuenta, que oy os casais de nuevo con la hermosa Elena, haceis extremos; y el tiempo que habeis de gozaros en sus brazos, le dexais perder: no teneis razon, bolved en vos, y alegráos, como todos nos alegramos, dad acá esa llave, y saquemos esta triste è inocente Señora. Aquietóse algo el pobre Cavallero, y sacando la llave, la dió à Don Martin, el qual abriendo la estrecha puerta, llamó à la Dama, diciendo: Salid Señora Elena, que ya llegó el dia de vuestro descanso, y viendo que no respondia, pidió le acercasen la luz, y decia bien, que ya Elena la tenia, y entrando dentro, vió à la desgraciada Dama muerta, estar echada sobre unas pobres pajas, los brazos en cruz sobre el pecho, la una mano tendida, que era la izquierda, y con la derecha hecha con sus hermosos dedos una bien formada Cruz; el rostro, sí bien flaco, y macilento, pero tan hermoso, como un Angel, y la calavera del desdichado è inocente primo, junto à la cabezera à un lado. Fue tan grande la compasion que le sobrevino al noble Don Martin, que se le arrasaron los ojos de lagrimas, y mas quando llegó, y tentandola la mano, vió que estaba fria, que à la cuenta, así como desde su penosa car-

cel debió de oir à su marido contar su lastimosa historia, fue su dolor tan grande, que bastó, lo que nunca pudo alcanzar la penosa vida, que pasaba, viendo el credito que daba à un engaño, à acabarle la vida. Viendo, pues, que ya no habia remedio, despues de haberle dicho con lagrimas el buen Don Martin: Dichosa tu, Elena, que ya acabaste con tu desgraciada suerte, y desdichada en que siquiera no supieras, como ya el Cielo bolvió por tu inocencia, para que partieras de este mundo con algun consuelo; llamó à Don Jayme, diciendo: Entrad, Señor, y ved de lo que ha sido causa vuestro cruel engaño: entrad, os suplico, que para ahora son las lagrimas, y los sentimientos, que ya Elena no tiene necesidad de que vos le deis el premio de su martyrio, pues ya Dios se le ha dado en el Cielo. Entró Don Jayme alborotado, y con pasos descompuestos, y como vió à Elena de la suerte que estaba, llorando como flaca muger, el que habia tenido corazon de fiero, se arrojó sobre ella, y besandole la mano, decia: Ay, Elena mía, y cómo me has dexado! Por qué Señora, no aguardabas à tomar venganza de este traydor, que dió mas credito à una falsedad, que à tus virtudes! Pidesela à Dios, que qualquiera castigo merezco. Don Martin, viendole con tanta pasion, acudió adverte-

ti-

tido à quitarle la daga que tenia en la pretina , temiendo no hiciese alguna desesperacion: y es lo cierto que la hiciera ; pues echando la mano à buscarla , y no hallandola , se empezó à dar puñadas, y arrancarse las barbas y cabellos, y à decir algunos desaciertos. Acudieron todos llorando , y casi por fuerza le sacaron fuera ; mas por cosas que hacian no le pudieron aquietar, hasta que rematadamente perdió el juicio , que sobre las demás lastimas vistas, esta echó el sello, porque quantos estaban presentes , soltando las riendas al dolor , daban gritos , como si à cada uno le faltára la prenda mas amada de su alma , en particular las doncellas , y esclavas de la difunta Elena , que cercadas la tenían , llorando , y diciendo mil lastimosas razones , abonandola, y publicando su virtuosa vida, que por no haberlas querido su Señor oír , no lo habian hecho antes. Viendo Don Martin la confusion , mandó que las mugeres se retirasen adentro , y por fuerza , entre él y los criados, llevaron à Don Jayme à su cama , y le acostaron , atandole, porque no se levantase , y se arrojase por alguna ventana , que esa era su tema , que le dexasen quitarse la vida , para ir donde estaba Elena , mandando à dos criados no se apartáran de él , ni le dexáran solo. Informóse si

Don Jayme tenia algun pariente en la Ciudad ; y diciendole tenia un primo hermano , hijo de una hermana de su madre, Cavallero rico , y de mucha calidad y nobleza , despachó luego uno de los criados , con una carta , para que viniese à disponer lo necesario en tantos fracasos ; que sabido el caso por Don Alexandro , è informado de todo , él , y su muger , con mucha gente de su casa , asi criados , como criadas , con otros Cavalleros que supieron el caso, vinieron al Castillo de Don Jayme , donde hallando tantas lastimas , todos juntos lloraban de ternura , y mas de ver à Elena, que cada hora parecia estar mas hermosa. Sacaronla de donde estaba , que hasta entonces no habia consentido Don Martin tocar à ella , y puesta en una caja , que se mandó traer de la Ciudad; despues de haber enterrado à la negra , que parecia un retrato de Lucifer , alli en la Capilla del Castillo , con Don Jayme , y el cuerpo de Elena , y todo lo demás de hacienda y gente , se vinieron à la Ciudad à casa de Don Alexandro , y Don Martin , y su camarada con ellos, que les hacian todos mucha honra , y despues de sepultada Elena, con igual sentimiento de todos , se trató con Medicos afamados dár remedio à Don Jayme ; mas no fue posible. Alli estuvo Don Martin un mes



mes aguardando si Don Jayme mejoraba; y visto que no tenía remedio, despedido de Don Alexandro, se embarcó para España, y tomando prospero puerto, llegó à la Corte, y visto por su Magestad las ocasiones en que se habia servido, se lo premió como merecian, donde en llegando à Toledo se casó con su amada prima, con quien vive oy contento, y escarmentado en el suceso que vió por sus ojos, para no engañarse de enredos de malas criadas, y criados; y en las partes que se hallaba, contaba el suceso que habeis oido, de la misma manera que yo le dicho, donde con él queda bien claramente probada la opinion, de que en lo que toca à la crueldad, son los hombres terribles, pues ella misma los arrastra de manera, que no aguardan à segunda informacion: y se vé asimismo, que hay mugeres que padecen inocentes, pues no todas han de ser culpadas, como en la comun opinion lo son. Vean ahora las Damas, si es buen desengaño considerar, que si las que no ofenden, pagan, como pagó Elena; que harán las que siguiendo sus locos devaneos, no solo dán lugar al castigo, mas son causa, de que infamen à todas, no mereciendolo? Y es bien mirar, que en la era, que corre estamos en tan adversa opinion con los hombres, que ni con el sufrimiento los vencemos, ni con

la inocencia los obligamos.

Aquí dió fin la hermosa Filis à su desengaño, enterneciendo à quantos le oyeron, con quanta pacienciã habia Elena llevado su dilatado martyrio, y los galanes agradecidos à la cortesía que Filis habia tenido con ellos, le dieron corteses agradecimientos, y todos, dando cada uno su parecer, gastaron alguna parte de la noche, que ya iba caminando con apresurado paso à su alvergue, para dar lugar al dia, que asimismo venia caminando à toda diligencia; y esto fue en tanto, que sacaban una costosa y bien dispuesta colacion, que por ser tan tarde, no quiso Lisis que fuera cena, quedando avisados, que se juntasen el dia siguiente mas temprano, porque tuviesen lugar despues de dichos los quatro desengaños, recibir un suntuoso banquete, que estaba prevenido. Con esto se dió fin à lo noche, cantando Doña Isabel, y los Musicos estas Canciones.

*Como Tántalo muero,  
el cristal à la boca,  
y quando al labio toca,  
y que gustarlo quiero,  
de mi se vá apartando,  
sin mirar, que de sed estoy rabiando.*

*Hurté yo la Ambrosia,  
ò Jupiter ayrado,  
por qué me has castigado  
con tanta tyranía?  
Ay que rigor tan fiero;  
que estando junto al bien, por el bien*

*Ay*

*Ay pensamiento mio,  
que te han hecho mis ojos,  
que colmados de enojos.*

*es cada qual un rio;  
y tu sordo à mis quejas,  
sin dolente su mal, llorar los dexas?*

## DESENGAÑO VI.

### AMAR SOLO POR VENCER.

#### NOCHE SEXTA.

**Q**Uando dió fin la musica, ya la hermosa Matilde estaba prevenida para referir su desengaño; bien incierta de que luciese, como los que ya quedaban dichos; mas ella era tan linda y donayrosa, que solo sus gracias bastaban à desengañar à quantos la miraban, de que ninguno la merecia; y así quando no fuera su desengaño de los mas realzados, la falta de él supliera su donayre; y viendo, que todos suspensos, callaban; dixo así: Cierta, hermosas Damas, y bien entendidos Cavalleros, que quando me dispuse à ocupar este asiento, dexé à la puerta prevenida una posta, y yo traygo las espuelas calzadas; porque el decir verdad, es lo mismo que desengañar: y en el tiempo que oy alcanzamos, quien ha de decir verdades, ha de estar resuelto à irse del mundo, porque si nos han de desterrar de él, los que las escuchan, mas vale irnos nosotros; pues la mayor suerte es vencerse uno à sí mismo, que no de-

xarse vencer de otros. De esto nació el matarse los Gentiles, porque como no alcanzaban la immortalidad del alma; en cambio de no verse abatidos y ultrajados de sus enemigos, no estimaban la vida, y tenían por mas hermosa victoria morir à sus mismas manos, que no à las de sus enemigos; y de esta misma causa nace oy el decir mal los hombres de las mugeres, porque los desengañan, si no con palabras, con las obras. Hablo de las que tratan de engañar y de desengañar; los hombres fueron los autores de los desengaños, historias divinas y humanas nos lo dicen, que aunque pudiera citar algunas, no quiero, porque quiero grangear nombre de desengañadora, mas no de escolastica; que ya que los hombres nos han usurpado este titulo con afeminar nos mas, que la naturaleza nos afeminó; que ella, si nos dió flacas fuerzas, y corazones tiernos, por lo menos nos infundió el alma tan capáz para todo, como la de

los varones; y supuesto esto, gocen su imperio, aunque tiranamente adquirido, que yo por lo menos me escusaré de questions de Escuelas. Digo en fin, que como las mugeres vieron que los hombres habian de mas à mas inventado contra ellas los engaños, hurtaronles, no el arte, sino el modo. Entra un hombre engañando (como es la verdad, que todos lo saben hacer bien) la muger finge engañarse, pues quando vé, que ya el hombre trata de deshacer el engaño, adelantase à ser primera. Quién es tu enemigo? (el adagio lo dice) Ellos por no declararse por engañadores, disimulan y querellanse de que no hay que fiar de ellas, porque todas engañan. Veis como la verdad está mal recibida; ellas por no morir à manos de los engaños de los hombres, desengañan y quieren mas morir à las suyas, que bien cruelmente es la mala opinion, en que las tienen, porque, qué mayor desengaño, que quitarles su dinero, y ponerlos en la calle? El daño es, que los hombres, como estan tan hechos à engañar, que ya se hereda como mayorazgo, hacen lo mismo la vez que hacen con la buena, como con la que no lo es. Ellos dicen, que de escarmientos; y este es el mayor engaño suyo, que no es sino que pueden mas. Miren las que no tratan de los deleytes vulgares, lo que les

sucede à otras, y será el verdadero acierto mas el mal, que como las que digo no van con el dictamen de las demás, que es engañar y desengañar, entran en el engaño, y se están en él toda la vida, y aun de esto se les ha seguido à muchas la muerte, como se verá en mi desengaño, pues si hoy las que estamos señaladas para desengañar, hemos de decir verdades, y queremos ser muestras de ellas; qué esperamos, sino odios y rencillas, que aseguraré hay mas de dos, que están deseando salir de este lugar, para verter de palabra, y escrito la ponzoña, que le ha ocasionado nuestro Sarao; luego bien prevenida está la posta, y bien dispuesto el traer puestas las espuelas, y con todo esto no he de morir de miedo, ya estoy en este asiento, desengañar tengo à todas, y guardarme de no ser engañada. Paciencia Cavaleros, que todo viene à ser una Satirilla mas ò menos, y eso no hará novedad, porque ya sé que no puede faltar; mas en esto me la ganan, porque jamás dixé mal de las obras ajenas; que hay Poetas y Escritores, que se pudren, de que los otros escrivan. Todo lo alabo, todo lo estimo, si es levantadisimo lo embidio, no que lo haya trabajado su dueño, sino no haber sido yo la que lo haya alcanzado, y juzgo en siendo obra del entendimiento, que quando no se estime de ella otra



cosa, sino el desvelo de quien la hizo, hay mucho que estimar, y supuesto que yo no atropello, ni digo mal de los trabajos agenos, mereceré de cortesía, que se diga bien de los míos: y en esta conformidad, digo así:

En la Babilonia de España, en la nueva maravilla de Europa, en la madre de la nobleza, en el jardin de los divinos entendimientos, en el amparo de todas las Naciones, en la progenitora de la belleza, en el retrato de la Gloria, en el archivo de todas las gracias, en la escuela de las ciencias, en el Cielo tan parecido al Cielo, que es locura dexarle, sino es para irse al Cielo: y para decirlo todo de una vez, en la Ilustre Villa de Madrid, Babilonia, madre, maravilla, jardin, archivo, escuela, progenitora, retrato y Cielo, en fin retiro de todas las grandezas del mundo; nació la hermosísima Laurela, no en estos tiempos, que en ellos no fuera admiracion el ser tan desgraciada como ella, por haber tantas bellas, y desgraciadas de padres ilustres y ricos, siendo la tercera en su casa, por haberse adelantado la primera y segunda hermana, no en hermosura, sino en nacer antes que Laurela: ya se entiende, que siendo sus padres nobles y ricos, la criarían y doctrinarían bien, enseñándola todos los ejercicios y habilidades convenientes, pues sobre los ca-

seros, labar, bordar, y lo demás, que es bien, que una muger sepa para no estar ociosa, fue leer y escribir, tañer y cantar à una harpa, en que salió tan unica, que oída sin ser vista, parecia un Angel, y vista y oída un Serafin. Aun no tenia Laurela doce años, quando ya tenia doce mil gracias: tanto, que ya las gastaba como desperdicios; y la llamaban el milagro de naturaleza; y si bien criada con el recogimiento y recato que era justo, ni se pudo esconder de los ojos de la desdicha, ni de los de Don Estevan, mozo libre, galán, musico, poeta, y como dicen baldio. Pues su mas conocida renta era, servir, y en faltando esto, faltaba todo: no se le conocia tierra, ni pariente, porque él encubria, en la que habia nacido, quizá para disimular algunos defectos de baxeza. Servia à un Cavallero de Abito, y era de él bien querido por sus habilidades y solicitud. Tendria Don Estevan al tiempo que vió à Laurela, de diez y nueve à veinte años, edad floreciente, y en la que mejor asesta sus tiros el amor; y así fue, pues viendo un dia à la hermosa niña en un coche en compañía de su madre, y hermanas, se enamoró tan locamente, (si se puede decir así) que perdió el entendimiento, y la razon, que no pudo ser menos, pues informado de quien era Laurela, no desistió de su proposito,

sito y conociéndole, tan imposible, pues ni aun para escudero le estimáran sus padres. Andaba loco y desesperado, y tan divertido en sus pensamientos, que faltaba á la asistencia de su dueño; si bien como habia otros criados, no se conocia de todo punto su falta. En fin, viéndose naturalmente morir, se determinó á solicitar y servir á Laurela, y probar, si por esta parte podia alcanzar, lo que no conseguia por otro supuesto, que no alcanzaba mas bienes, que los de su talle y gracias, que en quanto á esto no habia que desperdiciar en él. Paseaba la calle; dabale musicas de noche, componiendo él mismo los versos, alabando su hermosura y gentileza, porque en esto era tan prompto, que si quanto hablaba, lo queria decir en versos, tenia caudal para todo, mas de nada de esto hacia caso, ni lo sentia Laurela, porque era tan niña, que no reparaba en ello, ni aunque á esta sazón tenia catorce años, porque todo este tiempo pasó Don Estevan en sus necios desvelos, no habia llegado á su noticia que era amar, ni ser amada, antes su desvelo era en dexando la labor acudir al harpa, junto con criadas, que tenia buscadas á posta, que sabian cantar, y con ellas entretener y pasar el tiempo, aunque no sé para que buscamos ocasiones de pasarle, que él se pasa bien por la posta.

Todo el tiempo que he dicho pasó Don Estevan en esta suspensa y triste vida, sin hallar modo, ni manera para descubrir á Laurela su amor, unas veces por falta de atrevimiento, y las mas por no hallar ocasion, porque las veces que salia de casa era con su madre y hermanas, y quando no fuera esto, ella atendia tan poco á sus criados, que los pagaba con un descuydado descuydo. Pues considerando el atrevido mozo lo poco, que grangeaba aguardando, que por milagro supiera Laurela su amor, intentó uno de los mayores atrevimientos, que se puede imaginar, y que no se pusiera en él, sino un hombre, que no estimára la vida; y fue, que hallandose un dia en casa de un amigo casado, estaba allí una muger, que habia sido criada de la casa de Laurela, á quien él reconoció, como quien medianamente por su asistencia conocia de vista á todas, que haciendose algo desentendido, dixo: Pareceme, Señora, haberos visto, mas no me puedo acordar donde. La moza, reconociendo haberle visto algunas veces en aquella calle, le respondió: Habreisme visto, Señor, acia el Carmen, que allí cerca he servido algunos meses en casa de Don Bernardo. Así es, dixo él, que en esa misma casa os he visto, y no me acordaba. Y yo á vos, dixo la moza, os he visto algunas

nas

nas veces pasar por esa misma calle. Tengo en ella, dixo Don Estevan, un galantéo, y por eso la pasó à menudo. Mas por qué os salisteis de esa casa, que tengo noticia ser buena? Y como que lo es: mas en habiendo muchas criadas, facil cosa es encontrarse unas con otras, y asi me sucedió à mi. Yo servia en la cocina: hay en casa otras tres doncellas, reñimos una de ellas, y yo y la una por la otra nos despedimos, y cierto, que me ha pesado, porque los Señores son unos Angeles, en particular mi Señora Laurela, que es la menor de tres hijas que hay, que solo por ella se puede servir de valde, porque como es muchacha, todo el dia anda jugando con las criadas. Hermosa es esa Dama, respondió Don Estevan, mas que sus hermanas. Que tiene que hacer: ay Señor mio! Vale mas la gracia, el donayre, y el agrado de mi Señora Laura, que todas las demás, y mas quando toma el harpa, y canta, que no parece sino un Angel. Tan bien canta? Dixo Don Estevan. Excelentisimamente, respondió la moza; y es tan aficionada à la musica, que quantas criadas recibe, gusta que sepan cantar y tañer, y si no lo saben, y tienen voz, las hace enseñar, y como lo sepan, no se les da nada à sus padres, que no sepan otra labor; porque aman tan tiernamente à esta hija, que no tra-

tan sino de agradar, y serviria, y en siendo musicas no regatean con ellas el salario. Y yo aseguro, que habrá sentido harto mi Señora Laurela, la ida de la que riñó conmigo, porque cantaba muy bien; y aun yo con no saber como se entona, si mucho estuviera allá saliera cantora; que como la oía à todas horas, tambien yo en la cocina, al son de mis platos entonaba, y decia mil letrillas. Oido esto por Don Estevan, al punto fundó en ello su remedio, porque despedido de alli, se fue à la Platería, y vendiendo algunas cosillas, que tenia grangeadas, compró todo lo necesario para transformarse en doncella, y no teniendo necesidad de buscar cabelleras postizas, porque en todos tiempos han sido los hombres aficionados à melenas, aunque no tanto como ahora, aperciéndose una navaja, para quando el tierno vello del rostro le destintiese su trage, dexando sus golillas à guardar à un amigo, sin darle parte de su intento, se vistió y aderezò de modo, que nadie juzgára, sino que era muger, ayudando mas el engaño tener muy buena cara, que con el trage que digo, daba mucho que desear à quantos le veían. Hecho esto, se fue à casa de Laurela, y dixo à un criado, que avisase à su Señora, si queria recibir una doncella, porque venia avisada,



que se habia despedido una. Los criados, como su exercicio es murmurar de los amos, que les parecè, que solo para eso les sustentan, le dixeron burlando de la condicion de Laurela, que si no sabia tañer y cantar, que bien se podia bolver por donde habia venido; porque en aquella casa no se pedia otra labor, y que siendo musica la recibirian al punto. Siempre oí, dixo Don Estevan, que tañer y cantar, no es ajuar: mas si en esta casa gustan de eso, les ha venido lo que desean; que à Dios gracias, mis padres, como me criaron para Monja, casi no me enseñaron otro exercicio: faltaronme al mejor tiempo, con que he venido de ser Señora à servir, y me acomodo mejor à esto, que no à hacer otra flaqueza. En verdad, dixo el uno de los criados, que teneis cara mas para eso, que para lo que pretendeis, y que gastára yo de mejor gana con vos mi jornalejo, que con el Guardian de San Francisco. En lo uno, ni en lo otro le embidio la ganancia, hidalgo, dixo Don Estevan, y ahorremos de chanzas, y entre à decir si me han menester; porque sino, tengo otras dos casas en venta, y me iré à la que mas me diere gusto. Yo le tendré muy grande, en que quedeis en casa, Señora hermosa, porque me habeis parecido un pino de oro, y asi entraré à decirlo; mas ha de ser con una condicion, que

me habeis de tener por muy vuestro. Entre galàn, y digalo; que se verá su pleyto, respondió Don Estevan; y con esto el criado entró donde estaban sus Señores, y les dixo, como afuera estaba una doncella, que preguntaba, si la querian recibir para servir en lugar de la que se despidió, y os prometo Señoras, (ha, medio el amartelado escudero) que su cara, despejo, y donayre, mas merece que la sirvan, que no que sirva: y demás de esto, dice, que sabe tañer y cantar. Sonóle bien à Laurela esta habilidad, como quien era tan llevada de ella, y à las demás no desagradó, que luego mandaron, que entrase, que como madre, y hermanas querian ternisimas à Laurela, todas le seguian la inclinacion, no juzgandola viciosa, no advirtiéndolo, que el demonio texe sus telas, tomando para hacerlo de cada uno la inclinacion, que tiene. Dada, pues, la licencia, entró la doncella, y vista, é informadas de lo que sabia hacer, agradadas de su brio, y desemboltura, à pocos lances quedó en casa; porque si à todas agradó, à Laurela enamoró, tanto era el agrado de la doncella. No fue este amor de calidad de Don Estevan, porque Laurela, sin advertir engaño, creyó que era muger. Preguntaronle el nombre y dixo, que se llamaba Estefania, sin Don que entonces no debia de ser la  
va-

vanidad de las Señoras tanto como la de ahora; que si tienen picaça, la llaman Doña Urraca, y si papagayo Don Loro, hasta à una perrita llamó una Dama Doña Marquesa, y à una gata Doña Miza. Pues Estefania, dixo Laurel, yo quiero oir tu voz, para vér si me agrada tanto como tu cara. Ay Señora mia, respondió Estefania, si la voz no es mejor, que la cara, buena medra sacaré! Y habiendole dado una guitarra, templó, sin enfadar, y cantó sin ser rogada: falta tan grande de los Cantores, que quando vienen à conceder, ya tienen enfadado al genero humano de rogarlos; mas Estefania cantó asi:

*Despues que pasaron  
de la edad dorada  
las cosas, que cuentan  
las viejas honradas:*

*Y despues que al Cielo  
fueron desterradas  
la verdad hermosa,  
la inocencia santa:*

*Porque acá las gentes  
ya las maltrataban,  
ò por ser mugeres,  
ò por no imitarlas:*

*Quando las encinas  
la miel destilaban,  
y daba el ganado  
bilos de oro, y plata:*

*Ofrecian los prados  
finas esmeraldas,  
y la gente entonces  
sin malicia estaba:*

*Quando no trahian  
fregonas, ni Damas,  
guardainfantes, moños,  
guardapiés, y enaguas:*

*Quando los galanes  
calzaban obarcas,  
no medias de pelo,  
que estén abrasadas;*

*La de plata vino,  
donde ya empezaban  
à saber malicias,  
y à maquinaz trazas.*

*Esta pasé, y luego  
la de arambre falsa  
mostró en sus engaños  
maliciosas trazas.*

*Llegó la de hierro,  
tan pobre, y tan falta  
de amistad, que en ella  
no hay mas que marañas.*

*Son tantos los males,  
tantas las desgracias,  
que se teme el mundo  
de que ya se acaba.*

*Al tiempo embió  
con su blanca barba  
de Jupiter santo  
à la audiencia sacra.*

*Para que le advierta,  
que repare; y haga  
contra tantos vicios  
Jueces de la fama.*

*Jupiter le dixo,  
que diga la causa,  
que à pedir justicia  
obliga à sus canas.*

*Lo primero, pido  
dixo en voces altas,  
que los lisongeros  
desterrados vayan;*

Porque solo aquestos  
oro, y seda arrastran,  
y de los Señores  
son pulgas, que abrasan.

Y que à la mentira  
descubran la cara,  
que verdad se nombra,  
como anda tapada.

Item: que declare,  
como, ò donde halla  
los diversos trages  
con que se disfrazá.

Que las viejas muestren  
sus cabezas canas,  
las Damas sus pelos,  
los hombres sus calvas

Porque hay mil achaques  
postillas, y agallas,  
reumas, y jaquecas,  
y otras cosas malas.

Despues que se usa  
vender en la plaza  
cabelleras, moños,  
que à los muertos sacan.

Si son pelicortas,  
que mandan, que traygan  
las cofias de pabos  
de la Infanta Urraca.

Que à los hombres manden,  
que vistan botargas,  
como en otros tiempos  
los Godos usaban.

Que nuestros Abuelos  
era gente honrada,  
y siempre vistieron  
una martingala.

Las medias de pelo  
mueran abrasadas,  
y las que las hacen  
sean leña, y asquas;

Porque no hay haciendas,  
que todas se gastan  
en ponerse unas  
todas las semanas.

Demás que parecen,  
que descalzos andan  
quitando el valor  
à las Toledanas.

Que à sus trages vuelvan,  
y vuelvan à Francia  
los que le han urtado,  
que parece infamia.

Que Francia el valor  
le ha robado à España,  
y los Españoles  
al Francés las galas.

Que en la roperia  
acorten las faldas,  
à aquestos jubones,  
ya medio sotanas.

Y que se recojan  
aquestas que andan  
pelando atrevidas  
las bolsas, y el alma.

Y porque trabajen,  
las señalen casa,  
donde recogidas  
coman, si lo ganan.

Que gastando mantos,  
y rompiendo sayas,  
como vemos, vale  
la seda muy cara.

Que à los coches pongan  
corozas muy altas.  
por encubridores  
de baxezus tantas.

Y que à ciertas viejas,  
que en forma de santas  
voluntades juntan,  
à los montes vayan.

Por-



Porque solo sirven  
de enseñar muchachas  
à chupar las bolsas,  
y hacer carabanas.

Que algunos maridos  
manden , que en sus casas,  
miren , por si hay  
varas encantadas,

Con que sus mugeres  
oro , y tela arrastran,  
y ellos paseando  
comen , visten , calzan.

Que à mil maldicientes,  
que atrevidos hablan  
contra las mugeres,  
à la guerra vayan.

Que sobre los dones,  
echen alcavalas,  
y la cantidad  
à pobres repartan.

Que si cada uno  
ofrece una blanca,  
el uno por ciento  
no hará suma tanta.

Esto pidió el tiempo,  
y Jupiter manda,  
que se vea su pleyto,  
que fué no hacer nada.

Cantó esta satira Estefania con tanto danayre , y desemboltura , que dexó à todas embelesadas , creyendo , que tenian en ella una preciosa joya , que à saber , que era el Cavallo Troyano , pudiera ser no les diera tanto gusto. Pues como Laurela era niña , y tan inclinada à la musica , fuera de sí de gozo , se levantó del estrado , y cruzando los brazos al cuello

de Estefania , juntando su hermosa boca con la mexilla ; favor que no entendió ella llegar à merecerle , le dixo : Ay amiga ! Y qué alegre estoy de tenerte conmigo , y como no tengo de tener por criada , sino por hermana y amiga. Tomóle Estefania una de sus hermosas manos , y besandosela , por el favor que le hacia , dió por bien empleado su disfráz , que la hacia merecedora de tantos favores , y dixole : Señora mia , yo sé , que te merezco , y mereceré toda la merced , que me hicieres , como lo conocerás con el tiempo : porque te aseguro , que desde el punto , que vi tu hermosura , estoy tan enamorada , ( poco digo ) tan perdida , que maldigo mi mala suerte , en no haberme hecho hombre. Y à serlo , dixo Laurela , qué hicieras ? Amarte , y servirte hasta merecerte , como lo haré mientras viviere , que el poder de amor tambien se estiende de muger à muger , como de galan à dama. Diólas à todas gran risa oír à Estefania decir esto , dando un lastimoso suspiro , juzgando , que se habia enamorado de Laurela. Preguntó Estefania , si habia mas doncellas en casa ? Otras dos , dixo Laurela y una criada , que guisa de comer : y oido esto pidió à sus Señoras , se sirviesen de darle cama aparte , porque no estaba enseñada à dormir acompañada , y demás de esto era apasionada de

melancolia, cosa usada de los versistas, y se hallaba mejor con la soledad. Luego tambien tienes esa habilidad, dixo Laurela. Por mis pecados, respondió Estefania, para que estuviese condenada à eterna pobreza. Cada dia me parece has de descubrir nuevas habilidades, respondió Laurela, mas en quanto à tu pobreza vencido has à tu fortuna en haber venido à mi poder, pues yo te haré rica, para que te cases como tu mereces. Ya soy la mas rica del mundo, pues estoy en tu poder, que yo no quiero mas bienes, que gozar de tu hermosa vista, y en lo que toca à casarme, no tienes que tratarme tal cosa, pues la divina imagen, que hoy ha tomado asiento en mi corazon, no dará lugar para que se aposente en él otra ninguna. Bolvieronse à reir todas, confirmando el pensamiento hecho, de haberse Estefania enamorado de Laurela: y en fin, para mas agradarla, le dieron su aposento y cama, dividido de las demás, quedando Estefania muy contenta, por poder al desnudarse y vestirse no dar alguna sospecha, y remediar quando las flores del rostro empezasen à descubrir lo contrario de su abito, pues aunque hasta entonces no le habian apuntado, se temia no tardarian mucho. Gran fiesta hicieron las demás criadas à Estefania, ofreciendosele todas

por amigas, si bien embidiosas de los favores que le hacia Laurela. Vino su padre à cenar, que era un Cavallero de hasta quarenta años, discreto, y no de gusto melancolico, sino jovial, y agradable, y dandole cuenta de la nueva doncella, que habia trahido à casa, y de sus gracias, y habilidades; y diciendo la queria ver, vino Estefania, y con mucha desemboltura, y agrado besó à su Señor la mano, y él muy pagado de ella, lo mas que ponderó fue la hermosura, con tal afecto, que al punto conoció Estefania, que se habia enamorado, y no le pesó, aunque temió verse perseguida de él. Mandóla que cantase, y no lo rehusó, pues como no era muger, sino en el abito, no la ocupó la verguenza; y asi pidiendo una guitarra, con la prontitud del ingenio, y la facilidad, que tenia en hacer versos, pues era maravillosa, cantó asi:

*Ausentóse mi Sol, y en negro luto  
me dexó triste, y de dolor cercada,  
bolvio à salir la Aurora aljofarada,  
y dió en feudo lágrimas por fruto.*

*Nunca mi rostro de este llanto enjuto,  
le dá la enorabuena à su llegada,  
que si ella vé su Sol, yo desdichada,  
al mio doy querella por tributo.*

*Sate Febo tras ella, dando al suelo  
oro, si le dió perlas el Aurora,  
plata à las fuentes, y cristal al rio.*

*Sola yo con eterno de sconuelo*

*no me alegro aunque miro alegre à Flora  
que aunque sale su Sol , no sale el mio.*

*Amo , temo , y porfio  
à vencer con mi amor fieros temores:  
mas ay , que por instantes son mayores!*

*En mi es amor gigante,  
en mi es infante tierno,  
para que sea mi tormento eterno.*

*Ama gigante,  
y teme como infante,  
y yo padezco como firme amante.*

Competencia puede haber Estefania , sobre qual ha de llevar el Laurel, entre tu voz , y tu hermosura , dixo Don Bernardo , que asi se llamaba el padre de Laura. Y mas dixo Doña Leonor, que este es el nombre de su madre , que lo que canta ella misma , es lo que compone ; y en este Soneto parece debia estar enamorada Estefania quando le hizo. Señora mia , respondió ella, lo estaba , lo estoy , y estaré hasta morir , y aun ruego à Dios no pase mi amor mas allá del sepulchro ; y en verdad , que como se iban cantando los versos , se iban haciendo , que à todo esto obliiga la belleza de mi Señora Laura , que como se salió acá fuera , y me dexó à obscuras , y yo la tengo por mi , soltóme este asunto ahora , que me mandó Don Bernardo mi Señor , que cantase. Empezaron todas à reirse , y Don Bernardo preguntó , qué enigmas eran aquellos ? Que enigmas han de ser , dixo Doña Leonor,

sino que Estefania está enamorada de Laura desde el punto , que la vió , y lamenta su ausencia , celebrando su amor , como habeis visto. Bien me parece , respondió Don Bernardo , pues de tan castos amores , bien podemos esperar hermosos nietos. No quiso mi dicha , Señor mio , dixo Estefania , que yo fuera hombre , pues à serlo , sirviera como Jacob por tan linda Raquel. Mas te estimo yo muger , que no hombre , dixo Don Bernardo. Cada uno busca y desea , lo que ha menester , respondió Estefania. Con estas , y otras burlas , que pararon en amargas veras , se llegó la hora de acostarse , diciendo Laura à Estefania , la viniese à desnudar , porque desde luego la hacia favor de Camarera , se fueron , y Estefania con su Señora , asistiendola hasta que se puso en la cama gozando sus ojos , en virtud de su engaño , lo que no se les permitiera , à no ser su engañoso disfráz , enamorandose mas , juzgando à Laura aun mas linda desnuda que vestida. Mas de un año pasó en esta vida Estefania , sin hallar modo como descubrir à Laura quien era , temiendo su indignacion , y perder los favores , que gozaba : pues es de creer , que à entender Laura , que era hombre , no pasára por tal atrevimiento , que aunque en todas ocasiones le daba à entender su amor , ella , y todas las



demás lo juzgaban à locura, y le servia de entretenimiento, y motivo de risa, siempre que le veían hacer extremos, y finezas de amante, llorar zelos, y sentir desdenes; admirando que una muger estuviese enamorada de otra, sin llegar à su imaginacion, que pudiese ser lo contrario, y muchas veces Laurela se enfadaba de tanto querer y zelar, porque si salia fuera, aunque fuese con su madre y hermanas, quando venia la pedia zelos: y si tal vez salia con ellas, le pedia se echase el manto en el rostro, porque no la viesen, diciendo, que à nadie era bien faese permitido ver su hermosura. Si estaba à la ventana, la hacia quitar, y si no se entraba, se enojaba, y lloraba, y le decia tan sentidas palabras, que Laurela se enojaba, y la decia, que la dexase, pues ya se cansaba de amor tan impertinente. Pero en tratando algun casamiento, como era su belleza tanta, antes la deseaban à ella, que à sus hermanas, aunque eran mayores y no feas; allí eran las ansias, las congoxas, las lagrimas, y los desmayos, que la terneza de su amor, vencia la fiereza de hombre: y se tenia entendido, que Estefania se habia de morir el dia que se casase Laurela. No le faltaban à Estefania, sin las penas de su amor, otros tormentos, que la tenian bien disgustada, y era la persecucion de

su amo, pues en todas ocasiones la perseguia, prometiendo casarla muy bien, si hacia por él lo que deseaba: y si bien se escusaba con decirle era doncella, no se atrevia à estar un punto sola en estando en casa, porque no fuese con ella atrevido, y se le descubriese la maraña. Abrasabase Estefania en zelos, de un Cavallero que habia en la misma casa, mozo y galan, con cuya madre, y hermanas tenia Laurela, y su madre, y las demás grande amistad, y se comunicaban muy familiarmente, pasando por momentos los unos al quarto de los otros, porque sabia, que estaba muy enamorado de Laurela, y la deseaba esposa, y la habia pedido à su padre, si bien no se habia efectuado, por ser Laurela muy niña, y su padre quisiera primero acomodar à las mayores; y era de modo, lo que Estefania sentia el ir allà Laurela, que no le faltaba sino perder el juicio, y lo dió bien à entender una tarde, que estaba Laurela con las amigas, que digo en su quarto, pues habiendo estado algun espacio de tiempo allà, la mandó llamar su madre, y viniendo, las halló à todas en una sala sentadas à los bastidores, y Estefania con ellas bordando, pues aunque no era muy cursada en aquel exercicio, con su buen entendimiento se aplicaba à todo. Llegó Laurela, y sentandose con las demás, mi-

ró

ró à Estefania, que estaba muy melancolica, y ceñuda, y empezóse à reir, y sus hermanas, y las demás doncellas de la misma suerte, de que Estefania con mucho enojo enfadada dixo: Graciosa cosa es el reirse de mí, llorar. Pues no llores, respondió Laurela, riendose, sino canta un poco, pues me parece, segun estás de melancolica, que un tono grave le cantáras del Cielo. Por esto te llamé yo, dixo su madre, para que mandandose lo tú, no se escusase, pues aunque se lo hemos rogado, no ha querido, y me ha admirado: pues nunca la he visto hacerse rogar sino oy. En verdad, me tiene mi Señora Laurela muy sazónada, para hacer lo que su merced me mande. Ay amiga, dixo Laurela, y en qué te he ofendido, que tan enojada estás? En el alma, respondió Estefania. Dexa esas locuras, replicó Laurela, y canta un poco, que es disparate, creer, que yo te tengo de agraviar en el alma, ni en el cuerpo, solamente por ser verdad lo que mi madre dice, que cantáras mandandolo

yo, y de no hacerlo te desdices, de lo que tantas veces has dicho, que eres mia. No me desdigo, ni vuelvo atrás de lo que he dicho, dixo Estefania, que una cosa es ser de cuyo soy, y otra estar enojada, y sé, que no estoy cantando, y hablando, sino para decir desaciertos; mas algun dia me vengaré de todo. Reian todas. Canta ahora, dixo Laurela, lo que te gustáre, que despues yo llevaré con gusto tu castigo, como no sea perderte, pues lo sentiria mucho. Así supiera yo, dixo Estefania, que esto se habia de sentir, como no estuviera un instante mas en casa. Dios me libre de tal, respondió Laurela. Mas dime, queriendome tanto, tuvieras corazon para dexarme? Soy tan vengativa, que por matarme matára, y mas estando rabiosa como ahora. Canta por tu vida, dixo Laurela, que despues averiguarémos este enojo. Y como Estefania fuese de tan presto ingenio, y mas en hacer versos, en un instante apercibió cantando, decirle su zelosa pasion, en estas Canciones.

*O soberana Diosa,  
asi à tu Indimion goces segura,  
sin que vivas zelosa,  
ni desprecies por otra tu hermosura,  
que te duela mi llanto,  
pues sabes, que es amor, y amarte tanto,  
ya ves, que mis desvelos  
nacen de fieros, y rabiosos zelos.*

*Fue-*

Fuese mi dueño ingrato,  
 à no sé que concierto de su gusto:  
 Ay Dios! Y que mal trato  
 castigue amor un caso tan injusto.  
 y tu, Diana bella,  
 mira mi llanto, escucha mi querella,  
 y sus veredas sigue,  
 y con tu luz divina le persigue.

Para muchos ha sido  
 cantada sacra Dea, y enfadosa,  
 y muchos han perdido  
 por descubrirlos ocasion dichosa:  
 hazlo asi con mi amante,  
 sigue sus pasos, vela vigilante,  
 y dale mil disgustos,  
 impidele sus amorosos gustos.

Daréte el blanco toro,  
 de quien Europa enamorada goza,  
 de Midas el tesoro,  
 y de Febo, tu hermano, la carroza,  
 el bellocino hermoso,  
 que de Jason fue premio venturoso,  
 y por bella, y lozana  
 juzgaré, que mereces la manzana.

Solo, porque me digas,  
 si fue à gozar algunos dulces brazos:  
 si, dices: no prosigas,  
 hechos los vea quatro mil pedazos;  
 y dí: Quierelos mucho?  
 Que si, me dices, tal sentencia escuchas:  
 ea pues, ojos mios  
 bolveos con llantos caudalosos rios.

Cómo, di ingrato fiero,  
 tan mal pagas mi amor, tan mal mi pena?  
 mas ay de mi! Que quiero  
 contar del mar la mas menuda arena,  
 ver en el suelo estrellas,  
 y en el hermoso Cielo plantas bellas:  
 pues si lo consideras,  
 es lo mismo pedirte, que me quieras.

Del



*Del amor dixo el Sabio,  
que solo con amor pagar se puede;  
no es pequeño mi agravio,  
no quiera amor, que sin castigo quede;  
pues quando mas te adoro,  
si lo entiendes así, confusa ignoro,  
y es mi mal tan extraño,  
que mientras mas te quiero, mas me engaño.*

*Confieso que en tí sola  
extremó su poder naturaleza,  
y en la tierra Española  
eres monstruo de gala, y gentileza;  
mas de una piedra belada  
tienes el alma por mí mal formada;  
y la mía en tu yelo  
es Etna, es un Bolcán, es Mongibelo.*

*Esos ojos, que adoras,  
acaso son mas dulces, que los míos?  
Si; pues en ellos moras,  
y por su causa tratas con desvios  
los ojos, que en tus ojos  
adoran por favores los enojos,  
por gloria los desdenes,  
y los pesares por dichosos bienes.*

*Ojos, no la mirasteis?  
Pues pagad el mirar con estas penas.  
Corazon, no la amasteis?  
Pues sufrid con paciencia estas cadenas.  
Razon, no te rendiste?  
Pues dí, por qué razon estás tan triste?  
Pues es mayor fineza  
amar en lo que amais esta fineza.*

*No sabes, que te adoro?  
Pues cómo finges, que mi amor ignoras?  
Mas que mayor tesoro,  
que quando tu nueva belleza adoras,  
balles el pecho mio  
tan abrasado, quando el tuyo frio:  
y tén en la memoria,  
que amar sin premio es la victoria.*

*Asi seas oida*

de tu Narciso , Ninfa desdichada,  
que en Eco convertida  
fue tu amor , belleza malagrada;  
que si contigo acaso  
habla la causa en quien de amor me abrase,  
le digan tus acentos  
mis tiernos , y amorosos sentimientos.

*Tu , Venus divina,*  
asi tu Adonis en tus brazos veas,  
y à tí , gran Proserpina,  
asi de tu Pluton amada seas,  
y que tus gustos goce  
los seis meses , que faltan à las doce,  
que à Cupido le pidas  
restituya mis glorias ya perdidas.

*Asi de la Corona*

goces de Baco , ò Adriana bella,  
y al lado de la Tona  
asiento alcances , como pura estrella;  
y al ingrato Teseo  
veas preso , y rendido à tu deseo,  
à que le impides el gusto  
à quien me mata con cruel disgusto.

*Tú Calixta hermosa*  
asi en las aguas de la mar te bañes,  
y que à Juno velosa  
para gozar à Jupiter engañes;  
que si desde tu esfera  
vieras , que esta fee tan verdadera  
se paga con engaño,  
castigues sus mentiras , y mi daño.

*O tú Diosa suprema,*  
de Jupiter hermana , y dulce esposa,  
asi tu amor no tema  
agravios de tu fee , ni estés zelosa,  
que mires mis desvelos,  
pues sabes , que es amor , agravio , y zelos,  
y como Reyna altiva,  
seas con quien me agravia!

*Dile*

Dile al Pastor , que tiene  
para velar à Jole los cien ojos,  
que à tu gusto conviene  
velar de aqueste Sol los rayos rojos,  
que solian ser mios,  
y son ahora de otros desvarios;  
pero tengo advertencia,  
que es vara de Mercurio su eloquencia,

Y tú , triste Teseo,  
refiere la pena que padeces  
en el caucaso feo,  
que las entrañas al rigor ofreces  
de aquella Aguila bambrienta,  
porque padezca con dolor , y afrenta,  
y así en cabeza agena  
tendrá escarmiento , y sentirá mi pena!

Dile , Tántalo triste,  
por saltarte lealtad , la pena tuya,  
la gloria , que perdiste,  
del neectar sacro , y para que concluya,  
cuentala tu fatiga:  
y como amor tu ingratitud castiga,  
habla , no estés tan mudo,  
podrá el temor , lo que amor no pudo.

No goce de su amante  
la verde yedra , de su cuello asida,  
pues que la fé inconstante  
de aquel dueño querido de mi vida,  
ya se pasa à otro dueño,  
con que de morir me palabra empeño,  
por ser de amores,  
porque sean mas dulces mis dolores.

Desbaganse los lazos  
del leal , y dichoso Hermosfradito,  
pues en agenos brazos  
à mi hermoso desdén estar permito,  
sin que mi mano airada  
no tome la venganza deseada,  
que con zelos bien puedo,  
ni respetar deidad , ni tener miedo,



*Cancion , si de mi dueño  
bien recibida fueses,  
pues de mi pena fiel testigo eres;  
qual' sabia mensagera,  
dile me escuse esta pena fiera;  
y para no matarme,  
si desea mi vida , quiera amarme.*

Admiradas estaban Doña Leonor, y sus hijas, con todas las Damas, de oír à Estefania y Laurela, que de rato en rato ponía en ella sus hermosos ojos, amando los sentimientos con que cantaba, tomando, y dexando los colores en el rostro; conforme lo que sentía, y ella de industria en su cancion ya parecia, que hablaba con Dama, ya con galan, por divertir à las Damas: y viéndolo habia dado fin con un ternísimo suspiro; Laurela, riendose, le dixo: Cierito, Estefania, que si fueras, como eres muger, hombre, que dichosa se pudiera llamar, la que tu amáras. Y aun así como así, dixo Estefania; pues para amar, supuesto que el alma es toda una en varon, y hembra no se me dá mas ser hombre, que muger, pues las almas no son hombres, ni mugeres, y el verdadero amor en el alma está, y no en el cuerpo, y el que amare el cuerpo con el cuerpo, no puede decir, que es amor, sino apetito, y de esto nace arrepentirse en poseyendo, porque como no estaba el amor en el alma, el cuerpo como mortal se cansa siempre

-113

de un manjar: y el alma, como espíritu, no se puede fastidiar de nada. Si, mas es amor si no provecho, amar una muger à otra, dixo una de las criadas. Ese, dixo Estefania, es el mas verdadero amor, pues amar sin premio es mayor fineza. Pues cómo los hombres, dixo una de las hermanas de Laurela, à quatro dias de amar, le piden, y si no se le dan, no perseveran? Porque no aman, respondió Estefania, que si amáran, aunque no los premiáran, no olvidarian, que amor verdadero es el caracter del alma, y mientras el alma no muere, no morirá el amor. Luego siendo el alma inmortal, tambien lo será el amor, y como amando solo con el cuerpo, el cuerpo, no le alcanzan, aborrecen, ù olvidan luego, por tener lugar para buscar alimento en otra parte, y si alcanzan, áitos buscan lo mismo. Pues segun eso, dixo otra doncella, los hombres de ahora, todos deben de amar solo con el cuerpo, y no con el alma; pues luego olvidan, y detrás de eso dicen mal de las mugeres, sin reservar à las buenas, ni à las malas. Ami-

ga,

ga, respondió Estefania, de las buenas dicen mal, porque no las pueden alcanzar, y de las malas, porque están aitos de ellas. Pues por qué las buscan? Dixo la otra hermana de Laurela. Porque las han menester, dixo Estefania, y por escusar un buen dia à los muchachos, porque los Maestros no los suelten temprano. Pues si solo por necesidad aman, y son tan malas por ellos, las unas como las otras, mas vale, respondió Laurela, ser buena, y no admitirlos. Todo es malo: dixo Estefania, que ni han de ser las Damas tan desdeñosas, que tropiecen en carceles, ni tan desembueltas, que caygan en desestimacion. Sí; más yo quisiera saber, replicó la otra doncella, qué piensa sacar Estefania de amar à mi Señora Laurela, que muchas veces à no ver su hermosura, y haberla visto algunas veces desnuda, me dá una vuelta el corazon, pensando que es hombre. Plugiera à Dios, aunque en mí, amiga, dierras quatro en los Infernos: mas eso es vivir de esperanza; que sé yo si algun dia hará viendome morir de imposible, algun milagro conmigo. El Cielo escuse ese milagro, por darme à mi gusto, dixo Laurela, porque no soy amiga de prodigios, y de eso no pudieras ganar mas de perderme para siempre. Con esto pasaban; teniendo todas chacota y risa, con los amores de Estefania, que aun-

que disimulaba, no la trahia poco penada, ver que ya las compañeras, entre burlas y veras, jugando unas con otras, procuraban ver si era muger, ó hombre, demás que habia menester andar con demasiada cuenta con las barbas, que empezaba à hacer, y no sabía como declararse con Laurela, ni menos librase de su padre, que perdido por ella, era sombra suya en todas las ocasiones que podia. Pues sucedió, porque la fatal ruina de Laurela venia à toda diligencia, que aquel Cavallero, que vivia en casa, y amaba à Laurela con mortales zelos de Estefania, tornó à pedirselas por esposa à su padre, diciendo, porque no se la negase: que no queria otro dote con ella, mas que el de su hermosura y virtudes: que Don Bernardo codicioso, aceptó luego, y tratandolo con su muger è hija, la hermosa Laura obedeció à su padre, diciendo, no tenia mas gusto, que el suyo: y con esto, muy contenta, entró donde estaba Estefania y las demás criadas, y le dixo: Ya, Estefania, ha llegado la ocasion, en que podré hacer por tí, y pagarte el amor que me tienes. En qué forma, Señora mia? Respondió ella. En que me caso, tornó à responder Laurela, que ahora me lo acaba de decir mi padre, que me ha prometido por esposa à Don Enrique. Apenas oyó estas ultimas palabras

bras, Estefania, quando con un mortal desmayo cayó en el suelo, con que todas se alborotaron, y mas Laurela, que sentandose, y tomándole la cabeza en su regazo, empezó à desabrocharle el pecho, apretarle las manos, y pedir apriesa agua, confusa, sin saber que decir de tal amor y sentimiento. Al cabo de un rato, con los remedios, que se le hicieron, Estefania se bolvió en sí, con que ya consoladas todas, las mandó Laurela ir à acostar: sin preguntarle nada, ella lo dixerá, porque estaba tal, que parecia, que ya se le acababa la vida. Laurela mientras las demás fueron à que se acostase, quedó rebolvien- do en su pensamiento mil quimeras, no sabiendo dar color, de lo que veía hacer à aquella muger: mas que fuese hombre, jamás llegó à su imaginacion, que si tal pensára, no hay duda, sino que resueltamente la apartára de sí, sin tornarla à ver, y no le valiera menos que la vida. Acostada Estefania, y las criadas ocupadas en prevenir la cena, Laurela entró donde estaba, y sentandose sobre la cama, la dixo: Cierto, Estefania, que me tienes fuera de mí, y que no sé, à que atribuya las cosas que te veo hacer despues que estás en casa? Y acaso pensára, à no ser cosa imposible, y que pudiera ocasionar muchos riesgos, ò que no eres lo que pareces, ò que no tienes juicio. Qué

perjuicio te viene de que yo tome estado, paraque hagas los extremos, que esta noche he visto? El de mi muerte, respondió Estefania: y pues morir viendote casada, ò morir à tus manos, todo es morir: matame, ò haz lo que quisieres, que ya no puedo callar, ni quiero: tan aborrecida tengo la vida, que por no verte en poder de otro dueño, la quiero de una vez perder. No soy Estefania, no, Don Estevan soy, un Cavallero de Burgos, que enamorado de la extremada belleza, que te dió el Cielo, tomé este habito, por vér si te podia obligar con estas finezas, à que fueses mía; porque aunque tengo nobleza con que igualarte, soy tan pobre, que no he tenido atrevimiento de pedirte à tu padre, teniendo por seguro, que el gran- gear su voluntad, era lo mas esencial; pues una vez casado contigo, tu padre habia de tenerse por contento, pues no me excede mas, que en los bienes de fortuna, que el Cielo los dá, y los quita. Ya te he sacado de confusion, cuerda eres, obligada estás de mi amor, mira lo que quieres disponer, porque apenas habrás pronunciado la sentencia de mi muerte, con llegarme el premio, que merezco, quando yo me la daré con esta daga, que tengo debaxo de esta almohada para este efecto. Figura de marmol parecia Laurela tan helada, y elevada

da



da estaba oyendo à Estefania , que apenas se osaba apartar de ella los ojos , pareciendola , que en aquel breve instante , que la perdiese de vista , se la habia de transformar , como lo habia hecho de Estefania en Don Estevan , en algun monstruo , ò serpiente : y visto que callaba , no sabiendo si eran burlas , ò veras sus razones , le dixo : ( ya mas cobrada del susto , que le habia dado con ellas ) Si no imaginára , Estefania , que te estás burlando conmigo , la misma daga , con que estás amenazando tu vida , fuera verdugo de la mia , y castigo de tu atrevimiento. No son burlas , Laurela , no son burlas , respondió Estefania , ya no es tiempo de burlarme ; que si hasta aqui lo han sido , y he podido vivir de ellas , era con las esperanzas de que havian de llegar las veras ; y habias de ser mia , y si esto no llegára à merecer , me consolára , con que si no lo fueras , por lo menos no te hicieras agena , entregandote à otro dueño ; mas ya casada , ò concertada , qué tengo que esperar , sino morir ? Es posible , que has estado tan ciega , que en mi amor , en mis zelos , en mis suspiros , y lagrimas , en los sentimientos de mis versos , y canciones , no has conocido , que soy lo que digo , y no lo que parezco ; porque quien ha visto , que una Dama se enamore de otra ? Y supuesto esto , ò determinarte à ser

mia , dandome la mano de esposa , ò que apenas saldrás con intento contrario por aquella puerta , quando yo me haya quitado la vida ; y veremos luego , qué harás , ò cómo cumplirás con tu honor para entregarle à tu esposo , y para disculparte con tus padres , y con todo el Mundo ? Que claro es , que hallandome sin vida , y que violentamente me la he quitado , y viendo , que no soy muger , si primero creyendo que lo era , solemnizaban por burlas mis amores , conociendo las veras de ellos , no han de creer , que tu estabas ignorante , sino que con tu voluntad me transformé contigo. Quién podrá ponderar la turbacion , y enojo de Laurela , oyendo lo que Don Estevan con tanta resolucion decia ? Ninguno por cierto. Mas en lo que hizo se conocerà , que fue casi fuera de juicio , asir la daga que en la mano tenia , diciendo : Matandome yo , escusaré todas estas afrentas , y escusaré , que lo hagan mis padres ; mas don Estevan , que estaba con el mismo cuidado , la tuvo tan firme , que las flacas fuerzas de la tierna Dama no bastaron à sacarla de sus manos : y viendola tan rematada , la suplicó se quietase , que todo era burla ; que lo que era la verdad , era ser Estefania , y no mas , y que se mirase muy bien en todo , que no se precipitase , que Estefania sería , mientras ella gustase , que no fuese Don Este-

Bb

van.

van. Con esto Laurela, sin hablarle palabra; con muy grande enojo se salió, y la dexó contenta, con haber vencido la mayor dificultad, pues ya por lo menos sabía, quien era Laurela, la qual, ni segura de que fuese Estefania, ni cierta de que era Don Estevan, se fue à su aposento, con grandísima pasion, y sin llamar à nadie se desnudó, y acostó, mandando dixesen à sus padres, que no salia à cenar por no sentirse buena. Dormian todas tres hermanas, aunque en camas distintas, en una misma quadra, con lo que Laurela se aseguró, de que Estefania no se pondria en ningun atrevimiento, caso que fuese Don Estevan, y ya todos recogidos, y aun dormidos, sola Laurela desvelada, y sin sosiego, dando bueltas por la cama, empezó à pensar, qué salida tendria de un caso tan escandaloso, como el que le estaba sucediendo. Unas veces se determinaba à avisar à su padre de ello: otras, si sería mejor decir à su madre, que despidiese à Estefania, y otras miraba los inconvenientes, que podrian resultar, si su padre creeria, que ella de tal atrevimiento estaba inocente: ya se aseguraba en lo mucho, que la querian sus padres, y quan ciertos estabande su virtuosa, y honesta vida: ya reparaba, que quando sus padres se asegurasen, no lo habia de quedar, el que habia de ser su esposo; pues

comunicacion de tanto tiempo con Estefania, habia de criar en élzolosos pensamientos; y que, ò habia de ser para perderle, ò para vivir siempre mal casada, que no se podia esperar menos de marido, que entraba à serlo por la puerta del agravio, y no de la confianza: consideraba luego las bellas partes de Don Estevan, y pareciale, que no le aventajaba Don Enrique, mas que en la hacienda: y para esta falta (que no era pequeña) echaba en la balanza de su corazon por contrapeso, para que igualase, el amor de Don Estevan, la fineza de haverse puesto por ella en un caso tan arduo, las lagrimas, que le habia visto verter, los suspiros, que le habia oído desperdiciar, las palabras, que le habia dicho aquella noche, que con estas cosas, y otras tocantes à su talle, y gracias igualaba el peso, y aun hacia ventaja. Ya se alegraba, pareciendole, que si le tuviera por esposo, todas podian embidiar su dicha: ya se entristecia, pareciendole, que su padre no le estimaria, aunque mas noble fuese, siendo pobre. En estos pensamientos, y otros muchos, vertiendo lagrimas, y dando suspiros, sin haber dormido sueño, la halló la mañana; y lo que peor es, que se halló enamorada de Don Estevan, que como era niña, mal leida en desengaños, aquel rapaz, enemigo comun de la vida, del sosiego, de la

la honestidad, y del honor, el que tiene tantas vidas à cargo como la muerte; el que pintandole ciego, vé adonde, como, y quando ha de dar la herida, afestó el dorado harpon al blando pecho de la delicada niña, y la hirió con tanto rigor, que ya quantos inconvenientes hallaba, antes de amar, los hallaba faciles. Ya le pesára, que fuera Estefania, y no Don Estevan; ya se reprehendia de haber hablado con aspereza; ya temia si se habia muerto, como lo habia de hacer, y al menor ruido sentia fuera, le parecia que eran las nuevas de la muerte. Todas estas penas la ocasionaron un accidente de calentura, que puso à todos en gran cuidado, como tan amada de todos, y mas Estefania, que como lo supo, conociendo procedia de la pena, que habia recibido con lo que le habia dicho, se vistió, y fue à ver à su Señora, muy triste, y los ojos muy rojos de llorar, que notó muy bien Laurela, como quien ya no la miraba como à Estefania, sino como à Don Estevan. Vino el Medico, que habian ido à llamar, y mandó sangrar à Laurela, que executado ese remedio, y habiendose ido todos de alli, juzgando, que donde Estefania asistia, todos sobaban en el servir à Laurela. En fin, por ir dando fin à este discurso, tanto hizo Estefania puesta de rodillas delante de la cama, tan-

to rogó, y tanto lloró, y todo con tan ternisimos afectos, y sentimientos, que ya cierta Laurela de ser Don Estevan, perdió el enojo, y perdonó el atrevimiento del disfraz, y prometiendose el uno al otro palabra de esposo, concertaron se disimulase, hasta que ella estuviese buena, que entonces determinarian lo que se habia de hacer, para que no tuviesen tragico fin tan estraños, y prodigiosos amores. Ay, Laurela, y si supieras, quan tragicos serán, no hay duda, sino que antes te dexáras morir, que aceptar tal! Mas escusado es querer excusar, lo que ha de ser: y asi le sucedió à esta mal aconsejada niña. O traydor Don Estevan, en qué te ofendió la candidez de esta inocente, que tan aprisa le vas diligenciando su perdicion! Mas de un mes estuvo Laurela en la cama vien apretada de su mal, que valiera mas, que la acabára: mas ya sana, y convalecida, concertaron ella, y su amante, viendo con la prisa, que se le facilitaba su matrimonio con Don Enrique, que hechas las Capitulaciones, y corridas dos amonestaciones, no aguardaban à mas, que pasáse la tercera para desposarlos, y quan imposible era estorvarlos, ni persuadir à sus padres que trocasen à Don Enrique por Don Estevan, niera lance ajustado de descubrir en tal ocasion el engaño de Estefania, menos que es-



tando los dos seguros de la indignacion de Don Bernardo , y Don Enrique . que ya como hijo era admitido , que se ausentasen una noche , que puestos en cobro , y ya casados , sería fuerza aprovecharse del sufrimiento , pues no habia otro remedio , que pondrian personas , que con su autoridad alcanzasen el perdon de su padre ; y suspendiendo la execucion para de alli à tres dias , Estefania , con licencia de su Señora , diciendo , iba à ver una amiga , ò parienta salió à prevenir la parte adonde habia de llevar à Laurela , como quien no tenia mas casa , ni bienes , que su persona , y en esa habia mas males , que bienes , que fue en casa de un amigo , que aunque era mancebo por casar , no tenia mal alhajado un quarto de casa , en que vivia , que ra el mismo donde Don Estevan habia dexado à guardar un vestido , y otras cosillas , no de mucho valor , que quando el tal amigo le vió con el habito de Dama , que él creía no estaba en el Lugar , santiguandose , le preguntó : Qué embeleco era aquel ? A quien Don Estevan satisfizo contando todo lo que queda dicho , si bien no le dixo quien era la Dama . En fin , le pidió lugar para traerla alli , que el amigo le concedió voluntariamente , no solo por una noche , sino por todas las que gustase , y le dió una de dos llaves , que tenia el quarto ,

quedando advertido , que de alli à dos noches él se iria à dormir fuera , porque con mas comodidad gozase amores , que le costaban tantas invenciones ; con que se bolvió muy alegre à casa de Laurela , la qual aquellos dias juntó todas las joyas , y dineros que pudo , que serian de valor de dos mil ducados , por tener mientras su padre se desenojase , con que pasar . Llegada la desdichada noche , escribió Laurela un papel à su padre , dandole cuenta de quien era Estefania , y como ella se iba con su esposo , que por dudar , que no le admitiria por pobre , aunque en nobleza no le debia nada ; y otras muchas razones en disculpa de su atrevimiento , pidiendole perdon , con tierno sentimiento , aguardó à que todos estuviesen acostados , y dormidos , habiendo de nuevo Don Estevan prometido ser su esposo , que con menos seguridad no se arrojára Laurela á tan atrevida accion , dexando el papel sobre las almohadas de su cama , y Estefania el vestido de muger en su aposento ; y tomando la llave se salieron ; cerrando por defuera la puerta , se llevaron la llave ; porque si fuesen sentidos no pudiesen salir tras ellos , hasta que estuviesen en salvo ; se fueron à la casa , que Don Estevan tenía apercebida , dando el traïdor à entender à la desdichada Laurela , que era suya , donde se acostaron  
con

con mucho reposo, Laurela, creyendo, que con su esposo, y él imaginando, lo que habia de hacer, que fue, lo que ahora se dirá. Apenas se empezó à reir la mañana, quando se levantó, è hizo vestir à Laurela, pareciendole, que à esta hora no habia riesgo que temer, como quien sabía, que en casa de Laurela las criadas no se levantaban hasta las ocho, y los Señores à las diez, sino era el criado, que iba à comprar; vestido él, y Laurela bien temerosa, que sería tanto madrugar, facion bien diferente de la que ella esperaba, la hizo cubrir el manto, y tomando las joyas, y dineros, salieron de casa, y la llevó à Santa Maria, Iglesia Mayor de esta Corte, y en estando allí, le dixo estas razones: Las cosas, hermosa Laurela, que se hacen sin mas acuerdo, que por cumplir con la sensualidad del apetito, no pueden durar, y mas quando hay tanto riesgo, como el que à mí me corre, sujeto al rigor de tu padre, y esposo, y de la justicia, que no me amenaza menos, que la horca: yo te amé desde que te ví, è hice lo que has visto, y te amo por cierto, mas no con aquella locura que antes, que no miraba en riesgo ninguno, mas ya los veo todos, y à todos los temo, con que es fuerza desengañarte. Yo, Laurela, no soy de Burgos, ni Cavallero, porque soy hijo de un pobre Oficial de Car-

pinteria, que por no inclinarme al trabajo, me vine à éste Lugar, donde sirviendo he pasado, fingiendo nobleza, y cavallería: te ví, y te amé, y busqué la invencion, que has visto, hasta conseguir mi deseo: y si bien no fueras la primera en el mundo, que casandose humildemente ha venido de alto à baxo estado, y trocando la seda en sayal, ha vivido con su marido contenta; quando yo quisiera hacer esto es imposible, porque soy casado en mi tierra, que no es veinte leguas de aqui, y mi muger la tienen mis padres en su casa, sustentandola con su pobre trabajo. Esto soy, que no hay tal potro como el miedo, que en él se confiesan verdades. Tu puedes considerar como me atreveré à ser hallado de tu padre, que à este punto ya seré buscado, donde no puedo esperar, sino la muerte, que tan merecida tengo por la traicion, que en su casa he cometido. Nada miraba con el deseo de alcanzar tu hermosura; mas ya es fuerza, que lo mire, y así vengo determinado à dexarte aqui, y ponerme en salvo, y para hacerlo tengo necesidad de estas joyas, que tu no has menester, pues te quedas en tu tierra donde tienes deudos, que te ampararán, y ellos reportarán el enojo de tu padre, que al fin eres su hija, y considerará la poca culpa, que tienes, pues has sido

engañada. Aquí no hay que gastar palabras, ni verter lagrimas, pues con nada de esto me has de enternecer, porque primero es mi vida que todo; antes tu misma, si me tienes voluntad, me aconsejarás lo mismo: pues no remedias nada de pérdida, con verme morir delante de tus ojos, y todo lo que me detengo aquí contigo, pierdo de tiempo para salvarme. Sabe Dios, que si no fuera casado, no te desamparara, aunque fuera echarme una esportilla al hombro para sustentarte, que ya pudiera ser, que tu padre, por no deshonorarse, gustara de tenerme por hijo: mas si tengo muger, mal lo puedo hacer, y mas que cada dia hay aqui gente de mi tierra, que me conocen, y luego han de llevar allá las nuevas, y de todas maneras tengo de perecer. Dicho te he, lo que importa, con esto quedate à Dios, que yo me voy à poner al punto à cavallo, para en partiendome de Madrid, escusarme el peligro que me amenaza. Dicho esto, sin aguardar respuesta de la desdichada Laurela, sin obligarse de su lindeza, sin enternecerse de sus lagrimas, sin apiadarse de sus tiernos suspiros, sin dolerse del riesgo, y desamparo, en que la dexaba, como vil, y ruin, que quiso mas la vida infame, que la muerte honrosa, pues muriendo à su lado cumplia con su obligacion, la dexó tan descon-

solada, como se puede imaginar, vertiendo perlas, y pidiendo à Dios la embiase la muerte, y se fue donde hasta oy no se sabe nuevas de él, si bien, piadosamente podemos creer, que no lo dexaria Dios sin castigo. Dexe- mos à Laurela en la parte dicha adonde la traxo su ingrato amante, ò donde se traxo ella misma; por dexarte tan facilmente engañar, implorando justicias contra el traydor, y temiendo las iras de su padre, sin saber que hacer, ni donde irse: y vamos à su casa, que hay bien que contar en lo que pasaba en ella, que como fue à hora que el oriado, que tenia à cargo de ir à comprar lo necesario, se vistió, fue à tomar la llave, (que siempre para este efecto quedaba en la puerta por la parte de adentro, porque no inquietasen à los Señores, que dormian) y no la halló, pensó que Estefania, que era la que cerraba, la habria llevado, hubo de aguardar, hasta que ya las criadas vestidas, salieron à aliñar la casa, y dichos fuesen à pedir la llave à Estefania, de que enfadadas, como embidiosas, de ver que ella lo mandaba todo; despues de haber murmurado un rato, como se acostumbra entre este genero de gente, entraron à su aposento, y como no la hallaron, sino solos los vestidos sobre la cama, creyeron se habria ido à dormir con Laurela, de quien no se apar-



apartaba de noche , ni de dia , mas como vieron , que todas reposaban , no se atrevieron à entrar , y bolviendose à fuera , empezaron à decir bellezas sobre la curiosidad de quitar la llave ; y así estuvieron hasta que fue hora , que entrando en la camara , y abriendo las ventanas , para que sus Señoras despertasen , viendo las cortinas de la cama tiradas , fueron , y abriendolas , diciendo: Estefania , dónde puso à noche la llave de la puerta ? Ni hallaron à Estefania , ni à Laurela , ni otra cosa mas del papel sobre las almohadas : y viendo un caso como este , dieron voces , à las quales , las hermanas , que durmiendo , con el descuydo que su inocencia pedia , estaban despertando despavoridas , y sabido el caso saltaron de las camas , y fueron à la de Laurela , entendiendo era burla , que les hacian las doncellas , y mirando , no solo en ella , mas debaxo , y hasta los mas pequeños dobleces , creyendo en alguno las habian de hallar , con que desengañadas tomaron el papel , que visto , decia el sobrescrito à su padre , llorando , viendo por esta seña , que no habia que buscar à Laurela , se le fueron à llevar , contandole lo que pasaba , se le dieron ; que por no ser cansada , no refiero lo que decia , mas de que , como he dicho le contaba quien era Estefania , y la causa por qué se habia transfor-

mado de Cavallero , en Dama , como era Don Estevan de Fef , Cavallero de Burgos , y como à su esposo le habia dado posesion de su persona , y se iban hasta que se moderase la ira , y otras cosas à este modo , parando en pedirle perdon , pues el yerro solo tocaba en la hacienda , que en la calidad no habia ninguno. La pena que Don Bernardo sintió , leído el papel , no hay para qué ponderarla , mas era cuerdo , y tenia honor , y consideró , que con voces , y sentimientos , no se remediaba nada , antes era espantar la caza para que no se viniese à su poder. Consideró esto en un instante , pareciendole mejor modo para cogerlos , y vengarse , ir risueño. Viendo à Doña Leonor , y sus hijas deshacerse en llanto , las mandó callar , y que no alborotasen la casa , ni Don Enrique entendiese el caso , hasta que con mas acuerdo se le dixese : que para qué habian ellas de llorarle el gusto à Laurela , que pues ella habia escogido esposo , y le parecia , que era mejor , que el que le daba , que Dios la hiciese bien casada , quando quisiese venir à él , claro está que la habia de recibir , y amparar como à hija. Con esta disimulacion , pareciendole , que no se le encubririan para darles el merecido castigo ; mandó à los criados , que pena de su indignacion , no dixesen à nadie nada , y à su muger , è hijas ,

que callasen ; ya que no los escusó la pena , moderó los llantos , y escandalo , juzgando todos , que pues no mostraba rigor , que presto se le pasaria el enojo , si tenia alguno , los perdonaria , y volveria à su casa , si bien su madre , y hermanas , à lo sordo , se deshacian en lagrimas , ponderando entre ellas las palabras , y acciones de la engañosa Estefania , advirtiéndole entonces , lo que valiera mas que hicieran antes. Tenia Don Bernardo una hermana casada , cuya casa era cerca de Santa Maria , y su marido oía todos los dias Misa en la dicha Iglesia : pues éste , como los demás dias , llevado de su devocion , entró casi à las once en ella , donde halló à Laurela , que aunque le vió , y pudiera encubrirse , estaba tan desesperada , y aborrecida de la vida , que no lo quiso hacer , que como la vió tan lexos de su casa , sola , sin su madre , ni hermanas , ni criada ninguna , y sobre todo tan llorosa , le preguntó la causa , y ella , con el dolor de su desdicha , se la contó , pareciéndole , que era imposible encubrirlo , supuesto que ya por el papel que habia dexado à su padre , estaria público. Algunos habrá que digan , fue ignorancia ; mas bien mirado , qué podia hacer , supuesto que su desdicha era tan sin remedio , porque como creyó que su atrevimiento no tenia de yerro mas de casarse sin gusto de su

padre , con esa seguridad de havia declarado tanto en el papel ; y asi en esta ocasion no le encubrió à su tio nada , antes le pidió su amparo , y el que le dió fue , que diciéndole palabras bien pesadas , la llevó à su casa , y la entregó à su tia , diciéndole lo que pasaba , que aun con mas rigor que su marido la trató , poniendo en ella violentamente las manos , con que la desdichada Laurela , demás de sus penas , se hallò bien desconsolada , y affligida. Fue el tio al punto en casa de su cuñado , dándole cuenta de lo que pasaba. Con esta segunda pena se renovó la primera en las que aun no tenian los ojos enjutos de ella. En fin por gusto de su padre , Laurela quedó en casa de su tia , hasta que se determinase lo que se habia de hacer , y por ver si se podia coger el engañador , y los dos juntos contaron à Don Enrique , lo que habia sucedido , del qual fue tan tierno el sentimiento , que fue milagro no perder la vida , además que le pidió , que pasasen adelante los conciertos , sin que sus padres supiesen , lo que pasaba , que si Laurela habia sido engañada , el mismo engaño le servia de disculpa : tan enamorado estaba Don Enrique. A quien su padre respondió , que no tratase de eso , que ya Laurela no estaba mas que para un Convento. Mas de un año estuvo Laurela con sus tios,

tíos, sin ver à sus padres, ni hermanas, porque su padre no consintió que la viesén, ni él, aunque iba algunas veces à casa de su hermana, no la veía, ni ella se atrevia à ponersele delante, antes se escondia temerosa de su indignacion, pasando una triste, y desconsolada vida, sin que hubiese persona que la viese, ni en ventana, ni en la calle, porque no salia sino era muy de mañana à Misa, ni aun reir, ni cantar, como solia, hasta que al cabo de este tiempo, un dia de Nuestra Señora de Agosto, con su tia, y criadas, madrugaron, y se fueron à Nuestra Señora de Atocha, donde para ganar el Jubileo, que en este dia hay en aquella Santa Iglesia confesaron, y comulgaron: Laurela con buena intencion; (quien lo duda) mas la cruel tia, no sé como la llevaba, pues no ignoraba la sentencia que estaba dada contra Laurela, antes habia sido uno de los Jueces de ella. Mucho nos sufre Dios, y nosotros por el mismo caso le ofendemos mas. Cruel muger por cierto, que ya que su marido, y hermano eran complices en la muerte de la Dama, ella que la pudiera librar, llevandola à un Convento, no lo hizo: mas era tia, que es lo mismo que suegra, cuñada, ò madrastra. Con esto lo he dicho todo. Mientras ellas estaban en Atocha, entró el padre, y el tio por un aposento que ser-

via de dispensa, donde no entraban sino à sacar lo necesario de ella, cuyas espaldas caían à la parte donde su tia tenia el estrado, desencajaron todo el tabique, y puestolo de modo que no se echase de ver. Venidas de Atocha se sentaron en el estrado, pidiendo las diesen de almorzar con mucho sosiego, y à la mitad de el almuerzo, fingiendo la tia una necesidad precisa, se levantó, y entró en otra quadra desviada de la sala, quedando Laurela, y una doncella que habia recibido para que la sirviese, bien descuydadas de la desdicha que les estaba amenazando: y si bien pudieron salvar à la doncella, no lo hicieron, por hacer mejor su hecho; pues apenas se apartó la tia, quando los que estaban de la otra parte derribaron la pared sobre las dos, y saliendo fuera cerraron la puerta, y el padre se fue à su casa, y el tio dió la vuelta por otra parte, para venir à su tiempo à la suya. Pues como la pared cayó, y cogió las pobres Damas, à los gritos, que dieron las desdichadas, acudieron todas dando voces, las criadas con inocencia, mas la tia con malicia, al mismo tiempo, que el tio entró con los vecinos, que acudieron al golpe, y alboroto, que hallando el fracaso, y ponderando la desgracia, llamaron gente, que apartase la tierra, y cascotes, que no se pudo hacer tan apriesa, que quan-



quando surtió efecto , hallaron à la sin ventura Laurela , de todo punto muerta , porque la pared la habia abierto la cabeza , y con la tierra se acabó de ahogar. La doncella estaba viva , mas tan maltratada , que no vivió mas de dos dias. La gente que acudió se lastimaba de tal desgracia , y su tia , y tio la lloraban por cumplir con todos ; mas à una desdicha de fortuna , qué se podia hacer sino darles pesames , y consolarlos. En fin pasó por desgracia , la que era malicia : y aquella noche llevaron la malograda hermosura à San Martin , donde tenia su padre entierro. Fueron las nuevas à su padre , que no era necesario darseles , que las recibió con severidad , y él mismo las llevó à su madre , y hermanas , diciendo , que ya la fortuna habia hecho de Laurela , lo que él habia de hacer en castigo de su atrevimiento , en cuyas palabras conocieron que no habia sido acaso el suceso , que los tiernos sentimientos que hacian , lastimaban à quantos la miraban ; y para que su dolor fuese mayor , una criada de los tíos de Laurela , que servia en la cocina y se quedó en casa quando fueron à Atocha , oyó los golpes que daban para desencaxar la pared en la despensa , y saliendo à vér qué era , acechó por la llave , y vió à su amo , y cuñado que lo hacian , y decian : Paguelo la traydora , que se dexó engañar , y vencer , pues

no hemos podido hallar al engañador , para que lo pagáran juntos. La moza como oyó esto , y sabia el caso de Laurela , luego vió que lo decian por ella , y con gran miedo , temiendo no la matasen ; porque lo habia visto , sin hablar palabra se volvió à la cocina , ni menos , ò no se atrevió , ò no pudo avisar à Laurela , antes aquella misma noche , mientras se andaba previniendo el entierro , cogió su atillo , y se fue , sin atreverse à descubrir el caso à nadie , y aguardando tiempo , pudo hablar en secreto à la hermana mayor de Laurela , y le contó lo que habia visto , y oído , y ella à su madre , y à la otra hermana , que fue causa de que su sentimiento , y dolor se renovase , que les duró mientras vivieron , sin poder jamás consolarse. Las hermanas de Laurela entraron à pocos meses Monjas , que no se pudo acabar con ellas se casasen , diciendo , que su desdichada hermana las habia dexado buen desengaño , de lo que habia que fiar de los hombres , y su madre , despues que enviudó con ellas , las quales contaban este suceso , como yo le he dicho , para que sirva à las Damas de desengaño , para no fiarse de los bien fingidos engaños de los cautelosos amantes , que no les dura de voluntad mas de hasta vencerlas.

Dirán ahora los Cavalleros presentes , dixo la hermosa Lisis,

vi-

viendo que Matilde habia dado fin à su desengaño: Quántos males causamos nosotros! Y si bien hablarán ironicamente, dirán bien; pues en lo que acabamos de oir se prueba bastantemente la cautela con que se gobiernan las desdichadas mugeres, no llevando la mira à mas que vencerlas, y luego darles el pago que dió Don Estevan à Laurela, sin perdonar el engaño de transformarse en Estefania, y que huviese en él perseverancia, para que en tanto tiempo no se cansase de engañar, ò no se reduxese á querer de veras, quien le vió tan enamorado, tan fino, tan zeloso, tan firme, tan hecho Petrarca de Laurela, como el mismo Petrarca de Laurela, que no tuviera entre tantas desdichadas, y engañadas, como en las edades pasadas, y presentes ha habido, y hay; como lo hemos ventilado en nuestros Desengaños, que habia de ser Laurela la mas dichosa de quantas han nacido, y que habia de quitarnos à todos con su dicha, la acedia de tantas desdichas. Há Señores Cavalleros! No digo yo que todos seais malos; mas que no sé como se ha de conocer el bueno: demás que yo no os culpo, de otros vicios; que eso fuera disparate, solo para con las mugeres no hallo con que disculparos. Conocida cosa es, que habeis dado todos en este vicio, y hallaréis mas transformaciones

que Proteo, por traer una muger à vuestra voluntad: y si esto fuese para perseverar, amandola, y estimandola, no fuera culpable; mas para engañarla, y deshonrarla, qué disculpa habrá que lo sea? Vosotros haceis à las mugeres malas, y os poneis à mil riesgos, porque sean malas, y no miráis, que si las quitais el ser buenas; cómo quereis que lo sean? Si inquietais la casada, y ella persuadida de las finezas que haceis, pues no son las mugeres marmoles, la derribais, y haceis violar la fé que prometió à su esposo; cómo será ésta buena? Direis, siendolo. Que no se hallan ya à cada paso Santas Theodoras Alexandrinas, que por solo un yerro que cometió contra su esposo, hizo tantos años de penitencia; antes oy en haciendo uno, procuran hacer otro, por vér si les sale mejor, que no le hicieran, si no hubieran caído en el primero. Dexase vencer la viuda honesta de vuestros ruegos: responderéis, no se rinda. Que no hay mugeres Tortolas, que siempre lamentan el muerto esposo; ni Artemisas, que mueran llorando sobre el sepulcro. Cómo quereis que ésta sea buena, si la hicisteis mala, y la enseñasteis à serlo? Veisla siempre doncella, criada al abrigo de sus padres, y traheis ya el gusto tan desenfadado, que no haceis caso de nada: lo mismo es que sea doncella, que

que no lo seá ; dixeras linda , y desabogadamente qualquiera yerro por pesado , y fuerte que sea, sollicitaisla , regalaisla : y aun si estos tiros no bastan , la amagais con casamiento. Cae , que no son las murallas de Babilonia , que tan acosta labró Semiramis. Daisla mal pago, faltando à lo que prometisteis ; y lo peor es , que faltais à Dios à quien habeis hecho la promesa. Qué quereis que haga ésta ? Proseguir con el oficio que la enseñasteis , si se libra del castigo à que está condenada si lo saben sus padres , y deudos : luego cierto es , que vosotros las haceis malas : y no solo eso , mas decís que lo son. Pues ya que soys los hombres el instrumento de que lo sean , dexadlas , no las deshonoréis , que sus delitos , y el castigo de ellos à cuenta del Cielo están ; mas no sé si vosotros os libraréis tambien de ellos , pues lo habeis causado , como se ve cada dia en tantos como pagan con la vida. Pues lo cierto es , que à ninguno matan, que no lo merezca , y si en la presente justicia no lo debia, de atras tendria hecho por donde pagase , que como à Dios no hay nada encubierto , y son sus secretos tan incomprehensibles , castiga , quando mas es su voluntad , ò quizá cansado , de que apenas salís de una , quando os entraís en otra : y es , que como no amais de verdad en ninguna parte , para todas os hallais desembaraza-

dos. Oí preguntar una vez à un desembarazado de amor , ( porque aunque dicen que le tiene, es engaño , supuesto que en él la lealtad está tan achacosa como en todos ) que de qué color es el amor ? Y respondíle , que el que mis padres , y abuelos, y las historias que son mas antiguas , dicen se usaban en otros tiempos , no tenia color , ni el verdadero amor le ha de tener : porque ni ha de tener el alegre carmesí , porque no ha de esperar el alegría de alcanzar : ni el negro , porque no se ha de entristecer , de que no alcance ; ni el verde , porque ha de vivir sin esperanza ; ni el amarillo , porque no ha de tener desesperaciones ; ni el pardo , porque no ha de darle nada de esto penas. Solos dos le competen , que es el blanco , puro , candido , y casto ; y el dorado por la firmeza , que en esto ha de tener. Este es el verdadero amor , el que no es delito tenerle , ni merece castigo. Hay otro modo de amar ; unos , que no mancha jamás la lealtad : este es el amor imitador de la pureza. Otro , que tal vez violado , arrepentido de haber quebrado la lealtad , buelve por este merito à grangear lugar en amor ; mas no por puro , sino por continente. El amor de ahora , que usais , Señores Cavalleros , tiene muchos colores , ya es rubio , ya peliaegro , ya moreno , ya blanco , ya casado , ya soltero , ya civil,

vil,



vil , ya mecanico , y ya ilustre , y alto : y Dios os tenga de su mano no le busqueis barbado , que andais tan de mezcla , que ya no sabeis de qué color vestirle. Para conseguir esto , es fuerza que hagais muchas mugeres malas , y ya muchas que lo son por desdicha , y no por accidente , ni gusto ; y à éstas no es razon , que las deis ese nombre , que si es culpa sin perdon darsele , aun las mas comunes. Pues el honrar à las mugeres comunes , es deuda : qué será en las que no lo son , que entre tantos como oy las vituperan , y ultrajan , no se halle ninguno que las defienda ? Puede ser mayor desdicha , que ni aun los Cavalleros , que quando señalan por tales prometen la defensa de las mugeres , se dexen tambien llevar de la vulgaridad , sin mirar que faltan à lo mismo , que son , y à la fé que prometieron ? No hay mas que ponderar , y que ya que las haceis malas , y estudiais astucias para que lo sean , ocasionando sus desdichas , deshonoras , y muertes , que gustéis de castigarlas con las obras , y afrentarlas con las palabras ; y que no os corrais de que sea asi ! Decid bien de ellas ,

*Si amados pagan mal los hombres , Gila,*

*dime , qué harán si son aborrecidos ?*

*Si no se obligan quando son queridos,*

*por qué tu lengua su traicion perfila ?*

*Su pecha es Caribdis , y nra Scila,*

*donde nuestros deseos van perdidos,*

*no te engañen , que no han de ser creídos,*

y ya os perdonarémolos el mal que las haceis. Esto es lo que os pido , que si lo mirais con pasion , en favor vuestro es mas , que en el suyo , y los mas nobles , mas afectuosos , hareis que los que no lo son , por imitarlos hagan lo mismo ; y creed , que aunque os parece , que hay muchas , hay muchas mas inculpables : y que no todas las que han sido muertas violentamente lo debian , que si muchas padecen con causa , hay tantas mas , que no la han dado , y si la dieron , fue por haber sido engañadas.

Mas dixera Lisis , y aun creo , que no fuera mal escuchada ; porque los nobles , y cuerdos presto se sujetan à la razon , como se vió en esta ocasion ; que estaban los Cavalleros tan colgados de sus palabras , que no hubo ahi tal , que quisiese , ni contradecirla , ni estorvarla. Mas viendo la linda Doña Isabel , que era tarde , y faltaban dos Desengaños para dar fin à la noche ; y tambien , que Doña Luisa se prevenia para dar principio , al que le tocaba , haciendo señas à los Musicos , cantó asi :

quan-

*quando su boca mas dulzor destila,*  
*Si la que adoran tienen oy consigo,*  
*que mejor es llamarla la engañada,*  
*pues engañada está quien de ellos fia,*  
*A la que encuentran , como soy testigo,*  
*dentro de una hora , dicen que es la amada:*  
*concluyase con esto tu porfia.*  
*Su cruel tyranta,*  
*huir pienso animosa,*  
*no he de ser de sus giros mariposa,*  
*En solo un hombre creo,*  
*cuya verdad estimo por empleo;*  
*Y éste no está en la tierra;*  
*porque es un hombre Dios , que el Cielo encierra:*  
*Este si , que no engaña,*  
*éste es hermoso , y sabio,*  
*y que jamás hizo à ninguno agravio.*

## DESENGAÑO VII.

### MAL PRESAGIO CASAR LEXOS.

#### NOCHE SEPTIMA.

**Q**Uando la hermosa Doña Isabel acabó de cantar , ya Doña Luisa tenia ocupado el asiento del desengaño , y con mucha gracia , dixo asi : Por mi vida , que no se que mayor desengaño , hermosas Damas , quereis oir , que este Soneto , que la hermosa Doña Isabel acabó ahora de decir , pues en él ha dicho el hombre , que solo hay que no se engañe , y el que merece solo ser amado. Mas ya que no puedo excusar de decir lo que me toca , dexaré à una parte , muchas que pu-

diera detener. Si supierades los penosos desasosiegos , que tuve con mi esposo , tan opuesto à mi voluntad , que jamás le conocí agradecido à ella , antes con muchos desabrimientos en las palabras , y un pedazo en los ojos , me satisfacía , quando mas le granjeaba , y losongeaba con caricias: mas porque para sí nadie es buen Juez , à los ojos agenos dexaré muchas fortunas mias ; y contaré desdichas agenas , contando una historia tan verdadera , que aun oy hay quien no tiene , acordando-

dose de ella , enjutas las lagrimas no dando mas reprehension à los Cavalleros , de la que el mismo desengaño les ofrece : porque fui tan amante de los despojos , y tibiezas de mi esposo , que en él respeto à todos , y con esta advertencia digo asi :

Por muerte de un gran Señor de España , quedaron sin el amparo , que tenian en su padre , por haberles faltado su madre dias antes , un hijo , y quatro hijas de la hermosura , y virtudes , que se puede creer tendrian tan grandes Señoras : y si bien entrando su hermano en la herencia de los Estados , les previno à sus hermanas el amparo de padre , no les pudo prevenir el librarlas de la desdichada estrella en que nacieron , que pudo asegurar , que de cada una se pudiera contar un desengaño , pues ni les sirvió la hermosura , la virtud , el entendimiento , la Real sangre , ni la inocencia , para que no fuesen víctimas sacrificadas en las aras de la desgracia. La primera , llamada Doña Mayor , casó en Portugal : esta Señora se llevó consigo , quando se fue con su esposo , à la menor de todas : su nombre es Doña Maria , con intencion de darla en aquel Reyno marido igual à su grandeza ; mas à la una , y otra siguió su mala fortuna ; porque no siendo Doña Mayor amada de su esposo , por la simpatia , que la Nacion Portuguesa

tiene con las Damas Castellanas , en no hacer confianza de ellas , y asi , ò por probarla , ò lo mas cierto , por tener achaque para librarse de ella , con color de agravio ; escribió una carta en nombre de un Cavallero Castellano , dandosela à un page , que se la llevase à la Señora , que hecho , asi estandola leyendo , admirada de que à ella se escribiese tal , entró el marido , que aguardaba esta ocasion , y sacando la espada para matarla ; porque el triste page à voces empezó à decir la traicion , le mató , y luego à su inocente esposa. La hermana viendo el fracaso , y habiendo muy bien oído ella , y las criadas , lo que el page habia dicho , temiendo la muerte , ( que le diera sin duda ) se arrojó por una ventana , y de las criadas Castellanas , se escaparon algunas , y otras acompañaron à su Señora en el eterno viage. Doña Maria fue tan desgraciada , que se rompió todas las piernas , de modo , que algunos años que vivió estuvo siempre en la cama ; porque al caer pudo ser vista de algunos Cavalleros Castellanos , que asistian à su malograda hermana , los quales la salvaron ; y trageron à Castilla ; que sabido el caso por su Magestad , castigó al reo , como hasta hoy hay memoria de su castigo.

La segunda hermana , cuyo nombre es Doña Leonor , casó  
en



en Italia; esta Señora, teniendo ya de su matrimonio un niño de quatro años; porque alabó de muy galan un Capitan Español, no con mal intento, sino que de verdad lo era, estandose lavando la cabeza, entró el marido por una puerta escusada de un retrete, y con sus propios cabellos: que los tenia muy hermosos, la hizo lazo à la garganta, con que la ahogó, y despues mató al niño con un veneno, diciendo: que no habia de heredar su Estado hijo dudoso; y si el Capitan avisado por una Dama de la misma Señora, no se escapára, corriera la misma furtuna. Quedó por casar Doña Blanca, que era tercera hermana, y la primera, no solo de las demás en hermosura, entendimiento, y valor, mas de todas las demás de aquel tiempo; porque así lucia Doña Blanca entre las mas solemnizadas de la Corte, como el lucero entre las demás estrellas. Por conveniencias à la Real Corona, y gusto de su hermano, se concertó su matrimonio con un Principe de Flandes, cuyo padre, que aun vivia, era gran Potentado de aquel Reyno. No habia sucedido, ni sucedió tan presto la desdicha de sus hermanas; porque puedese creer, que si sucediera antes de casarse Doña Blanca, por sin duda tengo, que no lo aceptára, antes se entrára Religiosa; mas habia de seguir por lo que las de-

más, y así la suerte cruel no executó su deseo, hasta que ya Doña Blanca estuvo cautiva en el lazo, que solo la muerte le rompe. Con poco gusto aceptó la hermosa Señora el casarse, sin conocer, ni saber con quien; porque decia, y decia bien, que era grande animo el de una muger, quando se casaba solo por conveniencias, y ageno gusto, con un hombre de quien ignoraba la condicion, y costumbres; por cuya causa embidiaba, à las que se casaban precediendo primero las finezas de enamorados; pues quando sobre voluntad no aceptase, no se podia quejar de nadie, sino de sí misma; y viendo, que no podia conseguir este modo de casarse, al tiempo de firmar las Capitulaciones, sacó por condicion antes de otorgarlas, que el Principe habia de venir à España, y antes de casarse la havia de galantear, y servir un año, de la misma manera, y con las mismas finezas, que sino estuviera otorgada por su esposa, sino que la enamorase con paseos, musicas, villetes, y regalos, como si la pretendiera à escusas, y à fuerza de finezas: porque queria amar por el trato, y conocer en él el entendimiento, condicion, y gracias de su esposo. Mucho rieron su hermano, y todos quantos supieron las condiciones, con que Doña Blanca aceptó el casamiento, que aun en Palacio se conta-

ba,

ba, y reía; mas su hermano que la queria ternisimamente, por darle gusto, porque se dilatase el perderla, vino en todo quanto Doña Blanca pedia, y asi se avisó al Principe, que hizo lo mismo con mucho gusto, que como era de poca mas edad que Doña Blanca, por ver à España, si bien à descontento de su padre, puso luego en execucion su partida. Tenia Doña Blanca, entre las Damas que la asistian, una que se habia criado con ella desde niña, y à quien amaba mas que ninguna, con quien comunicaba lo mas secreto de sus pensamientos. Pues un dia que Doña Blanca se estaba tocando, y todas sus Damas asistiendola, les preguntó: (como era tan afable) Qué habeis oído de lo que se platica en la Corte, de las condiciones con que acepté este casamiento? Doña Maria (que se llamaba la Dama tan querida suya) le respondió como la que fiada en su amor hablaba con mas libertad: Si te he de decir verdad, Señora mia, à todos oygo decir, que es locura; porque pudiendo gozar gustos descansados con tu esposo, le quieres condenar, y te condenas à la pena de la dilacion, y à los desasosiegos de amar, con esperanzas de poseer lo mismo que es tuyo. Y quién son los necios, Doña Maria, (preguntó Doña Blanca) que llaman locura à

una razon fundada en buen discurso? De manera, que sienten mejor de casarse una muger con un hombre, que jamás vió, ni habló, y que suceda ser feo, ò necio, ò desabrido, ò mal compuesto, y se halle despues aborrecida, y desesperada de haberse empleado mal, que no avisarse del caudal que lleva en su esposo? Todas quantas cosas se compran se procuran ver, y que vistas agradan al gusto, como es un vestido, una joya; y un marido, que no se puede deshacer de él como de la joya, y del vestido, ha de ser por el gusto ageno? Quanto mas acertado es, que galán la grangee la voluntad, y ella bien hallada con ella se la pague; que no como hemos visto à muchas que se cansan sin gusto, y viviendo sin él se pasan de la vida à la muerte, sin haber vivido el tiempo que duró el casamiento, ò que viendose galanteadas de otros que supieron con finezas grangearles la voluntad, como no se la tenian à sus esposos, caer en muchas liviandades, que no cayeran si los amáran? No hay, Doña Maria, mas firme amor, que el trato: con él se descubren los defectos ò gracias, del que ha de tener por compañero toda la vida. Y à los que se valen del adagio vulgar: Que quien se casa por amor, vive con dolor; tengo por ignorante, pues su misma ignorancia le desmiente, porque ja-

más se puede olvidar, lo que de veras se amó, y amando, no sienten, ni las penas, ni las necesidades, ni las incomodidades: todo lo dora, y endulza el amor; y si tal vez hay desabrimiento, lo causan las desigualdades que en los casamientos por amores hay; mas si son iguales en la nobleza y en los bienes de fortuna; qué desabrimientos ni dolor puede haber, que no lo supla todo el amor? Es como decir muchos, que el marido no ha de ser zeloso: es engaño notable; pues no siendolo, tanto que peque de necio, y él no falte por zeloso al cariño y regalo de su esposa; antes con eso la excusa, de que no sea fácil; pues mas presto se arroja à qualquiera travesura la que tiene el marido descuydado, que no la que le tiene cuydoso, pues sabe, que tiene ó no tiene lugar. Yo, por lo menos, quiero conocer en mi esposo, en las finezas de galan, lo cariñoso, quando sea marido, y en los aciertos de puntual, sin posesion, lo que obrará puesto en ella. Estoy bien con eso, dixo Doña Maria: mas tu Señora, aunque conozcas diferentes condiciones en el Principe, de las que en tu idea te prometes; puedes ya dexar de ser suya? En eso hay mucho que averiguar, porque yo no soy la que me le he prometido, que à ser eso así, no procurára avisarme

de lo que cobro en él: hanmele prometido galan, bien entendido, afable, liberal, con otras mil prerrogativas, de que vienen llenas las cartas; tantos hiperboles, como dicen los retratos que se ha visto infinitas veces ser engañosos: averiguo otra cosa: luego no tendré obligacion de cumplir lo firmado, pues no me dan lo que prometieron; y para eso hay Conventos, pues no me tengo yo de cautivar con otro, diferente del que me dixeran; y me puedo llamar engaño, diciendo que yo me prometí à un hombre perfecto, y que supuesto que me lo dan imperfecto, que no es el que me ha de merecer. Venga el Principe, y empiece-se la labor amorosa, que no permitirá el Cielo, que sea menos que como yo deseo, y sepa ser buen galan, para que despues no sea descuydado marido, que si no fuere tal como le han pintado, el tiempo me dirá lo que tengo de hacer, y cada uno siga su opinion, que yo no pienso apartarme de la mia. Con estos y otros coloquios entretenia Doña Blanca, y sus Damas, el tiempo que tardó en llegar el Principe, que venido y visto, en quanto à la presencia, talle, y gala, con la hermosura del rostro, no hubo que despreciar, y aun à Doña Blanca le pareció muy bien, y no sé si le pesó del concierto, en quanto à la di-



dilacion , segun lo dió à entender quando lo vió por entre unas menudas celosias, y despues oyendolo hablar con su hermano , por lo que la podia cubrir una ante puerta. Tenianle prevenida posada en la misma calle donde vivia Doña Blanca , que de industria , para conseguir lo concertado , no se aposentaron en su misma casa. Entre las demás gracias que tenia el Principe , era hablar muy bien nuestra lengua , porque los Señores siempre tienen Maestros que los habilitan en todas. No quiso Doña Blanca , que la viera aquel dia el Principe , dando por excusa el no hallarse apercebida , excusando la visita , que de cortesía se devia hacer , quizá por tenerle mas deseo de su vista , ò porque naturalmente no se casaba con gusto ; y quedando citada para otro dia , el Principe , y su gente se fueron à descansar. Venida la mañana , Doña Blanca se levantó muy melancolica , tanto , que à fuerza parecia que estaba deteniendo las lagrimas , que por sus hermosisimos ojos estaban reventando por salir , teniendo à sus criadas confusas , y mas à Doña Maria , estrañando el no darle parte de su pena , y asi en burlas le dixo : Qué severidad , ò tristeza es esta , Señora ? En tiempo de tanta alegria , como es justo tener por la venida del Principe mi Señor ? A esto respondió Doña Blanca : Aun hasta

ahora , no es razon darle este titulo , que aun hay de plazo un año hasta que lo sea. Y aun eso debe de ser , replicó Doña Maria , lo que tiene triste , sino es que no te ha parecido bien el novio. Díposlo , asi el Cielo te haga con él muy dichosa. Por tu / Doña Maria , respondió Doña Blanca , y por la mia tambien , que ni es lo uno , ni lo otro ; porque en quanto haberme parecido bien , te puedo jurar que yo soy la apasionada ; y en quanto à desear que el año del concierto estuviese cumplido , te doy mi palabra , que quisiera que durára una eternidad , y asimismo te prometo , que no sé de qué me procede este disgusto , si ya no es de pensar que tengo de ausentarme de mi natural , y de mi hermano , è irme à tierras tan remotas , como son donde he de ir , mas tampoco me parece es la causa esta , ni la puedo dar alcance , aunque mas lo procuro. Hablando en esto y otras cosas , con que sus Damas la procuraban divertir , se aderezó , y prendió con tanto cuydado suyo y de todas , que parecia un Angel , y salió donde su hermano , y el Principe la aguardaban , que se enamoró tanto de la hermosa Doña Blanca , ò lo fingió , que el corazon del hombre para todo tiene astucias , que dió bien à entender con los ojos , y las palabras quanto le pesaba de la dilacion , que

para gozar tal belleza habia; y comenzandose desde este punto el galanteo en las alabanzas, y en la vista, tuvo fin la visita, y Doña Blanca se retiró à su quarto, tan triste, que ya no tan solo procuraba detener las perlas que à las ventanas de sus ojos se asomaban, mas dexaba caer hasta el suelo quantas desperdiciaban sus pestañas. O qué profeta es el corazón, pocas veces se olvida de avisar las desdichas que han de venir, si nosotros le creyeseamos! Porque confesar que le agradaba el Principe, no negar que le amaba; haberle parecido bien, y no desear la posesion, antes pesarle, de que para llegar à tenerla, era corto plazo el de un año; y que quisiera fuera mas dilatado; cosas son que admiran. Acostóse al punto, sin querer responder à quanto sus Damas le decian, y estuvo sin levantarse de la cama quatro dias, admirando à todos, y mas à su hermano, que la entró à ver, tan diferentes efectos como en ella veían; en los quales dias de indisposicion informado el Principe, qual era la Damas querida de Doña Blanca, y sabido que era Doña Maria, la habló, y dió un papel, y un rico presente de cosas muy sazoadas de su país, y para ella una joya de mucho valor, con otras que repartiase con las otras Damas, que Doña Maria recibió, y habiendolo llevado à su Señora, des-

pues de dar à las Damas sus joyas, Doña Blanca vistió las suyas, muy agradada de ellas, leyó el papel, que decia de esta manera:

*No debe ser admitido galan, el que no sana su atrevimiento con el deseo de ser esposo, ni tampoco será buen marido el que no fuera finisimo galan; pues es fuerza que lo sea todo para ser perfecto en todo. Lucese bien vuestro entendimiento, hermosisima Señora mia, en disponer que la gloria de mereceros se conquiste con la pena de desearos: que soy vuestro, ya lo sabeis: que soys mia, ingoro, pues aun no he llegado à estado de tal bien, y asi os suplico ordeneis lo que he de hacer para mereceros mia; pues ya sé lo que he de hacer para no morir hasta que lo seais; y pues à los golpes de vuestra belleza no tengo otro reparo, sino la esperanza, me alenteis con ella, para que no muera con la dilacion de vuestra gloriosa posesion. El Cielo os guarde.*

Leído el papel alabó Doña Blanca el entendimiento, y solemnizó el buen gusto del presente, mas no respondió por escrito, mas de mandar à Doña Maria, le dixese, como lo habia recibido con la estimacion que se debia. Pasados los quatro dias, se levantó Doña Blanca ya quanto moderada la tristeza, y oía con mas gusto, como le decian, que el Principe

pa-

pasaba la calle, y que habia salido muy galan de sus colores, y esa noche salió à oír una musica:

que le dió, cantando excelentisimamente à seis voces este Soneto:

*No quiere, dueño amado, el dolor mio  
Tan aspero remedio, como ausencia,  
Que ni hay valor, cordura, ni paciencia  
Para sufrir, aunque sufrir porfio.  
Tratadme con des lenés, con desvio,  
Con zelos, aunque es tanta su violencia,  
Harcis de un firme amor clara experiencia,  
Aunque me vuelva con mi llanto un rio;  
Que como yo me vea en vuestros ojos,  
Dulces nortes de amor, estrellas mias,  
En quien las desdichas de mi suerte espero;  
Alegres, tristes, con mil enojos,  
Darán aliento à mis cansados brios,  
Pero quando no os veo desespero.  
Si mas que à mí no os quiero,  
Si veros me dá vida,  
Tenedla, si no os veo por perdlida.*

Bien conoció el Principe, que estaban las rejas ocupadas, y no dudó, de que estaria en ellas Doña Blanca, y con mucho desenfado y donayre, como quien galanteaba con fee de amante, y seguridad de esposo, dixo, llegando mas cerca: Ser tan dichoso, que entre tantas Estrellas, esté el Sol, y entre tantos nortes la blanca y plateada Cintia? Sí, respondió una de las Damas, que como estos amores iban con las conveniencias ya dichas, y à lo publico, no le querian regatear los favores, ni se temia las murmuraciones. Pues, cómo Señora mia prosiguió, cubris vuestros di-

vinos rayos, y lustruosos candores con la obscuridad del silencio? Merezca yo un favor vuestro, aunque sea mandarme morir. Que vivais muchos años, respondió Doña Blanca; y que prosiga la musica es lo que mando: y con esto, avisando à los Musicos, bolvjeron à cantar este Romance:

*Contaros quiero mis dichas,  
dulces, y amorosas selvas,  
en cambio de que escuchasteis,  
con grato oído mis penas.  
Salió à mis ojos el Sol,  
de una divina belleza,  
tal, que deydad le adorára,  
à no conocer la eterna.*



A sus uentos el alma,  
con tanta dulzura atenta,  
instantes juzgó las horas,  
millares, contó las queexas.

Amor desterrando dudas,  
aunque niño cobró fuerzas;  
miente quien dice, que amor  
es mayor con las ofensas.

Con las ternezas se cria,  
si con la vista se engendra;  
con las firmezas se anima,  
las finezas le alimentan.

Los agravios le desmayan,  
las sinrazones le yelan,  
enferma con los temores,  
y muere con las ofensas.

Y siendo así, que el amor,  
con los favores se aumenta;  
quien tantos ha recibido,  
fuerza es querer con mas veras.

Quién verá, Blanca divina,  
tu hermosura, y gentileza,  
que no te dé por tributo,  
mil almas si las tuviera?

Tal imperio tu hermosura  
ha puesto en mí, que quisiera  
de nuevo entregarte el alma;  
à no ser tuya esta prenda.

A tener tantas que darte,  
como son las hojas vuestras;  
ninguna libre quedára,  
que todas se las rindiera.

Ay, dueño del alma mía!  
si la estimais como vuestra;  
maltratadla con amor,  
no la mateis con su ausencia.

Si mas que à mí no os estimo,  
ruego à Dios, que no me vea,  
en posesion de esos ojos,  
siempre esté en desgracia vuestra.

Selvas si veis de Blanca la belleza,  
contadle mi firmeza,  
referidle mi pena;  
rogadle selvas, que de mí se duela.

Acabando de cantar se retiró Doña Blanca, y quedó Doña Maria para decir al Principe, que su Señora se daba por muy bien servida de sus finezas: con que el Principe muy gustoso se fue à su posada. No se acabára jamás este desengaño, si se hubiera de contar por menudo las cosas que sucedieron en este entretenimiento de amor, y prueba de entendimiento, que así le llamaba Doña Blanca; porque llegó à escribirse el uno al otro bien entendidos, y tiernos papeles, à hablarle Doña Blanca por una rexa, no concediendole mas favor, que el de sus hermosas manos; deseando las Damas, y mas Doña Maria, que durára tantos años, como dias tenia el del concierto; porque demás de gozar las mas noches de musicas, los dias de paseos, toros, cañas, y encamisadas, mascarar, y otras fiestas, que el Principe hacia en servicio de Doña Blanca, estaban muy medradas de galas, y otras dádivas, absueltas de esto, gozaban tambien de sus galantéos; y así ellas deseaban, que el año no se acabára. Doña Blanca lo deseaba mas; porque cada dia que pasaba de él le costaba à ella el haber pasado muchos desperdicios de perlas:

tan-

tanto era lo que sentia imaginar, que se habia de casar, y demás de esto amaba al Principe tan ternisimamente, que quando la venia à ver à la Dama, ò Page, que le daba la nueva, daba en albricias una joya. Quién vió jamás tan diferentes efectos de amor, y desamor? Contabanse en la Corte estos amores por cosa de admiracion, unos decian que Doña Blanca tenia buen gusto en hacer que le costase al Principe tan cara su hermosura, que la comprase à precio de dilaciones: otros, que era locura, lo que era verdaderamente suyo, y que podia poseer sin embarazos, enagenarse de ello; de suerte, que cada uno hablaba como sentia del caso: tal vez, que las criadas hablaban con los criados del Principe, procurando saber de ellos, como llevaba su dueño estas dilaciones; ellos les decian, que estaba desesperado y que si bien queria de veras à Doña Blanca, sino fuera por su hermano, hubiera deshecho los conciertos, y bueltose à su tierra, y que asi se lo escrivia su padre que lo hiciese, y quando Doña Maria le decia esto à Doña Blanca, arrasandose los ojos de lagrimas, respondia: Mas desesperada estoy yo, de que se cumpla tan presto el plazo, que si à ellos se les hace tarde, yo le juzgo temprano. En fin llegó, (que no hay ninguno, que no llegue, y mas el

que trahe por padrino à las desdichas, que parece que le espollean, para que se cumpla mas presto) desposóse Doña Blanca con igual regocijo de toda la Corte, y quando pensaron que la tornaboda habia de ser con el mismo regocijado aplauso, fue con llantos y lutos; porque casi una tras otra llegó la triste nueva del desdichado fin de sus hermanas, trayendole à sus ojos la mas pequeña, imposibilitada de poder andar; porque de las rodillas abaxo no tenia piernas, ni pies, habiendo de ser la cama el teatro donde mientras vivió representaba à todas horas la adversa estrella con que habia nacido; con lo qual Doña Blanca quedó tan temerosa y desabrida, que se tiene por seguro, que si no se hubiera desposado, por ningun temor, interés, ni conveniencia se casára, y asi lo decia à sus Damas con muchos sentimientos, antes se hubiera entrado Religiosa. En fin llenas de luto, y pesares se acabaron de celebrar las bodas, y luego se empezó à tratar de la partida. Doña Maria trataba de casarse con el Camarero de su hermano de Doña Blanca, que quando supo, que queria quedarse, como la queria tanto, y se habian criado juntas, y la tenia por alivio en sus mayores penas, lo sintió tanto, que por moderarle el desconuelo se dió orden, que Don

Jorge (que este era el nombre del Camarero de su hermano de Doña Blanca) fuese en su servicio con otros criados, que llevaba Españoles, con promesa, de que en llegando allá los casaria, y haria merced: con que dentro de dos meses casada, dexó Doña Blanca à España, con tan tierno sentimiento de apartarse de su hermano y hermana, y de su amada patria, que el Principe mostraba gran enfado de ello; porque como ya estaba en posesion se iba cansando de los gustos, que en esperanza le habian agradao, mas disimulaba à la cuenta, hasta sacarle del poder de su hermano, y al tiempo, que Doña Blanca partió de Madrid, se habia averiguado la inocencia de su hermana Doña Mayor, y el Rey habia severamente castigado à su marido, con lo qual se moderó en parte el dolor de su muerte, juzgandola gozaba en el Cielo la corona de Martyr. Partida en fin, con el sentimiento que digo, agasajada, los dias que duró el camino por tierra, de su marido, mas no con tanto cariño como quando estaba en la Corte, de que ella, con estrañas admiraciones, daba parte à su querida Doña Maria, que como euerda la alentaba y aconsejaba, y entretenia la tristeza que llevaba de haber dexado su paternal alvergue, è irse à vivir desterrada para siempre de él, y mas con los

desapegos, que empezó à ver en su esposo; porque apenas se embarcaron, y le pareció, que tenia la inocente palomilla fuera de todo punto de su nido, quando se desapegó de ella con tanta demonstracion de tibieza, ò enfado, que muchas veces llegaban à tener rencillas sobre ello, y à las quejas que ella le daba, respondia: No seas viciosa Española, ni te laments tanto, por lo que ahora se empieza; qué quieres verme siempre junto à tí? Algundia desearás verme lexos. No sé que desdicha tienen las Españolas con los estrangeros, que jamás las estiman, antes se cansan à dos dias, y las tratan con desprecio; y esto por haberlo visto en muchas lo digo. Tuvo fin el viage, y llegados à sus Estados, se halló Doña Blanca con menos gusto que antes; porque el suegro era hombre severo, y que tocaba mas en cruel, que en piadoso; y enfadado del largo tiempo, que su hijo se habia detenido en el galanteo, aun el mismo dia que llegaron à su presencia, no disimuló el enfado, y la recibió, diciendo: Quando habia de ser esta venida? Basta, que las Españolas sois locas: no sé que estrangero os apetece, sino es, que esté desesperado; y otras razones, de que Doña Blanca corrida no acertó à responder, conociendo claramente, que estaba en poder de sus enemigos; y si con alguna cosa

tuvo



tuvo alivio su pena, fue con una hermana de su esposo, llamada la Señora Marieta; que en aquellos Países, ni en Italia, ninguno se llama Don, sino solo los Clerigos; porque nadie hace ostentacion de los Dones como en España, y mas el dia de oy, que han dado en una vanidad tan grande, que hasta los Cocheros, Lacayos, y Mozas de cocina le tienen, estando ya los negros Dones tan abatidos, que las Taberneras, y Fruteras son Doña Serpiente, y Doña Tigre; que de mi voto, aunque no el de mas acierto, ninguna persona principal se le habia de poner, que no ha muchos dias, que oí llamar à una perrilla de falda, Doña Xarifa, y à un gato Don Morro, que si Su Magestad (Dios le guarde) echára alcavala sobre los Dones, le habia de aprovechar mas, que el uno por ciento; porque casas hay en Madrid, y las conozco yo, que yerven de Dones, como los sepulcros de gusanos; que me contaron por muy cierto, que una Labradora socarrona de Ballecas, vendiendo pan el otro dia en la Plaza, à qualquier bayven que daba el burro, decia: Está quedo Don Rucio; y queriendo partirse, empezó à decir, Don Arre; y queriendose parar, Don Já.

Era la Señora Marieta muy hermosa y niña, aunque casada con un primo suyo, y lo que mejor tenia, era ser muy virtuosa, y

posaba con su padre. Con esta Señora travó Doña Blanca grande amistad, cobrandose las dos tanto amor, que sino era para dormir, no se dividia la una de la otra, comunicando entre ellas sus penas, que gustos tenian tan pocos, que no las cansaba mucho el contarlos; porque tan poco estimaba su esposo à la Señora Marieta, como el Principe à Doña Blanca. Tenia el Principe un page, mozo, galan, y que los años no pasaban de diez y seis, tan querido suyo, que trocará su esposa el agasajo suyo, por el del page, y él tan sobervio con la privanza, que mas parecia Señor, que criado: él tenia quanto el Principe estimaba, con él comunicaba sus mas intimos secretos, por él se gobernaba todo; y él tan desabrido con todos, que mas trataban de agradarle, que al Principe. Pues como Doña Blanca muchas veces preguntaba, qué hacia su esposo; y la respondian, que estaba con Ernesto, que este era su nombre, y algunas, que, ò por burlas, ò veras le decian, que mas queria à su page, que no à ella, fue causa para que Ernesto aborreciese à Doña Blanca, de suerte, que lo mostraba no solo en el desagrado con que siempre la asistia, si era necesario, mas en respondesle en varias ocasiones algunas libertades, y Doña Blanca, asimismo le aborrecia, por te.

tener por seguro le debía de servir de tercero en algunos amores, que debía de tener el Principe, y que de esto nacia la libertad, y soberbia del page. Con este pensamiento dió en ser zelosa, con que se acabó de perder; porque ella se desagradaba declaradamente de las cosas de Ernesto, hablandole con sequedad y desapego, y él con libertad y desemboadura, llegando Doña Blanca, y el Principe à tener sobre esta causa muchos disgustos, y todo por hallarse menos querida de su esposo, y mas odiada de Ernesto, y aun de su suegro, que muchas veces oía de él palabras muy desabridas; porque no la llamaban por su nombre, sino la Española; y aunque Doña Blanca bolvía por sí, no consintiendose perder el respeto, le valía poco; porque todos eran sus declarados enemigos, sin que tuviese ninguno de su parte, supuesto que los criados, que tenia Españoles, estaban tan oprimidos, y mal queridos como ella. Era Doña Blanca excelentissima musica, y cantaba divinamente, no teniendo necesidad de buscar los tonos, que habia de cantar; porque el Cielo le habia dado la gracia de saberlos hacer, y mas en esta ocasion, que como tenia caudal de zelos, lo hacia con mas sentimiento; pues con ellos alentaba su natural; y asi un dia que la Señora Marieta pidió cantase al-

guna cosa, de las que hacian à su zelosa pasion, cantó este Romance que habia hecho, y le diré aqui; porque fue causa de un gran disgusto, que tuvo con su esposo.

*Qué gusto tienen tus ojos,  
de ver los ojos, que un tiempo  
dueños llamaron los tuyos,  
dos copiosas fuentes hechas?*

*Qué gusto te dá saber,  
cuán poco ocupan el sueño;  
y pues ellos están llorando,  
quando los tuyos durmiendo?*

*Muy à mi costa les quitas  
el imperio que tuvieron;  
mas tú te llevas la gloria,  
y ellos pasan los tormentos.*

*No sé como es este enigma,  
que la nieve esté en tu pecho,  
y sin que en él se deshaga,  
ya se destila por ellos?*

*Mas ya llego à conocer  
de aquesta duda el secreto,  
que otro fuego se deshaca,  
y resulta el daño en ellos.*

*Que entre las muertas cenizas,  
de aquel tu pasado incendio,  
no guardases una brasa,  
que reviviese algun tiempo.*

*Si tienes el corazon  
hecho para mí de yelo;  
bacerate, ingrato, al mio,  
que presto será deshecho.*

*Mira, que al fuego que ardes,  
es un aparente fuego,  
el mio no, que es amor,  
y es su calor verdadero.*

*No sé, como un pecho noble  
puede vivir satisfecho;*

quan-

cuando ve un alma rendida  
tirar los golpes violentos.

No te acabo de entender,  
ni à mí misma no me entiendo;  
solo entiendo, que te adoro,  
solo entiendo, que padezco.

Mis lagrimas te endurecen,  
y viene à ser caso nuevo  
caer sobre el yelo el agua,  
y no dexarle deshecho.

Solo en tí, porque yo muera,  
permite amor tal extremo;  
pues debieras conocer,  
que me pierdes, si te pierdo.

Seguro estoy, que tendrás,  
quien te quiera; pero advierto,  
que quien te quiera, bollarás;  
mas no mas, que yo te quiero.

Muy avaro estás conmigo,  
muy pocos gustos te debo,  
que aun por negarme el cariño,  
siempre estás fingiendo sueño.

Frio me dixiste ayer,  
que tenias; alto cuento;  
pues cuándo tienes calor,  
para darme à mi consuelo?

No me mates tan aprieta,  
hasta que me maten zelos;  
penas, que quando hay amor,  
son mas, que las del Infierno.

Disimula las tibiezas,  
que sino amor, es respeto;  
no te aprecies de cruel,  
quando de tuya me precio.

Dí à la Circe, que te encanta,  
algo de lo que merezco;  
y pidele facultad,  
para no ser tan grosero.

Quién me dixera algun dia,  
esta ingratitud que veo?

Há, finezas de hombre ingrato,  
y como en humo se fueron!

To me acuerdo quando el Sol  
te balló en la calle, viniendo,  
mas de alguna vez à ver,  
lo que estás aborreciendo.

T veo que ahora estás  
tu reposando en el lecho;  
y yo sintiendo, y llorando  
tu tibieza, y mi desprecio.

Pues espero, que algun dia  
te ha de castigar el Cielo,  
y que la misma, que estimas,  
ha de ser el instrumento.

T entonces conocerás,  
lo que tienes en mi pecho,  
que qual Pelicano está  
para regalarte abierto.

T aun estás tan riguroso,  
tan ingrato, y tan severo,  
que no conservas mis brazos,  
por si te faltan aquellos.

Mis penas me han de matar,  
porque ya mi sufrimiento  
está tan salto de fuerzas,  
que casi à vivir no acierto.

No es gran victoria matarme,  
quando vés, que estoy muriendo  
à manos de tu rigor,  
y à la fuerza de mis zelos.

Preciate de tu emulidad,  
cantarás como otro Neron,  
viendo que se abrasa el alma  
en donde tienes tu imperio.

O si estuviera en mi mano,  
aborrecerte! Aunque pienso,  
que en lugar de castigarte,  
lisonja te hubiera hecho.

Mas es caracter del alma,  
el amor con que te quiero;

pues



*pues quien desea imposibles,  
no podrá lograr su intento.*

*Mas si piensas ostentar,  
el rigor, de que me queixo;  
morir à fuerza de agravios  
será el ultimo remedio.*

*Asi canta, y llora Blanca,  
mas no la escucha su dueño,  
que lagrimas en ausencia,  
son de muy poco provecho:*

*Y mas  
con un ingrato,  
que en otra mas dichosa  
está adorando: (nece,*

*Y aunque la vé llorar no se enter-  
porque es cruel, y lagrimas no siente.*

No acertaba en nada Doña Blanca, aunque fuese la mas acertada; porque como era mal recibida, enfadada de todas maneras, y así entrando à este punto el Principe y su padre que venian de fuera, como à los ultimos versos decia, que sería el ultimo remedio el morir; respondió: Asi será, que de otra manera no me puedo librar de tus enfados; y prosiguiendo con grandisimo enojo, dixo: Qué locuras, ò qué mentiras son estas, Blanca, que así en verso y prosa, con achaque, y color de lamentarte, estás diciendo contra mí? Qué no basta en secreto cansarme y atormentarme con ellas, sino que cantando las públicas? Cansadisimas mugeres sois las Españolas, gran castigo merece el extranjero, que mezcla su san-

gre con la vuestra. A esto, como Doña Blanca estaba cierta, de que habia sido como quien la tenia tan ilustre, que era mayor su engaño, que no el del Principe; respondió con brio: Mayor le merece la Española, que entendiendo viene à ser Señora, dexa su patria, donde lo es, por hacerse esclava de quien no la merece. No seais atrevida Doña Blanca, (respondió el suegro) que os cortaré yo las alas: con qué soberbia os remontais, que no sé yo quando pensasteis vos, ni vuestro linage llegar à merecer ser esposa de mi hijo? Finalmente, por no cansar, diciendo los unos, y respondiendo los otros, se encendió el suegro de suerte, que el Principe se descompuso con Doña Blanca, no solo de palabras, mas de obras, maltratandola tanto, que fue milagro salir de sus manos con la vida, y esa se la pudo deber, despues de Dios à la Señora Marieta, que con su autoridad puso treguas, aunque no paces, al disgusto de este dia, pasandose muchos que ni el Principe la vió, ni Doña Blanca se levantó de la cama; mas al fin, tuvieron fin estos enojos, haciendose las amistades, no sé si para mayor enemistad; porque Doña Blanca quedó, como tan gran Señora, descontenta con el desprecio pasado, ni el Principe mas cariñoso, que antes, sino mucho menos; porque en-

entre la vulgaridad estas rencillas de entre casados, en llegando à acabarse los enojos, no se acuerdan mas de ellas; mas en la grandeza de los Señores es diferente, que aunque sean casados, tienen duelo, y así se lo decía Doña Blanca à Doña Maria, que aunque amaba ternisimamente à su esposo, todas las veces que le veía, le salian al rostro las colores que le habian puesto en él sus atrevidas manos. Sucedió dentro de pocos meses un caso, el mas atroz que se puede imaginar; y fue en primer lugar, amanecer dentro del mismo Palacio una mañana muerto à puñaladas, un Gentil-hombre de la Señora Marieta, que le daba la mano quando salia fuera, mozo de mucha gala y nobleza; y luego pasados dos dias, que aun no estaba moderado el sentimiento de la Señora Marieta, y Doña Blanca, que tuvieron de esta violenta, y desaliñada muerte, y mas viendo que el Principe viejo no habia consentido hacer las diligencias, que fuera muy justo hacer en un suceso tan desastrado, antes mandó, que no se hablase mas en ello, por donde se pasó que habia sido hecho por gusto suyo: como digo, dentro de dos dias embió su padre à llamar à su quarto à la Señora Marieta, que fue al punto, y entrando donde estaba, la halló con su esposo, y primo, no se pudo saber lo que entre ellos pasó, mas de que se cerraron las puertas del quarto, y se oyó por un espacio llorar à la Señora Marieta, y despues de esto llamar à Dios, y despues quedar todo en silencio, y fue, que à lo que despues se vió, tenian atado al espaldar de una silla, un palo, y haciendola sentar en ella, su proprio marido delante de su padre la dió garrote; que esta tan cruel sentencia contra la hermosa y desgraciada Señora, salió de acuerdo de los dos, suegro, è yerno, y de mas de una hora que habian estado hablando à solas, no se pudo saber; porque à mas de la sospecha, por haber muerto à su Gentil hombre, que se pudo conseguir sería algun testimonio, porque la Señora Marieta era tan noble y tan honesta, que no se podia pensar de ella liviandad ninguna, si ya no la dañó el ser tan noble, y el amar tanto à Doña Blanca, que en todas ocasiones bolvia por ella. En fin murió apenas de veinte y quatro años, siendo el juez su padre, y el verdugo su mismo esposo. Estaba Doña Blanca cuydada, qué haria allá dentro la Señora Marieta, que ya sabía de sus Damas, que habia sido llamada por su padre, no habiendose hasta medio dia abierto la puerta de la sala, donde se habia executado la cruel maldad, que era en la que comia: entraron, y como se abrió, los criados pusieron las mesas, mag

mas aunque vieron el triste espectáculo, ninguno hablaba porque se lo habian mandado, ò porque todos eran unos. Vino el Principe de fuera, que no se halló al lastimoso caso, ni le sabía, que fuera cierto no lo consintiera, ò la salvára, porque amaba mucho à su hermana, y no sabía si del, que habia sentido menos la muerte del Gentil-hombre. Pues venido avisaron à Doña Blanca, saliese à comer, como lo hizo bien apriesa, por ver si veía à la Señora Marieta, y saber qué enigmas eran, los que en aquella casa pasaban; y sucedió asi, que à un mismo tiempo entraba el Principe por una puerta, y Doña Blanca salia por otra, que correspondia à su quarto, que tambien habia estado cerrada hasta entonces, ésta, y otras dos mas adentro; que como vió el triste cadaver, diciendo: **JESUS** sea conmigo! Cayó de un mortal demayo. Sus Damas, que con ella habian salido, aunque bien desmayadas de lo que presente veían, acudieron, y el Principe, que como digo, habia entrado al mismo tiempo, viendo por una parte à su hermana muerta, por otra à Doña Blanca desmayada, à su padre y cuñado sentados à la mesa, no hay duda, sino que traspasado de dolor, y asustado de un caso tal, con el color mortal acudió à Doña Blanca, dicien-

do à su padre: Qué crueldades son estas, Señor, ò qué pretendes de esta triste Española, que la has llamado para que vea tan lastimoso caso? A lo que respondió el padre: Calla cobarde, que mas pareces hijo de algun Español, que no mio, que luego te dexas vencer de hazañerías Españolas. Retiraron las Damas à Doña Blanca à su camara, acompañandola el Principe, que no quiso sentarse à comer con su padre, antes mostrando tierno sentimiento de la muerte de su hermana, y mal de su esposa, asistiendo à los remedios que se le hacia para tornarla en sí, que al cabo de una hora, creyendo todo era muerta, y llorandola por tal, cobró el sentido, con tantos suspiros y lagrimas, que enterneciera à un marmol, y viendo al Principe que la tenia por una de sus hermosas manos, alentandose lo mas que pudo, le dixo: Qué quiere Señor, de mí vuestro padre, ò qué es su pensamiento, que ya que hizo una crueldad, como la que hoy ha hecho en su hija, siendo tan santa, honesta y virtuosa, me mandase llamar, para que la viese? Si es que me quiso dar exemplo, no hay para que, supuesto que mi real sangre y mi honor, no le han menester, por ser todo como mi nombre: demás, que en el de la Señora Marieta vuestra hermana, por ser mas pu-



ro, que el Sol, no hay que poner dolo, que para mí mas la ha muerto la malicia que no la razón. Si es, que ni vos, ni él os hallais bien conmigo, embiadme à España con mi hermano, que yo os doy palabra, que en deshaciendo su Santidad el matrimonio, y llegando à ella, me entraré Religiosa; pues no será muy dificultoso romper un lazo, que tan dulcemente nos aprieta. No la dexó la pena decir mas, de lo qual el Principe enternecido, la consoló, asegurando estar él tan ageno de lo que habia pasado con su hermana, como ella; mas que creyese, que pues su padre, y esposo se habian determinado à tal crueldad, que alguna secreta, y bastante causa los obligaria, y con algunas tibias caricias comió con ella, y dexandola mas quieta, à su parecer, se fue, porque le llamó Ernesto su Privado. Ido el Principe, llamó Doña Blanca à Doña Maria, y le mandó traxese un escritorio, donde ella tenia sus mas ricas y preciosas joyas, y que llamase à todas sus Damas las que habian venido con ella de España, que eran seis, que todas las demás eran Flamencas, y habiendoles mandado cerrar la puerta, llorando con mucha terneza, les dixo: Ya he visto, queridas amigas mias, en el cruel, y desastrado suceso de la Señora Marieta, que mi muerte no se di-

latará mucho, que quien con su hija ha sido tan cruel, mejor lo será conmigo, y mas con el poco amparo que tengo en mi esposo; y por si me cogiere de susto como à ella, no quiero que quedeis sin algun premio del trabajo que habeis tomado por acompañarme, dexando vuestra patria, padres, y deudos, y así estas joyas, que ahora os daré, traedlas siempre con vosotras, en parte donde no os las vea nadie, para que si Dios os bolviera à España, sacandoos de entre estos enemigos, tengais con que tomar estado: toma tu, Doña Maria esta cadena, y collar de diamantes, y esta sarta de perlas, que era de mi madre, que bien vale todo dos mil escudos, y casate con Don Gabriel, pues yo hasta ahora, por mis desdichas, no he podido cumplir lo que te prometí, y dichosa tú, que tendrás marido de tu natural, y no como yo, que me entregué à un enemigo; y vosotras, estas que quedan, las podreis repartir entre todas, y perdonarme, que no vale mas mi caudal, que de otra suerte os pensé yo pagar lo que me habeis servido. Dicho esto dandole todas mil agradecimientos, llorando, como si ya la vieran muerta, pidió recado de escribir, y escribió una carta à su hermano, dandole cuenta de lo que pasaba, y despues de cerrada la dió à Doña

ña Maria , para que de su parte, dandole à Don Gabriel, le mandase la despachase à España con persona confidente , y abrazandolas à todas les dió su bendicion, besandole ellas las manos. Quatro dias estuvo Doña Blanca en la cama , mientras se dió sepultura à la Señora Marieta , al cabo de los quales se levantó tan cubierta el alma de luto , como el cuerpo , porque apenas se le enjugaban los ojos , ni se alegraba de nada , ni aun con la vista de su esposo ; mas esto no era mucho , porque él estaba tan seco , y despegado con ella , que daba gracias à Dios el dia que no le veía. De esta suerte pasó mas de quatro meses , estando ya las cosas mas quietas , y que parecia que los disgustos estaban mas moderados , y Doña Blanca mas consolada , mas aunque ella estaba con algun descuydo , no lo hacia así su fatal desdicha , y estrella rigurosa de su nacimiento , que no le prometia mas alegre fin que à sus hermanas ; porque en el tiempo que parecia habia mas quietud , quiso executar su sangriento golpe ; y así dispuso , que una tarde despues de comer , no habiendo el Principe entrado , como solia otras , à dormir la siesta al estrado , estrañando Doña Blanca , que de la mesa se habia retirado à su quarto , que era en baxo ; preguntó à una de las Damas Flamencas , si habia sali-

do el Principe fuera , y respondiendole que no , que con Ernesto se habia ido à su quarto , sospechando que tenia en él la Dama , causa de sus zelos , sacando de un escritorio una llave , de que estaba apercebida , que un corazon zeloso de todo está prevenido ; baxó por una escalera de caracol , que de su quarto correspondia al del Principe , y que jamás se abria , y abriendo paso , y entrando con mucho sosiego , por no ser sentida , llegó hasta la cama del Principe , en que dormia ordinariamente , que con ella por gran milagro ; y halló : qué hallaria ?

Quisiera hermosas Damas , y discretos Cavalleros , ser tan entendidas , que sin darme à entender , me entendierades , por ser cosa tan enorme y fea lo que halló. Vió acostados en la cama à su Esposo , y Ernesto , en deleytes tan torpes y abominables , que es baxeza , no solo decirlo , mas pensarlo ; que Doña Blanca à la vista de tan horrendo , y sucio espectáculo , quedó mas difunta , que quando vió el cadaver de la Señora Marieta , mas con mas valor , pues apenas lo vió , quando mas apriesa que habia ido , se volvió à salir , quedando ellos no vergonzosos , ni pesarosos de que los hubiese visto , sino mas descompuestos de alegria , pues con gran risa dixerón : Mosca lle-

va

va la Española. Llegó Doña Blanca à su quarto, y sentandose en su estrado, puesta la mano en la mejilla, se estuvo gran espacio de tiempo tan embelesada como si hubiera visto visiones de la otra vida. Llegó viendola así su Dama Doña Maria, y puesta ante ella de rodillas, le dixo: Qué hallaste Señora mia, que tan cuydada te veo? Mi muerte hallé, Doña Maria, respondió Doña Blanca; y si hasta aqui la veía en sombras, la veo ya clara y sin ellas: bien sé, que lo que he visto me ha de costar la vida; y supuesto, que ya no se me escusa el morir, ya que esto ha de ser, será con alguna causa, ò dexaré de ser quien soy. Ha Señora mia! Dixo Doña Maria, y como es bueno vivir, aunque sea padeciendo, si quiera hasta que tu hermano ponga el remedio à estos trabajos! Y pues desde que le escribiste, dandole cuenta de ellos, tenias su remedio puesto en él; por qué le quieres aventurar todo? Mejor es disimular, haciendote desentendida, hasta que venga, como te avisó, à estos Estados, y entonces con su amparo podrás mejor executar tu venganza. Muchas veces te he suplicado con muchos ruegos que disimules tu pasión con esta cruel gente, tan poderosos, con ser tan grandes Señores, que ni temen à Dios, ni al Mundo, y ahora te lo vuelvo à pedir con mas veras, ya que no lo quie-

ras hacer por ti, que no me espanto que tengas en tanto padecer aborrecida la vida; por tus tristes criados, que quedaremos sin tu amparo, en perpetuo cautiverio, si ya no hacen con ellos lo mismo que tu dices esperas harán contigo. Ya no puede ser, dixo Doña Blanca, que si bien juzgo que es verdad lo que dices: lo que yo he visto, sin haber mas delito que verlo, me han condenado à muerte, y supuesto, que ya no hay que aguardar, era degenerar de quien soy, si entendiese esta infame gente, que paso por un mal tan grande. Yo tengo de morir vengada, ya que no en los reos, que esos quedan reservados para ser mis verdugos, hasta que la justicia de Dios lo sea suyo, à lo menos en el teatro, donde se comete su ofensa y la mia, con tan torpes y abominables pecados, que aun el demonio se averguenza de verlos; y pues el delito que ellos hacen me condena à mi muerte, no hay que aconsejarme, que servirá de darme enfado, y no conseguirá fruto. Diciendo esto, sin querer declararse mas, dexando à Doña Maria tan confusa, como descontenta, sabiendo que el Principe habia silido fuera con su padre, y que Ernesto se habia quedado escribiendo en el mismo quarto de su Señor unos despachos, que le habian mandado, baxó abaxo, y llamando ella misma los criados



mas humildes, que no quiso que ninguna de sus criadas quedase comprehendida en la execucion de su venganza, mandó sacar la cama al patio y quemarla. Preguntóle el atrevido page; qué por que causa se hacia aquel exceso? A quien respondió Doña Blanca, que la causa era su gusto, y que agradeciese, no hacia en él otro tanto; mas que algun dia lo haria, ò no seria Doña Blanca. Recogióse con esto à su quarto à disponerse para morir, que bien seria cierto, porque quando bolvió las espaldas, habiendole dicho à Ernesto lo que se ha contado le oyó decir entre dientes: Bien harás Española, si puedes; mas no te daré yo lugar para ello, como lo hizo, pues apenas vinieron los Principes, padre è hijo, quando Ernesto les contó quanto habia pasado ponderandolo con tales razones, que hinchó de venenosa furia los pechos dañados de sus Señores, y mas el del viejo, que ardiendo en ira, respondió: No temas eso, que antes de mañana à estas horas, pagará la Española atrevida estos excesos. En fin, se resolvieron à quitarle la vida, antes que su hermano llegase, que ya tenían aviso, venia à gobernar las armas de aquellos Reynos: esa misma noche habló Doña Maria à Don Gabriel por una rexa, por donde otras veces le hablaba, dandole cuenta de lo que pasaba, le dixo, co-

mo si Dios no la remediaba, no tenia otro remedio; que Doña Blanca dexase de morir; y porque no executasen tambien en él, como en quien sabian que Doña Blanca estimaba tanto, se escondiese en parte que estuviese seguro hasta ver en que paraba, pues sus fuerzas, ni las de los demás criados Españoles, no eran poderosas contra tan soberbios y poderosos enemigos, y mas estando dentro de su Estado, y dandole las joyas que Doña Blanca le habia dado, se despidió de él con muchas lagrimas, pidiendo à Dios, los librase; y asi Don Gabriel al punto, tomando un cavallo, se partió sin avisar à nadie, por no alborotar, la buelta de Amberes, donde si no habia llegado, llegaria muy presto su hermano de Doña Blanca. Aquella noche, no vió Doña Blanca à su esposo, ni la llamaron, como las demás para cenar, en que se conoció la ira, que con ella tenían; y por estar mas apercebida, no se acostó; antes en siendo de dia, como quien tan cierta tenia su muerte, embió à llamar à su Confesor, y se confesó, recibiendo con mucha devocion el Santisimo Sacramento: y dandole al Confesor una cadena, y las sortijas, que trahia en las manos, le dixo, se saliese luego de aquel lugar, porque por ser Español, no le iria en él mejor que à ella, y le pidió que,

que si veía à su hermano, le dixe- se por lo que moria. Hecho esto, se fue à su estrado, y sentandose en él, empezó à platicar con sus Damas, como si no estuviera es- perando la partida de esta vida, pareciendoles à todas mas linda, que jamás le habian visto, por- que el luto que trahia por la Se- ñora Marieta, la hacia mas her- mosa. Asi estuvo hasta cerca de media hora, que como los Princi- pes, padre è hijo, se vistieron, luego quisieron executar la sen- tencia contra la inocente corde- rilla, como ya lo tenian deter- minado, y entrando los dos con su sangrador, y Ernesto, que tra- hia dos bacias grandes de plata, que quisieron, que hasta en el ser él tambien ministro en su muer- te, darsela con mas crueldad, mandando salir fuera todas las demás, y cerrando las puertas, mandaron al sangrador exercer su oficio, sin hablar à Doña Blan- ca palabra, ni ella à ellos, mas de llamar à Dios le ayudase en tan riguroso paso, le abrieron las venas de entrambos brazos, para- que por tan pequeñas heridas sa- liese el alma embuelta en sangre, de aquella inocente víctima, sa- crificada en el rigor de tan crue- les enemigos. Doña Maria por el hueco de la llave miraba, en la- grimas bañada, tan triste es- pectaculo. A poco rato que la sangre comenzó à salir, Doña Blanca se desmayó tan hermosa-

mente, que diera lastima, à quien mas la aborreciera, y quedó tan linda, que el Principe su esposo, que la estaba mirando, è enter- necido de ver la despojada azu- cerna, è enamorado de tan bella muerte; bolviendose à su padre, con algunas señales piadosas en los ojos, le dixo: Ay Señor! Por Dios que no pase adelante esta crueldad: satisfecha puede estar con lo padecido vuestra ira, y mi enojo: porque os doy palabra, que quanto ha que conozco à Blanca, no me ha parecido mas linda que ahora: por esta hermo- sura merece perdon de su atrevi- miento. A lo que respondió el cruel y riguroso viejo, con voz alterada y rigurosa: Calla, co- barde, traydor, medio muger, que te vences de la hermosura, y tiene mas poder en tí, que los agravios, calla otra vez te di- go, muera, que de tus enemigos los menos: y si no tienes valor, repara tu flaqueza, con quitarte de delante: salte fuera, y no la veas, que mal defenderá, ni ofenderá à los hombres, quien desmaya de vér morir una mu- ger: asi tuviera à todas las de su Nacion, como tengo à esta; y diciendo esto, le abrió la puerta, y lo hizo salir fuera: à lo que el Principe con lagrimas en los ojos no replicó: en que se conoció, que el despego que tenia con Doña Blanca, le debia de ocasio- nar su padre, y Ernesto. Pues id

el Principe , se bolvió à cerrar la puerta , y se prosiguió con la crueldad , asistiéndola los dos con animo de tiranos à ella , hasta que desangrada , como Seneca , rindió la vida à la crueldad de los tiranos , y el alma al Cielo. Muerta la hermosa Doña Blanca tan desgraciadamente , porque no embidia la desdicha de sus hermanas , si es don para ser embidiado , dexando bien que llorar en aquellos Estados ; pues los estragos que tocáren en crueldades , que el Duque de Alva hizo en ellos , fue en venganza de esta muerte : dexandola en el estrado , como estaba , y abriendo las puertas que correspondian al quarto de sus Damas , y cerrando las de la otra parte , se salieron fuera los ministros de esta crueldad , que como Doña Maria , y las demás pudieron salir donde estaba , no lo rehusaron , antes llorando se cercaron todas à ella , Españolas , y Flamencas que en el sentimiento , tanto lo mostraban las unas como las otras , que como era tan afable de todas , igualmente era amada ; unas le besaban las manos ; otras la estremecian , pensando que no estaba muerta , y todas hacian lastimoso duelo sobre el difunto y hermoso cuerpo , y en particular Doña Maria , que se arrancaba los cabellos , y se sacaba con sus mismos dientes pedazos de sus manos , diciendo lastimosas ternezas , que es de

creer , se matára , si no fuera por no perder el alma. Asi estuvieron hasta la noche , que llevaron el cuerpo de Doña Blanca à la boveda de la Capilla del Principe , para que acompañase el de la Señora Marieta , y à Doña Maria , y las otras Damas Españolas à una torre , teniendo à esta hora , en otra à los criados Españoles con el Confesor , que no habia tenido lugar de irse , menos Don Gabriel , que la noche antes se habia partido , donde estuvieron muchos dias , y estuvieron hasta que acabáran , si Don Gabriel no diligenciára el modo de su libertad , que como llegó à Amberes , halló allí al hermano de Doña Blanca , que habia llegado aquel dia , y dándole cuenta de lo que pasaba , loco de dolor , juntando la gente de guerra , vino contra el Principe , pensando llegar à tiempo , porque como todos los criados estaban presos , no sabian si se habia executado la muerte de Doña Blanca , hasta que cerca del Estado cogieron uno de la misma Ciudad , que les dixo lo que pasaba , que ya estaba publico ; y tambien como los Principes , padre è hijo , siendo avisados de su venida , estaban puestos en defensa ; mas no les valió : que ellos y muchos de sus valedores , pagaron con las vidas la muerte de la inocente Doña Blanca , siendo su hermano para ellos fiero Leon : tal era la



mortal rabia que tenía; mas todo esto no fue hecho tan presto, que los pobres criados, y criadas no estuviesen mas de quatro años presos, pasando mil lacerias, y trabajos; mas Dios les guardo en tantas penas la vida, para que saliesen à gozar su amada libertad. Tambien sacaron el cuerpo de Doña Blanca para traerle à España, que estaba tan linda como si entonces acabára de morir, (señal de la gloria que goza el alma) que las cosas que su hermano hacia y decia, enternecian un marmol. Don Gabriel, y Doña Maria ya casados, con las demás Damas, y criados, vinieron à traer el hermoso cadaver, donde ya sosegados en su amada patria, tuvieron una hija, cuyo nombre fue el mismo de su madre; y esta hija, llegando à edad de tomar estado, por su hermosura, casó con un deudo muy cercano de Doña Blanca, que fueron mis padres, à quien juntamente con mis abuelos, oí contar esta tan lastimosa historia, y verdadero desengaño que habeis oido, que os doy tan larga cuenta de ello, porque creais su verdad, como la contaban los que la vieron con sus mismos ojos.

Vean ahora las Damas, si hay en este desengaño bien en que desengañarse, y los Cavalleros en que retratarse de su mala opinion, de que todas las mugeres padecen culpadas.

Èran à esta ocasion que dió sin Doña Luisa, tan tiernos los sentimientos de las Damas, y la admiracion de los Cavalleros, que aunque veían que habia dado fin, todos callaban, sino era con los ojos, lenguas del alma; hasta que Don Juan, viendo la suspension de todo el auditorio, bolviendose à la hermosa Doña Isabel, la dixo: Cantad, Señora, alguna cosa que divierta esta pasion, para que la Señora Doña Francisca empiece con otra à renovar nuestra ternura, que yo en nombre de todos estos Cavalleros, y mio, digo que queda tambien ventilada, y concluida la opinion de las Damas desengañadoras, y que con justa causa han tomado la defensa de las mugeres; y por conocerlo así nos damos por vencidos, y confesamos, que hay hombres, que con sus crueldades y engaños, condenandose à sí, disculpan à las mugeres; y oyendo todos los Cavalleros lo que Don Juan decia, respondieron, que tenía razon; con lo qual, sin dar lugar à las Damas, que moralizasen sobre lo referido; pues veían que los Cavalleros, rendidas las armas de su opinion, se daban por rendidos à la suya, la hermosa Doña Isabel, y los Musicos cantaron así:

*Lastima tengo ojos mios,  
que estais ciegos, y cansados  
à puro sentir desprecios,  
y à puro llorar agravios.*

Dd 3

Si

Si ya vivis satisfechos  
que servís á dueño ingrato,  
que el oro de vuestro amor  
le paga con plomo falso.

T que quando le aguardais,  
con caricias y regalos,  
á pesar de vuestras penas  
reposa en agenos brazos.

Para qué os atormentais,  
para qué os estais cansando,  
si en taza de amargos zelos,  
os dá á beber desengaños?

Si es que llorais, ojos míos,  
venturas, que ya pasaron,  
advertid, que de esas glorias,  
no hallareis senda, ni rastro.

T si pensais restaurar:  
lo perdido con el llanto,  
sabed, que en agua escribís  
los gustos que ya pasaron.

Quando mas os vé rendidos,  
de vosotros no hace caso;  
que tratar mal al humilde  
es condicion de tiranos.

Si veis que no se lastma,  
aunque escusa vuestro llanto:  
decidme ya, qué esperais,  
ó de qué sirve cansaros?

Mas seguro será huir;  
Mas respondereis llorando:  
Cómo he de huir de la vida,  
quando la tengo en sus manos?

Mas pues veis, que no medrais,  
ojos buscad nuevo amo;

con lagrimas respondeis,  
no quereis executar lo.

Pues advertid, que si amor  
se rinde á nuevos coydados,  
con quien mas le sirve, tiene  
la condicion de villano.

Pues no os podeis engañar  
aunque quereis disoulparos,  
que bien conoceis el daño  
de quien es el vuestro esclavo,

Pues sufrir, y padecer,  
sujetos á un ciego engaño,  
eso es quitaros la vida,  
con tormento dilatado.

Gloriosa vive Castalia,  
vosotros morís xabiando:  
pues cómo no echais de ver,  
que es grande hechicero el trato?

Ay cuytados de vosotros,  
que poco remedio os hallo,  
si no os vais á retraber  
al templo del desengaño!

Pues si esperais á que el tiempo  
baga en vosotros milagro,  
pasa en los bienes apriesa,  
como en los males despacio.

Decid, qué pensais hacer?  
mas ya respondeis callando,  
que presos por voluntad,  
jamás la prision dexaron.

Morir amando,  
que el valiente en la lid,  
no dexa el campo.

# DESENGAÑO VIII.

## EL TRAYDOR CONTRA SU SANGRE.

### NOCHE OCTAVA.

**E**N tanto que duró la musica, que todos escucharon con gran gusto, oyendo en este Romance trocados los ultimos versos, de uno que hizo aquel Principe del Parnaso, Lope de Vega Carpio, cuya memoria no faltará mientras el mundo no tuviere fin, habian trocado asiento Doña Luisa, y Doña Francisca su hermana, que era à quien le tocaba el ultimo desengaño de esta octava noche, no muy segura de salir victoriosa, como las demás; pero viendo era fuerza, se alentó, y encomendandose à la ventura, empezó de esta suerte:

Que los hombres siempre llevan la mira à engañar à las mugeres, no me persuado à creerlo: que algunos habrá, que con la primera intencion, ò aficionados à la hermosura, ò rendidos al agrado, ò engolosinados de la comodidad aman, tengolo por certisimo: que se cansan presto, y cansados, ò se entibian, ò aborrecen, y olvidan, es seguro; mas que hay muchos que engañan, quién lo puede dudar? Pues todas las veces que yo dixere, que deseo una cosa, teniendola

engaño; que lo poseo, no lo puedo desear: pues cómo el casado teniendo à su muger busca otra? No es respuesta el decir: Harálo, porque es mas hermosa, mas graciosa, ò mas agradable; porque le responderé: Quando amaste esa, no la hallaste con todas esas gracias? Si. Pues mirala siempre con ellas, y será siempre una, y no engañes à otra diciendo, que la quieres amar y servir: no amas, ni sirves à la que tienes en casa, y lo harás à la que buscas fuera? Y lo mismo es el Galan con la Dama; y de estos engaños que ellos hacen, las mugeres dán la causa pues los creen; y asi no me maravillo que los hombres las condenen. No quieren los hombres confesar que engañan, que eso fuera preciarse de un mal officio, antes publicando buen trato, culpan à las mugeres, de que no le tienen bueno, y si los apuran dicen: Para qué se dexan ellas engañar; y tienen razon, que hay mugeres, que es como el ladron obstinado, que aunque vé que están ahorcando al compañero, está él hurtando. Vén à las



otras lamentarse de engañadas, y mal pagadas, y sin tomar escarmiento se engañan ellas mismas: por qué yo me he de engañar de quatro mentiras bien afectadas que me dice el otro, asegurandome, que se guardó para mí intacto y puro, sin tener otras ciento, à quien dice otro tanto? Y luego me engañó. Bueno está el engaño. Anda bova que tú te engañaste, que à los hombres no se les ha de creer, sino es quando dicen: *Domine non sum dignus*. Aficiónose un galan por las nuevas que habia oído, de una Dama, ò lo fingia, (que era lo mas seguro) trató de ver à ella, no lo consintió, dió en escribirla, y ella por lo galante, le respondia de lo acendrado, de lo cariñoso, de lo retorico; y él siempre hacia sus fuerzas por verla; mas ella lo escusó, hasta que el tal hubo de hacer una jornada. Partió con su deseo, prometiendo la correspondencia, porque él amaba, segundecia, el alma, y no el cuerpo, à dos leguas no se le acordó mas de tal amor: mas ella que cuerda conocia el achaque, no habia caminado una, quando ya lo tenia olvidado; porque à la treta, amar la contratreta, que de corsario à corsario no hay que temer. Esto es, Señoras mias, no dexarse engañar, y mientras no lo bicieredes asi, os hallaréis à cada paso en las desdichas en que oy se hallan todas las que

tratan de estos misterios, mas dolorosos, que gozosos. Lo que siento mal de los hombres, es el decir mal de ellas; porque si son buenas no cumplen con las leyes divinas y humanas, en culpar al que no tiene culpa; y si son malas, que es menester decir mas mal que el que ellas mismas dicen de sí con sus malas obras; y con esto ellos mostrarán su nobleza, y ellas su civilidad: mas ya me parece, que no habrá en eso enmienda, y asi trataremos de salir con nuestra intencion, que es probar, que hay, y ha habido muchas buenas, y que han padecido, y padecen en la crueldad de los hombres, sin culpa, y dexemos lo demás, porque tengo por sin duda, que están ya tan obstinados los animos de los hombres contra las mugeres, que ha de ser trabajo sin fruto, porque como no encuentran con las buenas, no se quieren persuadir que las hay; y esa es su mayor ignorancia, que si las que hallan à cada paso, y à cada ocasion en las calles, por los prados, y rios, de noche, y de dia, pidiendo y recibiendo, y muchas dando su opinion à precio del vicio, fueran buenas, no las halláran; y crean que esto es lo cierto, y conociendo en la libertad de su trato lo que son, no se quexen, sino vayan con advertimiento que la que busca, es, para en pasando aquello que halla, buscará otro

ótro

otro tanto; y en donde en buscar, lo irán à buscar à los Infiernos, quando no hallen en el mundo; y de las que buscan à todos no esperan sacar mas que agravios, si lo son; porque yo tengo por seguro, que el mayor es el que les hicieren en las bolsas, que los demás no lo son; pues saben que aquel es su oficio. Con esto he dicho lo que siento, lo diré en mi desengaño, en razon de la crueldad de los hombres, è inocencia de muchas mugeres que han padecido sin culpa.

No ha mucho mas de veinte y seis años, que en una Ciudad de las nobles y populosas de la Andalucía, que à lo que he podido alcanzar, es la insigne de Jaen; vivia un Cavallero de los nobles, y ricos de ella, cuyo nombre es Don Pedro, hombre sobervio, y de condicion cruel: A éste le dió Dios (no sé si para sus desdichas) un hijo y una hija, y digo, que no sé si fue ventura, ò desgracia el tenerlos, porque quando los trabajos no se sienten, no son trabajos, que el mal no es mal, quando no se estima por mal, que hay corazones tan duros, ò tan ignorantes, que de la misma suerte reciben el trabajo, que el gusto; y si bien dicen, que es valor, yo le tengo por crueldad. El hijo tenia por nombre Don Alonso, y la hija Doña Mencía; hermosa es fuerza que lo sea, porque habia de ser desgraciada, demás que

parece, que compadece mas la desdicha en la hermosa, que en la fea virtuosa, era fuerza, siendo noble, amada, ella misma con la afabilidad, y noble condicion se lo grangearia, deseada, y apetecida: qué muger rica de naturaleza, y fortuna no lo es? Pues parece, que por lo admirable de vér juntas en una muger, nobleza, hermosura, riqueza, y virtud, no solo admira, mas es imán, que se lleva trás sí las voluntades, y tenialas Doña Mencía tan grangeadas, que no solo en su misma tierra, mas en las apartadas, y cercanas tenia su fama jurisdiccion, por lo qual habia muchos que la deseaban por esposa, y se la habian pedido à su padre; mas él deseoso de que toda la hacienda la gozase Don Alonso, teniendo intento de que Doña Mencía fuese Religiosa, la negaba à todos quantos le trataban de merecerla dueño. A quien mas apretó el deseo, ò el amor de Doña Mencía, fue un Cavallero, natural de la Ciudad de Granada, que asistia en la de Jaen algunos años habia, por haberse venido sus padres à vivir à ella, trayendole muy pequeño: la causa se ignora, solo se sabía, que era abastecido de riquezas, en tanta suma que siendo su padre de los mas poderosos de la Ciudad, qualquiera de los Cavalleros de ella, quando en Don Enrique no hubiera las partes de gala, bizar-

ria,

ria, y noble condicion, por solo la hacienda tuviera à su suerte emparentar con él, y la tenían por muy buena en tenerle por amigo, porque hallaban en su libertad muchos desahogos para algunas ocasiones de necesidad, y Don Pedro, y su hijo la profesaban con él; aunque como la soberbia de Don Pedro predominaba en él, mas que su nobleza, no hacia dentto de sí mismo la estimacion que à Don Enrique se le debia, efecto de deseárselo, como los demás para emparentar con él, y esto nacia de saber, no sé que mancha en la sangre de Don Enrique, que Don Pedro ignoraba, que à la cuenta era haber sido sus abuelos Labradores, falta, que supuesto que se cubria con ser Christianos viejos, y con tanta maquina de hacienda, no fuera mucho disimularla. Enamorado de la hermosura, y contento con la buena fama de Doña Mencía, se atrevió Don Enrique à pedirse-la à su padre, y hermano por esposa, que habiendole respondido, que Doña Mencía queria ser Monja, se halló defraudado de merecerla, y desesperado por amarla; mas como los amantes siempre viven de esperanzas, no la perdió del todo Don Enrique, pareciendole, que si llegase à alcanzar lugar en la voluntad de la Dama, importaba poco no tener la de su padre; pues à todo riesgo, como ella quisiese ser su esposa, todo

el daño podia resultar en sacarla de su poder, aunque no le diesen dote con ella, pues tenia bastantes bienes, para no sentir la falta, de que Doña Mencía no los tuviese, mas que los de su belleza, y virtud; y con ese pensamiento se determinó à servir à Doña Mencía, y grangearle la voluntad, hasta conseguir su deseo, y salir con su intencion, y para esto grangeó la voluntad de un criado de Doña Mencía, que la acompañaba ordinariamente quando salia fuera, aunque era pocas veces, por la condicion escrupuosa de su padre y hermano, los quales ya la hubieran encerrado en un Convento, temerosos de que ella no se casase, viendo que no trataban de casarla, à no haber visto en Doña Mencía poca voluntad à tal estado, y aguardaban à que viendose encerrada, y no muy querida de los dos, la obligase el aprieto de sus condiciones, à elegir el estado que ellos deseaban darle; y si bien Don Enrique no ignoraba, que Doña Mencía tenia otros pretendores, que con el mismo intento que él la solicitaba, fiado en su gentileza y riqueza, y en la ayuda que el criado que habia atraído à sí con dadas, le prometia, dió principio à su pretension con este papel:

*Mi atrevimiento es grande, mas no mayor que vuestra hermosura, que*  
con



con esa no hay comparacion, sino solo mi amor: forzado de él os he pedido à vuestro padre por esposa, mas he sido tan desgraciado, que no le he merecido este bien, diciendome, que os tiene para Religiosa. Viendome morir sin vos, me ha parecido, que si vuestra voluntad me admite, importa poco, que me falte la suya, pues no me hizo el Cielo tan pobre, que tenga necesidad de su hacienda, si acaso por esto desea poner os en el eterno cautiverio de la Religion, quitando al mundo el sol de vuestra hermosura, y à mí la dicha de merecerla: mi intento es, que seais mi dueño, aunque sea à disgusto suyo. Ya os he dicho quanta os puedo decir, y si os pareciere atrevimiento, tomad un espejo, mirad vuestra belleza, y me perdonareis. Suplicoos, Señora mia, por ser ingrata conmigo, que no seas cruel con vos, ni aguardeis à que vuestro padre quitandoos la libertad me quite à mí la vida.

No se descuydó el mensagero en dar el papel à su Señora, la qual habiendole leído, y considerando quan tiranamente su padre y hermano, por desposeerla de la hacienda, le querian privar de la libertad, desesperada con la passion, y persuadida del criado, que puso todas las fuerzas de su astucia, diciendole lo que ignoraba en ser esposa de Don Enrique, su riqueza, y partes, aconsejandola no dexase perder la ventura que le ofrecia el Cielo, diciendole, que si no se casaba así,

no esperase serlo de mano de su padre, porque él sabía bien su intencion, que era quitarla de ocasion, en que la hacienda, que toda la queria para su hermano, se desmembrase, y otras cosas à este modo. Pareciendole à Doña Mencía, que el yerro de casarse sin gusto de su padre, con el tiempo se doraria; agradada de las partes amables de Don Enrique, à quien habia visto muchas veces, y tenia particular inclinacion, y que habia de ser (que es lo mas cierto, porque aunque se dice, que el sabio es dueño de las estrellas, libre nos Dios de las que inclinan desgracias, que aunque se tema, y aparten de ellas, es necesaria mucha atencion para que no ejecuten su poder) se rindió al gusto de su amante, al consejo de su criado, y à lo mas cierto à su inclinacion, y à pesar de esta suerte, al gusto de su padre, por ser tan contrario al suyo: de manera, que hallando el amor entradas bastantes en el pecho tierno de la Dama, se apoderó de él, empezando desde aquel mismo punto à amar à Don Enrique, y à desearle y admitirle esposo, respondiendo al papel tan à gusto de su amante, que desde ese mismo dia se juzgó en posesion del bien que deseaba; pues viendose favorecido, empezó à galantear, y servir à Doña Mencía con paseos, si bien recatados, por no al-

alborotar à su padre y hermano, con regalos, y joyas, que mostraban su amor, y riqueza, con musicas, y versos, en que era, si no muy acertado, por lo menos, no los pedia prestados, à otros, todo dispuesto por la orden de Gonzalo, (que este era el nombre del criado) tercero de esta voluntad, hablandose algunas noches, despues de recogidos todos, por unas rejas baxas, que caían à las espaldas de la casa de Doña Mencía, y eran de su misma estancia, que por menos pasada aquella calle la tenia su padre en ella, por donde una noche, que Doña Mencía le escuchaba, cantó Don Enrique al són de un laud estas decimas.

*De la memoria los ojos*

*se queixan, y con razon;  
porque ella, ni el corazon  
no gozan de sus enojos:*

*A la pena dån despojos,  
los ojos pues en no vér  
con eterno padecer*

*estån; pero la memoria  
gozando el bien está en gloria  
porque llega à poseer.*

*Vieron los ojos el bien,  
mas la memoria ligera*

*se le usurpó de manera  
que hace que sin él estén:*

*Ellos vieron, y no vén;  
ella no vió, y el bien tiene,  
ella quando el bien no viene.*

*en sí le goza? y los ojos  
gozan lagrimas, y enojos,  
basta que el vér los despene.*

*La tabla, que al buespéd llama  
le aposenta, y fuera queda,  
son los ojos, sin que pueda  
amar reparar su llama:*

*Es la memoria la cama  
en que vos, Señora, estais;  
mas si à los ojos no dais  
parte del bien, que soys vos,  
yo os juro, mi bien, por Dios,  
de que un esclavo perdais.*

*No hay cosa que satisfaga  
al mal, que sin veras tienen,  
y si los dexais que penen,  
no les dais segura paga:*

*No permitais los desbaga  
su continuo padecer,  
pues supieron escoger  
tan divino dueño en vos,  
pagad Señora à los dos  
lo bien que os saben querer.*

*Vuestro valor sin segundo,  
zeloso mi bien me tiene,  
temiendo, que habrá quien pene  
por vos como yo en el mundo:*

*Los zelos que tengo fundo,  
Señora, en vuestro valor,  
porque si yo os tuve amor  
el día que os llegué à vér,  
qualquiera os podrá querer,  
que os llegue à vér en rigor.*

*De justicia, amor pudiera  
pretender esta victoria,  
mas baga misericordia*

*lo que justicia pudiera:  
De que ballaréis quien os quiera  
yo no lo puedo dudar,  
pero quien os pueda amar,  
dulce dueño, mas que yo,  
no le hay en el mundo, no,  
ni se ha de poder ballar.*

Deys

*Deydad soys en quien mis ojos  
adoran de Dios al sér,  
pues que se vé su poder  
en tan divinos despojos:  
A vuestras plantas de inojos  
os ofrezco quanto soy,  
por esclavo vuestro estoy  
en el rostro señalado,  
el alma, que ya os he dado,  
dos mil veces os la doy.*

Causó la musica ( aunque sin ostentacion de voces , ni instrumentos , mas de la que alcanzó del Cielo el que la daba por novedad ) admiracion en la vecindad , y que temia à su padre de Doña Mencía , que su hermano no estaba en casa , que como mozo se recogia tarde , ocupado en sus juegos , y galanteos , mas por la primera vez no hizo extremo ninguno , considerando en medio de su sospechoso recelo , que podia ocasionarla alguna Dama de las que habia en la vecindad , viendo que su hija parecia vivir descuydada de galanteos y amores : en fin , pasó por esta vez en su duda , porque aunque Doña Mencía estaba junto à la rexa , no la abrió , oyendo que su padre no dormia , antes muy paso se acostó , y no negoció mal en hacerlo , porque desde que Don Enrique empezó à cantar , estaba Don Alonso en la calle , que venia à acostarse , mas como en ninguna ventana de su casa vió gente , aunque enfadado , entrandose en ella ,

no se dió por entendido de su enfado . Vinose à eslabonar de suerte la voluntad de Don Enrique , y Doña Mencía , que ayudados de los consejos , y solicitudes de Gonzalo , y de una doncella suya , à quien Doña Mencía , dió parte de su amor , que por la misma rexa se hablaban , delante de los criados se dieron fé , y palabra de esposos , con que Don Enrique se juzgó dichoso , y Doña Mencía segura , de que su padre la hiciese fuerza , para que tomase el estado que deseaba ; si bien temiendo la Dama la ira de su padre , pidió à su amante que por entonces no se hiciese novedad ninguna , hasta ver si su padre mudaba de intencion , que se le concedió bien contra su voluntad , porque como amaba , quisiera verse en la posesion de su amada prenda , siendo imposible , por la condicion dicha de su padre y hermano , sino era sacandola de su casa : tanto era la custodia con que la tenian ; y aunque causaba algun escandalo en los vecinos de la misma calle verlos hablar de noche por la rexa , no se atrevieron à estorvarlo por la sobervia que en padre , è hijo conocian , disculpando en parte à la Dama , por la vida tan estrecha en que la tenian , no saliendo sino à Misa , y eso , acompañandola su padre , ò su hermano . Quando Don Enrique se enamoró de Doña Mencía , tenia una

Da-



Dama casada, mas libre y desem- buelta; y como el verdadero amor no permite en el pecho, donde se aposenta compañía, al punto que amó à Doña Mencía para hacer- la su esposa, se olvidó del de Clavela, en tanto extremo, que ni verla, ni aun pasar por su ca- lle, fue posible acabarlo con él. Clavela sentida del desprecio, y de la falta que le hacian las dadi- vas, y regalos de Don Enrique, dió en inquirir, y saber la causa, sospechando, que nuevos em- pleos le apartaban de ella, y en- comendando el averiguarlo à la solicitud de una criada, no le fue dificultoso, porque siguiendole de dia y de noche, vino à saber como hablaba con Doña Mencía todas las mas noches por aquella rexa; y conociendo las partes de la Dama, bien conoció, que era casamiento, porque por otra via no se podia entender, que cami- nase aquel amor, y se resolvió à estorvarlo, aunque pusiese à pe- ligro su vida, y la de los dos amantes. Qué no intentará una muger libre y zelosa? Pues co- mo tal buscó à Don Enrique, vien- do que él no la buscaba à ella; y sobre muchos disgustos, que so- bre el caso tuvieron, viendo, que ni con lagrimas, ni ruegos, ni con amenazas, le podia bolver à su amistad, se determinó à llevar- lo por camino mas violento: pues aunque Don Enrique se lo negó, como ella estaba bien cierta de

la verdad, no tuvo atencion à mas que à vengarse, y la desdicha le dió modo para hacerlo. Tenia esta Dama amistad con unas Se- ñoras, madre è hija, de la Ciu- dad, de lo bueno y calificado de ella, aunque en su modo de vida no se portaban con la atencion competente à su sangre, porque recibian visitas con gran desdoro de su opinion, en cuya casa en- traba familiarmente Don Alonso, y aun ellas visitaban algunas ve- ces à su hermana, porque aun- que por su modo de vida, las mas principales de la Ciudad se ne- gaban à su casa, no les podian impedir venir à las suyas. En esta casa habia visto Don Alonso à Clavela, y aun no le habia pare- cido mal, sino que se le habia ofrecido por muy suyo, dicho à las dichas Señoras la hablasen de su parte.

No ignoraba Clavela ser Don Alonso hermano de Doña Men- cía, y si bien à los principios, creyendo Don Enrique bolveria à su amistad, se habia negado à su pretension, ya desvalida de todo punto de Don Enrique, admitió à Don Alonso, no tanto por es- tar aficionada à él, quanto por entablar su venganza. Veíase por causa de su marido con Don Alon- so, en casa de sus amigas, y un dia, que todas juntas estaban con Don Alonso en conversacion, le dixo Clavela: Que porque no ca- saba su hermana, que si aguarda-  
ba

ba à que ella se casase sin su gusto, ni el de su padre? No hará Mencía tal, dixo Don Alonso, porque demás de que su virtud, y obediencia le asistia siempre, era muy niña, y aun no habian llegado à su imaginacion esos deseos, que à ser de mas edad, ya estuviera en Religion. Qué bueno es eso, respondió Clavela, para lo que sé: bien dicen, que el postrero que lo sabe, es el ofendido: pues advierta, Don Alonso, que si no está casada, ya anda en eso; y digolo así, porque no es de creer, que una Dama de la calidad, y partes de la Señora Doña Mencía, se atreviera contra su opinion, y la de su padre, y hermano, à hablar todas las noches por una rexa con Don Enrique, si no fuera para casarse. Mira lo que dices, Clavela, dixo Don Alonso, que si son zelos de Don Enrique, porque entra algunas veces en mi casa, bien puedes tenerlos, y darmelos à mí, con saber, que aun no estás olvidada de esa voluntad, mas no, que pongas dolo en el honor de mi hermana, porque desde mi quarto al suyo hay mucho, y juraré, que las veces que Don Enrique entra à buscarme à mí, ni vé à mi hermana, ni ella està en tan poca custodia, que le vea à él, porque es mi madre, quien le vela. Rióse Clavela, y las demás, que ya todas estaban puestas en hacer este mal à Doña Mencía, y dixo: Ni

son zelos, ni à mi me importa nada, Don Enrique, que no es sino sentimiento, de que se hable mal en la vecindad, y otras partes, contra el honor de esta Señora; las musicas, los paseos, el hablar de noche, es tan publico, que antes dicen, que Don Alonso, y su padre, se dan por desentendidos, por casarla sin dote con un hombre tan poderoso como Don Enrique. Esto lo saben muy bien estas Señoras, y es muy buen modo tener yo zelos, y supuesto, que si se toma mi voto, le daré ahora, aconsejando que seria mejor casarlos, que no dar motivo à murmuraciones. La ira y colera que al instante se excitó en Don Alonso, con esto que oyó, fue tan grande, que apenas acertó à responderle, y ciego de enojo, tanto de la liviandad de su hermana, como del atrevimiento de Don Enrique, sin poder disimular su pasion, ni las mal aconsejadas mugeres, reportarle en ella, pues ellas no pretendian, sino incitarle à ella; se despidió, y fue à su casa, y apartando à su padre, le dió cuenta de lo que pasaba, y despues de varios acuerdos, se determinaron à disimular, hasta vengarse, teniendo por afrenta, que la sangre de Don Enrique se mezclase con la suya. Mas de un mes se pasó, sin tratarse de nada, en razon de la venganza, porque como Don Pedro era hombre mayor, no qui-

quiso hallarse à los riesgos de ella , y así habiendo venido la Flota , donde le trahian cantidad de dineros , diciendo que queria hallarse presente al despacho de ellos en las Aduanas de Sevilla , se partió de Jaen , llevando consigo à Gonzalo , y otros dos criados que habia en casa , no quedandole à Don Alonso mas de un page , que le acompañaba en este tiempo. Disimuladamente se habia Don Alonso enterado del galanteo de su hermana , y vistola por sus ojos hablar con Don Enrique , que si bien no se aseguraba mucho de las amenazas que Clavela le habia hecho , amaba tanto à Doña Mencía , que sin temer riesgos ni peligros , continuaba el verla , pareciendole , que quando Clavela intentára hacer algun mal , todo podia parar en sacar la cara , y decir , que era Doña Mencía su muger , y aun à no impedirsela ella , temerosa de la ira de su padre , ya se lo hubiera hecho. En teniendo cartas Don Alonso , de que su padre habia llegado à Sevilla , al punto dió orden de lo que entre ellos habia quedado dispuesto. Mal segura se hallaba Doña Mencía , y temerosa , por ver à su hermano andar desabrido con ella ; y no queriendo ya aguardar à algun lance peligroso , un dia acabando de comer , viendo à su hermano , que se habia ido à su quarto , se entró en aquella quadra , por donde ha-

blaba à Don Enrique , cuya rexa caía à las espaldas de la casa , que era donde ella se tocaba , por detrás de la en que ella tenia su cama , y se puso à escribir un papel à su esposo , pidiendole , se viese aquella noche con ella , para disponer sus cosas , y acabando de escribirla , Don Alonso , que no se descuydaba , y habia estado acechando lo que hacia , habiendo embiado al page de proposito fuera , y dexando cerradas en su mismo quarto dos doncellas , y una criada de cocina que habia , amenazandolas con la muerte , si chistaban ; entró en el aposento de su hermana , tan paso , que sin poder prevenir guardar el papel , le cogió , cerrandole ; y como se le quitó , y le leyó , aunque la triste Dama quiso disculparse , no le bastó ninguna cosa , que en abono suyo intentase decir. Salióse Don Alonso fuera , y cerrandola con llave se salió à la puerta de la calle , donde se estuvo hasta que vió pasar un Clerigo , al qual llamó , diciendo , entrase à confesar una muger , que estaba en grande peligro de muerte. Hizolo así el Sacerdote , y entrando dentro , y Don Alonso con él , harto espantado , de no ver en toda la casa persona ; llegaron al retrete , y abriendo Don Alonso la puerta , le dixo : que entrase , y confesase aquella muger que estaba allí , porque al punto habia de morir. Asustóse el Sacerdote,

y



y dixo: que por qué causa queria hacer crueldad semejante? Padre, respondió Don Alonso, eso no le toca à vuesa merced, ni à mí el darle cuenta, porque la tengo de matar: confesarla, es lo que le piden, y si no lo quiere hacer, vayase con Dios, que sin confesar la mataré. Viendo pues, el Clerigo la determinacion de Don Alonso, entró, y confesó à Doña Mencia, la qual con muchas lagrimas lo hizo, deteniendo al Clerigo para entretener algun poco mas la vida, como lo contó él mismo despues. Acabada de confesar la Dama, el Sacerdote salió, y con palabras muy cuerdas, y christianas, quiso reducir à Don Alonso, diciendole, que mirase, que aquella Señora no debia aquella muerte, por quanto su delito no pasaba à ofensa, supuesto, que no era mas de deseo de casarse, sin haver habido agravio ninguno de por medio; que temiese la ofensa de Dios, y su castigo. Bien estoy en esto, Padre; (respondió el ayrado mozo) yo sé lo que tengo de hacer, y nunca dé consejo à quien no se lo pide. Lo que yo le pido es, que en estos ocho dias, no diga à nadie esto, que aqui ha visto; porque si lo contrario hace, le he de hacer menudas piezas. Temió tanto el Clerigo, que no dudando, que estaba tan en peligro como la Dama, habiendoselo prometido, no vió la hora de ver-

se fuera de aquella casa, y aun despues no acababa de asegurarse, si estaba en salvo; por lo qual, no se atrevió à dar cuenta del caso, hasta que estuvo público. Ido el Sacerdote, Don Alonso tornó à entrar, donde estaba la desdichada Dama, y dandola tantas puñaladas, quantas bastaron à privarla de la vida, se salió, y cerrando el retrete, se dexó la llave en la misma puerta, y luego aguardando, à que viniese el page le dió el papel de Doña Mencia, y le mandó, se le llevase à Don Enrique, diciendole, que dixese se le habia dado su Señora, y que luego le fuese à buscar à casa de aquellos Señores donde solia ir, y que le aguardase allí, hasta que él fuese. Con esto cerrando la puerta de la casa, se fue à casa de un amigo, que debia ser de las mismas mañanas que él, à quien pidió le acompañase aquella noche en un caso, que se le habia ofrecido, y hallando en él la ayuda, que buscaba, se estuvo en la misma casa de amigo retirado, hasta que fuese hora de ir à él. Dió el papel de Doña Mencia à Don Enrique el page, y habiendole respondido de palabra, dixese à su Señora, haria lo que le mandaba, se fue donde su amo le habia dicho le esperase. Mucho estrañó Don Enrique el llevar el page de Don Alonso el papel; porque desde que se habia ido Don Gonzalo à Se-

Ec villa,

villa, Doña Mencia no le escri-  
 via, sino por una criada, y à no  
 conocer la letra de la Dama, casi  
 le pusiera en confusion de algun  
 engaño; mas pensó que alguna  
 gran novedad debia de haber,  
 pues le escrivia con diferente  
 mensagero, y no veía la hora de  
 ir à saberlo, que como vió, que  
 habian dado las once, que era  
 en la que la Dama le hablaba,  
 por ser en la que su casa estaba  
 sosegada; solo, porque siempre  
 iba así, aunque apercebido de  
 armas bastantes, se fue à la casa  
 de su Dama, y llegando à su re-  
 xa, la vió cerrada; porque Don  
 Alonso la habia dexado así; y  
 haciendo la seña por donde se  
 entendian, como vió, que ni à  
 una vez, ni à dos, ni à tres salía,  
 llegó à la rexa, y paso tocó en  
 ella, y apenas puso en ella la ma-  
 no, quando las puertas de todo  
 punto se le abrieron con un gran-  
 disimo estruendo, y alborotado  
 con él, miró por ver que en el pe-  
 queño retrete habia gran clari-  
 dad, no de hachas, ni buxias,  
 sino de una luz, que solo alum-  
 braba en la parte de adentro, sin  
 que tocase à la de afuera; y mas  
 admirado que antes, miró à ver,  
 de qué salía la luz, y vió al res-  
 plandor de ella à la hermosa  
 Dama tendida en el estrado, mal  
 compuesta, y bañada en sangre,  
 que con estar muerta desde me-  
 dio dia, corria entonces de las  
 heridas, como si se las acabáran

de dar, y junto à ella un lago de  
 sangriento humor. A vista tan  
 lastimosa, quedó Don Enrique  
 casi sin pulsos, que à su parecer  
 juzgó, que ya el alma se le apar-  
 taba del cuerpo, sin tener valor  
 para apartarse, ni allegarse; por-  
 que todo el cuerpo le temblaba,  
 como si tuviera un gran acci-  
 dente de quartana; y mas fue  
 quando oyó, que de donde esta-  
 ba el sangriento cadaver, salía  
 una voz muy débil, y delicada,  
 que le dixo: Ya esposo, no tie-  
 nes que buscarme en este mun-  
 do, porque ha mas de nueve ho-  
 ras, que estoy fuera de él; porque  
 aqui no está mas de este triste  
 cuerpo, sin alma, de la suerte,  
 que le miras. Por tu causa me  
 han muerto, mas no quiero, que  
 tu mueras por la mia, que quie-  
 ro me debas esta fineza; y así te  
 aviso, que te pongas en salvo, y  
 mires por tu vida, que estás en  
 muy grande peligro; y quedate à  
 Dios para siempre. Y acabando  
 de decir esto, se tornaron las  
 puertas de la ventana à cerrar  
 con el mismo ruido, que quando  
 se abrieron. Quedó de lo que ha-  
 bia oído, sobre lo que habia visto,  
 tal Don Enrique, casi tan difun-  
 to, como su malograda esposa,  
 saltandole de todo punto el ani-  
 mo, y el valor; y no es maravi-  
 lla, pues por una parte el dolor,  
 y por otra el temor, le dexaron  
 poco menos que mortal; tanto,  
 que ni moverse de alli, ni aun  
 alen

alentarle era posible. Ya quando esto sucedió, Don Alonso, y su amigo estaban en la calle, aunque no sintieron el ruido, ni vieron abrir la ventana, mas seguros de que era Don Enrique, pensando, como le veían parado, que estaba aguardando, que le abriesen; el uno por la una parte, y el otro por la otra, se vinieron cercando, y cogido en medio, sin poder el pobre Cavallero defenderse, con la turbacion, que tenía, aunque vió acometerse, ni se pudo aprovechar de una pistola que trahia, ni meter mano à la espada; de dos estocadas, que à un tiempo le dieron, le tendieron en el suelo, y caído le dieron veinte y dos puñaladas, y dexándole casi muerto, se pusieron en fuga; porque à las voces, que dió, pidiendo confesion, empezó à salir gente, y sacar luces. En fin, vieron, que Don Alonso se fue à casa de las ya dichas, y el amigo à un Convento: la gente, que se juntó, llegaron à Don Enrique, y le hallaron sin sentido; y estando trazando el llevarle à su casa, porque de todos era bien conocido, llegó la Justicia, y haciendo su oficio, no pudieron averiguar mas, de que à las voces, que aquel Cavallero habia dado, pidiendo confesion, habia salido, y hallándole en el estado, que le veían, y rebolviéndole, conocieron, que no estaba muerto. En fin le llevaron à su casa, dando con su vis-

ta la pena à sus padres, que era razon tener, quien no tenia otro; y llamando quien le tomase la sangre, le desnudaron, y pusieron en la cama, donde estuvo asi, hasta la mañana, que boivio en sí, permitiendolo Dios nuestro Señor, para que se supiese el lastimoso fin de Doña Mencia; porque aunque la Justicia, habiendo llamado à las puertas de Don Pedro, y no respondiendo nadie, admirados, y confusos de ver tanto silencio como en la casa habia, quisieron dar orden de romper las puertas, mas no lo hicieron, hasta que Don Enrique, si bolvia, diese su declaracion; porque como Don Pedro era tan principal, y poderoso, todos le guardaban en la Ciudad su debido respeto.

Buelto en sí Don Enrique, y dándole una substancia, cobrando algo de el animo perdido, pidió que luego juntamente llamasen al Confesor, y al Corregidor tambien, y venidos delante del que le habia de confesar, contó al Corregidor todo lo que aquella noche le habia sucedido, pidiendo se fuese à casa de Don Pedro, y rompiendo, si no abrian la puerta, viesen si habia sido verdad, ò alguna ilusion fantastica, si bien por aquel papel, que de su esposa habia recibido, y las heridas, que le habian dado, lo tenía por verdad: luego mientras el Corregidor fue à averiguar el



caso , admirado de lo que contaba el herido , se confesó , y recibió el Santísimo Sacramento, los Cirujanos , le hallaban muy de peligro. El Corregidor , y sus Ministros fueron á casa de Don Pedro , llamando ; mas como no respondiese nadie , derribaron la puerta , y entrando no hallaron á nadie , è yendo de una sala en otra , hasta llegar al retrete , que como he dicho , estaba la llave en la puerta , y abriendo , hallaron á la hermosa , y desdichada Doña Mencia , de la misma suerte , que decia Don Enrique haberla visto : las heridas , y sangre , que de ellas corria , como si entonces se acabáran de dar : junto á ella estaba un bufetillo con recado de escribir , y en unos pliegos de papel , que habia encima , estaba escrito : Yo le quitè la vida , porque no mezclára mi noble sangre con la de un villano. Don Alonso.

Visto esto , anduvieron toda la casa , por ver si habia alguna gente , y en un aposento , al ultimo de otro quarto , que estaba enfrente del que acababan de mirar , y donde estaba la difunta Dama , oyeron dar gritos , y abriendo con la llave , que así mismo estaba en la cerradura , hallaron las dos doncellas , y la criada de Doña Mencia , de quienes no pudieron saber mas , de que Don Alonso , el dia antes , habiendolas llamado , las habia encerrado allí , ame-

nazandolas , que si daban voces las habia de matar. Dióse orden de depositar el cuerpo de Doña Mencia en la Pátrouia , hasta que se determinase otra cosa , y haciendo la Justicia sus embargos , como de oficio le tocaba , llamaron á Don Alonso á pregonerías , avisando á Sevilla , para que prendiesen á Don Pedro ; mas él probando la quartata , de presto le dieron por libre , y tomando por excusa no ver la parte en que habia sucedido el fracaso de su amada hija , se quedó á vivir en Sevilla. Divulgóse por la Ciudad el suceso , así acudió el Clerigo , que habia confesado á Doña Mencia , á contar lo que le habia sucedido. Don Enrique llegó muy al cabo ; mas Dios , por intercesion de su Madre Santísima , á quien prometió , si le daba vida , ser Religioso , se la otorgó ; y así lo hizo , que se entró Frayle en un Convento del Serafico Padre S. Francisco , y con mucha parte de su hacienda labró el Convento , que era pobre , y una Capilla , con una aseada boveda , donde pasó el cuerpo de su esposa , habiendo muchos testigos , que se hallaron á verle pasar , que con haber pasado un año , que duró la obra , estaban las heridas corriendo sangre como el mismo dia , que la mataron , y ella tan hermosa , que parecia no haber tenido jurisdiccion la muerte en su hermosura.

Don

Don Alonso, habiendo estado ocho dias, él, y su page escondidos en casa de aquellas damas con Clavela, al cabo de ellos, como estaba bien prevenido de joyas, y dineros, que antes de salir de su casa habia tomado, dexando el page durmiendo, se partió una noche la buelta de Sevilla, para despedirse de su padre, y caminar à Barcelona, donde tenia determinacion de embarcarse para pasar à Italia. El page quando despertó, y supo que su amo le habia dexado, se salió del encierro, contando por la ciudad, como su amo habia estado en aquella casa ocho dias, y como los habia oído hablar de la muerte de su Señora, y heridas de Don Enrique, por lo qual las tales Damas estuvieron presas, y à pique de darles tormentos; mas donde hay dineros todo se negocia bien. El amigo de Don Alonso, como contra él no habia indicio ninguno, por estar el secreto entre los dos, en viendo sosegados estos alborotos se paseó. Don Alonso estuvo con su padre en Sevilla, solos dos dias, porque como sabía que estaba llamado à pregones, y sentenciado en ausencia à cortar la cabeza, no paró allí mas, antes se partió para Barcelona, donde se embarcó, y con prospero viage llegó à la Ciudad de Napoles, donde asentó plaza de soldado, por no dar que decir, de que estaba allí sin ocupa-

cion ninguna, y socorrido largamente de su padre, pasaba una vida ociosa, jugando, y visitando Damas. Ayudóle à darse tanto al vicio, tomar amistad con un Genizaro, hijo de Español, y Napolitano, hombre perdido, y vicioso, tanto de glotonerías, como en lo demás; y como Don Alonso tenia dineros, hallabase bien con él, ganandole la voluntad con lisonjas. Este era Clerigo Salvage; y porque no se estrañe este nombre digo, que hay en Italia unos hombres, que sin letras, ni Ordenes, tienen renta por la Iglesia, solo con andar vestidos de Clerigos, y llamanlos, Pretes Salvages, y asi lo era Marco Antonio, que este era su nombre. En teniendo aviso Don Pedro, de que su hijo estaba en Napoles, y tenia asentada plaza, le diligenció muchas cartas de favor, por las quales el Excelentísimo Señor Conde de Lemos, Don Pedro Fernandez de Castro, que era Virrey en aquel Reyno, le dió una Vandera, con la qual estaba Don Alonso tan contento, y olvidado de la Justicia Divina, y de la inocente sangre de su hermana, que havia derramado tan sin causa, como se ha visto, que dió en enamorarse, cosa que hasta entonces no havia hecho, aunque havia tenido amistad con Clavela, mas havia sido apetito de amor, y aun en esta ocasion lo pudiera excusar. Estaba en la Ciudad

dad un Cavallero entretenido, como hay en ella muchos, cuyo nombre es Don Fernando de Añasco, Español, y Cavallero de calidad, y que habia sido Capitan de Infanteria; éste tuvo un hijo, que casó alli con una Señora de prendas, aunque no muy rica, y dexandola cinco hijas murió: y visto por Don Fernando, que la nuera, y nietas estaban necesitadas, las traxo à su casa, las dos mayores se entraron Religiosas en el Convento de la Concepcion de la misma Ciudad; porque estando velando juntas una noche, cayó entre las dos un rayo, y no las hizo mal, y ellas asombradas de esto, ne quisieron estar mas en el siglo: las otras dos casaron por su hermosura, sin dote, con dos Capitanes. Quedó la menor, mas hermosa, llamada Doña Ana, y tan niña, que apenas llegaba à quince años: mas como su madre, y abuelo habian gastado tanto con las dos Monjas, no tenian que darla, ni aun para traerla, sino con un moderado aseo, y con todo eso salia tanto su belleza, que ninguna de la Ciudad (con haber muchas) no la igualaba, y ella pasaba à todas: mas no se habia llegado su ventura como à sus hermanas, porque le estaba aguardando su desventura. Vióla Don Alonso, y enamoróse de ella, y enamorado, dió en galantearla con las tretas, que todos los hom-

bres galantean, ò por mejor decir, engañan, que este arancel todos le saben de memoria. Ay de aquellas, que los creen! Y ay de Doña Ana, que se dexò ver de Don Alonso, que no fue para ella amante, sino el hado fatal que la ocasionò su desgracia! Noble, honesta, recogida, y hermosa, era Doña Ana; mas de qué le sirvió, si nació desgraciada? Haciale, como dicen, rostro; lo uno porque sabia quien era, y su rico mayorazgo, despues de la vida de su padre: lo otro, porque quanto al talle, bien merecia ser querido; y quiso probar la suerte, por ver si acertaba como sus hermanas, mas no porque se alargase mas en los favores que le hacia, que à dexarse ver en la ventana, y oír con gusto alguna musica que le daba, que en esto aun con mas extremos se adelantan en Italia, que en otras partes, porque son todos muy inclinados à ella. Dióle una Don Alonso una noche cantando él mismo à una vihuela este Romance, tomando por assunto, no haber ido Doña Ana à un jardin, por llover mucho, donde habian de ir à holgarse su madre, y hermanas, con otras amigas; que como Don Alonso estaba enamorado, siempre andaba inquiriendo las salidas de la Dama, por mostrarle su cuydado en ellas, y esto se lo habia dicho un criado de su casa. En fin el Romance era este:



*Llorad ojos, pues las nubes  
han hecho conjuracion,  
por quitar que no goceis  
los rayos de vuestro sol.*

*Si para los desdichados  
hasta la muerte faltó,  
cómo quereis ver la vida,  
pues tan desdichada soys?*

*Esclavos soys de buen dueño;  
no os quejaréis, que no os dió  
todo quanto pudo daros  
la fortuna de favor.*

*Solo con este consuelo  
vivo alegre en mi pasion,  
que es gloria por tal belleza  
pasar penas, y dolor.*

*Detened nubes el agua,  
pues con mis ojos les doy  
bastante censo à los rios,  
que ya por mi mares son.*

*Y tu, Anarda de mi vida,  
no te dé agua el temor;  
mas agua vierten mis ojos,  
y con mas justa razon.*

*En el fuego que me abraso,  
como la fragua es amor,  
con agua nunca se apaga,  
antes crece con su ardor.*

*Muerto de mis propias penas,  
y en ellas penando estoy:  
que es purgatorio tu ausencia,  
tu vista gloria mayor.*

*En el Infierno las almas  
penan que los cuerpos no;  
aqui penan alma, y cuerpo  
juntos, por una razon.*

*Quándo en la gloria de verte,  
se acabará mi dolor?*

*Y quándo he de verte mia,  
que es el premio de mi amor?*

*Ta la esperanza me alienta,  
ya me desmaya el temor  
ya fio en tu cortesia,  
y ya temo tu rigor.*

*Mas en mirando estas nubes,  
me falta todo el valor,  
que hasta las nubes persiguen  
los que desdichados son.*

*Sal à alumbrarme Sol,  
que se me anega el alma de dolor.*

Con estos, y otros engaños, (que asi los quiero llamar) andaba Don Alonso solicitando la tierna, y descuydada corderilla, hasta cogerla para llevarla al matadero, no acordandose de que habia trahido al mismo à la hermosa Doña Mencia, su hermana, y se pasaron en solicitudes amorosas muchos dias, que como con ella, no grangeaba mas favores de los ya dichos, andaba desesperado, de lo qual su amigo Marco Antonio, habia estado ignorante, hasta ya à los ultimos dias, que viendole melancolico, y desesperado, le dixo: Cierta Don Alonso, que aunque pudiera quejarme de vuestra amistad, no teniendola por muy segura, pues encubris de mi vuestra pasion amorosa, dando lugar à que la sepa de otra parte primero, y no de vuestra boca; no me quiero sentir agraviado de ello, antes compadecido de vuestra pena, me quiero ofrecer para el remedio de ella; que tengo por seguro no habrá en todo el Reyno de

Napoles, quien mejor que yo os dé la prenda que deseais: mas he menester saber, qué intento es el vuestro en este galanteo à Doña Ana de Añasco; porque si la pretendéis, menos, que para esposa, os certifico, que perdereis tiempo, porque en Doña Ana hay mas partes de las que admirais en su hermosura: pues demás de ser muy virtuosa, y honesta, en calidad no os debe nada, porque su padre tuvo el Abito de Santiago por claro timbre de su nobleza: no es ella rica, que la fortuna hace esos desaciertos: à quien no lo merece da muchas prosperidades, negandose las, à los que con justa causa debian darse, de modo, que si la amais para Dama, os aconsejo os apartéis de esa locura, porque no sacaréis de ella, al cabo de muchos mas que haveis sacado hasta oy; y si la deseais esposa, que lo cierto es, que os merece tal, dexadme à mí el cargo, que antes de seis dias la tendreis en vuestro poder. No me tengais amigo Marco Antonio, respondió Don Alonso, por tan ignorante, que havia de pretender à Doña Ana para menos que mi esposa; que no ignoro, que de otra suerte no he de ser admitido; y si bien pudiera retirarme de este pensamiento la poca hacienda, que tiene, que estoy bien informado: no reparo en eso, aunque la condicion avarienta de mi padre me pudie-

ra dar temor, pues yo tengo bienes, gracias al Cielo, para los dos; y mi padre no tiene otro hijo sino à mí: su hermosura, y nobleza, junto con su virtud, es lo que yo en Doña Ana estimo, y asi perdiendo el enojo de no haveros dado parte de este amor desde el principio, os suplico, pues asegurais que teneis poder para ello, me hagais dueño de tal belleza, que con eso me juzgaré dichosisimo. Prometióselo Marco Antonio, y tomando la mano en ello, lo supo negociar tambien, dandole à enterder à Don Fernando lo que grangeaba en tener por yerno à Don Alonso, contandole quan gran Cavallero, y rico era Don Alonso, que antes de un mes estaba desposado con Doña Ana, tan contenta ella, y su madre, y abuelo, con el venturoso acierto, que les parecia tenia toda la ventura del mundo por suya. Havia poco que Don Pedro havia embiado à su hijo letras de cantidad, con que él puso su casa, que fue en la misma de D. Fernando, eligiendo D. Alonso para sí un quarto en frente del suyo, que no tenia mas division que un corredor. Sacó galas à Doña Ana, con que hacia mas su hermosura, mostrando Don Alonso el primer año en su alegría su acierto. A los nueve meses le dió el Cielo un hijo, que llamaron como à su abuelo paterno, Don Pedro, al qual Doña Ana

Ana muy madre, quiso criar à sus pechos. Bien quisiera Don Alonso, que no supiera su padre que se havia casado, temeroso de lo mal que lo havia de recibir, y por no perder el socorro, que todos los mas ordinarios le embiaba: mas como nunca falta quien por meterse en duelos agenos, haga mas mal que bien; se lo escribieron à su padre, el qual como lo supo, loco de enojo, le escribió una carta muy pesada, diciendole en ella, que ni se nombrase su hijo, ni le tuviese por padre; pues quando entendió, que le diera por nuera una gran Señora de aquel Reyno, que engrandeciera su casa de calidad, y riqueza, añadiendo renta à su renta, se havia casado con una pobre muger, que antes servia de afrenta à su linage, que de honor; y que si le tuviera presente hiciera de él, lo que él havia hecho de su hermana: mas pues estaba tan contento con su bella esposa, que sin comer se podia pasar, ò que lo ganase como quisiese, que no le pensaba embiar un maravedí, antes pensaba dar tan buen cabo de su hacienda, que quando él muriese, no hallase ni una sombra de ella; que mas queria jugarlo à las pintas, que no la gozase la Señora Doña Ana de Añasco. Mucho sintió Don Alonso el enojo de su padre, y fue de modo, que bastó à templarle el amor, de suerte, que lo que hasta

alli no le havia sucedido, que era arrepentirse de haverse casado, en un instante le llegó el arrepentimiento, y se le empezó à sentir en el desagrado con que trataba à su esposa. No sabía Doña Ana la causa de ver la novedad de su esposo, lloraba sus despegos, bien lastimosamente; mas al fin lo supo, porque vencido Don Alonso de sus importunaciones, le enseñó la carta de su padre. Pues como se quitó la mascara, y vió que ya Doña Ana lo sabía, lo que antes eran despegos, se convirtió en aborrecimiento; le daba à cada paso en la cara con su pobreza; y mas fue, quando gastado el dinero que tenia, empezó à dár tras las galas de su esposa, vendiendo unas para el sustento, y jugando otras. Vino à tal estado de miseria, que despidiendo las criadas, se humilló à servir su casa, ò si tal vez la criada de su madre la escusaba con acudir à servir, y lo peor de todo era, que muchos dias no comiera, si no la socorrieran su madre, y abuelo. Con estas cosas se remató Don Alonso, de suerte, que no havia cosa mas aborrecida de él, que la hermosa Dama, y de aborrecerla nació el desear verse sin ella, creyendo, que así tornaria à la amistad, y gracia de su padre; y luego con los buenos consejos de su amigo Marco Antonio, se resolvió à salir de todo de una vez, y concertando los dos como havia de



de ser , lo dilataron hasta la partida del Excelentísimo Señor Conde de Lemos , que ya se trataba su vuelta à España , quedando en su lugar , hasta que de Sicilia viniese el Señor Duque de Osuna , el Señor Don Francisco de Castro , Conde de Castro , y Duque de Taurisano. Ah , mozo mal aconsejado , y como la sangre de tu hermana clama contra ti , y no hartado de ella quieres verter la de tu inocente esposa ! Llegóse el plazo , y mas apriesa el que ha de ser mas desgraciado , y como el embarcarse habia de ser de noche , fue Don Alonso à su casa con su amigo , y dixole à Doña Ana , que acababa de dormir à su niño , y le habia echado en la cama , que viniese , y veria embarcar al Virrey , que antes que el niño se despertase se bolverian. Parecióle à Doña Ana , que era nuevo favor en medio de tantos disgustos como con ella tenia : y así cerrando la puerta del quarto , y echandose la llave en la manga para quando bolviere , y no desasosegar à su madre , ni abuelo ; llegó à su quarto , diciendoles , dexasen la puerta de la calle abierta , porque iba con Don Alonso , y Marco Antonio à vér embarcar al Virrey ; y se fue con ellos. Acabada Doña Ana de salir , le dixo la criada à su madre: Por qué , Señora , dexa V. S. ir à mi Señora Doña Ana de noche fuera , no usandose en esta tierra

salir así las Señoras ? Alo que respondió : Amiga , con su marido vá , ahí , qué hay que temer , que nadie lo murmure. Con esto habiendose recogido , se acostaron bien inocentes , y descuydadas del mal que habia de suceder. Llegó Doña Ana à la marina , acompañada de sus dos enemigos , y habiendo estado en ella hasta las diez ; embarcado ya el Virrey , y partidas las Galeras , aunque no todas , que algunas quedaban para la demás gente : ya que se quería bolver à su casa , con muy grandísimo cuydado de su niño ; les rogó à ella , y à Don Alonso , Marco Antonio , llegasen à su posada à tomar un refresco , que aunque lo escusaron , Doña Ana con su cuydado , y Don Alonso con su falsedad , como despues se supo de él , y Marco Antonio : lo hubo de aceptar. En fin fueron , y llegando à ella , abriendoles la puerta una criada de Marco Antonio , ya muger mayor , se entraron à un jardinico donde estaba la mesa , y en ella una empanada , y otras cosas : sentaronse à ella , y repartiendo Marco Antonio , dió al ama su parte , y le dixo , pusiese allí lo que era menester , y se fuese à su aposento , cenase , y se acostase , que él cerraria la puerta , y se llevaria la llave , para que quando bolviere de acompañar aquellos Señores , pudiese entrar à acostarse. Hecho como él lo ordenó,

ly

y recogida el ama, estando la descuydada Doña Ana comiendo de la empanada, fingiendo Don Alonso levantarse por algo que le faltaba, se llegó por detrás, con un cuchillon grande, que él trahia apercebido, y aquel dia habia hecho amolar, y la dió en la garganta tan cruel golpe que la derribó la cabeza sobre la misma mesa. Hecho el sacrificio la echaron en un pozo que habia en el mismo jardin, y el cuchillo con ella, y tomando la cabeza se salieron, y cerrando la puerta, echaron la llave por debaxo y se fueron à la marina, y en una cueva, que estaba en ella, haciendo un hoyo, la metieron, y al punto se embarcaron en una Galera que iba aprisa, en seguimiento del Virrey. (Vayan; que la Justicia de Dios va trás ellos) Como pasó de media noche, el niño que Doña Ana habia dexado dormido, despertó, que ya tenia un año, y como se halló sin el abrigo, y cariño de su madre, empezó à llorar, à cuyo llanto despertó su abuela; mas no pudiendose persuadir que su madre no estaba ya con él, juzgando, que el sueño la tenia rendida, decia entre sí; Valgame Dios! Tan dormida está Doña Ana, que no siente llorar su hijo! Calló el niño un rato, con lo que la buena Señora se bolvió à dormir, y quando empezó à amanecer, despertó bien alborotada à

los gritos que el niño daba, y levantandose se vistió, y salió à ver qué era la causa de estar su nieto tan sin sosiego; mas como llamando muy recio, no le respondieron, casi sospechando el mal sucedido, llamando à Don Fernando, y à un criado, abrieron la puerta, y entraron; y como no hallasen mas que el angelito solo, no sintiendo bien del caso la Señora tomó el nieto, y llamando à una vecina que le diese de mamar, le aquietó, y adormeciò: en tanto se vistió Don Fernando, y salió fuera para hacer diligencias por saber de Don Alonso; mas todos decian, no haberle visto. En tanto que esto pasaba en casa de Doña Ana, en la de Marco Antonio habia otra tragedia, y fue: que el ama se levantó, y fuese adonde su amo dormia; mas aunque no le halló, no hizo novedad de ello, porque otras veces se quedaba fuera; mas hizola quando salió al jardin, y vió la mesa puesta, toda llena de sangre, y tambien la silla en que se habia sentado aquella muger: que si bien conocia à Don Alonso, por ser amigo de su amo, no sabia que fuese casado, ni conocia à su esposa; y no bien contenta de ver tales señales quitó la mesa, y saliendo fuera, halló la llave. En fin, tomó un caldero, y empezó à entrarle en el pozo para sacar agua para regar la casa: aun no ha-

habia entrado la mitad de la sogá , quando el caldero se detuvo en el malogrado cuerpo , que se habia quedado atravesado en el angosto del pozo , y no habia llegado al agua ; porfiando , pues , para que entrase , y siendo imposible , sacóle fuera , y encendió un candil , y le ató en la sogá , y como le baxó , miró qué era lo que no dexaba pasar el caldero ; bien medrosa vió el bulto , que aunque le pareció de persona , no pudo percibir quien fuese : con grandísimo susto soltó la sogá , fue corriendo à la calle , dando descompasados gritos , à los quales acudió la vecindad , y la gente que pasaba , y buscando quien baxase abaxo , sacaron el triste cuerpo sin cabeza. Tenia vestido un fandellin Francés , con su justillo de damasco verde , con pasamanos de plata , que como era Verano no habia salido con otro arreo , y rebocillo negro que llevaba cubierto ; unas medias de seda nacarada , con el zapatillo negro , que apenas era de seis puntos. Conoció el ama , por los vestidos , era la muger que habia visto cenar con su amo , y Don Alonso ; mas no supo decir quien era. Avisaron à la Justicia , que venida , prendieron la ama , hasta hallar mas noticia del caso , y sequestrando los bienes de Marco Antonio , que no debian de ser muchos , llevaron el cuerpo à la

plaza de Palacio , para vér si habia alguno que le conociese , habiendo mirado primero en el pozo si estaba la cabeza ; mas no hallaron mas del cuchillo. Llegados con el cuerpo de Doña Ana à la dicha plaza , y poniendole en medio de ella en unas andas , acudieron todos los Soldados à ver el cuerpo , y entre los demás Don Fernando de Añasco , que al punto conoció à su nieta ; y dando una gran voz dixo : Ay hija mia , y como ha muchos dias que me decia el corazon este desastrado suceso , y no le queria creer! Hizole llevar à su casa , donde no hay que decir , como le recibiria su madre , los oyentes lo juzguen que yo no me atrevo à contarlo. Fuese à pedir justicia al Virrey , el qual lastimado de sus lagrimas despachó tras las Galeras , en un barcón grande , una esquadra de Soldados , y por cabo al Sargento Don Antonio de Lerma , con cartas , pidiendo al Marqués de Santa Cruz , como General de las Galeras , los reos ; si bien eso no pudo ser tan breve , que no pasáran cinco , ò seis dias , en los quales se hicieron diligencias buscando la cabeza de Doña Ana ; mas no pareció. Al fin dieron al cuerpo , sin ella , sepultura , dexando en su abuelo , madre , y hermanas , gran dolor de su muerte , y aun en quantos la conocian. Partidos los Soldados , y con ellos un sobrino de Don Fernando ,  
por



por priesa , que dieron en la navegacion ; no alcanzaron las Galeras hasta Genova , donde quando llegaron habia sucedido un acaso , en que se vió , que Dios, ofendido , y cansado de aguardar tan enormes delitos como Don Alonso cometia , para que pagase con su sangre culpada la inocente , que habia derramado , en las muertes de su hermana , y esposa ; y fue , que habiendo dado fondo las Galeras en el Puerto , salieron de ellas todos , ó los mas , que iban embarcados , por descansar en tierra de las fatigas de la mar , sabiendo , que habian de estar alli tres , ó quatro dias , y con los demás Don Alonso , y su mal amigo Marco Antonio : llegaron à comprar unas mèdias de seda en casa de un Mercader ; y habiendoles sacado el dicho una caxa , en que habia muchos pares de todos colores , para que escogiesen ; Don Alonso persuadido del demonio , ó que Dios lo permitió asi , escondió unas azules , y el amigo otras leonadas ; que como el Mercader las echó menos , apellidandoles ladrones , llamando amigos , y criados , asió de ellos , sacandoselas à vista de todos , y no contento con esto , llamó la Justicia , que los llevó à la carcel , haciendoles causa de ladrones ; y si bien Don Alonso , y Marco Antonio se defendieran , y no se dexáran prender : no llevaban armas , que en Genova no

las trae ninguno , ni dexan pasar à nadie en la puerta con ellas , y asi habian dexado las suyas donde las dexaban los demás , sin valerles el ser Soldados , y asi los llevaron à la carcel , donde estaban quando llegaron los que iban por ellos , y dando las cartas al Marqués de Santa Cruz , mandó se buscasen , y los entregasen à quien venia por ellos , que siendo buscados en la carcel , los sacaron , y entregaron , y bolvieron con ellos à Napoles , y apenas les tomaron la confesion , quando dixeran , lo que sabian , y mas de lo que les preguntaron ; diciendo Don Alonso , que ya era tiempo de pagar con la vida , no solo la muerte de su esposa , mas tambien la de su hermana ; y que asi habia permitido Dios , que hiciese en Genova aquel delito , para que pagase lo uno , y lo otro ; mas que no le perdonase Dios , si él tuviera animo para matar à Doña Ana , si Marco Antonio su amigo no le persuadiera à ello ; diciendole , que con eso quitaria el enojo à su padre , y que él le habia dado el modo , y dispuesto el caso ; y que haverse dexado vencer de su enojo , era permission divina , para que pagase por lo uno , y lo otro : dixo mas habia mas de dos meses , que apenas se dormia , quando le parecia ver à su hermana , que le amenazaba con un cuchillo. Sentenciaronle à degollar , y à Marco Antonio à ahor-

ahorcar; y otro dia salieron à morir. Iba Don Alonso, quando salió ya tan desmayado, que casi no se podia tener en la mula, y fue fuerza, que se pusiese cerca quien le tuviese; y viendole asi Marco Antonio, dando una voz grande, le dixo: Qué es esto, Señor Don Alonso, tuvisteis animo para matar, y no lo teneis para morir? A lo que respondió Don Alonso: Ay Marco Antonio! y como que si supiera, qué era morir, no matára! En llegando al cadahalso, pidió por merced à la Justicia se suspendiese la execucion de su muerte por un poco de tiempo; y diciendo donde estaba la cabeza de Doña Ana enterrada, suplicó, que fuesen por ella, como se hizo, sacandola tan fresca, y hermosa, como si no hubiera seis meses, que estaba debaxo de tierra: llevaronsela, y tomandola en la mano, llorando, dixo: Ya, Doña Ana, pago con una vida culpada, la que te quité sin culpa: no te puedo dar mas satisfaccion de la que te doy: y diciendo esto se quedó desmayado, en que se conoció, que no la quería mal, sino que los desapegos de su padre, y consejo de Marco Antonio, fueron causa de que le quitase la vida. En fin, Don Alonso satisfizo con una muerte dos muertes, y con una vida dos vidas. Murió tambien Marco Antonio, tan desahogadamente, (si se puede decir de quien moria

ahorcado) que como estaba en la plaza, y no entendió, que habia pedido Don Alonso, quando mandó ir por la cabeza de Doña Ana; preguntó, que à qué aguardaban? Y diciendole, respondió: Buen despacho tiene mi amigo, ya no falta, sino que embie tambien por la de su hermana à Jaen: acabemos, Señores, que no tengo condicion para aguardar, y hasta morir, quiero que sea sin dilacion. Fueron estas nuevas à Sevilla à su padre, y quando llegaron las cartas estaba jugando con otros amigos, y acabando de leerlas, tomó para sí, y poniendoselas muy de espacio à brujularlas, dixo: Mas quiero tener un hijo degollado, que mal casado; y se bolvió à jugar, como si tales nuevas no huviera tenido. Mas Dios, que no se sirve de sobervios, le embió el castigo de su crueldad; pues antes de un mes, una mañana entrando los criados à darle de vestir, le hallaron en la cama muerto, dexando una muy gruesa hacienda, à quien, sino al nieto, cuya madre tanto aborreció, que como los criados le vieron muerto, dando cuenta à la Justicia, que puso la hacienda en administracion, sabiendo como tenia aquel nieto, se avisó la muerte de Don Pedro à Don Fernando, y sabida, él, su nuera con el niño, dexando à Italia, se vinieron à Sevilla, donde oy, à lo que entiendo vive: será Don Pedro Portocar-

carrero, y Añasco, de algunos veinte y ocho años. Caso tan verdadero en este, que hay muchos, que le vieron de la suerte, que le he contado.

Acabando Doña Francisca su desengaño, no se moralizó sobre él, por ser muy tarde. Sonó la musica, y levantandose Lisis, lo hicieron así los demás, y pasando todos à otra sala, tan bien aderezada, como la que desocuparon, se sentaron à las mesas, que estaban puestas con ricos, y ostentosos aparadores, donde fueron servidos de una sumptuosa, y sazónada cena; porque al otro dia, despues de referir los desengaños, que faltaban, se habia de celebrar el desposorio de Lisis, y Don Diego. De industria, por si faltaba lugar, les hizo esta noche la bien entendida Lisis el banquete, como quien sabia, que otro dia no habria tiempo. Mientras duró la cena, las Damas, y Cavalleros tuvieron sobre su opinion diversas, y sabidas disputas: si bien los Cavalleros, ò rendidos à la verdad, ò agradecidos à la cortesía, dieron el voto por las Damas, confesando haber habido, y haber muchas mugeres buenas, y que han padecido, y padecen inocentes en la crueldad de los engaños de los hombres, y que la opinion comun, y vulgar, por legua, y descortés, no era justo guardarla los que son nobles, honrosos, y bien entendidos, pues

no lo es, ni lo puede ser, el que no hace estimacion de las mugeres. Viendo que era hora de irse à reposar, la hermosa Doña Isabel dió fin à la fiesta de la octava noche, cantando sola este Romance.

*Parece amor, que me has dado  
à beber algun hechizo,  
con que de mi libertad  
vencedor triunfante has sido.*

*En qué te ofendió, tirano,  
la paz en que mis sentidos,  
jamás sujetos à penas,  
sin prisiones han vivido?*

*Apenas ya me conozco,  
diferente soy, que he sido;  
por los imposibles muero,  
y à ellos me sacrifico.*

*Deseando estoy el dia,  
y quando el dia ha venido,  
à solo aguardar la noche  
estos deseos aplico.*

*Ta de los gustos me cansa,  
ya por las penas suspiro;  
porque pienso, que en penar  
nuevos meritos consigo.*

*No vivo con su esperanza,  
quando à temores me rindo;  
que es muy cierto en el amor  
ser cobarde como niño.*

*Agenas prendas me quitan  
con deseos el juicio,  
y antes de tener el bien,  
le lloro ya por perdido.*

*Mures de lagrimas vierto,  
y sin saber como ha sido,  
me veo vivir sin alma,  
que es otro nuevo prodigio.*



No he visto lo que idolatro,  
y rendimientos publicos;  
que es deydad, que no se vé,  
sino por fé, en el sentido.

No quise ver lo que adoro,  
y adoro lo que no he visto;  
porque amar lo que se goza,  
comodidad la imagino.

Yo me quité la ventura,  
y lloro haverla perdido;  
mi voluntad es enigma,  
mi deseo un laberinto.

Ay tesoro perdido!

grande debes de ser, pues yo te estimo.

Mas ay! que si le viera,

tambien pudiera ser, que le pidiera

Y para no perderle,

quando se estima el bien, es bien no verle

Mas ay de mí! que de una, y otra suerte,

el remedio que espero, es en la muerte.

El cautiverio apetezco,  
de la libertad me privo,  
y negandome à las dichas,  
ya por las dichas suspiro.

No conozco lo que amo,  
y pudo ser conocido,

y de todas mis finezas  
ésta la mayor ha sido.

Temí perder si me viera,  
no viendole le he perdido,

y si de pérdida estoy,  
mejor es no haberle visto.

## DESENGAÑO IX.

### LA PERSEGUIDA TRIUNFANTE.

#### NOCHE NONA.

CON aplauso de nuevos oyen-  
tes, se empezó à celebrar  
la novena noche del honesto, y  
entretenido Sarao; porque Don  
Diego combidó para testigos de  
sus deseadas dichas (como espe-  
raba tener con la posesion de su  
amada Lisis) muchos Señores, y  
Señoras de la Corte. Sin estos, de  
parte de Lisis, vinieron muchas  
Damas, y Cavalleros, no faltando  
por la de los demás, que en las

noches pasadas habian asistido  
nuevos combidados. Estando la  
casa de la divina Lisis, desde las  
tres de la tarde, que no cabia de  
Cavalleros, y Damas, toda noble,  
toda ilustre, y toda bien entendi-  
da; que como la fama con su so-  
nora trompa habia extendido la  
nueva, de que las desengañado-  
ras probaban bien su opinion, y  
à los cuerdos poco es menester  
para sacarlos de un error, que en

esto

esto mas que en otra cosa ninguna, se diferencia de los necios, viendo que los demás no los tachaban de otro vicio, sino en que engañan à las mugeres, y luego dicen mal de ellas, no sujetándose à creer, que hay mugeres buenas, honestas, y virtuosas; y que asi mismo hay, y ha habido muchas, que han padecido, y padecen sin culpa en sus engaños, y crueldades, y esto ellos mismos lo saben, y confiesan: pues el decir mal, no es, (à lo que entiendo) porque lo sientan asi, sino por seguir la variedad de los muchos; como quando hay una pendencia, ò una fiesta, que acudiendo al tumulto de todas suertes de gentes, ilustres, y plebeyos: si les preguntasen, adonde van; responderian, que adonde van todos, y lo mismo les sucede en el decir mal de las mugeres: y como he dicho, ya los nobles reducidos à no seguir en esto la vulgaridad, se habian engolosinado con los desengaños, que aunque tragicos, por verdaderos, apetecidos. Acudieron esta penultima noche mas, y mas temprano, con proposito de no seguir mas la opinion de los necios, que bien necio es, el que no dice bien, ni estima las mugeres; à la buena, porque lo es, y à la mala, por no parecer descortés, y necio; pues por decir bien, aunque de lo que se diga sea malo, no sacan prendas, ni castigan, antes se apoyan de animos nobles

en hacerlo, y lo demás es vulgaridad, y groseria. Todos, ya acomodados en sus asientos, no veían la hora de oír nuevamente apoyos, para que fuese disculpado su rendimiento, y mas ultrajado el vando descortés, y comun de los vulgares.

Las quatro de la tarde serian, quando empezaron à salir las demás desengañadoras, tan vistosas, y aderezadas, y con tanta bizarría, que solo en verlas se tuvieron por satisfechos, de lo que habian aguardado. Venian adelante, Laura, y Doña Luisa, que como viudas, no pudieron mudar trage, con sus vestidos negros, y tocas albisimas, y en sus cabezas dos coronas de laurel, y tras ellas las otras Damas, todas vestidas de encarnado, con muchas joyas; las cabezas muy aseadas, y encima de los tocados las mismas coronas, como vencedoras triunfantes, y detrás de todas salió la discreta Lisis. Trahia à Doña Isabel de la mano, y de la otra à Doña Estefania, ésta con sus habitos blancos, y escapulario azul, como Religiosa de la Concepcion, y sobre el velo su corona como las demás; que aunque no habia hasta entonces desengañado, segura venia de ser tan valiente como las demás. Lisis, y Doña Isabel venian de una misma suerte, dando su vista à Don Diego no poca turbacion; porque habiendo embiado aquel mis-

mo dia à su esposa el vestido , y joyas , con que adornarse , vió que Lisis no trahia , ni una flor de las que él habia embiado , juzgando à disfavor , ò desprecio el no haberse puesto ninguna cosa de ello. Venian las hermosas Damas , con sayas enteras de raso blanco ; con muchos botones de diamantes , que hacian hermosos visos , verdugados , y abanicos ; los cabellos en lugar de cintas trenzadas con albisimas perlas , y en lo alto de los tocados , por remate de ellos , dos coronas de azucenas de diamantes , cuyas verdes hojas eran de esmeraldas , hechas ellas , y los vestidos con cuydado , desde antes , que se empezára la fiesta ; cinta y collar de los mismos diamantes , y en las mangas de punta de las sayas enteras , muchas azucenas de la misma forma , que las que trahian en la cabeza , y en lo alto de las coronas en forma de ayrones , muchos mazos de garzotas , y martinetes , mas albos que la no pisada nieve. Finalmente , salieron tan bizarras , y bien prendidas , y tan sumamente hermosas , que en la belleza imitaban à Venus , y en lo blanco la castidad de Diana. Dieron tal muestra de sí , que quando los Cavalleros no miráran mas de su hermosura , fuera el arrepentimiento de sus engaños , pues en ella veían el mayor desengaño de sus cautelas ; y perdonar quanto les habia reprehendido , y lo

que esperaban en esta penultima noche , y las mas poco atentas al decoro de su honestidad , aprender à saberla guardar de los engaños de los hombres , para no verse abatidas , y ultrajadas de sus lenguas , y conversaciones. Llegando , pues , al estrado , y hecha su cortesía à todos , en pie las aguardaban , y todas las desengañadoras se fueron con su presidenta Lisis al estrado , Doña Estefania al asiento del desengaño , y la hermosa Doña Isabel con los Musicos , y sentada en medio de ellos , tomó una harpa , y con su extremada voz cantó asi:

*A la desdeñosa Anarda,  
de la Corte nuevo Sol,  
de las vidas basilisco,  
y de las almas prision.*

*De unas sospechas zelosas,  
Jacinto pide perdon;  
nueva humildad de ofendido,  
y nuevo extremo de amor.*

*Donde ruega el ofendido,  
y castiga el agresor;  
humillado el agraviado,  
y severo el ofensor.*

*Mas no es milagro muy nuevo,  
ni por tal le juzgo yo;  
porque la ley de Cupido,  
ya leyes sin leyes son.*

*Bien sabe , que está agraviado,  
su cuydado le avisó;  
mas el dexarse engañar  
de amor es nueva razon.*

*Muere por su amada ingrata,  
y aunque fingido el favor,*



le admite, por no morir  
à manos de sin razon.

Y asi postrado à sus pies  
está mirando el pastor,  
en sus ojos, sus engaños,  
y en su boca, su traicion.

Dice à sus traviesas niñas,  
no me negareis que sois,  
quanto bellas, engañosas,  
quanto amadas, sin amor.

Soys para todos suaves,  
que no teneys el rigor,  
sino con las tristes mias,  
que ya esclavas vuestras son.

Plugiera el Cielo, que quisó  
daros del Sol su esplendor;  
porque mateis rayo à rayo,  
alma, vida, y corazon.

Anduviera mas escaso,  
negandoles perfeccion;  
pues preciada de hermosura,  
no ostentaredes rigor.

O! que no vieran las mias  
en vuestro negro color  
el luto que por mi muerte,  
naturaleza os vistió!

Ladronas soys de mi gusto;  
ay, rapazas, quién os dió  
jurisdiccion de prender,  
de matar jurisdiccion!

En los afectos que miro,  
os contemplo à mí, y à vos;  
yo abrasado en vuestro yelo,  
y eladas en mi calor.

Etbena ardiente son mis llamas;  
Volcán abrasado soy;  
pero solo à mí me quemo,  
que el fuego nunca os tocó.

Soy Icaro en el subir  
à mirar vuestro arrebol;

mas en llegando à la cumbre,  
soy derribado Faeton.

Ay mi bellissima Anarda!  
Deydad en quien adoró,  
la triste voluntad mia  
dulces milagros de amor!

No te pido, que me quieras,  
que era pedir sin razon;  
sino que no me maltrates  
con tal crueldad y rigor.

Dixo; mas Anarda ingrata,  
de sus penas se rió,  
que ha jurado de no amar,  
en tiempo que no hay amor,

Porque ya no se usa, si se usó.  
que amor, como era viejo se murió.

No ama ninguno, no,  
que vestirse à lo antiguo, ya pasó.

Cierto, hermosa Doña Isabel, (dixo acabada la musica Doña Estefania) que procuramos muy bien los engaños de los hombres, quando vos estais notificando en vuestros versos rendimiento de un Galan, y desdenes de una Dama. No todos los versos tienen Heroes, (respondió Doña Isabel) y advertid, Señora Doña Estefania, que yo he cantado, lo que ha de ser, y no lo que es; y tengo por sin duda, que no todos los Poetas sienten lo que escriven; antes imagino, que escriven lo que no sienten, demás, que de industria he querido consolar à estos Cavalleros, con mostrar un hombre firme, para que tengan animo, y esperen en la sentencia de esta penultima noche buen

suceso de su parte; pues pudieramos, si por milagro se pudiera hallar uno, que amase firme, y perseverase desdeñoso, perdonar por él à los demás, que me parece, que os han temido despues, que os sentasteis à desengañar, admirandoos de ydad, y que no solo los castigais con las palabras, mas los executeis con las obras. Pues si asi es, respondió Doña Estefania, vaya de desengaño; advirtiéndome, que no he de caminar por lo popular, sino por lo magestuoso, que tambien hay Reynas desdichadas, y Reyes, y Principes crueles, que la ley del rigor à todos comprehende.

La mayor novedad, que mas ha de admirar, (hermosas Damas, y gallardos Cavalleros) es, que persona de mi habito, y estado, desengañe, siendo la hacienda, que primero aprendemos, el engañar, como se vé en tantos ignorantes, como asidos à las rejas de los Conventos, sin poderse apartar de ellas, bebiendo, como Ulises, los engaños de Circe, viven y mueren en este encantamiento, sin considerar, que los engañamos con las dulces palabras, y que no han de llegar à conseguir las obras: que si las del siglo fueran cuerdas, à nosotras nos habian de estimar, y aun dar gages por vengadoras de los engaños, que los hombres reciben; mas à esto digo, que el diablo tal vez, con ser el padre del engaño,

desengaña, y asi haré yo ahora, que siendo de la profesion de las que engañan, desengañaré; si bien voy segura, de que no servirá; porque son por imposibles tan apetecidos nuestros engaños, que mientras mas lo rumian, y golo-sean, mas se enredan en ellos: y lo mismo fuera con las Damas del siglo, si no vendieran tan barato los favores, que los dan à precio de engaños; y si por ser muestra de engañar, como he dicho, no supiera ser buena desengañadora, me consolaré con saber, que no he sido engañada, y que no hablaré por experiencia, sino porque me sacrificué desde muy niña à esposo, que jamás me ha engañado, ni engañaré. En la fuerza de mi desengaño pondré lo moral de el intento, para lo que estoy aqui consolando à las Damas, de que si no las supiera bien desengañar, las sabré bien vengar; y à los Cavalleros, que si de mi desengaño no quedáren bien castigados, lo quedarán, si me buscan en estando en mi casa; porque los entregaré à una docena de compañeras, que será como echarlos à los leones.

En Uogria, por muerte del Rey Ladislao, entró à gozar la Corona un hijo suyo, llamado asi mismo Ladislao, como el padre: (que entonces venia el Reyno de padres à hijos, no como ahora, por votos de los Potentados) era Ladislao, Príncipe

pe generoso, gallardo, de afable condicion, y bien entendido, y de todas maneras amable, y asi desde que entró à reynar fue muy querido de sus vasallos; al qual amandole Principe, no le olvidaron Rey: solo en el caso, que voy contando, fue notado de facil; mas hay lances, aunque mentirosos, con tantas apariencias de verdad, y mas si los apoyan zelos, que tienen mas disculpa, que castigo. Siendo forzoso el tomar estado, para dar herederos à su Reyno, pidió por esposa al Rey de Inglaterra à la bellissima Infanta Beatriz su hija, que era de las mas perfectissimas Damas, en hermosura, entendimiento, virtud y santidad, que en todos aquellos Reynos se hallaba en aquella sazón. Pues siendole concedida esposa, y hechos los conciertos, y puesto en orden lo necesario, mandó el Rey, que fuese por la Reyna el Infante Federico su hermano, mozo galan, y discreto. No cansemos con esto à los oyentes, pues se dice todo con decir, que con ser Ladislao tan perfecto, habia opiniones de que con Federico habia sido mas prodiga la naturaleza, aunque lo desdoraba con ser tan inclinado à los engaños y travesuras, con que los mozos abscorecen la virtud, y que pasan por achaques de la mocedad. Era Federico de un año menos que el Rey, y tan amado de él, que muchas veces

estuvo determinado (si no fuera por la importunacion de sus vasallos) à no casarse; porque quedára despues de sus dias Federico Rey. Puesto en execucion el viaje, y conseguido con prospero suceso, fue recibido Federico en Inglaterra con el contento, y aplauso que era justo à un hermano de Ladislao. Aplazadas muy solemnes fiestas, para quando, en virtud de los poderes del Rey, su hermano habia de dar la mano à la hermosa Infanta, la qual hasta este dia, que fue al segundo, que llegó Federico, no se habia dexado ver por su grande honestidad. Llegó el ya señalado dia, en que se habian de efectuar los desposorios; y quando à los ojos de Federico se mostró la bella Infanta Beatriz, tan adornada de belleza, como de ricas galas, al punto que puso en ella los ojos, quedó sin vida: poco digo: sin potencias: no es nada: sin sentidos: levantemoslo mas: quedó sin alma; porque todo lo rindió, y humilló à la vista de tal hermosura. Fue de suerte, que à no serle à la Infanta dificultoso de creer, que en un hermano de su esposo pudiera tener lugar tal locura, en su turbacion conociera el achaque de que habia enfermado con su vista. Dióle la mano, en fin Federico, en nombre de su hermano, quedando celebrado el matrimonio, y en su corazón una mortal basca, de ver ya



imposible su amor. No fue parte para que desistiera de él el ver, que ya no tenia remedio, ni el considerarla muger de Ladislao, ni conocer su honestidad, el poco remedio que podia tener su desatinado amor; y con este desdichado tormento asistiò en compaña de los Reyes de Inglaterra, y de la Reyna Beatriz su cuñada, à las fiestas, con tanta tristeza, que daba que sospechar à quantos le veían tan melancolico, y mas à la Reyna, que quantas veces le miraba, le hallaba divertido en contemplar su hermosura; y como era bien entendida, no dexó de imaginar la enfermedad de Federico, y sus melancolicos accidentes de que procedian, y se determinó à no preguntarle la causa, por no oír alguna atrevida respuesta. No era Federico tan falto de discurso, que no considerase, quan mal cumplia con la obligacion de quien era, y las que debia à Ladislao; y entre sí se reprehendia, y decia: Qué locuras son estas, mal aconsejado Principe? Es posible, que te dexes llevar de tan mal nacidos, è infames deseos; no digo yo, no siendo hermano, y tan amado de Ladislao, sino un vasallo! Es justo que tu imagines en su ofensa, amandole y deseando su esposa! Delito tan abominable y feo, que aun entre barbaros era para causar escandalos, y sediciones, quanto y mas entré

Principes Christianos. En qué me tendrá el mundo! Qué dirá Beatriz! Si los unos y los otros llegasen à saber mi locura! No, no ha de ser asi: mal nacidos deseos yo os he de vencer, que no tengo de quedar vencido de vosotros. Con esto le parecia cobrar fuerzas, y valor para resistir la violencia de su apetito; mas apenas bolveria à mirar la perficionada belleza de la Reyna, quando se le bolveria à enredar la voluntad entre las doradas hebras de sus cabellos, y tornaba de nuevo à lastimarse, diciendo: Desdichado fue el dia en que yo partí de Ungria, y entré en Inglaterra; y mas desdichado, en el que ví, Beatriz, tu acabada belleza! O Ladislao, ya no hermano, sino enemigo; es posible, que he venido por tu ocasion à darme la muerte, y llevarte à tí mi vida! Cómo consentiré, que goces el bien, que solo me puede hacer dichoso! Ay! Que no sé, qué consejo tome, ni qué vando siga; si el de mis abrasados deseos, ò el de la razon! Porque si à ellos he de seguir, me aconsejan, que te quite la vida para tenerla, y si à ella, me dice, que muera yo, y que vivas tu. Con esto estaba tan de veras penando, que parecia, à los que han visto visiones de la otra vida. Ya se determinaba à descubrir su pasion à la Reyna, y ya se reducía à morir callando, si bien, no le pesára, de que ella enten-

tendiéndole por los contingentes del rostro, le saliera el camino, preguntándole la causa de su tristeza; mas como he dicho, la sabia y honesta Señora, no ignorando el intento con que Federico la miraba, escusaba darle motivo para atreverse. De esta suerte pasaron, Federico muriendo, y la Reyna disimulando, sin darse por entendida, juzgando, que el día que Federico se atravesase à perderle el decoro à ella, y à su esposo, no cumplia menos, que con matarle, lo que debia à su honestidad y grandeza. Los días que estuvieron en Inglaterra, y despues los que duró la jornada hasta Ungria, no consintió la Reyna, que jamás la dexasen sus Damas un punto sola, y así lo tenia ordenado à todas. Llegados à Ungria, y celebradas las bodas de Ladislao, y Beatriz, con tanta alegría, y satisfacion de los dos, pues à la Reyna le pareció corta la fama en contar los meritos de su esposo, y al Rey, que no era Beatriz muger, sino deidad ò espíritu angelico: tal era la virtud, santidad, y hermosura de la bella Reyna, amandola con tanta ternera, que no habia mas que pedir, ni desear. No por ver Federico à su hermano ya en posesion de la que le habia robado el alma, cesaron sus libidinosos apetitos, y sus viles, y desordenados deseos, antes viendo-se de todo punto privado del bien,

creció con mas fuerzas el deseo de alcanzarle, y ardiendo en rabiosos zelos, de ver la ternera con que se amaban todas las veces; pues como à hermano, y tan querido, no se le negaba el ver los mas recatados amores, que el uno con el otro pasaban; los veía juntos con mortales bascas: no le faltaba mas de declararse con palabras, que con las señales del rostro bien claro lo decia; mas como en el pensamiento del Rey no podia entrar tal malicia, no entendia sino que aquellos desasosegados accidentes le procedian de alguna enfermedad que padecia, y confirmabalo con haberle dicho Federico algunas veces, que le habia preguntado, qué tenia: que habia muchos días antes, que fuera à Inglaterra, que padecia una mortal melancolía, que quando le apretaba, le hacia, olvidado de su prudencia, hacer semejantes extremos; y si bien habia tratado, compadecido del mal de su hermano, que famosos Medicos le curasen, habia sido sin fruto; porque males del alma, pocas veces ò ninguna se sanan con hacer remedios al cuerpo. No lo sentia así la hermosa Reyna, que como mas acertado Medico habia entendido de qué accidentes nacia la enfermedad de Federico, y hallando sin remedio la cura, pedia à Dios le abriese los ojos del entendimiento, para que conocido su error

saliese de él. Muchas veces rendido à su hermosa pasion , se echaba Federico en la cama , y se sujetaba , à que obrase en él la medicina , hallandose tan flaco y readido , que quisiera que las erradas curas acabáran con su vida ; y otras con furia desesperado se levantaba , y como loco decia , que le mataban. En fin , con vida tan poco sosegada , y animo tan inquieto , se vino à poner flaco , y descolorido , negandose à quantos gustos y entretenimientos su hermano , y los Grandes del Reyno le procuraban , hasta à la compañía de los Cavalleros mozos , que le seguian , y ayudaban en sus pasadas travesuras ; porque tratarle de gustos , ni entretenimientos , era darle mil dilatadas muertes. Un año podria haber , que estos dos amantes , y esposos gazaban las glorias de su amorosa compañía , y bien pagado amor , y Federico las penas infernarles de verselas tener , quando otro Principe comarcano , deseó engrandecer , y aumentar su Reyno , y dilatar su Señorío con el de Ladislao , y para conseguirlo , le empezó à hacer guerra por los confines de su Reyno , de suerte , que fue fuerza acudir à la defensa de él , porque le destruía todo quanto podia alcanzar. Pues viendo Ladislao , que Federico por su larga , prolixa , y no entendida enfermedad , no estaba para asistir à la guerra ,

dispuso él ir en persona à defender su tierra , de que no le pesó à Federico , fortaleciendole con algunas esperanzas de remedio , faltando el Rey su hermano del lado de su esposa ; que estaba ya tal este desventurado amante , que si hallára ocasion para aprovecharse de la fuerza , no la dexára , ni por la ofensa de Dios , ni de su hermano. Há , riguroso desacierto de un hombre mal aconsejado con su mismo apetito , que ni mira la Justicia Divina , ni la ofensa Divina y humana ! Dispuso Ladislao su partida , bien contra la voluntad de la Reyna ; y mas quando supo , que à ella , y à Federico les quedaba la governacion del Reyno , con orden , de que el uno , sin el otro , dispusiesen ninguna cosa ; temiendo que en la ausencia del Reyno no la pusiesen sus atrevimientos en algun cuydado ; mas hubo de obedecer en todo , por no inquietar con nuevos cuydados el corazon de su esposo , ni hacerle sabidora de los de Federico. Juntó el Exercito , y partido el Rey , con gran sentimiento de la hermosa Reyna ; tanto , que en mas de un mes no se dexó ver de nadie , ni se despachó negocio ninguno , por no salir en publico en la mitad del mar de sus lagrimas , hasta que viendo era ya fuerza acudir al cargo que le quedaba ordenado ; salió à comunicar con su traydor cuñado el despacho de las



Las cosas tocantes al Reyno; mas con tanta honestidad, que apenas se podia hallar en ella causa para tenerla por menos que deydad. Otras veces entraba Federico à consultar los papeles, con que si antes estaba perdido, ahora se remató con tanto extremo, que casi se declaraba con palabras equivocadas, y decia su passion con señas bien claras, de modo, que las Damas que asistian siempre à la Reyna por orden suya, ya conocian de que causa procedia el mal de Federico, y lo platicaban unas con otras à escusas de la Reyna. Determinado estaba Federico à descubrir à la Reyna su amor, andaba buscando modo para hacerlo; si bien unas veces temia, y otras se animaba, y muchas paseandose por las salas decia: Es posible, que sea mi atrevimiento tan cobarde, que tema decir mi pena à la causa de ella? Qué es esto que me acobarda? Qué importa que Beatriz sea honesta? Qué me detiene el que sea virtuosa? Por qué me acobarda, el que sea muger de mi hermano, si tras todo esto es muger, y puede ser, que por ignorar, que ella es la causa de mi mal, no le haya dado el remedio; pues sabemos, que las mugeres en viendose amadas, aman, y en amando, todo quanto hay aventuran? Tan poco merezco yo, que no conseguiré, que me ame Beatriz? Mas ay de mí! Cómo me ha

de amar, si está adorando à su esposo, y jamás la veo enjutos los ojos en su ausencia? Pues à una muger, que ama à otro dueño, no es locura intimarle nuevo amor? Claro está, que si à tal me atrevo, ayrada me ha de dar la muerte; mas qué mas muerte, que la que padezco? Mas rigurosa por ser dilatada, que ya que se muera, comodidad es morir presto; mas ya puede ser que me engañe, y yo mismo me quite la gloria, que por el purgatorio, que padezco me es debida; pues podria ser que la Reyna no sintiese tan mal de mi atrevimiento, que es muger, y en siendolo, todo está dicho. Animo, cobarde corazon, y determinate à declarar tu pena; que lo cierto es, que si Beatriz no sabe que la amo; cómo me ha de amar? Si ignora, que padezco por su causa; cómo me ha de remediar? Pues si es así, como lo es, y el proverbio moral dice: Que à los animosos ayuda la fortuna, en ella fio, y con esta confianza declararé à Beatriz mi passion amorosa, y si muriere por atrevido, mas honor será, que morir de cobarde, y si muriese por su gusto, à buenas manos muero. Con esto se entró en su aposento, y escribiendo un papel con varios acuerdos, que primero tuvo, le puso entre unos memoriales, que aquel dia habia de consultar à la Reyna, y con ellos fue donde estaba con

sus

sus Damas, tan turbado, que de verle la Reyna temblar la voz, y los pasos, se asustó, temiendo, que Federico se queria declarar con ella; mas por no darse por entendida, ni temerosa, le recibió con amable y honesto semblante: mandóle sentar, que él lo quisiera escusar; porque en su presencia, mirando la Reyna los memoriales no leyera el suyo; mas al fin lo hizo, y despues de haber hablado de la ausencia del Rey, y estado de la guerra, y otras cosas de que mas gusto podian tener, le dixo Federico: (no porque hubiese sucedido, sino por ver qué hallaba en ella.) Cier- to, Señora, que hoy me han con- tado un caso, que pasa entre la Justicia ordinaria de esta Corte, que es bien para admirar, y es: Que dos hermanos que hay en ella amaban una muger, y el mayor, ò por mas rico, ò mas dichoso la mereció esposa, con que el me- nor quedó tan desesperado, que viendo morir, hallando oca- sión, por fuerza gozó à su cu- ñada. Hase sabido, y está pre- so por ello, y no se atreve à pu- blicar sentencia contra él; por- que el marido, que está inocen- te del hecho, no lo entienda; y no saben, que medio tomar en el caso. Pues qué medio puede ha- ber, respondió la Reyna, sino castigar al culpado; pues quan- do el marido lo sepa, sabrá que queda vengado su agravio. Pues

por amar han de quitar la vida à un triste hombre? Si; dixo la Reyna; que amar lo ageno, y mas siendo el dueño su hermano, no es delito capaz de perdon: y ese hombre no amaba, sino ape- tecia el deleyte, ni ofendiera lo que amaba en el honor, y mas por fuerza. No falta quien dice: respondió Federico, que si bien ella sintió la fuerza, ya le pesa de no haber callado: sien- do que haya de morir quien la ame; y bien mirado, es cierto, que por amar no debe morir. Quando el amor es deshonesto, respondió la Reyna; qué privi- legio le puede defender del cas- tigo? Y si este caso pasára por mí, no aguardára yo, à que mi esposo, ni la Justicia vengára mi agravio, que yo por mi misma le vengára: y así desde aqui conde- no à él, y à ella, à muerte: à él por el delito; y à ella, porque no lo vengó. Diciendo esto, puso el rostro severo, y con alguna ira di- xo: Veamos los memoriales que traes Federico, y no se hable mas de esto; que ofensas del ho- nor, y del marido, las aborrez- co tanto, que estoy ofendida aun en haber oído, que haya muger, que lo consienta, ni hermano tan traydor, que lo piense, quanto y mas, que lo execute. Los memo- riales, Señora, dixo Federico, no son para ahora, con mas espa- cio los podrás ver, y con esto no muy contento se despidió, y se fue

fue à su quarto , maldiciendo la hora , y el dia en que habia visto à Beatriz : la qual tomando los memoriales , los fue pasando , y al tercero que abrió , vió que decía así:

*Federico Infante à Beatriz Reyna de Ungria pide la vida , que por sentencia de su desdicha , en el Tribunal de la crueldad está mandado , que la pierda , y solo la puede dar la misma causa , por quien muere , que es la misma à quien pide la vida. Ya hermosísima Beatriz , ( que no te quiero llamar Reyna , por olvidarme de tu ofensa , que hago al Rey tu esposo ) no puede mi sufrimiento tener mi mal oculto , pues basta un año de silencio , ni es tan poco amada vida , que sin buscar à algun remedio , la dexé acabar : ya que baya de morir , muera , sabiendo tu que muero por tu causa ; y por este atrevimiento conocerás la calidad de mi dolor , pues no me dexa mirar à quien eres , y à quien soy ; pues anteponiéndose mi pena à tu decoro , mi atrevimiento à tu honestidad , y mi amor à todos los inconvenientes , me fuerza à que publique , que tu hermosura es causa de mi muerte. To te adoro , ya lo dixé ; si no merezco perdon , dame castigo , que lo sufriré gustoso , con saber que por tí muero.*

Quien podrá ponderar el enojo y turbacion de la Reyna , habiendo leído el atrevido papel : no hay mas que decir , de que la turbacion sacó à hilos las perlas de sus ojos , y con el enojo hizo

el papel menudos pedazos , que no fue pequeño desacierto , para lo que despues la sucedió. En sí misma pensaba , qué haría , sin saber determinarse à nada ; pues si le mandaba matar , no se aseguraba de la ira de su esposo , ni de sus vasallos , pues aun no tenia Ungria otro heredero : y si le daba al Rey cuenta del caso , y mas habiendo rompido el papel , no aseguraba su inocencia : pues no pensando en ella mas liviandad , que haber hallado en ella causa para el atrevimiento de Federico , bastaba para quedar su honor en opinion , pues era dificultoso de creer , que contra su mismo hermano podia haber intentado tal traycion , demás , que podia Federico facilmente culparla por disculparse ; ya le pesaba de no haber guardado el atrevido memorial , y ya se satisfacía de haber vengado en él su ira ; y entre todos estos pensamientos se resolvió à lo mismo que antes , que era disimular , y que mientras Federico no se atreviese à mas dexarlo así , pidiendo à Dios la amparase , y defendiese de él ; y como no podia retirarse de su vista , siendo fuerza , como lo habia ordenado el Rey para los despachos y negocios , verle cada dia , ordenó à la Aya que la habia criado , y habia venido de Inglaterra asistiendola , que ni de dia , ni de noche , se apartase de ella. Mandó , que durmiese en su

mis-



misma camara , haciendo poner en las puertas de ella , y las demás quadras , por la parte de adentro , fuertes cerrojos , por si Federico se quisiese aprovechar de la fuerza , como habia propuesto en el caso , que le habia contado ; y con esto , juzgando estar segura , pasó como antes , aunque con menos gusto ; tanto que bien le mostraba en la severidad de su rostro , lo mal contenta que estaba con él. Tretas fueron estas , que al punto las conoció el traydor cuñado ; mas no fue nada parte para que desistiese de su amorosa porfia ; antes muy contento , de que ya que no hubiese grangeado mas , de que la Reyna supiese , que la amaba , le parecia , que antes habia ganado que perdido , y ya se atrevia quando la veía à decirle sentimientos de amor , ya à vestir de sus colores , y ya darla musicas en el terrero , con lo qual la Santa Reyna andaba tan desabrida , y triste , que en ninguna cosa hallaba alivio , y solo le tuviera en la venida del Rey ; mas esta se dilataba ; porque los casos de la guerra son buenos de empezar , y malos de acabar. Pues sucedió , que estando una tarde con sus Damas en el jardin de Palacio , tan melancolica , como se ha dicho ; las Damas por alegrarla , ò divertirla , mandaron venir los Musicos , à quien Federico tenia prevenidos de unas endechas , al proposito de

su amor , para si fuesen llamados en alguna ocasion , las cantasen , dandoles à entender , que eran dirigidos à una Dama de Palacio , à quien amaba , que como entraron , y hallaron la ocasion , cantaron asi :

*Qué gustes , que mis ojos,  
ídolo de mi pecho,  
estén por tus crueldades  
copiosas fuentes hechos!*

*Qué no te dé cuidado,  
ver que llorando peno,  
sin que al sueño conozca,  
quando tu estás durmiendo!*

*Con qué crueldad me quitas  
la vida que poseo;  
pues quando tu la gloria,  
tengo yo los tormentos!*

*No entiendo aqueste enigma,  
pues en tu pecho el yelo,  
sin que en él se desbaga,  
se destila por ellos.*

*Mas ay ! Que ya conozco,  
de aqueste mal el riesgo;  
porque el tuyo es de marmol,  
quando el mio es de fuego.*

*Qué las ardientes llamas,  
de mi abrasado incendio,  
à deshacer no passen,  
la nieve de tu pecho!*

*Tienes el corazon  
de algun diamante hecho,  
que aun no basta ablandarlo  
la sangre de un cordero?*

*Calientale à las llamas,  
que amor está encendiendo,  
y verás quan suaves  
son para tu recreo.*

*Duc-*

Dueño eres de mi vida,  
y aunque muera, has de serlo;  
pues despues de la muerte  
te he de aclamar por dueño.

No porque me saltára  
quien me rindiera feudo,  
que bellezas me aman,  
quando à la tuya quiero.

Antes aborrecidas,  
de que à todos me niego,  
se alegran, que me trates  
con rigor tan severo.

Eres Anagarte,  
si en la hermosa Venus,  
Dafne, que à Febo ultraja,  
porque la sigue Febo.

Sin ventura cultivo,  
en tierra esteril siembro,  
abrojos dá por granos,  
perderé mis empleos.

Triunfa ya de mi vida,  
triunfa Neron soberbio;  
y si gustas que muera,  
yo tambien lo deseo.

Qué avara estás conmigo,  
poco favor te debo;  
poco cuestan agrados,  
y siempre estás sin ellos.

Si te miro, es sin gusto,  
siempre cruel te veo,  
siempre estás desdeñosa,  
y yo siempre muriendo.

Pagame las finezas,  
con que te adoro, y quiero,  
siquiera con mirarme  
con semblante alhagueño.

No quiero mas favores,  
pues que no los merezco,  
de que tu boca diga:  
De tí lastima tengo.

Salid lagrimas mias,  
salid que no os detengo;  
suspiros, ya os embio  
à vuestro amado centro.

No temo por amarte  
el castigo del Cielo;  
aunque sé que le irrito  
con este pensamiento.

Ta me acaban las penas  
mi triste vida veo,  
cercana ya à la muerte,  
y no le ballo remedio.

Ta con tantas desdichas  
se acaba el sufrimiento,  
el alma está sin gusto,  
y sin salud el cuerpo.

Ta me niego à los ojos,  
de los que me tuvieron  
por asylo en las gracias,  
por deydad en lo cuerdo.

Asi gasta llorando  
su bien perdido tiempo,  
que amar tanta belleza,  
gloria es, que no tormento.

Un amante sin dicho,  
que adora un marmol bello;  
que aunque oye, no escucha,  
por no darle remedio.

T nunca se enternece,  
porque es cruel, y su dolor no siente.

Con ayrado rostro escuchó la Reyna las referidas endechas, si bien por no dar que sospechar, à los que las cantaron, y à los que las oían, habiendo conocido en ellas mismas de la parte que venian, disimuló su enojo, mas no quiso que cantasen mas, y ardiendose en ira, que estuvo en pun-

pun-

puntos de mandarle matar por librarse de sus atrevimientos, y cansadas quimeras, y pedia à Dios traxese presto al Rey, imaginando, que su presencia refrenaria su desbocada locura; mas viendo que la venida se dilataba, y que en Federico se alargaba la desemboltura, desenfadandose con libertades, de que podia resultar algun mal suceso; se determinó à lo que ahora diré, y fue, que llamando con gran secreto Maestros, que fuesen à proposito juramentados, de que no dixesen à nadie la obra, que habian de hacer en una gran quadra, que estaba en el jardin, con muchas rejas, que por todas partes caían al hermoso vergel, donde muchas noches del verano el Rey, y ella cenaban, y dormian en medio de ella; porque era muy grande, y hermosa, y tenia capacidad para todo; mandó à los dichos Maestros, le hiciesen una jaula de varas de hierro, doradas, gruesas, fuertes, y menudas, de tal calidad, que no pudiesen ser rompidas, ni arrancadas de su lugar, y que desde el suelo al techo estuviesen bien fixadas, de tanto espacio, que cupiese dentro una cama pequeña, un bufete, y una silla, y que quedase algun espacio para pasearse por ella, en su puerta, en que hubiese un fuerte cerrojo, con una grande, y segura llave, con otra cerradura sin esta,

que cerrandola de golpe, quedase segura, y hecha muy à su gusto. Mandó colgar la sala de à fuera de ricas colgaduras, y dentro de la jaula poner una cama, y lo demás; y como estuvo aderezado, mandó llamar à su traydor cuñado, y con mas agradable semblante, que otras veces, le dixo: Hermano mio, vamos al jardin, que quiero que V. Alteza vea una obra, que en él tengo hecha, muy de mi gusto, para quando venga el Rey. Federico, seguro, y alegre de ver, que la Reyna le hacia aquel favor, (no de los menores, que él podia desear) la tomó de la mano, diciendo: Quién podrá, Reyna, y Señora, contradecir à lo que mandas, ni imaginar, que siendo de tu gusto, no será muy hermosa? Y con esto caminaron al jardin; la Reyna tan falsa contra Federico, quanto él lozano, y alegre de ir con ella tan cerca, que le podia manifestar su sentimiento, como lo hizo; pues à escusas de las Damas, le iba diciendo amorosas, y sentidas razones; la Reyna sufrió por tener tan cerca su venganza, y llegar à conseguirla, siendo su atrevimiento tan grande, que llegó à besarle la hermosa mano, que llevaba asida con la suya; no poco contento, de ver que la Reyna tenia tanto sufrimiento, pareciendole obraba en ella amor. Llegaron à la sala dicha, y entrando en ella, se acer-



acercaron à la jaula , que en ella estaba hecha , admiradas las Damas de verla ; porque mientras se habia hecho no habia consentido la Reyna , que ninguna baxase al jardin , y estando à la puerta le dixo la Reyna à Federico , que entrase , y la mirase bien , que luego le declararia su designio , y él no maliciando el caso entró ; mas apenas puso los pies dentro , quando la Reyna , dando de mano à la puerta , la cerró con un gran golpe , y echando el cerrojo , y torciendo la llave , dixo à Federico , que al ruido de la puerta habia buuelto: Ahí estarás , Principe , hasta que venga el Rey tu hermano ; porque de otra suerte , ni tu dexarás de ser traydor , ni yo perseguida , ni el honor de mi esposo puede estar seguro ; y dando orden , de que por la parte que hacia espaldas la jaula ; detrás de ella , se pudiesen camas , para quatro pages , que le asistiesen de noche , y de dia , y à todos sus Cavalleros , para que entrasen en la sala , y le divirtiesen , y que llevasen libros , y tablas de agedrez , naypes , dados , y dinero , para que se entretuviese con sus criados ; y à sus Damas , que quando les diese gusto , baxasen à divertirle ; la mas contenta muger del mundo se retiró à su Palacio , dando gracias à Dios de tenerle donde pudiese vivir segura de sus trayciones , y quimeras. Con

tanto enojo quedó Federico de ver lo que la Reyna habia hecho con él , que rayos parecian salirle por los ojos , y fue bastante este desprecio , (que por tal le tenia) que todo el amor se le bolvió en aborrecimiento , y mortal rabia , y de colera que tenia , en tres dias no quiso comer bocado , aunque se le llevaba su comida con la grandeza , y puntualidad , que siempre , ni acostarse , ni hablar palabra à ninguno de quantos le asistian , ni à las Damas , que baxaban à divertirle ; mas viendo , que la Reyna no mudaba de proposito en sacarle de allí , hubo de comer por no morir , mas tan limitado , que solo era bastante à sustentarle ; mas desnudarse , ni hacerse la barba , ni mudar camisa , ni vestido , ni acostarse , no se pudo acabar con él , ni aun la misma Reyna , que fue à pedirselo , diciendole con muy bien entendidas razones , que aquella accion él mismo se la habia de agradecer , pues con ella le quitaba de cometer un delito tan feo , como el que intentaba contra su hermano , y ella tenia seguro su honor : mas Federico à cosa ninguna le quiso responder , ni hacer lo que le pedia ; con que la Reyna ya resuelta , en que le habia de tener allí , hasta que el Rey viniese , le dexó , sin querer verle ; mas aunque baxaba muchas veces al jardin , y para mas seguridad , porque ninguno de sus

sus criados le diese modo, con que pudiese salir de allí, mandó à sus criados, ( los que habia trahido de Inglaterra ) que velasen, y tuviesen en custodia à Federico, el qual à pocos meses, que estuvo en esta vida, se puso tan flaco y desemejado, que no parecia él, ni su figura. Algun escandalo causó en la Ciudad, entre los Grandes, la prision de Federico, acudieron à la Reyna, à saber la causa: à lo qual satisfizo la Reyna, con que importaba al honor, y quietud del Rey, y suya, que estoviese así, hasta que su hermano viniese; mandando que pena de la vida, ninguno avisase al Rey de este caso, con que ellos mas deseosos, de criados confidentes de Federico supieron como amaba à la Reyna: ( que estas cosas, y mas en los Señores, que se fían de criados, jamás están secretas ) con que todos los Grandes juzgaron, que la Reyna por la seguridad de su honor le tenia allí, y todos la daban muchas alabanzas, amandola mas por su virtud, que antes. Estaba Federico tan emponzoñado y colerico, como de su natural era sobervio, y tenia ya trazada en su imaginacion su venganza, que aunque el Rey le escrivia, jamás le quiso responder; y si bien el Rey habia embiado à saber de la Reyna la causa, ella le habia respondido, que ya sabia la enfermedad, que Federico pa-

decia, y que ahora mas apretado de ella, le obligaba à no escribirle.

Mas de un año pasó en esta vida, despachando la Reyna con gran valor las cosas del Reyno, sin que hiciese falta en ellas Federico, teniendo tan contentos los vasallos, que no echaban menos, ni al Rey, ni à él: quando fenecida la guerra, y asentadas las cosas de ella, muy à gusto de Ladislao, que como se vió libre de este embarazo, dió la buelta à Ungria, que sabida su venida por la Reyna, habiendo hecho un rico vestido para Federico, ya que supo, que no estaba el Rey mas de una jornada de la Ciudad, y que los Señores se querian partir à recibirle, se fue à la prision, en que estaba, y abriendo la puerta, le dixo: Ya, Principe, es fenecida tu prision, tu hermano viene, que esta noche estará aquí: la causa de tenerte, como te he tenido, mejor que yo la sabes tu, pues no fue para castigarte, sino por vivir segura, y que lo estoviese el honor de tu hermano: ya no es tiempo, que en dia de tanta alegria haya enemistades: suplicote, que me perdones, y que perdiendo el enojo, que tienes contra mí, te vistas, y adereces con estas galas, que de mi gusto para tí se han hecho, y salgas con los Cavallos, que te están aguardando à recibir el Rey. Bastantes eran estas palabras para amansar otro qualquier animo menos obstinado,

nado, que el de Federico; mas él apoderado de todo punto de su ira, sin responder palabra à su Reyna, ni querer mudar camisa, ni vestido, ni cortarse, ni aun peynarse los cabellos, ni hacerse la barba, sino de la manera en que estaba, pidiendo un cavallo, y subiendo en él, se partió con los Cavalleros que le guardaban por orden de la Reyna, dexandola mal segura, y bien cuydada de alguna traicion, pesandole de haverle dado libertad, hasta que ella huviera informado al Rey de todo, y mas de haver rompido el papel, que pudiera ser mejor testigo de su abono; mas viendo que ya estas cosas no tenian remedio, se encomendó à Dios, poniendose en sus manos, y resignando su voluntad en la suya. Llegó Federico adonde estaba su hermano, no en forma de Señor, ni Principe, sino de un salvage, de un esqueleto vivo, de una vision fantastica; que como baxando del cavallo le pidió las manos, puesto ante él de rodillas, y el Rey le viese de tal manera, admirado le dixo: Cómo hermano mio, y en dia de tanta alegria, como yo traygo, por haverme Dios buelto victorioso à mi tierra; vos que la haviades de solemnizar mas que todos, os poneis delante de mi de la suerte que os veo? Qué os ha sucedido, ò cómo estais de esta suerte? Decidmelo por Dios, no me tea-

gais mas confuso; que aun quando fuera muerta Beatriz, que es la prenda que en esta vida mas estimo, aun no os pudiera obligar à tanto sentimiento. Rey, y Señor, pluguiera al Cielo, que el verme como me veis, fuera la causa la Reyna muerta, que no es pérdida, de que os podeis apasionar mucho; pues por lo menos viviera, muriendo ella, vuestro honor: yo vengo de la manera que la liviandad de vuestra muger me tiene quanto ha que partistes de Ungria; y porque no son casos que puedan estar secretos, ni lo han estado, sabed, que desde que os fuistes, me ha tenido en una juala de hierro, como leon, ò tigre, ò otra bestia fiera, dandome de comer por tasa, no dexandome cortar la barba, ni cabellos, ni mudar vestido, ni camisa; porque enamorada de mí, descubrió su lascivo amor, pidiendome remedio à él prometiendome con vuestra muerte hacerme dueño de su hermosura, y de vuestro Reyno; y porque yo he cumplido con la deuda, que à mi Rey, y hermano soy obligado, me ha hecho pasar la vida que oís, y en mi persona veis, baxando cada dia à persuadirme, cumpliese con su liviano, y lascivo amor, ò que allí me havia de dexar morir hasta oy; la qual como supo, que ya estavades tan cerca, me llevó vestidos, y dió libertad, pidiendome

Gg

con



con lagrimas , y ruegos , que no dixese lo que havia pasado ; mas yo , que estimo mas vuestro honor , y vida , que la mia , no quise oirla , ni hacer lo que pedia , sino venir asi à daros cuenta de lo que pasa ; y del peligro en que está vuestra vida , si la liviana , y traydora Reyna no muere : porque si bien , por mi parte , y por guardar el decoro que os debo , no ha tenido efecto la ofensa ; para un Rey , y marido , basta haverla intentado , y quien ha hecho una , no dexará de hacer otras muchas , pues podrá ser , acuda à otro de menos obligaciones que yo , que siguiendo su parecer os ponga en las manos de la muerte : esta es la santa , la virtuosa , la cuerda , y honesta Beatriz , que tanto amais , y estimais. Ya delante de vuestros Vasallos , y Cavalleros , os he dicho lo que me preguntais , y tanto deseais saber : porque si se disculpáre con vos , contando estas cosas de otra manera , culpandome en ellas para disculparse à sí , como puede ser que lo haga , que las astucias de las mugeres , quando quieren apoyar su inocencia , y encubrir sus traiciones , y mentiras , son grandes ; creed , Señor , que esta es la verdad , y no la que la Reyna dixere , que ni yo le levantára este testimonio , si fuera mentira lo que digo , ò pudiera , sin hacerme acusador público , advertiros de su viciosa vida de otro modo ,

ò procurára decirla con menos testigos de los que están presentes : y si à vos , Señor , ò à qualquiera de estos Cavalleros , les parece , que lo que digo , no es la verdad misma ; aqui estoy para sustentarla , à qualquiera que en el campo quisiere defender la parte de la Reyna , porque se crea , que quando yo me dispuse à sacar la cara , en cosas tan pesadas , y donde está de por medio el honor de un Rey , y hermano mio , ya fuy dispuesto à ponerme à todo riesgo : mas si vos , Señor , forzado del amor que la teneis , disimulando vuestra afrenta , la quisierades perdonar , vuestra voluntad es ley ; mas yo no tengo de estar donde vea con mis ojos una muger , que sin considerar , que soy hijo del Rey Ladislao , ( que Dios tiene ) me quiso hacer instrumento de la afrenta , y agravio de su esposo , siendo mi Rey , y mi hermano ; y asi desde aqui os pido licencia para irme , sin volver mas à la Ciudad , à las Villas que me dexó el Rey mi padre , y vuestro , à reparar del mal estado en que me han puesto sus deshonestas crueldades. Esto es lo que pasa en vuestra ausencia , y con lo que he cumplido con la obligacion que à mi grandeza , y lealtad debo. Calló con esto Federico , poniendose la mano en los ojos ; que hay traydores , que hasta con lagrimas saben apoyar sus traiciones ; y como el Rey  
aten-

atento à lo que le decia , vió demàs de lo que su presencia , tan flaca , astrosa , y mal parada el intimidaba en apoyo de su agravio , y que con las lagrimas sellaba la verdad de lo que decia ; creyó como facil : gran falta en un Rey , que si ha de guardar justicia , si dá un oído à la acusacion , ha de dár otro à la defensa de ella ; mas era el acusador su hermano , y la acusada su esposa , el traydor un hombre , y la comprendida en ella una muger , que aunque mas inocente esté , ninguno cree su inocencia , y mas un marido , que con este nombre , se califica de enemigo ; y asi sin responder palabra , si bien , con los ojos unas veces arrojando rayos de furor , y otras veces vertiendo el humor amoroso , se dexaba sin poderle resistir ; porque de verdad amaba à la Reyna ternisimamente , mandando à su hermano le siguiese , mandó proseguir la jornada à la Ciudad. Gran rumor se levantó entre los Cavalleros , platicando unos con otros sobre el caso ; si bien hubo algunos que defendian la parte de la Reyna ; diciendo , ser testimonio , porque su virtud , y honestidad la acreditaba ; los mas eran de parecer contrario , y todos se resumian , en que no se atreviera Federico à manifestar publicamente un caso de tanto peso , sino fuera verdad ; sin esto veían , que hasta entonces , no te-

nian otro Principe , y que à falta de su hermano , le tocaba por derecho la investidura del Reyno , y no quisieron , por bolver por la Reyna , ( aunque estuviere inocente ) enemistarse con él. Con esto caminaron todos , y el Rey tan triste , que en todo lo que duró el camino , no le oyeron mas , que penosos suspiros , sacados de su apasionado corazon , batallando en él el honor , y el amor , el agravio , y la terneza de su hermano , y su esposa , que al cabo de la lid , ella , como mas flaca , ò mas desdichada , quedó vencida. Antes de entrar en la Ciudad , donde llegó casi de noche , mandó , que una esquadra de Soldados se adelantase , y cercasen el Palacio , sin que dexasen entrar , ni salir persona en él , porque no avisasen à la Reyna , y se escapase ; y que de camino llevasen , para que las fiestas prevenidas à su entrada cesasen , y si havia luminarias encendidas , se quitasen todas : que hecho como lo mandaba , ya cerrada la noche , entró en Palacio , despidiendo à la puerta de él todo el acompañamiento , y demás gente , y subiendo con solo su hermano , Guardia , y algunos Monteros de su Camara , à los corredores , adonde à la puerta de la sala estaba la santa , y hermosissima Reyna Beatriz , con sus Damas , bizarramente aderezada , que aunque cercada de temores ,

y pesares, se havia compuesto con gran cuydado para recibir al Rey, como le vió, con los brazos abiertos fue á recibirle. Quien podrá en este paso ponderar el enojo del Rey, digalo el entendimiento de los que le escuchan; pues ciego de ira, retirandose atrás, por no llegar á sus brazos, alzó la mano, y la dió un bofetón, con tan grande crueldad, y fuerza, que bañada en su inocente sangre, dió con ella á sus pies, y luego, sin mas aguardar, ni oirla, llamando á quatro Monteros, que en todo el Reyno no se hallaban hombres mas crueles, y desalmados, pues por su soberbia, y mala vida eran de todos aborrecidos, les mandó tomasen á la Reyna, y la llevasen á los mas espesos, y fragosos montes que huviese en el Reyno, y que en parte donde mas aspero, è inhabitable sitio hallasen, la sacasen los ojos, con que por mirar deshonesta havia acusado su deshonor, y que hecho esto se la dexasen allí viva, para que siendo su muerte dilatada, sintiese mas pena por el delito que havia cometido contra él, y su amado hermano; y diciendole que se viniese con él, se entró en su quarto, mandando retirar al suyo todas las Damas, que llorando amargamente tenían cercada á la Reyna, que con lagrimas se despedia de todas, diciendo, que pues Dios queria que padeciese

asi, que no la llorasen, que ella estaba muy conforme con su voluntad. Al entrarse Federico con el Rey, le dixo: Ana Beatriz, muere, pues me matas; que pagarme tenias el tenerme enjaulado como leon. A lo que la santa Señora respondió: Ah, traydor! Y como te tiene ciego el demonio, que no juzgas, que es mejor morir inocente, que no vivir culpada! Y mas quiero morir en las garras de los brutos animales, que no vivir en tus deshonestos brazos, ofendiendo á Dios, y á mi esposo: lo que siento es, que haya sido tan grande su engaño, que haya dado credito á tus traiciones, sin averiguar la verdad. Con esto se entraron todos, como el Rey havia mandado, y los Monteros tomaron á la Reyna, y partieron con ella á executar la orden que llevaban. Qué hay que moralizar aqui en la crueldad de este hombre; pues lo que tanto havia amado, como decian sus tristezas, y furores, segun publicaba, porque no consintió en sus lascivos apetitos, ofendiendo á Dios, y á su marido, lo puso en el estado que oís: cierto, Señores Cavalleros, que aqui no hay disculpa en apoyo de los hombres, ni razon que os acredite, ni aun vosotros mismos, que tantas hallais contra las mugeres, la hallaréis en vuestro favor; y vosotras, hermosas Damas, qué mayor desengaño quereis, ni buscáis,



cáis , ni le podreis hallar , si deseais tener alguno que os estorve de ser faciles ; mas temo que os pesa de saberlos , porque pecar de inocencia , parece que tiene disculpa ; mas de malicia , es quiebra que no se puede soldar , y quisierades no oír tantos desengaños , porque vosotros os quereis dexar engañar ; pues en los tiempos pasados , y presentes hallaréis que los hombres son unos.

Las que llevaban à Beatriz , caminaron con ella toda la noche , y otro dia siguiente , y al medio del tercero llegaron con ella à un monte de espesas matas , y arboledas , distante de la Corte mas de diez leguas , y en una quiebra de las peñas , que parecia en la profundidad , que baxaba à los abismos , sin tener piedad de su hermosura , y mocedad , ni de sus lagrimas , ni enter necerse de las lastimosas palabras que decia , con que les aseguraba su inocencia , y les pedia , que ya que la havian de dexar alli no executasen del todo la rigurosa orden del Rey , privandole de la luz , siquiera porque viese su muerte , quando las fieras la executasen : le sacaron los mas bellos ojos que se havian visto en aquel Reyno. Estaba en poder de hombres ; qué maravilla : cegar , y engañar , parece asi en el modo , que es todo uno , pues el que está engañado , se dice , que está ciego de su engaño : luego hasta en sacarle

los ojos cumplieron estos con el oficio de hombres contra esta muger , como hacen ahora todos con todas. Hecha esta crueldad , pareciendoles que no havia de vivir , supuesto , que quando no la matasen las fieras , moriria del dolor de las heridas , ò de hambre ; pues no tenia vista para buscar el necesario sustento , le quitaron las ricas joyas que llevaba , y no sé como no hicieron lo mismo del vestido ; pues competia en riqueza con las joyas : debió de ser por no embarazarse con él , ò porque Dios lo ordenó asi , y hecho esto , dexandose la hermosa Reyna , ya se vé puesta en los filos de la guadaña de la ayrada muerte , que como la sentia tan cerca no hacia mas de llamar à Dios , y à su divina , y piadosa Madre , tuviesen misericordia de su alma , que ya de el cuerpo no hacia caso , ofreciendoles aquel martirio ; quando à poco mas de media hora que asi estaba , sintió pasos , y creyendo sería algun oso , ò leon , que la venia à despedazar , llamando con mas veras à Dios se dispuso à morir ; mas ya que mas cerca sintió los pasos , oyó una voz de muger , que le dixo : Qué tienes , Beatriz , de qué te afliges , y lamentas ? Ay Señora ! ( Respondió la afligida Dama ) Quien quiera que seais : que como no tengo ojos , no os veo ; pues vos los te-

neis, y me veis, y conoceis, pues me llamais de mi propio nombre; por qué me preguntais de qué me lamento? No me véis, respondió la muger: pues ahora me verás; que aunque Dios ha permitido darte este martirio, aun no es llegado tu fin, te faltan otros que padecer: que à los que su divina Magestad ama, regala así; y diciendo esto, y tocandole con la mano los lastimados ojos, luego quedaron tan sanos, como antes de sacarselos los tenia, y aun muy mas hermosos. Como Beatriz se vió con ellos, miró por quien le havia hecho tan gran bien, y vió junto à sí una muger muy hermosa, y con ser à su parecer muy moza, tan grave, y venerable, que obligaba à tenerla respeto: y parecióle asimismo que la havia visto otras veces, mas que no podia acordarse en donde. Pusose de rodillas la hermosa Reyna, no porque la tuviese por deydad, aunque su grave rostro daba indicios de ello; sino por agradecida al beneficio recibido; y tomandole las manos, se las empezó à besar, bañandose las en tiernas lagrimas, diciendo: Quién soys Señora mia, que tanto bien me haveis hecho, que aunque me parece, que os he visto, no me acuerdo dónde? Soy una amiga tuya, respondió la Señora, y la verdad es, que me has visto muchas veces; mas por ahora no

conviene que sepas mas de mí, que lo que véis; y tomandola por la mano la levantó, y abrazó, y luego sacando una pequeña cestica, con pan, y algunas frutas, y una calabacita con agua, porque en la parte que estaban no la havia, que hasta de este bien la privaron sus rigurosos verdugos, buscando el lugar, donde como havia de morir de hambre, muriere tambien de sed: mandó que comiese, y Beatriz lo hizo, como tenia necesidad de ello, rogando à la Señora comiese tambien; à lo que respondió, que no tenia necesidad de comer, que comiese, porque havian de partir de alli luego; y mientras Beatriz comia, se sentó junto à ella, y la hermosa Reyna no hacia, sino mirarla, porfiando con su memoria, para traher à ella adonde la havia visto, de que la Señora se sonreía. Acabada la comida, que à Beatriz le pareció, que estaba mas contenta con ella, que con los varios, y ostentosos manjares del Real Palacio, siendo dos horas antes de anochecer, la tomó la hermosa Señora por la mano, y dando bueltas por las peñas, unas veces baxando, y otras subiendo, la sacó de entre ellas à un agradable, y deleytoso prado, cercado de espesos alamos, chopos, y sauces, de que se formaba una hermosa alameda; y en medio de la qual havia una clara, y cristali-  
na

na fuente , donde parando junto à ella , le dixo : Aqui , Beatriz , te has de quedar , que no tardará en venir , quien te lleve donde descanses por algunos dias : sigue tu virtud con animo , y paciencia , que es de la que mas se agrada Dios , que haciendolo así , te amparará en muchos trabajosos lances , en que te has de vér , donde has menester , que muestres la alta sangre de donde desciendes : quedate con Dios , à quien ruego , y rogaré , que te ayude , y socorra en ellos , y confía en él , que con esto le hallarás en los mayores aprietos ; y tornandola à abrazar , no aguardó respuesta , ni Beatriz se la pudiera dár , tan ahogada la tenia el sentimiento de verla partir , solo le respondió con un diluvio de lagrimas que empezó à verter de sus lindos ojos , y volviendo à mirar por donde iba , la vió , que à largo paso caminaba , hasta que se encubrió con la espesura de los arboles , dexando con su ausencia tan embelesada à Beatriz , que le pareció quedar sin alma , ni vida , porque la vida , y alma se le iba , siguiendo las pisadas de aquella Señora , reparó de sus desdichas , no pudiendo enjugar los llorosos ojos que à rios se descolgaban las perlas de ellos. Sentóse , ya que la hubo perdido de vista , junto à la fuente , y lavándose la cara , y las manos , que estaban manchadas del fiao rosicler,

que havian vertido sus ojos , quando se los sacaron sus crueles , y carniceros verdugos. Estuvo así hasta poco antes de anochecer , trayendo à la memoria los sucesos que havian pasado por ella , y pensando à bueltas de ellos , en quien sería tan sabia muger , que no solo le havia restituído las perdidas luces , mas profetizandole lo que havia de pasar por ella ; quando sintiendo venir tropel de cavallos , y gente , muy temerosa miró à la parte donde havia sentido el ruido , y vió salir de entre los arboles hasta diez , ò doce hombres en forma de cazadores , con halcones , y perros , y entre ellos uno , que parecia ser el Señor de los demás , en el costoso vestido , y magestad de su rostro. Era de mediana edad , galán , y de afable cara , y amable presencia , que como llegaron à la fuente se apearon todos de los cavallos , llegando à tener el del Cavallero , para que hiciese lo mismo , y como el Cavallero llegase donde Beatriz estaba , juzgó de verla , lo que ella de verle à él , que era persona de porte , segun mostraba en su aderezo , y hermosura ; que no sé que se tiene la nobleza , que al punto se dá à conocer , y así le hizo una cortés reverencia , à lo que Beatriz respondió con lo mismo. Llegó el Cavallero , y en la cristalina agua mató la sed , y se lavó las manos , y rostro del polvo , y



sudor, que ocasiona el gustoso ejercicio de la caza, y sentandose junto à Beatriz, en language Aleman, que ella bien entendia, le dixo: Hermosisima Señora, admirado estoy de ver en una parte tan lexos de poblado, y sola à una muger de tanta belleza, y rico adorno, pudiendo esta soledad, y aspereza ocasionar algun daño contra vuestro honor, y vida; si vinieran por esta parte muchos salteadores, y vandoleiros que hay por estas montañas. Suplicoos, para que yo por ignorar quien soys, no cayga en alguna descortesia, me saqueis de este cuydado, diciendome quien soys, y qué fortuna os ha trahido por aqui? No quiso Beatriz, que aquel Cavallero, ya que la veía tan sin compañía, en tal lugar, por encubrir su grandeza, que le perdiese el decoro, teniendola en menos, y asi en la misma lengua Alemana le dixo: Señor Cavallero, yo soy una muger de calidad, que por varios accidentes desgraciados salí de mi tierra, y ellos mismos (que quando la fortuna empieza à perseguir no se contenta con poco) han ocasionado el apartarme de mi compañía: y suplicoos, por lo que à cortesia debeis, que no queráis saber mas de mí, porque no me vá en callar menos que la vida; solo os pido me digáis quien soys, y en qué tierra estoy, y si está muy lexos de Ungria, Señora her-

mosa, mas que quantas he visto, yo os beso la mano por la merced que me haveis hecho, en lo que me haveis dicho; y para satisfaceros à lo que deseais saber: os digo, que estais en el Imperio de Alemania: Ungria, aunque no está muy lexos, es otro Reyno distinto de este; y yo me llamo el Duque Octavio, soy Señor de toda esta tierra, y mi Estado, por la misericordia de Dios, de los mayores del Imperio, por ser Potentado de él: dos leguas de aqui está una Villa mia, de donde salí oy à cazar: si soys servida (porque sentiré mucho que os quedeis en tan peligrosa parte esta noche, y asimismo, porque no es decente, ni bien parecido, que tanta hermosura esté sola en el campo) de veniros conmigo, yo sé, que sereis muy bien recibida, y regalada de la Duquesa mi muger, por darme gusto, y porque vos lo mereceis. Nuevamente agradecida, respondió Beatriz al Duque, aceptando la merced que le ofrecia; y finalmente el Duque la llevó consigo, tan contento, como si huviera hallado un tesoro, no porque la apeteció con amor lascivo, sino forzado de una secreta estrella, le cobró tanto amor, como si fuera su hermana. Llegados à su Palacio, la entregó à su muger, que era una hermosa Señora, aunque ya casi de la edad del Duque, contandole como la havia hallado; que

que si bién al principio la Duquesa no se aseguró de que viniese con el Duque tan hermosa Dama, dentro de poco tiempo se aseguró de la inocencia con que el Duque la havia trahido, viendo la honestidad, y virtud de Rosimunda, que asi dixo que se llamaba, porque otro dia, quitandose los ricos vestidos que llevaba, los guardó, vistiendose de otros que la dió la Duquesa, mas honestos, con lo qual la Duquesa, y el Duque la amaban ternisimamente, alabando, y bendiciendo el dia en que la havian hallado. Dexe- mos aqui à Beatriz, siendo el gobierno de la casa del Duque, y el idolo de él, y de la Duquesa; que importa bolver à Ungria, donde dexamos al traydor Federico, y al engañado Rey Ladislao, el qual con la precipitacion de la ira que le causó la relacion de su hermano, que contra la Reyna le havia dado, la mandó llevar, sin hacer mas averiguacion de la verdad, ni oirla. Entrando en su camara se acostó, y pasando algun espacio de tiempo, ya algo mas sosegado, le dió un pensamiento, si sería verdad lo que su hermano le havia dicho, acordandose con la honestidad, y amor que la Reyna le havia salido à recibir, no pudiendo partir de los ojos de su hermosura, pareciendole, que si la Reyna le huviera hecho ofensa, que no se atreviera à ponerse delante de él, su-

puesto que se podia temer de Federico, pues no havia querido hacer lo que le havia pedido, en razon de mudar de trage, y con este pensamiento, mandó llamar las Damas mas queridas de la Reyna, de las quales se informó, qué havian entendido en aquel caso, las quales le dixeron, que jamás havian visto en la Reyna asomo de tal pensamiento, antes tenian orden suya para no dexarla sola, quando estuviese alli el Infante: y que de la prision no sabian mas, de que despues de haverla hecho con gran secreto, le havia llevado à ella por engaño, donde si el Infante no estuviera tan enojado de verse asi, no le havia faltado su regalo, como si estuviera en su libertad: que ellas no sabian otra cosa, ni jamás la Reyna havia comunicado con ellas su intencion; y esto lo decian con tantas lagrimas, que obligaron à que el Rey las ayudase, y mas se aumentó quando vinieron los que la havian llevado, y le contaron todo lo sucedido, que fue tanta la pena que le causó, que llegó casi à los fines de la vida, sin que fuese parte el traydor hermano à consolarle, aunque mas consuelos le procuraba: tanto, que le pidió licencia para ir à buscar à la Reyna, no siendo la intencion del traydor hallarla para su hermano, sino de gozarla, y luego quitarle la vida. Al fin, aunque el Rey le negó la licencia, se la tomó

tomó él, llevando consigo uno de aquellos que le havian llevado, para que le enseñase la parte donde havia quedado; mas quando llegaron, ya la Reyna estaba muchas leguas de alli, como se da dicho. Cansados de buscarla, y no hallando rastro de ella, ni un hilo de los vestidos, que si la huvieran muerto las fieras, estuvieran esparcidos por el campo; desesperado de ver quan mal se le lograban sus deseos, se sentó en una de aquellas peñas, mientras el Montero todavia la buscaba, y ardiendose en ira de no hallarla para cumplir sus deshonestos apetitos, tomando en esto, y en matarla venganza del desprecio que havia hecho de él, pensando quan desacordado havia sido de no irse con los que la havian llevado, vió baxar por una senda, que entre las peñas se mostraba, aunque mal usada, y aspera, un hombre vestido à modo de Escolastico, de horrible rostro, y que parecia de hasta quarenta años. Trahia un libro en la mano, dando con él muestra, de que profesaba ciencia, que como llegó à él, le dixo: **Enhorabuena** esté el noble Federico, Principe de Ungria. En la misma vengais Maestro, respondió Federico, admirado de que aquel hombre le conociese, no conociendole él; y prosiguiendo el Doctor, que así le llamarémos, dixo: Qué estás pensando Principe, en quien soy, ó como te co-

nozco? Pues mas sé yo de tí, que tu de mí; pues solo por saber con el cuydado en que estás; à remediartele vengo de muy estrañas, y remotas tierras, no haviendo un quarto de hora, que estaba de esa parte de los montes Rifeos, donde tengo mi morada, y habitacion, por ser la mas conveniente para exercitar mis artes. Soy, para que no estés suspensivo, un hombre, que he estudiado todas las ciencias; y sé lo pasado, y por venir; he andado quantas Provincias, y tierras hay del uno al otro Polo; porque soy Magico, que es la facultad de que mas me precio, pues con ella alcanzo, y sé quanto pasa en el mundo; y soyte tan aficionado, que sin que tu me hayas visto, te he visto yo à tí muchas veces sin mas interés que el de tenerte por amigo, y que tu me tengas à mí por tal, como lo verás en el modo con que ayudo en el cumplimiento de tus deseos; mas ha de ser con una condicion, que este secreto que pasa entre los dos, me has de dar palabra, como quien eres, de jamás decirle à nadie, ni aun al Confesor, aunque te veas en peligro de la muerte, porque solo en esto estriva la fuerza de mi ciencia; y como esto hagas, no solo te diré cosas que te admires, mas te pondré en tu poder lo que desees para que cumplas tu voluntad: mira si te determinas à esto, y hagamos  
la



la pleyresia para que yo esté seguro, y sino me iré por donde he venido. Que le pidieran en esta ocasion à Federico, y mas prometiendole el Doctor lo que le prometia, pues con lo que le respondió fue con los brazos, y luego con prometerle guardar tan inviolablemente el secreto, que aun en la hora de la muerte no le descubriría, ni aun al Confesor. Hecho, pues, el pleyto homenaje, se sentaron juntos, y el Doctor le dixo: En primer lugar te digo, que por ahora no hallarás lo que buscas, ni es bien que lo hables, porque el dia que tu hermano llegue à ver à Beatriz, que viva es, y con ojos, aunque se los sacaron: el como los tiene, no he podido alcanzar, porque ha sido por una secreta ciencia, reservada al Cielo, y está en parte donde es muy estimada, y querida; pero te advierto, que el dia que Ladislao llegue à verla, ten por segura tu muerte, porque apenas se dirá la verdad del caso, quando el Rey la ha de creer; y bien ves en esto tu peligro, y así lo que hemos de procurar es que salga de donde está, y despues de haverla violado el honor, y la castidad conjugal, de que ella tanto se precia, la quites la vida, pues de esto conseguirás dos cosas de mucha utilidad: la una, que no se descubra tu traicion, pues muriendo ella, no se sabrá, y quitarás de contra tí uno de los

mayores enemigos que tienes; porque te advierto que lo es, y muy grande; y la otra, que si ella muere, tu hermano no se casará jamás, porque la ama (aun con lo que le has dicho) tan tiernamente, que no le ha de agradar muger ninguna, como no sea su Beatriz, y tu has de ser Rey de Ungria: supuesto esto, y que yo vengo à asistirte, y ayudarte, desecha tristezas, y el amor que la tienes, buelvele en venganza, que es lo que te importa, que quando sea tiempo yo te avisaré; mas mira que te buelvo à requerir el secreto, porque si otra persona en el mundo sabe estas cosas; ni yo te podré ayudar, ni tu conseguirás lo que deseas. Embelulado estaba Federico escuchando al Doctor, viendo, como le decia sus mas intimos pensamientos, y mucho mas, de que la Reyna fuese viva, y tuviese vista; mas no quiso apurar en esto la dificultad, antes tornandole à abrazar, y prometiendole de nuevo el secreto, y muchas mercedes, y jurando, que el dia que cogiese à la Reyna en su poder no se contentaria con darle una muerte, sino dos mil si pudiese ser. Venido el Montero, dieron la vuelta à la Ciudad, y llegados à ella hallaron al Rey muy malo, y tanto, que temian el peligro de su vida; al que como las Damas de la Reyna le informaron tan diferente de lo que Federico le havia

havia

havia dicho de su virtud , indeciso de la verdad , ò mentira , como el amor , por su parte hacia la que le tocaba , se inclinaba mas à creer , que la Reyna havia padecido inocente , que culpada , y se afeaba à sí mismo la ira con que la havia embiado à dar la muerte , sin hacer primero averiguacion del agravio , porque la havia condenado. Pues como Federico vió al Rey en este estado , temiendo , que si averiguaba lo contrario , de lo que él havia dicho , corria su vida à opinion , y peligro ; fue de proposito à su Doctor à advertirselo ; mas no tenia necesidad de ello , que él estaba bien advertido , y para acreditarse mas de su sabiduria , antes que Federico le hablase sobre ello , le dixo : Quando no fuera de mas importancia , mi venida à servirte , ò Principe valeroso , que de salvar tu vida , como en esta ocasion lo haré , la doy por bien empleada. Tu hermano está muy sospechoso , de que la Reyna esté culpada , y si se desengaña ha de correr riesgo tu vida : toma este anillo , y ponte en el de dedo del corazon , y entra à hablarle , y buelvelo à indignar contra la Reyna , que en virtud de él te creerá de quanto le dixeres , porque hallo por mi sabiduria , que el Rey no ha de morir de este mal ; y asimismo , que él de su voluntad te ha de heredar en el Reyno , y es mejor , que no alcanzarle violen-

nidad

to , porque con esto no ganarias la voluntad de los vasallos , y dandotele el Rey , sí. Tomò Federico el anillo en que havia estampados algunos caracteres , y cifras , admirado de como el Doctor le adivinaba la imaginacion , teniendose por el hombre mas dichoso del mundo , en tenerle por amigo , y poniendose en el dedo , entró donde el Rey estaba , que como le vió , obrando en él la fuerza del encanto , le dixo : que fuese bien venido , alegrandose mucho con él , y preguntandole , si havia hallado lo que iba à buscar , Federico le dixo , que no : porque no havia hallado mas de los vestidos , indicio de que alguna fiera havia comido otra fiera ; y viendo que el Rey havia suspirado , le dixo : Y cómo , Señor , en eso estimas tu honor , y el mio , que haces sentimiento , por haver muerto , quien à tí , y à mí nos quita la vida ? A tí ofendiendote en él honor , y à mí por no querer ser el verdugo de él , en tenerme , como me tuvo tanto tiempo. Consuelate por Dios , y ten por seguro , que si no estuviera culpada , el Cielo la hubiera defendido , que es amparo de inocentes ; mas ya que ha permitido que pague su culpa , no ha sido ocasion. No pueda mas el amor que à aquella muger engañosa tenias , que tu honor ; tratemos de tu salud , que es lo que importa , que no ha sido aca-

so

so lo sucedido. Estas , y otras cosas que Federico dixo à su hermano , dandole credito en virtud del encantado anillo , fueron parte , para que en algo se quitase , mas no para alegrarle , que en esto no tuvo remedio , porque en mucho tiempo no le vieron reir. Sano ya Ladislao de su enfermedad , en cuya cura se mostrò el gran saber del Doctor de Federico , que asi le llamaban , le pidieron los vasallos , que se casase , à lo qual dandoles bastantes causas para no hacerlo , les dixo , por ultima resolucion : Que si pedirle cosa tan fuera de su gusto , como sujetarle segunda vez à un yugo tan peligroso , y con tantos azares , como el del matrimonio , lo hacian por tener herederos ; que alli estaba Federico su hermano , à quien desde aquel punto juraba , y nombraba por Principe heredero ; y les rogaba , que ellos hiciesen lo mismo : y con esto que el Rey hizo , fue Federico jurado por Principe de Ungria , que aunque no era muy afecto al Reyno , por conocerle sobervio , y travieso , y mas desde que havia sucedido el suceso infeliz de la Reyna ; viendo que era voluntad del Rey , y que por muerte suya le venia derechamente el Reyno , huvieron de obedecer. Todas estas cosas llegaron en lenguas de la parlera fama al Reyno de Inglaterra , con las quales los Reyes , padres de

Beatriz , recibieron tanta pena , qual era justo : unas veces no creyendo que en la virtud que de su hija havian conocido , que fuese verdad ; y otras juzgandola muger , de quien por nuestra desdicha , se cree mas presto lo malo , que lo bueno : y para asegurarse mas del caso , embiaron Embaxadores al Rey Ladislao , que llegados à Ungria , è informados del caso , se bolvieron tristes , y mal satisfechos , asegurando à sus Reyes , quan justamente Ladislao havia castigado su culpa : con que se escusaron las guerras que sobre esto se pudieran causar.

Poco menos de un año havia pasado , que Beatriz estaba en casa del Duque con nombre de Rosimunda , tan amada de todos , que si los hijos que tenia el Duque no tuvieran estado , la casára el Duque con uno de ellos : tan aficionados estaban él , y la Duquesa de su virtud , y honestidad ; y el mal Doctor en la Corte de Ungria , tan amado de su Rey , y Principe , que no hacia mas de lo que él ordenaba : tan sujetos los tenia à su voluntad ; quando un dia le dixo à Federico , que ya era tiempo que se empezase la guerra contra Beatriz , que havia mucho que gozaba de la amada paz ; y que para esto era fuerza partir juntos de la Corte ; que pidiese licencia al Rey , dandole à entender que iban à vér unos Torneos que en la Corte *de Ro*



lonia se hacian. Supolo tan bien negociar el Principe , que aunque contra su voluntad , alcanzò licencia por un mes , y diciendo, que queria ir encubierto , partiò de la Corte con el Doctor , y dos criados , que era el modo con que podia ir à meos costa , y mas seguro , que con las artes del Doctor fue muy breve el camino, en el qual avisò el Doctor à Federico , que quando quisiese no ser conocido , estaba solo en su voluntad , porque el anillo que le havia dado tenia esa virtud , como la de ser creído , de mudarle el rostro , quando fuese su gusto , y desconocerle , que pareciera otro. Con este advertimiento llegaron una noche à la Villa , donde vivia el Duque, en cuya casa estaba Beatriz; y entrando en el Palacio Federico , seguro con su anillo de no ser copocido , y el Doctor en sus Artes , de no ser visto, lo que hizo el Doctor fue , llegar sin que le viesen , y poner à la inocente Beatriz en su manga una carta cerrada , y sellada con el sobre escrito à otro gran Potentado de Alemania , por quien el Duque se havia retirado de la Corte à sus Estados , que sobre cosas tocante à la Corona , havian tenido palabras delante del Emperador , ocasionado de esto haver salido los dos à campaña , y quedar de esta faccion muy enemistados : tanto , que se procuraban el uno al otro la muerte ; y

otra abierta , dando muestra de haver sido leída , con la sobre cubierta à Rosimunda : y hecha esta prevencion diabolica , acompañado de Federico , que en virtud de su anillo no podia ser conocido , sino de quien era su voluntad , se fueron otro dia al Palacio , à tiempo que el Duque , y la Duquesa , y con ellos Beatriz , que nunca los dexaba , estaban oyendo cantar los musicos , que asistian al Duque , y entrados dentro de la misma sala , Federico se quedò junto à la puerta , y el Doctor pasando adelante , llegó al Duque , y le dixo : Poderoso Señor , la descortesia de entrarme sin licencia , bien sé que me la perdonarás , quando sepas à lo que vengo : no te quiero decir quien soy , pues mis obras en tu servicio darán testimonio de mí persona , y la facultad que profesó. Estando poco ha en los montes Rifeos , donde cerca de ellos tengo mi habitacion , me puse à mirar las cosas que en el mundo han de suceder desde oy à mañana , y entre otras muchas hallé que en este señalado tiempo que digo , has de morir à traicion à manos de un enemigo tuyo , à quien ha de dar entrada en tu camara una persona de tu Palacio de las que mas amas : quien sea , no está otorgado del Cielo que yo lo sepa : y viendo quan gran daño se seguiria si tu faltases del mundo , por ser como eres

un Principe tan magnanimo, y de tanto valor, y prudencia, y que por tus muchas virtudes te soy muy aficionado, he venido à toda diligencia, ayudado, y acompañado de mis familiares confidentes, à darte aviso de que mires por tí: y para que consigas, y sepas lo que à mí me ha negado la poderosa mano, mira quantos al presente se hallan en tu Palacio, que en su poder hallarás quien te asegure de la verdad: y el Cielo te guarde; que no me puedo mas detener. Dicho esto, sin aguardar mas respuesta, se salió con su compañía, y se fueron à emboscar en aquellas arboledas cerca de la fuente, donde el Duque halló à Beatriz, que alli los aguardaban los dos criados de Federico.

Alborotóse el Duque, y la Duquesa con tales nuevas, y mandando cerrar las puertas de Palacio por su misma persona, no dexó el Duque ninguna posada, cofre, arca, ni escritorio, ni aun los mas secretos rincones de las posadas de los criados, tanto de los officios mayores, como de los inferiores, sin exceptuar las mismas personas: y viendo que por aquella parte no hallaba lo que aquel sabio hombre la havia dicho, subió donde estaba la Duquesa bañada en lagrimas, è hizo lo mismo con las criadas, sin que quedase cosa por mirar; de modo que ya no faltaba sino Bea-

triz, y los escritorios de la Duquesa, y casi por burla la dixo: Y tu, Rosimunda, serás acaso la que guardas el secreto de mi muerte? Señor, respondió la inocente Dama, con mi vida quisiera yo alargar la tuya, como quien tantos beneficios ha recibido, y recibo de ella: mas porque no es justo, que me reserves à mí entre todos, te suplico hagas conmigo lo que con los demás, que yo creo tan poco en estas fabulas, ni encantos, que tengo por sin duda, que es algun mentiroso engaño, para darte este susto. Así me parece, dixo el Duque; mas como dices, por no hacer agravio à los demás, quiero tambien mirarte à tí; y riendose le entrò la mano en la manga, donde hallando las cartas, y mirando los sobrescritos, viò que el uno de la que estaba abierta, era la letra misma de su enemigo el Conde Fabio, y leyendole, decia de esta suerte: A la hermosissima Rosimunda. La cerrada era de letra de Beatriz, y està decia: Al Excelentissimo, y poderoso Conde Fabio. Abrió la que no tenia sello, y leyendola en alto, que de todos fue oída, decia asì:

*Los agravios, y deshonores recibidos del Duque Filiberto, hermosa Rosimunda, están pidiendo venganza, pues como sabrás del tiempo que asististe en su casa, llegaron à dexarme señalado en el rostro, y en el mundo,*

*por*

por hombre sin honra: y aunque he procurado con todas veras satisfacerme, no me ha sido posible, que los cobardes miran mucho por su vida, y asi es fuerza valerme de la industria, si para quitarsela en desagravio de mi afrenta me la dás, y lugar para hacerlo, como quien en su casa lo puede todo: con lo que te pagaré este beneficio será con hacerte dueña mia, que por las nuevas que tengo de tu hermosura lo deseo, y Señora de mi Estado. La respuesta, y resolucion de este caso darás à quien te diere esta, que es leal confidente mio.

*El Conde Fabio.*

Estaba la letra tan parecida, y la firma tan bien contrahecha, que no havia que poner duda, que la carta era del Conde. Abrió el Duque la cerrada, que decia asi:

Tienenme tan lastimada, Conde Excelentísimo, los agravios que del Duque has recibido desde el dia que lo supe, que qualquiera encarecimiento que diga será corto, y aunque los beneficios de el Duque recibidos me pudieran tener obligada, mas debo al sentimiento de tu agravio como lo verás en la ocasion que me has puesto; que dar lugar á que las personas como tú se desagravien, no lo tengo por traicion, y supuesto que es asi, y que de tu confidente sé quan cerca estás de esta Villa, entra con ella, y ven mañana ya pasada de media noche, à la puerta trasera de este Palacio, que es adonde

caen las ventanas de mi posada, trayendo por seña en el sombrero una vanda blanca, para que no padezca engaño, por donde te arrojaré la llave, con que podrás tú, y los que te acompañaren, entrar: y déte el Cielo valor para lo demás, que en razon de la merced que me prometes, no la acepto basta que me veas; que podrá ser que entonces te parezca la fama, que de mi hermosura tienes, mas mentirosa que verdadera. El Cielo te guarde.

*Rosimunda.*

Tan asombrado quedó el Duque de vér las cartas, y conocer la letra, y firmas, como Beatriz de que se huviese hallado en su poder: era de modo, que ni el Duque hablaba para culparla, ni ella para defenderse, sino con las hermosas lagrimas, que hilo à hilo caían de sus lindos ojos: y no hay duda, de que si no se acordára de las razones, que la hermosa Señora le dixo, quando se apartò de ella en la fuente, de lo que le faltaba, por padecer, se quitára la vida para salir de una vez de tantas penas: y aun del Duque se cree, que le pesó mas de hallar las cartas en su poder, que de la traicion, que veía armada contra su vida, y que diera la mitad de su Estado, porque no fuera hallada en ella; y mas la Duquesa como muger, que veía la vida de su marido en balanzas, y la maldad de una mu-



muger que tanto amaban , y à quien tantos beneficios habian hecho : como muger sin juicio daba voces , que la matasen , diciendole mil afrentas : à lo que la inocente Señora no respondia mas que con su amargo llanto , no pudiendo imaginar por donde le habian venido à su poder aquellas cartas que no habia visto ni pensado , si bien se persuadia eran puestas por algun embidioso de su privanza , que contrahaciendo su letra , y firma , ordenó tal traición : y viendo que para ello no habia mas disculpa , que la de Dios , como quien sabia la verdad podia ordenar , callaba , y lloraba : de que el Duque compadecido , la mandó retirar à su camara , con orden , que no saliese de ella , bien contra la voluntad de la Duquesa , que no queria sino que muriese. Ida Beatriz , lo primero que el Duque hizo , fue poner buena guardia en su Palacio , y luego sin dexar casa , ni posada en toda la Villa que no se mirase , mandó buscar el tal confidente del Conde Fabio , mas no fue hallado , aunque para mas satisfacion , le truxeron quatro forasteros en ella habia : y asimismo informado de todos quantos en su Palacio estaban , si habian visto à Rosimunda hablar con algun forastero , y diciendo todos que no , creyendo que era mas la traición contra Rosimunda , que

no contra él , por descomponerla , y lastimado de ello , y movido à piedad de su hermosura , honestidad , y virtud , y la paciencia , con que llevaba aquel trabajo , y lo que mas es , guiado por Dios , que no queria que Beatriz muriese ; habiendole dicho , que la Duquesa viendole remiso en darle muerte , estaba determinada à darle veneno , sin que la Duquesa lo supiese , ni el querer verla , porque no le diese mas lastima de la que tenia , la mandó sacar una noche , al cabo de dos dias que estaba presa , y que dos criados suyos la llevasen , y la pusiesen junto à la fuente donde la habian hallado , sin hacerle mas daño que dexarla alli , y asi fue hecho ; y como la fuente no estaba mas de dos leguas de la Ciudad , y partiesen con ella al primer quarto de la noche , quando llegaron à ella , aun no habia amanecido , y dexandosela alli , como llevaban la orden de su dueño , se bolvieron. Quien podrá decir el tierno sentimiento de la affligida Reyna , quando se vió alli de noche , sola , y sin amparo , y habiendo perdido el sosiego con que en casa del Duque estaba , y mas , por una causa tan afrentosa , y mas , que no se hallaba con prenda de valor para poder remediarse , que como se ha dicho en casa del Duque andaba vestida muy honestamente : no hacia sino llorar , y à

Hh

ca-

cada rumor que oía , ya le parecían , ò bestias fieras que la venían à sepultar en su vientre , ò salteadores , que la violasen su honra ; y esto temía mas , que el morir , que estaba tal , que casi tenía aborrecida la vida. En esta congoja estaba , quando empezó la Aurora à tirar las cortinas de la noche , desterrando los nublados de ella , para que Febo saliese , quando mirando Beatriz por sí , con los entreclaros crepusculos del Alva , se vió con los ricos vestidos , que habia sacado de Unghria , quando la llevaron por mandado del Rey su esposo , à sacar los ojos : y pareciendole todas sus cosas prodigios , estando cierta de que aquellos vestidos habian quedado en casa del Duque , y ella con la pena , que salió de ella , no se habia acordado de ellos : considerando , pues , estas cosas , juzgó , que quien la ponía en tales ocasiones no la desampararía ; aguardó algo mas consolada , en que pararian sus fortunas , llamando à Dios , que la socorriese , y ofreciendole aquellos trabajos ; quando siendo ya mas dia , vió salir de entre los arboles , no un leon , ni un oso , ni un salteador ; porque estos no le dieran tanto asombro , como ver salir à Federico , que si se os acuerda , con su falso Doctor , y criados , se fueron à la Floresta , quando dexaron urdida la traicion. No hay duda ,

sino que quisiera mas Beatriz verse despedazada de qualquiera de los dichos , antes que verle , y queriendose poner en huída , se levantó ; mas Federico abrazandose con ella , le dixo : Ahora ingrata , y desconocida Beatriz , no te librarán de mis manos tus encantos , y echizos , ni la jaula de hierro , en que me tuviste tanto tiempo , que yo te gozaré en venganza de tus desvios , y luego te daré la muerte , para escusar la que tu tratas de darme. Antes , traidor à Dios , à tu hermano , y à mí , verás la mia , respondió Beatriz , que yo tal consienta. Matame , traidor enemigo , matame ahora , si lo has de hacer despues. Diciendo esto , trabajaba por defenderse , y Federico por rendirla , pareciendole al traidor , que luchaba con un gigante ; y à Beatriz , que sus fuerzas en aquel punto no eran de flaca muger , sino de robusto , y fuerte varon , y andando como digo , en esta lucha , dixo Federico , viendo su resistencia : Qué te cansas , desconocida de mi merecimiento , y valor , en quererte librar de mi poder , que aun el Cielo no es poderoso para librar-te ? Apenas acabó el blasfemo Federico de decir esto , quando de entre los arboles salió la hermosa Señora , que en las pasadas angustias la habia socorrido , que à paso tirado venia caminando ácia ellos , que como llegó

gó sin hablar palabra , asió de la mano à Beatriz , y tirando de ella , la sacó de entre los brazos del lascivo Principe , y se la llevó , quando Federico abrazado , en lugar de la hermosa presa , que se le iba , con un fiero , y espantoso leon , que con sus uñas , y dientes le heria , y maltrataba ; que viendose así , empezó à dar tristes , lastimosas voces , à las quales acudieron el Doctor , y criados , que viendole en tal estado , sacando las espadas , de las quales el leon temeroso , le soltó , entrando por lo mas espeso de la alameda ; porque no era tiempo , ni que la vida de Federico , ni los trabajos de Beatriz tuviesen fin. Quedó Federico tendido en el suelo , mal herido , tanto , que à los criados , y el Doctor , les fue forzoso llevarle al primer Lugar , donde se estuvo curando muchos dias de sus heridas ; no pudiendo alcanzar , ni Federico con su entendimiento , ni el Doctor con sus artes , como habia sido aquella transformacion , ni adonde se habia ido Beatriz , que eso estaba por entonces reservado à quien la llevaba ; la qual con la hermosa Señora que la llevó , se halló libre de la fuerza , que esperaba recibir. Daba muchas gracias à su verdadera amiga , y defensora de su vida , y honor , y ella la animaba , y regalaba con amorosas caricias , caminando todo aquel dia , hasta po-

co antes de anochecer ( à lo que Beatriz le parecia ) fuera de camino ; porque unas veces le parecia , que iban ácia adelante , y otras que daban buelta , y bolvian à caminar lo ya andado , quando llegaron à unas cabañas de Pastores donde la dexó su guia , diciendole : Quedate aqui , Beatriz , que aqui hallarás lo que por ahora has menester ; y sin aguardar , ni dar lugar à que la respondiese , ni le diese agradecimiento , del bien que le hacia , la vió ir por el campo con ligerisima velocidad , dexandola tan desconsolada en su ausencia , como la vez primera ; porque quanta alegria recibia su corazon , mientras la tenia junto à sí , sentia de pena , quando se apartaba. En fin , viendo que ya se habia encubierto , se llegó à las cabañas , donde halló cantidad de Pastores , y Pastoras , que tenian sobre unas pellejas de reses muertas , tendidos unos blancos , aunque toscos manteles , y todos sentados al rededor , querian cenar una olla , que estaba sacando una de las Pastoras de tasajos cecinados ; que como vieron aquella muger , que en lengua Alemana les dió las buenas noches , tan hermosa , y ricamente aderezada , como simples rusticos , se quedaron mirandola embelesados , hasta que ella , viendo la suspension , prosiguió diciendo : Amigos , por la Pasion de Christo os pido , que si



sois Christianos , como me parece , que lo sois , me admitais , y ampareis en vuestra compañía , siquiera por ser muger , que me he escapado de un gran peligro , y vengo huyendo de un cruel enemigo , que anda procurando quitarme la vida. Ellos, habiendo entendido bien la lengua , porque era la misma que hablaban , pues de allí à la Corte de Alemania apenas habia media legua; le respondieron , que entrase , que de buena voluntad harian , lo que les pedia. Con este beneplacito de la pobre gente entró la perseguida Reyna , y haciendola sentar à la pobre mesa , cenó , comió , y almorzó con ellos ; porque desde que salió de casa del Duque no habia comido bocado , haciendo la todos tanto agasajo , y buena acogida , que aquella noche , no pudiendo dormir , pensando en sus fortunas , se resolvió à embiar à vender à la Ciudad aquellos ricos vestidos , y trocandolos en los pastoriles , quedarse allí con aquella buena gente. Mas no le sucedió así como ella pensaba , y fue el caso , que cerca de aquellas majadas de Pastores habia un soto donde se criaba gran cantidad de caza , y donde el Emperador iba muchas veces à cazar , y à divertirse de la pension , que trahe consigo la carga del gobierno , y habia seis , ò ocho dias , que estaba en él con la Emperatriz , y toda su gente , y un niño que tenian de

seis años , Principe heredero de todo aquel Imperio , que no tenían otro; y otro dia , bolviéndose todos à la Ciudad , era fuerza pasar por delante de las cabañas , y como los Pastores , y Pastoras sintieron que venia , salieron todos à verle pasar , y Beatriz con ellos ; y como la carroza , en que el Emperador , la Emperatriz , y su hijo llegaron cerca , y entre la gente rustica viesen aquella Dama tan hermosa , y bien aderezada , con vestido de tanta riqueza , estrañando la novedad , y el trage , que bien conocieron ser Ungaros , mandando parar la carroza , embiaron con un criado à llamarla , que sabido por Beatriz se llegó , y con una cortés reverencia ( como ella bien sabía , se habian de tratar tan Reales Personas ) los saludó , à la qual el Emperador correspondió con otra no menos cortés reverencia , contemplando en su rostro la magestad , que en sí encerraba ; y con alegre , y afable semblante le preguntó : que de dónde era , y qué hacia entre aquella gente ? Poderoso Señor , respondió Beatriz , yo soy de tierras muy estrañas de esta , aunque he asistido algun tiempo en Ungria , sacaronme de mi patria , y casa por un engaño , y despues de haberme trabido à unos montes , que allá detrás quedan , queriendome matar en ellos; el Cielo que sabe para que me guarda , me libró de

los

las crucles manos de mis enemigos , y hurtandome de ellos , llegué à noche à estas cabañas, donde esta piadosa gente me amparó: esto es lo que puedo deciros à V. Magestad; lo demás es mas para sentido , que para contado. Mirandola estaba el Emperador, y la Emperatriz, mientras ella hablaba , maravillados de su gracia, y belleza , quando sucedió una maravilla bien grande , y fue que el niño , que junto à su padre estaba , acercandose al estrivo de la carroza , como Beatriz estaba tan junto , que tenia las manos puestas en él , le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el suyo , la empezó à besar con tan grande amor , como si toda su vida se hubiera criado en su compañía; lo que visto por Beatriz , le sacó de la carroza , y apretandole entre sus brazos , le pagó en amoroso cariño , lo que el Principe habia hecho con ella. Admirados todos de lo que el niño hacia con aquella Dama , juzgando à prerrogativa de la hermosura , agrardarse todos de quien la posee , dexando à mas de quatro el niño embidiosos de los favores , que gozaba , y queriendo restituirsele à sus padres , no fue posible , porque daba gritos llorando por bolverse con ella , sin bastar los alhagos de su madre , ni reñirle el Emperador , que era tan grande el sentimiento , que el Principe hacia , y tan tiernas , y

lastimosas las lagrimas que lloraba , que los padres como no tenían otro , compadecidos de él , rogaron à Beatriz entrase en el coche , diciendole , que supuesto, que no tenia parte segura donde ampararse de los que la perseguian , que dónde mejor que en su Palacio , donde el Principe su hijo le serviria de guardia , pues los que le guardaban à él , le velarian à ella. No le pareció à Beatriz ser acaso este suceso , sino encaminado por Dios, y su guardadora; y asi besando la mano al Emperador, y Emperatriz, y despidiendose de los Pastores , prometiendoles satisfacerles el bien que de ellos habia recibido en albergarla aquella noche , se fue con el Emperador , tan contentos él , y la Emperatriz de llevarla, que si hubieran ganado un Reyno no fueran mas contentos: à tanto obligaba el sereno , honesto , y hermoso rostro de Beatriz, que quantos la miraban se le aficionaban. Las alegrías que el niño hacia admiraban à todos, que no hacia sino apartar su cara de la de Beatriz , y mirarla , y luego riendose , bolver à juntarse con ella , quedando desde este dia à su cargo la crianza del Principe , porque no habia que intentar apartarle de ella; con ella comia , y dormia , y en tratandò de dividirle de su compañía , lloraba , y hacia tales ansias, que temian su muerte. Querianla tanto

por esto los Emperadores, que no es posible ponderarlo; y ella amaba al Principe, mas que si fuera su hijo. En fin, la dexarém<sup>os</sup> en esta paz, y quietud tan amada, respetada, y servida, como si estuviera en el Reyno de Ungria, y vamos à Federico, y su Doctor, que ya sano de sus heridas, y tan enojado contra la Reyna, por parecerle, que por magicas artes le habia puesto en tal peligro, que si la tuviera en su poder (como quando la tuvo à la fuente) no aguardára à gozarla, como entonces intentó, sino que la diera la muerte; bien pesaroso de no haberlo hecho entonces. Preguntó un dia à su Doctor, qué le parecia de tales sucesos? Qué quieres, Principe, que me parezca, respondió el Doctor, sino que tu, y yo tenemos suerte enemiga; porque no puedo, por mas que lo procuro alcanzar, qué deydad defienda esta muger, que no valen nada mis artes, y astucias contra ella? Solo alcanzo, que si dentro de un año no muere, nos hemos de ver tu, y yo en la mayor afrenta, que hombres en el mundo se hayan visto; y no puedo entender, sino que es grandisima hechicera, y maga; porque aunque he procurado saber despues que estamos aqui, donde, ó quien la ha escondido, no lo he podido alcanzar hasta hoy, que me ha dicho un familiar mio, que está en el

Palacio del Emperador de Alemania, muy querida, y estimada de todos; porque un niño de seis años, hijo del Emperador, que la quiere mas que à su madre, à cuya causa los padres la aman ternisimamente; y lo que se ha de temer es, no descubra al Emperador quien es, y lo que le ha pasado contigo; y descubierto, no hay duda, que darà cuenta al Rey tu hermano, el qual desengañado, y sabida la verdad, tu morirás, y yo no quedaré libre por haberte ayudado. Dirás, cómo sabiendo tanto no acabo con ella? A eso te respondo, que contra esta muger, ni tu acero puede cortar, ni mis artes tienen fuerza, por una sombra que la ampara, que no puedo alcanzar quien se la hace, ni mis familiares tampoco; porque hay cosas, que hasta à los demonios las oculta Dios por secretos juicios; y es el amparo tan grande que tiene en ella, que aunque ahora quisiera llegar à ella (como llegué quando en casa del Duque le puse en las mangas las cartas, con que la saqué de allí, y la puse en tu poder) no fuera posible: y esto es desde el dia, que á la fuente te la sacaron de las manos, y en su lugar dexaron el leon, que te ha tenido en el estado, que te has visto. Pues dexarla que viva, es peligroso para nosotros, que tarde, ó temprano se ha de venir à descubrir, y corremos el mismo riesgo: lo mas acer-



acertado es, procurar que muera por agenas manos; y el cómo ha de ser, que yo te pondré dentro del Palacio del Emperador, y en la misma camara donde duerme con el niño Principe, quando ya el sueño los tenga à todos rendidos, (que entrar yo es imposible, por esta sombra que digo, que la defiende) y pondrásle debaxo de la almohada una yerva, que yo te daré, que provoca à sueño, que mientras no la despertaren dormirá seis dias: y como esté asi, matale el niño, y luego ponle la daga en la mano, para que viendola asi, juzguen que ella le ha muerto, que con esto acabaremos con ella: pues claro es, que la han de mandar degollar en venganza de la muerte del Principe, con que quedaremos libres, y si esto no se hace, no hay que aguardar: mira si te parece à proposito, y si te determinas à ello, y sino sigue tu parecer, y gusto, que yo me quiero bolver à mi morada, porque estoy dudoso si me guardarás el secreto prometido, de que se me seguirá mucha pérdida, quando no sea en mi vida, en mi saber, que en él está la fuerza de mis artes, y quiero, si lo hicieres, estar lexos del peligro; porque el dia que (aunque sea confesandote) lo descubrieres, ese dia moriremos tu, y yo, y no es la vida tan poco amable, que se desee perder: que será sobre haberte bien servi-

do, llevar mal galardón. Que es irte à tu morada, respondió Federico, abrazando al Doctor, mientras yo viva no consentiré tal; y para que con mas seguridad estés, dame la mano, y palabra, de que de dia, ni de noche te has de apartar de mí; que yo te la doy de lo mismo: y en quanto al secreto, te buelvo à prometer como hijo de Rey, y Principe que soy, (y Rey, que espero ser) de guardartelo de modo, que aunque me confiese, no confesaré, lo que entre los dos pasa, ha pasado, y pasará, antes no me confesaré, porque pierdas el temor. No confesarte, dixo el Doctor, fuera causar mucho escándalo, que al fin eres Christiano, y lo has de hacer, aunque no sea sino por cumplir con el mundo: calla lo que importa, y dí lo demás, que mas de dos hay, que lo hacen asi. Asi será, dixo Federico, y vamos luego à matar ese niño, para que muera esta enemiga, ya que no puede mi acero executar en ella la rabia de mi pecho. Con esto dando orden à los criados los aguardasen allí, sin que por accidente ninguno se apartasen de aquel lugar, hasta que ellos bolviesen, se salieron paseando por el campo, donde aquella misma noche puso el Doctor à Federico dentro del Palacio del Emperador, y aguardando, à que todos se sosegasen, ya quando fue tiempo le llevó à la

puerta de la camara donde Beatriz con el niño dormian, descuydada de esta maldad; y dandole la yerva, que habia dicho, le dixo: Entra Principe, que aqui te aguardo, y advierte, que en lo que vas à hacer no te va menos, que la vida: no te ciegue, ni engañe la hermosura, ni el amor de esta tirana, que si te cogiera à tí, como tu la tienes à ella, yo te aseguro, que no te reservára. Dexame el cargo, respondió Federico, maravillado del gran saber del Doctor, que me espanto, como sabiendo tanto, no alcanzas, que quando no fuera por lo que me va à mí, solo por tu gusto, aun à mi hermano no perdonára la vida; y sino dime que se la quite, y verás con obedecerte lo que te estimo. Asi lo creo, dixo el Doctor, eso será para despues, que deseo tanto verte Rey, que pienso que no hemos de aguardar à que el curso de los años se la quite: y no te espantes, que tema à un hombre enamorado en presencia de una muger hermosa, que es un hechizo la hermosura, que à todos mueve à piedad; y porque sé tanto, sé que por amor se perdonan muchos agravios. Con esto Federico entró, y el Doctor se quedó aguardando fuera, que como llegó junto à la cama vió dos Angeles: humanemoslo mas: vió à Venus, y à Cupido dormidos, porque en la quadra habia luz grande. Era la crueldad

de este hombre mucha, pues no le ablandó tan hermosa vista; mas no hay que espantar, que estaba ya el rigor apoderado de él: puso la yerva debaxo de la almohada, y quiso hacer experiencia del saber del Doctor su amigo, y sacando la daga fue à herir à Beatriz en medio del blanco pecho, diciendo: Ahora alevosa Reyna, con una muerte me pagarás tantas como por tí he dado; mas no fue posible poder mandar el brazo: con que satisfecho de la verdad, que su Doctor le trataba, la bolvió contra el inocente Principe, y dandole tres, ò quatro puñaladas, le dexó dormido en el eterno sueño, y luego poniendo en la mano de Beatriz la daga bañada en la inocente sangre, se bolvió à salir donde halló al Doctor, y juntos se fueron al campo junto à las cabañas de los Pastores, donde Beatriz estaba, quando la halló Emperador, porque alli le dixo el Doctor se habia de executar la justicia de Beatriz para verla por sus ojos, y quedar seguros de ella. Llegó la mañana bien triste, y desdichada para el Emperador, y todo el Imperio de Alemania: pues como las criadas, que asistian à Beatriz, y al Principe, vieron ser hora, entraron à la camara, y vieron el cruel, y lastimoso espectáculo, y dando gritos fueron donde estaba el Emperador, y Emperatriz, diciendo: Venid, Señores, y ve-  
reis

reis la tragedia de vuestro Palacio, è Imperio, que la traydora de Florinda, que asi habia dicho que se llamaba, os ha muerto à vuestro amado hijo. Los ansiosos padres con tales nuevas traspasados fueron à ver lo que aquellas mugeres les decian; que como se ofreció à sus ojos la lastima, y dolor, empezaron como gente sin juicio, à dar voces, mesando la Emperatriz sus cabellos, y el Emperador sus barbas, à cuyas voces despertó Beatriz despa- vorida, que hasta entonces le habia durado el diabolico sueño; que no hay duda, que si antes hubiera despertado, con la misma daga, que tenia en la mano, se hubiera quitado la vida; que como se vió à sí bañada en sangre, y al niño muerto, y que ella con la daga, que tenia en la mano daba muestras de ser la agresora de tal delito, no hizo mas de alzar al Cielo los ojos, bañados de tierno, y lastimoso humor, y decir: Ya, Señor, veo, que de esta vez es llegado el fin de mi desdichada, y perseguida vida! Y pues conozco que esta es tu voluntad, tambien es la mia: yo moriré contenta de que no la debo, y de que aqui tendrán fin mis persecuciones, y con una muerte escuso tantas como cada dia padezco; y asi mi desengaño sea mi silencio, porque deseo morir, sin contradecir à lo que dispones. A este tiempo, ya el Emperador ciego de ira, habia mandado lla-

mar el Governador, que venido, mandó que tomasen à aquella muger, asi desnuda como estaba, y la llevasen à la misma parte donde la habian hallado, y allí le cortasen la cabeza, y que ella, y la mano se pusiesen en el mismo camino, con letras que dixesen su delito; y dando orden, que se enterrase el Principe, él, y la Emperatriz se retiraron à llorar la muerte del amado hijo. Sacaron à la hermosa Reyna, asi desnuda como estaba, del Palacio, y por llegar mas presto (como hasta la parte dicha habia media legua) la entraron en un coche, y tambien porque no la mirasen los Ciudadanos, que dando voces andaban como locos, lamentando la muerte de su Principe antes de executar la justicia; y como la vana ostentacion del mundo, hasta en los cuerpos sin alma se guarda, no pudo ser el entierro del niño tan presto, que primero no llegasen con la hermosa Señora al lugar del suplicio: luego que estuvieron en él, sacandola del coche, atadas las manos la pusieron en mitad de aquel campo, en medio de un armado esquadron, para que todos los que la seguian la viesesen, mientras se levantaba un alto cadahalso, donde se habia de executar la justicia, que muchos oficiales armaban à gran priesa. Estaba la inocente, y mansa cuerilla cercada de carniceros lobos con los llorosos ojos, miran-



rando con la prisa que se disponia su muerte: llamaba muy de veras à Dios, ofreciendole aquel, y los demás martirios, que habia padecido, y el traydor Federico, y su compañero entre la gente, mirando lo que tanto deseaban, quando baxando Beatriz los ojos del Cielo, donde los tenia puestos, y estendiendo la vista por el campo, vió venir rompiendo por el tumulto de la gente à largo paso à su defensora, y amiga, aquella hermosa Señora, que la habia dado su favor en tantos peligros como se habia visto, que como llegó le dixo: En estas ocasiones Beatriz, se conocen las verdaderas amigas, y desatándole las manos, tomandola por una de ellas, por entre toda la gente paso à paso la sacó de entre todos, hallandose Beatriz à este tiempo con los mismos vestidos, que salió de su casa, y se le habian quedado en el Palacio del Emperador, y llevóla muy distante de allí, poniendola entre unas peñas muy encubiertas, à la boca de una cueva, que junto à ella habia una cristalina, y pequeña fuentecilla, y del otro lado una verde, y fructuosa palma cargada de los racimos de su sabroso fruto; y como llegó allí le dixo la hermosa Señora: Entra Beatriz dentro de esa cueva, que esta ha de ser tu morada, hasta que sea tiempo, en ella hallarás lo que has menester, que quiere Dios que por ahora no comuniques

con mas gente, que con las bolidoras aves, y simples conejuelos, y sueltos gamos, donde te hallarás mejor, que con los hombres: vive en paz, ama la virtud, y encomiendate à Dios, y acuerdate de mí, que soy la que te ha sacado del aprieto en que te has visto. Ay Señora! Dixo Beatriz, arrodillandose à sus pies) No os vayais sin decirme quien soys, para que sepa à quien tengo de agradecer tantas mercedes, que olvidarme de vos es imposible. Aun no es tiempo, que lo sepas; y diciendo esto se fue con notable ligereza, dexando à Beatriz absorta, siguiendo con los ojos sus pasos, y con el sentimiento, que todas las veces que se apartaba de ella quedaba, y quando la perdió de vista, se levantó, y entró en la cueva, la qual no tenia de hueco mas de algunos veinte pasos, toda era labrada en la misma peña. A un lado de ella estaba una Cruz grande, labrada de dos maderos, con mucho primor, y curiosidad, y del clavo de los pies, y de los que tenia en los brazos, estaba colgado un Rosario, y unas disciplinas, y al pie un pequeño lio, en que estaba un habito de gerga con su cuerda, y una toca de lino crudo, y sobre el lio unas Horas de Nuestra Señora, y otras oraciones en romance, un libro grande de vidas de Santos, y enfrente de esta unas pajas, donde podia caber su cuerpo,

po,

po , que à lo que la santa Reyna juzgó parecia haber sido morada de algun penitente , que habia trocado esta vida llena de penalidades à la eterna ; la qual viendo esto , desnudandose el vestido , haciendo de él un lio le puso à un lado de la cueva , y vistiendose el grosero saco , ciñendose la cuerda , y cubriendo el dorado cabello con la cruda toca , se sintió tan gozosa como si estuviera en el Palacio de su padre , ò esposo , no echando menos , con el alimento , que en la verde palma , y clara fuentecilla halló , los regalados manjares de la casa del Duque , ni Palacio del Emperador. Dexe-mosla aqui comunicando à todas horas con Dios à quien daba muchas gracias , junto con su Santa Madre , de haberla sacado de entre los trafagos , y engaños del mundo , pidiendoles que antes , que se muriese supiese quien era aquella hermosa , y piadosa Señora , que la habia librado tantas veces de la muerte , y trahidola à tan sosegada vida , unos ratos orando , y otros leyendo. Bolvamos al lugar del suplicio , y à la Corte del Emperador , que no hay poco que decir de ellos. Acab se de levantar el cadahalso , que porque fuese mas bien vista su muerte se mandó hacer ; y queriendo para executar la justicia llevar à él à Florinda , que asi la llamaban todos , como à un tiempo fue el ir por ella , y el llevar-sela su defensora , y vieron que de-

lante de los mismos ojos faltaba , quedaron los engañados ministros tan asombrados , como quando el caminante , que en noche muy obscura caminando de repente se le ofrece à la vista un repentino relampago , que dexandole deslumbrado , no sabe lo que le ha sucedido : asi quedaron los que al tiempo de asir de Florinda , se hallaron sin ella , mirando à una parte , y à otra , por ver por donde se habia ido , no quedando menos admirados , que los demás Federico , y el Doctor , no pudiendo imaginar donde se hubiese ido : unos decian , aqui estaba ahora ; otros , mirandola , sin apartar los ojos de ella , se me ha desaparecido de ellos. Estos le llamaban milagro , y aquellos encantamiento ; solo el Doctor , que era el que mas espantado estaba , de que de su saber se le encubriese , dixo à Federico : Qué nos cansamos , que mientras esta sombra se la hicierre à esta muger , no hemos de tener poder contra ella. Pues estando de esta suerte , sin saber qué hacerse , ni que disculpa darian al Emperador , vieron venir à mas correr de un cavallo un Cavallero de Palacio , dando voces ; Que si no estaba executada la justicia , se suspendiese , y diesen buelta con Florencia à Palacio , que asi lo mandaba el Emperador : que como llegó le dixo al Governador lo mismo , y como al tiempo de llevar à sepultar al Principe

con

con general ~~gratificación~~ de todos, habia resucitado, levantandose sano, y bueno, diciendo à voces: No maten à Florinda, que no me mató Florinda, antes por Florinda tengo vida; trayganme à Florinda, vayan presto, no la maten, que está inocente, que no me mató, sino un traydor por hacerle mal à ella.

Nuevas admiraciones causaron estas nuevas, y viendo que no parecia, ni por bueltas que dieron por el campo no la hallaban, bolvieron à dar cuenta al Emperador de todo, que fue tanto, y tan grande su sentimiento, de que no pareciese, como si la hubieran muerto; y mas viendo que el niño lloraba tanto por ella, y decia, que sin Florinda no queria vivir. Ida la gente quedaron solos Federico, y el Doctor, à quien dixo el Principe: Qué me dices de tales sucesos como estos, Doctor amigo? Qué quieres que te diga, sino que tengo agotado el entendimiento, deshecha, y deslucida la sabiduria, por ver lo que pasa; y que à mí, que no se me encubre quanto pasa en el mundo, y aun lo que en las profundas cabernas del Infierno hay, lo miro, y juzgo, como si estuviera en cada parte, no puedo alcanzar este secreto, ni en qué virtud se libra esta muger de tantos peligros como la ocasionamos tu, y yo, que no sé, aunque mas lo procuro, si en virtud de Dios, ó de algun demonio se ha-

ce esto. Mirandola estaba, quando se desapareció, y no ví mas de que la encubrieron, sin saber quien, ni por ahora alcanzo donde está; solo sé que la hemos de bolver à ver, mas entonces será con gran riesgo de los dos, y ahora es menester, que de nuevo tornemos tu, y yo à prometernos, y no apartarnos el uno del otro en ningun tiempo, ni ocasion; porque unidas nuestras fuerzas no le basten las tuyas contra nosotros, y que demos la buelta à Ungria, por aliviar la pena que tu hermano, y todo el Reyno tiene por tí, y allí obraré con mas fuerza, y sosiego de mis encantos, para ver si pudiésemos obrar contra ella, antes que ella contra nosotros; y en caso que no se pueda hacer, será lo mas acertado, quitar à tu hermano la vida con alguna confeccion que le demos, que siendo tu Rey, poco podrá contra tí. Parecióle bien à Federico el consejo del Doctor, y dandole de nuevo palabra de no apartarle de sí en ningun tiempo, ni de noche, ni de dia, se fueron donde habian dexado los criados, y de allí à Ungria, donde hallaron al Rey bien penado por no saber nuevas de su amado hermano, y todo el Reyno muy triste, no sabiendo de su Principe, y por su venida hicieron grandes fiestas, que como el Rey no se queria casar, tenían todos puestos en él los ojos; y aunque le conocian mal inclinado, era en  
fin



fin hijo de su Rey, y hermano del que tenían. Ocho años estuvo Beatriz en la cueva, sin que el mal Doctor pudiese en todos ellos descubrir donde estaba, y ella tan contenta en aquella morada, gozando tan quieta, y pacífica vida, que ya no se le acordaba del Reyno; ni esposo, sin que persona humana viese sus ojos en todo este tiempo. Toda su compañía eran simples conejuelos, y medrosos gamos, con tier-nas cervatillas, que estaban tan hallados con ellas, que se le venían à las manos, como si fueran mansos cachorrillos, gozando de la alegre musica de las aves, con quienes se deleytaba, y entrete-nia; solo sentia mucha pena, de no haber visto en todos estos años su amada amiga, y defensora, aquella hermosa Señora, à quien tanto debia, que casi amára el verse en peligro, por bolver à gozar de su vista: quando una ma-ñana, al empezar à reir el Alva, estando durmiendo, se oyó lla-mar de la misma suerte, que quan-do estaba sin ojos entre las peñas, diciendole; Dios te salve, Bea-triz amiga: à cuya voz abriendo los soñolientos ojos, vió junto à sí à su querida, y amada defen-sora, y levantandose despavori-da y alegre, se arrodilló delante de ella diciendo con lagrimas de alegria: Ay, Señora mia! y qué largo tiempo ha que no os veo! Cómo os habeis olvidado de mí, sabiendo, como quien tanto

sabe, las ansias que por veros he tenido? Decidme: Cómo no me habeis venido à ver? que à saber yo donde os pudiera hallar, no me hubiera detenido en buscaros. Yo, respondió la Señora, nun-ca me olvido de quien verdade-ramente me ama; que aunque tu no me has visto, yo te he visto à tí; mas como hasta ahora no te has visto con necesidad de mi fa-vor, no he venido à que me veas; y porque ya es tiempo, que los deseos que tienes de saber quien soy se cumplan, antes de decirte à lo que vengo, quiero que me conozcas, y sepas que soy la Madre de Dios. En diciendo es-to, como ya era la voluntad de Dios, y suya, que la conociera, al punto en el diafano manto azul, que aunque de este color, mas era Sol, que manto, en los encontornos de la plateada Luna, en la Corona de Estrellas, en el clarísimo resplandor de su Divi-no, y Sagrado Rostro, en los Angelicos Espiritus, que la cer-caban, conoció Beatriz aquella So-berana Reyna de los Angeles, Madre de Dios, y Señora nuestra, que puestos los ojos en ella, así como estaba de inojos, se quedó inmovil, y elevada gran rato, ab-sorta en tan gloriosa vista. Goce Beatriz este favor tan deseado, mientras que yo pondero este misterioso suceso; y digo, que es gran prueba de nuestra razon, la que sucedió à esta hermosa, y perseguida Reyna, que para defen-

fenderse de la lasciva crueldad de un hombre, no le bastase su santidad, su honestidad, con todas las demás virtudes que se cuentan, que era dotada; ni con su divino, y claro entendimiento disimular, y zelar el amor, de que tantas veces, y en tan varias ocasiones se habia dado por desentendida, ni el escusarse, de que hallase en ella mas cariño, ni agrado, quando le escribió el papel; ni tenerle el tiempo, que estuvo en la jaula de hierro: nada bastó contra la soberbia, è ira de este hombre, sino que sea menester todo el favor, y amparo de la Madre de Dios. Ha, hermosas Damas, si considerais esto, y qué desengaño para vuestros engaños! El poder de la Madre de Dios es menester para librar à Beatriz de un hombre, resistiendose, apartandose, disimulando, prendiendo, y trás todo esto no se puede librar de él, si la Madre de Dios no le libra. Qué esperais vosotras, que los amais, que los buscáis, lo creeis, que os quereis engañar? Porque lo cierto es, que si fuéramos por un camino, y vieramos, que quantos han caminado por él han caido en un hoyo, que tiene en medio, y viendo caer à los demás, nosotras fuésemos à dar en él de ojos, sin escarmentar de ver caer à otros; qué disculpa podemos dar, sino que por nuestro gusto vamos à despeñarnos en él? Veis la parienta burlada, la amiga perdi-

da, la Señora deshonrada, la plebeya abatida, la muger muerta à manos del marido, la hija por el padre, la hermana por el hermano, la dama por el galan; y finalmente veis, que el dia de hoy el mayor honor, y la mayor hazaña de que se precian los hombres es de burlaros, y luego publicarlo, y decir mal de vosotras, sin reservar ninguna, sino que en comun hacen de todas una ensalada, y no tomareis exemplo las unas en las otras? Para qué os quexais de los hombres, pues conociendolos os dexais engañar de ellos, fiandoos de quatro palabras cariñosas? No veis que son pildoras doradas? No considerais, que à las otras que burlaron, dixeron lo mismo, que es un lenguaje, estudiado, con que os están vendiendo un arancel, que todos observan; y apenas os pierden de vista, quando, aunque sea à una fregatriz, le dicen otro tanto? Y lo que mas habiades de sentir es, quando juntos en corrillo dicen, que os hallan tan à la mano, que vosotras mismas los rogais, y que hallan mugeres á quarto de castañas, ò à este papel de à quarto. No os afrentais de esto? No os caeis muertas de sentimientos? Pues de mí digo, que con no ser comprendida en estas leyes, porque ni engaño, ni me pongo en ocasion, que me engañen, ni he menester los desengaños, me afrento de manera, que quisiera ser poderosa de  
to-

todas maneras , para apartaros de tal vicio , y para defenderos de tales desdichas. Y qué nada os obligue à vosotras para libraros de ellas? Pues mirad , como esta Reyna , que pues merecia tener el favor de la Madre de Dios , buena era : pues si siendo buena , tuvo necesidad , de que la Madre de Dios la defendiese de un hombre ; vosotros en guerra de tantos ; y sin su favor , cómo os pensais defender? Bolved , bolved por vosotras mismas , ya que no estimais la vida , que à cada paso la poneis en riesgos ; estimad el honor , que no se que muger duirme sosegada en su cama , sabiendo , que en los corrillos están diciendo mal de ella , los mismos , que debian encubrir su falta , habiendo sido instrumentos de que cayese en ella ; que en las pasadas edades , mas estimacion se hacia de las mugeres , porque estas la tenian de sí mismas , y entonces como les costaban mas , las aplaudian mas , y los Poetas las alababan en sus versos , y no las ultrajaban como ahora , que no se tiene por buen toreador , el que no hincan su rexon. Ahora bolvamos à Beatriz , que la dexemos elevada , y absorta en aquella divina vista , que en lo demás , yo pienso que me canso en valde ; porque ni las mugeres dexarán de dar ocasion para ser deshonoradas , ni los hombres se escusarán de tomarla , porque à las mugeres les huele mal el honor , y à los

hombres el decir de ellas bien , y asi anda todo de pie quebrado : es la gracia , que tienen todos , y todos los texados de vidrio , y sin temer las pedradas , que darán en el suyo , están tirando pedradas à los demás ; y de lo que mas me admiro , es del animo de las mugeres de esta edad , que sin tener el favor , y amparo de la Madre de Dios , se atrevan à fiarse del corazon de los hombres , bosques de espesura , que asi los llamó el Rey D. Alonso el Sabio , en lo verdadero , y el Dios Mo.no en lo fabuloso , donde no hay sino Leones de crueldades , Lobos de engaños , Osos de malicias , y Serpientes de iras , que siempre las están despedazando el honor , y las vidas , hartando su hambre , y sed rabiosa en sus delicadas carnes ; que bien delicada es la vida , y bien debil el honor , y con ver salir à las otras despedazadas , se entran ellas sin ningun miedo en ellas. Pues , como digo , estaba Beatriz arrodillada , y tan fuera de sí , mirando aquella Divina Señora , de quien tan regalada se hallaba , que se estuviera asi hasta el fin del Mundo , si la Santisima Virgen no le dixera : Buelve en tí , amiga Beatriz , que es ya tiempo , que salgas de aqui , y vayas à bolver por tu honor , que aunque padeces sin culpa , eso , y tu paciencia es bastante para darte el premio de tus trabajos , quiere mi hijo , que sus esposas tengan buena fama , y por eso à muchas,



chas, á quien el mundo se le ha quitado; aun despues de la ultima jornada de él, permite, que con averiguaciones bastantes, como las que se hacen en su Canonizacion, se la vuelva el mismo, que se le ha quitado; mas de tí quiere que tu la restaures, y quites á tu mismo enemigo el peligro, que tiene de condenarse; y á tu esposo, y padres, juntos con los dos Reyes de Inglaterra, y Ungria, la mala opinion, en que te tienen. Toma este vestido de varon, y ponte, dexando ahí los dos, que te han servido en tus penas, è inquietudes, y estas yervas. Diciendo esto, le dió el vestido, y una cestilla de unas yervas tan frescas y olorosas, que bien parecia, que las trahia aquella, que es vergel cerrado, y oloroso; y prosiguió diciendo: Estas no se te marchitarán jamás, sino que siempre las hallarás como te las doy: vete á Ungria, donde por voluntad, y permission de mi Hijo, todos padecen de una cruel peste, que ha dado, tal, que no vale la diligencia de los Medicos humanos para reservar á los tocados de ella de la muerte: solo á tí, por medio de estas yervas es otorgado el poder; mas ha de ser de este modo, que el herido de este mal, que quisiere ser sano, se ha de confesar de todos sus pecados, sin reservar ninguno por feo que sea delante de tí, y otra persona, que tu señalares: y hecho esto, habiendo

sacado el zumo de esta yerva le darás á beber una sola gota, con que al punto quedará sano: mas advierte, y así lo hagas tu á los que curares, que en dexando de confesar algun pecado, ò por verguenza, ò malicia, al punto que beba el salutifero, y suave licor, le será riguroso veneno, que le acabará la vida con gran peligro de su alma. Levantóse Beatriz oído esto, y quitandose el saco de gerga, se vistió el vestido, y llevando el arreo, que se quitaba, á la cueva, le puso en el lugar que la habia hallado; y despidiendose de aquella morada con tierno sentimiento, tomó su cestilla, y en compañía de su gloriosa Defensora, que tomandola por la mano la sacó de entre las peñas, y la puso en el camino, enseñandola por donde habia de ir, y abrazandola, y dandola su bendicion; y ella arrodillada con muchas lagrimas, por apartarse de aquella celestial Señora le besó los pies con tal sentimiento, que no se quisiera quitar jamás de ellos, pidiendole, que siempre la amparase: y la Santisima Virgen, ya que se queria partir, le dixo: Anda hija, con la bendicion de Dios, y mia, y sanarás á todos los que hicieren lo que he dicho, en el nombre de Jesus, mi amado hijo: y dexandose así arrodillada se desapareció; quedando la santa Reyna tan enternecida, de que se hubiese partido de ella, que no

no acertaba à levantarse, ni quitar la boca del lugar adonde habia tenido sus gloriosos pies; y así estuvo un buen espacio, hasta que viendo ser justo obedecer lo que le habia mandado, se levantó, y empezó à caminar; que como fuese entrando por el Reyno de Ungria, era cosa maravillosa de ver la gente que sanaba, así de un sexo, como del otro; tanto que à pocos dias bolaba su fama por todo el Reyno, llamandole el Medico milagroso, hasta que llegó à la misma Ciudad donde asistia la Corte, la qual halló en mas aprieto, que las demás que habia andado, tanto porque como allí era mas gente, y el mal estaba apoderado de los mas, quanto porque estaba herido de él el Principe Federico; tan malo, que no se tenían esperanzas de su vida, por no aprovecharle los remedios que los Medicos le hacian; y como no habia otro heredero, el Rey, y el Reyno estaban muy penados. Empezó Beatriz à hacer sus milagrosas curas, sanando à tantos con ellas, que apenas la dexaban hora para dar algun reposo à su cuerpo, y junto con esto, à no hablarse de otra cosa, sino de el Medico milagroso; unos creyendo ser algun Santo, y otros teniendole por algun Angel, de suerte, que llegaron las nuevas al Rey, que afirmandole todos los que lo sabían que sanaban à tantos, deseoso de la vida de su amado hermano, embió por él, y venido

le prometió grandes mercedes si le daba salud. Vamos adonde está respondió Beatriz, que como el Principe haga lo que los demás hacen, sanará sin duda. Oído esto por el Rey, la tomó por la mano y la entró, adonde estaba Federico en el lecho tan malo, y debilitado, que parecia que apenas duraria dos dias. Tenia à la cabecera à su Magico Doctor, y amigo, que de dia, ni de noche se apartaba de él, y si bien habia ya hecho las prevenciones que todo Christiano debe hacer para partir de esta vida, habian sido tan falsas, como quien habia prometido à su Doctor no decir, ni aun al Confesor el secreto que los dos sabian. Pues viendole el Rey tan fatigado, le dixo: Animo, amado hermano mio, que aqui tienes el milagroso Medico, que te dará, con el favor de Dios, la vida, como la ha dado à quantos en todo el Reyno padecian de este mal. Alentóse Federico, y poniendo en Beatriz los ojos, le dixo: Haz tu officio Doctor, que si me sanas, te prometo de hicerte el mayor Señor de Ungria. Hemos menester, dixo à esta sazón el Magico, saber en qué virtud curas, si es por ciencia, ó por yervas, ó palabras? Pues tú, respondió Beatriz, que tanto sabes, ignoras en que virtud curo? En la de Dios, que puede mas que no tu falsa magica. Calló el Magico, oído esto, y Beatriz bolviendose à Federico, le dixo: Sa-

bes Principe lo que has de hacer, para que te aproveche el remedio que te he de dar? No, dixo Federico. Advierteme de todo, porque no pierda la cura, por ignorar lo que se ha de hacer. Pues tú has de confesarte de todos tus pecados, sin dexar ninguno, por verguenza, ni malicia delante del Rey tu hermano, y de mí: mas mira Principe lo que haces, que si no te confiesas de todo, y te queda alguno, en lugar de vivir, morirás. Gran misterio de Dios, que estaba hablando con los mismos que la perseguian, sin ser conocida de ninguno, ni del Magico menos! Pues viendo Federico, que habia nombrado al Rey, buelto à su Doçtor, le dixo: Ya ves Doçtor, que no puede ser menos: dá lugar para que haga lo que este buen hombre dice que he de hacer. Rióse el Doçtor, y bolviendose à Federico, le dixo: Pues cómo Principe ya te olvidas, que me tienes prometido, como quien eres, de no apartarte de mí? Será justo, que un Rey quiebre su palabra? Segun esto, ni yo puedo irme, ni tu embiarme. Mire esto hombre como ha de ser, que menos que hecho pedazos no cederé del derecho que tengo à tu promesa. Mudo quedó Federico, sin saber que responder à lo que el Doçtor decia, viendo que decia verdad. A lo que Beatriz respondió, inspirada del Cielo: Estate quedo engañador, no te vayas, que poco importa que estés pre-

sente, pues tu siempre lo estás à todo; mas por esta vez no te valdrán tus astucias, ni saber, que hay quien sabe mas que tú. Con esto sentandose el Rey, y Beatriz, y el Doçtor, Federico se confesó de todos sus pecados, excepto de las trayciones tocantes à la Reyna, estando muy contento el Magico, viendo como observaba el Principe lo que le tenia prometido, que como acabó, y dixo que no tenia mas que decir, viendo Beatriz que era diferente, le dixo: No tienes mas que decir? No, dixo Federico. No? Replicó Beatriz. Pues mira lo que haces hasta darte el licor, yo te lo daré, que en esta vasija le tengo; mas advierte, que si te dexas alguna cosa, por minima que sea, en el mismo punto que le bebas, no solo perderás la vida, mas tambien el alma. Tembló, oyendo esto Federico, y bolviendose al Rey le dixo: Hermano mio, prometedme, como Rey, perdonarme lo que hubiere cometido contra vos, y otorgadme la vida, que menos que con esto no puedo hacer lo que este buen hombre pide. Yo, hermano amado, dixo el Rey, os perdono, aunque hubierades tratado de quitarme la vida, y os otorgo la vuestra, y quiera Dios, que obrando este milagroso remedio, le tengais por muchos años. Pues Doçtor amigo, dixo Federico, buelto al Magico, perdona, que morir, y condenarme son dos males terribles:



bles: y no es razon, que por guardarte à tí la promesa que te hice, loco; pierda la vida del alma, y cuerpo, quando estoy cuerdo. De esa manera cumples lo que prometes? Dixo el Magico. Qué esperanzas darás à tus subditos para quando seas Rey? Y yo me quedaré de tí, y te infamaré por todo el Mundo de perjuro. Mas importa el alma, y la vida, dixo Federico; y sin aguardar à mas preguntas, ni respuestas, declaró todo lo que tocaba à la Reyna, diciendo, como habia sido quien la habia enamorado, y perseguido, y como ella por librarse de él, le habia encerrado en la jaula de hierro; como habia fingido con el saber del Doçtor las cartas, estando en la casa del Duque; como la habia querido forzar antes de matarla en la fuente; como le habia muerto el niño Principe en casa del Emperador; y como estando para degollarla se habia desaparecido; lo que habia oído del Cavallero de casa del Emperador, que habia venido à que no se executase la justicia, porque el niño habia resucitado; como la habia hallado con los ojos, siendo cierto, que los Monteros se los habian sacado, y como por mas que habian procurado saber que se habia hecho, no lo habian podido alcanzar, ni el Doçtor con su saber, ni él con sus diligencias; como tenian intencion de matar al Rey, porque si en algun tiempo pareciese, no los castigase. Fi-

nalmente no dexó cosa que no la descubriese, lo que visto por Beatriz, dandole la abujeta del licor, al punto quedó sano; y como el Rey, que atento estaba à lo que su hermano decia, se enteró de la inocencia de la Reyna, y lo que habia pasado de trabajos, y persecuciones; y no supiese donde la hallarian para pedirle perdon, y bolverla al estado que merecia, llorando, y gignamente, le dixo: Ay Federico! (que no te quiero llamar hermano, que no han sido tus obras de serlo.) Y como fuiste cuerdo en peligrar la vida, que à no habertela prometido, una muerte fuera pequeño castigo; que si pudiera darte mil no lo dexára por ningun peligro que me pudiera venir! No parezcas, mientras yo viviere, ante mis ojos, que no quiero ver con ellos la causa de las lagrimas que están vertiendo los mios. Ay mi amada Beatriz! Y como, si considerandote culpada, aun no ha entrado alegria en mi triste corazon, por haber perdido tu amada compañia; cómo desde oy moriré viviendo, sin que estas lagrimas que vierto, jamás se enjugen de mis penosos ojos! Ay santa martyr! Perdona mi mal juicio, en dar credito contra tu virtud à tal traicion: mas cómo no me habia de engañar, si mi proprio hermano te desacreditaba con tan aparentes maldades? Decia el Rey estas lastimas con tanto sentimiento, que viendo

Beatriz que ya era tiempo de darse à conocer , le dixo : Sosiegate Ladislao , no te desconsueles tanto , que aqui está Beatriz : que yo soy la que tantas deshonras , y desdichas ha padecido , y por quien tus ojos están vertiendo esas lagrimas. Apenas la Reyna dixo esto , quando se vió , y la vieron todos con los Reales vestidos que sacó de Palacio , quando la llevaron à sacar los ojos , y se habia quedado en la cueva , sin faltar ni una joya de las que le quitaron los Monteros , tan entera en su hermosura , como antes , sin que el Sol , ni el ayre , aunque estuvo ocho años en la cueva , la hubiese ajado un<sup>h</sup> minuto de su belleza. Viendo todos quantos en la sala estaban , que eran muchos , por quanto al llantó que el Rey hacia , habian entrado todos los Cavalleros que fuera estaban creyendo que Federico habia muerto : como la Madre de Dios , Reyna de los Angeles , y Senora nuestra , tenia puesta su Divina mano sobre el hombro derecho de la hermosa Reyna Beatriz , à cuya Celestial , y Divina vista , el Doctor , que sentado en una silla estaba cerca de la cama de Federico , dando un gran estallido , como si un tiro de artilleria se disparára , daba grandes voces , diciendo : Venciste Maria , venciste , ya conozco la sombra que amparaba à Beatriz , que hasta ahora estuve ciego. Desapareció dexando la silla llena de espeso humano,

siendo la sala un asombro , un caos de confusion ; porque à la parte que estaba Beatriz con su Divina Defensora , era un resplandeciente Paraíso , y à la que el falso Doctor , y verdadero Demonio , una tiniebla , y obscuridad. Arrodillóse el Rey , y Federico , que ya habia saltado de la cama , à los pies de Beatriz , y todos quantos estaban en la sala , de la misma suerte , besandole los pies , y la tierra en que los tenia. Quien oyera à Ladislao , las ternezas que le decia , pidiendola perdon del descredito que contra su virtud habia tenido ! Quien viera à Federico , suplicandola le perdonase , confesando à voces su traicion ? Quien mirára à sus Damas , que à las voces , y tronidos del Demonio habian salido con tiernas lagrimas , besandole , unas las manos , y otras las ropas ; y todos con tanto contento , quanto habia sido la pena que habian tenido de sus desdichas ; no hay que decir , sino que parecia un genero de locos de contentos. Levantólos Beatriz , à su esposo , y cuñados juntos , abrazandolos de la misma suerte , y luego à todos los demás , uno por uno. Salió la voz de la venida milagrosa de la Reyna , sabiendose como era el Doctor que habia dado la vida à todos , y corrian como fuera de juicio à Palacio , tanto , que fue necesario que saliese donde de todos fuese vista , porque daban voces , que les dexasen ver su Reyna , que asi como

mo

mó la dexó entre el concurso dicho, la Reyna del Cielo habia desaparecido. Bien quisiera Ladislao tornar à gozar entre los hermosos brazos de su esposa, las glorias que habia perdido en su ausencia; mas ella no lo consintió, diciendo, que ya no habia Reyno, ni esposo en el Mundo para ella, que al Esposo Celestial, y al Reyno de la Gloria solo aspiraba: que no la tratase de bolver à ocasionarle mas desdichas de las padecidas: y como esta debia de ser la voluntad Divina, no la replicó mas el Rey, ni trató de persuadirlo lo contrario; porque inspirado de Dios, se determinó à seguir los pasos, y camino de Beatriz, que sin querer hacer noche en Palacio, llevando consigo todas sus Damas, que quisieron ser sus compañeros, se fue à un Convento, donde tomaron todas el habito de Religiosas, dandole licencia el Rey para ello, donde vivió santamente, hasta que fue de mucha edad. El Rey Ladislao embió luego à Inglaterra las nuevas con Embaxadores fidedignos, embiando por la Infanta Isabela para muger de Federico, que era hermana de Beatriz, que quando ella vino à Ungria era niña, y no menos hermosa, que su hermana. que los Reyes sus padres quisieron traer ellos mismos, por ver de camino à Beatriz, y venidos se celebraron las bodas de Federico, y la Infanta Isabela, con gran-

des fiestas de los dos Reynos, que acabadas, antes que los Reyes de Inglaterra se bolviesen, el Rey Ladislao traspasó, y cedió el Reyno à su hermano: y habiendole dado la investidura, y jurado los vasallos, tomó el habito del glorioso San Benito, donde siguiendo los pasos de su santa esposa, fue à prevenirse el lugar en el Cielo. Habiendo vivido santamente, murió muchos años antes que Beatriz, la qual antes de su muerte escribió ella misma su vida, como aqui se ha dicho, con nombre de desengaño pues en él ven las Damas lo que deben temer; pues por la crueldad, y porfia de un hombre, padeció tantos trabajos la Reyna Beatriz, que en toda Italia es tenida por santa, donde ví su vida manuscrita, estando allá con mis padres. Y advierto esto, porque si alguno hubiere oido algo de esta Reyna, será como digo; mas no impresa, ni manoseada de otros ingenios; y como se ha propuesto, que estos desengaños han de ser sobre casos verdaderos, fuerza es, que algunos los haya oido en otras partes; mas no como aqui va referido.

Con tanto gusto escuchaban todos el desengaño, que Doña Estefania refirió, que aunque largo, no causó hastio al gusto, antes quisieran que durára mas, qui si bien Don Diego por llegarse à ver dueño de la belleza de Lisis, deseada tan largo tiempo, qui-



siera que los desengaños de aquella noche fueran mas cortos; las dos desengañadoras, como era la penultima, de proposito los previnieron mas largos, y no le hacian poco favor en dilatarle la pena, que por lugar de gusto le estaba prevenida por fin de la fiesta, que en esta penosa vida no le hay cumplido; porque como nos vamos acercando mas al fin, como el que camina, que andando un dia una jornada, y otro dia otra, viene à llegar al lugar adonde enderezó su viage; asi este triste mundo va caminando, y en las desdichas que en él suceden, parece que se va acercando à la ultima jornada. Pues viendo Doña Isa-

bel, que la discreta Lisis trocaba asientos con Doña Estefania, por ser la penultima, que habia de desengañar, cantó sola este Soneto, de un divino entendimiento de Aragon, hecho à una Dama, à quien amaba por fama, sin haberla visto, y ella se escusaba de que la viese, por no desengañarle del engaño, que podia padecer en su hermosura; si bien le desengañaba por escrito, diciendole, que era feo, por quitarle el deseo, que tenia de verla, que se le habia dado Lisis à Doña Isabel, para que le cantase en esta ocasion, por no darle fin tragico, aunque el Heroe que le hizo le merecia por haberse embarcado en el Leteo.

*Amar sin ver, facilidad parece,  
Que contradice efectos al cuydado;  
Pero quien de el ingenio se ha pagado,  
De mas amante credito merece.*

*El que à la luz que el tiempo desvanece  
Solicita lascivo el dulce agrado,  
Apetito es su amor, que desdichado  
Con el mismo deleyte descaece.*

*Amarilis, si viendo tu hermosura,  
Rindiera su beldad tiernos despojos,  
Sujetára à los años mis sentidos.*

*Mi amor, porcion del alma se asegura,  
Y huyendo la inconstancia de los ojos,  
Se quiso eternizar en los oidos.*

## DESENGAÑO X.

### ESTRAGOS QUE CAUSA EL VICIO.

#### NOCHE DECIMA.

**Y**A quando Doña Isabel acabó de cantar, estaba la divi-

na Lisis sentada en el asiento del desengaño, habiendola honrado

to-

todos quantos habian en la sala, Damas, y Cavalleros, como à Presidente del Sarao, con ponerse en pie, haciendo la cortés reverencia, hasta que se sentó, y todo lo merecia su hermosura, su entendimiento, y su valor: y habiendose buuelto todos à sentar, con gracia nunca vista, empezó de esta suerte,

Estareis, hermosas Damas, y discretos Cavalleros, aguardando à oir mi desengaño, con mas cuidado que los demás, por esperarle mejor sazonado, mas gustoso, con razones mas bien dispuestas; y habrá mas de dos, que dirán entre sí: Quando ha de desengañar la bien entendida, ò la bachillera, que de todo habrá; la que quiere defender à las mugeres, la que pretende enmendar à los hombres, y la que pretende, que no sea el mundo, el que siempre ha sido; porque los vicios nunca se envejecen, siempre son mozos, y en los mozos de ordinario hay vicios: los hombres son los que se envejecen en ellos, y una cosa à que se hace habito, jamás se olvida: y yo como no traygo proposito de canonizarme por bien entendida, sino por buena desengañadora, es lo cierto, que ni en lo hablado, ni en lo que hablaré, he buscado razones retóricas, ni cultas; porque además de ser un language, que con el extremo posible aborrezco, querria que me entendiesen todos, el culto, y el lego; porque como to-

dos estan ya declarados por enemigos de las mugeres, contra todos he publicado la guerra, y así he procurado hablar en el idioma, que mi natural me enseña, y aprendí de mis padres, que lo demás es una sofistería, en que han dado los Escritores por diferenciarse de los demás: y dicen à veces cosas, que ellos mismos no las entienden, cómo las entenderán los demás, sino es diciendo, como algunas veces me ha sucedido à mí, que cansado el sentido, por saber que quiere decir, y no sacando fruto de mi fatiga, digo: Muy bueno debe de ser, pues yo no lo entiendo. Así noble auditorio, yo me he puesto aquí à desengañar à las Damas, y à persuadir à los Cavalieros; para que no las engañen: y ya que esto sea, por ser ancianos en este vicio, pues ellos son los maestros de los engaños, y han sacado en las que los militan buena disciplina; no digan mal de la ciencia que ellos enseñan. De manera, que aquí me he puesto à hablar sin engaño, y yo misma he de ser el mayor desengaño; porque sería morir del engaño, y no vivir del aviso, si desengañando à todas, me dexase yo engañar. Animo hermosas Damas. que hemos de salir vencedoras. Paciencia, discretos Cavalleros, que habeis de quedar vencidos, y habeis de juzgar à favor que las Damas os venzan. Este es desafío de una à todos, y de cortesia, por lo menos

me habeis de dar la victoria, pues tal vencimiento, es quedar mas vencedores. Claro está, que siendo como soys nobles, y discretos, por mi deseo, que es bueno, habeis de alabar mi trabajo, aunque sea malo, no embote los filos de vuestro entendimiento este parto pobre, y humilde mio: y asi, pues no os quito, y os doy, qué razones habrá para que entre las grandes riquezas de vuestros heroycos discursos no halle lugar mi pobre jornalejo? Y supuesto, que aunque moneda inferior, es moneda, y vale algo por humilde, no la habeis de pisar luego, si merece tener lugar entre vuestro grueso caudal; ya os venceis, y me haceis vencedora.

Veis aqui, hermosas Damas, como quedando yo con la victoria de este desafio, le habeis de gozar todas, pues por todas peleo. O quien tuviera el entendimiento, como el deseo, para saber defender à las hembras, y agradar à los varones! Y que ya que os diera el pesar de venceros, fuera con tanta erudicion, y gala, que le tuvierades por placer, y que obligados de la cortesia, vosotros mismos os rindierades mas. Si es cierto, que todos los Poetas tienen parte de divinidad, quisiera que la mia fuera tan del Em-pyreo, que os obligára, sin enojaros; porque hay pesares tan bien dichos, que ellos mismos se diligencian el perdon. De todas estas Damas habeis llevado la re-

prehension, temiendo, porque aun pienso que no estan bien desengañadas de vuestros engaños; y de mí la llevaréis triunfando; porque pienso que no os habré menester, sino para decir bien, ò mal de este Sarao, y en eso hay poco perdido, si no le vale, como he dicho, vuestra cortesia; que si fuera malo, no ha de perder el que le sacáre à luz, pues le comprarán, siquiera para decir mal de él; y si bueno, él mismo se hará lugar, y se dará el valor. Si le tuvieren por bachillería, no me negaréis, que no van bien trabajadas, y mas no habiendome ayudado del arte, que es mas de estimar, sino de este natural, que me dió el Cielo. Yo os advierto, que escribo sin temor; porque como jamás me han parecido mal las obras ajenas, de cortesia se me debe, que parezcan bien las mias, y no solo de cortesia, mas de obligacion. Dobleemos aqui la hoja, y vaya de desengaño, que al fin se canta la gloria, y voy segura de que me habeis de cantar la gala.

Estando la Catholica, y Real Magestad de Felipe Tercero, el año de mil seiscientos diez y nueve en la Ciudad de Lisboa, en el Reyno de Portugal, sucedió, que un Cavallero, Gentil-hombre de su Real Camara, à quien llamarémos Don Gaspar, ò que fuese asi su nombre, ò que lo sea supuesto, que asi lo oí, ò à él mismo, ò à personas, que le co-

no-



nocieron , que en esto de los nombres pocas veces se dice el mismo , que fue à esta jornada acompañando à su Magestad, galan , noble , rico , y con todas las partes que se pueden desear , y mas en un Cavallero , que como la mocedad trahe consigo los accidentes de amor , mientras dura su flor , no tratan los hombres de otros ministerios , y mas quando van à otras tierras estrañas de las suyas , que por ver si las Damas de ellas se adelantan en gracias à las de su tierra , luego tratan de calificarlas , con hacer empleo de su gusto , en alguna que los saque de esta duda. Así Don Gaspar , que parece que iba solo à esto , à muy pocos dias que estuvo en Lisboa , hizo eleccion de una Dama , sino de lo mas acendrado en calidad , por lo menos de lo mas lindo , que para sazonar el gusto pudo hallar ; y esta fue la menor de quatro hermanas , que con recato ( por ser en esto las Portuguesas muy miradas ) trataban de entretenerse , y aprovecharse ; que ya que las personas no sean castas , es gran virtud ser cautas , que en lo que mas pierden los de nuestra Nacion , tanto hombres , como mugeres , es en la ostentacion que hacen de los vicios ; y es el mal , que apenas hace una muger un yerro , quando ya se sabe , y à muchas que no lo hacen , se le acumulan. Estas quatro hermanas que digo , vivian en un quarto tercero de una

casa muy principal , y que los demás de ella estaban ocupados de buena gente , y ellas no en muy mala opinion ; tanto , que para que Don Gaspar no se la quitase , no la visitaba de dia , y para entrar de noche tenia llave de un postigo de una puerta trasera : de forma , que aguardando à que la gente se recogiese , y las puertas se cerrasen , que de dia estaban entrambas abiertas , por mandarse los vecinos por la una , y la otra , abria con su llave , y entraba à ver su prenda , sin nota , ni escandalo de la vecindad. Poco mas de quince dias habia gastado Don Gaspar en este empleo , sino enamorado , alomenos agrado de la belleza de su Lusitana Dama , quando una noche , que por haber estado jugando , fue algo mas tarde que las demás , le sucedió un portentoso caso , que parece fue anuncio de los que en aquella Ciudad le sucedieron , y fue , que habiendo despedido un criado , que siempre le acompañaba , por ser de quien fiaba entre todos los que le asistían à las travesuras de sus amores , abrió la puerta , y parandose à cerrarla por de dentro , como hacia otras veces , en una cueva , que en el mismo portal estaba , no trampa en el suelo , sino puerta levantada en arco , de unas verjas menudas , que siempre estaba sin llave , por ser para toda la vecindad , que en aquel cabo de la casa moraban , oyó unos ayes

den-

dentro tan baxos , y lastimosos, que no dexó de causarle por primera instancia algun horror, si bien ya mas en sí juzgó sería algun pobre , que por no tener donde alvergarse aquella noche, se habria entrado allí, y que se lamentaba de algun dolor que padecia. Acabó de cerrar la puerta, y subiendo arriba ( por satisfacerse de su pensamiento , antes de hablar palabra en razon de su amor ) pidió una luz , y con ella tornó à la cueva , y con animo, al fin como quien era, baxó los escalones, que no eran muchos, y entrando en ella , vió que no era muy espaciosa ; porque desde el fin de los escalones se podia bien señorear lo que habia en ella, que no era mas de las paredes ; y espantado de verla desierta, y que no estaba en ella el dueño de los penosos gemidos que habia oido, mirando por todas partes , como si hubiera de estar escondido en algun ahujero , habia à una parte de ella mullido la tierra , como que habia poco tiempo que la habian cavado, y habiendo visto de la mitad del techo colgado un garavato que debia de servir de colgar en él , lo que se ponía à remediar del calor, y tirando de él, le arrancó , y empezó à arañar la tierra, para ver si acaso descubria alguna cosa ; y à poco trabajo que puso, por estar la tierra muy movediza , vió , que uno de los hierros del gravato habia hecho presa, y se resistia de tornar à sa-

lir , puso mas fuerza y levantado àcia arriba , asomó la cara de un hombre , por haberse clavado el hierro por debaxo de la barba, no porque estuviese apartada del cuerpo , que à estarlo , la sacára de todo punto. No hay duda, sino que tuvo necesidad Don Gaspar de todo su valor , para sosegar el susto , y tornar la sangre à su proprio lugar , que habia ido à dar favor al corazon , que desalentado del horror de tal vista , se habia enflaquecido. Soltó la presa que se tornó à salir en la tierra , y allegando con los pies la que habia apartado , se tornó à subir arriba , dando cuenta à las Damas de lo que pasaba , que cuydadas de su tardanza le esperaban, de que no se mostraron poco temerosas , tanto , que aunque D. Gaspar quisiera irse luego , no se atrevió , viendo su miedo , à dexarlas solas ; mas no pudieron acabar con él , que se acostase, como otras veces , no de temor de el muerto , sino de empacho, y respeto ; que quando nos alumbran de nuestras ceguedades los sucesos ajenos , y mas tan desastrados, demasiada desverguenza es, no atemorizarse de ellos, y de respeto del Cielo ; pues à la vista de los muertos , no es razon pecar los vivos. Finalmente la noche la pasaron en buena conversacion , dando , y tomando sobre el caso , pidiendole las Damas modo , y remedio para sacar de allí aquel cuerpo que

es-

estaba lamentandose , como si tuviera alma. Era Don Gaspar noble , y temiendo no les sucediese à aquellas mugeres algun riesgo , obligado de la amistad , que tenia con ellas , à la mañana quando se quiso ir , que fue luego que la Aurora empezó à mostrar su belleza , les prometió , que à la noche daría orden para sacarlo de allí , y se le diese tierra sagrada , que eso debía de pedir con sus lastimosos gemidos ; y como lo dispuso , fue irse al Convento mas cercano , y hablando con el mayor de todos los Religiosos , en confesion le contó quanto le habia sucedido , que acreditó con saber el Religioso quien era , porque la Nobleza trae consigo el crédito ; y aquella misma noche del siguiente dia fueron con Don Gaspar dos Religiosos , y trahida luz , que la mayor de las quatro hermanas traxo , por ver el difunto , à poco que cavaron , pues apenas sería vara y media , descubrieron el triste cadaver , y sacandolo fuera , vieron que era un mozo , que aun no llegaba à veinte y quatro años , vestido de terciopelo negro , ferreruelo de bayeta ; porque nada le faltaba del arréo , que hasta el sombrero tenia allí , su daga , y espada , y en las faltriqueras , en la una un lienzo , unas Horas , y el Rosario ; y en la otra unos papeles , entre los quales estaba la Bula : mas por los papeles no pudieron saber quien fuese

por ser letra de muger , y no contener otra cosa , mas de finezas amorosas , y la Bula aun no tenia asentado el nombre , por parecer tomada aquel dia , ò por descuydo , que es lo mas cierto. No tenia herida ninguna , ni parecia en el sugeto estar muerto de mas de doce , ò quince dias. Admirados de todo esto , y mas de oir à Don Gaspar , que le habia oído quejar , le entraron en una casa , que para esto llevaba el criado de Don Gaspar , y habiendose la Dama buuelto à subir arriba , se le cargó al hombro uno de los Religiosos , que era lego , y caminaron con él al Convento , haciendoles guarda Don Gaspar , y su confidente , donde le enterraron , quitandole el vestido , y lo demás , en una sepultura , que ya para el caso estaba abierta , supliendo Don Gaspar este trabajo de los Religiosos con alguna cantidad de doblones , para que se dixesen Misas por el difunto , à quien habia dado Dios lugar de quejarse , para que la piedad de este Cavallero le hiciese este bien. Bastó este suceso para apartar à Don Gaspar de esta ocasion en que se habia ocupado , no porque imaginase que tuviesen las hermanas culpa , sino porque juzgó , que era aviso de Dios , para que se apartase de casa donde tales riesgos habia , y asi no bolvió mas à ver las hermanas , aunque ellas lo procuraron , diciendo , se mudaria de la casa : y asi mismo

ate-



atemorizado de este suceso algunos días, resistiéndose à impulsos de la juventud, sin querer emplearse en lances amorosos, donde tales peligros hay, y mas con mugeres que tienen por renta el vicio, y por caudal el deleyte, que de estas no se puede sacar sino el motivo que han tomado los hombres para no decir bien de ninguna, y sentir mal de todas: mas al fin, como la mocedad es cavallo desenfrenado, rompió las ataduras de la virtud, sin que fuese en manos de Don Gaspar, dexar de perderse, si asi se puede decir; pues à mi parecer, qué mayor perdicion, que enamorarse? Y fue el caso, que en uno de los sumptuosos Templos, que hay en aquella Ciudad, un dia que con mas devocion, y descuydo de amar, y ser amado estaba, vió la divina belleza de dos Damas, de las mas nobles, y ricas de la Ciudad, que entraron à oír Misa en el mismo Templo donde Don Gaspar estaba, tan hermosas, y niñas, que à su parecer no se llevaban año la una à la otra: y si bien habia caudal de hermosura en las dos, para amarlas à entrambas, como el amor no quiere compañía, escogieron los ojos de nuestro Cavallero, la que le pareció de mas perfeccion, y no escogió mal, porque la otra era casada. Estuvo absorto, despeñandose mas, y mas en su amor mientras oyeron Misa, que acabada, viendo se querian

ir, las aguardó à la puerta; mas no se atrevia à decir nada, por verlas cercadas de criados, y porque en un coche que llegó à recibirlas venia un Cavallero Portugués, galan, y mozo, aunque robusto, y que parecia en él no ser hombre de burlas. La una de las Damas se sentó al lado del Cavallero, y la que Don Gaspar habia elegido por dueña à la otra parte, de que no se alegró poco en verla sola, y deseoso de saber quien era, detuvo un page, à quien le preguntó lo que deseaba, y le respondió, que el Cavallero era Don Dionis de Portugal, y la Dama, que iba à su lado su esposa, y que se llamaba Doña Madalena, que habia poco que se habia casado; que la que se habia sentado enfrente, se llamaba Doña Florentina, y era hermana de Doña Madalena. Despidióse con esto el page, y Don Gaspar muy contento de que fuesen personas de tanto valor, ya determinado de amar, y servir à Doña Florentina, y de diligenciarla para esposa, (con tal rigor hace amor sus tiros quando quiere herir de veras) mandó à su fiel criado, y secretario, que siguiese el coche, para saber la casa de las dos bellisimas hermanas. En tanto que el criado fue à cumplir, ò con su gusto, ò con la fuerza, que en su pecho hacia la dorada saeta, con que amor le habia herido dulcemente; (que este tirano enemigo de nuestro sosiego tiene unos re-  
pen-

pentinos accidentes , que si no matan , privan de juicio à los heridos de su dorado harpon ) estaba Don Gaspar entre sí haciendo muchos discursos , ya le parecia que no hallaba en sí meritos para ser admitido de Doña Florentina , y con esto desmayaba su amor , de suerte , que se determinaba dexarle morir en su silencio ; y ya mas animado , haciendo en él la esperanza las fuerzas , que con sus engañosos gustos promete , le parecia , que apenas la pediria por esposa , quando le fuese concedida , sabiendo quien era , y quan estimado vivia cerca de su Rey : y como este pensamiento le diese mas gusto que lo demás , se deteeminó à seguirle , enlazandose mas en el amoroso enredo , con verse tan válido de la mas que mentirosa esperanza , que siempre promete mas que dá , y somos tan barbaros , que conociendola vivimos de ella. En estas quimeras estaba , quando llegó su confidente , y le informó del cielo donde moraba la deidad que la tenia fuera de sí , y desde aquel mismo punto empezó à perder tiempo , y gastar pasos tan sin fruto , porque aunque continuó muchos dias la calle , era tal el recato de la casa , que en ninguno alcanzó à ver , no solo à las Señoras ; mas ni criada ninguna , con haber muchas , ni por buscar las horas mas dificultosas , ni mas faciles. La casa era encantada , en las rejas habia

menudas , y espesas zelosías , y en las puertas fuertes , y seguras cerraduras ; y apenas era una hora de noche , quando ya estaban cerradas , y todos recogidos ; de manera , que si no era quando salian à Misa , no era posible verlas , y aun entonces pocas veces iban , sino acompañadas de Don Dionis : con que todos los intentos de Don Gaspar se desvanecian ; solo con los ojos en la Iglesia , le daba à entender su cuydado à su Dama ; mas ella no hacia caso ; ó no miraba en ellos.

No dexó en este tiempo de ver , si por medio de algun criado podia conseguir algo de su pretension , procurando con otro asestar tiros à su fidelidad ; mas como era Castellano , no halló en ellos lo que deseaba , por la antipatia que esta Nacion tiene con la nuestra , que con vivir entre nosotros , son nuestros enemigos. Con estos estorvos se enamoraba mas Don Gaspar , y mas el dia que veía à Florentina , que no parecia sino que los rayos de sus ojos hacian mayores suertes en su corazon , y le parecia , que quien mereciese su belleza habria llegado al non plus ultra de la dicha , y que podria vivir seguro de zelosas ofensas : andaba tan triste , no sabiendo que hacerse , ni que medios poner en su cuñado , para que se la diese por esposa , temiendo la oposicion que hay entre Portugueses , y Castellanos. Poco miraba Florentina en

Don Gaspar, aunque habia bien que mirar en él, porque aunque, como he dicho, en la Iglesia podia haber notado su asistencia, le debia de parecer, que era deuda debida à su hermosura; que pagar el que debe, no merece agradecimiento. Mas de dos meses le duró à Don Gaspar esta pretension, sin tener mas esperanzas de salir con ella, que las dichas; que si la Dama no sabía la enfermedad del galan, cómo podia aplicar el remedio? Y creo, que aunque lo supiera no se le diera, porque llegó tarde. Vamos al caso, que fue: Una noche, poco antes que amaneciese, venian Don Gaspar, y su criado de una casa de conversacion, que aunque padiera con la ostentacion de señor, traher coche, y criados, como mozo, y enamorado, picante en alentado, gustaba mas de andar asi, procurando con algunos entretenimientos divertirse de sus amorosos cuydados, pasando por la calle donde vivia Florentina, que ya que no veía la perla, se contentaba con ver la caxa; al entrar por la calle, por ser la casa à la salida de ella, con el resplandor de la Luna, que aunque iba alta, daba claridad, vió tendida en el suelo una muger, à quien el oro de los atavios, que sus vislumbres, con los de Divina competencia, la calificaban de porte, que con desmayados alientos se quejaba, como si ya quisiera despedirse de la vida.

Mas susto creo que le dieron estos à Don Gaspar, que no los que oyó en la cueva, no de pavor sino de compasion, y llegandose à ella para informarse de su necesidad, la vió toda bañada en sangre, de que todo el suelo estaba hecho un lago, y el macilento, y hermoso rostro, aunque desfigurado, daba muestras de su divina belleza, y tambien de su cercana muerte. Tomóla D. Gaspar por sus hermosas manos, que parecian de marmol en lo blanco, y elevado; y estremeciendola la dixo: Qué teneis Señora mia, ò qu'en ha sido el cruel que así os puso? A cuya pregunta respondió la desmayada Señora, abriendo los ojos, y conociendole Castellano, y alentandose mas con esto de lo que podia, en lengua Portuguesa: Ay Cavallero, por la Pasion de Christo, y por lo que debeis à ser quien sois, y à ser Castellano, que me lleveis à donde procureis antes que muera darme confesion, que ya que pierdo la vida en la flor de mis años, no querria perder el alma que la tengo en gran peligro. Tornóse à desmayar dicho esto, que visto por Don Gaspar, y que la triste Dama daba indicios mortales, entre él, y el criado la levantaron del suelo, y acomodandose la al criado en los brazos, de manera, que la pudiese llevar con mas alivio, para quedar el desembarazado para sí encontraban gente, ò la Justicia, camina-  
ron



ron lo mas apriesa que podian à su posada , que no estaba muy lexos , donde llegados sin estorvo ninguno , fueron recibidos de los demás criados , y una muger, que cuydaba de su regalo , y poniendo el desangrado cuerpo sobre su cama , embio uno por un Confesor , y otro por un Cirujano : y hecho esto , entró donde estaba la herida Dama , que la tenian cercada los demás , y la criada con una buxia encendida en la mano, que à este punto habia tornado en sí , y estaba pidiendo confesion , porque se moria : à quien la criada consolaba , animandola à que tuviese valor , pues estaba en parte donde cuydarian de darle remedio al alma, y cuerpo. Llegó, pues, D. Gaspar, y poniendo los ojos en él ya casi difuato rostro , quedó como los que ven visiones , ò fantasmas , sin pestañear , ni poder con la lengua articular palabra ninguna , porque no vió menos que à su adorada , y hermosa Florentina ; y no acabando de dar credito à sus mismos ojos, los cerraba , y abria , y tornandolos à cerrar , los tornaba de nuevo à abrir, por ver si se engañaba ; y viendo que no era engañõ , empezó à dar lugar à las admiraciones , no sabiendo que decir de tal suceso, ni que causa podria haberla dado , para que una Señora tan principal , recatada , y honesta, estuviese del modo que la veía , y en la parte que la habia hallado; mas

como vió , que por entonces no estaba para saber de ella , lo que tan admirado le tenia , porque la herida Dama , ya se desmayaba, y ya tornaba en sí, se sufrió en su deseo , callando quien era , por no advertir à los criados de ello. Vino en esto el criado con dos Religiosos , y de alli à poco el que trahia el Cirujano ; y para dar primero el remedio al alma, se apartaron todos ; mas Florentina estaba tan desfallecida , y desmayada de la sangre que habia perdido , y perdía , que no fue posible confesarse ; y asi por mayor , por el peligro en que estaba , haciendo el Confesor algunas prevenciones , y prometiendo , si à la mañana se hallase mas aliviada , confesarse , la absolvió ; y dando lugar al Medico del cuerpo , acudiendo todos , y los Religiosos , que no se quisieron ir hasta dexarla curada , la desnudaron , y pusieron en la cama , y hallaron que tenia una estocada entre los pechos de la parte de arriba , que aunque no era penetrante , mostraba ser peligrosa, y lo fuera mas, à no haberla defendido algo las ballenas de un justillo que trahia : y debaxo de la garganta , casi en el hombro derecho otra , tambien peligrosa , y otras dos en la parte de las espaldas, dando señal , que teniendola asida del brazo se las habian dado , que lo que la tenia tan sin aliento, era la pérdida sangre, que era mucha, porque habia  
tiem-

tiempo que estaba herida. Hizo el Cirujano su oficio, y al revolverla para hacerlo, se quedó de todo punto sin sentido. En fin, habiendola tomado la sangre, y Don Gaspar contentado al Cirujano, y avisandole, no diese cuenta del caso, hasta ver si la Dama no moría, como habia sucedido tal desdicha, contandole de la manera que la habia hallado, que por ser el Cirujano Castellano, de los que habian ido en la Tropa con su Magestad, pudo conseguir lo que pedia, con orden de que bolviese en siendo de dia, se fue à su posada, y los Religiosos à su Convento. Recogierense todos, quedó D. Gaspar, que no quiso cenar, habiendole hecho una cama en la misma quadra en que estaba Florentina. Se fueron los criados à acostar, dexandole alli algunas conservas, y vizcohos, agua, y vino, por si la Dama cobraba el sentido, darle algun socorro. Ellos, como digo, todos, Don Gaspar se sentó sobre la cama en que estaba Florentina, y teniendo cerca de sí la luz, se puso à contemplar la casi difanta hermosura, y viendo medio muerta la misma vida con que vivia, haciendo en su enamorado pecho los efectos que amor, y piedad suelen causar, con los ojos humedecidos del amoroso sentimiento, tomandole las manos, que tendidas sobre la cama tenia, ya le registraba los pulsos, para ver si acaso vivia, otras, to-

candole el corazon, y muchas poniendo los claveles de sus labios en los nevados copos, que tenia asidos con sus manos decia: Ay hermosisima, y malograda Florentina, que quiso mi desdichada suerte, que quando soy dueño de estas deshojadas azucenas, sea quando estoy tan cerca de perderlas! Desdichado fue el dia que ví tu hermosura, y la amé; pues despues de haber vivido muriendo tan dilatado tiempo, sin valer mis penas nada ante tí, que lo que se ignora pasa por cosa que no es, quiso mi desesperada, y desdichada fortuna, que quando te hablé, fuese quando te tengo mas perdida, y estoy con menos esperanzas de ganarte; pues quando me pudiera prevenir con el bien de haberte hallado algun descanso, te veo ser despojos de la ayrada muerte. Qué podré hacer, infelice amante tuyo, en tal dolor, sino serlo tambien en el punto que tu alma desampare tu hermoso cuerpo, para acompañarte en esta eterna, y ultima jornada! Qué manos tan crueles fueron las que tuvieron animo para sacar de tu cristalino pecho, donde solo amor merecia estar aposentado, tanta purpura como los arroyos que te he visto verter! Dimelo Señora mía, que como Cavallero te prometo de hacer en él la mas rabiosa venganza, que quando ha que le crió el M<sup>do</sup> se haya visto. Mas ay de mi! que ya parece que la  
ay-

ayrada parca ha cortado el delicado estambre de tu vida, pues ya te admiro marmol elado, esperando el verte fuego, y blanda cera derretida al calor de mi amor! Pues ten por cierto, hajado clavel, y difunta belleza, que te he de seguir, quando no acabado con la pena, muerto con mis propias manos, con el puñal de mis iras.

Diciendo esto, tornaba à hacer experiencia de los pulsos, y del corazon, y tornaba de nuevo, y con mas lastimosas queexas à llorar la malograda belleza. Asi pasó hasta las seis de la mañana, que à esta hora tornó en sí la desmayada Dama, con algo de mas aliento, que como se le habia restringido la sangre, tuvo mas fuerza su animo, y desanimados espíritus; y abriendo los ojos, miró como despavorida los que la tenían cercada, estrañando el lugar donde se veía, que ya estaban todos alli, y el Cirujano, y los dos piadosos Frayles; mas bolviendo en sí, y acordandose como la habia trahido un Cavallero, y lo demás que habia pasado por ella; con debilitada voz, pidió que le diesen alguna cosa, para cobrar fuerzas, y la sirvieron con unos vizcochos mojados en oloroso vino, por ser alimento mas blando, y substancioso; y habiendolos comido, dixo, que le señalasen el Cavallero, à quien debia el no haber muerto como gentil barbara; y hecho, le dió las gracias como

mejor supo, y pudo: y habiendo ordenadose la sacasen una substancia, la quisieron dexar un rato sola, para que no teniendo con quien hablar, reposase, y se previniese para confesarse; mas ella sintiendose algo mas de aliento, dixo, que no, sino que se queria confesar luego, por lo que pudiese suceder; y antes de eso, bolviendose à Don Gaspar, le dixo: Cavallero, que aunque queria llamaros por vuestro nombre, no lo sé, aunque me parece, que os he visto antes de ahora; aceptaréis ir à la parte donde me hallasteis? Que si es posible acordaros, en la misma calle preguntad por las casas de Don Dionis de Portugal, que son bien conocidas en ella; y abriendo la puerta, que no está mas que como un cerrojo, poned en cobro lo que hay en ella, tanto de gente, como de hacienda; y porque no os culpen à vos de las desventuras, que hallaréis en ella, y por hacer bien os venga mal, llevad con vos algun Ministro de Justicia, que ya es imposible, segun el mal que hay en aquella desdichada casa (por culpa mia) encubrirse, ni menos cautelarme yo, sino que sepan donde estoy; y si mereciere mas castigo del que tengo, me lo dén. Señora, respondió Don Gaspar, diciendole primero como era su nombre, bien sé vuestra casa, y bien os conozco, si no decís mas, que muchas veces me habeis visto, aunque no me habeis mirado; yo à vos sí, que



os he mirado, y visto; mas no estais en estado de saber, por ahora, donde, ni menos, para que si de esas desdichas, que en vuestra casa soys vos la causa, andeis en lances de Justicia. No puede ser menos, respondió Florentina, haced, Señor Don Gaspar, lo que os suplico, que yo no temo mas daño del que tengo; demás, que vuestra autoridad es bastante, para que por ella me guarden à mí alguna cortesía. Viendo, pues, Don Gaspar, que esta era su voluntad, no replicó mas, antes mandando poner el coche, entró en él, y se fue à Palacio, y dando cuenta de lo sucedido con aquella Dama; sin decir, que la conocia, ni amaba, à un deudo suyo, tambien de la Camara de su Magestad, le rogó le acompañase para ir à dar cuenta al Governador; porque no le imaginasen complice en las heridas de Florentina, ni en los riesgos sucedidos en su casa; y juntos Don Gaspar, y Don Miguel, fueron à casa del Governador, à quien dieron cuenta del estado en que habia hallado la Dama, y lo que decia de su casa; y como el Governador conocia muy bien à Don Dionis, y vió lo que aquellos Señores le decian, al punto entrando con el coche con ellos, haciendo admiraciones de tal suceso, se fueron cercados de Ministros de Justicia à la casa de Don Dionis, que llegados à ella, abrieron el cerrojo, que Florentina habia dicho, y entrando todos den-

tro; lo primero que hallaron fue, à la puerta de un aposento, que estaba al pie de la escalera, dos pages en camisa, dados de puñaladas, y subiendo por la escalera, una esclava blanca, herrada en el rostro, à la misma entrada de un corredor, de la misma suerte, que los pages, y una doncella sentada en el corredor, atravesada de una estocada hasta las espaldas, que aunque estaba muerta, no habia tenido lugar de caer, como estaba arrimada à la pared; junto à esta estaba una acha caída, como que à ella misma se le habia caído de la mano: mas adelante, à la entrada de la antesala estaba Don Dionis atravesado en su misma espada, que toda ella se le salia por las espaldas, y él caído boca abaxo, pegado el pecho con la guarnicion, que bien se conocia haberse arrojado sobre ella, desesperado de la vida, y aborrecido de su misma alma: en un aposento que estaba en el mismo corredor, correspondiente à una cocina, estaban tres esclavas, una blanca, y dos negras, la blanca en el suelo en camisa en la mitad del aposento; y las negras en la cama tambien muertas à estocadas: entrando mas adentro en la puerta de una quadra, medio cuerpo afuera, y medio adentro, estaba un mozo de hasta veinte años, poco mas, ó menos, de muy buena presencia, y cara, traspasado de una estocada; éste estaba en camisa, cubierto de una capa, y en los

los descalzos pies unas chinelas: en la misma quadra donde estaba la cama, echada en ella Doña Magdalena, tambien muerta de cruels heridas, mas con tanta hermosura, que parecia una estatua de marfil, salpicada de rosicler: en otro aposento detrás de esta quadra otras doncellas en la cama, tambien muertas, como las demás.

Finalmente, en la casa no habia cosa viva; mirabanse los que veían esto, unos à otros, tan asombrados, que no sé qual podia en ellos mas, la lastima, ò la admiracion; y bien juzgaron ser Don Dionis el autor de tal estrago, y que despues de haberlo hecho, habia buuelto su furiosa rabia contra sí: mas viendo que solo Florentina, que era la que tenia vida, podia decir como habia sucedido tan lastimosa tragedia; sabiendo de Don Gaspar el peligro en que estaba su vida, y que no era tiempo de averiguarla, hasta ver si mejoraba, suspendieron la averiguacion, y dieron orden de enterrar los muertos con general lastima, y mas de Doña Magdalena, que como la conocian ser una Señora de tanta virtud, y tan honrosa, y la veían con tanta mocedad, y belleza, se dolian mas de su desastrado fin, que de los demás. Dada, pues, tierra à los lastimosos cadaveres, y puesta por inventario la hacienda, depositada en personas abonadas, se vinieron todos juntos à casa de Don Gaspar, donde hallaron reposando à Florentina, que des-

pues de haverse confesado, y dádole una substancia, se habia dormido; y que un Medico de quien se acompañó el Cirujano, que la asistian por orden de Don Gaspar, decian, que no era tiempo de desvanecerla, por quanto la confesion habia sido larga, y le habia dado calentura, que aquel dia no convenia que hablase mas; porque temian con la falta de tanta sangre como habia perdido, no enloqueciese, la dexaron depositada en poder de Don Gaspar, y su primo, que siempre que se la pidiesen darian cuenta de ella. Se bolvió el Governador à su casa, llevando bien que contar él, y todos, de la destruccion de la casa de Don Dionis, y bien deseosos de saber el motivo de tan lastimoso caso. Mas de quince dias se pasaron que no estuvo Florentina para hacer declaracion de tan lastimosa historia, llegando muchas veces à termino de acabar la vida, tanto, que fue necesario darle todos los Sacramentos, en cuyo tiempo por consejo de Don Gaspar, y Don Miguel, habia hecho declaracion delante del Governador, como Don Dionis habia hecho aquel lastimoso estrago, zeloso de Doña Magdalena, y aquel criado de quien injustamente sospechaba mal, que era el que estaba en la puerta de la quadra, y que à ella habia tambien dado aquellas heridas; mas que no la acabó de matar, por haverse puesto de por medio aquella

escala va que estaba en la puerta del corredor, donde pudo escaparse mi entras la mató, y que se habia salido à la calle, y cerrado trás sí la puerta, y con perder tanta sangre cayó donde la halló Don Gaspar: que en quanto à Don Dionis, que no sabia si se habia muerto, ò no; mas, que pues le habian hallado, como decian, que él de rabia se habria muerto.

Con esta confesion, ò declaracion que hizo, no culpandose à sí, por no ocasionarse el castigo; con esto cesaron las diligencias de la Justicia, antes desembargando la hacienda, y poniendola à ella en libertad, le dieron la posesion de ella, la parte de su hermana por herencia, y la de Don Dionis en pago de las heridas recibidas de su mano, para que si viviese la gozase, y si muriese pudiese testar à su voluntad; con que pasado mas de un mes, que con verse quieta, y rica se consoló, y mejoró: (ò Dios! Que dispone las cosas conforme à su voluntad, y à utilidad nuestra) en poco mas tiempo, estaba ya tan fuera de peligro, y tan agradecida del agasajo de Don Gaspar, y reconocida del bien que de él habia recibido, que no fuera muy dificultoso amarle; pues fuera de esto lo merecia por su gallarda, y afable condicion, además de su nobleza, y muchos bienes de fortuna, de que le habia engrandecido el Cielo de todas maneras: y aun estoy por decir, que le debia

de amar: mas como se hallaba inferior, en la buena sangre, en la riqueza, y en la hermosura, que esa sola bastaba, sino en la causa que originó el estar ella en su casa, no se atrevia à darlo à entender; ni Don Gaspar, mas atento à su honor, que à su gusto, aunque la amaba, como se ha dicho, y mas como se sabe del trato, que suele engendrar amor donde no le hay, no habia querido declararse con ella, hasta saber en que manera habia sido la causa de tan lastimoso suceso; porque mas queria morir amando, con honor, que sin él vencer, y gozar, supuesto que Florentina, para muger, si habia desmán en su pureza, era poca muger, y para Dama mucha: y deseoso de salir de este cuydado, y determinar lo que habia de hacer, porque la jornada de su Magestad para Castilla se acercaba, y él habia de asistir à ella, viendola con salud, y muy cobrada en su hermosura, y que ya se empezaba à levantar, le suplicó le contase como habian sucedido tantas desdichas, como por sus ojos habia visto, y Florentina obligada, y rogada de persona à quien tanto debia, estando presente Don Miguel, que deseaba lo mismo; y aun no estaba menos enamorado que su primo, aunque temiendo lo mismo, no queria manifestar su amor, empezó à contar su prodigiosa historia, de esta manera.

Nací en esta Ciudad (nunca naciera, para que no hubiera sido oca-

oca-



ocasion de tantos males (de padres nobles, y ricos, siendo desde el primer paso que di en este mundo, causa de desdichas, pues se las ocasioné à mi madre, quitandole en acabando de nacer la vida, con tierno sentimiento de mi padre, por no haber gozado de su hermosura, mas de los nueve meses que me tuvo en su vientre, si bien se le moderó, como hace à todos, pues apenas tenia yo dos años, se casó con una Señora viuda, y hermosa, con buena hacienda, que tenia asimismo una hija que le habia quedado de su esposo, de edad de quatro años, que esta fue la desdichada Doña Magdalena. Hecho, pues, el matrimonio de mi padre, y su madre, nos criamos juntas desde la infancia, tan amantes la una de la otra, y tan amadas de nuestros padres, que todos entendian que eramos hermanas; porque mi padre, por obligar à su esposa, queria, y regalaba à Doña Magdalena, como si fuera hija suya; y su esposa por tenerle à él grato, y contento, me amaba à mi mas que à su hija, que esto es lo que deben hacer los buenos casados, y que quieren vivir con quietud; pues del poco agrado que tienen los maridos con los hijos de sus mugeres, y las mugeres con los de sus maridos, nacen mil rencillas, y pesadumbres. En fin, digo, que si no eran los que muy familiarmente nos trataban, que sabian lo contrario, todos los de-

mas nos tenian por hermanas, y aun nosotras mismas lo creímos asi, hasta que la muerte descubrió este secreto, que llegando mi padre al punto de hacer testamento, para partir de esta vida, por ser el primero que la dexó, supe que no era hija de la que reverenciaba por madre, ni hermana de la que amaba por hermana; y por mi desdicha hubo de ser por mí, por quien faltó esta amistad. Murió mi padre, dexandome muy encomendada à su esposa; mas no pudo mostrar mucho tiempo en mí el amor que à mi padre tenia, porque fue tan grande el sentimiento que tuvo de su muerte, que dentro de quatro meses le siguió, dexandonos à Doña Magdalena, y à mi, bien desamparadas, aunque bien acomodadas de bienes de fortuna, que acompañados con los de naturaleza, nos prometiamos buenos casamientos, porque no hay diez y ocho años feos.

Dexónos nuestra madre (que en tal lugar la tenia yo) debaxo de la tutela de un hermano suyo, de mas edad que ella, el qual nos llevó à su casa, y nos tenia como à hijas, no diferenciandonos en razon de nuestro regalo, y aderezo à la una de la otra, porque era con tan gran extremo lo que las dos nos amabamos, que el tio de Doña Magdalena pareciendole que hacia lisonja à su sobrina, me queria, y acariciaba de la misma suerte que

à ella : y no hacia mucho ; pues no estando él muy sobrado , con nuestra hacienda no le faltaba nada. Ya quando nuestros padres murieron andaba Don Dionis de Portugal , Cavallero rico , y poderoso , y de lo mejor de esta Ciudad , muy enamorado de Doña Magdalena , deseandola para esposa , y se habia dilatado el pedir-la por su falta , paseandola , y galanteandola de lo ternisimo , y cuydadoso , como tiene fama nuestra Nacion. Y ella , como tan bien entendida , conociendo su logro , le correspondia con la misma voluntad , en quanto à dexarse servir , y galantear de él , con el decoro debido à su honestidad , y fama , supuesto que admitia su voluntad , y finezas , con intento de casar con él. Llegaron , pues , estos honestos , y recatados amores à determinarse Doña Magdalena de casarse sin la voluntad de su tio , conociendo en él la poca que mostraba à darle estado , temeroso de perder la comodidad con que con nuestra buena , y lucida hacienda pasaba ; y asi gustára mas de que fuéramos Religiosas , y aun nos lo proponia muchas veces : mas viendo la poca inclinacion que teniamos à este estado , ò por desvanecidas con la belleza , ò porque habiamos de ser desdichadas , no apretaba en ello ; mas dilataba el casarnos ; que todo esto pueden los intereses à los que quieren vivir con descanso ; lo que visto por Doña

Magdalena , determinada , como digo , à elegir por dueño à Don Dionis , empezó à engolfarse mas en su voluntad , escribiendo el una al otro , y hablandose muchas noches por una rexa. Asistiala yo algunas noches , (ò primero muriera , que tan cara me cuesta esta asistencia ! ) al principio contenta de ver à Doña Magdalena empleada en un Cavallero de tanto valor como Don Dionis , al medio embidiosa de que fuese suyo , y no mio : y al fin enamorada , y perdida por él. Oíle tierno , escuchéle discreto , miréle galan , y consideréle ageno , y dexéme perder sin remedio , con tal precipicio , que vine à perder la salud , donde conozco , que acierta quien dice , que el amor es enfermedad , pues se pierde el gusto , y se huye el sueño , y se apartan las ganas de comer. Pues si todos estos accidentes caen sobre el fuego , que amor enciende es el pecho , no me parece que es el menos peligroso tabardillo : y mas quando dá con la modorra de no poder alcanzar ; y con el frenesí zeloso , de ver lo que se ama , empleado en otro cuydado ; y mas rabioso fue este mal en mí , porque no podia salir de mí , ni consentia ser comunicado , pues todo el mundo me habia de informar , de que amase yo lo que mi amiga , ò hermana amaba ; yo queria à quien no me queria , y este amaba à quien yo tenia obligacion de no ofender. Valgame Dios,

Dios, y que intrincado laberinto? Pues solo mi mal era para mí, y mis penas no para comunicadas. Bien notaba Doña Magdalena en mi melancolia, y perdido color, y demás accidentes, mas no imaginaba la causa, que creo de lo que me amaba, que dexára la empresa, porque yo no padeciera; que quando considero esto, no sé como mi proprio dolor no me quita la vida: antes juzgaba de mi tristeza, debia de ser, porque no me habia llegado à mí la ocasion de tomar estado como à ella, como es este el deseo de todas las mugeres de sus años, y de los mios; y si bien algunas veces me persuadia à que le comunicase mi pena, yo la divertia, dándole otras precisas causas, hasta llegarme à prometer, que casandose, me casaria con quien yo tuviese gusto. Ay, malograda hermosura, y qué falsa, y desdichadamente te pagué el amor que me tenias? Cierto, Señor Don Gaspar, que à no considerar, que si dexase aqui mi lastimosa historia, no cumpliria con lo que estoy obligada, os suplicára me dierades licencia para dexarla, porque no me sirve de mas de añadir nuevos tormentos à los que padezco en referirla: mas pasemos con ella adelante, que justo es que padezca quien causó tantos males, y asi pasará à referirlos. Las musicas, las finezas, y los extremos con que Don Dionis servia à Doña Magdalena, ya lo

podreis juzgar, de la opinion de enamorados que nuestra Nacion tiene, ni tampoco las rabiosas bascas, los dolorosos suspiros, y tiernas lagrimas de mi corazon, y ojos, el tiempo que duró este galantéo, pues lo podreis ver por lo que adelante sucedió. En fin, puestos los medios necesarios, para que el tio de Doña Magdalena no lo negase, viendo conformes las dos voluntades, aunque de mala gana; por perder el interés que se le seguia en el gobierno, y administracion de la hacienda, Doña Magdalena, y Don Dionis llegaron à gozar lo que tanto deseaban, tan contentos con el felicisimo, y dichoso logro de su amor, como yo triste, y desesperada, viendome de todo punto desposeída del bien que adoraba mi alma. No sé como os diga mis desesperaciones, y rabiosos zelos, mas mejor es callarlo, porque así saldrán mejor pintados, porque no hallo colores como los de la imaginacion. No digo mas, sino que à este efecto hice un Romance, que si gustais le diré, y sino le pasaré en silencio. Antes me agraviareis, dixo Don Gaspar, en no decirle, que sentimientos vuestros serán de mucha estima. Pues el Romance es este que canté à una guitarra el dia del desposorio, mas que cantando, llorando.

*Tu llego, Cupido, al ara,  
ponme en los ojos el lienzo,  
pues solo por mis desdichas*



ofrezco al cuchillo el cuello.

Ta no tengo mas que darte;  
que pues la vida te ofrezco,  
niño cruel , ya conoces  
el poco caudal que tengo.

Un cuerpo sin alma doy,  
que es engaño , ya lo veo;  
mas tieneme Fabio el alma,  
y quitarsela no puedo.

Que si guardaba la vida,  
era por gozarle , en premio  
de mi amor ; mas ya la doy  
con gusto , pues oy le pierdo.

No te obliguen las corrientes  
que por estos ojos vierto,  
que no son por obligarte,  
sino por mi sentimiento.

Antes si me has de hacer bien,  
acaba , acabame presto;  
para que el perder à Fabio,  
y el morir , lleguen à un tiempo.

Mas es tanta tu crueldad,  
que porque morir deseo,  
el golpe suspenderás,  
mas que piadoso , severo.

Executa el golpe , acaba,  
à no me quites mi dueño;

que muero , Fabio , pues que ya te pierdo,  
y que por tí , con gusto , Fabio , muero.

Casaronse en fin Don Dionis , y Doña Magdalena , y como me lo habia prometido, me traxo, quando se vino à su casa, en su compañía , con animo de darme estado, pensando que trahia una hermana , y verdadera amiga, y trató la destruccion de ella : pues ni el verlos ya casados, ni quan ternisimamente se amaban, ni lo que à Doña Magdalena de amor debia, ni su misma pérdida: nada bastó para

dexame vivir con él,  
aunque viva padeciendo.

Bien sabes , que solo una hora  
vivir sin Fabio no puedo,  
pues si he de morir de espacio,  
mas alivio es morir presto.

Un año , y algo mas ha,  
que sin decirlo , padezco;  
amando sin esperanzas,  
que es la pena del infierno.

Ta su sol se vá à otro oriente,  
y à mi como à ocaso negro,  
quedandome sin su luz,  
para qué la vida quiero?

Mas si tengo de morir,  
amor , para qué me quexo?  
que pensarás que descanso,  
y no descanso , que muero,

Ta me venda amor los ojos;  
ya desembayna el acero;  
ya muero , Fabio , por tí;  
ya por tí la vida dexo,

Ta digo el ultimo à Dios;  
ò permita , Fabio , el Cielo,  
que à tí te dé tantas diebas,  
como yo tengo tormentos!

En esto decir quiero,

que yo olvidase à Don Dionis, antes crecia en mí la desesperada embidia de verlos gozarse, y amarse con tanta dulzura, y gusto, con lo que yo vivia tan sin él, que creyendo Doña Magdalena, que nacia; de que se dilatava el darme estado, trató de emplearme en una persona que me estimase , y mereciese ; mas nunca , ni ella , ni Don Dionis lo pudieron acabar conmigo , de que Doña Magdalena se

ad-

admiraba mucho, y me decia, que me habia hecho de una condicion tan estraña, que la trahia fuera de sí, ni me la entendia. Y à la cuenta debia de comunicar esto mismo con su esposo, porque un dia que ella estaba en una visita, y yo me habia quedado en casa, como siempre hacia, como andaba tan desabrida, à todo divertimiento me negaba: vino Don Dionis, y hallandome sola, y los ojos bañados de lagrimas, que pocos ratos dexaba de llorar el mal empleo de mi amor, sentandose junto à mí, me dixo: Cierto, hermosa Florentina, que à tu hermana, y à mí nos trae cuydadosisimos tu melancolia, haciendo varios discursos de que te puede proceder, y ninguno hallo mas à proposito, ni que lleve color de verdadero, sino que quieres bien en parte imposible, que à ser posible, no creo que haya Cavallero en esta Ciudad, aunque sea de gerarquia superior, que no estime ser amado de tu hermosura, y se tuviera por muy dichoso en merecerla, aun quando no fueras quien eres, ni tuvieras la hacienda que tienes, sino que fueras una pobre aldeana, pues con ser dueño de tu sin igual belleza, se pudiera tener por el mayor Rey del Mundo. Y si acaso fuera yo, (no dexandole pasar adelante; tan precipitada me tenia à mi amorosa pasion, ò lo mas seguro, dexada de la divina mano) que fuera asi, que amára en alguna parte difícil de alcan-

zar correspondencia, qué hicierades vos por mí, Señor D. Dionis, para remediar mi pena? Decirselà, y solicitarla, para que te amase, respondió D. Dionis. Pues si es asi, respondí yo, ditela à tí mismo, y solicítate à tí, y cumplirás lo que prometes; y mira quan apurado está mi sufrimiento, que sin mirar lo que debo à mi misma, ni que profano la honestidad, joya de mas valor, que una muger tiene, ni el agravio que hago à tu esposa, que aunque no es mi hermana, la tengo en tal lugar, ni en el saber que voy à perder, y no à ganar contigo, pues es cierto, que me has de desestimar, y tener en menos por mi atrevimiento, y despreciarme por mirarme liviana, y de mas à mas, por el amor que debes à tu esposa, tan merecedora de tu lealtad, como yo de tu desprecio; nada de esto me obliga, porque he llegado à tiempo, que es mas mi pena, que mi verguenza, y asi tenme por libre, admirame atrevida, ultrajame deshonesto, aborrece-me liviana, ò haz lo que fuere de tu gusto, que ya no puedo callar. Y quando no me sirva de mas mi confesion, sino que sepas, que eres la causa de mi tristeza, y desabrimiento, me doy por contenta, y pagada de haberme declarado, y supuesto esto, tén entendido: que desde el dia que empezaste à amar à Doña Magdalena, te amo mas que à mí, pasando las penas que ves, y no ves, y de que à ninguna persona en el mundo he dado par-

parte, resuelta à no casarme jamás, porque si no fuera à tí, no he de tener otro dueño. Acabé esta ultima razon, con tantas lagrimas, y ahogados suspiros, y sollozos, que apenas la podia pronunciar. Lo que resultó de esto fue, que levantandose D. Dionis, creyendo que se iba huyendo, por no responder à mi determinada desemboltura, cerró la puerta de la sala, y bolvió donde yo estaba, diciendo: no quiera amor, hermosa Florentina, que yo sea ingrato à tan divina belleza, y à sentimientos tan bien padecidos, y tiernamente dichos: anudandome al cuello los brazos, me acarició de modo, que ni yo tuve mas que darle, ni él mas que alcanzar, ni poseer. En fin, toda la tarde estuvimos juntos en amorosos deleytes, y en el discurso de ella no sé que fuese verdad, que los amantes à peso de mentiras nos compran, que desde otro dia casados me amaba, y que por no atreverse no me lo habia dicho, y otras cosas, con que yo creyendole, me tuve por dichosa, y me juzgué no mal empleada, y que si se viera libre fuera mi esposo. Rogóme D. Dionis, con grandes encarecimientos, que no descubriera á nadie nuestro amor, pues teniamos tanto lugar de gozarle, y yo le pedí lo mismo, temerosa de que Doña Magdalena no lo entendiese. En fin, de esta suerte hemos pasado quatro años, estando yo desde

aquel dia, la muger mas alegre del mundo; cobréme en mi pérdida hermosura, restituíme en mi donayre, de manera, que ya era el regocijo, y alegría de toda la casa, porque yo mandaba en ella; lo que yo hacia, era lo mas acertado; lo que mandaba, lo obedecido; era dueña de la hacienda, y de cuya era; por mí se despedian, y recibian los criados, y criadas; de manera, que Doña Magdalena no servia mas de hacer estorvo à mis empleos. Amabame tanto D. Dionis, grangeandole yo la voluntad con mis caricias, que se vino à descuydar en las que solia, y debia hacer à su esposa, con que se trocaron las suertes: primero Magdalena estaba alegre, y Florentina triste; ya Florentina era la alegre, y Magdalena la melancolica, llorosa, la desabrida, y la desconsolada; y si bien entendida, que por andar su esposo en otros empleos se olvidaba de ella, jamás sospechó en mí: lo uno por el recato con que andabamos, y lo otro por la gran confianza que tenia de mí, no pudiendose persuadir à tal maldad; si bien me decia, que en mí, las tristezas, y alegrías eran extremos, que tocaban en locura. Valgame el Cielo! Y qué ceguedad es la de los amantes, nunca me alumbré de ella, hasta que à costa de tantas desdichas se me han abierto los ojos! Llegó à tal extremo, y remate, la de mis maldades, que nos dimos palabra de esposos D. Dionis, y yo,



yo, para quando muriera Doña Magdalena, como si estuviera en nuestra voluntad el quitarle la vida, ò tuvieramos las nuestras mas seguras, que ella la suya. Llegóse en este tiempo la Semana Santa, en que es fuerza acudir al mandamiento de la Iglesia; y si bien algunas veces en el discurso de mi mal estado me habia confesado, algunas habia sido de cumplimiento, y yo que sabia bien dorar mi yerro, no debia de haber encontrado Confesor tan escrupuloso, como este que digo, ò yo debí de declararme mejor. O infinita Bondad, y lo que sufres! En fin, tratando con él del estado de mi conciencia, me la apuró tanto, y me puso tantos temores de la perdicion de mi alma, no queriendome absolver, y diciendome que estaba, como acá, ardiendo en los infiernos, que bolví à casa bien desconsolada, y entrando en mi retraimiento, empecé à llorar, de suerte, que lo sintió una doncella mia, que se habia criado conmigo desde niña; que es la que si os acordais Señor D. Gaspar, hallasteis en aquella desdichada casa, sentada en el corredor, arriada à la pared, pasada de parte à parte por los pechos, y con grandes instancias, ruegos, y sentimientos, me persuadió à que le dixese la causa de mi lastimoso llanto, y yo (ò por descansar con ella, ò porque ya la falta ruina de todos se acercaba: advirtiendole lo primero del secreto, y disimula-

cion, delante de Dionis, porque no supiese que ella lo sabia, por lo que importaba) le dí cuenta de todo, sin faltar nada, contandole tambien lo que me habia pasado con el Confesor. La doncella haciendo grandes admiraciones, y mas de como habia podido tenerlo tanto tiempo encubierto, sin que ninguno lo entendiese, me dixo, viendo que yo le pedia consejo estas razones: Cierto, Señora mia, que son sucesos los que me has contado de tanta gravedad, que era menester para dar salida à ellos mayor entendimiento que el mio; porque pensar que has de estar en este estado presente, hasta que Doña Magdalena se muera, es una cosa que solo esperarla causa desesperacion; porque cómo sabemos que se ha de morir ella primero que tú; ni D. Dionis decirte, que te apartes de él amandole? Es locura, que ni tú lo has de hacer, ni él si está tan enamorado como dices, menos; tu sin honor, y amando, guardando milagros, que las mas de las veces en estos casos suceden al revés, porque el Cielo castiga estas intenciones, y morir primero los que agravian, que el agraviado, acabar el ofensor, y vivir el ofendido. El remedio, que hallo, cruel es; mas ya es remedio: que llagas tan ulceradas como estas, quieren curas violentas. Roguéle me le dixese, y respondiome: que muera Doña Magdalena, que mas vale que lo padezca una inocente, que

se

se irá à gozar de Dios con la corona del martyrio , que no que tu quedes perdida. Ay, amiga ! Y no será mayor horror que los demás, dixé yo , matar à quien no lo debe , y que Dios me castigará à mí, pues haciendo yo el agravio, le ha de pagar el que le recibe ! David, me respondió mi doncella , ( y se aprovechó de él ) matando à Urias ; porque Bersabé no padeciera , ni peligrára en la vida , ni en la fama : y tú me parece que estás cerca de lo mismo , pues el dia que Doña Magdalena se desengañe ha de hacer de tí lo que yo te digo que hagas de ella. Pues si con solo el deseo, respondí yo, me ha puesto el Confesor tantos miedos , qué será con la execucion ? Hacer lo que dixo David , dixo la doncella , matemos à Urias , que despues hárémos penitencia : en casandote con tu amante , restaurar con sacrificios el delito , que por la penitencia se perdona el pecado, y así lo hizo el santo Rey. Tantas cosas me dixo , y tantos exemplos me puso , y tantas leyes me alegó , que como yo deseaba lo mismo que ella me persuadia , que reducida à su parecer, dimos entre las dos la sentencia contra la inocente , y agravia-da Doña Magdalena , que siempre à un error sigue otro , y aun delito muchos : y dando , y tomando parecer, como se executaria, me respondió la atrevida muger, en quien pienso que hablaba , y obraba el demonio : Lo que me

parece mas conveniente, para que ninguna de nosotras peligre , es , que la mate su marido , y de esta suerte no culparán à nadie. Como será eso, dixé yo, que Doña Magdalena vive tan honesta , y virtuosamente, que no hallará jamás su marido causa para hacerlo ? Eso no es el caso , dixo la doncella, así ha de obrar mi industria , calla , y dexame hacer , sin darte por entendida de nada , que si antes de un mes no te vieres desembarazada de ella, me tengas por la mas ruda , y boba , que hay en el mundo. Díome parte del modo, apartandonos las dos, y hacer oficio de demonio, y yo à esperar el suceso , con lo que cesó nuestra platica : y la mal aconsejada moza , y yo mas que ella , que todas seguíamos lo que el demonio nos inspiraba; hallando ocasion, como ella la buscaba , dixo D. Dionis, que su esposa le quitaba el honor, porque mientras el no estaba en casa , tenia trato ilícito con Fernandico. Este era un mozo de hasta edad de diez y ocho , ò veinte años , que habia en casa nacido, y criado en ella , porque era hijo de una criada de sus padres de Don Dionis , que habia sido casada con un Mayordomo suyo : y muertos ya los padres , el desdichado mozo se habia criado en casa, heredando el servir; mas no el premio , pues fue muy diferente del que sus padres habian tenido : que este era el que hallasteis muerto à la puerta de la quadra,

dra, donde estaba Doña Magdalena: era galan, y de buenas partes, y muy virtuoso, con que à Don Dionis no se le hizo muy dificultoso el creerlo, si bien le preguntó, que cómo lo habia visto? A lo que ella respondió: Que al ladron de casa no hay nada oculto, que piensan las amas, que las criadas son ignorantes. En fin, Don Dionis le dixo, que cómo haria para satisfacerse de la verdad? Haz que te vas fuera, y buelve al amanecer, ò ya pasando de media hora, y hazme una seña, para que yo sepa que estás en la calle, dixo la criada, que te abriré la puerta, y los cogerás juntos. Quedó concertado para de allí à dos dias, y mi criada me dió parte de lo hecho, de que yo algo temerosa me alegré, aunque por otra parte me pesaba: mas viendo que ya no habia remedio, huibe de pasar, aguardando el suceso. Vamos al endemoniado enredo, que voy abriendo por la pena que me da referir tan desdichado suceso. Al otro dia dixo D. Dionis, que iba con unos amigos à ver unos toros que se corrian en un Lugar tres leguas de Lisboa; y apercebido su viage, aunque Fernandico le acompañaba siempre, no quiso que esta vez fuera con él, ni otro ningun criado, que para dos dias los criados de los otros le asistirian; y con esto se partió el dia, à quien siguió la triste noche que me hallasteis. En fin, él vino solo, pasado de media noche, y hecha la seña, mi doncella,

que estaba alerta, le dixo, se aguardase un poco, y tomando una luz, se fue al aposento del malogrado mozo, y entrando alborotada, le dixo: Fernando, mi Señora te llama, que vayas allá muy apriesa. Qué me quiere ahora mi Señora? Replicó Fernando. No sé, dixo ella, mas de que me embia muy apriesa à llamarte. Levantóse, y queriendo vestirse, le dixo: No te vistas, sino ponte esa capa, y enchancletate esos zapatos, y vé à ver que te quiere, que si despues fuere necesario vestirte, lo harás. Hizolo asi Fernandico, y mientras él fue donde su Señora estaba, la cautelosa muger abrió à su Señor. Llegó Fernando à la cama donde estaba durmiendo Doña Magdalena, y despertandola, le dixo: Señora, qué es lo que me quieres? A lo que Doña Magdalena asustada, como despertó, y le vió en su quadra, le dixo: Vete, vete, mozo, con Dios, qué buscas aqui, que yo no te llamo: que como Fernando lo oyó, se fue à salir de la quadra, quando llegó su Amo al tiempo que él salia, que como le vió que estaba desnudo, y que salia del aposento de su esposa, creyó que salia de dormir con ella, y dandole con la espada que trahia desnuda dos estocadas, una tras otra, le tendió en el suelo, sin poder decir mas de *Jesus sea conmigo*, con tan doloroso acento, que yo que estaba en mi aposento, bien temerosa, y sobresaltada ( como era justo estuviese quien



quien era causa de un mal tan grande, y autora de un testimonio tan cruel, y motivo de que se derramase aquella sangre inocente, que ya empezaba à clamar delante del Tribunal Supremo de la Divina Justicia) me cubrí con un sudor frio; y queriendome levantar para salir à estorvarlo, ò que mis fuerzas estuviesen enflaquecidas, ò que el demonio que ya estaba señoreado en aquella casa, me ató de suerte, que no pude. En tanto D. Dionis, ya de todo punto ciego, entró donde estaba su inocente esposa, que se habia buuelto à quedar dormida con los brazos sobre la cabeza, y llegando à su puro, y casto lecho, à sus ay-rados ojos, y engañada imaginacion, sucio, deshonesto, y violado con la mancha de su deshonor, le dixo: Há traydora, y como descansas en mi ofensa! Y sacando la daga le dió tantas puñaladas, quantas su indignada colera le pedia, sin que pudiese, ni aun formar un ay, desamparó aquella alma santa el mas hermoso, y honesto cuerpo que conoció el Reyno de Portugal: y à este tiempo habia yo salido fuera de mi estancia, y estaba en parte que podia ver lo que pasaba, bien perdida de animo, y anegada en lagrimas, mas no me atreví à salir, y ví que Don Dionis pasó adelante à un retrete que estaba consecutivo à la quadra de su esposa, y hallando dos desdichadas doncellas, que dormian en él, las mató,

diciendo: Asi pagaréis, dormidas centinelas de mi honor, vuestro descuydo, dando lugar à vuestra alevosa Señora, para que velase à quitarme el honor: y baxando por una escalera escusada que salía à un patio, salió al portal, y llamando los dos pages que dormian en un aposento cerca de allí, que à su voz salieron despa-voridos, les pagó su puntualidad con quitarles la vida: y como un leon eocarnizado, y sediento de humana sangre, bolvió à subir por la escalera principal, y entrando en la cocina, mató las tres esclavas que dormian en ella, que la otra habia ido à llamarme, oyendo la rebuelta, y llanto, que hacia mi criada, que sentada en el corredor estaba, que, ò porque se arrepintió del mal que habia hecho, quando no tenia remedio, ò porque Dios quiso que le pagase, porque el honor de Doña Magdalena no quedase manchado; sino que supiese el mundo, que ella, y quantos allí habian muerto, iban sin culpa; y que solo ella, y yo la teniamos, que es lo mas cierto. Arrimando una hacha, que él proprio habia encendido, à la pared, que tan descaradamente siguió su maldad, que para ir à abrir la puerta à su Señor, le pareció poca luz la de una vela, que en dexandonos Dios de su divina mano, pecamos como si hicieramos algunas virtudes; sin verguenza de nada se sentó, y empezó à llorar, diciendo: Ay desdichada de mi! Qué he he-

hecho! Ya no hay perdón para mí en el Cielo, ni en la tierra, pues por apoyar un mal con tan grande, y falso testimonio, he sido causa de tantas desdichas! A este mismo punto salía su Amo de la cocina, y yo por la otra parte, y la esclava, que me había ido à llamar con una vela en la mano; y como la oí, me detuve, y ví, que llegando Don Dionis à ella, le dixo: Qué dices, moza, de testimonio, y de desdichas? Ay, Señor mio! Respondió ella, qué tengo de decir, sino que soy la mas mala hembra que ha nacido, que mi Señora Doña Magdalena, y Fernando, han muerto sin culpa, con todos los demás, à quienes has quitado la vida: sola yo soy la culpa, y la que no merezco vivir: que yo hice este enredo, llamando al triste Fernando, que estaba en su aposento dormido, diciendole, que mi Señora le llamaba, para que viendole tú salir de la forma que le viste, creyeses lo que yo te había dicho, para que matando à mi Señora Doña Magdalena, te casáras con Doña Florentina mi Señora, restituyendole, y satisfaciendo con ser su esposo, el honor que le debes. O falsa traydora! Si eso que dices es verdad, dixo Don Dionis, poca venganza es quitarte una vida que tienes, que mil son pocas, y que à cada una se te diese un genero de muerte. Verdad es, Señor, verdad es, Señor, y lo demás mentira; yo soy la mala, y mi Señora la buena: la muerte

merezco, y el Infierno tambien. Pues yo te daré lo uno, y lo otro, respondió Don Dionis, y restauraré la muerte de tantos inocentes, con la de una traydora; y dicho esto, la atravesó con la espada por los pechos contra la pared, dando la desdichada una grande voz, diciendo: Recibe, Infierno, el alma de la mas mala muger que crió el Cielo, y aun allá pienso que no hallará lugar; y diciendo esto, la rindió à quien la ofrecía. A este punto salí yo con la negra, y fiada en el amor que me tenia, entendiendo amansarle, y reportarle, le dixé: Qué es esto, D. Dionis? Qué sucesos son estos? Hasta quando ha de durar el rigor? Él, que ya à este punto estaba de la rabia, y dolor, sin juicio, embistiendo conmigo, me dixo: Hasta matarte, y matarme, falsa, traydora, liviana, deshonesto, para que pagues haber sido causa de tantos males; que no contenta con los agravios que con tu deshonesto apetito hacías, à la que tenias por hermana, no has parado hasta quitarle la vida; y diciendo esto, me dió las heridas que habeis visto, y acabárame de matar, si la negra no acudiera à ponerse en medio, que como la vió Don Dionis, asió de ella, y mientras la mató, tuve yo lugar de entrarme en un aposento, y cerrar la puerta, toda bañada en mi sangre. Acabando, pues, Don Dionis con la vida de la esclava, y que ya no quedaba nada vivo, en casa, sino era él;

él; porque de mí, bien creyó, que iba de modo que no escaparía; è instigado del demonio, puso el pomo de la espada en el suelo, y la punta en su cruel corazon, diciendo: No hé de aguardar à que la Justicia humana castigue mis delitos, que mas acertado es, que sea yo el verdugo de la Justicia Divina, se dexó caer sobre la espada, pasando la punta à las espaldas, llamando al demonio, que le recibiese el alma. Yo viendole ya muerto, y que me desangraba, si bien con el miedo que podeis imaginar, de verme en tanto horror, y cuerpos sin alma, que de mi sentimiento no hay que decir, pues era tanto, que no sé como no hice lo mismo que D. Dionis; mas no lo debió de permitir Dios, porque se supiese un caso tan desdichado como este; con mas animo del que en la ocasion que estaba imaginé tener, abrí la puerta del aposento, y tomando la vela que estaba en el suelo, me baxé por la escalera, y salí à la calle, con animo de ir à buscar, viendome en el estado que estaba, quien me confesase, para que ya que perdiese la vida, no perdiese el alma. Con todo, tuve advertimiento de cerrar la puerta de la calle, con aquel cerrojo que estaba, y caminando con pasos desmayados por la calle, sin saber à donde iba, me faltaron con la falta de la sangre las fuerzas, y caí donde vos Señor Don Gaspar me hallasteis, donde estuve hasta

aquella hora, y llegó vuestra piedad à socorrerme, para que debiendoos la vida, la gaste el tiempo que me duráre en llorar, gemir, y hacer penitencia de tantos males, como he causado, y tambien en pedir à Dios guarde la vuestra muchos siglos.

Calló con esto la linda, y hermosa Florentina; mas sus ojos con los copiosos raudales de lagrimas no callaron, que à hilos se desperdiciaban por sus mas que hermosas mexillas, en que mostraban bien la pasion que en el alma sentia, que forzado de ella, se dexó caer con un profundo, y hermoso desmayo, dexando à Don Gaspar suspenso, y espantado de lo que habia oido; y no sé, si mas desmayado que ella, viendo que entre tantos muertos, como el muerto honor de Florentina habia causado, tambien habia muerto su amor; porque ni Florentina era ya para su esposa, ni para dama era razon que la procurase, supuesto que la veía con determinacion grande de tomar mas seguro estado, que la librase de otras semejantes desdichas, como las que por ella habian pasado, y se alababa en sí de muy cuerdo en no haberle declarado su amor, hasta saber lo que entonces sabía; y asi acudiendo à remediar el desmayo, con que estaba; ya buelta de él, la consoló, esforzandola con algunos dulces, y conservas, diciendola cariñosas razones, la aconsejó, que en estando con mas en-



quando está sola en el paramo.  
 Como fue mi amor Plotanico,  
 y en él no fue el fuego tacito,  
 no quiso con fino arbelito  
 ser trueno, sino relampago.  
 Amb solo por teorica,  
 pagandome con preambulos,  
 y asi ha olvidado cruelisimo  
 un amor puro, y magnanimo.  
 Ay prados, y secos cespedes,  
 montes, y frios carambanos!  
 Oid en bascas armonicas  
 aquestos suspiros languidos.  
 Con mil lagrimas ternisimas  
 vuestros arroyos cristalicos,  
 serán rios caudalisimos  
 con que crezca el amor Hispanico.  
 Y si de mi muerte acerrima  
 vieres los temblores palidos,  
 y mi vida cansadisima  
 dexâre su vital trasago:  
 Decidle al paxaro harmonico,  
 que con mal sentidos canticos,  
 las aves descuydadisimas  
 cautiva al modo mecanico;  
 Como siendo, ilustre Eroo,  
 y de valor tan diafano,  
 engaña siendo ilustrisimo,  
 fingiendo fuegos seraficos.  
 Que hay que esperar de los comunes,  
 sino desdichas, y escandalos,  
 que mire à Teseo infelice,  
 atado en el Monte Caucasos.  
 Que sin razones historicas,  
 con estilo dulce, y práctico  
 pone por culto à las Tortolas,  
 que vive con libre animo.  
 Qué milagro, que oyendole,  
 se descuelgen de los pampanos?  
 Ni qué milagro, que ardiendose,  
 quede aturdida qual tabano?

Que si la mira benevola,  
 es estilo fiero, y aspero,  
 que bolando ligerisimo,  
 la dexa en amargo tartago.  
 Que aunque à su bella Oropendola  
 amase, es estilo barbaro,  
 siendo este amor tan castisimo,  
 darle pago tan tiranico.  
 Que en tiempo dilatadisimo,  
 no se ha visto en mi habitaculo  
 de su memoria mortifica,  
 ni en su voluntad un atamo.  
 Que si amâra la inteleñtico,  
 no le pesâra ser Tântalo,  
 ni olvidâra facilisimo  
 tiernos, y dulces dialogos.  
 Esto cantaba una Tortola,  
 con ronco, y funebre cantico,  
 sentada en un ciprés funebre,  
 que estaba en un seco paramo.

Bien ventilada me parece que  
 queda, nobles, discretos Cava-  
 lleros, y hermosisimas Damas  
 (dixo la bien entendida Lisis,  
 viendo que Doña Isabel habia  
 dado fin à su Romance) la de-  
 fensa de las mugeres, por lo que  
 me dispuse à hacer esta Segunda  
 Parte de mi entretenido, y ho-  
 nesto Sarao: pues si bien confieso  
 que hay muchas mugeres que  
 con sus vicios, y yerros han dado  
 motivo à los hombres, para la  
 mucha desestimacion que oy ha-  
 cen de ellas, no es razon que ha-  
 blando en comun, las midan à  
 todas con una misma medida;  
 que lo cierto es, que en una ma-  
 quina tan dilatada, y estendida  
 como la del mundo, ha de haber  
 bue-

buenas, y malas; como asimismo hay hombres de la misma manera; que eso ya fuera negar la gloria à tantos Santos como hay ya pasados de esta vida, y que oy se gozan con Dios en ella, y la virtud à millares de ellos, que se precian de ella; mas no es razon que se alarguen tanto en la desestimacion de las mugeres, que sin reservar à ninguna, como pecado original, las comprehenden à todas: pues como se ha dicho en varias partes de este Discurso, las malas no son mugeres, y no pueden ser todas malas, que ya esto fuera no haber criado Dios en ellas almas para el Cielo, sino monstruos, que consumiesen el mundo.

Bien sé que me dirán algunos, quales son las buenas; supuesto que hasta en las de alta gerarquia se hallan oy travesuras, y embustes. A eso respondo, que estas son mas bestias fieras que las comunes, pues olvidando las obligaciones, dan motivo à desestimacion: pues ya que su mala estrella las inclina à esas travesuras, tuvieran mas disculpa si se valieran del recato. Esto es, si acaso à las deydades comprehende el vicio, que yo no lo puedo creer, antes me persuado que algunas de las comunes, pareciéndoles ganan estimacion con los hombres, se deben (fiadas de un manto) de vender por reynas, y luego se buelven à su primer ser, como las Damas de las Farsas: y como los hombres estan dañados contra

ellas; luego creen qualquiera flaqueza suya, y para apoyar su opinion, dicen, hasta las demas obligaciones, ya no la guardan; y aqui se vé la malicia de algunos hombres, que no quiero decir todos, aunque en comun han dado todos en tan noveleros, que por ser lo mas nuevo el decir mal de las mugeres todos, dicen, que lo que se usa no se escusa. Lo que me admira, que los nobles, los honrados, y virtuosos se dexen ya llevar de la comun voz, sin que obre en ellos, ni la nobleza de que el Cielo los dotó, ni las virtudes, de que ellos se pueden dotar, ni de las ciencias que siempre estan estudiando; pues por ellas pudieran sacar, como tan estudiosos, que hay, y ha habido en las edades pasadas, y presentes, muchas mugeres buenas, santas, virtuosas, estudiosas, honestas, valientes, firmes, y constantes. Yo confieso, que en alguna parte tienen razon que hay oy mas mugeres viciosas, y perdidas, que ha habido jamás; mas no que falten tantas buenas, que no excedan el numero de las malas. Y tomando de mas atrás el apoyo esta verdad, no me podrán negar los hombres, que en las antiguedades no haya habido mugeres muy celebradas, que esto fuera negar las innumerables Santas, de quien la Iglesia canta, tantas Martyres, tantas Virgenes, tantas Viudas, y continentes, tantas que han muerto, y padecido en la crueldad de los

hombres; que si esto no fuera así, poco paño hubieran tenido estas Damas desengañadoras, en que cortar sus desengaños, todos tan verdaderos, como la misma verdad, tanto, que les debe muy poco la fabula; pues hasta para hermostear, no han tenido necesidad de ella. Pues qué ley humana, ni divina hallais, nobles Cavalleros, para precipitaros tanto contra las mugeres, que apenas se halla uno que las defienda, quando veis tantos que las persiguen? Quisiera preguntaros, si cumplis en esto con la obligacion de serlo, y lo que prometeis quando os poneis en los pechos las insignias de serlo? Y si es razon, que lo que jurais quando os las dan, no lo cumplais? Mas pienso que ya no las deseas, sino por gala, como las medias de pelo, y las guedejas. De qué pensais que procede el poco animo que oy todos teneis, que sufrís, que estén los enemigos dentro de España, y nuestro Rey en Campaña, y vosotros en el Prado, y en el Rio, llenos de galas, y trages femeniles, y los pocos que le acompañan, suspirando por las ollas de **Egypto**? De la poca estimacion que haceis de las mugeres, que à fe, que si las estimareis, y amades como en otros tiempos se hacia, por no verlas en poder de vuestros enemigos, vosotros mismos ofrecierades, no digo yo ir à la guerra à pelear, sino à la muerte, poniendo la garganta al

cuchillo, como en otros tiempos, y en particular en el del Rey Don Fernando el Catholico se hacia, donde no era menester llevar los hombres por fuerza, ni maniatados como ahora; (infelicidad, y desdicha de nuestro Catholico Rey) sino que ellos mismos ofrecian sus haciendas, y personas; el padre por defender la hija; el hermano por la hermana; el esposo por la esposa; y el galan por la dama: y esto era por no verlas presas, y cautivas; y lo peor es, deshonradas, como me parece que vendrá à ser, si vosotros no os animais à defenderlas: mas como ya las teneis por la alhaja mas vil, y de menos valor que hay en vuestra casa, no se os dá nada de que vayan à ser esclavas de otros, y en otros Reynos, que si los Plebeyos os vieran à vosotros con valor para defendernos, à vuestra imitacion lo hicieran todos: y si os parece que en yendoos à pelear os han de agraviar, y ofender; idos todos, seguid à vuestro Rey à defendernos, que quedando solas, seremos Moyse-nes, que orando vencerá Josué. Es posible, que nos veais ya en poder de los contrarios, pues desde donde están à donde estamos, no hay mas defensa que vuestros heroicos corazones, y valerosos brazos; y que no os corrais de estaros en la Corte ajando galas, y criando cabellos, hollando coches, y paseando prados; y que en lugar de defendernos, nos quiteis  
la



la opinion , y el honor , contando cuentos que os suceden con Damas , que creò que son mas invenciones de malicia , que verdades , alabandoos de cosas , que es imposible sea verdad que lo puedan hacer , ni aun las publicas ramerias , solo por llevar al cabo vuestra dañada intencion , todos efectos de la ociosidad , en que gastais el tiempo en ofensa de Dios , y de vuestra nobleza. Qué esto hagan pechos Españoles? Qué esto sufran animos Castellanos! Bien dice un Eroe bien entendido , que los Franceses os han hurtado el valor , y vosotros à ellos los trages ; estimad , y honrad à las mugeres , y vereis como resucita en vosotros el valor perdido : y si os parece que las mugeres no os merecen esta fineza , es engaño , que si dos os desobligan con sus malos tratos , hay infinitas que los tienen buenos ; y si por una buena merecen perdon muchas malas , merezcanle las pocas que hay , por las muchas buenas que goza este siglo , como lo vereis si os dais à visitar los Santuarios de Madrid , y de otras partes , que son mas en numero las que vereis frequentar todos los dias los Sacramentos , que no las que os buscan en los prados , y rios. Muchas buenas ha habido , y hay. Cavalleros , cese ya por Dios , vuestra civil opinion , y no os dexeis llevar del vulgacho novelero ; que quando no hubiera habido otra mas que nuestra Serenisima , y Santa

Reyna Doña Isabel de Borbón , ( que Dios llevó ) porque no la merecia el mundo ; ( la mayor pérdida que ha tenido España ) solo por ella merecian buen nombre las mugeres , alabandose las malas en él , y las buenas adquiriendo gloriosas alabanzas , y vosotros se las deis de justicia ; que os aseguro que si quando los Plebeyos hablan mal de ellas , supieran que los Nobles las habian de defender , que de miedo , por lo menos las tratarán bien ; pero ven que vosotros escuchais con gusto sus oprobrios , y son como los truanes , que añaden libertad à libertad , desvergüenza à desvergüenza , y malicia à malicia : y digo que ni es Cavallero , ni Noble , ni honrado , el que dice mal de las mugeres , aunque sean malas , pues las tales se pueden librar en virtud de las buenas. Y en forma de desafio , digo , que el que dixere mal de ellas , no cumple con su obligacion ; y como he tomado la pluma , habiendo tantos años que la tenia arrimada , en su defensa , tomaré la espada para lo mismo , que los agravios sacan fuerzas donde no las hay ; no por mi , que no me toca , pues me conoceis por lo escrito , mas no por la vista ; sino por todas , por la piedad y lastima que me causa su mala opinion. Y vosotras hermosas Damas , de toda suerte de calidad y estado , qué mas desengaño aguardais , que el desdoro de vuestra fama en boca de los hombres

bres? Quándo os desengañaréis, de que no procuran mas de derribaros, y destruirlos, y luego decirnos aun mas de lo que con vosotras les sucede? Es posible, que con tantas cosas como habeis visto y oido, no reconocereis, que en los hombres no dura mas la voluntad, que mientras dura el apetito, y en acabandose se acaba? Sino concedo en el que mas dice que ama una muger: hallela en una niñeria; à ver si la perdonará como Dios: porque nos ama tanto, nos perdona cada instante, y cada momento tantas ofensas como le hacemos.

Pensais ser vosotras mas dichosas que las referidas en estos desengaños? Ese es vuestro mayor engaño; porque cada dia, como el mundo se vá acercando al fin, vá todo de mal en peor; porque quereis por veleta tan mudable, como la voluntad de un hombre, aventurar la opinion, y la vida en las crueles manos de los hombres; y es la mayor desdicha de todo esto, que quizá las inocentes, y las que no tienen culpa ninguna mueren, y las maliciosas, y que están culpadas, viven. Pues no he de ser yo así, que en mí no he de faltar de ninguna manera el conocimiento que en todas las demás: y así vos, Señor Don Diego, (prosiguió la sabia, y entendida Lisis, buelta al que aguardaba verla su esposa) advertid, que no será razon, que deseando yo desengañar, me engañe, no por-

que en ser vuestra esposa pueda haber engaño ninguno, sino porque no es justo que yo me fie de mí dicha, porque no me siento mas firme, que la hermosa, y entendida Doña Isabel, à quien no le aprovecharon tantos trabajos, como en el discurso de su desengaño nos refirió, de que mis temores han tenido principio. Considero à Camila, que no le bastó para librarse de una desdicha, ser virtuosa, sino que por no avisar à su esposo, sobre morir, quedó culpada: Roseleta, que le avisó, tampoco se libró del castigo: Elena sufrió inocente, y murió atormentada: Doña Inés no le valió el privarla el Magico con sus enredos, y encantos el juicio; ni à Laurela, el engañarla el traydor; ni à Doña Blanca tampoco le sirvió de nada su virtud, ni candidéz; ni à Doña Mencía el ser su amor sin culpa; ni à Doña Ana el no tenerla, ni haber pecado, pues solo por ser pobre, vino à perder la vida; Beatriz hubo menester todo el favor de la Madre de Dios para salvar la vida, acosada con tantos trabajos, y este no todas le merecemos; Doña Magdalena no le sirvió el ser honesta, y virtuosa para librarse de la traicion de una infame sirva, de que ninguna en el mundo se puede librar; porque si somos buenas, nos levantan un testimonio; y si ruínas descubren nuestros delitos, porque los criados, y criadas son animales caseros, y ene-

enemigos no escusados, que los estamos regalando, y gastando con estos nuestra paciencia, y hacienda, y al cabo como el Leon, que harto el Leonero de criarle, y sustentarle, se buelve contra él, y le mata: así ellos. al cabo matan à sus amos, diciendo lo que saben de ellos, y diciendo lo que no saben, sin cansarse de murmurar de su vida, y costumbres: y es lo peor, que no podemos pasar sin ellos, por la vanidad, y por la honrilla. Pues si una triste viudilla tiene tantos enemigos, y el mayor es un marido; quien me ha de obligar à que éntre yo en lid de que tantas han salido vendidas, y saldrán mientras duráre el mundo, no siendo mas valiente, ni mas dichosa? Vuestros meritos son tantos que hallareis esposa mas animosa, y menos desengañada; que aunque no lo estoy por experientia, lo estoy por ciencia: y como en el juego, en el que mejor juzga quien mira, que quien juega; yo viendo, no solo en estos desengaños, mas en lo que todas las casadas me dan; unas lamentándose, de que tienen los maridos jugadores; otras amancebados, y muchas de que no atienden à su honor, y por escusarse de dar à su muger una gala, sufren que se dé otro: y mas, que por esta parte, al cabo de desentenderse, se dan à entender con quitarles la vida, que fuera mas bien empleado quitarsela à ellos, pues fueron

los que dieron la ocasion, como he visto en Madrid, que desde el dia que se dió principio à este Sarao, que fue Martes de Carnestolendas de este presente año de mil setecientos quarenta y seis, han sucedido muchos casos escandalosos; estoy tan cobarde, que como el que ha cometido algun delito, me acojo à sagrado, y tomo por amparo el retiro de un Convento, desde donde pienso (como es talanqueta) ver lo que sucede à los demás: y así con mi querida Doña Isabel, à quien pienso acompañar, mientras viviere, me voy à salvar de los engaños de los hombres. Y vosotras, hermosas Damas, si no os desengaña lo escrito, desengaños lo que me veis hacer. Y à los Cavalleros por despedida suplico, muden de intencion, y language con las mugeres; porque si mi defensa por escrito no basta, será fuerza que todas tomemos las armas para defendernos de sus malas intenciones, y defendernos de los enemigos; aunque no sé que mayores enemigos que ellos, que nos ocasionan ya mayores ruinas que los enemigos.

Dicho esto, la discreta Lisis se levantó, y tomando por la mano à la hermosa Doña Isabel, y à su prima Doña Estefania por la otra, haciendo una cortés reverencia, sin aguardar respuesta, se entraron todas tres en otra quadra, dexando à su madre, como ignorante de su intencion, confusa, à

Don



Don Diego desesperado; y à todos admirados de su determinacion. Don Diego descontento, con bascas de muerte, sin despedirse de nadie, se salió de la sala; dicen que se fue à servir al Rey en la guerra de Cathaluña, donde murió, porque él mismo se ponía en los mayores peligros. Toda la gente despidiendose de Laurela dandola muchos parabienes del divino entendimiento de su hija, se fueron à sus casas, llevando unos que admirar, todos que contar, y muchos que murmurar del Sarao; que hay en la Corte grande numero de sabandijas legas, que su mayor gusto es decir mal de las obras ajenas; y es lo mejor, que no las saben entender.

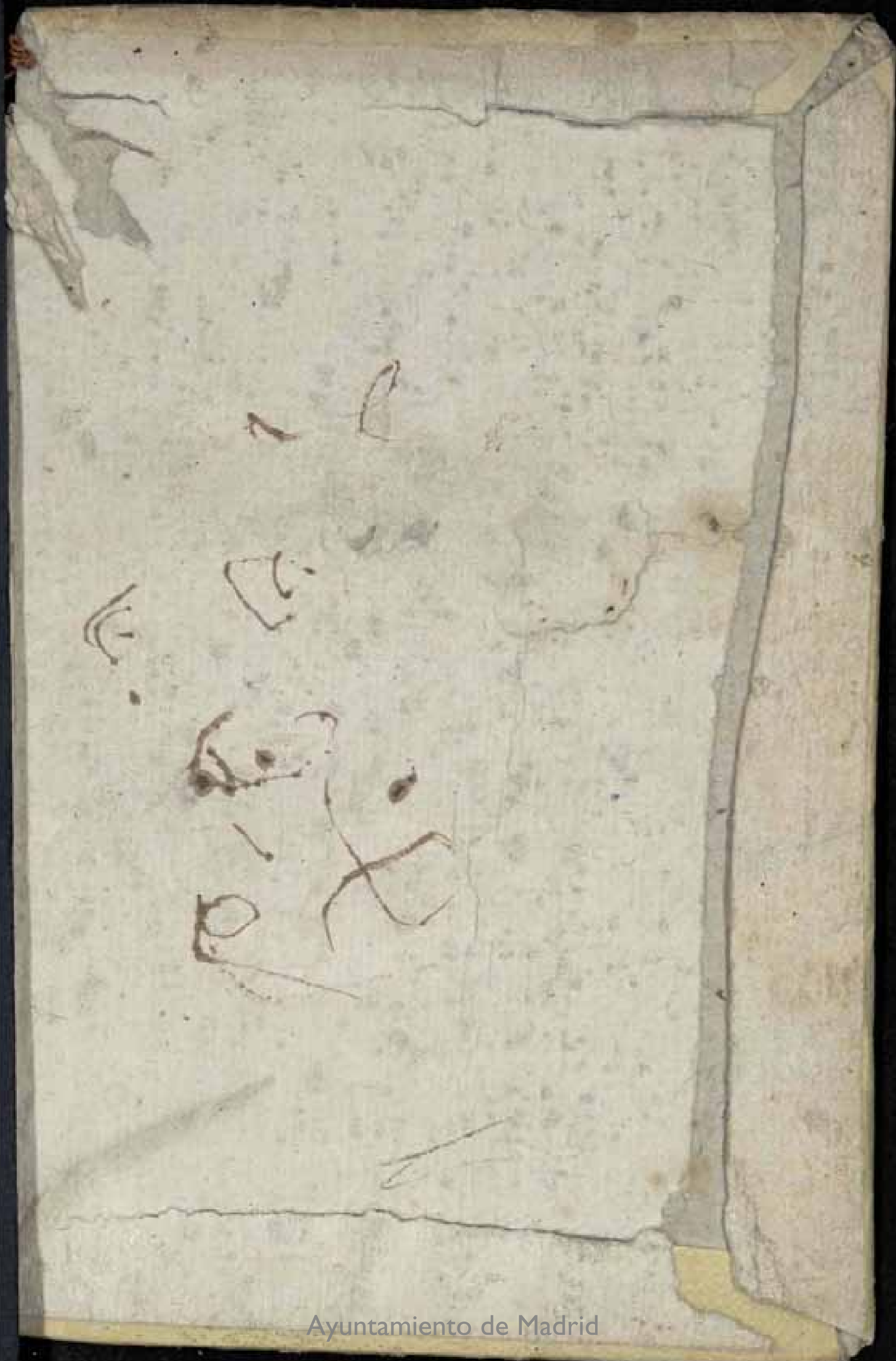
Otro dia Lisis, y Doña Isabel, con Doña Estefania, se fueron à su Convento: con mucho gusto Doña Isabel tomó el Abito, y Lisis se quedó seglar, y en poniendo Laura la hacienda en orden, que les rentase lo que habian menester, se fue con ellas por no apartarse de su amada Lisis, avisando à su madre de Doña Isabel, que como supo donde estaba su hija, se vino tambien con ella, tomando el Abito de Religiosa, donde se supo como Don Felipe habia muerto en la guerra. A pocos meses se casó Lisarda con un Cavallero forastero muy rico,

dexando mal contento à Don Juan, el qual confesaba, que por ser desleal à Lisis, le habia dado Lisarda el pago que merecia, de que le sobrevino una peligrosa enfermedad, y de ella un frenesi, con que acabó la vida.

Yo he llegado al fin de mi entretenido Sarao, y por fin pido à las Damas, que se reporten en los atrevimientos, si quieren ser estimadas de los hombres; y à los Cavalleros, que muestren serlo, honrando à las mugeres, pues les está tan bien; ó que se den por desafiados: porque no cumplen con la ley de Cavalleria en no defender à las mugeres. Vale.

Ya, ilustrisimo Fabio, por cumplir lo que pedistes, de que no diese tragico fin à esta historia, la hermosa Lisis queda en clausura, temerosa de que algun engaño la desengañe, no escarmentada de desdichas proprias. No es tragico fin, sino el mas felice que se pudo dar; pues codiciosa, y deseada de muchos, no se sujetó à ninguno. Si os duran los deseos de verla, baseadla con intento casto que con esto la hallareis tan vuestra, y con la voluntad tan firme, y honesta como tiene prometido, y tan servidora vuestra como siempre, y como vos mereccis, que hasta en conocerlo ninguna le hace ventaja.

*Doña Maria de Zayas,  
y Sotomayor.*



NOVELA  
DE  
Yayas